





DEL

GOBIERNO REPRESENTATIVO.

---



EXÁMEN CRÍTICO  
DEL  
**GOBIERNO REPRESENTATIVO**

EN LA SOCIEDAD MODERNA,

**POR EL R. P. LUIS TAPARELLI,**

*de la Compañía de Jesús,*

TRADUCIDO DEL ITALIANO POR

**EL PENSAMIENTO ESPAÑOL.**

---

**TOMO II.**

---

MADRID:

IMPRENTA DE EL PENSAMIENTO ESPAÑOL,  
calle de Pelayo, núm. 36.

—  
1867.

LIBRARY OF THE UNIVERSITY OF CHICAGO

720 East 58th Street, Chicago, Ill.

Acquired by the University of Chicago

from the Library of the University of Michigan



---

## PARTE II.

### APLICACION PRÁCTICA DE LOS PRINCIPIOS TEÓRICOS DE LOS GOBIERNOS LIBERALES.

---

#### CAPÍTULO PRIMERO

##### INTRODUCCION Y DIVISION.

675. La parte primera de nuestro *Exámen Crítico* ha presentado el principio supremo de donde nace aquel espíritu que en el lenguaje de hombres más ó menos imperfectos en el Catolicismo suele llamarse espíritu del siglo, espíritu de la sociedad moderna. Leyendo en la conclusion reducida á sus minimos términos la série de los ratiocinios, nuestros lectores habrán no solo comprendido perfectamente nuestro pensamiento, sino participado tambien, sean las que quieran sus opiniones en materias religiosas, de nuestra íntima conviccion. Los católicos verdaderos y fervorosos habrán maldecido el principio heterodoxo que trasformó la fraternidad en discordia y la Europa en campo de batalla: los incrédulos habrán triunfado al sentir emancipada su razon y suelta la brida para toda licencia; pero en esta diferencia, así los que vituperen como los que alaben, todos habrán dicho: «Si, ciertamente el espíritu moderno consiste en esto, su principio es la *independencia*, sus aplicaciones son el *justo medio*, la *libertad de la prensa*, la *felicidad material*, el *gobierno de las muchedumbres*, la *division de los*

*podérés.* Estas consecuencias, que bien podemos llamar principios teóricos secundarios, son abrazados como axiomas que no se demuestran, pues no hay quien intuitivamente y casi sin advertirlo no los vea contenidos de un modo virtual en aquel principio supremo de la independencia.

Si esta persuasión no hubiese penetrado completamente en el entendimiento de alguno de nuestros lectores, séanos lícito decirlo pidiéndole antes humildemente perdón, tenemos que haya leído la demostración algo superficialmente y de corrida. Ea, pues, gracioso lector, no te dé vergüenza si acaso eres el que así procede, ni quieras imputarnos á orgullo temerario la viva persuasión que tenemos de las verdades demostradas y de la fuerza de la demostración, á lo menos en lo sustancial de las doctrinas. Pues sobre no ser orgullo en el católico creer tanto mas verdaderas sus doctrinas cuanto mas se conforman con el principio fundamental del catolicismo y cuanto mas contradicen la independencia condenada por la Iglesia; en nuestro caso tenemos una razon menos piadosa y evidente, pero enteramente experimental y palpable, cual es el silencio á que se han condenado por sí mismos todos los que tenían un interés supremo en refutarlos. Ha habido entre estos quien nos maldiga, no ha faltado quien se burle de nosotros, quien nos calumnie atribuyéndonos sentencias que no son nuestras, y diciendo que somos enemigos de todo gobierno templado. Otros prometieron respuestas, amenazáronnos con argumentos decisivos, buscaron con la linternilla de Diógenes apologistas entre los campeones del gobierno parlamentario; mas todo este ruido quedó en palabras, es decir en algo menos que el parto de la montaña de Esopo. Dijose haber emprendido tal obra el noble y honestísimo ingenio de César Balbo, y creyóse encontrar entre sus obras póstumas la refutación apetecida. Pero hasta ahora lo cierto es que nadie ha combatido formalmente aquellos teoremas; y con razon podemos repetir ser verdaderamente lo que llaman los liberales espíritu del siglo tal como nosotros lo esplicamos derivándolo de la independencia heterodoxa en que se halla virtualmente contenido.

674. No haríamos nosotros ciertamente tamaño agravio al



verdadero siglo XIX, á la verdadera sociedad moderna, en la cual recohra diariamente el espíritu católico nuevo esplendor y fuerza; y por esto mismo hemos discurrido no ya contra los Gobiernos modernos, sino contra los reformados á la moderna usanza, empleando *ad hominem* la voz *reformados* en el sentido de nuestros adversarios, los cuales se creen á sí mismos los únicos seres racionales de que consta la sociedad, y al que no piensa como ellos alargo lo expulsan con arrogancia del género humano y de la sociedad moderna, como un bruto sin entendimiento ó como un rancio y enmohecido resto de los siglos pasados. En lenguaje de estos tales el espíritu de la sociedad moderna está todo él verdaderamente encerrado en los principios que llevamos expuestos y que iremos sucesivamente aplicando á la sociedad real para demostrar con la experiencia en la mano sus efectos inevitables. Antes, sin embargo, de entrar en estas aplicaciones no queremos pasar en silencio cierto artículo escrito en el *Friuli* y copiado por el *Constitucional* de Florencia de moderada memoria, donde se trató de comparar el principio representativo con el principio feudal, y se atribuyeron al primero rasgos muy diversos de los que nosotros señalamos en el principio de la sociedad *reformada*. El presentar ante los ojos del lector la fácil y cómoda manera de guerra que se usaba en Italia para defender las ideas constitucionales á la sazón desacreditadas y decadentes, además de poner más en claro el verdadero principio de los *regeneradores*, confirmará lo que ántes decíamos de no haberse intentado en Italia oposición alguna doctrinal contra las ideas que hemos sustentado.

El artículo del *Friuli*, reimpresso en el *Constitucional* de Florencia (15 de Abril de 1851), tiende á demostrar que los Gobiernos serán tanto mejor ordenados cuanto más se conformen con el principio representativo, escluyendo el principio feudal. Para que se comprenda su demostración, he aquí como define ámbos principios:

«Mientras que el principio *representativo* supone la existencia de una sociedad consentida por todos sus miembros, fundada en la igualdad de los derechos y de los deberes, en

el trabajo y la cooperacion de todos para el bien comun, en la armonia de las partes, en los intereses generales y permanentes de una sociedad que á nadie violenta, que á nadie menosprecia, que contiene en si juntamente el elemento de la conservacion, porque quien tiene más y más sabe puede hacerse valer más, si está por lo recto, por lo equitativo, por lo oportuno, y el elemento del progreso, con la conservacion inseparable de él, porque deja libre la manifestacion de todo lo que puede ayudar á la sociedad misma, de cualquier parte que proceda es libre el desenvolvimiento de las facultades en todos para suplir con fuerzas nuevas las que perecen, para hacer que renazca la vida de la misma corrupcion; el principio feudal, por el contrario, tiene su origen en la conquista, en la violencia; admite el dominio de una parte de la sociedad sobre la otra; pone el privilegio en lugar de la ley, del derecho; el monopolio en lugar de la libertad; á la igualdad social hace que sucedan la division de las castas; á la armonia de los elementos que compone la sociedad, la lucha, el contraste, el antagonismo, no dejando lugar á la eleccion de los mejores, abre la puerta á la corrupcion, prepara en los Estados el desórden y la ruina, etc., etc.»

Dadas estas definiciones, ó mejor dicho, estas prolijas descripciones de entrambos principios, el autor sigue demostrando que el principio de la igualdad ha ido continuamente ganando terreno, primero aboliendo la esclavitud pagana, despues moderando el feudalismo bárbaro con la *representacion* por artes como en la republica florentina, y en nuestros días con la *representacion* por *censo* no tan imperfecta, dice, como á algunos parece.

Pero como todavia se echan de ver en la *representacion* moderna muchos inconvenientes, el autor juzga necesario recurrir á la *representacion* por comunes, organizando primero los comunes conforme á su condicion natural ordenada al bien de la familia; esperando de esta suerte dar á la *representacion* nacional la armonia y duracion que no ha tenido hasta el dia. Y para darle todavia mayor fuerza invoca el principio cristiano que no deja nunca al derecho desamparado del de-

ber: este principio, continúa el autor, *debe ser encarnado en todas las instituciones de todos los Estados*, para que estas influyan en las costumbres; y debe penetrar en todas las capas aun las mas inferiores de la sociedad si ha de ser esta preservada de la corrupcion.

675. Si estas últimas frases se toman en sentido verdaderamente exacto, es decir, si el principio cristiano se toma por sinónimo de católico (pues sólo es plenamente cristiano el católico), tendríamos viva complacencia al vernos completamente de acuerdo con el autor en lo que hemos dicho hasta aquí, y en lo que despues diremos. También hemos encontrado nosotros defectuosa la representación de las constituciones modernas, porque no tienen en cuenta los derechos de la familia y del municipio, porque no conocen las influencias del principio cristiano en las instituciones, en las leyes y en las costumbres; y estamos persuadidos que la falta de este principio es la verdadera llaga de todas las sociedades modernas y de los modernos sistemas representativos.

676. Pero reconociendo con placer la verdad de estas y de otras doctrinas del *Friuli* explicadas en aquel artículo creemos oportuno citar a juicio la idea que nos da de los dos principios *representativo* y *feudal*. Si el autor se hubiese propuesto con aquella larga descripción darnos una definición *nominal* y hacernos partícipes de su propio entender, inútil sería examinar aquel concepto, y podríamos resignarnos, aunque no sin peligro de equivocarnos, al uso de las palabras que prescribe. Pero debiendo las palabras expresar hechos históricos y no conceptos hipotéticos, no es lícito en tal caso definir las arbitrariamente, sino se debe dar la definición de la palabra habida consideración de los hechos. Ahora bien, ¿corresponden los hechos a la descripción del autor?

*El principio representativo supone, según él, la existencia de una sociedad consentida por todos sus miembros.* Pero, ¿cuál es la sociedad en Europa donde los individuos no hayan pasado de la puericia a la adolescencia, de la adolescencia a la virilidad bajo un Gobierno elegido y consentido por ellos? Preguntemos si los miguelistas de Portugal, los carlistas de Espa-



na, los comunistas de Francia, los cartistas de Inglaterra, los republicanos del Piemonte, los federalistas unitarios de Germania y otros partidos semejantes numerosísimos, han consentido en aquella sociedad contra la cual están pugnando á más no poder. Si estos viven en una sociedad *constitucional* no consentida por ellos; si por consiguiente el principio del consentimiento de *todos* no se encuentra en todas las sociedades representativas, es imposible comprender cómo se pueda incluir este consentimiento en la definición del principio de que se derivan.

Si el autor respondiese que el consentimiento negado por estos debe presumirse, porque están obligados á darlo, y faltan á su deber con su reacción antisocial, en tal caso haríamos notar que su *principio representativo* es el mismo de toda sociedad legítima cualquiera que sea la forma y el grado en que se presente, y aun todos los demás caracteres que señala al principio mismo son realmente los del principio universal de toda sociedad; pues en toda sociedad están obligados los asociados á consentir en la existencia de ella, á respetar todos los derechos, á practicar todos los deberes respectivos, á cooperar con todos al pro-comun; todas las sociedades están fundadas en la armonía de las partes, en el orden natural, en los intereses generales y permanentes; en ninguna sociedad se debe despreciar ni hacer violencia á nadie. Por donde se ve que el articulista ha llamado *principio representativo* al orden ideal que debería existir en toda sociedad bien ordenada; *principio feudal* al desorden real introducido por el egoísmo bárbaro en el gobierno feudal; y de esta suerte ha podido conceder al primero toda excelencia é infamar al segundo con toda clase de vituperios. No es, pues, maravilla si luego dice que en el primero se encuentran el *elemento de conservación y de progreso*, y en el segundo se prepara el desorden y la ruina. Ciertamente si se llama principio representativo al orden social, todo en los gobiernos representativos procederá en perfectísima armonía, y así el que sabe como el que puede emplearán su saber y poder en sostener lo recto, lo justo y lo oportuno. Pero si no comienza suponiendo que el principio

*representativo* transforma en ángeles á todos los que lo abrazan, bien podrá suceder que así el que sabe como el que puede más, abusen de su ciencia y de su saber para lucrar con detrimento público, como sucedió en Inglaterra con daño de los Irlandeses, en la Francia de Julio y en la Suiza radical, en daño de los Católicos, en los Estados-Unidos para opresión de los negros, y por modos análogos en otras partes (1).

(1) Esta es el vicio ordinario de los que miran las instituciones sociales, no en la realidad de la naturaleza corrompida, sino en el tipo ideal imaginado por su optimismo. A las manos se me ha venido el libro de Serestre (*Des lois penales considérées comme moyens de répression*), donde encuentro á cada paso elogios tales del Gobierno representativo, que no parece sino que el pauperista es transportado en éstas al cielo de Piston. He aquí algunos de sus textos escritos, notes bien, en 1827: *el principio de vida que anima el Gobierno representativo le asegura una duración sempiterna y un esplendor triunfal*; (Estos esplendores sempiternos se eclipsaron para Bélgica y para Francia en 1830, y nuevamente volvieron á eclipsarse para esta última en 1848). *La razón de esto es que el Príncipe no puede nunca hacer el mal, porque los atentados contra la libertad son obra de los ministros*. (El Rey de Holanda fué espulsado de Bélgica tres años después, y Carlos X, de Francia como opresores de la libertad, y en Francia sucedió Luis Felipe, que respetó la libertad del modo que todos saben.) *Así es que el Príncipe es siempre capaz de reparar los errores de su Gobierno*. (Quisiera saber si cuando repara los errores, obra por sí mismo ó por medio de sus ministros. Si obra por sí mismo también podrá hacer aun el mal; si por medio de sus ministros, es incapaz de hacer aun el bien); *y por lo tanto es indudable que desea esencialmente la conservación de su poder tutelar... no es posible que se haga cabeza de partido para oprimir la libertad de los pueblos*. (Como si el Príncipe constitucional no pudiera desear el absolutismo de Napoleón, ó conspirar por interés con una Cámara contraria á los católicos, ó dejar hacer, por puslanimidad, al partido más intrigante que triunfa).

Así estos admiradores del bello ideal se figuran que en realidad todas las cosas siguen por sí mismas el camino de la perfección, y convierten sus conceptos en hechos históricos. ¿Qué maravilla, pues, que monten en tanta cólera cuando ven prosaicamente diputados intrigantes, partidos y ministros ambiciosos, balces vacíos, parcialidades evidentes en la distribución de los empleos, purificaciones injustas por opiniones que se dicen *libres*, y mil otras discordancias que los poetas Arcades no ven en sus pastores, en sus rebaños y caballos?

Observaciones opuestas podríamos hacer sobre los cargos acumulados al principio feudal, en que todos los vicios que se enumeran pudieran haber acaecido por la condición ruda de los hombres y de los tiempos, sin que por esto haya razón para decir que sean consecuencia del principio feudal.

677. Para demostrar filosóficamente su tesis nos parece que el autor del artículo debería haber comenzado por despojarse de las preocupaciones que le han hecho ver nada más que defectos en el antiguo régimen y nada menos que todas las virtudes en los sistemas modernos; y después de dar una definición filosófica del *feudo* y de la *representación*, poner este concepto bajo las influencias de la naturaleza humana, es decir, compuesta de razón y de sentido, y demostrar como en la sociedad feudal el segundo debía prevalecer sobre la primera, y en la *representativa* la primera prevalece sobre el segundo. De esta suerte habría probado algo real en vez de aseverar una opinión gratuita; aunque probablemente el problema se le habría presentado bajo formas menos absolutas, y el articulista habría caído en que las leyes de la justicia y de la equidad pueden hacer más que tolerable todo sistema social, si sus individuos aceptan las influencias de dichas leyes y las encarnan en las obras. Por el contrario toda forma de Gobierno aunque sea la más perfecta posible en sí misma, puede hacer a un pueblo desgraciado si las fuerzas vivas de él se hacen esclavas de la pasión.

678. Procuraré explicar algún tanto mi pensamiento. ¿Qué es un principio? Es una primera proposición de que legítimamente se infiere una serie de consecuencias especulativas ó prácticas. Así *principio feudal*, *principio representativo*, podrán decirse dos proposiciones de las que resulte como legítima consecuencia *el gobierno feudal*, *el gobierno representativo*; ahora bien, ¿qué proposición será esta?

Mis lectores comprenderán que tratándose de gobierno humano, cuyos derechos proceden de dos principios, como mostramos en otra parte, uno de eterna, inmutable justicia, otro de hecho histórico subordinado á este orden eterno, el princi-



pío debe ser necesariamente doble; uno de justicia universal, otro de aplicación histórica.

El principio universal, tratándose de gobierno, debe ser remotamente el mismo de que se deriva todo gobierno, que no es otro, finalmente, sino el principio universal de asociación y de autoridad: siendo llamados todos los hombres á cooperar libremente al mismo fin por su naturaleza, y no pudiendo, en fuerza de su libertad, unir sus esfuerzos para este fin sin la dirección de una inteligencia ordenadora, todos deben someterse á este principio de unidad, que suele llamarse autoridad. Mas pudiendo esta autoridad tomar varias formas, se pregunta: ¿cuál es el principio en cuya virtud tomará bien la forma feudal, bien la representativa?

¿Qué es gobierno feudal? Feudal se llamaba aquel gobierno que en lugar del poder universal puso algunos poderes particulares obligados á prestar al señor supremo ciertos servicios, principalmente en la guerra, aunque libres en lo demás para gobernar sus tierras. Estos poderes subordinados nacieron unas veces por gracias del príncipe supremo, otras veces por sujeción voluntaria ó violenta de un príncipe á otro (1). Principio feudal será, pues, una proposición universal de cuya aplicación á los hechos históricos debe resultar esta división y subdivisión del poder supremo. Ahora, si bien se mira, esta proposición no es otra cosa finalmente sino el principio monárquico aplicado á un gobierno débil y grosero. *Para producir la unidad social debe ser una la inteligencia ordenadora*: hé aquí el principio universal de que proceden todas las monarquías, las cuales cuando germinan en una sociedad culta y bajo un gobernante vigoroso, llegan á ordenar multitudes inmensas sobre extensos territorios por medio de un organismo artificial que concentra la multitud en la mente del que gobierna, para dilatar después la voluntad ordenadora por toda la extensión de la multitud.

(1) «A veces un poder ha dado soberanías en feudo, y los que eran soberanos se han hecho voluntariamente feudatarios de otro.» *Wattel, Droit de Gens*. L. 4, cap. 1, §. 8.

Pero cuando la sociedad es grosera, cuando es débil el gobernante, entonces no pudiendo abrazar con el entendimiento ó guiar con la voluntad la balumba social, el príncipe supremo retiene solamente lo que es capital en una sociedad en bruto, la supremacía de la fuerza con algun otro atributo mas celoso, dejando el resto de la autoridad soberana á los gobernantes menores. Tales fueron los Sátrapas Persas, tales los Oligarcas Chinos en la primera disolucion del imperio, tales los Regulos del Japon bajo Kubosama, tales, segun Vico, los héroes de Homero (1), y segun Schlegel, algunos príncipes indios (2).

Luego el principio de la sociedad feudal no es otra cosa finalmente sino el principio monárquico aplicado á sociedad informe por gobernante incapaz. Perfeccionese esta sociedad, y los feudatarios se convertirán en gobernadores; exagérese, y quedará reducida al centralismo napoleónico; pero el principio siempre es el del Gobierno monárquico, y no envuelve por su naturaleza ni injusticia ni opresion. Hé aqui porqué el Catolicismo, cuya tendencia es siempre, como nota el autor muy bien, perfeccionar y no destruir, aceptó el sistema feudal como hecho histórico, é introduciendo en la sociedad ideas exactas del derecho, lo redujo poco á poco á mejor órden; y sabe Dios á qué punto de perfeccion hubiera podido conducirle si la rebelion luterana no hubiera venido á enseñar á los Príncipes el despotismo y á los subditos la impaciencia contra todo yugo (3).

(1) *Scienza nuova*. T. 1, pág. 159 y sig.

(2) *Filosofía della Storia*. L. IV.

(3) Mucho se declamó contra los Barones opresores, y no sin razón, porque los opresores fueron muchos. Pero muchos fueron tambien virtuosos, ó al menos los prudentes y honestos gobernantes quisieron la felicidad de sus pueblos; pero de ellos no se habla ya porque les es contrario el viento que sopla. El que conoce la sociedad feudal en su ocaso, cuando las influencias cristianas habian suprimido en muy grande parte el despotismo bárbaro; el que separa el elemento palaciego que disipaba en las capitales el dinero y la potencia de ciertos Barones que miraban sus tierras como un fondo que debía esprimirse, y sus castillos como un desierto de que ara preciso huir, no puede menos de

679. De lo dicho hasta aquí resulta que el principio feudal (tomando esta palabra en el sentido que la dan los filósofos como antes esplicamos) es muy diverso de este mismo principio cual lo describe el articulista. *La conquista y la violencia* fueron un hecho por el cual se posesionaron los bárbaros de las tierras romanas, no fueron un principio por cuya virtud las dividieron y las gobernaron: el dominio de una parte sobre otra, fué corregido por la Iglesia, sin que por esto cayese el feudalismo; el privilegio, el monopolio, el antagonismo y otros vicios semejantes pudieron germinar de aquellos sistemas por vicio de los hombres, como germinan de otros sistemas otros vicios, sin que puedan llamarse principio del orden inficionado por ellos, el cual no sería orden si tal principio tuviesen. El verdadero principio del gobierno feudal es la idea monárquica aplicada al gobernante todavía débil; porque realmente, encarnado el principio monárquico en persona débil é inculta, la consecuencia legítima es el feudalismo. Los enemigos de los monarcas venán aquí todos los defectos que ellos atribuyen al poder absoluto, con mas los que son consiguientes á la debilidad del que lo ejerce: no corre á nuestro cargo tomar aquí la defensa de tal sistema de gobierno. Bastanos repetir que son legítimos y pueden llegar á ser tan benéficos como otros cualesquiera.

Pero suponerlos fundados en la violencia como principio de ellos, y en los abusos, y en la injusticia, etc, nos parece efecto de animos prevenidos, pues no es posible que una socie-

---

reprobar el frenético empeño de quien envuelve en la misma sentencia los inocentes y los reos. No investigaré hasta qué punto naciese la malicia de los últimos de la naturaleza de las instituciones feudales; pero sea la que quiera la influencia que estas ejercitasen, es lo cierto que muchos Barones vivían patriarcalmente en sus tierras como padres entre sus hijos, acrecentando su prosperidad mas con beneficios que con rigores, y derramando en gran parte sobre el pueblo aquellas riquezas que del pueblo recibían: así que el pueblo no aleccionado por la demagogia sino por los hechos, amó no raras veces á sus tiranos como padres, y todavía se acuerda de ellos en ciertos países, como me ocurrió ver últimamente en Sicilia, donde un príncipe encontró en sus tierras seguridad contra la opresión del partido dominante.



dad eminentemente católica, como fué la de la Edad Media, tomase por *principio social* una doctrina altamente condenada por el Catolicismo. Decimos esto tomando la palabra *principio* en su sentido filosófico, pues si se tratase de principio histórico, no tendríamos la menor dificultad en admitir que la conquista y la violencia fueron verdaderamente la causa del feudalismo. Pero de estos elementos de *desorden* no nació ciertamente el orden feudal, nació solo la materia en que este orden se encarnó, concertándola segun aquellas relaciones de justicia originadas de la violencia. Al modo cabalmente que el código de Napoleon y la carta de Luis XVIII pretendieron ordenar de nuevo el caos de relaciones sociales acumulado por diez años de revueltas y delirios republicanos. Pero no es ciertamente este sentido cronológico de la palabra principio el que esta tiene en boca del autor.

680. Analicemos de la misma manera el principio opuesto, y preguntemos: *¿cuál es el principio del Gobierno representativo?* También este es gobierno y admite por consiguiente el principio universal de autoridad, *que para unir una sociedad se requiere una unidad ordenada*; pero á este principio universal y remoto de donde procede todo Gobierno, los constitucionales añaden: *esta unidad no es sino el consentimiento de la nacion; y así á ella toca elegir los gobernantes y regular su accion*.

Esta proposicion menor subsunta puede mirarse, ora como un hecho histórico, ora como una proposicion absoluta y necesaria; como hecho histórico puede expresar una verdad, pues cuando muchos iguales se asocian libremente, ninguno de ellos tiene derecho de imponer á otro su propia voluntad como ley; y esta verdad cabalmente fué el origen de tantas repúblicas y constituciones de la Edad media, que perfeccionadas poco á poco bajo la influencia de la idea católica, produjeron los sistemas representativos que en muchos lugares han llegado hasta nuestra época. ¿Qué derecho podian tener en los orígenes florentinos los Amadeos sobre los Buondelmonte y sobre los Hubertos, y cuales podian tener unos sobre otros los prófugos de la laguna de donde surgió Venecia? Y

en las asociaciones federales, ¿quién daba derecho á un Canton helvético ó á un Estado americano para dictar la ley á los demas? Aquí, pues, la *igualdad de hecho* precedente producía el derecho de representación, y el principio universal de que *el igual no da la ley al igual* puede ser tenido por el principio próximo universal de los Gobiernos representativos.

Más supóngase que á este principio muy verdadero se junte un hecho falso, en cuyo caso la consecuencia resultará falsa y perniciosa: y esta es cabalmente á nuestro juicio la causa principalísima del vicio de que adolecen los Gobiernos liberales, los cuales establecen como hecho real la histórica mentira de la igualdad ó independencia natural de todos los individuos humanos, cuyos funestísimos efectos demostraremos al hablar de las Constituciones modernas.

El principio representativo sería, pues, la igualdad real ó histórica de los individuos asociados, y la natural imposibilidad de admitirlos á todos al Gobierno bajo la influencia del principio universal: *el igual no da la ley al igual*. Fácilmente se echa de ver que el principio representativo no es otra cosa en sustancia sino una aplicación especial del principio republicano, al modo que el feudal es una aplicación del principio monárquico. Y como los principios universales todos pueden degenerar al combinarse con el barro de que estamos formados, no es maravilla que los dos principios produzcan funestas consecuencias cuando son encomendados á la humanidad corrompida. Por la razón contraria, cuando la eficacia de la divina redención entra á fermentar con levadura sobrenatural una sociedad, es muy natural que reduciéndola á aceptar principios y consecuencias del orden supremo y de la eterna justicia, le quite sus elementos viciosos, y aplicando la verdad universal á los hechos verdaderos, restaure sobre bases legítimas la sociedad reparada.

681 Hé aquí cómo y porqué acepta el Catolicismo todas las formas de gobierno, sin ser del partido de ninguna; el Catolicismo tiene el dominio de las voluntades y entendimientos,

é introduce por aquí; aun en las formas más arbitrarias, el principio de orden.

Por donde se ve cuán ilegítimo sea confundir, como de hecho confunden algunos, el *principio cristiano* con el *representativo*, como si la igualdad fraterna predicada por el Redentor, fuese la igualdad que predicán los demagogos, y no precisamente lo contrario, pues sobre un principio contrario está fundada.

La igualdad y fraternidad de los republicanos anárquicos parte del principio de independencia, supone un amor desenfrenado de los goces materiales, concede á cada cual el derecho de adquirírtos, y despues, con una simplicidad que sería maravillosa si no fuese hipócrita, exhorta á todos á no querer ser más unos que otros. El principio cristiano, por el contrario, parte de la obediencia debida al Criador, presupone la nada de todos los goces materiales, exhorta á los hombres, por consiguiente, á privarse de ellos por amor de sus hermanos, haciendo conocer una igualdad espiritual en que la persona pobre y abyecta sea primero que la noble y rica.

Ahora bien: ¿es posible concebir enseñanzas más contrarias que estas dos? Los unos dicen al pueblo: *Sois todos iguales; luego tú tienes derecho á gozar como los ricos; haz, pues, lo que te sea posible para igualarte con ellos.* Los otros dicen, por el contrario: *Sois todos igualmente criados por Dios para una vida mejor; luego todos los bienes del mundo no son sino nada; y tanto más felices y sabios seréis, cuanto más deis de lo vuestro para bien del prójimo.*

No es posible, á la verdad, negarlo: ambas doctrinas admiten una igualdad universal; más la primera saca de esta igualdad el derecho de los pobres á robar á los ricos; la segunda el deber de los ricos de hacer bien á los pobres: esta mueve al rico á dar espontáneamente, al paso que da fortaleza al pobre para sufrir con paciencia si no recibe; aquella, por el contrario, justifica de una parte la codicia y la violencia del pobre, y aprieta la mano del rico mientras el temor no le fuerza á abrirla. Cálculense los efectos prácticos de las dos opuestas doctrinas, y se verá la diferencia inmensa entre la igualdad



cristiana y el comunismo anárquico. Mostremos la diferencia bajo otro aspecto, considerando el *respeto al derecho*, de que tanto nos hablan los modernos reformadores. Una cosa es *respetar todos los derechos*, y otra *igualarlos á todos en derechos*. El respeto á todo derecho forma parte del principio cristiano, y es elemento de conservación para la sociedad, que no es otra cosa que la unión de los hombres por el vínculo del derecho. Por el contrario, la *nieglación* de todos los derechos implica esencialmente la injusticia; porque supone que se despoja á una parte de sus derechos, de los cuales está en posesión, para enriquecer al que no los posee, lo que es puro comunismo, más ó menos desenvuelto, violación flagrante del sétimo mandamiento.

Los *reformadores constitucionales* nos repiten á menudo que nuestras doctrinas católicas, ó como ellos dicen, *reaccionarias*, preparan nuevas revoluciones, porque en vez de invitar el vulgo todo al banquete fraterno de aquellos bienes cuyo derecho le dió naturaleza, conservamos inviolables los derechos mismos del rico, y no reconocemos en el pobre el derecho de despojarlo (1). «Vosotros, dicen, condenáis el pobre á padecer, y autorizáis el egoísmo desapiadado de Epulón que nada en la abundancia. ¿Pretendeis que el pueblo, una vez conocidos sus derechos, se resigna á semejante ilotismo?»

Se engañan miserablemente: nosotros queremos los pobres asistidos, lo queremos tanto y acaso un puntico más que nuestros censores. La diferencia entre el católico y el comunista está solo en el medio que ha de emplearse. Luis Blanc, Proudhon, quieren que el pueblo se haga rico quitando lo ajeno; nosotros queremos que los ricos le den de lo propio. ¿Cuál de estos dos métodos es más revolucionario? ¿cual más eficaz? Yo compadézco á los incrédulos si esperasen poco de

(1) Nótese que tanto monta decir al pobre: *tenes derecho á despojar al rico*, como decir al súbdito: *tenes derecho á quitar una parte de autoridad al Monarca*, etc., etc. Todas estas fórmulas particulares implican la fórmula general: *se puede quitar al que tiene para dar al que no tiene*, sean los que quieran los derechos del antiguo poseedor.

semejantes exhortaciones, si el rico las oyese de su boca: ellos no tienen á su disposicion más que loterías que irritan la codicia, ó bailes filantrópicos que atrapan un óbolo á la diversion del epicúreo.

Pero el católico que predica al rico la limosna y al pobre la paciencia, sabe *ab antiguo* cuán eficaz es la gracia, cuán rica es la caridad.

Esta es cabalmente el alma del principio cristiano, que todo lo puede, y por lo mismo así es capaz de mitigar el orgullo monárquico en el principio feudal, como el anárquico delirio en el representativo. Por cuya razon pueden entrambos Gobiernos santificarse en el Cristianismo, y llegando á un alto grado de perfeccion, formar la verdadera felicidad de los pueblos.

682. Lo que no podrá nunca santificarse por ser esencialmente malo, es el principio de la independencian absoluta de la razon, que como dijimos otras veces, corrompe y hace intolerable todo Gobierno en el punto que inocular en el gobernanta la impaciencia de todo freno; trasformándolo, si es Monarca en un déspota que tiene por lícito cuanto se le antoja, si poliarca en una manada de ambiciosos que alternadamente se derriban con guerra sin tregua y con horrendo exterminio de la nacion.

Este es el principio, no de los sistemas representativos, sino de su *liberalizacion* á gusto de incrédulos y heterodoxos: de la cual únicamente hablamos aquí, como varias veces hemos repetido desde la introduccion preliminar en toda la serie de nuestras censuras. El haberlo repetido tantas veces no ha podido librarnos de alguna acusacion aun de personas honestas, aunque poco acostumbradas á la seriedad de las discusiones, á la exactitud del discurso, á la atencion en la lectura: lo que más de una vez nos obligó á reiterar las mismas declaraciones. Esperamos que hoy que nuestras doctrinas salen no en las hojas volantes de un periódico, sino estereotipadas, por decirlo así, en la mole de dos volúmenes, ó serán leídas de los que quieran combatirlas, ó no serán combatidas de los que no quieran leerlas.

683. Entremos, pues, en materia, y con esta declaracion

en la mano, veamos qué efectos deberá producir el principio heterodoxo, primero en el sugeto de todo Gobierno, que es la *nación*; después en los varios poderes por quienes la nación es gobernada. Todos saben qué poderes son estos en el organismo de las instituciones representativas á la moderna: un poder legislativo compuesto de Monarca, ministros y Parlamento, este último subdividido en dos Cámaras, la alta y la baja. Examinada la influencia del principio heterodoxo en la legislatura, pasaremos al poder ejecutivo, considerándolo en sus cuatro partes, Gobierno, Administración, Magistratura y Milicia; y concluiremos respondiendo á algunas dificultades que de cerca ó de lejos, directa ó indirectamente, se han suscitado contra las doctrinas expuestas en el curso de esta obra.

---





---

## CAPITULO II.

### LA NACION LIBERALIZADA.

#### §. 1.

#### *Aclárase la proposición.*

684. No es nuestro ánimo ni tenemos por oficio discurrir sobre el sistema representativo genéricamente y como políticos, sino únicamente notar en calidad de publicista católico los funestísimos vicios que en este sistema, útil y sabiamente practicado en otros tiempos, ha introducido el espíritu heterodoxo. En el presente capítulo vamos pues á mostrar el daño que este espíritu ha hecho á la representación nacional alterando la *nación* misma que debía ser representada, y en los capítulos siguientes consideraremos los vicios introducidos en las *funciones* de los representantes.

Ahora bien, pudiendo considerarse la alteración de la unidad nacional en la *abolición* del antiguo organismo social, y en la *reconstrucción* del nuevo, la primera parte de este artículo explicará la disolución, la segunda el nuevo edificio y las leyes que dirigen su construcción, la aplicación mas práctica y mas molesta, y la conclusión final.

685. Pero antes de entrar en materia, quisiera prevenir una dificultad cuya solución esclarecerá mejor las doctrinas. «¿A qué santo, podrá objetarme el lector, hablarnos de la *representación de los intereses*, después de habernos demostrado tan evidentemente en la primera parte que no deben los intereses dar la ley a la sociedad?»

Si alguno me propusiera semejante dificultad, yo temería con razón haberme explicado sin claridad, con peligro de engendrar ideas incompletas y exageradas; y la exageración es mala aun en el bien, cuando mutila una parte de él para superarla con la otra: como acaecería cabalmente si la proposición demostrada: *el interés no da la ley*, se trasformase en esta otra: *la ley no repara en los intereses*: es patente la enorme diferencia de ambas proposiciones, las cuales podrían compararse a las dos siguientes, consideradas en el orden individual: *el apetito no es la ley moral*; *la ley moral no toma en cuenta para nada los apetitos*; claramente se ve que la segunda proposición es falsa, pues aunque la bondad moral no recibe la ley de los apetitos, antes por el contrario la dicta a los mismos, ordenándolos al fin de la naturaleza humana; pero cabalmente por lo mismo que los *ordena* debe tomarlos en cuenta rigurosa, proporcionándolos a su último fin, según la eficacia con qua ellos pueden contribuir a que este fin sea conseguido. Los apetitos son, pues, la *materia* regida por las leyes de la bondad individual, como los *intereses* son *materia* de las leyes sociales; y el no hacer caso alguno de estos intereses sería un *estoicismo social*, así como el no hacer cuenta con los apetitos y pasiones fué un estoicismo individual.

Por cuya razón deben entrar en los cálculos de todo sábio publicista hasta los intereses, y su recta representación debe ofrecerse a la inteligencia legislativa para que esta dicte con toda equidad su respectivo código, así como deben representarse verdaderamente ante los ojos del juez los intereses de las partes para que pueda su justicia pronunciar el fallo. Y aunque delante del juez el interés de diez no sea preferido al de uno si este *tiene razón*, porque la sentencia la pronuncia



la razón, todavía debe el juez conocer aun el interés de los diez para juzgar con conocimiento de causa.

686. Por donde se vé que si después de haber viciado el principio ó sease el criterio del derecho poniendo lo útil en lugar de lo bueno, la idea protestante alterase también la misma *representación de lo útil* establecida por ella como norma suprema, su delito sería doble, pues quitaría á la sociedad las proporciones materiales de la ley, después de haberle quitado las proporciones morales.

Ahora bien, esto último es lo que yo afirmo y lo que propongo explicar ahora aplicando prácticamente una prueba que ya otra vez dimos de esta proposición nuestra.

687. Ya recordarás, lector amigo, lo que antes demostramos, que la ley de la pluralidad se reduce en sustancia á la ley de la fuerza; y la fuerza como sabes bien, puede con suma facilidad conquistarse ó comprarse por la prepotencia del brazo ó de la bolsa, como acaeció en el 18 *brumario*, y como vemos acaecer todos los días entre electores y diputados. Ahora bien, representar los intereses es una cosa muy diversa de ceder á la prepotencia. Luego ya quedaría demostrado por lo dicho hasta aquí, que la sociedad heterodoxa es incapaz de representar rectamente los intereses, porque fácilmente se la intimida ó se la compra.

Pero estas demostraciones dejan un no sé qué de vago y fluctuante en las aplicaciones, y por tanto una cierta confusión en las cabezas menos especulativas, que es causa de que las oigan con indiferencia ó se penetren de ellas con poca exactitud ó las apliquen mal en la práctica.

688. Entremos, pues, más en el orden práctico, dejando libre el campo á la idea reformadora para que actúe en la sociedad liberalizada la representación de los intereses.

A fin de representarlos bien en la sociedad, deberá: 1.<sup>o</sup> salir en busca de ellos y contemplarlos tales como son; 2.<sup>o</sup> organizar un Cuerpo legislativo que pueda protegerlos con la ley; 3.<sup>o</sup> formar un brazo ejecutivo, que sea movido por la ley misma. Examinemos las modernas trazas ideadas para estos tres

intentos, bajo la influencia de la idea protestante, comenzando por el primero.

La idea heterodoxa debería conocer los verdaderos intereses de la sociedad; y para conocerlos debería conocer la verdadera sociedad, y conocerla tal como la hizo la naturaleza, y no disfrazarla ni torturarla sometiéndola á sus teorías. De otro modo llamara interés de la sociedad á lo que es su ruina, y creerá haberla representado cuando haya representado sus monstruos, sus abortos.

Esto es exactamente lo que yo aseguro y pretendo demostrar en el presente capítulo: digo que, puesto el principio protestante, la sociedad no puede ya ser conocida en su *organismo*, ni ser representada en sus verdaderos intereses; no puede ya conocerse en la verdadera unidad de su *espíritu*, ni ser definida con leyes proporcionadas.

Si consigo demostrar esto, se verá claramente que así como los Gobiernos representativos, al caer bajo el protestantismo teórico, se tornan una mentira en lo tocante á su *ser*, así cuando caen bajo el protestantismo activo deben obrar la ruina de la sociedad tiranizada. Para demostrar mi tesis hasta dejar el campo libre á la devastadora idea heterodoxa, es decir, á la independencia natural é inalienable del hombre *divinizado*.

## § II.

### *Abolición del organismo natural.*

689. Aquí tenéis, pues, en marcha á esta idea como á un emisario de Mazzini, vociferando en todas partes su buena nueva: *Sois todos independientes*. La buena nueva invade todos los cerebros, todos los ánimos y corre donde quiera que palpita un interés individual cualquiera atenuado por otro interés mayor, según aquello de que allí va la lengua donde al

*diente duele*. Y he aquí luego al interés menor chocar contra el mayor para librarse de él, desgranando así la sociedad, como quiere Beccaria (1), en sus moléculas primitivas, que se hacen independientes por la atracción y otras afinidades sociales.

690. Para comprender el efecto real y práctico que esta subdivisión podrá producir para la futura representación de los intereses, recuérdese lo que en otro lugar (2) dijimos acerca del organismo natural de la sociedad. Allí vimos que el organismo de *familia, comun, provincia, estado, etc.*, es cosa muy diferente de suma ó *aglomeración* de individuos, porque cada uno de estos órganos debe tener su propio fin, y por consiguiente una vitalidad ó sea autoridad especial dotada de funciones proporcionadas y de especial configuración. Por donde fácilmente puede comprenderse que cada uno de los órganos sociales tiene un interés propio, el cual, si bien redundante en bien de cada fibra ó molécula dominada en él y ennoblecida por la vitalidad, es distinto del interés privado de cada partícula, ó sea de los individuos aislados. Así por ejemplo el ejército, que forma parte de la sociedad, tiene intereses diversos de los de la magistratura, y esta los tiene diversos de los de los cuerpos docentes; y el interés del ejército, de la magistratura, de las universidades, es diverso del de los individuos determinados, aunque individuos, ejército, magistratura y universidades deban subordinarse al bien de la sociedad entera á la cual se subordinarán sus operaciones sociales, al modo exactamente que, según nuestra manera de entender, el interés del ojo que consiste en una visión clara, si bien redundante en bien de cada fibra haciendo que sea de sumo precio para el hombre todo el globo del ojo.

*Non quid carius est oculis? (Catull.)*

pero es distinto del interés de las fibras mismas, las cuales romperían el lazo que las une y volverían á sus respectivos elementos si no estuviesen contenidas por el principio vital.

(1) Véase la nota al número 999.

(2) V. el cap. IV, n. 284 y siguientes.



Este interés, que junta inmediatamente la molecula á la cabeza y á todo el hombre, este interés organico está necesariamente templado con doble orden de proporciones, debiendo promover el bien de cada fibra trasmitiéndole la vitalidad del todo, y el bien del todo cooperando á él con la energia de cada fibra. En faltando cualquiera de estas condiciones, padece la fibra, padece el ojo, padece la cabeza, y padece el hombre todo.

Ahora bien, cabalmente de este modo el individuo adquiere importancia en la sociedad por su conjuncion con la familia y con toda la parentela; la familia y parentela influyendo en el comun, adquiere importancia aun en la provincia; y la importancia adquirida en la provincia le procura cierto influjo en los negocios del Estado; el cual adquiere por su parte, en virtud de la conjuncion bien proporcionada de todas estas influencias, aquella unidad ordenada de juicios, de propensiones, de afectos, de movimientos en que está la salud del cuerpo social. Este bien rebosando de todo el cuerpo, es recibido por cada individuo, á quien comunica aquella tranquilidad y suave bienestar de paz y de contento con que reposa en el orden. Por lo cual si el individualismo de la Reforma tendiese á destruir en sus parlamentos y en la sociedad la representacion de este interés *colegiado* de las asociaciones menores, evidentemente tenderia á representar mal los verdaderos intereses de la sociedad, y en vez de esto á traer la discordia y la disolucion. La naturaleza habia, pues, provisto al individuo de estas asociaciones menores, anticipándose á toda deliberacion de su parte y aun antes de que él fuese capaz de deliberar: de suerte que el infante, desde el seno de la madre que le dá el pecho, comienza ya á ejercitar su influjo en el conjunto total de la sociedad; y la ejercita cabalmente por aquella *dependencia* con que está adherido á la familia que prevé y fomenta sus futuros intereses; por aquella dependencia con que la familia está ingerida en el comun, el comun en la provincia, la provincia en el Estado. Levantóse el Erinyeo de la Reforma y emancipólo; mas lo que hizo con esto fué aislarlo, y el aislamiento de un individuo entre millones de enemigos

que podian oprimirlo y desangrarlo, espantó á la Reforma y á los reformados. ¿Qué hacer para remediar el daño y el espanto? Despues de haber dicho: *eres libre de la sociedad por deber*, añádiese: *eres libre para asociarte por interés* (libertad de asociacion). De este modo la independencia abolia la unidad natural de toda la sociedad, y por consiguiente toda idea de aquel bien comun natural, que no puede nacer sino de la dependencia natural de las partes respecto del todo; y he aquí por qué en estas sociedades el bien comun se vé luego fabricado segun el autojo de la *opinion de los más*, como en su lugar veremos.

691. Hagamos aquí otra observacion mucho más importante y práctica sobre el espíritu que ha excitado en la sociedad la destruccion de su natural organismo, por la cual se ha sustraído á cada uno de los consorcios la influencia que debería legitimamente ejercitar segun su naturaleza en el grado inmediatamente superior de la asociacion. El espíritu que resulta de esta disolucion anti-natural es el furor de los poderes políticos para defender por sí mismo los propios derechos civiles. Expliquemos algun tanto esta idea en el primer grado de la asociacion pública.

La destruccion del municipio natural produjo y debía producir la mania de los poderes políticos. Para producirla hubiera sido bastante aquella activa energia de temperamento que se halla en muchos, cuales son los que habiendo nacido para obrar necesitan una materia en que esplayarse. Estos la encontraban en el municipio tanto mas oportuna para satisfacer su ambicion, cuanto era mas proporcionada á sus conocimientos, mas justa en sus deseos, mas provechosa á sus intereses. Los negocios del comun no son otra cosa por su naturaleza que la recta ordenacion de las relaciones entre familia y familia; y cabalmente por esto siendo capaz todo padre de familia de conocer los intereses de la suya, puede sabiamente juzgar sobre sus relaciones con las demas familias que la rodean. El deseo, pues, de influir en determinar con leyes positivas las relaciones naturales é indeterminadas entre las familias vecinas nada tiene de desordenado, pues es un deber del

padre; el cual provee á los intereses de la propia familia, cuando mantiene el orden en las relaciones comunales. Excitado se siente, pues, á obrar dentro de este círculo no solo por la ambición operativa, sino por la proporcion de sus fuerzas, por la certeza de sus derechos, por el sentimiento de sus intereses y hasta cierto punto por el dictamen de su deber.

Pero si se quita á los cabezas de familia estas influencias para confiar á un Gobierno central todos los intereses del comun, ¿qué deberá resultar? Toda lesión de los intereses privados, lastima á todos; y así como el ojo y la mano se vuelven luego á donde está la llaga, todo individuo del comun procurará al punto indagar las causas del mal para conocer su remedio. Pero el remedio depende de la autoridad central; y hé aquí por consiguiente al individuo casi en la necesidad de examinar si la autoridad central cumple bien con su cargo; y aun tantas veces sucederá que el individuo conozca los verdaderos intereses del comun mucho mejor que el ministro de la Gobernación. Las quejas serán, pues, tan justas, cuanta sea la injusticia de las providencias del ministro. Y hé aquí el espíritu del descontento justificado por un derecho cuando ménos aparente.

Pero este es el menor de los males. El trabajo del comun se presenta al padre de familia como efecto de las influencias centrales, que no puede remediarse si estas no se remedian; y hé aquí, pues, al súbdito juzgando y deseando, y finalmente intentando nuevas combinaciones políticas, sin las cuales no vé la esperanza de que se remedie la marcha del comun. Comenzará, pues, á pretender para sí los poderes políticos, creará tener derecho á poseerlos, pues siente la necesidad de ellos para el remedio. Más como esta necesidad no procede de la naturaleza sino sólo del desorden de las instituciones positivas, la naturaleza no le ha dado los conocimientos necesarios al orden político como se los dió para el orden municipal. De aquí que las providencias políticas con que él quisiera remediar su propio mal, sólo sirven para aumentarlo; y aquella espaciedad que en un círculo más estrecho habria sábiamente provisto al bien del comun, lanzada en una esfera que no es la



suya a discurrir de política sin conocerla, desbarra miserablemente ó se postra.

Y he aquí la triste consecuencia del orden natural violado en la constitucion del comun por el influjo de la *independencia inalienable del hombre*. Por donde se ve que conceder á los particulares la debida influencia en los negocios del comun, restringiendo la accion del Gobierno central á unir y coordinar la accion de los varios municipios hácia el bien comun de toda la provincia, y por último de todo el Estado, es no solo un acto de justicia administrativa, sino al mismo tiempo un remedio eficaz contra el furor de los poderes políticos, cuya conquista seria poco aliciente para el pueblo si no la juzgase necesaria á la defensa de sus intereses domésticos.

Y lo que decimos del comun podria aplicarse con las debidas proporciones á todas aquellas corporaciones de religiosos, de artesanos, de sábios y literatos y de otra cualquiera profesion, que sometidas un día para la tranquilidad pública á la direccion de la Iglesia que las libraba de abusar de la fuerza que se adquiere con la union y con el organismo, fueron destruidas por el espíritu innovador, y sustituidas por la libre asociacion de los obreros y otros clubs emancipados de todo vinculo moral y de toda vigilancia pública, con aquella ventaja que se vió en las barricadas de Paris y de Viena.

¿Queremos arrancar del corazon de los particulares la raiz del descontento y del furor político? Estúdiense atentamente el organismo *natural* del comun, y las justas influencias que le corresponden NATURALMENTE al jefe de la familia. El legislador que sepa conceder á estas influencias la libertad necesaria para asegurar la familia, sin dejar que esta pierda las ventajas que adquiere de su union con el Estado, y por consiguiente, de su dependencia de él con relacion al bien comun, podrá gloriarse de haber quitado pábulo al incendio europeo restableciendo la paz en la gerarquía social restaurada.

692. Obsérvese además que esta paz y este bien comun es asimismo bien de cada individuo, como es bien de cada fibra la salud de todo el cuerpo. La salud, aunque bien inestimable (bien lo echa de ver quien la ha perdido), todavia se

siente bastante ménos por cada una de las partes orgánicas que lo que cada una de ellas siente el estímulo de los agentes externos proporcionados á su especial función. Por donde acaece que las personas muy materiales y esclavas del sentido sacrifican á veces estúpidamente en la embriaguez de una pasión el tesoro de su salud á la importunidad de cualquiera de sus órganos abrasado por la sed de gozar.

Ahora bien, así cahalmente *puede* suceder en todo cuerpo social por un momentáneo paroxismo. Y si el cuerpo social se halla viciado por el principio heterodoxo, verdadera fiebre de la sociedad, no solo *puede* sino *debe* acaecer constantemente; pues el terrible anuncio de libertad (1) deja la rienda suelta á toda la energía del sentimiento individual, al paso que el bien común, cuya pérdida causa un pesar acerbísimo, lo siente poco y se cuida poco de él quien lo posee: el bien común como todas las ideas universales se conoce por la razón, mas el bien particular se conoce y desea por vía de sentimiento. Apenas tocó la idea reformadora la trompeta de la insurrección, despertáronse en el cadáver de la sociedad católica á manera de afinidades moleculares todos los intereses privados de las partes orgánicas; la provincia recuerda los derechos soberanos ó los privilegios de los *fueros* ó de los *usages* gozados en otro tiempo, y se opone á la unión, como recientemente los ligurios y saboyanos amenazaban con separarse del Piamonte; ¡pero no tuvo el municipio también en algun tiempo su soberanía, sus terras almenadas, sus cañones y sus carros militares? ¡Qué dicha si pudiéramos volver á aquel tiempo con todos los tribunales dentro de nuestros muros, sin tener que mandar proscritos á remotas fronteras, ni que vaciar en ageno Erario nuestros tributos! ¡Vivan los comunes! Pero el común no subsiste sino por los sacrificios de la familia, y estos sacrificios, mal distribuidos bajo el régimen del interés con daño especialmente de los pobres, moverán al proletario indepen-

---

(1) Comen formuló este anuncio destructor de toda sociedad, y lo dió por base á su moral en aquellas dos palabras: *Ser libre, ad líbre.*

diente á gritar en medio de la plaza: ¡Abajo la clase media! Con lo que querrá decir que abajo todo orden de autoridad municipal. Hele aquí que vuelve ronco de la demostración de la plaza, y encuentra sentado al hogar un padre de mirada terrible é inflamada, solícito por el bien del comun en el cual contempla su experimentada prudencia el bien de la familia. La austera acogida que este le hace al *bullanguero*, lastima alguna fibra de su corazon, y le hace suspirar por que se destruya el yugo paterno. ¡Oh atención! A son de tambor van convocandose los electores: ¿A quién dará su voto este hijo impaciente y discolo? Al que quiera proponer una ley contra el *discolato* (1) y contra las influencias municipales de la clase media: los individuos de esta se lo darán al que les prometa emanciparlos del gobernador civil, y los provincianos al que quiera los privilegios y la libertad omnimoda de la provincia; en suma, cada cual á quien sostenga el interes vacilante, no de la sociedad, sino del individuo físico ó moral. Y no acabará el fermento en el primer grado de disolución: disueltas las provincias por el Estado, comenzarán á procurarse la libertad contra la provincia los comunes: en los comunes emancipados se desencadenarán las familias, y renovaranse, como sucedió en 1848 en ciertos comunes de Sicilia, aquellas luctuosas facciones que en la Edad media fueron el estrago de toda ciudad y aun de todo caserio en Italia. De esta manera un calor disolvente de fiebre social va trasladando á las clases infimas del individualismo el gran movimiento de los intereses, dejando sin defensa todos los intereses mayores de la gerarquía de asociaciones graduadas, y reducirá á todo individuo á su personal pequeñez, igualmente incapaz de acometer grandes empresas y de resistir á fuertes agresiones.

695. Que este sea verdaderamente el efecto de la independencia protestante, no tengo necesidad de demostrarlo históricamente á los italianos, que no podrán olvidar aquella fiebre

---

(1) *Discolato* se llamaba y acaso se llama todavía en Florencia, á una medida de policía que recoge á los discolos y los condena á la prision ó al servicio militar.



municipal que se encendió de repente apenas se publicó el derecho de independencia, sin que fuera bastante á contenerla ni el juicio de los más avisados, ni aún el peligro evidente de su principal empresa, que era la emancipación de Italia. Imposible parecía que los agitadores fuesen tan estúpidos que no viesen ó tan frenéticos que no pudiesen soportar la necesidad, al ménos momentánea, de unir provisionalmente todos los esfuerzos, y por tanto de respetar, cualesquiera que fuesen, todos los derechos existentes, cualquiera de los cuáles, una vez puesto en duda, bastaba á separar de la obra á toda una clase de ciudadanos y hacer titubear con la duda á todas las demás.

694. ¿Pero quién pide sabiduría al calenturiento que delira? La agitación había comenzado violando abiertamente, sin que precediera sentencia alguna judicial, un derecho internacional reconocido hacia más de cuatro lustros, y que hoy mismo ha sido confirmado hasta por el Sr. Bianchi-Giovini (*L'Opinione* 9 de Enero de 1851), no investigaré ahora si justa ó injustamente: estaba en vigor por vía de posesión, y fueron rotos los tratados por una de las partes que se erigió así misma en juez y dijo: *yo tengo razon*.—*También la tengo yo*, debió al punto responder en cada asociación menor el litigante más audaz en fuerza del mismo principio; y la división fué luego consumada por obra de los republicanos, cuyas doctrinas son una aplicación más completa del principio de independencia. Los *moderados* que fueron los primeros en formularla y cuya simplicidad había llegado hasta el punto de lisongearlos con la idea de encadenar la lógica de las muchedumbres con los artículos de su *Constitucion*, al exhortarlas á violar por su propio antojo el tratado de Viena y las instituciones monárquicas, con tal que respetasen *la nacionalidad italiana* y los nuevos Estados; los *moderados*, digo, viéndose impotentes para enfrenar aquellas fieras indómitas, se retiraron en buen orden deplorando los impetus que no podían resistir; y al remordimiento de su conciencia y á las reconvencciones de su patria destrozada respondieron con una excusa todavía peor para ellos que el cargo: *qué podía-*

*mas hacer nosotros, si estos frenéticos no nos escuchan?*

695. *¿Que qué podiais hacer? ¿Acaso erais tan ignorantes en el conocimiento de los hombres, tan imperitos en materias históricas, tan inespertos en los negocios públicos que no comprendiais los peligros y los excesos de un pueblo desbordado? ¿No visteis que una vez desbordado el pueblo se desliga del derecho, y que realmente se encuentra desligado cuando un solo derecho es reputado por violable? ¿que es violable el derecho cuando la independencia es natural é inalienable? E ignorando verdades tan triviales y palpables, cómo os atrevisteis á usurpar la direccion de los pueblos embriagandolos de independencia? Y por no ver en esta independencia el espíritu heterodoxo menospreciásteis la voz, rompisteis los decretos, hollásteis la persona de un Pontífice cuyas amonestaciones os impedían seguir el camino del abismo! Y despues de estos excesos de arrogancia anticatólica y de una impiedad que tan poco os honra, creéis escusaros con la ceguedad del pueblo, y nos preguntáis: ¿qué podíamos nosotros? Podiais creer como católicos; podiais conocer como filósofos; podiais calcular como espertos; podiais sobreseer como prudentes; y por lo ménos podiais reconocer el error y no empujarnos de nuevo al precipicio con teorías que inexorablemente nos asesinan.*

[He aquí en la realidad histórica la rigurosa aplicacion de la la idea regeneradora! Así fué disuelta Italia bajo la influencia de esta idea; así serian disueltos bajo la constituyente italiana todo pueblo, toda provincia, todo comun, toda familia; pues el mismo principio debia producir las mismas consecuencias en todo, los grados de asociacion: por mi parte, y sin temor de ser desmentido, dejo la comprobacion histórica de estas doctrinas al juicio de cualquiera que conozca los episodios provinciales y municipales de aquella revolucion, y de quien medite con la sabiduria imparcial del publicista los votos de cada uno de los diputados en todas las varias cuestiones, investigando los principios por que se deciden. De esta consideracion resultará que el principio del interés solemnemente abrazado por la sociedad liberalizada, dicta á cada diputado un

sufragio análogo á la pasión individual que lo agita, y que es presentada por él con colores seduciores y disfrazada con todas las artes del raciocinio y de la elocuencia del bien común.

696. Pero al dejar á la memoria de mis lectores el estudio de las reminiscencias históricas, no debo omitir una observación que puede todavía dar mejor á entender la última naturaleza del principio disolvente, y evidenciar todavía más que la actual disolución de la sociedad nace propiamente, como hasta aquí demostramos, de la independencia protestante.

Este principio (como notamos en otra parte y observaremos mejor despues) no tiende propiamente á destruir la union social sino en cuanto la mira como efecto de un derecho cualquiera, que domina á la voluntad humana y enfrena el libre frenesí de las pasiones. Por esto si una asociación resulta de la libre elección hecha por el individuo para secundar un *interés* cualquiera, podrá encontrar gracia en los ojos de los regeneradores modernos, y aun ser objeto de sus favores. Así nada hay que temer, salvo en el caso extremo de llegarse al comunismo más salvaje y más lógico, por las asociaciones para negocios, placeres, ciencias, industria, literatura, filantropía, con tal que no se vislumbre en todo esto un solo rayo de derecho, con tal que no traspire ni una sola gota de bálsamo celestial, de perfume sobrenatural. Pero ¡ay si este perfume llega á tocar las pupilas irritabilísimas de su delicada membrana! ¡Oh! para estas asociaciones no puede haber misericordia. Filantrópica es sin segunda la obra de aquella hermana que enjuga el sudor de muerte al desamparado en los hospitales; la filantropía se transforma en sus benditas manos aun en economía administrativa. Pero el olor de su caridad virginal es olor de Cristo que deja embalsamada la casa en que penetra (1). Fuera, pues, las hermanas en Aviñon, en Verna. Obra filantrópica es la instruccion de los niños pobres, la visita y asistencia de los presos; pero si esta obra se hace en nombre

(1) *Domus impleta est ex odore unguenti.... Christi bonus odor sumus.*



de la humildad evangelica por el hermano de la doctrina en nombre del Sagrado Corazon ó de San José, la proscripcion caerá sobre estas instituciones, aun á costa de disipar tesoros, sustituyéndolas con mercenarios. Obra filantrópica es, y necesaria cual ninguna otra en épocas de crisis económicas, emplear capitales inmensos para librar al pueblo de la usura y al mercader de la bancarota: pero si al fomentar el interés de una administracion gratuita se invoca la frecuencia de Sacramentos y el nombre de San Pablo Apóstol, ¡oh! entonces no hay piedad, y versis á un Brofferio, no solo convenir con Borella, su enemigo, sino disputarle el honor y el primado *moral y civil* de la tiranía, de la persecución, de la expoliación. ¿Lo ves, lector mio? La independencia brama convulsa apenas siente algun olor de religion y de derecho.

697. Si ahora se aplica este principio universal, comprenderáse fácilmente el verdadero sentido del llamado *derecho de asociacion*: todos los ciudadanos son libres para asociarse *segun la letra* de las Constituciones modernas, pero su *espíritu* pone luego la siguiente excepcion: *con tal que la asociacion no huela á religion ó derecho.*

Ahora bien; ¿cuáles son las sociedades ligadas principalmente por estos dos vinculos? Por la religion está congregada la Iglesia con todas sus partes orgánicas; y así sean tambien voluntarios los vinculos que forman en ella el *religioso*, el *congregado*, el *cofrade*, la *hermana*, el *circulo* y cualquiera otra reunion católica; *el siglo no quiere frailes*, no quiere jesuitas, ni cofradías, ni congregaciones, ni fanatismo; no quiere, en suma union alguna formada por la religion: Brofferio nos lo ha dicho francamente con una claridad que honra á su valor ya que no á su lógica (1); pero de estas antipatias irreligiosas prometí no entreteneros mucho por ser demasiado evidentes: pasemos á la union del derecho.

698. ¿Cuál es la sociedad en que el derecho natural une a sus miembros con vinculos más fuertes é indisolubles? Nadie lo duda: la familia, la misma de quien dijo Beccaria ser

(1) Sesión de 19 de Julio de 1848.

un vano idolo (1). Fortalecida de nuevo con la gracia sacramental en las penas y trabajos de un monótono consorcio indisoluble, la familia adquirió aquella plenitud de perfección á

(1) Este autor me parece el Avatara de la idea protestante. Léase en el famoso opusculo *De los delitos y de las penas* el § XXVI *del espíritu de familia*, y se encontrará allí compendiado como quinta esencia de la sabiduría lo que vamos mostrando como asolamiento del organismo social. He aquí algunos pasajes:

«Estas funestas injusticias fueron aprobadas.... por haberse considerado á la sociedad más bien como un conjunto de familias, que como una union de hombres.» Véase, pues, que la sociedad no es para Beccaria una union de familias.

«Si la asociacion es formada por las familias, contendrá veinte mil hombres y ochenta mil esclavos.» Para este escritor hijo y esclavo son sinónimos: como se ve, Beccaria aplica lógicamente la doctrina de Montesquieu, que en otro lugar hemos expuesto (C. X, vol. I, § 5).

«Será una república compuesta de veinte mil monarquías.» El autor juega con espíritu republicano que toda sociedad debe ser una república; por lo cual añade:

«El espíritu monárquico se introducirá poco á poco en la república misma sin ser contenido por un sentimiento que respire libertad é igualdad.» Tales el espíritu protestante con que escribió Beccaria.

«En la república de familias, los hijos permanecen bajo la potestad de su cabeza mientras esta viva.... en la decadente y lánguida edad cuando hasta la desesperacion de ver sus frutos se opone á los cambios vigorosos.» Ya lo ves, lector amigo; el autor quiere quitar el freno á los hijos y liberalizar la familia para destruirla, ó sea liberalizar la sociedad.

«Cuando la república es de hombres (no de familias), la familia no es una subordinacion de mando, sino de contrato, y los hijos llegan á ser libres.... como los hombres libres en la sociedad mayor.» La sociedad no es, pues, una subordinacion de mando, sino de contrato libre.

«Cuando la república es de familias, los hijos, esto es, la parte mayor y más útil de la nacion, están á discrecion de los padres.» ¡Pobrecitos! Muchas personas útiles á discrecion de pocas inútiles! Así promovía Beccaria el amor paterno y la reverencia filial.

«Tales contradicciones entre las leyes de la familia y las fundamentales de la sociedad.... producen un perpetuo conflicto.» De donde se sigue que es preciso destruir la familia.

«La primera inspira sujecion y temor, la segunda valor y libertad.» Este es cabalmente aquel valor y libertad que á despecho de los padres llevaba escrito el batallon de la Esperanza de los héroes mamones.

«Aquella prescribe un continuo sacrificio á un idolo vano que

que la naturaleza la enderezaba desde el principio (1). Ahora bien, el soplo de la reforma resucitó la libertad pagana del divorcio donde quiera que logró introducir la pestilencia de su gangrena.

Y nótese bien, oh lector; esta disolución fue en nombre del *placer-felicidad*, de la *independencia*, del *derecho de la naturaleza*. Lee, si te place, las pruebas de esto en Bentham, y verás censurada como absurda una ley en virtud de la cual dice el hombre: *amaré para siempre la compañera*, como si pudiese el hombre (añade aquel bípodo) responder de sus afectos futuros. No veía Bentham que si el hombre no puede responder de sus afectos futuros, no queda contrato alguno válido en el mundo. Pero ¿qué podía ver este inmundo animal en las sagradas leyes de las nupcias católicas cuando legía la apología y el panegirico de la prostituta que se ofrece al público como *ministra de felicidad*?

699). Hé aquí la idea de la union más sagrada, más natural, más inviolable que hay sobre la tierra anegada para corromper-

---

*se llama bien de la familia.... esta enseña á procurar á la propia conveniencia sin ofensa de las leyes.* ¿Qué sentimental era Beccaria!

*«A medida que la sociedad se multiplica.... el sentimiento republicano se disminuye proporcionalmente.... una República demasiado vasta no se salva del despotismo sino es subdividiéndose y uniéndose en tantas Repúblicas federativas.»* ¡Cuán viva expresión se vé en estos dos periodos de la contradicción protestante! El autor ha destruido el organismo natural de la familia para formar la sociedad única; ahora destruye esta unidad para salvarnos del despotismo. ¿Pues no era más cómodo dejar las cosas en el estado natural en que Dios las puso? Pero rease el gracioso medio á que recurre el autor para dividir la República y salvarla del despotismo.

*«¿Cómo conseguir esto? Por medio de un dictador despótico que tenga el valor de Sila, y tanto genio para edificar como el tucó para destruir. A un hombre semejante... la gloria de todos los siglos lo espera.»* Como se vé, el genio de Mazzini no faltaba á Beccaria: el cual canta anticipadamente el himno de gloria al Príncipe reformador para impulsarlo al suicidio: dispuesto está á besar los pies aun al despotismo, con tal que se torne reformador liberal; y pone el sello á las contradicciones protestantes llamando á un dictador despótico para que nos salve del despotismo.

(1) *Ab initio non fuit jus.* MARTIN.



se en el fango del álito pestilente de la independencia y del naturalismo: ¡juzga si quedará piedra sobre piedra en lo restante del edificio social cuando así se conmueve su único firmísimo fundamento! ¿Qué afecto tendrá al Común el que no ama la familia? ¿Qué sacrificio hará por la Provincia, por el Estado, el que nada sacrifica al Común, á la familia, á los hijos, á la naturaleza?

700. ¿Qué más? La misma union todavia más íntima de la inteligencia con el organismo: la union que forma la existencia misma del hombre, y la que nosotros llamamos vida, cae tambien por inspiracion protestante en nombre de la libertad y de la felicidad (1) bajo el pañal independiente del suicida; y un espíritu de vértigo que tiende ámpliamente sus alas tenebrosas por la sociedad liberalizada, murmura en secreto al oído, no digo del desesperado, del desgraciado, sino aun del hombre aburrido y despreciador, sino de la doncella, sino del niño, la espantosa libertad del *patet exitus*; y la asfixia y el veneno llegan á ser un juego, una ironia, un medio de singularizarse y desafiar la opinion y la justicia: ¿Ni qué union será ya respetada si la independencia del brazo y de la pasion pide su garantía al suicidio, y lo transforma en heroismo, y lo jura como un deber?

No, no existe ya la unidad bajo este dominio destructor: el entendimiento fué emancipado con la incredulidad del yugo de un Dios revelador; con la crítica, del yugo de la razon; con la soberania popular, del de toda autoridad; con el derecho del suicidio del de todo temor. Así se disuelven la sociedad del alma con Dios en la Iglesia, la del pueblo con el Principe en la ciudad, la de la mujer con el marido en la familia, la del cuerpo con el alma en el individuo, siempre que estos vínculos son osados de oponerse al impulso de una pasion, á un derecho, á la libertad, á un deseo de felicidad (placer). Disuélvese la sociedad hasta en su primer elemento, abandonada

(1) Lea quien pueda los sofismas de ROUSSEAU en la *Nueva Heloisa* en favor del suicidio, y verá que todos ellos se apoyan en el derecho á gozar, ó sea á la felicidad. Lo mismo podria decirse respecto de Jacobo Ortíz.

á merced del primer insensato que quiere dominarla. Tal es la última consecuencia de la independencia protestante.

Ahora bien; si el principio protestante acaba con toda sociedad, con toda manera de union, fácil es comprender que mal puede ser representada bajo su influencia la sociedad verdadera y natural, cuando su *organismo* ha dejado de existir.

### § III.

#### *Abolicion de la unidad moral.*

701. Hemos visto que la representacion nacional es imposible en el protestantismo, porque mediante el individualismo que formó su esencia íntima, como su mismo nombre lo dice (*protestar* quiere decir, en efecto, *separarse*), hace imposible el *organismo* social, é imposible, por consiguiente, la nacion, sociedades esencialmente orgánicas. Con todo, no sería tan grande este mal, si abolido el organismo de la nacion, pudiese al ménos el protestantismo representar su *espíritu*, ó sease la unidad moral. Compréndese esto muy bien recordando que la importancia de los agentes debe medirse por su proporcion con el fin que deben conseguir. Es así que el fin por que se dice reunirse los representantes, es un fin completamente moral é intelectual, pues se pretende que den una ley de acuerdo con sus propios juicios y voluntades, ó digamos mejor, con los juicios y voluntad del pueblo, que son cosas de un orden absolutamente inmaterial: luego aunque faltase la representacion del organismo, todavía podrian lisonjearse los novadores de haber tocado la meta, si al ménos representasen con sus instituciones el sentimiento moral de la nacion.

702. Lo cual no sería difícil en una sociedad católica, pues no hay cosa mas fácil que una verdadera representacion cuando la índole misma de las personas las hace perfectamente semejantes. Supongamos dos gemelos, y el caso lo he visto yo

mas de una vez, que hayan recibido de la naturaleza la misma idéntica fisonomía. Si uno de ellos estuviese ausente y su madre quisiera que le sacaran su retrato, ¿qué haría? Fácil es adivinarlo: llamaría al pintor y poniéndole delante su hijo segundo le diría: «las facciones son las mismas con muy pequeña diferencia en este ó aquel punto; la nariz un poco mas de perfil, los carrillos un tanto mas gruesos, el colorido algo mas animado, etc.»

703. Así cabalmente puede representarse á la madre (Iglesia) toda nacion católica en su perfectísima fisonomía moral; pues la moral del católico, así en el entendimiento como en la voluntad, está formada *esencialmente* por la fé y por las leyes de la Iglesia; y así, sea quien quiera el que representa socialmente la moral de la Iglesia, está ciertísimo de representar en su parte mas importante la nacion á el individuo católico. Digo y repito (permitaseme este recuerdo en materia de tanta importancia), digo y repito, en su *parte mas importante*, no solo porque el entendimiento y la voluntad son en el hombre la parte *específica*, son el *yo* de que tanto nos hablan alemanes y alemanescos; sino principalmente porque en la idea de los constitucionales los representantes se rennen, 1.º para hacer leyes, que son actos de *inteligencia y voluntad*; 2.º porque estas leyes espresan los *juicios* (ó como ellos dicen la *opinion*) y la *voluntad* nacional.

704. Por donde se ve cuán fácil debía ser una representación nacional verídica en los pueblos católicos de la edad media (á que nos remiten cuando les tiene cuenta los novadores con mas audacia que buena fé), cuando la unidad de la fé y de la ley hacia imposible á un diputado alterar un ápice en la conciencia de sus comitentes y en todas las relaciones políticas que con ellas se entazan y forman lo que *supremamente* importa en un pueblo sinceramente católico. También se ve por aquí cuán razonable es otra *representacion*, verificada en el rito fundamental de la Iglesia, el bautismo; en el cual el niño privado aun del uso de la razon es fidelísimamente representado por la mente y la voluntad de los padres y de las personas que hacen sus veces. Llena la madre de los fieles



de respeto para con los sentimientos naturales, infundidos en nosotros por el mismo Criador que instituyó la Iglesia, comprende que la inteligencia del hijo durante largo tiempo es una con la del padre (1); por tanto, siendo el padre católico, el hijo tendrá naturalmente el mismo sentir y el mismo querer inspirado por el catolicismo, en el cual debe ser educado. También en este caso es, pues, muy razonable y verdadera una representación de orden moral.

705. ¿Pero puede decirse lo mismo entre los protestantes? No: su representación bautismal es una burla sacrilega: es decir, por una parte, que sería un crimen de lesa dignidad humana encadenar la inteligencia del niño, y en el acto mismo pronunciar en su nombre: *Yo creo!* La afirmación es tan absurda que ciertos católicos, cuya cabeza protestantizada va abjurando á la par con la fe aun la misma naturaleza, dicen francamente que es absurda la obligación del bautismo, porque nadie puede obligarse sin querer (2); como si el padre no debiera educar á los hijos para que obren racionalmente ó no fuese racional en los hijos consentir con el padre, ó en el padre inclinarse delante de Dios, autor de la revelación.

706. Ahora bien, este mismo absurdo, introducido por el individualismo protestante en el bautismo, resulta mil veces más estragante todavía introduciéndose en una representación nacional con un Manifiesto que podría publicarse al tenor siguiente:

#### CIUDADANOS!

«Sois libres en vuestras opiniones; por consiguiente no hay entre vosotros un sólo cerebro que convenga con ningún otro. Mas, pues debeis obedecer únicamente á la verdad que pensáis, y á la justicia que queréis, se os invita á que busqueis entre vosotros mismos una cabeza que exprese fielmente lo que

(1) Cap. 7, §. 43, núm. 553.

(2) Esta imposibilidad la entienden solo en lo tocante á la Religión; pero en las demás cosas no reparan en ella. Véase la *Civiltà Cattolica*, Vol. 4, p. 574.

piensan las demás cabezas contrarias, una voluntad que exprese fielmente lo que quieren todas las demás voluntades contrarias.»

707. ¿Que tal, lector amigo? ¿no es esta propiamente la empresa de *nuestro picapedrero*, representar en una sola cabeza quince ó veinte millones de cabezas todas contrarias las unas á las otras? Comprendo que esta imposibilidad reconocida ha forzado á los políticos reformados á contentarse con que se represente la mayoría de las cabezas; lo cual es una violación de su principio combatido por la naturaleza. Ellos dicen: *No estás obligado á obedecer sino consientes*. La naturaleza responde: *El consentimiento de todos es imposible*; los novadores, pues, replican contradiciéndose: Debes obedecer á la *mayoría*.

Pero en esta misma mayoría ¿cuántas mentiras se encierran! Prescindiendo de que esa réplica niega el derecho inalienable de independencia en el acto en que se quiere reducirlo á la práctica; pasando en silencio todo lo que dijimos sobre la imposibilidad del sufragio universal, aunque esta condicion seria necesaria para formar una verdadera mayoría; sin hacer memoria de que esta impotencia reduce á los fautores de la doctrina heterodoxa á decir claramente que *los votos se pesan y no se cuentan*, que el pueblo son los hombres ilustrados, y que los hombres ilustrados son los liberales; en suma, ciñéndonos al simple objeto de la presente disquisición, quiero suponer que los diputados sean una expresion verdadera de la mayoría que los manda: ¿serán ellos por esto representantes morales?

708. Ni por pienso; pues para representar esta mayoría, deberían recibir de ella la comunicacion de sus opiniones y deseos; comunicacion no sólo *imposible*, sino tambien *irracional*. *Imposible* porque en la multiplicidad de los negocios destinados á la discusion, la unidad de los juicios, ya moralmente imposible sobre cada negocio en particular, es absolutamente absurda en el conjunto total de los mismos. Y es evidente que no existiendo esta unidad mal puede ser comunicada. Si á los diputados se les nombra como procuradores para un solo

asunto, discutido este en los colegios electorales, podria determinarse (Dios sabe cómo) la disposicion moral de la nacion acerca del punto discutido; pero ¿cómo determinarla, cuándo ni siquiera se sabe lo que despues ha de tratarse en las Cámaras?

709. Pero supongamos todavia posible este absurdo; supongamos que sobre cada negocio se puede obtener la mayoría de juicios y voluntades, y que esta mayoría diversa en mil diversas coyunturas, se ve afortunadamente reflejada siempre en la única cabeza del diputado electo: en tal caso ¿no seria sumamente *irracional* exigir a este diputado que represente las ideas de sus comitentes de una manera inmutable? ¿Pues para qué se discuten los negocios en el Parlamento, sino cabalmente para que los diputados sean ilustrados por la discusion? Pretender que estos no cambien de opinion, seria frustrar todo el mecanismo representativo. Hónos aqui, pues, en la alternativa de dos extremos irracionales: ó debemos decir al diputado: *la nacion afirma, y tú, que debes representarla, podrás representarla negando* (lo cual significa que la negacion representa la afirmacion), ó decirle que despues de la discusion, sean las que quieran las razones que en ella se oigan, el no debe mudar de dictámen; lo cual, sobre lo irracional de un sufragio contrario al bien público conocido, envuelve lo irracional (defecto muy comun en las Asambleas modernas) de haber charlado dias enteros a costa del pueblo sobre un negocio ya inmutablemente deliberado. Lo irracional toma visiblemente en este caso la forma de un dilema donde no hay escape, pues si se huye de uno de sus cuernos, clávase el adversario en el otro: ó el representante piensa por si y entónces no representa, ó el representante representa, y entónces hace leyes sin pensar.

710. Y aqui tenemos otra ridiculez digna de atencion: las leyes que salen de la urna parlamental, se nos echan encima gravemente por voluntad de la nacion, cuando miradas en verdad aun sólo en el parlamento, son generalmente sucesos casi fortuitos; para demostrar lo cual bastaria examinar las especies peregrinas y contradictorias pronunciadas por la boca de



la nacion personificada en la urna fatal. Pero no me detendré ahora en lo que pasa, pues me urge explicar sus causas.

711. Para que la ley fuese realmente la expresion de un juicio y de una voluntad nacional, seria preciso por lo menos que expresara el juicio y la voluntad *una* de la mayoria de los diputados. Con poquísimo me contento en verdad: pues no exijo, *según el principio* de los novadores, que consientan todos los individuos, ni la mayoria de ellos, no exijo el acuerdo de las opiniones entre los electores, ni la mayoria personal de estos; me contento con la mezquinísima mayoria de doscientos ó trescientos diputados, y si esta se consigue, me resigno (para lo cual se requiere una buena dosis de abnegacion) á decir esta solemne mentira: el parecer de los trescientos es un verdadero retrato del parecer de veinte ó treinta millones. Pero no, esta mayoria misma de trescientos juicios y voluntades es ya de por sí una mentira, si se afirma generalmente y como efecto constante de la institucion. ¿Quieres palparlo? Hé aquí las pruebas.

712. ¿Qué entendemos por juicio único y única voluntad de trescientos honorables? Entendemos la afirmacion de un juicio único seguido de una sola determinacion. La unidad externa del hecho no es por sí misma unidad de juicios y de voluntades, antes puede nacer de su oposicion. Se podria tener por única voluntad la de los hijos de Jacob cuando arrojaban en la cisterna al inocente José, Ruben para salvarlo, los otros para matarlo! ¡Singular unidad seria la que se formara por el homicida y el defensor! Ahora bien, esta es la unidad moral que dicta las leyes en el Parlamento: lo cual se ha visto solemnemente confirmado en el ejemplo reciente de la Asamblea francesa, que estuvo á pique de producir un incendio universal con la caída del ministerio Baroche y del general Changarnier. Puede leerse el hecho en la crónica segunda de la *Civiltà Cattolica* de Febrero de 1851, donde se verá cómo una minoria queria que cayese el segundo, y la otra que fuese aplaudido; mas teniendo ambas sus razones, ó por puntillo ó por espíritu de partido, para combatir el ministerio, hé aquí que se consintió en una ley luego al punto desaprobada por los

mismos que la habían establecido: ley que no expresaba ninguna mayoría en su conjunto, ley negada por una fracción del partido que la aprobaba con otra.

¡Cuántas veces no ha sucedido lo mismo! ¡Cuántas veces podrá repetirse el hecho en fuerza de las instituciones parlamentales! ¿No era esto con poca diferencia lo ocurrido en Inglaterra cuando el voto de los irlandeses combatiendo el *bill* antipapal hacía mudar la ley electoral (1)? ¿No puede reducirse á esto el sincetismo de los *consejos de instrucción pública* introducidos en Francia, donde un *pisto* de católicos, de protestantes, de judíos, de incrédulos dá un resultado único sacado de principios contradictorios para el régimen de la enseñanza pública, de lo cual se rio grandemente Cormenin (2)? En tales casos, ¿qué estómago por grande que sea, se tragará, por ejemplo, que poniendo juntas las miras que presidieron al nombramiento de Brofferio por el comun de Caraglio, de Asproni por el de Génova, de Lisi por el de Brá, de Menabrea por el de Saint-Jean-de-Maurienne, y así otros, se obtendrá realmente la expresion del sentimiento moral de aquella nación, siendo así que Asproni contradice á Lisi, al paso que Brofferio blasfemia del Dios de Menabrea? La mayoría nacional que eligió por diputados estos gladiadores parlamentarios, se reduce, pues, á la mitad de lo que antes era; y la minoría de la Cámara, junto con la minoría de la nación que fué vencida en las elecciones, forma probabilisimamente la verdadera mayoría que en tal caso sería contraria á la ley establecida. El profesor Melegari reconoce esta condicion del Gobierno representativo, por cuya razon asegura con valor que *su garantía es insuficiente*; «pues ¿quien garantizará, añade, á la parte de la nación que no está representada? ¿quién garantizará á las minorías de derecho que son á menudo las mayorías de hecho, contra el absolutismo de las mayorías de derecho que son á menudo la minoría de hecho?» (Risorgimento, 8 de Di-

(1) *Civiltà Cattolica*, vol. IV, pág. 676.

(2) *Liberté, gratuité, et publicité de l'enseignement*, par Tixot. Paris 1850.

ciembre de 1850). Hé aquí un profesor de *Derecho constitucional* en Turin reconociendo que *la ley puede hacerse por la minoría*. Y después de todo, ¿qué expresa esta ley en el juicio de varios diputados? Tomemos, por ejemplo, la ley sobre el armamento de la milicia nacional ó de la marina. En esta ley, el voto de uno significará por ejemplo: *Quiero que se arme la milicia, porque la considero útil á Mazzini*; el de otro dirá: *Quiero seguridad pública, y tengo por instrumento adecuado para conseguir este fin la milicia nacional*; el de Asproni podrá significar: *Quiero la república liguria, porque la considero útil á Génova*; el de Menabrea podrá significar: *Quiero la observancia del Estatuto, porque me juzgo en este punto ligado por el juramento*.

715. He aquí cuatro voluntades y cuatro juicios diversos y acaso opuestos que han producido una ley única: decir que esta ley única espresa una voluntad única, es una mentira visible descubierta solemnemente por mil hechos y mil razones: es una mentira que ruborizaría á la materialidad de las ciencias físicas, bien que estas se hallen reguladas por la irresistible necesidad que impulsa á las sustancias materiales. ¿A quien no daría que reir un físico que viendo entrar dos naves en el puerto, dijera que las dos han hecho el mismo camino? El hecho material es uno, pero la causa moral puede variarse indefinidamente.

Y nótese que la inmensa variedad de impulsos hace que sea fortuito el resultado de las leyes: si Caraglio no nombrara á Brofferio, si Brofferio no abrazase la república, si la república de Brofferio no conciliase su interés con la de Liguria, si este interés no esperase apoyo del armamento, si este armamento no fuese mirado como medio de seguridad y deber originado del Estatuto, si en el día de la votación Brofferio ó Asproni hubiesen sido invadidos de la fiebre, la ley que resultara, podía ser enteramente contraria. Todas estas combinaciones bajo las influencias de la independencia heterodoxa son puramente fortuitas, porque cada diputado siguiendo por norma el interés de su respectivo partido podía pensar de diferente manera. Decimos *bajo las influencias heterodoxas*



*del interés*, porque si los diputados obrasen bajo la influencia del principio católico reconociendo una sola norma de verdad y de justicia moral, todos á una mirarian á este punto versando tan solo el disenso posible sobre materias de intereses inferiores. Luego en el sistema heterodoxo la legislación, que debia ser fruto y expresion del buen sentido nacional, es fruto y expresion verdaderamente de una combinacion fortuita. Reconócelo así en sustancia aun aquel publicista que en el *Lombardo Véneto* defendia las Constituciones con las siguientes palabras: *Que el absolutismo á que hoy (1851) está sujeta Francia, sea el peor de cuantos atañen á los pueblos civilizados, prueba con decir que en una asamblea éxica de setecientos cincuenta, todo puede depender del voto de un molinero, de un posadero, de un carnicero!* El apologista de las constituciones reconoce, pues, como fortuitas las resoluciones de una Asamblea, donde un voto de un posadero decide los destinos civiles y políticos de un pueblo. Verdad es que si este poder se llega á dividir, el autor cree haber salvado á los pueblos de la *omnipotencia del tirano*. Más habiendo demostrado nosotros en los artículos anteriores que el poder supremo es indivisible, que la division es puramente aparente ó por lo ménos temporal, que es muy fácil á la Asamblea popular tomar la sarten por el mango, conforme al principio de los *novadores*, mientras el publicista lombardo no nos prueba lo contrario, continuafemos sosteniendo que bajo las influencias heterodoxas el Gobierno representativo conduce *naturalmente* á leyes fortuitas.

Ahora bien, una ley fortuita es esencialmente despótica, que no es otra cosa el despotismo sino una ley impuesta sin razon: despotismo cuya frecuencia en los Parlamentos muestrannoslo muy bien las persecuciones del Parlamento ingles desde Cromwell hasta Russell; y lo declaraba el ilustre orador frances Montalembert cuando en la sesion de la Asamblea de 10 de Febrero de 1851 decia: *Yo amo al Gobierno representativo porque es un freno necesario al poder, y quiero que su sistema intervenga en todas las materias de legislación y de política general y nacional; más no quiero su ingerencia intolerable.*

*omnipotente, cotidiana y sutilmente charlera en cada negocio mimicroscópico del país* (1). ¡Laudabilísimo deseo! Mas para conseguirlo convendría pedir la oportuna licencia a la madre naturaleza; convendría que las deliberaciones parlamentarias fuesen dirigidas por la razón y no por el acaso; y para esto sería menester que el Parlamento tuviese su freno, como él mismo sirve de freno al poder; pero el freno disminuiría la independencia de la palabra, la independencia de los *Honorables*, la independencia heterodoxa. Es así que disminuir esta independencia sería *retrogrado*: luego mientras sigamos reformándonos a la moderna, es forzoso resignarnos, no solo a tales parterías, sino a leyes fortuitas y por consiguiente tiránicas.

Veo por otra parte que alguno podrá impugnarme acaso con mis propias armas, diciendo que aquella razón cabalmente á que yo atribuyo el hecho de ser casual esta legislación, demuestra con mayor evidencia la utilidad de las nuevas formas políticas; pues debiendo resultar las leyes de la conciliación de partidos é intereses tan complicados y contrarios; gran sabiduría política há menester el que debe obtener el triunfo con la mayoría de los sufragios. Y siendo efecto la ley de la sabiduría política, por fuerza habrá esta de ser excelente.

A quien así discurriese podría yo responder con hechos interrogándole si los centenares de leyes dadas á luz con tanto dolor, son verdaderamente Benjamines ó abortos. Podría preguntarle si le parecen *sapientísimas* aquellas mayorías que se negaron á admitir en el Piemonte al Milanésado cuasi cediendo por Austria, que sumieron al Piemonte en la miseria, que

(1) *Mais je ne veux pas de son intervention taquine, bavarde, quotidienne, omnipotente et insupportable dans tous les affaires du pays. «El Lombardo Veneto hace coro á estos votos del orador francés: tales máquinas... se mueven pianos y concordes hácia el único fin del bien público, con tal que no caigan en manos de charlatanes y calaveras. (Il Lombardo Veneto, 4.º de Abril de 1854).» Estos buenos deseos honran al autor de este artículo; mas confesemos que no se nos alcanza la traza con que habrá de excluir de la Cámara no ya solo al molinero, al posadero, al carnicero, sino á los charlatanes y calaveras.*

mandaron el ejército al matadero en Novara, que rechazaban un tratado de paz para renovar un tercer desastre sangriento, que violando la fe de los Concordatos, y oprimiendo las conciencias católicas con leyes iníquas y cánones inviolables, ahuyentaban de la política del ministerio á todos los verdaderos católicos. Si mi lector no se declara por panegirista de estos excesos, su objecion resultará destruida por la historia, y la lógica de la historia es invencible.

Mas como pudiese haber alguno que asintiendo al hecho, lo atribuyera á otras causas, bueno será responder directamente á la dificultad propuesta. La cual se funda en una confusion de ideas, en que se toman las travesuras de un intrigante por sabiduría política, dotes absolutamente contrarias en el corazón, aunque presupongan cierta semejanza en las cabezas.

A la verdad no puede negarse que los bribones necesitan tener mucha sagacidad para servirse de los hombres, como la necesita para moverlos el verdadero y sabio político; pero hay entre ellos dos grandes diferencias. La primera de las cuales está en el fin, que para el político es la honesta utilidad de la nación, y para el bribon el interés propio ó de su partido. La otra diferencia todavia mas importante en nuestro caso, está en la eleccion de los medios; que todos son muy buenos para el malvado, mientras el sábio político debe necesariamente rechazar todo medio inmoral.

Por donde se ve que el sistema representativo, tal como se le entiende, sometido á las influencias del espíritu privado, lejos de asegurar el triunfo á la verdadera sabiduría política, hace muy probable su derrota; pues de una parte suprime, como ya otra vez demostré, las influencias de la conciencia reduciendo al interés todos los motores de la sociedad (1), y de este modo debilita el arma más poderosa del verdadero político contra el bribon, que es la influencia de la justicia en la conciencia de los diputados; y de otra deja á los tunos el libre uso de todas las armas más perversas, desde las declamaciones más audaces de la tribuna, hasta las traiciones

---

(1) *Civiltà Cattolica*, vol. IV, pág. 535.



de los conventículos más secretos protegidos bajo la inviolabilidad del *honorable*, y favorecidos por los intereses que él se da maña para engañar ó sobornar.

Piénsese en esta posición respectiva de dos atletas parlamentarios; uno de ellos político sábio, el otro pillo intrigante, y no causarán maravilla mi proposición ni los hechos que la confirman, como nadie se asombraría de oírme asegurar que en el asalto de Fortimpopoli era más probable la victoria de Passatore (1), preparada en secreto y consumada por la audacia, que la victoria de los ciudadanos sorprendidos en medio de las tinieblas y no acostumbrados á arrostrar la muerte.

Y si se quiere otra prueba de lo que vamos diciendo, ahí la tenemos, como dicen, *á fortiori*, en la caída de la casa de Orleans, dispuesta por un puñado de malvados, intrigantes en las tinieblas, con artes tan reprobables, que el desgraciado Monarca tuvo que lamentarse, más que de la pérdida de su reino, de la ignominia de aquella derrota por gente tan vil, tan poca, tan flaca y tan perversa. Pues si aquel politicon, que no era siempre muy escrupuloso en la elección y en el uso de los medios, ayudado de otras cabezas no inferiores á la suya, todavía fué derrotado por la cabala y la audacia de quien supo ganar los sufragios de mil intereses opuestos; ¿qué puede esperarse que ocurra á un sábio y honesto político, que huya de las vías de la violencia, de la seducción, de la venalidad, del engaño, de la traición? ¡Oh, para este tal, la derrota no es sólo probable, sino inevitable!

Me dirás acaso, oh lector, con la sonrisa en los labios, que hay pocos políticos que padezcan de estos escrúpulos, lo cual es barta verdad en todos los sistemas de Gobierno. Mas si tal es la natural propensión del político, aun pudiendo gobernar sin villanías, ¿qué será en un sistema que se las hace necesarias, y hasta le quita la vergüenza que debiera sentir al cometerlas, gracias á la perversidad de los principios y á la

---

(1) Famoso bandido que en estos últimos años asoló las Legaciones.

complicidad de muchos! ¿Y que juicio formar de un sistema que pide tamaña iniquidad?

Vana es, pues, la objecion de los que atribuyen toda la accion gubernativa en los Gobiernos liberales á mero influjo de sabiduria politica. Aun esta podrá sin duda tener su parte; mas debiendo siempre resultar la ley en último término de la mayoría, y siendo la mayoría mas ordinariamente ganada por los astutos que por los hombres de bien, no es nada probable el triunfo de la sabia politica que algunos esperan como efecto infalible de los Gobiernos representativos.

714. Lo cual á decir verdad no necesitaba tantas pruebas, por ser cosa evidentísima que cuando hay que elegir un Congreso de diputados, todos se afanan porque sea elegido á su gusto; y cuando ya está elegido, todos le miran como un hecho accidental que determinará mil hechos futuros, los cuales habrian podido fallar por mil circunstancias fortuitas. ¿Y es posible que una combinacion fortuita semejante, pueda llamarse sin mentira expresion verídica de los sentimientos morales de la nacion? ¿Quién ignora que este sentir moral es una unidad determinada y constante, y que si esta unidad estaba por el armamento, no podia estar por el desarme? Si pues el haber conseguido lo uno y no lo otro ha sido efecto del empleo prometido á aquel diputado, ó del vaso de vino dado al elector, de una indigestion ó de un costipado que forzó á un diputado á guardar cama, ó de una distraccion que le hizo perder el hilo del discurso, casos todos muy contingentes, dígame enhorabuena con franqueza que la ley es la expresion de combinaciones fortuitas, mas no se nos diga que expresa en el sistema liberal el voto de la nacion.

715. Decir esto es privilegio del católico en una nacion católica donde la idea moral es en todos una. Si en ella dicen todos, aunque no sin alguna dificultad, que *se arme*, estamos moralmente ciertos por lo ménos de que el armarse se reputa justo, y como tal es querido tambien por la nacion; pero este querer y este juicio reciben su *unidad y su justicia*, no de millones de electores que no pueden dar ni la una ni la otra.

sino de la unidad y santidad del pensamiento católico, solo principio verdadero y legítimo de unidad social.

Supuesto además lo que hemos demostrado, que en fuerza del organismo legislativo no son las leyes respecto á la nación sino un suceso fortuito que espresa, no los juicios del pueblo, sino los intereses del partido más astuto ó más poderoso, á nadie podrá ya maravillar la portentosa fecundidad de estos legisladores. «Más de trescientas mil leyes, sin contar el Código; cerca de diez millones entre decretos ó providencias legislativas, según el cálculo de uno que tuvo la paciencia de contarlos (1);» hé aquí el tesoro encerrado en el ovario de la Francia constitucional durante los sesenta años de su existencia, fecundidad que se deja atrás la de los arenques; y con todo esto, siempre nos encontramos en el principio.

¿Cómo se explica este hecho? Para explicarlo bastaría considerar que es casual; porque leyes dictadas al acaso no surten naturalmente el efecto que debieran producir, y hacen por consiguiente, necesario introducir perpétuas alteraciones en el Código. Mas á la casualidad se añade la influencia esencialmente contradictoria del principio heterodoxo, que obliga y aun precisa á las Cámaras á derogar ó modificar las leyes, y aun las mismas modificaciones á retocar indefinidamente cada vez que se entromete á hacer leyes sobre religion, violando la libertad de conciencia, y despues leyes de libertad de conciencia violando la religion, como acaece en materias de *matrimonio*, de *enseñanza*, de *votos monásticos*, etc.

Mas si se repara que la ley votada por la mayoría parlamentaria, ley casual para la nación, significa la victoria de un partido, se comprenderá cuáles sean los vientos que llevan sobre los campos de la sociedad estas nubes de langostas: porque ¿hay cosa más evidente que la mudanza de las leyes cuando se mudan los intereses, y la mudanza de los intereses con la mudanza de los partidos? Fijese la vista por un momento en la cronología de los doce lustros que van de Constitución, y véase cómo la alternada caída y elevación de los partidos fué mu-

(1) *Platon Polichinello*. Part. 1, esp. 27.



dando los intereses y por consiguiente las leyes. En 5 de Mayo de 1789 se reúnen los Estados generales inspirados por principios y sentimientos dinásticos y aristocráticos; en 17 de Junio de 1789, abolidos los tres órdenes, se forma la Asamblea nacional bajo los impulsos del espíritu democrático. ¿Creerá nadie posible que esta Asamblea se contentara con las antiguas leyes de Francia?

Convertida en constituyente la Asamblea nacional, prepara la prisión del Rey, pero le conserva la vida y una sombra de dignidad; viene luego la Asamblea legislativa, y ya los girondinos y la montaña consiguen quitar al Rey sus títulos y su trono, y comienza la persecución contra los Principes, los emigrados y el Clero (9 de Noviembre de 1791). La Convención forma la república y sacrifica á Luis XVI; ¿cómo aceptarse por ella las leyes dadas por los constitucionales de la Asamblea anterior? La Convención, decimos, conturba á Francia con los actos de la barbarie más sacrilega; pero cae Robespierre el 27 de Julio de 1794, y hé aquí disperso el club de los jacobinos, devueltas las Iglesias que quedaban á los católicos, la paz á los Vendeanos y el nombre de pila á los cristianos.

A la Convención nacional sucedió el Directorio, y el Directorio prepara el Consulado, y el Consulado el Imperio; y por estos tres grados se pasa de los excesos de la anarquía al exceso del despotismo; y en cada uno de estos tres grados van las leyes tornándose rigurosas, la autoridad rodeándose de bayonetas, y las leyes republicanas trasformándose en monárquicas.

Diez años de monarquía absoluta, á contar desde 1804, habían establecido el espíritu del despotismo en las leyes, y el espíritu del servilismo en los pueblos (1), cuando comienza de nuevo

---

(1) Digo *servilismo*, porque el espíritu heterodoxo animó siempre al primogénito de la revolución, y no le dejó nunca comprender el verdadero espíritu del gobernante católico y la verdadera libertad del católico sumiso: así fué, que se asombró y se llenó de furor cuando el Viejo inerte del Vaticano, y á su ejemplo, los trescientos Prelados del Imperio osaron resistirle. La heterodoxia imperial, como la constitucional, no conoce más ley que el despotismo ni más obediencia que la esclavitud, á la cual acostumbró á los franceses.

la época de las constituciones con la carta de Luis XVIII (14 de Junio de 1814), é intenta reconciliar realistas, imperialistas y liberales. Suspendida un momento por el acta adicional del 22 de Abril de 1815 que resucitaba el Imperio, vuelve á ponerse en vigor á la vuelta del Rey legítimo, y así dura en medio de las perpétuas vicisitudes de los partidos en el ministerio y de los intereses en las leyes. Habiendo llegado el peligro á su último extremo bajo un ministerio liberal, Carlos X se echa en brazos de Polignac que prepara sin quererlo la caída de la dinastía primogénita. Sucédenle los Orleanses interesados en combatirla constantemente y en combatir por consiguiénte las tradiciones francesas, la aristocracia y la Iglesia. Caídos los Orleanses, la República entra con tendencias opuestas en religion y en política.

De esta suerte, durante la serie de sesenta años, no pudo ménos de existir una perpétua sucesion de intereses y de leyes contrarias entre sí, y modificadas perpétuamente. Lo que me ha parecido bien notar, porque se entienda todavia mejor que en las nuevas leyes entran siempre nuevos elementos que hacen imposible volver á las antiguas, pues no es posible, por ejemplo, á la Asamblea constituyente negar del todo á la Francia monárquica, ni al Imperio repudiar la herencia del Consulado, ni á la Carta del 50 no reconocer la de 1814, ni á la presidencia del 40 de Diciembre olvidarse de la república de Febrero. Así se enlazan los intereses, se multiplican las leyes contradictorias complicadas con mil aclaraciones que las oscurecen, con mil aplicaciones que las alteran. Así, finalmente, el código que habia de ser accesible al vulgo, llega á ser ininteligible aun para la pericia de un abogado.

Tal es el resultado necesario de un gobierno en el que es siempre necesariamente legislador y gobernante un *partido*. No puede ser de otro modo: cuando muchos luchan las vicisitudes son continuas.

Por donde vuelve otra vez á destruirse por mano de la naturaleza la fábrica que la idea heterodoxa intenta levantar. ¿De qué modo hemos llegado á la lucha de los partidos en las Cámaras? Los reformadores modernos declamaban contra la ar-

bitrariedad del Monarca que mudaba las leyes á su antojo: mas he aquí á los Monarcas acusados de una inmovilidad mortal, comprobada por la estabilidad de los códigos que han regido las naciones siglos y siglos. Abolida esta forma de gobierno para establecer otra donde la justicia regularice al legislador, y el poder ejecutivo separado de él no pueda violar sus prescripciones, hemos llegado á un termino enteramente distinto, y tan contrario que se ha hecho imposible la separacion de los poderes, porque no es posible que un ministerio resista á la reprobacion del Parlamento. Pero este poder único que todo lo absorbe, es por su misma naturaleza perpétuamente mudable, y perpétuamente se ve arrastrado á mudar leyes sin mirar jamás al verdadero bien de la sociedad, sino sólo ó por lo menos primariamente al bien del partido. Un Gobierno á la antigua podía, si quisiera, mirar con sus leyes á la justicia y al bien comun, cuya violacion era para él la infamia, y á menudo una sentencia de muerte. Mas el Gobierno á la moderna no puede ménos sin suicidarse de condescender con el partido que le dió el ser y lo conserva; y si para hacer el bien comun y observar la justicia osase resistir los intereses de los suyos, escribiría por su propia mano su sentencia de muerte y prepararia el triunfo de sus enemigos.

Por esta razon no quisiera yo ser con estos hombres tan severo como es *La Armonia* (19 de Febrero de 1831), que expresando sentimientos propios de un caballero y de un católico echa en cara al ministerio piemontés las perpétuas mudanzas originadas de su condescendencia con todas las opiniones predominantes. Entre los católicos, para quienes la opinion debe regularse con normas de justicia eterna ciertamente reveladas al hombre por Dios, compréndese la inmutabilidad, y tiene razon *La Armonia*. Pero cuando la única norma de la verdad llega á perderse por la libertad concedida al pensamiento, entonces el variar con la mayoría no solo es la única norma constante, sino puede ser indicio de modestia, cálculo segurísimo de interés y aun hilacion legitima del discurso. ¿Qué podría responderse, una vez admitido su primer principio, á quien discurriese de esta manera: «Todo hombre tiene liber-



tad de pensar: luego no hay pensamiento alguno con derecho á prevalecer sobre los demás: luego ó los gobernantes deben gobernar sin pensar (lo que no es fácil á todos), ó el pensamiento regulador es el de la mayoría?»

Cosen, pues, las quejas retrógradas por 10.400,000 entre decretos y leyes: cuando el legislador es la casualidad, y tiene por secretario al espíritu de partido, todo el mal que nos sucede debe tenerse por dicha; y el ejemplo de Francia dá al Piamonte una prenda segura de los frutos que puede esperar del espíritu heterodoxo en las Cámaras y en su Gobierno. Y estamos tanto más ciertos de que esta esperanza no saldrá fallida, cuanto más ridículos son los panegiricos que anualmente leemos de las Cámaras en los periódicos ministeriales, quienes, terminada la legislatura de cada año salen engrandeciendo con pomposa elocuencia la fecundidad de las Cámaras, que ha llegado hasta el punto de dar una ó dos leyes por día: si buenas ó malas, no nos corresponde á nosotros decirlo, pues cada partido las juzga de un modo diverso.

Resumamos ahora lo que hemos dicho hasta aquí sobre la influencia moral de la nación en las leyes hechas á estilo moderno. La teoría heterodoxa establece que, siendo independiente todo individuo, no obliga la ley cuando no expresa la voluntad general. Ahora bien, la ley no es nunca voluntad general, porque 1.º el sufragio de todos es imposible; 2.º, imposible el sufragio de la mayoría numérica; 3.º, el sufragio de los electores no representa sus disposiciones morales; 4.º, esta unidad moral no se trasmite á los diputados; 5.º, aun cuando se trasmitiese no debería ser representada; 6.º, aun cuando los diputados concordasen en el acto exterior, no representarían ninguna unidad moral. Luego en la teoría protestante la representación nacional es una burla que se hace de los tontos para paliar el reino de los fuertes (ora sea su fuerza la del ingenio, ora del oro, ó la de los puños), que consiguen ganar los votos de los diputados.

## § IV.

*Organismo facticio.*

716. Es la disolucion universal de toda unidad secundaria demasiado contraria á la naturaleza humana y á la social para poder subsistir largo tiempo. La naturaleza humana (1), como otra vez pusimos de manifiesto, necesita de la sociedad como de la atmósfera en que vive: la naturaleza social hace necesario absolutamente un organismo, pues es imposible la unidad siempre en aumento de los asociados sin una distribucion orgánica de los poderes (2). Luego la idea reformadora se ve forzada á reconstruir con su principio heterodoxo el organismo demolido. Atencion, pues, ó lector: consumada la destruccion, es llegada la hora de comenzar la regeneracion.

717. El principio esencial adoptado por nuestros regeneradores es que *nadie obedece si no quiere, que nadie quiere sino lo que le agrada*; y este principio, como vemos en otro lugar, hace pesado el yugo del orden á todas las pasiones: y como los hombres se dejan guiar mas por la pasion que por la razon, son pocos los que quieren un orden inviolable, y muchos los que quieren la licencia. Cierito que las pasiones no hacen buena liga entre sí, ya por la variedad de sus objetos: pues unos quisieran la prosperidad del comercio, otros la gloria militar, otro la reduccion de los impuestos, un cuarto la impudente licencia del vicio, etc.; ya tambien por el antagonismo, merced al cual, se quitan unos á otros de la mano un mismo objeto, un ambicioso se lo quita á otro ambicioso, un avaro á otro avaro, etc.: mas cabalmente por esto destruido el orden y hollados los derechos, comienza una lucha furiosa entre los intereses. Y mientras un orden legitimo sobrevive y

(1) V. A.°, cap. IV, § 3.°, núm. 272.

(2) Ibid. núm. 251 y siguientes.

se eleva cual gigante en la sociedad pigmea de los intereses, el imponente imperio que ejercita á despecho de ellos y con desdoro de su sofisteria, irrita continuamente las bocas que muerden el freno, y que por lo mismo están perfectamente de acuerdo en el deseo de romperlo. Sabido es á qué sacrificios y aun á qué puerilidades ridículas se entregan para extirpar toda raiz y borrar todo vestigio de todas las instituciones sociales. Recuérdese el *Brunario* y *Terminador*, la *Década* sustituida al domingo, y el calendario de la *haz* y de la *azada* sustituido á los nombres de héroes cristianos; y se verán las ineptias á que se humillan para innovar todo el orden social y cancelar la memoria del orden destruido.

718. Con tales disposiciones tú, lector mío, que tan bien conoces el corazón humano, pregúntale á este corazón corrompido de quién y bajo qué forma quiere depender: ¿qué responderá este corazón, si diciéndole que es libre le instas á que elija por sí mismo su Gobierno y su gobernante? Responderá eligiendo el Gobierno en que espere tener mayor influencia (1), y eligiendo las personas que más condesciendan con sus deseos. De esta suerte diez, quince, veinte cabecillas populares con la astucia que ya tienen para coger en sus redes la multitud, formarán diez, quince, veinte facciones que proporcionen á su respectivo tribuno el mando supremo, y que para sí logren mayor ó menor cantidad del opimo botín cogido después del triunfo contra la sociedad desarmada. Todavía no había conducido á Caussidiere la revolución de Febrero á la prefectura de policía donde pudiera hartarse de honores, de ven-

---

(1) Ciertas verdades se escapan de la pluma cuando ménos se piensa. El escritor Gualterio confiesa que los abogados se hicieron en gran parte constitucionales luego que se introdujo en los tribunales la discusión pública, con la esperanza de alcanzar, merced á su elocuencia, una reputación europea: «la discusión pública en los tribunales suministró al foro oradores elocuentes, aumentó el deseo de formas representativas con la esperanza de mayor gloria.» (*Storia*, etc., tomo II, pág. 35.) ¿Quién sabe si más de un noble no fué arrastrado por este pueril amor propio á introducir en su patria la desolación y el desorden atrayendo sobre su cabeza las lágrimas y la sangre de tantos inocentes!



ganza y de aguardiente (1), y ya había distribuido los empleos á sus satélites.

719. Pero estas facciones serán regidas por algun resto de orden por lo menos material; y cuando no otra cosa, la que entre ellas llegue á predominar momentáneamente, contendrá con la fuerza de todos, los demás partidos. Ahora bien, estos últimos, ¿qué deberán hacer?

¡Deberán! Dispensa, amado lector, que se me haya escapado esta palabra tan disonante aquí donde la idea del deber ha sido abolida. Digamos, pues, hablando con propiedad: ¿qué querrán? ¿qué les aconsejará su interés? ¿qué derecho les queda para conseguir la tiranía?

Les queda el derecho de hablar, y junto con la palabra, el derecho de formar una mayoría contraria al partido vencedor, y con la mayoría el derecho de mandar á la sociedad. He aquí, pues, á todos los partidos con las manos en la obra que necesitan hacer para crearse una mayoría: esta obra es legítima, este derecho inalienable, esta agitacion necesaria tanto como es necesario el bien público que cada cual considera por el prisma de su propio interés.

720. Ahora bien, los partidos pueden hallarse aquí en dos condiciones: los unos se tienen por fuertes hasta el punto de poder, atemorizar al gobernante; y estos se organizarán públicamente, dividiendo la sociedad en muchos campamentos donde se preparan á dar la batalla, alistando soldados y espiando el momento oportuno del ataque. Esta es la posición actual en que hoy se divide Francia. Otros, por el contrario, conociendo la propia flaqueza ó en la escasez de su número, ó en la cobardía inherente á su delito, ó en la malicia de sus proyectos, ó en la execración que causarían en el público, se ocultan en los antros de los conventículos, dispuestos para dejarlos salir el día que otras facciones ménos perversas y más fuertes estén ya desangradas y postradas por efecto de su lucha recíproca, y en la necesidad de ceder siempre alguna

---

(1) V. CHEN: *Les conspirateurs*.

ventaja al demonio del desorden, capitulando con él aun despues de haberlo derrotado. Las ventajas conseguidas por este dan ánimo á un demonio todavia peor, el cual se ofrece como auxiliar oportuno al demonio ya derrotado, aunque alentado por las concesiones, y le induce á volver á dar la batalla.

721. Partidos descubiertos y sectas ocultas llegan á ser, pues, el organismo natural y legítimo de la sociedad informada de protestantismo: á los afectos de familia suceden los intereses de partido; una vasta red de asociaciones gerárquicamente subordinadas, y aun tantas redes cuantos son los partidos se extienden por toda la sociedad y encadenan todos sus movimientos: la cual, sin saber porque, vé que todas las providencias de los legítimos gobernantes salen abortivas, paralizadas en la mitad de su carrera por un falso hermano, ó cuando menos, desacreditadas en la opinión de los sectarios confederados. Estos partidos que perpétuamente renacen como las cabezas de la hidra de este monstruo de la sociedad poseida del demonio de la independencia, son consecuencia tan necesaria del principio abrazado, que ni aun el amor mismo del orden basta para curar su frenesi destructor, sino cuando llegada una nación al borde del abismo se espanta, y recogidas por un momento todas las fuerzas que le quedan, junta en violenta y artificial unidad á todas las facciones que no han jurado exterminio y sangre sobre el puñal, para oponer un esfuerzo desesperado al desesperado asalto de la demagogia brutal. Pero esta unidad, conato violento de una sociedad sin principio de asociacion, esta unidad completamente nominal y ficticia, no puede durar sino el tiempo que dura la crisis politico-social, el paroxismo del horror: pasado el cual, la naturaleza recobra sus derechos y devuelve á los partidos la independencia que los engendró y los conserva; y la desventurada nación vuelve á bajar la pendiente que conduce al precipicio á cuya vista retrocedió horrorizada. Así se ha visto en Francia: *«En los tres años últimos los partidos moderados sólo han tenido un fin: cerrar la puerta á los socialistas; y así, á pesar de algunas diferencias, han quedado amigos. Pero hoy la cuestion no es la*

*misma: cada cual de ellos piensa en su propio interés y vé un enemigo en sus aliados.» (1)*

Tan cierto es que la division y la guerra de los intereses forma, aun en los ánimos más honestos, la disposicion habitual en una sociedad reformada al estilo moderno, y prepara su inevitable disolucion si no inventa nuevas artes de unidad y de organismo.

722. Creo inútil estenderme en ejemplos históricos tratándose de un hecho tan notorio como puede serlo la conspiracion europea del condado de Londres. Lo que importa es que el lector comprenda ser este verdaderamente el organismo natural, y, según aquellos sistemas, legítimo, como poco antes dije, de la sociedad impregnada de protestantismo: pues de esta verdad bien comprendida sale mucha luz con que ilustrar la materia que estamos tratando. Partidos políticos y sectas secretas hubo en todos tiempos (aunque no en tanto número); pero con esta enorme diferencia, que en las edades pasadas el organismo sectario era una rebelion contra los principios de la sociedad, y por tanto era tenido y castigado como un crimen: por el contrario en la sociedad moderna regenerada no es otra cosa que una aplicacion de su mismo principio, y así debe ser tenido por un derecho, y por una tirania toda pena que se le imponga (2). Léanse en el Abate Barruel (*Historia del jacobinismo*) las teorías sociales del iluminismo, y se verá cómo proceden por una deduccion rigurosa del principio de la independencia y del pacto social; y á la verdad, una vez admitidos tales principios, es imposible negar semejante consecuencia. Esta es cabalmente la razon por que la sociedad francesa nos presenta el extrañísimo fenómeno de un Gobierno en que se maquina abiertamente su destruccíon sin que él se atreva á oponer resistencia eficaz. ¿Que digo oponer resistencia? El presidente hace alianzas ora con los legitimistas, ora con los orleanistas, que preparan la ruina de su Gobierno: lo sabe, lo

(1) *Corrispondenza della Billancia*, 8 de Abril de 1851.

(2) Véase lo que en otra parte dijimos sobre la impunidad de los delitos políticos. (Cap. I, vol. 1, § 4.)



conoce, pero no es osado de resistir; tan persuadido está á que es legitima esta oposicion, esta maquinacion. Por legitima la juzgan al par de él todos los partidos, y así vésele obrar abiertamente á la luz del dia.

725. Hé aqui cómo se explica que el poder espantoso de las sectas haya tomado un incremento colosal bajo las influencias protestantes. En otros tiempos conspiraban únicamente los malvados, execrados por la sociedad que se veia en peligro, y por la lógica no pervertida: hoy que la lógica los sostiene y que la sociedad no los castiga sino poniéndose en contradiccion consigo misma, no encuentran las sectas más obstáculo que la fuerza, la que siendo siempre débil en el orden moral, y más débil todavia cuando es tenida por *injusta*, de nada sirve contra un enemigo que se oculta, que por medio de sofismas logra á veces su alianza, y merced al cual las bayonetas se tornan inteligentes.

Este organismo de las sectas sucede por obra del protestantismo al organismo de la naturaleza destruido: los sectarios ocultos y los partidos manifiestos son la subdivision real de cada uno de los pueblos liberalizados, como quiera que los vinculos de familia, de municipio, de provincia, están muy distantes de prevalecer sobre los intereses de partido.

Y como las ideas no se detienen en las fronteras, esta metamorfosis sigue trasformando hasta las nacionalidades, que de hoy más, á pesar del gran ruido que con ellas se mete, ven palidecer sus tintas ante el vivo flamear de los partidos: ¿Cuál es la nacion de Mazzini, de Ledru-Rollin, de Ruge y sus cómplices? Su nacion es su secta, por amor á la cual están dispuestos á destruir, á asolar, á reducir á cenizas la tierra donde nacieron, la familia que los nutrió, la sociedad en que fueron educados: sus conciudadanos son todos los sectarios; sus enemigos ó esclavos, todos los profanos.

¿Y porque? Porque independientes de naturaleza, desligados de toda asociacion diferente de la secreta, eligieron por patria la secta, por Gobierno la lógica.

## §. V.

*A cosas nuevas hombres nuevos.*

724. Destruído el organismo natural, y constituido y legitimado el organismo sectario, son manifiestos los inmensos males que se preparan á una sociedad en donde toda impiedad puede trasformarse en dogma y todo crimen en deber. Dispénsese, pues, de presentar aquí toda esta cadena de consecuencias teóricas, y permítaseme únicamente desenvolver una de ellas por ser de un orden práctico y muy digna de las observaciones filosóficas de toda persona que medita en los fenómenos sociales.

No hay quien no haya oído á los modernos publicistas y periodistas repetir en tiempo y lugar oportunos (quiero decir), cuando les tenía cuenta, pues en caso contrario bien saben hablar de *justicia distributiva* y de *imparcialidad con todos* los partidos, el torpe aforismo: *A cosas nuevas hombres nuevos*. La iniquidad de este precepto político ha obtenido la aprobación y los aplausos aun de muchos que se inclinan volublemente á la virtud cuando la virtud no compromete sus intereses y proyectos.

725. *A cosas nuevas hombres nuevos*, gritaban estos tales á los gobernantes, ó prudentes ó tímidos, á quienes se resistía condenar á la mendicidad con sus inocentes familias á centenares de empleados sin más delito que no pensar como los vencedores. Con cuyo grito querían decir: «la sociedad reformada á la moderna ha mudado los principios de la justicia, y quiere seguir hasta el último término del progreso todas las consecuencias. Es así que estas consecuencias son injustas y funestas para los que no piensan como nosotros, antes están dispuestos mientras conserven en el corazón algún sentimiento de justicia á servir perpetuamente de obstáculo á nuestro progreso; luego una de dos: ó cruzarse de brazos y no hacer

nada, ó arrancar con violencia la nave del Estado á estas rémoras que hincan en ella el diente.» Oigamos á Brofferio, desenvolver este argumento en la Cámara piamontesa á quien invitaba á imitar los Gobiernos absolutos de 1821 desposeyendo de sus destinos á todos los que opinasen de un modo diferente que él.

Pasemos por el ejemplo que él cita de los *absolutistas*, que no fueron ciertamente tan severos; pasemos por la incoherencia lógica de pedir en nombre de la libertad la aplicación del absolutismo profesado por los realistas y negado por los liberales; no repararemos en estos que podemos llamar *peccata minuta*, y oigamos al apóstol de la libertad: «Me admira que la palabra depuración suene en esta Cámara como un delito no solo contra el Código, sino contra el mismo Evangelio.... ¿no es verdad que tenemos instituciones liberales?... pues si las tenemos haced que estas instituciones, estos progresos, esta bandera sean difundidos por hombres que quieren sinceramente sostenerlos, y no por quienes es por lo menos dudoso que amen á la patria (1) y tengan el sentimiento de la libertad. Los que nosotros queremos que dejen de ser empleados son hombres que no participan de nuestras propias convicciones (*Una voz en el Desierto*, 16 de Febrero de 1851).» El argumento no tenía réplica: convenia despojar de sus empleos á hombres encanecidos en la fidelidad, y cuya administración era inmaculada, y abandonar sus pobres familias á la miseria, su nombre á la suspicacia, sus derechos á la violencia, sus personas al desprecio y á la opresión. Tanta iniquidad en nombre de la libertad de pensar, de la imparcialidad, de la justicia, de la admisibilidad de todos á los empleos y cargos públicos, debía espantar la equidad aun menos escrupulosa de un ministro; más para su consuelo creóse una palabra; y como en otros tiempos para adormecer el remordimiento de un

---

(1) Notese aquí de paso, que *amar á la patria*, según Brofferio, quiere decir opinar como él. ¿Cuál es, pues, la patria de Brofferio? Su patria es su partido, la república de Mazzini. Poco antes lo dijimos: la patria de estos tales es su partido.



usurpador sacrilego se inventó el *hecho consumado*, así para sossegar los escrúpulos de los gobernantes y apagar el hambre de los cesantes, se entonó aquello de: *á cosas nuevas hombres nuevos*.

El aforismo podrá parecer cruel; pero es racional; y lo que es mas extraño, racional tambien que solamente el cesante! ¿Ni qué podría responderse á dos adversarios, que por una de las habituales contradicciones de la idea reformista, pudieran lisonjearse ámbos de llevar razon obrando mutuamente el uno contra el otro?

—Yo, dice el ministro, no puedo impulsar la marcha de los negocios, si el brazo que me ayuda, no está de acuerdo con mi cabeza: abajo, pues, el que no sirva á mis designios (1).

—Y yo, responde el empleado, tengo derecho á pensar libremente, como me dicte la razon, sin que por esto podais en justicia privarme de mi destino y quitar el pan á mis hijos.

—Pero si no os quito el empleo, de seguro contrariareis todos mis planes.

—Si los contrario dentro de la Constitucion, hago uso de mi derecho, y no teneis razon para quejarnos.

—Si señor, puedo quejarme, porque la mayoria es la que impera, y á vos os toca obedecer.

—La mayoria no puede quitarme los derechos que me concede la Constitucion; y cabalmente, yo los ejercito para formar otra mayoria que mande legitimamente lo contrario que la vuestra.

—Pues para que esta nueva mayoria no se forme, debo yo quitarle á Vd. el destino.

—En lo cual, no precediendo culpa alguna de mi parte ni forma de proceso, violais la Constitucion que jurasteis mantener.

—La Constitucion no puede querer un Gobierno imposible; y es imposible un Gobierno en que el empleado hace la guerra al ministro.

---

(1) A una responsabilidad universal corresponde, segun el pensamiento del marqués de Valdegamas, un poder absoluto.

—Antes cabalmente, porque el empleado puede, conforme á la ley, hacer la guerra al ministro, segun la Constitución, es evidente que este Gobierno no es imposible; y vos sereis quien carezca de la capacidad necesaria al efecto.

—A lo ménos, por delicadeza debierais conformaros con vuestro jefe.

—Si la conciencia me lo permitiese, paciencia! pero la conciencia me impide vender la causa de la justicia, que vos queréis oprimir.

—Ese cuidado es mio: á Vd. le toca solamente obedecer.

—Mi conciencia es libre, y tengo derecho á obrar conforme á su dictámen.

—Pues yo me conformo con la mía, y os quito.

Podríamos continuar este diálogo indefinidamente, sin que ninguno de entrambos interlocutores se viese reducido á confesar su error: porque, ¿cómo llegaría á convencerse, si el principio de que parte cada cual viene á ser admitido, aunque contradictoriamente, por su adversario? Y nótese que esta es condición á que están condenados en la sociedad liberalizada todos los partidos gobernantes: nótese que todos realmente sucumben á esa ley y *aceptan* su yugo, infringiendo la Constitución desde el mismo instante en que se ha publicado: nótese que la fórmula de semejante *aceptacion* viene solemnemente pronunciada con el acostumbrado grito de *mueran los retrógrados, mueran los clericales, mueran los absolutistas, etc.* Al estruendo de esta gritería se expulsa á los religiosos, se encadena ó desacredita al Clero para menguar las influencias morales del partido retrogrado; y de aquí se pasa á meter mano á la *depuracion* de la magistratura, de los empleados y hasta de la milicia. Los proscritos lloran ó braman; pero dejan obrar; porque cada cual comprende que caería el Estatuto ó la Constitución, si la Constitución ó el Estatuto se observasen de veras. De aquí aquellas dos formas más ó ménos resueltas, mas ó ménos hipócritas con que principian siempre semejantes regeneraciones. En medio de la plaza pública un enjambre de pillos al cual se llama del *pueblo impudente*; y en el palacio, los *moderados*, que ocultos detrás de la persiana, aguardan

con la sonrisa en los labios á que se perpetre el asesinato. Entonces es cuando tomando un aire triste y compungido salen de su escondite á reprobár, pero *respetuosamente*, las violencias del pueblo y se dan prisa á recoger los despojos de los asesinatos. «¡Infelices! exclaman, nos parte el corazón, pero el hecho está consumado; las exigencias de los tiempos os obligan á retiraros. El hecho es injusto; pero no temáis: haremos una ley para legitimarlo.»

¡Cáspita! Con una ley todo se arregla: lo injusto llega á ser justo; lo robado *bueno presa*, y lo que más importa, la Constitución con la violación flagrante queda *asegurada*. Ya estás viendo, oh lector, que las violencias é hipocresías de los liberales han de ser juzgadas con un poquito de indulgencia, considerándolas más bien como lógica necesidad del sistema que como dureza de corazón ó ignorancia del derecho: *A cosas nuevas hombres nuevos*.

726. Pero tan desapiadada burla no podía contar con los hombres verdaderamente probos, gracias á que son católicos, los cuales tenían mas fé en la caridad y en la justicia que en las palabras y en la carta. Así el Sr. Balbo, que era ciertamente entre estos últimos uno de los mas ilustres, notó con gran agudeza que una sociedad constitucional no puede jamás hacer liga con el *centralismo burocrático*, que pone á disposicion de los ministros *responsables* un ejército innumerable de empleados, cuya existencia pende de su beneplácito, como de los tres dedos del Omnipotente la mole de la tierra. Semejante omnipotencia ministerial es al mismo tiempo injusta en si misma, inconstitucional en el Estado, peligrosa á la libertad: mas por otra parte, añade Balbo, con quien estuvo de acuerdo el marqués de Valdegamas hablando en el Congreso español, ¿es acaso posible á los liberales abrogarla? Ellos confían el timon del Estado á un ministerio *responsable*, amenazándole de parte del *pueblo soberano* con la censura, la dimision, el destierro y la cárcel, y aun con un cabestro ó un cancerro, si tal cosa se le ocurriere para divertirse á tan brutal *soberano*; y sin embargo, queréis poner límites á la eleccion de los instrumentos,



dándole no solo instrumentos inútiles ó indóciles, sino completamente hostiles!

727. El remedio sugerido por aquel insigne escritor contra la cruel innovacion personal, de que tanto el como todo publicista desinteresado abominaron, reducíase á un acto de justicia social invocado hoy por el sentido común no menos que por la ciencia y la experiencia en toda la Europa civilizada, es á saber, la abolicion del *exceso de centralizacion* (1).

Desconocida fué esta siempre en Inglaterra á la que tan falsamente pretenden parodiar nuestros regeneradores. Aunque hasta en Inglaterra bulla el frenesí reformista moderno, su constitucion sin embargo no puede producir los males que en el continente, sobretudo si se atiende á la índole nacional y al carácter de su religion, que impide sacar consecuencias extremas del principio heterodoxo, como ya lo esplicamos hablando de la imprenta libre en Inglaterra y lo hemos confirmado todavia bajo otro aspecto en este mismo volumen.

Estas aserciones se ven nuevamente confirmadas en el siguiente pasaje de *El Constitucional* de Florencia: «Sea enhorabuena dada á conocer á nuestros lectores (la Constitucion inglesa) así por haber sido el modelo de las Constituciones del continente, como porque mejor se vea que no fué hija de la reforma protestante, como algunos, por mala fé ó ignorancia, van propalando para desacreditar su principio, sino que fué el resultado necesario de los sistemas representativos que fueron comunes á todas las naciones de Europa, y á cuya decadencia son debidas cabalmente las revoluciones que de un siglo á esta parte, con poca diferencia, se vienen sucediendo, ora en pró del despotismo, ora en pró de la licencia.» Si, nótenlo bien nuestros lectores; el Gobierno inglés no nació de la reforma protestante; antes hemos de decir para alabanza de su política internacional, que cuanto mayor fué su empeño en promover esta reforma en todos los demás Estados de cuyos desórdenes saca tan grande provecho, otro tanto fué el cuidado que puso en conservar para sí propio (después del primer paso del despota

(1) Cap. IV, §. 5, n. 502.

Enrique VIII) el espíritu y el organismo nativos. Todavía vemos en Inglaterra, no ya sólo la aristocracia, el episcopado, los privilegios del foro, las riquezas de la Iglesia, etc., etc., sino ¿quién lo creería? las colosales pelucas ensortijadas de los magistrados, los capisayos de los profesores, los uniformes de los escolares, los escolios sobre el texto de Aristóteles y otras antiguallas á este tenor, que si resucitasen entre nosotros trascenderían á muerto. Por esta razón el espíritu de los ingleses es todavía muy diverso del de todos los Estados del continente, el amor ó el respeto de la ley se conservan entre ellos casi intactos, cual los infundió en aquellos pechos tan tenaces el catolicismo del monge Agustín, solícitamente conservados (cuanto es posible conservar á las instituciones humanas) aun despues del cisma por obra de la aristocracia anglicana. Por esto cabalmente pudo poco hasta ahora allí el espíritu novador, y aquella Constitución permanece de pié y marcha, mientras todas las del continente se tambalean ébrias de espíritu protestante.

Esto mismo decía un diario inglés, el *Economist*, en un pasaje citado por *El Constitucional* de Florencia de 30 de Enero de 1852: donde se ponen las tres razones siguientes para demostrar que la Constitución inglesa es imposible en Francia y en todo el resto del continente. «El Gobierno representativo, dice el *Economist*, vive la vida de la transacción, es fruto de moderación y respeto recíprocos sin los cuales no tendría ni una sola hora de vida. Es un error capital imaginar que semejante sistema es teóricamente bueno: todo lo contrario, es teóricamente impracticable. También es un error decir que la libertad inglesa ha florecido por efecto de nuestra gloriosa constitución: no, la libertad inglesa ha florecido á pesar de nuestra constitución anómala y defectuosa: ha florecido merced á virtudes nacionales, sin las que esta constitución habría sido absolutamente impracticable.... Pero los franceses detestan las transacciones; lo que tienen, quieren poseerlo exclusivamente sin consortes ni competidores: quisieran ser ó todo ó nada. Así el exclusivismo de los franceses es la primera razón de no haber echado raíces en Fran-

*cia las instituciones representativas.*» Esta demostración del autor á que nos referimos, merece ser leída en su original; pues entra en particularidades de la Constitución inglesa, probando que cada uno de los tres poderes detendría la marcha del gobierno, si no supiera renunciar á su propio interés; pero nosotros en la necesidad de ser breves vamos á la segunda razón, que bien puede reducirse á la primera. Los franceses creyeron posible reformar la sociedad sin reformarse á sí mismos..... hallar en el estéril y estrecho alambique de las formas, lo que solamente se puede hallar en el mundo moral; y no se les ocurrió que la libertad y la igualdad únicamente echan raíces en la tierra del hombre interior. ¡Cuántas veces repitió esta misma lección al Constitucional la Cívica Católica!

La tercera causa (nosotros la llamaremos segunda, reduciendo á una sola las dos primeras), la tercera causa de la dificultad que ha encontrado la nación francesa en hacer andar al sistema representativo, es la excesiva centralización y antimunicipalidad de su administración. ¡Cosa extraña sobre manera, que un régimen republicano pueda coexistir con un engendro tan refinado del despotismo! Los franceses están casi totalmente privados de aquellas libertades reales de parroquia ó de coman, que son la savia nutritiva natural de las libertades nacionales y republicanas. Esta razón es la misma que extensamente explicamos al demostrar que todas las Constituciones del continente habían demolido la sociedad natural, la familia y el municipio en virtud del principio heterodoxo, poniendo este principio como base de su castillo de papel.

728. Mientras no sea abolida la influencia de este principio, es imposible la abolición del centralismo burocrático, pues sería volver al organismo natural, y por lo mismo diametralmente opuesto al progreso del principio protestante que combate y suprime la naturaleza: y por eso cabalmente no tendrán efecto duradero en estas sociedades ciertas veleidades de los que con ánimo más sincero que lógico invocan la libertad para todos. Estos gritaron contra el despotismo centraliza-



dor, pero sin ningun resultado: ántes vimos en Francia, á fuerza de tanto gritar contra el monopolio de la enseñanza, alistarse en la falange universitaria, inscritas en las patentes hasta las hermanicas que enseñaban el Catecismo; y vimos á Bélgica parodiar con la esclavitud á aquella misma Francia que un día envidiaba su libertad: y vimos á los reformadores tudescos gritar como energúmenos porque se emancipaba la Iglesia; y á los liberales piemonteses pedir prestadas al Josefismo austriaco cadenas enmohecidas para centralizar al Clero. El caso tiene mucho de cómico, especialmente en el Piemonte, cuyo ministro Plezza enviaba falanges regeneradoras para emancipar del Josefismo la Iglesia lombarda; lo cual está todo en una contradiccion aparente, ó más bien en la candidez del que se hizo juguete de ella. La verdad es que los gobernantes de una sociedad reformada son y deben de ser un partido que comprime por su propio interés á todos los demás. Y porque mirar su propio interés y procurarle el apoyo de la mayoría es para él más bien un deber que un derecho, justo es que unza á su carro para que tire de él dócilmente el mayor número de mercenarios que les sea dado encadenar (1). Luego el centralismo *burocrático*, aunque contrario á la libertad, es uno de los resortes esenciales de los Gobiernos representativos.

729. Perdida por esta causa la esperanza de evitar la ruina de las personas antiguas que deben ser sacrificadas á las nuevas instituciones, un pobre ministro que todavía conserve en su corazon algun sentimiento de humanidad, se verá reducido á tomar un partido extremo, acaso peor en realidad que el primero, aunque ménos cruel en apariencia. Tal es el de indemnizar á las víctimas de las cosas nuevas á espensas del pueblo soberano, que tan bárbaramente las despoja: por supuesto sin que el mismo pueblo soberano tenga conciencia

(1) Esta es el fin á que mira en el momento mismo que escribimos (Enero de 1854) el proyecto de ley del ministro Rattazzi sobre la magistratura piemontesa. Se la quiere encadenar, dice *La Armonia*, y hacerla esclava del poder ejecutivo.

alguna de haberlas inmolado, por mas que la tenga y muy cierta de sacar su dinero para indemnizarlas.

Y he aquí cómo se inaugura la era de insoportables tributos, de deudas y de bancarrotas, que recorren con envidiable serenidad todos los Gobiernos liberales sin escepcion. En su lugar tocaremos más explícitamente las malignas influencias del protestantismo en esta llaga del cuerpo social; llaga curada por los economistas al uso moderno con las cataplasmas que han convertido en Inglaterra en pobres á una sexta, en Francia y en Alemania á una vigésima, en Bélgica á una séptima, y en Suiza á una décima parte de la poblacion.

750. Aquí solo hemos querido indicar esta llaga en cuanto se siente exacerbada por el proverbio cruel á *cosas nuevas hombres nuevos*; gracias al cual los cesantes adquieren el derecho de vivir á espensas del pueblo como mendigos; y al pueblo se le impone el deber de sustentarlos gravándolo al efecto con nuevos tributos. Procúrese no dar aquí en un engaño que disminuiría inmensamente á los ojos del entendimiento asombrado y ante la piedad del corazon la inmensa estension de esta gangrena que padece el cuerpo social; el cual engaño consistiría en creer que despues de haber dañado la infeccion hasta cierto punto las fibras más simpáticas del órgano enfermo, debería detenerse por el primer cáustico de una reaccion violenta. Así lo creen los candidos cuando empiezan á sajar y aplican la *piedra infernal*; más el que conoce las causas del mal ve muy bien en los humores corrompidos del cuerpo entero el nuevo fomes que ha de reproducir el fatal veneno. La idea *regeneradora* ha emancipado los entendimientos, y los entendimientos emancipados son siempre libres para forjar nuevos principios, y la novedad de los principios podrá nuevamente exigir *cosas nuevas*, y por consiguiente *hombres nuevos*: por donde á un ejército de empleados *moderados*, vencedor y sucesor de un ejército de *retrogrados*, podrá suceder en breve un tercer ejército democrático, y despues uno *dinástico* y despues uno *rojo*, y así sucesivamente; quedando siempre los ejércitos derrotados á cargo, no de los vencedores que gozan, sino del pueblo soberano que

paga. Ciertó es que de vez en cuando saldrán ministerios ó comisiones ó convencionales más económicos, que suprimirán una parte de los gastos saldando las cuentas con un destierro, ó de un modo más perentorio con algunos disparos de metralla contra los *enemigos de la patria*: bien es cierto que á la deuda pública podrán sufragar las riquezas de la Iglesia y de los nobles, que la *nación reicidica* contra sus usurpadores; pero todos estos despojos bien sabido es que no son *Curcios*, capaces de cerrar el cráter abierto en el foro de la *república moderna*, ménos discreto que el de la romana. Los derechos pasivos de los jubilados como *hombres viejos* continuaran aumentando la deuda pública y el torrente de invectivas con que la oposición acusará á los ministros, cual si se tratara de una dilapidacion del Erario y de sanguijuelas del pueblo. Y tendrán razon todos, los unos gritando y los ministros gastando; porque la última consecuencia del principio protestante debe ser siempre una contradiccion práctica que diga sí y no, que construya y derribe, *que haga redondo el cuadrado y vuelva á cuadrar lo redondo*.

751. Pero dirá quizá alguno: convenimos en que así hablan los hechos y el raciocinio en las sociedades *regeneradas*; más no podia suceder lo mismo en las sociedades antiguas? ¿No se desataban también entónces por efecto de las turbaciones políticas todos los vínculos de las sociedades menores? ¿No se conspiraba también entónces por los enemigos del orden? Y cuando estos entraban en posesion de la cosa pública, ¿eran acaso más discretos señoreándose de ella, más humanos tocante al despojo de sus adversarios, más inmóviles en el bien adquirido y en el nuevo orden que se establecia? Vamos; el mundo fué siempre el mismo; y el pez grande siempre se ha comido al pequeño.

752. Nuestros lectores no partirán de ligero asintiendo á esta objecion, que ya hemos prevenido suficientemente; pues ellos ven la inmensa diferencia que hay entre la sociedad destrozada por el impetu de una pasion momentánea, y la sociedad en donde el desorden está transformado en principio. En todo tiempo (¿quién se atreveria á negarlo?), en todo tiempo hubo en



la sociedad humana delitos felices y hombres malvados en el Gobierno; pero en otros tiempos el principio de la autoridad y del derecho obtenía sin embargo siempre algún respeto, y no tardaba en recobrar el imperio que momentáneamente le arrebatara la violencia. En estas sociedades era, pues, fácil y durable (dada en lo demás igual rectitud) la restauración del orden. Sin recurrir ahora á aquella fuerza moral con que un Prelado católico, derramando en la frente del nuevo príncipe algunas gotas del sagrado crisma, lo hacía venerable á los ojos del pueblo como *ungido del Señor*, me contentaré con mirar la restauración bajo el aspecto de la natural influencia de la teoría social verdaderamente filosófica.

753. No podía ella ciertamente calmar de repente después del diluvio exterminador la alternada fluctuación de las olas; duraba por algún tiempo la efervescencia de los partidos y la incertidumbre de la sociedad. Mas apenas reaparecía radiando en la magestad del derecho un genio potente, un Enrique IV por ejemplo, ó aun sólo un heredero legítimo, un Eduardo, aunque fuese un niño, se calmaban finalmente las tempestades; y volvía á hablar en todos los pechos la conciencia de los deberes y de los juramentos. Desde aquel instante el organismo social recobraba su natural semblante y sus funciones naturales: el individuo era súbdito en la familia: el padre que lo defendía sentíase unido al común: el común no meditaba la ruina de la provincia: la provincia se consideraba como parte del reino; y como la novedad estaba solo en los hombres y no en los principios, la fidelidad prestada antes del desorden al antecesor, era garantía y no óbice de la fidelidad debida al sucesor. Este podía echarse en brazos de sus antiguos adversarios con aquella magnánima confianza que tanto admiramos en Enrique IV y en muchos otros Principes heroicamente restauradores. No tenía, pues, aquí sentido el inhumano proverbio de la política liberal: todos los *hombres*, con tal que fueran honestos, eran igualmente *nuevos* en las nuevas aplicaciones del derecho antiguo, respetado concorde y universalmente por todos los ciudadanos. Así que, salvo aquellas excepciones que jamás faltan bajo los impulsos de la malicia ordinaria, todos

los empleados antiguos podían conservar su destino y su sueldo sin imponerse al pueblo el insoportable tributo de sueldos dobles, ó á los antiguos servidores de la sociedad la inhumana recompensa del hambre y del desprecio.

No es, pues, cierto que deban siempre seguir las cosas este curso cualquiera que sea el principio que las guíe; y sería sumamente absurdo que las mismas consecuencias naciesen en verdad de estos dos sistemas diametralmente opuestos. El que dice: *creo solo en mí mismo, y solo á mí mismo obedezco*, debe decir por consiguiente: *quiero solo el bien que siento; siento solo el placer, al placer lo sacrifico todo*. Por el contrario, el que conoce un orden y un ordenador de quien depende, debe decir por consiguiente: *la garantía de mi felicidad futura es para mí aquella sabiduría que nunca falla, no este sentimiento que tan á menudo me engaña*. Este tal verá, pues, su bien, al paso que el anterior solo lo siente; este recibirá la ley de la razón, el primero la recibirá del placer. Querer que de estos dos principios opuestos salga una sola é idéntica consecuencia, sería exactamente igual á querer confundir lo universal con lo concreto, el espíritu con la materia, el derecho con la fuerza.

En tanto el reformador liberal se ve precisado á pedir hombres nuevos, en cuanto los viejos no pueden mudar de principios. Luego en aquellas sociedades donde se conservan los antiguos principios, la variación legítima del sumo imperante ó de las formas de gobierno no impone necesidad ninguna de despojar á las personas probas de sus destinos. Su probidad les obliga á respetar las variaciones legítimas al par que cualquiera otra ley antiquísima; y tal hubiera sido cabalmente la condición de casi todos los Estados italianos si los fautores de los Gobiernos representativos hubiesen querido realmente un mero cambio de formas y no de principios. Los Principes legítimos habrían hablado, y todo súbdito leal hubiera obedecido. Tal fue realmente el principio que al ilustre ex-ministro de Carlos Alberto, conde Solaro de la Margarita, sugería el tema de la noble y enérgica alocución con que dió gracias á sus electores de Borgomanero hácia fines de Diciembre de 1855. Pero

los reformadores liberales querian un cambio de principios; y así no podian estar contentos con las concesiones que le tenian á raya especialmente en materia de religion; y hé aqui porqué, muchos hombres honrados que no aprobaban especulativamente la oportunidad de la innovacion, la aceptaban, sin embargo, en la práctica por deber de obediencia; mientras que por el contrario aquellos que habian exigido los Estatutos fueron cabalmente los primeros en combatirlos. En Nápoles ni siquiera quisieron prestarles juramento, en Sicilia pidieron su reforma, en Roma y en Florencia echaron á los Soberanos que los habian otorgado, en el Piamonte se preparaban á hacer lo mismo pasando á formas republicanas, y cómo hubiese salido frustrado su intento, emplean hoy todos sus esfuerzos en encender la guerra entre el Gobierno y la Iglesia, forzando al primero á violar el principio católico, de suerte que no puede retroceder sin ponerse en contradiccion consigo mismo. Si esto les sale bien, ellos conocen que lo han conseguido todo, y gritan con toda seguridad: *à cosas nuevas hombres nuevos*, comprendiendo bien que la violacion del principio católico hace imposibles los antiguos.

El aforismo proverbial es, pues, exclusivo de las sociedades reformadas á la moderna ó heterodoxas, germinando por su naturaleza, no de los cambios políticos, sino de la innovacion doctrinal.

Basta sobre la inhumana consecuencia de las ideas heterodoxas. Resumamos ahora la doctrina explicada en los párrafos anteriores.

## §. V.

### *Conclusion.*

754. Permitaseme que al concluir apele aqui de nuevo á la rectitud, á la sinceridad, al catolicismo del lector; y que



con aquella confianza que naturalmente se engendra entre los lectores y el escritor, cuando entrambos aman sinceramente la verdad y procuran su triunfo; permítaseme, digo, les pregunte si pueden negarme que el Gobierno representativo, tal como vulgarmente es entendido, es una eterna mentira, consistiendo como consiste en una *representacion que no representa*.

No debo temer que á nadie cause maravilla esta conclusion contradictoria despues de cuanto hemos dicho acerca de las influencias heterodoxas; pues, á la verdad, á nadie debe maravillarse que de un principio contradictorio salgan consecuencias tambien contradictorias. El principio que pretende formar de la humana fragilidad un Dios independiente, debe necesariamente conducirnos á esta y á otras contradicciones semejantes. Ciertó: los Gobiernos representativos, mirados á la luz del principio protestante, son exactamente una representacion que no representa.

755. Porque ¿cuál es el sentido de la palabra *representacion*? Sabido es que á una persona la llamamos *representante* cuando obra en lugar de otra, á la que damos el nombre de *representada*. Por consiguiente aquel será representante del pueblo ó de la nacion, ó digamos todavía con mas rigor, *representante para los intereses de la nacion*, que sea diputado *por la nacion* para hacer sus veces en la defensa del interes nacional. Ahora bien, los representantes no son diputados por la nacion, como demostré en un artículo sobre el *sufragio universal*, que no repito aquí para no ser importuno (1). Los que son representantes *en virtud de las instituciones modernas* no son movidos á defender, sino mas bien á vender el interes *de la nacion*; como quiera que la nacion es un compuesto orgánico de sociedades gerárquicas, y los diputados tienden segun el impulso protestante á desgarrar el organismo social, y á promover únicamente el interes propio, ó á lo mas, el de su respectivo partido, como he demostrado en el presente artículo. Luego los Gobiernos representativos son verdadera-

(1) V. el t. I, esp. 2

mente bajo el impulso protestante una, ó mas bien, dos ó tres mentiras: una, en cuanto los representantes se dicen *diputados por la nación*; otra, en cuanto se dicen *representantes*, pues el representante es *imagen* de otro y no de sí propio, al paso que ellos por el contrario defienden el interes propio y no el ageno (salvo cuando *per accidens* se combina con el suyo); otra mentira en cuanto se dicen *por la nación*, la cual es compuesto orgánico, cuando ellos á lo mas no representan sino la multitud sin organismo, que es cosa muy diferente de la nación, como una libra de carne de la carnicería es cosa muy diversa de la ternera conducida al matadero.

756. Es de advertir que estas tres mentiras no son efecto de la malicia de los hombres, sino la consecuencia del principio protestante y de las instituciones que brotan de él y que son electrizadas con su espíritu. Instituciones semejantes fueron inocentísimas en la edad media, y podrian ser restituidas aun hoy mismo á su primitiva inocencia; y por esto cabalmente tantas personas honradas cayeron en la red mirando la superficie de las formas sin penetrar en el espíritu que les da vida. Mas si se llegaran á rectificar, veríase cómo eran rechazadas cual *goticismo retrógado* por los regeneradores, no de otro modo que se rechazó la democracia de la Suiza católica y la constitucion normanda de Sicilia que oían á sacristía.

No les bastan á los tales las formas, lo que quieren es el espíritu moderno; lo que quieren es que sea reconocida la independencia de la razon libre para blasfemar, cuando le plazca, aun del paraíso entero; que sea reconocida la independencia de una naturaleza libre para desfogar sus impulsos materiales; lo que se quiere es que esta independencia sea proclamada *soberana*; que esta multitud de soberanos sea desligada de los vinculos de la gerarquía social; que viéndose libre de esta gerarquía tenga reconocido el derecho de confederarse en nuevas asociaciones: que estos ejércitos organizados por el libre sufragio de los individuos sean armados legalmente en la lucha civil, sin freno ni de conciencia comun, ni de Iglesia que hable, ni de reverencia filial que reprima, ni de fuerza pública que contenga.

Entonces si, entonces será la sociedad *regenerada y progresada*; pero entonces tambien la nacion será desmenuzada, y por consiguiente, dejará de ser nacion; los sufragios serán forzados ó comprados, y por consiguiente, dejarán de ser nacionales; los representantes defenderán sus propios intereses y dejarán por consiguiente de ser representantes.

737. Si todo lo dicho hasta aqui persuade de la falacia de estas instituciones, se verá explicado un fenómeno que á nuestros adversarios y á otras personas buenas, aunque crédulas, les parece inexplicable é incomprensible. «Miren que extrañeza! dicen algunas veces atónitos, ¡miren que extrañeza! El pueblo manda sus representantes para refrenar á los ministros, para disminuir los tributos, para cortar los abusos en los tribunales y las dilapidaciones en la Hacienda; y cuantos más son los representantes, más se empeora la condicion del pueblo.»

Pero despues de lo que hemos dicho, ¿será razon que esto nos maraville? Si en virtud del principio y de las instituciones esta nacion no es la nacion, su sufragio no es *sayo*, el representante no representa: lejos de sorprendernos del mal resultado, lo que debia maravillarnos es que lo tuviera bueno: en vez de decir: *aunque representados* estamos oprimidos, deberiamos decir: *aunque representados todavia no estamos tan oprimidos como los irlandeses*; en vez de exclamar: *estas Constituciones son insoportables!* deberiamos exclamar: *qué discretos son en cuidar de sus intereses estos legisladores!*

738. Yo confieso en honor de la verdad que cuando pienso en el desinterés de los legisladores piamonteses que ocupan los bancos de la Cámara cinco años há sin hacerse pagar en moneda contante, al estilo de otros países, la facundia de su amor patrio, que nada tiene que envidiar á la de las naciones mas grandes, me quedo atónito considerando la influencia que todavia ejercita en ellos á despecho del principio abrazado, el sentimiento estólico superviviente. Mire Vd., me digo á mi mismo: cuando cada uno de ellos debería fomentar su interés particular, pocos entre estos han exigido y ninguno ha obtenido su jornal. No quiero decir que esta es una prueba de total desinterés y mucho ménos de desinterés futuro, pues sé muy



bien que los intereses no se encierran todos en la bolsa; mas la misma vergüenza y discrecion presentes son un hecho tanto mas honroso, cuanto mas en contradiccion está con el espíritu que anima estas instituciones modernas, y con el ejemplo de otros pueblos mas antiguos en las vias del progreso.

759. «Pero no pudiera ser que en el Piamonte se haya mudado ese espíritu?»

Ciertamente si hubiese algun pais donde las instituciones pudieran emanciparse del influjo de la impiedad protestante, ese pais seria el Piamonte. Establecidas sin violencia en él por un Monarca legitimo, viéronse libres al nacer del vicio radical de que adolecen en todas partes por su origen, cual es la flagrante violacion de la autoridad legitima: lo cual es debido en parte al espíritu católico de algunos de sus fautores mas leales, que supieron contener el entusiasmo al borde del precipicio; y en parte á la astucia de Mazzini que, viendo todavia vivo en Italia el respeto al derecho, comprendió la imposibilidad de comenzar el movimiento italiano con la rebelion. De otra parte la bondad del Monarca, el afecto del pueblo á su dinastia, el sentimiento del orden y del derecho, todo esto se conservó maravillosamente vivo por la fuerza de la vitalidad católica en aquel pueblo, á pesar de tres años de prensa impia y sin freno: todo esto haria por cierto menos imposible infundir en aquel organismo *por si mismo* radicado en lo falso, un espíritu que lo regenerase y trasformase. Al intento habria bastado algun rayo de luz en el entendimiento y alguna pequeña dosis de buena fé en la voluntad.

744. La luz del entendimiento habria debido intervenir como intérprete en el Estatuto de Carlos Alberto, cuya piedad, por mas que acaso estuviere entenebrecida á veces y poseida de ilusiones, nadie acusará de no haber sido católica *sobre todo*. Así que, si como fué el quien dió el Estatuto, hubiese sido el encargado de interpretarlo, en vez de sacrificar su primer artículo junto con los concordatos, con el Papa, con los Obispos, con los religiosos, con la unidad católica, á los otros artículos que prescriben la igualdad de los ciudadanos, y constituyen en el príncipe la fuente de la justicia y otros semejan-

tes, hubiera subordinado todos estos artículos al primero, escrito por él al frente del Estatuto, para que todos los demás se acomodasen á él (1). Así lo pide toda ley de hermenéutica, todo sentimiento de conciencia, todo concepto elevado de filosofía en un entendimiento que no haya abjurado de las ideas de religión y de catolicismo.

741. Rectificada después de todo la inteligencia del principio, bastaría una poca de más lealtad para que se calculase ménos el modo de conciliarse los partidos y se cuidase mas bien de contenerlos en lo justo; de donde resultaría el honor que corresponde á quien nunca se pone en contradicción consigo mismo, y la fuerza moral que nace de la verdad pura y universalmente observada, y que trasformándose en el gobernante en *conciencia de la propia dignidad*, le da fuerzas para desafiar las acusaciones de la opinión y el rugido de la rebelión.

Mientras el gobernante recobra de esta suerte la mágica fuerza de aquella mirada que serena el tumulto, como los ojos de Van-Amburg fascinaban las fieras, una súbita trasformación vuelve á concertar orgánicamente los miembros lacerados de la nación: el padre siente el deber de representar la familia mientras el hijo reverencia al autor de ella; la conciencia del deber paterno llega á convertirse en derecho de representar la familia en el común, sin mendigar el sufragio de los hijos, y este derecho fortalecido por el amor, se hace tan sordo á la venalidad del interés gobernante, cuanta es la suavidad de su ternura para con los gobernados. Mientras el municipio es movido por la intimidad de las relaciones de ciudadanía y de los

---

(1) Conocida es la anécdota que se refiere sobre la redacción del Estatuto de Carlos Alberto, el cual escribió de su puño y letra: *La Religión católica, apostólica, romana, es la Religión del Estado*; y después, alargando el papel á sus ministros, les dijo: *Ahora escribid lo que queráis*. ¡Desventurado Príncipe! ¡Cómo fueron burladas sus intenciones y se abusó de su indulgencia! (V. la *Caspana* de 20 de Enero de 1851.) No salimos fladores del hecho, mas del espíritu de Carlos Alberto nadie se atreverá á dudar.

intereses mútuos á promover el bien de todas las familias, que por lo reducido del comun perpétuamente se entrelazan, sienten á la par sus numerosas relaciones con los comunes vecinos, y las ventajas de todas clases que de ellas le redundan; y de aquí que mientras el deber de parte lo junta al todo que forma la provincia, le dá fuerzas para hacer sacrificios el interés comun municipal bien conocido. El que hace cabeza en la provincia, que siente muy poco las quisquillas de las individualidades domésticas, está en contacto perpétuo con los comunes, y conociendo sus necesidades, por poco que se respete á sí mismo y atienda la voz de su conciencia, comenzará sintiendo con tanta más fuerza los afectos legítimos del gobernante, deber, honor, peligro, etc., cuanto más distante se encuentra de las impresiones domésticas; y representará fielmente (si la conciencia católica no guarda silencio en su ánimo) la unidad de los comunes, como el comun representa la asociación de las familias. Y familias, y comunes, y provincias tendrían su unidad, no de una línea iluminada sobre la carta geográfica ó corográfica, sino de la conciencia de aquellos deberes que les ponen en mútuas relaciones indisolubles, porque están fundadas bajo el imperio de la religion, y no al antojo de cada individuo.

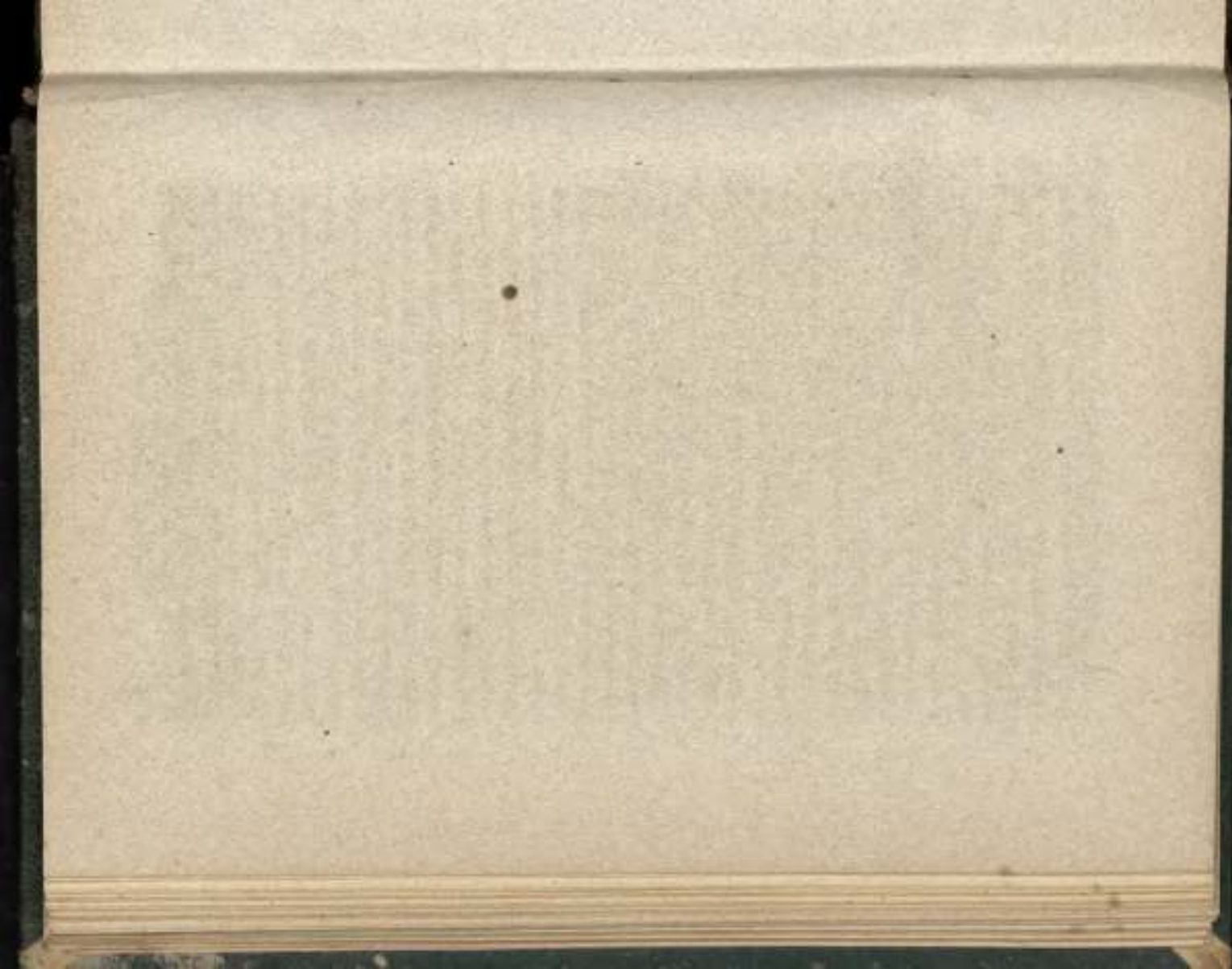
Hé aquí lo que sería acaso todavía posible en aquel pueblo aun no corrompido, siempre que un Gobierno leal pronunciase su símbolo con firmeza, y al decir: *La Religion católica es la sola Religion dominante*, no se envileciese con sutilezas de legaleyo para forjarse un Catolicismo sin Obispos, Concilios ni Papas. Emprendiendo una marcha generosamente católica, acaso podría superar en las elecciones las influencias volterrianas; y obtenida una Cámara católica en su generalidad, seguir realmente la mayoría de ella en los negocios políticos sin comprarla (pues el católico no se vende), y sin temor de inquietar la Religion de los buenos, mientras se esfuerza por apaciguar el furor de los demagogos.

Y si con una reforma electoral hallase modo de que bajo la direccion de la conciencia católica viniesen á la Cámara representados, no ya los intereses pulverizados de trescientos ó cua-



trocientos individuos, sino las verdaderas partes orgánicas de la sociedad, acaso podría lisonjearse de resolver un problema hasta ahora mal resuelto, cual es la *verdadera* representación de un *verdadero* pueblo.

---



---

### CAPITULO III.

#### LA LEGISLATURA (1).

##### §. I.

*Epilogo del capítulo anterior y proposición.*

742. La nacion no es nacion, sus sufragios no son suyos, el representante no representa: tal es el resultado de nuestras consideraciones acerca del sugeto que debería ser representado, segun las teorías modernas, en los Gobiernos constitucionales. Pasemos ahora á considerar estos Gobiernos, *siempre bajo la influencia protestante*, en el cumplimiento de su función principal, la LEGISLATURA.

743. Para entender lo que esta debiera ser y lo que realmente es, conviene empezar contemplando el objeto que debería en último término conseguir, los medios con que pudiera conseguirlo, y las monstruosidades con que trasforma el fin y los medios: así se pondrá de manifiesto el vicio inherente al organismo legislativo, así como del artículo anterior resultó el vicio protestante del organismo social. Supongo que mis lectores conocen las triviales formas de la legislatura constitucional: un Rey, una Cámara alta más ó menos hereditaria ó electiva, una Cámara baja enteramente elegida por la multitud. A la primera Cámara se le suponen intereses conservadores, á la

---

(1) V. el *Ensayo teórico de derecho natural* en el capítulo dedicado al poder legislativo.



segunda progresivos, al Monarca conciliadores. Veamos lo primero el fin á que debería conducirnos este complicadísimo mecanismo.

## § II.

### *La ley.*

744. Este objeto es patente: el objeto de los legisladores es *dar leyes*.

Pero ¿qué cosa es ley? La razon heterodoxa nos dirá en breve que la ley no es más que la *voluntad general*; pero antes de oir á los frenéticos, interroguemos al antiguo seso con que era interpretada la naturaleza.

745. Él nos dirá que para juntar individuos racionales se requiere una *ordenacion de la razon*. Y en efecto, fácilmente se comprende que un gobierno desalentado no producirá nunca la inclinacion vigorosa á obedecer, que impone una necesidad moral á las voluntades dominadas por la idea de la verdad. Los mandatos irracionales no pueden llamarse órdenes: fuera del orden la inteligencia humana no puede descansar.

746. Pero recuérdese que el acto de *ordenar* presupone un *principio de orden*; y que este principio deberá ser en los discursos una idea, en la accion un fin que debe conseguirse. Si yo te digo que me clasifiques los reinos de la naturaleza para comprenderlos bien, tu procurarás disponer sus partes conforme á ciertas ideas genéricas y específicas que se enlacen con una idea suprema. Si por el contrario tienes que ordenar las operaciones sucesivas de una oficina, v. gr., de una imprenta, deberas disponerlas de manera que se llegue por último á la conveniente publicacion del libro.

747. La ley, pues, pertenece á esta segunda clase de ordenacion, y debe por consiguiente regularse por el fin á que mira, que no es otro finalmente que hacer felices á los individuos asociados.

748. Pero ¿hay felicidad para el hombre en la tierra? También respondimos otra vez á esta pregunta diciendo que la felicidad de la tierra, siempre limitada é imperfecta, no puede propiamente concebirse sin virtud, ni esta virtud puede subsistir sin una vida futura.

Esto es lo que en otra parte explicamos largamente, y lo que debe formar las bases irrecusables de todo catecismo social y de toda legislación (1).

769. La ley debe de ser, pues, una ordenación de la razón que dirige los ciudadanos al bien común bajo las influencias de una conciencia honesta. ¿Pero cual es el bien común que debe honestamente conseguirse? Los bienes materiales no pueden ser comunes, porque todo lo que uno adquiere no es de los otros. El bien verdaderamente común es la *justicia*: bien precioso por sí mismo á la razón humana en cuanto es orden de proporciones, y el orden es siempre un bien para nuestra mente; y cosa ventajosa para todos, porque asegura la inviolabilidad de los derechos, y asimismo asegura por último á cada individuo, en proporción á sus obras, á sus fuerzas físicas ó morales, una justa cantidad de bienes materiales, que si no contentan la parte mas noble del hombre, que es la razón, tienen sin embargo alguna proporción con su naturaleza animal, y por consiguiente, no pueden del todo desatenderse.

750. Esto es verdad muy especialmente en la sociedad civil, la cual no obra sobre las almas sino indirectamente pasando por la materia. Si el bien de la sociedad no tuviese relación alguna con la materia, no tendríamos necesidad alguna de ordenación civil: mas encontrando nosotros en la materia nuestro ser animal y los medios de sustentarlo, y los obstáculos que se oponen á su acción, necesario es un ordenador que nos asegure contra el que quisiera indebidamente ó privarnos de los primeros ó encadenarnos con los segundos.

751. Ley será, pues, un ordenamiento racional que mira á asegurar á todos, según reglas de justicia, el bien que consiste en vivir juntos honesta y exteriormente unas personas con

(1) V. c. I., pár. 1.º s. n. 43. y sig., y CIX.

otras. Debiendo este ordenamiento juntar en la unidad social á todos los asociados, debe proceder necesariamente del ordenador *supremo* que puede moverlos á todos: debiendo mover hombres y no maderos, debe moverlos conforme á la humana naturaleza, empleando aquellas fuerzas que hacen natural al hombre seguir los impulsos de su motor. Luego establecer un orden racional con que se pueda conseguir honestamente el bien externo de la sociedad, tal es el intento del legislador (1).

752. Por donde se echa de ver que para alcanzar tal intento se requieren tres condiciones en la ley, es á saber: *utilidad, congruencia y honestidad*. Debe ser útil, porque debe proporcionar un bien externo; debe ser congrua ó conveniente con la naturaleza humana, á fin de mover al hombre segun su naturaleza; debe ser honesta, porque sin honestidad no podría obtener las otras dos propiedades, como quiera que nunca puede ser útil al hombre envilecerse con el delito, ni conforme con su naturaleza lo que repugna á su conciencia.

753. Estas condiciones de la ley son el fin que debe prefijarse todo legislador cuando ejercita sus funciones: debe decirse á sí mismo: «La sociedad que de mí depende, siente el estímulo de tal necesidad (por ejemplo: *penuria de grano, peligros de ladrones, violaciones de tálamos* etc.); debemos hacer una ley que quite estos males (*útil*): que sea observada sin dificultades insuperables, porque ¿de qué serviría hacer la ley si no se acertase á hacerla guardar? (*congruidad*). Pero debemos obtener esta utilidad y observancia sin violar ninguna otra

---

(1) Rogamos al *Constitucional pontificio* de la *Miscelanea florentina* (pág. 201), considere que esta doctrina, en concepto nuestro, y en el lenguaje común, no se llama de los intereses materiales, sino cuando excluye el principio católico de la justicia eterna, derivando la obligación de la voluntad de los máx, y esta voluntad del interés: nada más contrario á nuestra doctrina. Pero dado tal principio, el pueblo católico no pide á los Gobiernos temporales ni la fé ni la moral (de cuya enseñanza son á veces más celosos que lo que ella quisiera), sino la defensa del orden eterno, como antes digimos.



ley de honestidad natural (*honestidad*).» Tal es el problema que debe proponerse á sí mismo todo legislador.

754. ¿Pero es este problema del legislador el que nosotros traemos entre manos? No por cierto; pues ahora discurremos como publicistas, y el problema del publicista es superior al del legislador, como el problema del legislador lo es al de un magistrado civil: y así como el que hace la ley, debe formar excelentes juicios, así el que constituye los Parlamentos debe formar excelentes legisladores. Por donde se ve que después de haber conocido lo que estos deben ser, será bien ahora hallar el modo en que podemos formarlos, instituyendo un organismo legislativo de que puedan proceder legisladores capaces por su inteligencia y rectitud de hacer leyes *útiles, adecuadas, honestas*. Esto que ahora estamos tratando de un modo teórico, es cabalmente lo que hubieran debido poner en práctica estos sabiendes modernos, que con las nuevas instituciones prometían á los pueblos las ocho bienaventuranzas (no *evangélicas*) con la perfección futura de sus códigos independientes.

755. Pronto veremos cómo han debido resolver el problema á la luz de la idea protestante; pero ántes resolvámoslo nosotros mismos con alguna dosis de seso vulgar, con aquella crasa minerva que Horacio prefería (y con razón) á la sabiduría á la *moda* de los sofistas griegos; con aquella trivial sensatez que ilustrada por el Evangelio produjo en la Edad media Gobiernos representativos citados hoy como modelos de verdadera libertad, aunque sin desterrar Obispos ni despojar religiosos.

Si: con esta sensatez tratamos de resolver aquel problema sobre el modo de hacer las leyes *útiles, adecuadas y honestas*, encomendando la representación de las varias clases sociales á un organismo que, no por un impulso fortuito de buena voluntad, sino por virtud de la institución política, debe producir en las leyes las tres dotes que su naturaleza demanda. Lo que sobre esta materia digamos, sacándolo de la misma naturaleza del hombre, es común á todas las formas de Gobierno legítimo: pero nosotros solo aplicaremos las verdades universales á

los Gobiernos representativos cuyo exámen nos ocupa, remitiendo al que quiera ideas más generales á nuestro *Ensayo teórico*, que desenvuelve esta materia con aplicación á todas las demas formas de gobierno. Y partimos de los datos de la naturaleza, porque entre los sistemas representativos, ora antiguos, ora modernos, bien reales ó posibles, no damos la preferencia á ninguno, y solo exigimos de todos la exclusion del principio heterodoxo de independancia, de donde proceden y á donde quisieran inexorablemente conducirnos nuestros regeneradores. Yo no soy *proyectista*, ni mucho menos *revolucionario*: no sugiero estas ideas para provocar ansias de *mejoras políticas*, con que siempre se *empeora* verdaderamente el Estado cuando se ofende con ellas el derecho aun del último de los súbditos. Propongo, pues, los elementos de naturaleza universal que hubieran debido servir de guia á los modernos regeneradores, y que ponen de manifiesto sus extravíos. Esto, como todo el mundo puede notar, no es hacer proyectos, sino aplicar principios para juzgar despropósitos, así como se aplica el compas para discernir la redondez ó irregularidad de un círculo descrito en la pizarra.

### § III.

#### *El organismo legislativo con relacion á la utilidad (1).*

756. Es nuestro propósito formar un buen organismo legislativo, es decir: un organismo por el cual en virtud de la institucion pueda tenerse por moralmente cierto que se darán leyes útiles al bien material, conformes con la naturaleza humana y justas ante el tribunal de la conciencia. ¿Cómo te parece, amigo lector, que debemos proceder para resolver este

---

(1) Las observaciones de este párrafo ilustran el cap. IV del libro V de mi *Ensayo teórico*.

problema con el seso del vulgo? Si supusiéramos ya existente en la sociedad un organismo legislativo legítimo, podríamos dispensarnos de semejante trabajo, y ó resignarnos á la óbediencia, ó tocar la cuestión con mil respetos y miramientos á la inviolabilidad de los derechos preexistentes; pues cualquiera que fuese la perfección del organismo que pudiésemos nosotros idear, sería una solemne necedad introducirlo por fuerza en la sociedad con ofensa del derecho. ¿Qué otra cosa sería esto sino despojarla de la fuerza vital para embellecer sus formas corpóreas? La vida de la sociedad es el derecho; luego dar á la sociedad un precioso organismo sin derecho, sería convertirla en un precioso cadáver. ¡Maravilloso progreso! Más habiendo la piqueta protestante derribado por tierra todo el edificio de la sociedad gótica y desembarazado por completo el suelo donde se elevaba, estamos en plena libertad de construir de planta el nuevo edificio conforme á los planos del sentido común aleccionado por el Catolicismo. Es, pues, manos á la obra.

757. ¿Qué haremos para que el Cuerpo legislativo dé leyes útiles en el orden material? Es evidente que el legislador debe conocer esta utilidad para procurarla por medio de la ley. La utilidad es un término de la relación entre el medio y el fin. Luego conocer la utilidad en nuestro caso es conocer la necesidad de la sociedad y el modo con que esta necesidad puede ser satisfecha. Tratemos ahora del conocimiento de ella, reservando para el párrafo siguiente el conocimiento de su remedio.

¿Quién tiene más aptitud para conocer la necesidad? La respuesta es clara: la conoce el que la siente; y la necesidad se siente por todos, pero principalmente por los más pobres, por los más miserables, y por aquellas que por naturaleza ó por educación ó por razón de oficio toman parte en los sufrimientos de los infelices. Hé aquí, pues, el primer principio universal que estableceremos en la gran obra que hemos comenzado: *formará parte del organismo legislativo un número elegido de personas que sientan, lo mejor que sea posible, las necesidades materiales de la sociedad.*

758. Tentados podíamos sentirnos por este principio á re-



unir en una cámara todos los ciegos, lisiados, y mendigos, como hacia el siervo del evangelio. Pero no: porque aun cuando cada clase de la sociedad tiene sus necesidades, la representación de las necesidades debe elegirse entre todas las clases de la sociedad: aunque es de notar que las clases superiores, cuya voz es mas poderosa, necesitan menos proteccion de la ley que las clases inferiores, cuya voz podria ser sofocada. Así procede un buen maestro de capilla para ordenar bien una sinfonia: los instrumentos de voz débil los sostiene con su número y con la oportunidad de los acompañamientos; mas los contrabajos y hombos y platillos emplealos sin semejante miramiento, seguro de que se dejaran oir aun entre cincuenta flautas y violines y oboes. Pues á este modo la ley, al determinar el modo de representar las necesidades de las varias clases de la sociedad, deberá proveer á las mas pobres, demas del número de voces, de apoyos fieles y poderosos que escuchan sus gemidos y no teman representarlos.

759. Es notabilísimo, especialmente en boca del tristemente famoso Eugenio Sue, el elogio del *abogado de los pobres*, institucion de los monarcas de la casa de Saboya, y de la que Francia no podia gloriarse aun despues de cincuenta años de libertad heterodoxa y de filantropia sentimental (1). Instituciones semejantes podrán hallarse diseminadas aqui y alli entre las gentes católicas; y es digna de admiracion en Roma la Congregacion llamada de San Ivo, encargada de defender á su costa por motivos espontáneos de caridad los pleitos de los pobres injustamente oprimidos. Pero en favor de todos los pueblos católicos estableció la caridad celestial un organismo universal, á cuyo cargo corre, en virtud de su misma institucion, el deber gravísimo y el sublime derecho de socor-

(1) «Podrá esperarse que algun día comprenda la Cámara de los diputados, á que corresponde toda iniciativa, que es por lo ménos extraño que en Francia, las clases pobres de obreros, sean tratadas ménos bien que en los Estados tan á menudo apellidados despóticos? Al ménos es consolador consignar que, Soberanos en quienes reside la omnipotencia, velen tan paternalmente, con tanta piedad por los intereses de los desdichados.» (*Misterios de París*, nota al cap. CXLIII.)

rer, de congregar y de representar á todos los atribulados y miserables, abrazándolos á todos, y más afectuosamente á los más miserables, con paternal ternura.

700. Ya se habrá comprendido que estoy describiendo al Párroco católico, á quien la Iglesia confió, descargándolo del cuidado de los hijos, la cara y numerosa familia de toda especie de atribulados. Y para que nadie quedase fuera del círculo de la caridad de su ministerio, el espíritu católico había organizado cada una de las clases del pueblo en asociaciones de artes y oficios, donde bajo la protección de un Santo propuesto á los congregados como modelo de virtud cristiana, defendía á un mismo tiempo sus intereses espirituales y temporales con actividad vigilante inspirada por la religión y dulcificada por el trato familiar de la amistad (1). Estas corporaciones no podían hallar gracia á los ojos del error exterminador que predica la *libertad de asociación* para todos: así que la política presente no acudirá ciertamente á los Párrocos ni á las cofradías para conocer las necesidades de la sociedad; antes prefiere las inspiraciones de Proudhon y de Luis Blanc. Pero á nosotros, que estudiamos la política á la *buena de Dios*, bajo las influencias católicas, no se nos puede rehusar el derecho de observar cómo los intereses todos de la miseria tienen en nuestras filas un *representante* nato en la clase más sublime de la sociedad cristiana, ó sea en el Clero, y un organismo aprobado y vivificado por la religión. Si estos intereses están mejor representados por el pobre Sacerdote, que en su perpetua abnegación y privación de toda comodidad los va buscando al tiempo mismo que lleva de choza en choza los bálsamos del espíritu y el óbolo de la caridad, ó por los diputados que en medio de la abundancia de la capital predicán la filantropía y frecuentan ban-

---

(1) «Había, señores, en otro tiempo, corporaciones unidas por el vínculo del interés, unidas también por el vínculo de la Religión. Estas corporaciones oponían un dique á todo despotismo que hubiera osado levantarse en la nación. Estas corporaciones resistentes no son compatibles con mi responsabilidad, con la rápida libertad de acción que necesito como Ministerio responsable: dejadme acabar con ellas.» (Doroso Cortés, discurso en las Cortes.)

quetes y teatros, no nos toca á nosotros decirlo; somos sospechosos en la materia: decídanlo los pobres.

No me detendré en hacer aplicaciones más prácticas de estas doctrinas, pues no es mi intento dictar una Constitución, sino sólo discurrir sobre los principios de que debería esta partir: á cuyo propósito creo suficiente haber explicado el modo como la representación de las necesidades pide naturalmente el concurso de los que, ó por su condicion las sienten, ó por su oficio las compadecen.

761. Adviértase por otra parte que los que padecen son movidos por la pasión á representar sus necesidades con una vehemencia que no pocas veces degenera en violencias y tumultos, especialmente si el representante pertenece á las clases de menos educación. De donde resulta que el que tiene en sus manos el poder, al reprimir los excesos de las reclamaciones, suprime á veces las reclamaciones mismas; y que la pasión, según su costumbre, pierde lo que debe satisfacerla, al paso que suspira por lo que no se le debe conceder. Con esta observación se comprende que encomendando al Clero el cuidado de hablar en favor de los infelices, hácese este cuidado tanto más eficaz cuanto es menos apasionado; y al contrario, los regeneradores al uso, al conceder á todo infeliz el cuidado y el derecho de defenderse á sí mismo, encomendaron la miseria á la debilidad que nada podrá obtener, y excitaron la violencia de las pasiones que hacen justa y necesaria la reacción de los gobernantes. De esta suerte el espíritu protestante construye con la Carta lo que la Naturaleza debe luego destruir con los hechos.

762. Estas consideraciones pueden servir para poner de manifiesto y refutar un sofisma, repetido de buena fe y aun por personas buenas y amantes del orden por falta de ideas claras y exactas.

«Una representación, dicen, que exprese sinceramente los votos y las necesidades del país, es una necesidad para todo gobierno que comprenda verdaderamente su misión: es así que los votos y las necesidades del país no pueden ser rectamente representados sino por los delegados de la nación, es decir,



por las formas constitucionales: luego las formas constitucionales son absolutamente necesarias á un buen gobierno. »

El Lombardo Veneto (26 de Abril de 1851) distinguía muy bien la *representacion de las necesidades*, necesaria en todo gobierno, de la *eleccion nacional*, propia de las formas representativas; y aunque aspiraba modestamente á ver estas *concedidas con el Estatuto*, todavía respetaba las formas vigentes, sin acusarlas de usurpacion y despotismo. Pero no todos los constitucionales son igualmente *moderados*, aunque lleven este nombre; y con el argumento que hemos formulado, creen demostrar de un modo irrefragable el derecho que tiene todo pueblo de nombrar sus propios representantes.

Pero el lector habrá comprendido ya, por lo que hemos dicho, el vicio del silogismo, cuya proposicion mayor es universal y muy verdadera, mas cuya menor universalmente tomada es falsa de toda falsedad. Ciertó es que su falsedad parece hoy dia menos evidente y menos dañada por la deplorable perversion de las ideas sociales; de las cuales procede el poder del sofisma para persuadir los ánimos en razon del doble error de que están preocupados, así en lo que niegan á la autoridad como en lo que otorgan á las muchedumbres.

763. Respecto á la autoridad, la independencia heterodoxa y el principio utilitario del interes han pervertido de tal manera el juicio y los sentimientos de la generalidad, que el titulo de superior se mira comunmente, sin advertirlo siquiera, como sinónimo de *enemigo*, ó al menos de adversario hostil, de usurpador inminente; y así todo el que gobierna es á los ojos del periodismo liberalesco como quien va á arrebatar al pueblo su *Yo*, apenas este Argos cierre al dormirse sus cien ojos. Admitidas estas ideas en la sociedad, es claro que recomendar el bien del pueblo al gobernante, es como recomendar al lobo la guarda del ganado. Y como toda la clase de los empleados nombrados por el Rey, no son en resolucion otra cosa que el brazo del Principe mismo que se extiende para mover la sociedad entera, resulta que toda esta clase cae á los ojos de estos bajo la accion de las mismas sospechas, de los mismos anatemas; y así es muy natural que se juzgue imposible conocerse

las verdaderas necesidades del pueblo por medio de los empleados de real nombramiento.

Este siniestro juicio fórmasse inadvertidamente por la ineluctable necesidad del encadenamiento lógico, como en otros lugares indicamos é indicaremos; y de aquí que sean preocupados de él, *sin advertirlo*, muchos que con ánimo honesto y con reminiscencias católicas pronunciaron á veces fórmulas completamente opuestas á sus preocupaciones. Si fuesen consecuentes consigo mismos, despues de haber afirmado que instituyendo la autoridad quiso la naturaleza el bien de la sociedad, inferirian luego de aquí que un superior honrado será *naturalmente* celoso del bien comun; al modo cabalmente que habiendo prescrito lá naturaleza la fidelidad conyugal, infiérese que los buenos consortes serán ordinariamente fieles. Y así como de la infidelidad frecuente de los deshonestos y de la más rara de algun consorte honesto, sería necedad inferir; *pongamos gendarmes de centinela en cada talamo*; así de las usurpaciones de los tiranos y de los errores y debilidades de los Principes honestos, no se inferirán la enemistad del Principe contra el pueblo, y la necesidad de armar al pueblo contra *el comun enemigo*, frase que expresa en los papeles democráticos candidamente su verdadero concepto, que los moderados, aunque no ajenos de él, todavía no se atreven á formular categóricamente, no ya ante el público, pero ni aun ante su propia conciencia.

Y es que los contiene (no hablo ahora de los hipócritas) cierto sentimiento católico que les trae á la memoria lo que siendo niños aprendieron en el Catecismo, la obligacion de amar al principe impuesta por el mismo precepto del Decálogo que nos obliga á amar al padre. «Si en este precepto mismo, se dice á si mismo el católico, me impone Dios el amor del principe y del padre, será razon tambien decir que su divina Providencia haya puesto una correspondencia natural de afectos en el corazon del uno como en el del otro para con el súbdito y el hijo respectivamente.» Y así es la verdad donde quiera que domina el principio católico: á despecho de los errores involuntarios del entendimiento y de los extravíos de la

voluntad apasionada, los principes católicos tuvieron siempre á sus súbditos el afecto y el lenguaje de padres: barto lo saben los reformadores modernos cuando se esfuerzan en extirpar del corazon del vulgo la reciprocidad de fé que llaman *estúpido servilismo*.

Es, pues, instinto de naturaleza y de fé el abandono del súbdito en las manos de un superior honesto (y esto, nótese bien, sea la que quiera la forma de Gobierno), como el abandono del hijo en las manos de un padre, el representarle sus necesidades sin dictarle la ley, el invocar como prenda de confianza la conciencia y el amor, mejor que la insurreccion y la suspicacia (1). Cabalmente por esta razon los moderados honestos continuán diciendo que la autoridad es naturalmente benéfica, y que el súbdito debe amar á su gobernante.

Pero como la lógica es indomable, como del principio utilitario que profesan, saca la lógica inexorablemente la hostilidad del pobre, del miserable, del súbdito contra el rico, el noble, el imperante; los mismos moderados niegan con los sentimientos las fórmulas católicas que profesan de palabra, y forman aquel *cuadrado-redondo*, de que otras veces he hablado, expresando su concepto contradictorio con el extraño maridaje de *paternidad y despotismo*.

Hé aqui la primera preocupacion que hace imposible, segun su sentencia, á los oficiales elegidos por el Gobierno la verdadera representacion de las necesidades comunes. No proponiéndonos aqui nosotros descender á la práctica, sino establecer sobre sus justas bases las ideas sociales (persuadidos firmemente que en su tiempo madurarán), no tomamos ahora la defensa de los empleados elegidos, ni de los Gobiernos que en todos tiempos los eligieron. Creemos que la equidad impone

---

(1) El sábio lector comprenda que no quiere decir esto renunciar á las garantías legítimas, sino sólo animar la confianza reciproca sofocada por la escuela liberal; la que así como pide garantías contra los gobernantes legítimos, así se pavonea en la oposicion contra los gobernantes representativos. La diferencia entre Gobierno estólico y heterodoxo está en el espíritu, no en las formas.



á un escritor leal la necesidad de reconocer excesos históricos é imprudentes calumnias por ambas partes.

Las mas bellas instituciones de consejos municipales y provinciales, de hombres de confianza y de inspectores, las mismas visitas personales de los Príncipes en las provincias fueron muchas veces estériles, en vez de producir los buenos efectos esperados de la sabiduría y rectitud del mismo Príncipe, paralizadas ora por las intrigas de los ministros y de empleados influyentes, ora por la adulacion y pusilanimidad de las personas diputadas al efecto; y la torpeza de estas es tanto más detestable, cuanto fueron más rectas y generosas de los gobernantes fundadores. Mas ¿qué se infiere de aquí? ¿que es imposible por este medio conocer las verdaderas necesidades de los pueblos? Así da á entender que lo cree el *Constitucional Pontificio* al decir francamente que *ningun Gobierno paternal salió nunca bien*. Si con esta proposicion se quiere decir que aun en los mejores Gobiernos hubo siempre defectos, se dice una verdad solemne, aunque de poca utilidad para el caso, por ser propia de todos los Gobiernos humanos, cualquiera que sea su forma. Mas si lo que se quiere decir es que ningun Gobierno paternal ha satisfecho nunca los discretos deseos de un pueblo sábio y templado, dase una prueba de atribuir por pasion política á los pueblos el descontento que trabaja hoy en día á los partidos; los cuales no pudiendo, á pesar de todos sus esfuerzos, comunicarlo al comun de los súbditos, han recurrido al subterfugio de llamarse ellos solo *pueblo*, y tenerse á si propios por los solos sabios. Pero la historia y el sentimiento no callan por estos sofismas y antibologías; ni podrán nunca borrar de las páginas de la primera los nombres canonizados por los pueblos como padres de la patria, ni del corazon de los mismos pueblos, el sentimiento formado en él por mano de la naturaleza y canonizado por la fé. Mientras este sentimiento dure, los pueblos, especialmente los católicos, no creerán imposible para un *padre* que gobierne, la sincera voluntad de conocer, ni para los hijos á quienes pregunte, la generosa lealtad en representar las necesidades del pueblo.

764. Esta confianza falta á nuestros reformadores en se-

gundo lugar, porque se fían demasiado en la eleccion popular, como si encomendada al pueblo la eleccion de los diputados, estos se tornasen infalibles ó incorruptibles. Mas sobre la falsedad de esta presunta incorruptibilidad ya hemos hablado y todavía hablaremos muchas veces; y así no queremos fastidiar con esto á nuestros lectores; mayormente despues que ha hablado con una elocuencia superior á la de todos los oradores la dolorosa experiencia de sesenta años, que por cierto no quiere aun cesar de hablar ó interrumpir el hilo de sus lecciones. A la vista está el modo cómo han sido representados en la Cámara piemontesa los derechos y las necesidades de Niza, de Osola, de la Valesia, etc. Si la primera no se hubiera movido, hubiera quedado como las otras dos, sin tener quien la acompañase en los funerales. Por el contrario el Valle de Aosta desde 1191 que pasó á los Príncipes de Saboya hasta 1750 bajo el Rey Carlos Manuel vió respetados los antiguos pactos, y mas de una vez quitados algunos tributos que indebidamente le fueron echados, como en 1540 la gabela de la sal, en 1555 el gravámen sobre las pieles, en 1595 sobre los vinos, en 1622 sobre escrituras, en 1729 sobre la administracion de los bienes de la Universidad. ¡Véase ahora si es sostenible lo de que no hay esperanza de bien en los Gobiernos paternales! ¡Váyase á poner en manos de los diputados bajo formas constitucionales los intereses del pueblo!

Cierto quien oye con docilidad las enseñanzas de la experiencia deberá confesar que si los que informan al Gobierno paternal hicieron un injuria al Principe engañándolo por adulación ó bellaqueria, no menor injuria hicieron los representantes al pueblo que los elegia por diputados, vendiéndolo por ambición ó por avaricia. Ahora, así como de la vileza de estos no se sacaria rectamente por consecuencia que se debería suprimir la representacion popular allí donde legitimamente domina; así de la vileza de los primeros no puede inferirse la necesidad de reemplazarlos con los segundos.

Lo que legitimamente se inferiria es la necesidad de mover los ánimos al valor, las conciencias á la justicia, los entendimientos á la fé, para que volviésemos á tener en los oficiales

del Príncipe y en los diputados del pueblo aquella independencia y sinceridad de lenguaje que, sin sacar á relucir en público impertinencias de gente baja, ni hombrearse altivamente con Principes notoriamente mansos, sepa decir con respeto, pero con firmeza, verdades aun amargas: en lo cual, y dicho sea esto en honor de la verdad, los Ambrosios y los Becket, generosamente imitados no ha mucho en Baden por ilustres magistrados, que se negaban á condenar á los católicos, podian servir de modelo á muchos de los mas animosos representantes modernos.

#### § IV.

##### *Organismo legislativo en orden al bien CONVENIENTE.*

765. Es sentencia de la sabiduria vulgar en las enfermedades corporales que el enfermo, y más todavía si no entiende de medicina, puede sentir y manifestar su mal; pero no dar con el remedio ni juzgar rectamente de él. Para combatir este aforismo vino, Dios se lo pague, un *regenerador* de la medicina, que no solamente dió á los enfermos la clara intuición de los medicamentos convenientes, más porque los viese con mayor claridad cerróle los ojos en un sueño magnético. No nos corresponde á nosotros examinar si debe preferirse el parecer de los ignorantes dormidos al de los doctores despiertos; en materia de salud corporal nos remitimos gustosos al juicio de las partes interesadas. Lo que importa á nuestro propósito es examinar una sustitucion análoga introducida por los novadores en la medicina social: cabalmente donde el error heterodoxo proclamó, como era natural, con su principio de *igualdad* el derecho que todos tienen, aunque sean ignorantes, ó estén dormidos, de echarla de médicos.

766. Mas por nuestra parte, pues nos falta una inteligencia tan sublime, vamos á discurrir sobre este punto con las ideas de



buenos viejos. ¿Quién te parece á ti, amigo lector, que debe en la sociedad ser tenido por capaz de hacer leyes *convenientas*? Naturalmente me responderás que expresando la *conveniencia* un juicio de relacion, no puedes satisfacer á mi pregunta, si no te explico mas claramente el fin con que debe *convenir* la ley. Pareceme, sin embargo, que de lo dicho hasta aquí resulta bastante claro este fin: la ley debe ser conveniente, ó sea, buena para mover á los ciudadanos de modo que provean á la necesidad pública ó remedien la pública enfermedad. Así, por ejemplo, si la representacion de las necesidades nos hubiere hecho comprender que estaba enferma la sociedad por sobreabundancia de ladrones, ¿qué deberemos hacer con nuestra ley? Que los ciudadanos se abstengan de robar, ó que al primer hurto se les reduzca á la imposibilidad de repetirlo. Para remediar tal necesidad hay un remedio muy fácil, y es publicar una ley que diga:

Art. 1.º Se prohíbe á todos robar.

Art. 2.º Todo el que robare será llevado á la carcel hasta que se le pase la gana de cometer este delito.

767. ¡Buen remedio á fé mia! dirá aquí ciertamente el lector: eso ya lo sabíamos; mas ¿quién nos asegura que será obedecida tal ley?

Tienes razon, lector mio, y veo muy bien que el remedio no basta. Cosa muy verdadera es que para que cesen los hurtos *conviene* que no se robe; mas para que no se robe conviene inducir al pueblo á la observancia de la ley. He aquí, pues, dos cosas *convenientas* á que debe atender el legislador; la medicina *debe convenir con la enfermedad y convenir con el enfermo*; con la enfermedad para curarla, con el enfermo para que la tome. Así, pues, para encontrar buenos legisladores en este punto, es preciso hallar personas que conozcan las *causas* de los males sociales, y la naturaleza de los ciudadanos enfermos.

768. Ahora bien, para dar con tales hombres, nuestros reformadores tienen una receta muy sencilla: lanzado un grito de *igualdad ó independencia* con acompañamiento obligado de *progreso y humanidad*, basta obtener el sufragio de quinientos ó seiscientos electores para que descienda inmediatamente

sobre el nmero diputado el *espíritu santo* de Lutero que ha de llenarlo de *omni scibili* y constituirlo en una enciclopedia ambulante; y no hay ninguna vaina de habas que en saliendo electa de la urna no encierre en germen en cada haba un ramo de las ciencias políticas, y que no adquiera la ciencia y la *frente* de aquel Formion que enseñaba á Annibal el arte de la guerra: así que no bien han saltado de la barca ó salido de la escuela, de la oficina, de la tienda, cuando tomando un vuelo atrevido por todas las regiones enciclopédicas, nos hablan de economía política, de estrategia, de diplomacia, de cánones, en términos que desafío á Leibniz á que no se quede atónito. Verdad es que últimamente cierto malicioso diario se atrevió á asegurar que un diputado y quizá tambien un ministro que no sabia distinguir la vela de la antena, ni la proa de la popa, daba leyes á la *marina* (1). Pero estas malignas sátiras no impidieron al *honorable* discurrir, ó al ménos, hablar por espacio de cinco ó seis cuartos de hora. Tal es la gran ventaja del hombre progresivo sobre los viejos oscurantistas.

769. Entre los oscurantistas deberémos por esta vez contar á Romagnosi, cuyo celo cordial por los gobiernos representativos no llegó á ponerle la venda en los ojos y á inducirle á admirar como Gobierno *único posible* la Constitución inglesa ó la francesa. «Abrid, dice el célebre publicista de Pavia, abrid las actas de todos los parlamentos, examinad todas sus sesiones, recorred la lista de todos sus afiliados, y despues de esto negad, si podéis, que estos comicios no son mas que un pueblo algo mas escogido, dominado de todas las preocupaciones, de todas las pasiones, arrebatado por todas las emulaciones populares rectas y oblicuas, á excepcion de algun varon sabio y bueno conducido accidentalmente al salon de sesiones.» Y poco antes habia dicho: «¿Es ó no es cierto que para comprender y apreciar la conveniencia de una ley justa y próspera se requiere ciencia ó imparcialidad? Esta ciencia debe abrazar la

(1) «Todos queremos hablar de timones y velas, de fuerzas de tierra y de fuerzas de mar, y se les escapan unos gazapos que parecen ballenas. El conde de Favour en su ardor, etc. (V. *La Voz en el desierto*, 12 de Enero de 1851).»

razon privada, la razon social, la razon de Estado, con que concertar todos los derechos, conciliar todos los intereses, e impulsar la prosperidad de los individuos con la potencia del Estado. La imparcialidad exige estar al abrigo de la emulacion predial, de la industrial, de la mercantil, de la cortesana, de la doctrinal, y estar dotados del solo sentimiento de la cosa pública. Ahora yo pregunto si en los comicios de los diputados se puede encontrar esta ciencia y esta imparcialidad.»

Y confirma su juicio con un extracto de la Biblioteca británica (Julio de 1828, pág. 21, 25), donde todos los autores y correctores de las leyes en las Cámaras alta y baja, todos, se dice, *ignoran en el mismo grado la razon de las leyes*. «Cada cual modifica á su modo la ley, sin conocer apénas la materia sobre que versa. Asi mutilada y torturada, contradicha y transformada, primero por los comités, despues por los partidos políticos, ¿en qué estado sale por último de esta fragua ardiente donde la vimos arrebatada? ¿Conserva por ventura la fuerza que se le atribuye? (1).»

La sentencia es pérentoria, y los jueces no sospechosos ni incapaces parecen haber referido lo que sucedió poco tiempo há en la Asamblea de Francia, tratándose de la tarifa de los azúcares: aprobados los primeros artículos tras una charla interminable, y propuesta á uno de los siguientes no sé qué enmienda, se reconoció que estaba en oposicion con los artículos ya aprobados: entonces la pobre ley, náufraga entre el choque de las correcciones y las parlerias de cajon, hubo de ir á parar para carenarse en manos de la comision, que entendia del negocio mejor que los diputados, la cual se vió condenada á concordar los artículos aprobados con la susodicha enmienda. Esto es lo que sucede cuando los ignorantes corrigen á los sábios.

Hé aqui ahora una nueva confirmacion en el opúsculo flamante de Romieu (*El espectro rojo de 1832*), quien repite que «la causa de estos abortos es cabalmente la ignorancia, resultado necesario del orden bastardo establecido por los so-

(1) Romagnosi, *Giurisp. teor.*, p. I, lib. VIII, cap. IV.



listas: una nacion entera gobernada por médicos, abogados, herreros; las cuestiones sobre la guerra y la paz abandonadas á leguleyos de lugar; cada un año aventurada la suma de las entradas públicas al número fortuito de los que asisten á la sesion, y el reposo de un gran pais puesto en manos de descontentos, de ambiciosos rivales.\*

Así piensan y así hablan los hombres peritos y sinceros cuyo cerebro no ha alterado la quinta esencia de Montesquieu, y cuyo ánimo no se afectó al oír que se les acusa de oscurantismo. No se nos niegue á nosotros el derecho de usar el lenguaje de la verdad, ya que no somos de los que se extasian contemplando la república de Platon entre las nubes; pues buscamos en los hechos y en la realidad la explicacion de los desórdenes que en los Gobiernos representativos de Italia han excitado tales quejas.

Nosotros, que noteniendo alas con qué volar, caminamos todavía á pié con el auxilio de unas comunes piernas, de que nos provee la madre naturaleza, ¿podiamos acaso encontrar en el vulgo la sabiduria necesaria para erigirlo en legislador ó elector de legisladores? Para esto seria preciso que estuviésemos persuadidos de la igualdad imaginaria de todos los individuos humanos, en la cual fundan lógicamente los novadores este derecho universal de gobernar. ¡Oh! Cuando hay valor para decir: «el pueblo está maduro, está ilustrado, ha llegado hasta la altura de su siglo, etc.» entonces podrá decirse que, sea esta ó aquella la persona elegida, todo es igual, como es igual jugar al billar con tacos perfectamente iguales. Pero nosotros, que no llevamos la tontería hasta el punto de reputar iguales á Sixto V y Fray Junipero, á Richelieu y á Calonne, tenemos por muy difícil que marche un Gobierno cuando los legisladores son elegidos por el sufragio universal, y todavía creemos que sin mediar un milagro una persona ignorante no hallará ordinariamente la verdadera medicina á los males sociales, y una persona inesperta no moverá generalmente á los hombres á que la adopten. Las enfermedades sociales tienen sus raices por debajo de tierra, y no se las puede percibir si no se emplea la observacion mas imparcial y penetrante. Oigamos de

nuevo á Romagnosi: *Los dogmas políticos están por su naturaleza fuera de la inspiracion del amor propio individual, y por su certidumbre fuera de la gran masa de una nacion* (1); por lo que muchas veces el remedio que á primera vista se presenta, solo serviria para agravar la dolencia. Asi, para valermé de un ejemplo familiar, en un Estado necesitado de dinero el primer remedio á que recurre una persona imperita es el de aumentar las contribuciones; y sin embargo, no hay ya nadie que haya saludado aun desde lejos la ciencia económica, á quien se oculte que hay un límite mas allá del cual el aumento de las pechas disminuye su pró. Pues si tales engaños pasan sobre materias tan groseras y palpables, como la bolsa, ¿qué no pasará en tantas otras materias en que se agitan los intereses morales y las fibras mas delicadas del corazon humano? ¿Qué no será cuando se busque un remedio á la codicia de los avaros, á los impetus de la venganza, á los extravíos del amor, á los desórdenes domésticos, yéndose sobre la estrecha senda de la verdad que va por entre dos precipicios!

770. Si tuviésemos, pues, que prescribir una norma universal para organizar bien una Asamblea legislativa, consultando solo un poco de criterio comun, despues de haber concedido al vulgo un órgano que represente sus necesidades, ¿qué partido abrazariamos para proveerle de legisladores que conozcan la *congruidad* de las leyes? Por mi parte, buscaria entre las personas doctas y prudentes la flor y nata de los que, despues de haber estudiado *profundamente* todas las ciencias morales y en particular las politicas, hubiesen despues de esto adquirido en el ejercicio de la administracion y de los Gobiernos aquella *práctica* sin la que poco valen *retóricas*.

771. Sé que esta eleccion sonaria mal en los oídos acostumbrados á la *igualdad*; más ya te he dicho, lector bueno, que aquí entre nosotros hemos de discarrir con ideas algun tanto viejas, viejas como la madre naturaleza, que no es poco decir. Si convienes conmigo en este punto, podemos consolar-

(1) *Guirisp. teor.*, p. 1, lib. 7, c. 4.

nos de las censuras de los reformistas, acordándonos de Anacarsis, filósofo bárbaro de nación, más comparado no obstante por los griegos á sus siete sabios; el cual, como le preguntasen lo que pensaba del Gobierno de Atenas, donde el pueblo decretaba las leyes á propuesta de los magistrados, respondió que le parecía extraño un Gobierno donde los tontos mandaban y los sabios obedecían. Así se pensaba en aquellos tiempos, y si este juicio volviese poco á poco á penetrar en las cabezas, luego cesaría la locura del sufragio universal, no siendo posible que el comun de tenderos, artesanos, mercaderes, marineros, labradores, soldados y demás que forman la masa de los sufragios, pueda nunca juzgar de la conveniencia de las leyes ó de la pericia política ó filosófica de los candidatos. Y no hay que replicar que no toca al pueblo hacer las leyes, sino elegir diputados; pues aunque la réplica fuese verdadera, no desataría la dificultad; porque no es menor la saliduría que se requiere para elegir las capacidades políticas, que para formar leyes sabias. Y á la verdad, ¿quién ignora que aquellos se distinguieron entre los grandes Principes, que supieron hábilmente elegir ministros?

Pero tal réplica es falsa y contradictoria en los Gobiernos constitucionales. Falsa, porque el partido de la oposicion queriendo corregir las leyes, puede en todo caso cautivar la opinion del vulgo, y mudar las personas de los diputados invocando en nuevas elecciones el juicio de la nacion, es decir, de la pluralidad ignorante, constituida de esta suerte en juez de los propios legisladores, á quienes obliga á mudar las leyes. Esto supuesto, ¿cómo podría la multitud ensalzar ó vituperar á un legislador si no juzgase por buena ó por mala la ley?—Contradictoria, porque si alguno pretende quitar al pueblo el derecho de pronunciar este juicio, ¿quién no advierte la contradiccion en que por aquí cae con el sistema heterodoxo, segun el cual, nadie está obligado á obedecer una ley en que no ha consentido?

772. El sabio autor del artículo de Friuli citado en el *Constitucional de Florencia* (15 de Abril de 1851) parece haber percibido esta dificultad en el hecho de reducir á formas ge-



rárquicas las elecciones de diputados, formas en virtud de las cuales los elegidos por los Comunes tratarían solo los negocios municipales, y el derecho de tratar de los negocios políticos sería de los diputados de las representaciones superiores. Hé aquí sus palabras: «En un comun está al alcance de todos hacer una buena elección de representantes... Los más probos, los más entendidos son perfectamente conocidos de todos.... Si los representantes de los Comunes eligiesen los representantes de la provincia, y estos á su vez una representación más vasta, tendríamos todas las garantías convenientes á los intereses existentes.»

No es nuestro ánimo dar el voto á esta mejor que á cualquiera otra manera de asegurar la elección de diputados dotados de la aptitud necesaria para encontrar los remedios convenientes á las enfermedades sociales y á la sociedad que las padece; pues estamos resueltos á no hacer acepción de forma alguna política, atento que nuestro propósito se limita á mirar las materias sociales por su lado filosófico y abstracto. Y si ponemos el proyecto del publicista *friulano*, es solo para probar que no nos domina ninguna preocupacion retrógrada al reputar al vulgo incapaz de elegir sus legisladores. El procedimiento gerárquico supliría, según este autor, los métodos usados en otro tiempo de estudios legales y de práctica lorense, con que se pretendía formar legisladores y gobernantes.

A este propósito habían sido instituidos los grados universitarios; cuya institucion no carecía ciertamente de mérito. Así que redimidos los estudios de la presente superficialidad, estendidos á todas las ciencias políticas, afianzados por exámenes que no fuesen una fórmula ó una socaño, y fortalecidos con un periodo de práctica que fecundase los germenés del seso gubernativo y madurase la experiencia, la antigua institucion de las *borlas* podría ser mas útil que antiguamente lo fue, y ciertamente sería menos irracional que la patente de ciencia ilimitada conferida á los diputados por el vulgo, que apenas sabe escribir su nombre.

775. He aquí indicadas algunas ideas en orden á la representación del seso político necesario para hacer leyes adecua-

das. Si todo esto falta en las Constituciones modernas *en virtud del modo como están formadas*, no deberá causar á nadie maravilla el triste resultado que han dado de sí, por el cual llora toda Italia sin poderse persuadir á que sea solamente dicha la nacion gobernada con estas formas, y á que sean solamente sábios sus fantores. Prosigamos nuestro asunto.

### § V.

#### *Organismo legislativo en orden al bien honesto.*

774. Para que sean útiles las leyes, decíamos, surja bajo *los auspicios del derecho* una representacion popular que manifieste las necesidades públicas; una representacion que tenga fidelidad en expresarlas, autoridad para implorar su remedio y templanza para no exagerarlas. Para hacer leyes convenientes buscamos un organismo de hombres sábios, de hombres conocedores de las personas y de las cosas. Resta ahora que bajo la direccion del buen juicio natural busquemos el medio de asegurar á las leyes su primero y necesario requisito, ó sea la *justicia*. Este es un presupuesto de toda ley, como quiera que su bondad moral no es la causa por que se hace la ley, sino una condicion sin la cual toda ley careceria de fuerza. La ley civil se establece por un bien externo, y el bien externo no es la bondad moral. Pero así como todo el hombre exterior debe siempre subordinarse al interior, así tambien todas las leyes políticas deben siempre subordinarse á la justicia.

775. ¿Mas quien será intérprete y juez de la moral en la sociedad que nos hemos propuesto organizar por via del sentido comun? ¡Oh! para nosotros dos, caro lector, que somos católicos, el caso no es árduo. Y si no, ¿qué es lo que tú haces para saber si te es lícito otorgar un contrato para bien de tu familia? Por mi parte, me voy en derechura al confesar ó al

Cura de mi parroquia para que me digan, no si el contrato me es útil, ni cómo podré persuadir á la otra parte á que lo haga, que de esto entiendo yo más que el Párroco ó el confesor, sino solamente para estar cierto de no faltar en él á ningun deber de justicia.

Ahora, si así obramos en cosas de poquisimo momento, ¡cuánto más justo será emplear esta cautela en los graves negocios que pueden poner turbacion en todas las conciencias de una sociedad católica!

776. Es inútil añadir que esto que acabo de decirte, debe quedar entre nosotros, sin traspasar hasta los oídos de los políticos liberales, si no quieres que te respondan con una bocanada de risa ó de dictérios, segun haya sido buena ó mala aquel día la digestion. Bien sabes que estas tales no conocen otra probidad que el interés público, y entónces siendo la ley útil, dicho se está que tambien será honesta; ó conocen alguna manera de probidad que no sea el interés, mas reservándose cada cual, en fuerza del principio de la independencian, hacer con relacion á ella oficio de juez; y entónces la pluralidad juzga en última instancia, sin necesidad de ir á rozarse con el polvo del santuario ni á tomar sus vestidos del óleo de la lámpara.

Por esta misma razon ha observado el ilustre publicista español muy sábiamente en el último capítulo de su *Ensayo sobre el Catolicismo, el liberalismo y el socialismo*, que los liberales moderados quieren si conceder á Dios cierta autoridad primitiva y radical sobre la sociedad, á condicion que Dios les deje á ellos la autoridad actual. Así se les oye hablar perpétuamente de religion, de ley manifestada por el Criador con la naturaleza de las cosas, comprendiendo bien que sin este fundamento su Gobierno no podría sostenerse ni dar un paso. Mas cuando se les llega el católico y les pide que sea escuchada la voz de Dios en la Iglesia, aun en orden á los intereses públicos, luego gritan como energúmenos, saliendo clamorosamente con aquello de que el reino de Dios no es de este mundo.

Decirles, pues, á estos señores, que la honestidad de las le-



yes en un pueblo católico debe constar en la firma del Clero, sería volver á las tinieblas de la Edad Media, como dicen; sería conceder á Dios el *gobierno actual* en la sociedad, segun el ilustre marques de Valdegamas.

¿Sabes lo más que pueden dar de sí por un exceso de complacencia cuando les parece que les importa ser tenidos por católicos, y bajo esta máscara se sienten precisados por la lógica á aceptar el tribunal de la Iglesia? Curioso es el expediente á que acuden para salvar la cabra y el pasto: invitan á colocarse en el tripode de la Cámara para que la consuelen con sus oráculos á la flor del Clero formada por los Asproni, Turcotti, Cameroni, Rebecchi, Garola y otros de igual laya, diputados ó periodistas, cuya teología nunca dejó descontentos á los gobernantes. Estos se excusan con ellos de acudir á Obispos que no respetan y á Confesores de que no han menester.

777. Mas á poco que quieran reflexionar sobre sus propias teorías, comprenderían bien cuán deléznable es el apoyo que pretenden dar á la honestidad de las leyes. ¿No son acaso ellos mismos los que pregonan continuamente la *importancia de las instituciones*? ¿No repiten á cada paso que en las instituciones y no en las personas debe fundarse la seguridad del bien social? ¿Pues qué confianza podría tenerse en la honestidad de las leyes, si no tuviesen otra seguridad que el parecer de ocho ó diez clérigos salidos fortuitamente, Dios sabe cómo, de la urna electoral? Para nosotros los católicos el custodio de la moral es la Iglesia, no este ó aquel presbitero; y la Iglesia tiene, á Dios gracias, un organismo instituido por el Redentor en persona, al que toca regular nuestras conciencias, si queremos que puedan llamarse rigurosamente católicas.

778. De esta manera el Redentor, instituyendo la Iglesia nos libró de toda solicitud en orden al asunto de que estamos discutiendo, habiendo tomado por sí mismo el cuidado de darnos un órgano perfectamente adecuado para custodiar en las sociedades cristianas la honestidad de las leyes. Aceptemos agradecidos de mano tan benéfica y de sabiduría tan infalible este don, y estaremos seguros en nuestra platónica república, no solo de la honestidad de las leyes, pero aun de

la concordia entre los ciudadanos. Pero esto se queda para nosotros los católicos. Los reformadores á la moda, semejantes al susodicho Berti, á quien oímos en otra ocasion declarar con tanta sinceridad que el *régimen representativo, fundado en la libertad de discusion y de discursos, es esencialmente contrario á las doctrinas clericales de los Papas*, tales reformadores, digo, aun cuando se fingen católicos, excluyen claramente por sistema de la legislacion á la Iglesia docente, ó, como dicen, al alto Clero. Oigámoslo por boca del mismo Berti, en la sesion de la Cámara piamontesa (14 de Marzo de 1851). «Las mismas doctrinas políticas que profesa el Clero de Roma son profesadas por el alto Clero de todos los demas países católicos.... ¿Deberá ser tolerada la enseñanza de Roma despótica en un Gobierno constitucional?.... Cuando la Iglesia RENUNCIASE Á TODA INGERENCIA POLÍTICA, constituyéndose, por consiguiente, sobre su verdadera base(1), entonces no tendríamos dificultad en renunciar á alguna ingerencia, etc.... No es la Iglesia, no son sus santas doctrinas lo que nosotros combatimos, sino más bien las doctrinas políticas DE LA PARTE MÁS PODEROSA DEL CLERO.»

779. Así excluyen de toda influencia en el orden político á la Iglesia docente (los Obispos con el Papa), que es cabalmente la única á quien es debida plena y absoluta obediencia

(1) He aquí la verdadera base de la Iglesia, segun el legislador piamontés: á esta costa seria libro de atizar sus lámparas, de hacer girar por el aire el incensario, y de tocar (en no pasando de cinco minutos) sus campanas. Pero, ¡ay de ella, si penetra en el mundo exterior! Lástima que su divino legislador allá en Palestina no hubiese pensado como el de Turin: pues no podemos gozar aun las ideas de los gladiadores, la apoteosis de los Césares, y la venta de tener centenares de esclavos para servicio nuestro y sustento de nuestras murenas. Pero desgraciadamente el Nazareno confió á Roma despótica y á la parte más poderosa del Clero sus santas doctrinas, obligando á este cuerpo docente á hablar claro y á enseñar, no sólo á los individuos, sino á las naciones: *docete homines omnes*; y á los que no creen, que vayan á hacer compañía al diablo en la motada de este: *qui non crediderit condemnabitur*. Vea Vd. ahora, Sr. Berti de mi alma, en qué peligro os poneis con todos vuestros colaboradores en la fábrica del Código, combatiendo las doctrinas políticas de la parte más poderosa del Clero.

por todo católico; la única á quien está prometida la infalibilidad é impuesta la vigilancia sobre el orden moral de toda la cristiandad: y así vienen á decir con los hechos que nada importa la moralidad de las leyes, ó que de la moralidad de las leyes son jueces infalibles los diputados. Y si por desgracia algun súbdito escrupuloso dudase de esta infalibilidad, y vacilase en la obediencia, ya de tiempo muy atrás Antioco y Neron enseñaron á nuestros legisladores cómo deben librar á los Macabeos y á los cristianos de estos escrúpulos, y apartar del Estado la ingerencia política de la Iglesia.

La lección de aquellos *grandes maestros* de política ha encontrado escolares dóciles en nuestros mismos tiempos; y si la Iglesia se obstina en meterse en cosas políticas, tanto peor para ella: nuestros regeneradores le han dicho bien claro que como Iglesia docente no tiene que intervenir para nada. Si el Gobierno cree oportuno recibir consejo en materia de honestidad (de la cual se jacta de estar bastante informado), llamará teólogos, llamará canonistas, y llamará hasta Obispos, si se le antoja; pero tengan estos presente que aquí no hablan sino como diputados ó senadores. En cuanto al cuerpo orgánico de la Iglesia, intérprete legítimo entre los católicos de la verdad y de la justicia, no tiene aquí intervención ninguna ni puede ser tolerado en un *Gobierno constitucional*.

¿Qué haremos, pues, para asegurar la honestidad de las leyes? Romagnosi, que comprendió mejor que los constitucionales la importancia de establecer una proporción entre las funciones y la capacidad del sugato, pero que desgraciadamente no tuvo ideas exactas en materia de Religión y de moral, comprendió, á pesar de esto, que la honestidad legal de las leyes (ó sea su conformidad con la Constitución) debía juzgarse por un consejo distinto del que juzga sobre la conveniencia de la ley; y llamó al primero *Senado conservador*, y al otro *Consulta nacional* (1). Parece, pues, que confiar el juicio sobre la honestidad á aquella misma sociedad á quien el adorable Fundador de la Iglesia encomendó este magisterio, es

(1) *Guir. teor.* p. 1. lib. 7, c. IV.



entre los católicos la consecuencia lógica de la fé que profesan; y que por el contrario excluir al Clero de las influencias legislativas, es negarse implícitamente á reconocerlo por maestro supremo del bien moral.

## § VI.

### *Coordinacion de los órganos.*

780. Conforme á las enseñanzas del sentido comun, hemos sacado hasta aqui en limpio por via de conclusion, que las necesidades sociales deben ser hechas manifestas por los que *sienten el peso de ellas*, y ser remediadas por los que tienen la *pericia* necesaria para el caso, y rubricadas, en fin, las leyes acordadas al intento por los que tienen de Dios el magisterio en punto á moral: estas tres funciones, hemos dicho, deben tener órganos distintos; porque seria absurdo corregir el sentimiento de las necesidades con la conciencia de quien no las siente, ó regular la ciencia del médico con la ignorancia del enfermo, ó finalmente, mezclar en los juicios relativos á la honestidad algun interés que los vicia.

781. Por donde se echa de ver que estos tres órganos de representacion no deben ser tratados por nosotros como los modernos reformistas tratan á Cámaras y ministros, llamándolos á sancionar con un mismo voto la ley considerada en todas sus partes sin hacer distincion de honestidad, conveniencia y utilidad. Habiendo visto nosotros que las tres distintas funciones corresponden á tres distintas clases, seria absurdo volver á confundir los elementos diversos en un sólo voto; pero convendrá necesariamente que toda ley pase por tres crisoles, y reciba su accion completamente libre en órden á su objeto respectivo. ¿No hemos dicho que el vulgo *siente las necesidades*, pero no *conoce sus remedios*? Pues seria ridiculo llamar para que hiciese de médico al enfermo ignorante y quizá fu-

rioso. Por la misma razon no debe juzgar de la honestidad el politico, poco escrupuloso á veces en esta materia y casi siempre tentado *por su profesion* á sacrificarla al interés.

782. Digo *por su profesion*, porque no ocurra una objecion que no deja de tener alguna apariencia de legitimidad. ¿Por qué razon, podriase decirme, quierex suponer que los legisladores de lo *conveniente* no pueden dar tambien leyes *honestas*? No son ellos conocedores del bien y obligados á hacerlo en cuanto hombres, así como son *doctos y peritos* como legisladores de lo conveniente?

Mis lectores ven muy bien que, al ménos entre católicos, no rige la objecion; pues confesando nosotros que el único juez competente é inapelable de la moral es la Iglesia, el pretender obligar y forzar á los súbditos á la observancia de una ley sin hacer cierta en grado supremo su bondad moral con el voto de la Iglesia, es por lo ménos una imprudencia solemne, y muchas veces una tirania, no ménos salvaje, mirada á la luz de la civilizacion, que ímpia ante la conciencia religiosa. ¡Pluguiese á Dios que los recientes ejemplos de las Cámaras piamontesas no hubiesen confirmado con pruebas de hecho que la probidad católica de los políticos no está siempre segura de las tentaciones del interés!

785. Mas aun prescindiendo de la natural competencia de la Iglesia sobre esta materia, nuestra proposicion seria siempre firmisima por la íntima naturaleza de las cosas, á la cual aluden las palabras (*por su profesion*) con que hemos querido prevenir la dificultad. Es un principio notorio de buena legislacion que, aun cuando *ninguna debe presumirse malo mientras no se le pruebe*, es sin embargo malisima toda ley que pone á la flaqueza humana en peligro de delinquir; y por el contrario, es ley muy excelente la que, al paso que obliga las conciencias con el deber, anima con el interés el instinto natural.

Ahora bien, todo el que tiene conocimiento de lo que es el hombre, sabe muy bien que no sólo es propenso á ponderar grandemente la utilidad, especialmente coloreada en nombre del bien público, sino que esta inclinacion preferente tórnase poco ménos que exclusiva cuando se trata de conseguir el

objeto de la respectiva profesión ó empleo, pues en este caso añádese á la utilidad no sé qué tintura de derecho y de deber para conseguirlo. De donde proviene que el cuerpo político, destinado á hacer leyes para utilidad pública de orden externo, estará perpétuamente tentado de llevar hasta su grado máximo estas ventajas externas, si no fuese contenido por quien tiene por oficio asegurar á las leyes la integérrima honestidad: que es el objeto á que mira por su deber, y para el cual ha recibido el Clero la capacidad necesaria del divino Autor del Catolicismo.

No deben, pues, confundirse las tres funciones, sino coordinarse; y su coordinacion debe necesariamente formarse según las relaciones naturales de los objetos entre sí y con la naturaleza humana á la que se imponen las leyes.

Por donde siendo en esta vida la rectitud moral la ley suprema é indeclinable de la naturaleza, deberá tener una fuerza suprema para impedir que se establezca una ley, el voto del Maestro competente y socialmente reconocido de la moral.

Pero la honestidad, como ya he dicho ántes, es la condicion previa sin la cual no se dá ley alguna; más no es la causa inmediata de la ley, pues si lo fuera, la ley, debería mandar todo lo que es bueno. Así aunque una determinacion inmoral no pueda nunca elevarse á la sublime dignidad de ley, sin embargo, la causa de la ley debemos buscarla, no ya en el elemento que la hace *lícita*, sino en el que la hace *necesaria ó útil*. ¿Qué elemento es este? Recordaras, lector amigo, que la verdad y gravedad de la necesidad hacen necesario el remedio, y que entre los varios remedios posibles la mayor conveniencia determina la elección de uno con preferencia á los demas. Hé aquí, pues, la fórmula con que se coordinan estas funciones de acuerdo con el sentido comun en la sociedad católica: «No será sancionada ninguna ley, si un órgano que exponga las necesidades del pueblo, no *testifica* que es preciso remediarlas; si el órgano interprete de la ciencia política no *juza* el remedio por conveniente; pero la ley no tendrá vigor si no está suscrita por el Clero; el cual considerado en su *pura función* de



juez de lo que es bueno (prescindimos ahora de las razones que le pueden corresponder por otros títulos de utilidad, necesidad, etc.) no habrá de proponer las leyes, sino solamente impedir que se adopten cuando sean contrarias á la moral.

784. Echase aquí de ver cuán injusta es la imputacion de espíritu invasor que hacen al Clero católico los que claman contra la *teocracia* y el *de-potismo* de los Sacerdotes, que quieren meterse en todo, é impiden la libre accion de los gobiernos. A la verdad siendo oficio del Sacerdote custodiar la moral; siendo la moral el requisito prèvio necesario, no solamente de toda ley sino de toda accion humana, es imposible que el Clero deje de ejercitar entre los fieles una influencia grande y continua para impedir el mal. Pero *impedir el mal moral* no es lo mismo que *hacer leyes ó aplicarlas*. Mientras el Clero, reducido á sus facultades tocantes á la moral, deje á la representacion popular el encargo de expresar la necesidad del pueblo y proveer á su remedio, es un abuso de los términos llamar *teocracia* á este Gobierno, como lo sería llamar constructor de una casa al bracero que caba las zanja hasta llegar al terreno virgen para que la casa no se venga abajo. Pues así como sería ridículo acusar á este zapador de impedir la obra y usurpar sus funciones al arquitecto, porque prosigue sus escabaciones mientras encuentra tierra movediza, así es ridículo ó mas bien calumnioso acusar de usurpacion á los Sacerdotes, porque prohíben las leyes que flaquean en materias de moral. Si los gobernantes se obstinan en llevarlas adelante aunque sean malas, de seguro tropezaran en la Iglesia. Pero ¿qué culpa tiene la Iglesia de su maldad? Ciertamente todo derecho del orden natural y del sobrenatural es un obstáculo para los gobiernos despóticos; pero ¿será razon llamar por esto usurpadoras á la naturaleza y á la religion?

785. Permanezca, pues, cada cual de estos órganos en el círculo de sus atribuciones: decida sobre el objeto en que es juez competente, y conservando sobre el su propia supremacia, deje á los demás la suya en su respectivo objeto; y la accion ordenadora procediendo ordenadamente, no dará ocasion á coaliciones ó incertidumbres, las cuales no tienen lu-

gar donde un poder supremo decide en última instancia.

786. Distribuidas así las atribuciones deliberativas se verá fácilmente que un príncipe cualquiera es en semejante organismo un resorte necesario, pues da á las tres deliberaciones la unidad necesaria. El príncipe hace en el gobierno lo que hace en las sensaciones el *sentimiento central*, al cual (puede dársele el nombre que se quiera) deben llegar todas las sensaciones diferentes producidas por un objeto único para que sea percibida de él su unidad. ¿Cómo se podría decir, por ejemplo: *esta rosa de color de púrpura tiene la corola moribunda y olorosa*, si un sensorio interno no recogiese en uno las sensaciones de la vista, del tacto y del olfato? Esta es, pues, la función del monarca, quien reuniendo las tres deliberaciones, da la última mano á la ley. Es tan necesaria esta función, que sin ella la ley sería imposible, ó llegaría á alterarse ó destruirse la respectiva supremacía independiente de las tres asambleas representativas.

Para los reformadores á la moderna que han confundido todas las funciones confiándolas indistintamente á todos los individuos, el príncipe es una planta parásita, pues para centralizar los pareceres hasta el presidente de la Asamblea: y así fué abolida sin dificultad la dinastía primogénita en Francia; también cayó el Monarca de la casa de Orleans, y ya vacila aun el fantasma de presidencia que un diputado últimamente proponía que fuese abolido quedando el príncipe sujeto á la Asamblea. Mas si por el contrario, dáis una función distinta á cada uno de los órganos representativos, luego se convierte en necesidad absoluta un príncipe en quien se concentre este organismo.

Este príncipe hace en los Gobiernos representativos, lo que hace el monarca en los Gobiernos absolutos, aunque por un orden inverso; pues en la Monarquía absoluta un príncipe justo provoca por sí mismo, haciendo uso de su autoridad, como antes vimos, las informaciones relativas á la necesidad del pueblo, y los consejos de la sabiduría política, y los oráculos de la Iglesia: mas en los Gobiernos representativos la acción legislativa parte de los tres distintos órganos y halla su punto céntrico de reunión en el príncipe.

787. He indicado los elementos naturales de las funciones orgánicas considerando el objeto de la función y el temperamento orgánico del que la ejerce: por donde se ve lo que antes dije, que esta teoría se puede aplicar á toda forma de gobierno, pues no hay ninguna que no necesite conocer las necesidades del pueblo, la naturaleza de los remedios y la bondad moral de las leyes. Pero debiendo contraernos á hablar de las instituciones representativas y habiéndonos invitado á examinar teóricamente las causas de los males originados de ellas, pueden proponerse á mis ojos, como objetos de la filosofía del derecho, dos puntos importantes de donde sacar una explicación racional de dichos males. 1.º ¿En qué proporciones deberán corresponder á los tres diversos órganos los tres actos legislativos de iniciativa, de discusión y de sanción? 2.º ¿De dónde se deduce en concreto la razón de esta distribución? A cuyas cuestiones no nos parece difícil dar una respuesta teórica, que deje subsistir en toda su integridad la libertad de las aplicaciones políticas.

788. Es evidente que la *iniciativa* corresponderá naturalmente á todos los que puedan tener necesidades, ora sean individuos físicos, ora morales, según hemos explicado en el párrafo 3.º; donde si bien insistimos más particularmente en lo que toca á los derechos del pobre, también incluimos las necesidades de todas las demás clases de la sociedad. Toda clase podría tener, pues, la iniciativa en la representación de las necesidades: y aun los dos otros órganos legislativos, encargados de representar lo conveniente y lo moralmente bueno, tendrían naturalmente el derecho de iniciativa respecto de aquellas leyes exigidas por sus intereses colegiados ó por el objeto propio de sus funciones, que bien puede considerarse á veces como una necesidad de la sociedad, sin que ella la sienta tan generalmente como las necesidades materiales ó los afectos del corazón. Así, por ejemplo, la necesidad de instrucción pública se siente más por las clases instruidas que por la gente del pueblo; las ofensas contra la moral excitan más fácilmente la animadversión del Clero como corporación, que la de los individuos, y con mayor razón si son legos. Copiosa materia



tendría, pues, aquí el político á que aplicar bajo mil formas concretas el derecho de iniciativa que se origina naturalmente de la necesidad.

789. Tocante á la *discusion*, es evidente por sí misma la respuesta: no pudiendo ninguna Asamblea concebir una determinacion única sin discutir sus motivos, cada órgano debería discutir las razones propias de cada dictámen por un modo conforme con su composicion personal y con su objeto propio. Decimos esto refiriéndonos principalmente á la representacion de las necesidades, en la cual debería tener gran parte mediata ó inmediatamente el pueblo bajo, ménos apto por muchas razones para discutir. La ignorancia de las doctrinas, la irritabilidad de las pasiones, la movilidad de los juicios, la continuidad de las ocupaciones, la dependencia personal y otras mil razones á este tenor, pueden sugerir para con estos representantes una forma de discusion diversa de la que pudiera emplearse en las otras asambleas. Es esto tanto más fundado, cuanto que debiendo la Asamblea popular representar las necesidades sentidas, y siendo el sentimiento de la necesidad cosa más enlazada y reducida á los límites de la materia, que las consideraciones sobre lo conveniente y lo honesto, un publicista discreto podría muy bien preguntar si es útil para representar la necesidad reunir todos los diputados en una Asamblea única. Ciertamente, el deseo de los irlandeses de tener un Parlamento propio, apetecido también en casos de revolucion por lombardos, sicilianos, etc., está fundado en gran parte en la persuasion de que las necesidades de una provincia, diversas de las necesidades de las otras, se sienten particularmente en el círculo reducido de sus confines; y que esta diversidad puede ser causa de que sea nocivo á una provincia, lo mismo que á todas las demas puede parecer muy útil. Demás desto, la discusion que pasa en el lugar donde la necesidad es sentida, puede sacar de los hechos y observaciones diarias los elementos conducentes á una solucion práctica. Por lo cual podría acaso convenir á esta representacion una discusion organizada, al ménos con respecto á una parte de la sesion, en varios centros distantes de la ca-

pital, según la practicaban en otros tiempos los Parlamentos de Francia, y actualmente los consejos provinciales de Nápoles: lo cual pudiera orillar algunos inconvenientes de concentración que dieron lugar el año de 1850 á la proposición del general Gramont, y á las quejas de los departamentos franceses contra el predominio legislativo de París.

Razones de otra naturaleza podrían aconsejar una división análoga de la discusión respecto á los representantes del bien moral, á lo ménos entre los católicos; porque siendo estos por el derecho canónico una distribución orgánica en diócesis y metrópolis, un sabio político podría juzgar superfluo, á lo ménos en los casos ordinarios, una concentración mayor, basando la convocación canónica de los sínodos.

Hemos hecho estas observaciones, no ya para recomendar una forma mejor que otra, sino para confirmar con ejemplos nuestro aserto, que hacemos más como filósofos que como políticos, y para probar nuevamente que nuestras teorías universales dejan un campo vastísimo á todas las formas de Gobierno y de organismo.

790. Llegamos á la *sancion*. En un Gobierno donde se quiere que el pueblo influya realmente en el ejercicio del poder supremo, debe atenderse principalmente á dos cosas cuando se trata de la sancion. La primera es que la ley nunca llegue á ejecutarse sin la influencia popular; y la segunda que esta influencia, por la *indole de las instituciones*, sea benéfica, como es benéfica la autoridad por su naturaleza (lo cual no impedirá nunca los abusos originados por las pasiones). Ahora bien, estas dos condiciones exigen que la sancion de la ley dependa de los cuatro poderes enumerados hasta aquí, aunque en la esfera propia de cada uno. Así, pues, una vez propuesta alguna ley con las formas legalmente determinadas, habrá de requerirse la sancion popular que reconozca el hecho de ser verdaderamente sentida tal necesidad, y la sancion de los sábios que garanticen la conveniencia del remedio, y la sancion religiosa que certifique de su honestidad, y la sancion régia que, después de reconocida la legitimidad y concordia de las tres anteriores, acepte como posible juntamente su ejecución.

791. Parecerá quizá á alguno difícil reunir en favor de una ley tantas sanciones diversas; pero á esta dificultad se puede responder con muchas razones, la primera de las cuales se funda en la necesidad de las cosas. Habiendo demostrado en otro lugar que la division de los poderes así es útil para impedir los abusos en los gobernantes imperfectos, como dañosa á la unidad y prontitud de la accion social por una ley inexorable de la naturaleza, todo el que recurre al medio de la division debe resignarse necesariamente á sus naturales inconvenientes, como se resignan á los inconvenientes opuestos los partidarios de la más perfecta unidad.

¿Queréis un Gobierno pronto, rápido, que no esté sujeto á las dilaciones consiguientes al roce y á la contradiccion? Pues resignaos con un monarca que, en siendo justo y católico, llamará en cada funcion á las personas que juzgue más competentes. Mas si seguís obstinadamente asustándoos del arbitrio del monarca, y queréis absolutamente la division del poder, ¿cómo podreis evitar los inconvenientes NATURALES del partido que elegís?

La segunda razon nos la sugieren nuestros adversarios, presuponiendo que la necesidad de obrar dá á los diferentes poderes la flexibilidad necesaria para obrar.

Pues si esto lo admiten en sus tres poderes, á quienes dan por objeto la plena determinacion de la ley, mucho más fácil será (y hé aquí la tercera razon) cuando cada órgano prevalezca solamente al determinar la propiedad respecto á la cual todos le reconocen, atendido su natural temperamento, por juez competente. Y á la verdad, ¿qué cosa más fácil, especialmente entre católicos (entiendo católicos *verdaderos*), que persuadir á los seglares á recibir del Clero los documentos relativos al orden moral? ¿qué persuadir al vulgo á que acepte lo que le proponen las personas que saben más que él? ¿Cuánto han debido trabajar los reformadores para contrastar esta propension natural y sustraer el pueblo al yugo de la aristocracia y del Clero, *ilustrándolo* con las doctrinas protestantes! Acaso no es, pues, tan difícil, como á alguno podría parecer, reducir á unidad y concordia estos cuatro elementos de la ac-



ción social. Por último, la cuarta razón nace de la misma base del sistema católico, que siempre presupone en la totalidad de los asociados los inflejos de aquella conciencia cuya unidad y aun cuya existencia hace vacilar el principio heterodoxo.

792. La solución de este primer problema nos conduce racionalmente á resolver también el segundo, por el que se pregunta de dónde procede en concreto la distribución de los tres actos legislativos. De lo dicho hasta aquí resulta, que el que quiera reducir á sistema conforme á razón las funciones legislativas y sus actos, debe distribuir el todo por un modo análogo á las propiedades de los órganos y á la naturaleza de los actos que hemos indicado. Así como todo organismo social debe estar animado por su vitalidad propia, que en resolución no es sino el *derecho* con que se mueven los hombres; y así como todo derecho tiene su raíz en los hechos anteriores (1), así el político que se encuentre en el caso de renovar las leyes orgánicas, ó sea los derechos políticos en una sociedad, deberá sacar de los derechos anteriores razones poderosas de la nueva distribución, si quiere que esta ayude y no embarace el movimiento de la sociedad. En lo cual, como indicamos otra vez, pecan esencialmente todos los Gobiernos nacidos de la revolución esperando constituir *derechos* cuando hacen y suponen violable el derecho.

795. Mas alguno dirá que si todo derecho ha de ser respetado, se hace imposible tocar jamás á la Constitución.

Esta objeción, cuya falsedad puede notarse en todas partes, es además extraña é impudente en Italia, cuyos príncipes usaron de tanta largueza y espontaneidad en sus concesiones, y cuyos nobles tan fácilmente se han allanado siempre á renunciar sus privilegios.

Pero dejando lo que toca particularmente á Italia, todo el que conoce la teoría del derecho, que explicamos al principio de esta obra, y las perpétuas vicisitudes á que están sujetos sus elementos materiales, comprenderá por cuantos modos pueden mudarse legítimamente los derechos anteriores. Cier-

(1) Véase el t. I., cap. I, n. 26 y sig., y c. III, pág. 11 y sig.

tamente estas mudanzas no se hacen á tontas y á locas gritando que *el siglo quiere esto y el pueblo ordena estotro*: la persona de honor á cuyo encuentro sale algun derecho, no hace por aplastarle, sino pacta con él: si le detiene un Concordato, no podrá infringirlo, pues debe depender de la Iglesia. Así obra un verdadero caballero, y esta conducta mesurada no detiene la marcha regular de las cosas. Cuando más, se impide la satisfacción de todas las codicias de un partido, de todos los afanes de una ambición. ¿Pero no es esto cabalmente lo que quieren los partidarios leales de la division de los poderes? Porque los poderes se dividen á fin de que si alguno quisiera abusar de su propio derecho en el mando, encuentre un derecho contrario á cuyo aspecto debe detenerse y pactar con él, restringiendo sus particulares pretensiones dentro de los límites de la justicia y de la equidad. Pues esto mismo deberá suceder cuando las innovaciones políticas tengan por guía y por norma el derecho, sea la que quiera la forma del Gobierno: los Monarcas sábios y no despóticos, cuando quisieron enfrenar el poder de los barones sin violar los derechos existentes, procuraron inducirles con suavidad á que renunciasen por sí mismos tales derechos, cuyas consecuencias económicas y civiles resultaban desfavorables al bien público. Así obtuvieron lo que el bien público reclamaba sin violar los miramientos de la justicia ni comprometer la tranquilidad pública.

794. Resumiendo lo dicho hasta aquí, es evidente que hay en la naturaleza ciertos elementos por cuya virtud las funciones sociales pueden y deben distribuirse con variedad en las varias sociedades; y que todos los que rechazan las ideas exclusivas y absolutas de los constitucionales puros, no por esto quieren el despotismo y la tiranía. Esta triple representacion no la he trazado á mi antojo, como trazan los liberales las auyas, y cabalmente por ser estas formadas caprichosamente, tambien caprichosamente han sido modificadas, suprimidas, desnaturalizadas, y siempre sin resultado ninguno: primero se quiso que los senadores fuesen ricos y hereditarios para que fuesen *conservadores*; despues pareció que *conservarian*, aun sin necesi-

dad de herencia, siendo de real nombramiento; pero este nombramiento no pareció necesario al Parlamento siciliano de 1848, y la segunda Cámara suplió á la primera. De cuyo ejemplo se aprovecharon los republicanos de Francia, á quienes parecieron mas que suficientes para el bien público las parlterias de setecientos diputados, juzgando innecesario el repetirlos en una Cámara más noble y ménos numerosa. La múltiple representación de los reformadores á la moderna, nada tiene, pues, de *orgánico*; porque no puede llamarse orgánico un compuesto homogéneo en que todas las partes ejerzan la misma función. Si yo preguntara cuántos *órganos de sensación* tiene el hombre, se me contestaría que cinco: y ¿por qué no ocho ó nueve? Porque los dos ojos, las dos orejas, las dos aberturas de la nariz constituyen respectivamente un sólo órgano, como hacen un sólo órgano del gusto el paladar y la lengua, y uno del tacto desde los pies hasta la cabeza la membrana interna y externa. Las funciones son las que especifican los órganos: así que, siendo única la función, único será el órgano, y el *órgano único* no es más que una masa de carne sensible, inhabil para ejercitar las funciones que debería ejercitar la complicación de los órganos de las funciones diversas.

Todo el que tenga alguna práctica en las influencias orgánicas de las varias formas deliberativas, comprenderá al punto la inmensa diferencia que hay entre las distintas deliberaciones de los tres cuerpos, que mirán á tres fines próximos diversos, y la deliberación única de trescientos ó cuatrocientos diputados á cada uno de los cuales se suponen recomendadas todas las dotes que hacen perfecta una ley. Sin embargo, para el uso de los menos entendidos observaré que en la union de todos, la pluralidad tenderá siempre por su naturaleza á viciar la ley (salvas honrosas excepciones); mientras por el contrario, en la distincion de los fines dicha union tendería á perfeccionarla. Me explicaré.

Supongamos en cada una de las tres distintas Asambleas cien diputados, por ejemplo: los ciento que deliberan sobre la utilidad no influirán nada en la deliberacion relativa á lo conveniente ni á lo honesto; así que si los peritos y los sábios repro-



hasen como inconveniente ó poco honesta una ley, estos dos vicios se mostrarían en toda su deformidad y evidencia á pesar de la petición, aunque esta sea unánime, de los que representan *la necesidad*. Por el contrario, júntense las tres Asambleas, y se tendrá respecto á cada una de las dotes una minoría en su favor, combatida por las otras dos fracciones de la Asamblea que constituirán naturalmente la mayoría. Así, por ejemplo, si la ley Siccardi hubiese sido sostenida con los sufragios distintos de las tres Asambleas, habria podido muy bien obtener la pluralidad de los políticos, mas no la del Clero; del mismo modo, la ley del sufragio universal en Francia habria sido proclamada en la Cámara popular, pero resistida acaso por los políticos de seso. Por el contrario, reunidas las fracciones, los pocos hombres de juicio fueron vencidos de los muchos demócratas; los pocos católicos de veras por los muchos, ó volterrianos ó indiferentes.

795. Hay, pues, una diferencia inmensa entre los resultados de las dos formas de deliberar, si atendemos á *las leyes que han de ser hechas*; pero no es ménos la diferencia de los efectos en orden á *la racionalidad*, y por consiguiente, á *la estabilidad de los órganos deliberantes*. Si cada uno de los órganos legislativos tuviese su propia función; si esta función fuese encomendada á las personas que lo componen; si estas personas representasen una realidad social y no una ficción de los publicistas, es evidente que cada órgano tendria una razon especial de existencia en las tres propiedades naturales de la ley; es evidente que los miembros que la componen serian escogidos en consideracion á su capacidad natural para esta mejor que para aquella función, y no habria libertad para tener hoy por elegibles á los que no lo fueron ayer, solo con disminuir el tipo del censo: ¡extraña cosa por cierto, que un franco más ó ménos convierta á un Ulises en un Tersites, á un legislador en un pupilo! Se vería por último, que estos órganos fundados en la necesidad natural de la ley y en la natural capacidad de las personas tendrian en la naturaleza social y en la institucion divina del Catolicismo, con la razon de su existencia, una prenda de perpetuidad.

## § VII.

*Prueba histórica del organismo explicado (1).*

796. Después de lo que hemos dicho teóricamente sobre las funciones legislativas, la benévola cortesía con que me sigues honrando, me da ánimo, oh buen lector, para manifestarte una sospecha por la cual te pido anticipadamente perdón. Parece que leyendo toda esta fruslería has debido acompañarla de interjecciones y otras señales de admiración diciendo para tu capote: «¡esto nos faltaba! Como si no tuviéramos bastante con los utopistas constitucionales para construir la torre de Babel, todavía se nos presenta el autor de este libro trayendo su piedra en la mano, y añadiendo un nuevo dialecto á la confusión de lenguas; pues esto es formar también el su proyecto de representación.»

797. Pero si tal hubieses pensado, yo tendría dos excusas muy poderosas cada una de por sí, y más todavía reunidas, para defenderme contra la filípica. La primera es, que, como antes dije, mis proyectos no miran á destruir ninguna institución legítimamente existente, sino solo á resolver algunos problemas de derecho público, mostrando en la sinrazón de las instituciones con que nuestros reformadores suplantaron las que legítimamente existían (como vamos á ver atendiendo á sus mismas doctrinas), las causas de las desventuras sociales que hoy deploran las personas sensatas. Esta excusa podrá ciertamente moderar la cólera del lector.

798. ¡Mas qué sería si yo añadiese que mi *proyecto*, lejos de ser una utopía, es un verdadero hecho ó por lo menos una explicación razonada de un hecho social, no acabado del todo

---

(1) Este párrafo aclara lo dicho en el lib. 5. c. VII, n. 1254 y siguientes del *Ensayo*.

pero si evidentemente iniciado en muchos pueblos por la naturaleza, cuya operación, impedida por los humanos extravíos, abortó y dió á luz un monstruo, una cristalización amorfa? Léase la historia de aquellos pueblos cuyas formas representativas invocan los reformadores del día para acreditar sus abortos, y se verá cómo la irresistible naturaleza elaboraba mucho tiempo atrás en el seno del Cristianismo, bajo toda forma de Gobierno, el mismo organismo cabalmente que yo he descrito, y que el principio luterano debía necesariamente, como ahora veremos, trasformar en un monstruo abortivo.

799. Es notorio á quienes conocen aquellas historias, que las sociedades modernas nacieron de la lenta operacion plástica del Episcopado católico: así lo dice de Francia Gibbon, de España Guizot, de las naciones germanicas Müller, de Italia y del Imperio bizantino todos los historiadores que hablan del Pontificado en Italia y del espíritu teológico-imperial entre los griegos. ¿Y cuál fué el título por el que Pontífices y Obispos asumieron las funciones legislativas, sino el ser maestros de las conciencias? A tal magisterio sometió el bárbaro conquistador la espada que habia destrozado las águilas romanas; y habiendo aprendido á respetar el derecho en la conciencia, continuó despues queriendo públicamente por maestro y legislador al Episcopado católico. Este perseveró siempre en tan sagrada funcion hasta el día en que los tres Estados fueron fundidos en Francia en uno solo, por la rebelion de la impiedad voltariana, heredera de la heterodoxia protestante. Lo mismo sucedió en Sicilia en 1812, quitando al Clero su *Braccio*, órgano inútil y aun incómodo para el secreto conspirador que trabajaba por hacer anglicana la Sicilia. ¿Cosa al parecer extraña aunque lógica en realidad! El protestantismo que abolia la representacion eclesiástica en Francia y en otros países católicos, la conservaba en Inglaterra y en la Suiza protestante hasta nuestros días; porque fuera del interés de secta, la institucion era por si tan racional, que su abolicion resultaba absurda. El Obispo es naturalmente maestro del derecho entre los católicos, y no hay cosa tan absurda como excluirlo de los Cuerpos



legislativos. Y adviértase que este magisterio no está vinculado en la persona, sino en la clase unida con el Pontífice: á la clase, pues, y no á este ó aquel Obispo corresponde la representación de la bondad moral en las sociedades cristianas.

Por lo que se engañan deplorablemente los publicistas que creen haber asegurado la bondad moral de las leyes llamando algunos Obispos *bien vistos* en el banco de los legisladores; como si estos individuos, muy dignos ciertamente de toda reverencia, representasen allí la autoridad infalible de la Iglesia. El dar cabida en la Cámara á alguno puede ser efecto de astucia política para cautivar á los entendimientos vulgares, que en viendo las apariencias, ya creen salvas la fe y la disciplina. Así convino á Lutero mantener la Biblia para que se creyese que él respetaba la palabra de Dios. Más el que conoce el espíritu de las instituciones, lo mismo se ríe de quien cree que la Iglesia es legisladora cuando algún Obispo toma asiento en el Senado, que de quien cree que la palabra de Dios va empaquetada en las cajas de la Sociedad bíblica. Ningun Obispo particular tiene derecho al asenso obligatorio de la nación católica; ninguno por consiguiente puede tranquilizar completamente sus conciencias, ninguno asegurar inviolablemente su concordia en la observancia de la ley. Por el contrario, el cuerpo de los Prelados nacionales junta en uno todas las autoridades diocesanas, á las que ningun súbdito puede sustraerse, y su comunión con el Vicario de Cristo les comunica infalibilidad en el dogma, firmeza en la moral.

800. Así como de la autoridad del clero en las conciencias brotan las influencias legislativas, así de la índole misma de la clase de los barones nació la intervención que tuvieron los nobles en la formación de las leyes. Cuando estaban estas sostenidas en la punta de la espada, naturalmente habían de hacerse por el que la manejase con mas valor; mas habiéndose luego conocido que una cosa es gobernar pueblos y otra conquistarlos, fueron llamados á sugerir medios de buen gobierno principalmente los sabedores de las leyes; y á medida que creció en importancia el bienestar material, fueron asociados y aun preferidos en los gobiernos, los maestros en el arte de hacer

pesetas, á que, según Helvecio, estaba en sus días reducido el arte todo de gobernar (1). Por donde se ve que la nobleza, la magistratura, los hacendistas entraron por aquí naturalmente á formar parte de los gobernantes ó como doctos ó como prácticos.

801. Mas ¿por qué causa fueron asociados los comunes al clero y á los doctos en cámaras legislativas? La causa de esto fué la misma que produjo los comunes, la *necesidad*. En las necesidades de defenderse contra la opresion de los barones, la gentes del pueblo se formaron en comunes, los comunes obtuvieron poco á poco por el mismo motivo la entrada en el Parlamento: no de otra suerte el pueblo romano, ponía frente á frente de los consules, para que lo sostuvieran contra su opresion, á los tribunos, á quienes hacia legisladores.

802. Si estas instituciones procedian de la naturaleza, claro es que ella les habria dado poco á poco aquel desenvolvimiento y perfeccion de que hablamos, si desgraciadamente no hubiese sobrevenido para desbaratar el natural designio la catástrofe antinatural, que vamos á explicar: el Clero, continuando por sí la gran obra iniciada por Ildebrando contra los simoniacos y concubinarios, habria corregido aquellas profanidades y desenfreno que la licencia de los bárbaros habia introducido en alguno de sus miembros, como realmente lo hizo en los concilios de Costanza y de Trento; que es propiedad admirable de la Iglesia, prueba innegable del divino Espiritu que la mueve, promover la reforma de si misma por boca hasta de aquellos Prelados imperfectos y acaso corrompidos, que naturalmente la repugnan. Pero reformandose á si misma, la Iglesia no habria perdido aquella influencia social que á modo de aroma, ó para usar de la metáfora evangélica, de la sal, preserva de la corrupcion á toda la humana sociedad; y por consiguiente, la influencia de un Clero mejorado en si mismo y respetado en su autoridad, habria hecho seguir el mo-

(1) *Tout l'art (du gouvernement) est, par differens moyens de faire passer l'argent de la patrie de la partie gouvernante.* (Carta de Helvecio á Montesquieu diciéndole haber recibido el *Espíritu de las leyes*.)

vimiento progresivo que habria transformado con perfeccionamiento insensible las bordas germánicas en organismo feudal, inoculando en los corazones el principio del movimiento progresivo, esto es, la moral verdaderamente evangélica.

La cual, inclinando con humildad espontánea la altivez del grande hasta igualarse con los pequeños (1), é imponiendo á sus ocios la ley del trabajo, á sus riquezas la expansion de la caridad, habria aborrido al vulgo los excesos con que se pretendió sustituir entre los hombres una igualdad imposible y antinatural la igualdad amorosa que nace espontáneamente de la humildad y de la caridad del Evangelio.

Hé aquí en que términos seguía su derecho camino la sociedad cristiana bajo la direccion de su moral incorporada en los tres órganos naturales de necesidad comun, de la capacidad política y de la probidad cristiana; órganos tan naturales á la sociedad cristiana, como lo es al hombre tomar por guia de la moral las ideas religiosas, del orden civil la sabiduría política, de los juicios sobre las necesidades del pueblo la voz del pueblo mismo.

Esta sí que habria sido una verdadera division naturalísima, y por consiguiente, duradera, de los poderes sociales, teniendo por seguras garantías la misma impotencia de las tres clases para invadir reciprocamente sus respectivas atribuciones, la facilidad con que un individuo podia pasar de la una á la otra sin confundirlas, y las ventajas que cada clase reportaba de lo que hicieran las otras dos. No podia el noble usurpar las funciones del Clero; pero tenia franca la puerta del santuario desde el punto y hora en que quisiese agregarse á sus ministros. No podia esperar un Masaniello llegar á ser constantemente legislador conquistando los aufragios de carreteros y pescadores; pero estudiando, ó siguiendo la carrera de las armas, podia pasar de la choza al Vaticano como Peretti, al Consejo como Gimenez y Bagino, al mando del ejército como Catinat, y al grado de almirante, como Bart. De este modo la ambicion no se desanimaba enteramente cuando estaba unida con el valor;

(1) *Efficiamini sicut parvuli.*



pero sin tal auxilio, se veía obligada á resignarse, desesperanzada de salir de su círculo natural. Así el poder ejecutivo, ó sea la fuerza material manejada por el vulgo se hallaba naturalmente separada de la incapacidad intelectual y guiada por esta: la cual no podía abusar ordinariamente de las fuerzas de la inteligencia, viviendo siempre como vivía, refrenada por una autoridad moral. Y quien manejaba la autoridad moral tampoco podía plegarse constantemente á los designios ambiciosos, no teniendo á su disposición otras fuerzas que la moral evangélica que la contenía dentro de los límites de lo razonable (1).

Tal era el engaste natural de los tres poderes en las sociedades católicas de la Edad Media gobernadas con formas representativas; muy diverso á todas luces de las modernas invenciones de la heterodoxia reformista. Engaste que bien meditado hará comprender al lector discreto y sinceramente católico cuánto es el dolo que usan los pseudo-regeneradores de Italia, quienes con una serie de contradicciones apoyaban de una parte en las tradiciones de la Edad Media sus derechos á recobrar la libertad, de la cual, dicen, fuimos tan indignamente despojados en los últimos periodos del siglo XVIII y en los primeros del presente; y por otra parte acusan perpétuamente á la Edad Media y á la Iglesia, que entonces dominó, de espíritu torpemente servil con que se propone favorecer todos los depotismos, después de haber encadenado por tantos siglos los pueblos europeos que hoy se redimen de la servidumbre. Por horror á esta servidumbre exhortan á los pueblos á romper las cadenas de la Edad Media; y por encarecer el derecho de *insurrección* invocan la libertad que poseyeron en la Edad Media. Por amor de Dios, señores míos, ¡podrémos saber si en la Edad Media fuimos libres ó esclavos? Si realmente fuimos libres, ¿no veis el daño que haceis á vuestra causa mudando las antiguas constituciones? ¿Puede darse una locura mayor que la de abandonar un título de posesión antigua para

(1) «El poder que domina podrá sostenerse algún tiempo con las artes de la humana política, más sin el divino principio, lo que queda no puede ser ni estable, ni duradero.....» *Discurso del cab. Luis Colono.*

inventar utopías no garantidas ni por derechos anteriores que justifiquen su conquista, ni por la experiencia que certifique de su buen resultado?

Y si no fuimos libres en la Edad Media, hacednos el favor de no ponderar estos títulos para paliar la rebelión, y de contentaros con una sola mentira, la cual puede ser bastante para engañar á los ignorantes, sin necesidad de echar esta otra cuya contradicción es tan manifiesta.

Pero con quién estoy hablando? ¡Ah! estoy hablando con mi lector, que comprende muy bien cuál es el verdadero estado de las cosas: el empeño de los reformistas no era librar los pueblos de un yugo político, sino hacerlos independientes de toda idea religiosa: he aquí porqué no cuadraba á su intento la Edad Media. ¿Qué libertad sería la que anduviese junta con el respeto debido á la Iglesia, con la congregación del Índice, con las excomuniones del Concilio de Trento? La libertad que se quiere, consiste en la total independencia de la verdad, de la fe, de las prácticas, de la disciplina católica; y esta independencia es cosa muy diversa de la libertad de la Edad Media. Para conseguir esta independencia heterodoxa nuestros reformadores renunciarían á todas las libertades del mundo, prontos á servir y á adular á un Federico II, una Catalina de Rusia, un Napoleon, un Robespierre y hasta el mismo diablo en persona, si por aquí esperasen el triunfo de la incredulidad contra el Catolicismo.

Hé aquí porqué, como dice Galeotti, si bien los *privilegios de la nobleza y del Clero, los Estatutos de las corporaciones, etc. constituían hasta el siglo pasado la Carta constitucional de los Estados de Italia....., donde no fué conocida otra especie de principado sino la del principado civil* (1); sin embargo, los restauradores de la libertad dieron sus primeros pasos aboliendo los privilegios de la nobleza y del Clero y los reglamentos y hasta la existencia de las corporaciones. Queriase la emancipación religiosa más que la política, y empleáronse medios proporcionados á aquel fin, renunciando á

(1) *Consider. polít. sulla Toscana*, pág. 8 y 9.

todo derecho antiguo y esforzándose por abolir hasta su memoria (1)

Un docto publicista citado por el *Constitucional* de Florencia (15 de Abril), ofrece varios aspectos en que se muestra lo defectuosa que era á sus ojos la representación de la Edad Media, porque formada por varios estados, ó clases, ó brazos de nobles, de mercaderes, del Clero, de aldeanos, de doctos, etc., tendería á perpetuar los inconvenientes del principio feudal encarnándolos en instituciones representativas, á formar clases distintas en la sociedad, á perpetuar las luchas de los intereses, á fomentar el espíritu de corporación que es extremadamente exclusivo, á formar castas como las de la India, contrarias á todo movimiento y aun al contacto de la civilización regeneradora del Cristianismo. La representación por brazos es contraria á la igualdad, por lo cual ofende siempre derechos, organiza luchas perpétuas, y prepara las revoluciones.

Rechazando de esta suerte la representación por brazos y censurando poco despues la representación por censo, el autor recurre por último á la representación por comunes y provincias.

Conformes con este autor en la importancia de los elementos naturales de familia común, provincia (2), creemos sin embargo que no ha penetrado bastante la índole del organismo social en la Edad media, y la parte que ejerció en él la naturaleza, cuyo impulso es irresistible: así que confunde la

(1) Hé aquí porqué muchos órganos de la prensa católica, que en un principio se dejaron fascinar por las engañosas promesas de los que invocan como modelo de regeneración social los Gobiernos representativos de la Edad Media, tuvieron que variar de lenguaje y tener *Danaos et dona ferentes*. El *Statuto* de Florencia (17 de Abril de 1851) salió echando chispas contra estas atrevidas apostasias é imprudentes palinodias; y no faltarán ciertamente entre los regalistas cuyas banderas se mueven á todo viento. Más para justificar sus reconvenciones contra los buenos católicos convalidaría que los constitucionales no hubieran trocado las cartas en las manos de sus adversarios, ni convertido las formas representativas en Gobiernos perseguidores de la Iglesia.

(2) V. Part. I, cap. 4.



representación por clases con la representación por brazos, por estados, ect. Las consideraciones teóricas, que explicamos en este párrafo y en el anterior, conducen á consecuencias diversas y á distinguir la representación por clases, consecuencia natural en el orden civil, de la representación por estados aconsejada por la naturaleza en las instituciones políticas. La primera es producida naturalmente en el orden cívico por los incrementos naturales de la población en las ciudades. En efecto mientras el comun es poco numeroso, los intereses de la profesion ó del oficio siguen identificados con los de la familia, como vemos que sucede en los lugares, donde raras veces se encuentra mas de un médico, de un sastre, de un boticario, ect. Mas apenas crece la población, crece tambien por una consecuencia necesaria el número de los que se dedican á cada profesion, los cuales teniendo unos mismos intereses se sienten movidos por instinto natural á asociarse. El espíritu de corporacion es, pues, una necesidad en la naturaleza; y cabalmente por esto renace hoy bajo las influencias del socialismo, despues que la impiedad le prohibió asociarse en nombre de la religion; y la *asociacion de los obreros* sustituye á las antiguas *cofradías*.

Por lo cual nos pareceria exagerada la censura que hace el escritor citado por *El Constitucional*, del espíritu de corporacion como demasiado *exclusivo*, si hubiese de aplicarse á las corporaciones en el orden cívico. Ciertamente puede exagerarse todo instinto natural, mas no por esto debe corregirse desarraigándolo. Aun el espíritu de familia puede excederse en el artesano con perjuicio de sus compañeros en el arte: ¿mas seria esta razon para corregir tal exceso aboliendo con Becaria el espíritu de familia? No por cierto: la sabiduria natural de nuestros antepasados opuso al egoismo del artesano las corporaciones del arte, como opuso al espíritu exclusivo de las corporaciones la unidad del comun. De esta suerte su sabiduria, dócil á los impulsos de la naturaleza, organizaba mas perfectamente el comun recibiendo de ella los nuevos órganos que iba introduciendo á medida que se acrecentaba la población.

Que esta forma orgánica sea verdaderamente por naturaleza

un perfeccionamiento del orden cívico, parece reconocerlo aun el mismo autor á quien nos referimos, cuando alaba en Florencia la representacion por artes. *Si toda ciudad, dice el autor, como en la época de los comunes italianos, fuese un estado, el sistema de la REPRESENTACION POR ARTES tendria todavia un valor real.* A esto añado yo que en los intereses comunales todo comun puede mirarse de algun modo como un estado, porque procura cuanto es de su parte, sin dañar á otro, por sus propios intereses: luego en el orden cívico la representacion por artes, aun á juicio del autor, tiene algun valor.

Pero cuando del orden cívico pasamos al orden político, la *representacion por artes*, que tanto sirve para ordenar un comun, descompondria, no ya sólo el estado, sino hasta la provincia; pues siendo la provincia una reunion de comunes, cada uno de los cuales abraza todas las artes, si las artes mismas hubiesen de tener una representacion distinta, deberian desligarse del comun que á todas las junta en la unidad de los intereses municipales. ¿Deberán los intereses del arte ceder á los del municipio, ó los intereses del municipio á los del arte? Claro es que el arte está ordenado á la subsistencia del municipio, no el municipio á la subsistencia del arte. Luego la representacion por artes es por su naturaleza de orden municipal ó cívico: la representacion por municipios entra en las instituciones de la provincia y por aquí en el estado, ó sea en el orden político.

### § VIII.

#### *Organismo legislativo á la moderna.*

805. El organismo de la legislatura católica nacia en la Edad media, segun he demostrado, de la naturaleza misma de la sociedad, en la cual, respetando el Catolicismo todos los ele-

mentos naturales había infundido el espíritu de vida. La familia, el municipio, la provincia, dotados, respectivamente de sus derechos por el curso de las cosas, conservaban su propio y verdadero ser, su personalidad moral respetada como derecho inviolable por todos los poderes del estado.

*Peru estos derechos* (decía yo antes repitiendo las palabras del ilustre marqués de Valdegamas), *estos derechos oponian un dique á todo despolismo que intentara encadenar la nacion*, y por consiguiente tenían que ser destruidos por todos los reformistas modernos.... *La vida doméstica, la municipal, la provincia, aunque muy excelentes, deben caer al pié de la omnipotencia de los ministros responsables.* Y cayeron á la verdad, y la nacion reducida á una masa inorgánica, no pudo ser ya representada en su su ser natural, sino descuartizada y dividida con el compás en la mano de los reformadores en tantos trozos (*departamentos*) iguales, llegó á ser representada al antojo de los gobernantes, que nombrando á ra todos los empleos dominan las elecciones: y por este arbitrio despótico, fué forzado, ora con el fraude, ora con la fuerza á consentir en todos sus caprichos. Lo ha demostrado en otra parte, siendo la consecuencia que los representantes no representaban por faltar la materia representable.

804. La misma idea protestante que había destruido la representación nacional desnaturalizando el sujeto de ella, debió destruirla por otra parte, destruyendo el organismo de las funciones. «¿A qué me venis hablando, dijo ella, de personas que representan la rectitud ó la paricia? Este oscurantismo que excluye al pueblo del Gobierno, es una abierta violación del derecho inalienable de independencia y de igualdad. Si todos somos independientes, todos debemos elegir al que gobierne; si todos somos iguales, todos tenemos igual derecho á ser elegidos. La igualdad en los derechos políticos y en los civiles, no será nunca verdad si no se excluyen todos los privilegios de castas, si todos los empleos no se hacen accesibles á todos.»

805. Así habló y así debió hablar de conformidad con sus principios la idea reformadora; y mis lectores ven claramente



cual debió ser la consecuencia. Anulada en los ánimos toda idea de desigualdad en las condiciones sociales, venia á perderse en el acto mismo toda *razon social* para distinguir las funciones. Podian, si, quedar razones *personales* de distincion, pues á pesar del axioma heterodoxo, la naturaleza se abstia en producir individuos desiguales; pero privada esta desigualdad de todo apoyo en las *instituciones sociales*, dejó de tener un *signo, un cuerpo externo*, y se hizo invisible como la Iglesia de Wicleff y de Lutero. Así que todo individuo, aun el mas ignorante y licencioso, vino encargado de representar todas las *necesidades*, todas las *capacidades para proveer á su remedio*, y todas las *sanciones* de la probidad y de la conciencia.

806. Así fué destruido el organismo de las funciones sociales, y el protestantismo bañándose en agua rosada celebró el progreso con tanto mayor entusiasmo, cuanto que la abolición del Clero católico, *representante nato de la moral*, era la primera necesidad de la reforma. Cuanto á los nobles y otros personajes distinguidos en razon de *doctrina* ó de *experiencia política*, podia tolerarse cierta lentitud estratégica, con la esperanza de verlos caer poco á poco en las redes de sus adversarios fascinados por el prestigio de los falsos principios: mas con respecto al Clero católico, como no habia esperanza de mudar sus doctrinas, convino consumir rápidamente su total destruccion. Bien sabe el lector la *paisa* que se dieron los reformistas italianos, aunque no encontrasen en el principio la mas minima oposicion politica de parte del Clero. Fué tan grande que renunciaron á todos los beneficios que de su cooperacion hubieran podido esperar mediante un tantico de hipocresia, y obligaron aun á los mas ilusos, aun á los mas estólidoss á reconocer los designios de la impiedad, y á combatirlos, si no querian ser sus cómplices, como iban á ser sus victimas.

807. Sorprendida la triple representacion de la *necesidad*, de la *conveniencia*, de la *justicia*, la asamblea legislativa se vió reducida á una masa inorgánica, donde *todos* los diputados, elegidos por *todos* (nominalmente) los ciudadanos, de-

berían ejercitar *todas* las funciones del legislador. Pero un cuerpo inorgánico aunque material, según las leyes ordinarias de la naturaleza, no puede vivir y obrar, y mucho menos un *cuerpo moral*, cuya unidad exige absolutamente, como en otro lugar explicamos, un individuo que sirva de centro (1).

808. Verdad es que la Asamblea crea por sí misma un no sé qué legal organismo peculiar suyo de presidentes, comisiones, secretarios, etc.; pero este organismo, destinado únicamente a hacer posible el mecanismo material de las deliberaciones, lejos de suministrar un instrumento proporcionado a los varios pensamientos y voluntades que deben ponerse por obra, mas bien se procura con todo afán que no pueda expresar nada, para que todas las cabezas conserven la plenitud de su libertad.

809. Pero supuesta esta plenitud, los intereses que bullen en el ánimo de cada diputado, serían demasiado débiles para bogar entre las olas del tempestuoso golfo, para que deje de sentir cada cual el natural impulso y necesidad de asociación, con la cual espera conseguir lo que no podría por sí solo. He aquí, pues, formarse en la Asamblea por necesidad irresistible de la naturaleza otro organismo, aquel organismo cabalmente, deplorado por Balbo (2), compuesto de muchos partidos antagonistas de cuyo choque habrá de saltar la chispa que ha de iluminar y vivificar la acción nacional.

Ahora bien, ¿cuál será la ley, por decirlo así, *psicológica*, a que deberá conformarse el nuevo organismo? Si mi lector se acuerda de lo que en otra parte dijimos sobre el organismo nacional con que reemplazó la Reforma las grandes instituciones de la naturaleza, *familia, municipio, provincia*, comprenderá fácilmente las formas que habrán de darse a los nuevos miembros de la *naturaleza plástica* que los informa. Los diputados surgieron de la urna engendrados por mil intrigas, por mil ilusiones de este ó de aquel partido: ahora bien, ¿quereis que renieguen del partido a que son deudores del alto puesto

(1) Cap. III, § 1.

(2) Cap. IV, § II.

en que se ven encumbrados? El ilustre Balbo quisíralo así, al menos cuando se trata de sacrificar al propio partido la religión ó la justicia ó la probidad; pero este piadoso deseo del publicista católico ¿está conforme por ventura con la marcha de las cosas? Si así fuese, los *representantes no representarían* á sus comitentes, pero al menos harían el verdadero bien del pueblo. No es sin embargo este el curso natural de la sociedad, tal como se nos muestra por hechos notorios; pues la esperanza de nuevos ascensos espolea al ambicioso con un estímulo harto agudo para dejarle tanta libertad de conciencia. Y si por ventura la conservase ileso á pesar de todo, ¿qué lenguaje hablará en la Asamblea sino el lenguaje de su partido, sino el lenguaje mismo que usó en el club, que cabalmente lo puso en candidatura porque lo tenía por conforme?

810. El organismo legislativo será, pues, formado para el ejercicio de sus funciones, no ya por las leyes del mecanismo automático de los oficios parlamentarios, sino por la vitalidad de los intereses que distribuirán en varios grupos ó facciones á los diputados; á cada uno según el viento que lo levantó hasta colocarlo en el escaño de los honorables. Esta es lo natural; y expresión de la naturaleza fué también aquel hemiciclo de los bancos parlamentarios, á que el citado publicista piemontés, para mejor suprimir la multiplicidad de los partidos, hubiera querido sustituir las dos filas opuestas del Parlamento inglés (1). En lo cual me parece que pecó inadvertidamente, respecto á los cuerpos morales de aquel materialismo que hacia decir á Helvecio respecto al individuo físico, que quitados al hombre los dedos, llegaría á faltarle la inteligencia. El principio vital es lo que forma los dedos, y no los dedos al principio vital; y á este mismo modo los intereses son lo que clasifica los bancos, no son los bancos lo que clasifica los intereses. Fórmese un hemiciclo, ó dos bancos rectilíneos, ó un sólo banco si se quiere: mientras estén divididos los ánimos, ya hallarán modo de distribuirse en los asientos.

811. Dividida, pues, la Cámara en muchas facciones, no es

(1) *Revista italiana*, año III.



difícil comprender cuáles deberán ser sus actos. Si el pueblo en su totalidad estuviere corrompido, corrompida estaría también la mayor parte de los diputados; y la tenue representación del principio moral no serviría sino para hacer más escandalosa la malicia de las leyes. Ruegote, amigo lector, que atiendas seriamente á este resultado, porque es uno de los puntos capitales para comprender bien la *necesidad* de que sea tal, necesidad que empuja hacia el abismo á todos los Gobiernos á la moderna, cual si fuera su hado inexorable. Los reformadores nos lisonjean tal vez asegurándonos que aun nosotros los católicos tendremos nuestros representantes; y por tanto que si hoy sufrimos una derrota, mañana lograremos un triunfo. Así sería ciertamente si á cada partido le llegase su turno de hacer la ley; mas haciéndose esta siempre por la mayoría anti-católica, el Catolicismo estaría cierto de no tener ya aquí otra garantía de sus intereses que la conmiseración de sus enemigos, los cuales se dignaran acaso dejarle algún mendrugo que roer, un aliento, un estertor de incierta agonía.

812. Esto nos explica la tiranía ejercitada contra los católicos todos los Gobiernos constitucionales de pueblos corrompidos ó heterodoxos: si se meditan las pruebas con que demostramos en otra ocasión que la nación no está representada mediante las elecciones inspiradas por el principio protestante, todavía se comprenderá mejor que no solo en las naciones corrompidas, sino aun en las más honestas la actividad y la unidad de acción con que las sectas secretas y las *coaliciones* públicas manejan las elecciones á su arbitrio, dará casi siempre una mayoría anti-católica, como vemos que sucede hoy hasta en Bélgica, donde tan profundas son todavía las raíces de la fe católica; y aun hemos oído ya muchas veces á la impiedad *moderada* proclamar el triunfo así por los diputados arrancados á las muchedumbres desprevenidas, como por las leyes anti-católicas obtenidas de una mayoría sorprendida ó seducida.

Hé aquí las consecuencias necesarias del nuevo organismo, puesto por la reforma en lugar de la representación natural creada un día entre las naciones católicas por el espíritu de

la Iglesia: un Cuerpo legislativo dividido en muchos partidos en vez de pensar en hacer leyes ordenadas al bien público, pensará en cada partido en hacer triunfar el interés propio sacrificando el ageno.

Por lo cual el ilustre Pescatore observa que *una Cámara legislativa es para los casos de conflicto judicial el peor de todos los tribunales* (1). «Sobrecargada de negocios políticos, turbada por pasiones incesantes y procediendo sin las garantías propias de los juicios, precisada generalmente á transigir en el choque de las diversas pretensiones que en su seno se manifiestan, una Cámara legislativa no nos permite esperar mucho de ella aquellas decisiones deliberadas, tranquilas, imparciales y exactas, que solo proceden de las instituciones judiciales en los límites de la humana posibilidad. Y si se supone ejercitado el poder legislativo, como entre nosotros, colectivamente por dos Cámaras y por el Rey, todavía resulta más evidente la incongruencia del sistema que antes indicamos; porque el mismo conflicto que surgió entre los tribunales del reino, podría reproducirse entre una y otra Cámara, ó bien entre las dos Cámaras y el Rey; y entónces, ¿quién decidirá en último término de los inciertos derechos de los litigantes tanto tiempo angustiados pasando por vías judiciales y legislativas?»

Hé aquí lo que se piensa de la Cámara legislativa tratándose de los intereses de los particulares: tendría curiosidad por saber con qué cara podrá encomendarse á un tribunal, de cuya decision no se fiaría una hacienda privada, un litigio entre familias, la tranquilidad, las rentas, el honor, la moral, la religion de todo un pueblo.

815. Esta disposicion natural de los ánimos del Parlamento puede explicarnos la historia tempestuosa de todas estas Asambleas, que se me permitirá compendiar valiéndome de los colores que me presta el animadísimo pincel de Luis Veillot hablandonos de la Asamblea francesa (2).

(1) *Revista italiana* nueva serie, t. 1. pág. 431.

(2) *L. Univers*, 26 de Enero de 1851.

«Lisongers ciertamente es la teoría del Gobierno parlamentario. Representantes elegidos libremente para promover los intereses de un pueblo que por sí mismo los conoce bien; una tribuna que todo lo puede decir y una prensa que todo lo puede repetir; por todas partes se ve la luz, por todas partes va la libertad con la vigilancia: todo esto parece tan bello, tan justo, que si la razón quisiera poner dificultades, la palabra moriría luego en los labios.

814. «Y sin embargo *quantum est in rebus inane*. ¡Por todas partes luz! ¿Pero sabéis bien quién debe producir esta luz? Es cosa sabida. La luz es producida por el choque de las opiniones entre los diputados, y propagada en toda la nación por los extractos de los taquígrafos.

815. «Taquígrafos y periodistas, hé aquí los propagadores de las luces, destinados a formar la opinión pública; pero mientras los diputados hablan, mientras escriben los taquígrafos, únicamente se oyen los periodistas. ¿Dónde están si no los héroes que se leen enteras las interminables columnas del *Monitor*, ni aun sólo los extractos de su propio diario? Veinte ó treinta desconocidos metidos en la tribuna de los periodistas, encendidos por la audacia y las otras pasiones, y sin responsabilidad ninguna, son los Luceros destinados a reflejar por toda Francia la esmaltada luz de la tribuna. ¿Y sabéis de qué instrumentos se arman para mejor propagarla? De apagadores con que apagar y de vidrios colorados con que transformar los esplendentes rayos.

«Pero aunque quisieran ser verídicos, fáltales tiempo para ello, y todo, por el contrario, les conduce a desfigurar la verdad. Tras una sesión de cinco horas, en que la destreza, la astucia, la pasión, el sofisma y á veces hasta la fatuidad lo confundieron todo; el periodista sólo dispone de un momento para expresar en el papel en pocos rasgos el espíritu de la sesión de un modo sumario y generalmente erróneo: ni recuerda todo lo que oyó, ni puede decir todo lo que recuerda, ni lo que dice expresa fielmente su pensamiento. Le apremia el tiempo, vuela la pluma, y si la palabra propia no se presenta, el pensamiento fatigado no puede buscarla, y encaja al público la pri-



mera que se le ocurre. Y esta es el periodista sincero, de buena fé, que no tiene un partido que le exija enmascarar la verdad. Figúrense Vds. lo que serán las reseñas de la sesión hechas por periodistas á quienes el espíritu de partido hace embusteros por arte y á ojos vistas!

816. «Pero aun suponiendo que estos espejos reflejasen verdaderamente sobre los entendimientos los rayos de luz que parten de la tribuna, ¿qué ganaría con esto la nación? El Parlamento, hablemos claro, hace imposible decir la verdad: todos hablan en él, pero diciendo la verdad, ninguno. Y no es porque falten ingenios que la conozcan, ni hombres honrados que la profesen; sino porque la misma naturaleza de las formas parlamentarias los condena al silencio. De una parte condenariales la *disciplina de los partidos*, dura é implacable especialmente para con los oradores generosos y perspicaces; de otra detendríales la convicción profunda de que sería inútil y mal recibida la declaración de la verdad (1). Tal es la ley inexorable de la lid parlamentaria: ¿perteneces á un partido? Forzoso te será estrecharte con él; no es lícito, ni acaso posible librarte de su yugo; un individuo aislado no tendría valor para hacerse oír y para mover á los demás. Para decir la verdad en el Parlamento, sería preciso que una persona desconocida se presentase en el salón de repente, sin lazo alguno de amistad política; mas este, ignorando un lenguaje en el que aun los más peritos son siempre novicios, interrogado á cada instante por humores irritados, burlado siempre que tropezase en alguna dificultad de elocución, no sostenido por nadie, caería en medio del discurso entre las burlas de los necios y los sarcasmos de los malévolos.

«En suma, toda Asamblea se divide ordinariamente en dos partes: la una de los que no comprenden, la otra de los que no quieren comprender: para llegar á vencer unos y otros necesitan de un partido: este partido tiene sus planes que no

(1) Tal es la opinión de Eslobo, que quiere que los diputados sepan acomodarse á su partido, cuando no se ofende la probidad. (*Revista Italiana*.)

puedes contrariar sin culpa; para no contrariarlos es preciso generalmente y de un modo especial en los momentos solemnes ocultar por lo ménos alguna parte de la verdad. El hombre honrado que violase esta ley, censurado privadamente, condenado oficialmente, despedazado por los periódicos, privado de crédito y de influencia, pasaría ó por estúpido ó por apóstata; y pagaría de este modo el estéril placer de proferir una verdad que no conseguiría mudar un solo sufragio.

817. «¡Así resplandece la verdad en los Parlamentos! Luchas y no debates: son estas sesiones; abogados que quieren sorprender á otros con miras interesadas, no ya consejeros que promueven el bien público, son estos oradores. Antes de la discusión saben ya lo que pensarán despues: su resolución está formada, y por ella dirigirán su plan de ataque. Tú te encargas de decir esto, yo diré estotro; Pablo saldrá en tal ocasión, en tal otra Juan; á tal partido, que entra en coalición con nosotros, le concederémos tanto, á tal otro no tanto; en la derecha contamos con tantos, en la izquierda con tantos otros, y con tantos en el centro; preveamos lo que sea de prever, y dejemos lo demás á la suerte. La batalla durará cuatro días; queda una batería de reserva para un caso: si habla tal ministro responderá Guillermo; si tal otro, Jacobo; si se hace le tarde, Paneracié entretendrá al auditorio hasta que el apetito advierta de la necesidad: á falta de coyuntura para dar un golpe teatral compraremos la interpelación de un adversario prófugo. Hay casos en que uno ó dos votos son decisivos; en tales circunstancias se hacen todo linage de esfuerzos por apartar de la arena ó sobornar ó distraer del campo enemigo á dos de los contrarios; todo es, pues, aquí ardid ó combate. ¡y esto se llama *buscar la verdad en las leyes!*

818. «Pero esta ley deberá producir la libertad, *¡la libertad para todos!* Pero en realidad el régimen parlamentario, cualquiera que sea su forma, deja tanto como el que más en manos de unos pocos privilegiados por su ingenio ó riqueza, ó por sus intrigas ó nacimiento, el gobierno del mundo. Este régimen abre la liza á los intereses, á las dificultades, al favoritismo y á su más insolente omnipotencia; aquí se ven aventu-

rereros en alza, el verdadero mérito dado de baja, servicios recompensados con ingratitud, el Erario robado, la verdad odiada. Cuanto vayan ganando a todo esto las costumbres públicas y la dignidad nacional, no hay para qué decirlo. Lo que hay aquí más que admirar, es la fecundidad y variedad de sus catástrofes, pues desde las cuestiones de Gabinete hasta las más vitales sobre la existencia misma ó la muerte de la sociedad, el público se ve conducido grado por grado por toda la escala posible de las más terribles conmociones, sin peligro de *fastidiarse* jamás ni un solo momento. Este es cabalmente el mérito capital que tienen estas formas para los franceses, cuya primera pregunta cuando se encuentran contigo es la de «¿no hay nada de nuevo?» No es, pues, maravilla que un pueblo semejante tenga afición a semejante Gobierno: todo jugador gusta del juego, sin que esta sea razón para reputarlo provechoso o laudable.

819. «Crisis y catástrofes en los ministerios (fenómenos inevitables en este régimen, cuya vida consista en esto); crisis en los Gobiernos, las cuales conmueven hasta en sus bases el organismo social, porque sean los que quieran el seso, la virtud, el ingenio en el Gobierno y en la mayoría de la Asamblea, siempre quedarán a los agitadores dos medios de triunfo seguro: conviene á saber, las divisiones inevitables de la mayoría y la acción de las sociedades secretas, que casi legalmente conspiran al amparo de la tribuna y de la prensa. Supóngase todavía, si se quiere, un Gabinete compuesto de ministros buenos y justos, íntegros y elocuentes: siempre habrá partidos en un Gobierno representativo (*máximo* en Gobiernos á la moderna), y partidos furibundos, mientras haya empleos que se obstinen en mantenerse en sus puestos, y cesantes ávidos de obtenerlos: siempre será imposible conciliar los partidos y asegurar el orden con la libertad.

Con que un bulón ingenioso y parlanchín acierte á popularizar con una gravedad cómica cuatro disparates, bastará para reunir gente, alterar el orden y derribar al Gobierno: y cuanto mas lo venzáis en razón, en probidad, en facundia, mas furioso y terrible se volverá si llega á armarse con la rabia de



un pueblo ignorante que desempiedre las calles y construya barricadas. Vuestros virtuosos ministros irán entre vituperios y execraciones al destierro ó al patíbulo, y el susodicho hufon cogiendo su cartera, entrará en posesión de alguna heredad perteneciente á sus víctimas á quienes no tardará en suceder en la carrera de las desgracias, siendo desterrado ó ajusticiado como ellos por otro hufon peor que él.

820. «He aquí la historia de todos los gobiernos modernos parlamentarios, que son verdaderas repúblicas, sea el que fuere su título. Ciertos republicanos creen hacer un gran argumento cuando nos ofrecen desde el principio de nuestro siglo tres monarquías derribadas en Francia: cayó, dicen, en 1814 la monarquía de la gloria, en 1830 la monarquía del derecho, en 1848 la monarquía de los intereses: luego la era de los reyes ha concluido. Pobre gente, que no advierten en su simplicidad que ni el imperio ni la restauración, ni el rey ciudadano constituyeron monarquía, sino solo tres formas republicanas, pacto de la revolución y argumento evidente de vacilación perpetua y de ruina segura para todo gobierno que no habiendo echado raíces en lo pasado sea estéril en lo porvenir.

«Bien conocía Napoleón la falta de este jugo vital cuando exclamaba desde su Trono vacilante: «¡ah! ¡si yo fuese mi nieto!»

«Luis XVIII nada restauró en la restauración; sino creóse por sí mismo un rival, aprendió pronto á temerlo, y preparó con las concesiones el abismo á que fué arrebatado Carlos X por la corriente.»

«El Gobierno de Julio fué con razón llamado *la mejor de las repúblicas*, y cabalmente por esto no fué monarquía; por tanto nada prueba contra la posibilidad de las monarquías, aunque prueba mucho contra la duración de las constituciones. Hé aquí porqué convencidos por esta prueba pululan en todas partes publicistas que proponen nuevas teorías, el uno para concentrar los poderes en una sola asamblea, otros para importar en Francia las leyes de América: ¡lastima que no puedan traernos tambien su índole y sus otras condiciones geográficas y políticas! Pero el problema es insoluble: sería preci-

so que la asamblea única estuviese compuesta de un solo hombre: entonces si que no se vería dividida en partidos. Pero mientras no se encuentra este arte, cuando los partidos forman las asambleas y las asambleas multiplican los partidos, cuantos sean los partidos, otros tantos serán los poderes, y cuantas sean las cuestiones, otros tantos serán los conflictos. Bien que obteniendo presto popularidad un partido mas astuto y mas fuerte, acabará por apoderarse del cetro, y con la opresion reducirá á sus rivales á conspirar en las tinieblas. Tal es la unidad del Gobierno parlamentario.

821. «Pero en dónde, dirá alguno, en dónde adquirirá ese partido el favor de las muchedumbres?

«Y tú, lector, me lo preguntas! Toma, si te place, en las manos el almanaque, cuenta en la lista de los diputados cuántos fueron los Reyes que hiciste por ti mismo, y considera que cada diputado electo supone dos ó tres candidatos; considera que cada uno de los electos obtuvo favores, distribuyó empleos, organizó intrigas, autorizó injusticias, y que todos hacen perpétuamente centinela para sostener el sistema cuya caída sería también su caída. Ahora, ¿cómo puede causarte sorpresa que instituciones que tanto interesa á todas las malas pasiones sostener, obtengan el apoyo de muchos?

«La ventaja para nosotros está en que la iniquidad se destruye por sí misma: Dios quiso que fuese imprudente, porque no quiso que fuese eterna.»

822. Aquí tienes, amable lector, lo que piensa del Gobierno constitucional un publicista que hace muchos años medita sobre esta materia teniendo ante la vista los datos de la experiencia. Ló traigo aquí para invocar no la autoridad de un hombre, sino la exactitud de sus observaciones que confirman nuestra teoría.

El que se persuade que las *necesidades* son conocidas del pueblo, los *expedientes* de los peritos, la *honestidad* de los maestros de las conciencias, no deberá admirarse de qué sorprendida la conciencia y abandonada la legislación á merced de los ignorantes, resulte este caos, muy bueno para trastornar la sociedad, no ciertamente para ordenarla.

## EXPLICACIONES DADAS Á UN ANÓNIMO.

Las doctrinas explicadas en este capítulo movieron á un anónimo cortes á proponernos algunas dificultades; y porque las mismas dudas que á él se le ocurrieron, podrían presentarse también á otros, se nos permitira insertar aquí breves respuestas á sus dificultades, reduciéndolas al mayor laconismo posible.

825. Haciendo abstracción, como nosotros, de todo derecho preexistente, el anónimo juzga que nuestras doctrinas no son completamente indiferentes á toda forma de Gobierno, según decimos, sino que conducen lógicamente á preferir el sistema representativo. He aquí como lo prueba. *Deben en nuestro sentir formar parte del organismo legislativo los que sufren las necesidades; es axi que estos son los mas; luego los mas, la pluralidad tendran el mas noble entre los poderes políticos, ó sea el poder legislativo y serán por consiguiente necesarios diputados legisladores, pues es cosa clara que los mas no pueden representar por si mismos sus necesidades. Tendremos, pues, el Gobierno poliarquico.*

El atento anónimo comprenderá que aunque todo esto tuviese fuerza de ley, no se seguiria de aquí la conclusion que pretende sacar, á saber: que *el Gobierno representativo es el mejor de todos los Gobiernos*. Pues habiendo nosotros demostrado en otra parte las ventajas inherentes á la unidad de los poderes, y (cuando los gobernantes son imperfectos) á su division (1), aunque se nos probase que la representacion de la necesidad resulta más perfecta en los Gobiernos representativos, de ningún modo podria sacarse por conclusion que estos sean los mejores Gobiernos, absolutamente hablando, como quiera que aun subsistiria en ellos el inconveniente de un Gobierno dividido, y es cierto que *omne regnum divisum desolabitur*.

(1) *Civiltá Cattolica*, Vol. V, pág. 57 y siguientes.



Pero fácilmente se ve que el argumento propuesto flaquea por varias partes, y en este momento lo habrá ya conocido así el agudo opositor en los últimos párrafos de este capítulo, donde se dice que la ley *propriadamente dicha* debe ser propuesta por hombres sabios, y ser confirmada por los custodios de la honestidad, y sancionada por el poder central. Esto le demuestra que el más noble de los poderes políticos, por el que la sociedad se une más íntimamente con el derecho, y por este con lo moralmente bueno, ó sea la legislatura, no pertenecería, como el anónimo supone, á la multitud.

Si bajo el nombre de *legislatura* hemos puesto también la representación de la necesidad, ha sido por efecto necesario de la confusión de doctrinas é instituciones modernas, á qua hemos tenido que acomodarnos para darnos á entender, bien que ellas hayan reunido indistintamente en su cuerpo legislativo tanto las funciones verdaderamente preliminares, como las verdaderamente legislativas. Pero habiendo nosotros demostrado la diferencia entre unas y otras, es claro que, segun nuestra teoria, la funcion de la multitud dista muchísimo de la dignidad propia del verdadero legislador.

Flaquea también por este lado la argumentacion, diciendo: *ser claro que no pudiendo los más representar por si mismos sus necesidades, deberán elegir sus representantes*. Estos representantes (que jamás serian verdaderos legisladores), ni siquiera son verdaderamente necesarios fuera de los Gobiernos representativos, sino en cuanto se supone, que uno ó pocos llamados á hacer tal oficio por un camino diferente del sufragio popular, no puedan representar fielmente; y que por el contrario, los muchos deban ser incorruptibles ante las promesas del Gobierno, y abrazar en su solicitud todas las necesidades, sin sentir pasion alguna al tiempo de representar sus reclamaciones, siendo por último elegidos por los sufragios del pueblo con una prudencia saloménica. Mas habiendo nosotros demostrado (1) con razones y con hechos cuán falsa sea

(1) *Cuestia Catolica*, v. vi, pág. 71 y sig., y en el v. *su sufragio*.

esta presuncion, siguiese que aun concedido á la multitud el derecho de representar las necesidades, no por esto se inferiria que esta representacion debiera ser en forma *poliárquica*.

824. Pero aqui presenta su segunda dificultad el bueno del anónimo. *Pues queréis, nos dice, que la representacion de la necesidad fuese DEPRICATIVA y no legislativa, ¿por qué, pues, decís que deben formar parte del organismo legislativo los que sienten la necesidad?*

Por la misma razon con que solemos decir que el conocimiento forma parte de la obra; pues aunque esta consiste sustancialmente en el acto de la voluntad libre, todavia requiere previamente ser precedido del conocimiento, sin el cual no podria quererse. Del mismo modo la voluntad social, es decir, la ley, presupone el conocimiento de la necesidad para la cual se establece. Luego el que contribuye al conocimiento, contribuye tambien (aunque algo remotamente) á la ley: y si la representacion se hace con un órgano social, como en Nápoles ó en Roma por medio de los consejos provinciales, una de las instituciones mas saludables de estos países tan fanáticamente calumniados (aunque tales consejos han sido elogiados cándidamente en el gobierno pontificio por Galeotti, menos injusto que tantos otros moderados), este órgano, decimos, en el sentido explicado es parte del organismo legislativo.

825. Por donde se desata tambien la tercera dificultad, á sea que los que mejor sienten las necesidades, no pueden formar parte del organismo legislativo en el gobierno de uno sólo. El anónimo vé muy bien que la multitud no puede nunca formar parte de la legislatura propiamente dicha, sino únicamente puede manifestar sus necesidades. Ora las manifieste á uno, ora á muchos, el resultado será que siempre debe depender de los que las sienten menos. Hay ademas en esta materia entre el gobierno de uno y el de varios esta gran diferencia, que estando constantemente en el poder y viviendo por consiguiente rico y seguro el gobernante único, no tiene interés en despojar á sus pueblos; mientras que por el contrario, los muchos que alternadamente se suceden en el banco de los legislado-

res, llegan de ordinario ávidos, si no ya pobres: se apresuran á asegurar sus propios intereses, y dejan bien pronto el puesto á otros diputados hambrientos que vuelven al mismo juego, sintiendo mucho mejor su necesidad propia que la del pueblo.

826. Cuarta objecion. *Recomendar la utilidad al amor de los Soberanos, es querer que lo útil cambie de naturaleza; pues tratándose de la utilidad social, esta se obtiene más de la parte material del hecho, que de la nacional del derecho, y así es más fácil de encadenar por la ley que por el amor.*

Segun parece, el anónimo supone que las monarquías carecen de leyes. Si de esta suerte entendiésemos el poder monárquico, no estaríamos de acuerdo con él en este punto. Porque una cosa es decir que la ley en las monarquías está constituida por el Príncipe sólo, obligado en conciencia á tomar informes escrupulosos de hecho y de derecho ántes de sancionar las providencias más convenientes al bien público, y á mantener constantemente lo sancionado mientras no llegue á ser nocivo al mismo fin; y otra muy diversa asegurar que un Monarca debe gobernar por capricho y para el día, sin leyes ni Códigos. ¡Es todo lo contrario! Casi todos los Códigos que conocemos fueron sancionados por Monarcas.

¡Pero si el Monarca lo puede todo, habrémos de estar pendientes de su amor, de la bondad de su corazón! Parecenos haber ya respondido á esta dificultad, demostrando en otro lugar (1) cuantos intereses había juntado la Providencia en el corazón de un Monarca, para fortalecerlo en el orden de la justicia y de la conciencia. Lo útil está por consiguiente sujeto no sólo por el amor, sino también por la ley y por el interés, al cual también es necesario recurrir en los Gobiernos representativos.

827. Por último, se nos opone que aquel debe gobernar que mejor conozca el bien social y que más enérgicamente lo procure. Es así que quien mejor lo conoce y lo procura es el que siente más la necesidad. Luego este es el que debe gobernar.

(1) *Civiltà cattolica* Vol. V, pág. 34 y sig.



Bastaría esta consecuencia histórica y racionalmente absurda, para que comprendiese el objetante que hay algún vicio en su argumento. Porque, ¿en qué pueblo ó en qué historia ha encontrado por ventura que *gobiernen los menesterosos*? ¿Ni qué menesteroso encontrará el anónimo (si ya no fuese un santo canonizado) que en llegando al poder no cese de ser menesteroso y no se provea con abundancia? Es, pues, imposible que la multitud necesitada se encargue del gobierno.

El vicio del argumento está en confundir el conocimiento del fin social y de los medios de promoverlo con el conocimiento de las necesidades materiales. El verdadero bien social es el orden protector de los intereses legítimos, y el medio para conseguir este orden es la ley. De estos tres elementos (intereses, orden y medios para conseguirlo) la multitud no siente comunmente sino el más material; esto es, el interés legítimo (y aun el ilegítimo); y cabalmente porque solo siente el interés, es incapaz de hallar el medio con que acudir á él con la seguridad de proceder rectamente. Léjos, pues, de ser necesario para hacer la ley sentir las necesidades, mas bien debemos decir todo lo contrario: *malesuada fames!* El eterno legislador es tan excelente, porque conoce todas las necesidades sin sentir ninguna. Por el contrario, el pueblo, que siempre es mal gobernante, gobierna todavía peor cuanto más vivamente siente la necesidad: ¡librenos Dios del Gobierno de un pueblo famélico! pues hará lo que el pueblo de Milan según aquella viva pintura debida á la mágica pluma de Alejandro Manzoni.

Esperemos que el buen anónimo reconozca por estas respuestas la flexibilidad de nuestras doctrinas y de los principios que las encierran y hacen aplicables á todo Gobierno con tal que sea legítimo (1). Este es el mayor lauro á que aspira-

(1) Observe aquí conmigo el lector el poder de las preocupaciones aun sobre personas buenas, católicas, y que nos aman. Mientras el sabio opositor á que hemos respondido en este apéndice nos acusaba de favorecer exclusivamente los gobiernos representativos hasta el punto de tener por imposible ó por desdichada cualquiera otra forma de Gobierno, muchísimos de los que nos

mos, y el mayor servicio que creemos poder hacer á la sociedad agitada: el método que algunos siguen, de encarecer una forma y censurar todas las demas como injustas, funestas, contrarias á la naturaleza, parecen indicio de entendimientos en extremo débiles. Como si se pudiese hoy impedir toda lectura y persuasion de doctrinas diversas, ó se debiese poner la verdadera causa de la obediencia en la persuasion de la mayor utilidad de las formas que nos rigen, y no en el derecho por el cual están en posesion. No advierte quien recurre á tan frágil apoyo, que así suscribe la sentencia que le condena; pues presentando la utilidad como razon de obediencia, autoriza anticipadamente para rebelarse á todo el que juzque más útiles otras formas de Gobierno. JUSTICIA Y RELIGION, he aquí las verdaderas razones firmes é inmutables de una obediencia á toda prueba.

---

---

leen (ó quizás que no nos leen) nos han acusado, cuando estas teorías salieron á luz en la *Cuarta Católica*, de abominar, vituperar, y calificar de heterodoxos todos los gobiernos representativos. La declaración dada ante la imparcialidad absoluta en cuanto á las formas, y de profunda reverencia para toda autoridad legítima, que no son sino un epílogo de todas nuestras doctrinas, habrían debido hacer mas cautos á los que nos son benévolos, y menos audaces á los malévolos en admitir tales imputaciones.





## CAPITULO IV.

### PODER EJECUTIVO.

#### § 1.

#### *Preliminares.*

828. Tómese el lector la molestia, antes de penetrar en el tratado que vamos á ofrecerle, de volver la vista hacia atrás para que no se olvide el camino que hemos andado y el termino á donde vamos á parar.

Nuestro tema consiste en señalar los vicios introducidos en los Gobiernos representativos á la moderna en fuerza de la independencia absoluta del individuo. Para conseguir tal intento hemos aclarado y explicado lo primero el principio heterodoxo, y en seguida lo hemos aplicado á la sociedad representada y al organismo representante.

829. El principio heterodoxo, gérmen funesto de todo desorden en las sociedades modernas, encierra aquella contradicción con que se diviniza la razon humana cuando dice: *Soy independiente*; y de esta independencia pasa á creer indudable lo que le parece natural; á tener por naturaleza lo que es flaqueza y enfermedad; á querer que la enfermedad y la flaqueza sean favorecidas en lugar de ser remediadas; á suponer que ayudando á la enfermedad el hombre se encuentre sano y será feliz; á concluir, por último, que en la naturaleza humana deben existir fuerzas y medios en virtud de los cuales pueden

conseguir el hombre y la sociedad una dicha cumplida en la tierra sin depender de la fe y de la gracia, de la autoridad y sociedad sobrenaturales. ¿Qué más? El gran medio de obtener esta bienaventuranza terrena es el perfeccionamiento de los Gobiernos: cuya perfeccion, dicen, no es imposible a la naturaleza, porque de la naturaleza procede el instinto de la perfeccion misma (1).

850. Pues la naturaleza lo quiere, y pues además es posible, he aquí a la regeneracion correr desbocada a secundar la naturaleza. Esta, en el orgullo de su corrupcion, se cree infalible, y por consiguiente autorizada para expresar libremente lo que infaliblemente conoce: y he aquí surgir la im-

---

(1) \* El insigne Manzoni (*Dialogo sull' invenzione*), nos presenta una aplicacion histórica de tal verdad en el tristemente famoso Robespierre, donde junto con lo monstruoso, se echa de ver lo misterioso, que misterio es incomprensible la union de algunas dotes naturales con el exceso de su maldad. Para explicar este misterio, dice el ilustre autor, hay que recurrir á los principios filosóficos: aquel impio habia aprendido de J. J. Rousseau, que el hombre nace bueno, sin inclinacion alguna viciosa.... Sobre el fundamento, pues, de este axioma, habíase firmemente persuadido á que quitadas de en medio las instituciones artificiales, único impedimento á la bondad y felicidad de los hombres, y sustituidas estas por otras conformes á las tendencias siempre rectas, y á los preceptos sencillos, claros y por sí mismos fáciles de la naturaleza.... el mundo se tornaria en un paraíso terrenal. Cuya idea no es extraño que naciesen en ánimos que no creían el dogma del pecado original.... Persuadido, como he dicho, que tales instituciones eran el único obstáculo á un estado perfecto de la sociedad, y que otras instituciones diversas serian el medio de seguro de conducirla á semejante estado, empleó el poder.... en remover el obstáculo. Y he aquí cómo, negada la corrupcion de la naturaleza, espérase la felicidad sólo con mudar de Gobierno. Medite sobre esto El Constitucional Pontificio, que pedia la libertad por exigirla, decia (*Miscelánea de Florencia*, pág. 224), la naturaleza. «Y vos, (apostrofábanos), reverendos Padres, ¿podeis creer que teniendo como tenemos instinto que nos mueve hacia ella, no hemos de gozarla jamás?» Medite, decimos, que todas las hombres tienen el instinto de la propiedad, de la vida, honra, del conubio, de la venganza, de la fuga de los peligros, etc. Sin embargo, un filósofo no sólo eminente, sino divino, mandó á aconsejarse que nos resignásemos con no tener jamás el goce de tales instintos. ¿Cuándo! Cuando el peor ofendiese el derecho de otro ó nos privase del bien moral, que vale más que ningún goce.

prenta libre y la libre discusion, queridas por derecho inalienable de la naturaleza!

851. ¿Y quién podrá impedirnos poner por obra lo que infaliblemente se conoce y libremente se expresa? Hemos aquí, pues, independientes de toda autoridad ó ley no sancionada por nosotros mismos; hé aquí por consiguiente abolidas con su respectiva autoridad todas las formas orgánicas de la sociedad antigua, familia comun, provincia, Estado.

852. Pero un consorcio humano no anda sin organismo. Luego una vez abolido el organismo natural y obligatorio, se hace preciso fabricar otro artificial y voluntario. Hé aquí, pues, la sociedad que se divide en facciones elegidas por cada uno *según su opinion*. Las unas fuertes y audaces lucharán en público: las otras no toleradas y cobardes tendrán el *derecho inalienable* de conspirar en secreto.

853. Esta sociedad dividida en facciones que ó abiertamente se combaten ó conspiran en las tinieblas, es la que elige los diputados y es representada en las Asambleas; y las facciones que atrapan el triunfo en las elecciones mandan al representante á defender sus intereses *bajo la pena de destitucion*.

854. Los intereses son, pues, *en fuerza de la institucion*, la norma suprema de las leyes en tales *Gobiernos representativos*. Ciertó, sí, los intereses; mas no los del público, sino solo los del respectivo partido. Por donde las leyes provienen no de la justicia universal, sino de la combinacion fortuita de mas ó menos intereses, á los que conviene esta ó aquella disposicion propuesta a la deliberacion de las Asambleas.

855. Hé aquí el hilo del discurso que hasta ahora hemos seguido y que quise aquí presentar de relieve y en miniatura, no tanto por enlazarlo con el que luego ha de seguir, como para recordar al lector que largo y larguísimo como es este hilo, todo él sale de la tela que forma la venenosa araña del racionalismo independiente, que con tan frágil sustancia ha conseguido prender y tener cogidas en sus redes á casi todas las sociedades europeas. Pasemos ahora á considerar, siempre bajo las influencias heterodoxas, la ejecucion concreta de



leyes así constituidas, ó sea el poder ejecutivo en toda su amplitud. Y para circunscribir y ordenar en lo posible nuestra materia, contemplemos este mismo poder ejecutivo, 1.º, respecto á lo que propiamente se llama *Gobierno*, destinado á ordenar las personas; 2.º, respecto á la *administración*, ú ordenamiento de las cosas; 3.º, respecto á la *milicia*, que debe sostener el derecho contra la violencia; 4.º, respecto al *poder judicial*, con que se hacen prevalecer los derechos que se consideran de más vigor. El exámen de estos cuatro objetos capitales completará el tratado de los *Gobiernos representativos*, cuya estructura está naturalmente dividida en *poder legislativo y ejecutivo* (1).

Y comenzando por la parte más capital, esto es, por el Gobierno propiamente dicho, observemos que este, en los modernos Estatutos, pertenece en realidad casi exclusivamente al ministerio responsable. Y debiendo ser este considerado en el poder que tiene para gobernar y en la docilidad de los súbditos para ser gobernados, este capítulo resulta exactamente dividido en dos partes.

---

(1) Todo lo que aquí vayamos diciendo puede servir para ilustración del *Ensayo Teórico*, v. IV, lib. III, cap. VI, y lib. IV, cap. III y IV.

## MINISTERIO RESPONSABLE.

## § II.

*Poder de los gobernantes.*

856. Después del cansancio general de una sociedad despedazada por innumerables partidos, uno finalmente ha obtenido completamente el triunfo (Dios sabe con qué medios, pero esto poco monta, según el principio heterodoxo); y así ha podido finalmente *ilustrar al pueblo*, es decir, darle á entender las falsedades que quiera: victorias en vez de derrotas; reales órdenes que expresan lo contrario de lo que piensa y quiere el Rey ó la Reina; oscurantismo, reacciones, conjuraciones que solo existen en sus cerebros, y otras luces á este tenor. La voluntad ilustrada del llamado pueblo ha elegido bajo estas influencias mentirosas una mayoría procedente de dicho partido, y ha contraído por aquí la *sagrada obligación* de creer que es suyo todo lo que se haga por esta fracción ó facción de la sociedad. Y la facción usando y abusando de su triunfo da á luz de buenas á primeras en el espacio de dos á tres meses un tomo en folio de leyes nuevas (1) concebidas de mucho tiempo, y que en la imposibilidad de echarlas fuera la atormentaban con los dolores del parto y con las bascas del vómito. Ahora, ¿de qué modo serán ejecutadas estas leyes?

(1) «Los ingleses mudan las leyes lo más tarde y lo menos posible..... nosotros mudándolas casi todas (las leyes antiguas), somos después mucho más decididos é inquietos por esto.» (C. Balbo, en la *Revista italiana*, añ. 11, v. 1, pág. 21.) \*

857. La ejecución de la ley es un acto con que el gobernante produce con su voluntad el movimiento en los súbditos mediante la fuerza moral. Así, para conocer cuál será la mejor ejecución de estas leyes, es preciso comprender cuál sea la fuerza moral ejercitada por el superior sobre el súbdito, teniendo en cuenta las disposiciones morales, tanto del agente *motor*, como del que por su virtud es movido.

858. En el sistema católico este movimiento se comprende por todos. Santificada la autoridad por la religión, llega á ser inmóvil á los ojos del súbdito, irresistible por la cooperación de todos los hombres de bien, inmutable por la inmutabilidad de la moral y de las conciencias, determinadas ambas por formulas solemnes publicadas constantemente durante el espacio de diez y ocho siglos por una Vox sensible que tiene dirigiéndose á todos los príncipes, á todos los pueblos el mismo lenguaje. Aquí el movimiento se imprime con mucha facilidad por la *inmóvil* autoridad al *móvil* súbdito. Pero en la sociedad reformada á la *moderna* es preciso olvidar esta inmovilidad del poder, porque el elemento del derecho, la dependencia natural llega á abolirse; y el nuevo edificio se fabrica en seguida sin argamasa (1).

859. Entretando el axioma de Archimedes es ley indeclinable de la naturaleza: *sin apoyo no se da palanca*: Des *ubi consistam*. Ahora, ¿qué haremos para acomodarnos á esta ley natural sin alterar la *sagrada independencia* de las muchedumbres? El ingenio no les falta á los regeneradores, los cuales han acudido á un expediente maravilloso para unir en un mismo sugeto los dos atributos contradictorios, *móvil é inmóvil*. ¿Quereis una autoridad *inmóvil*? han dicho á los pueblos: teneis razon; vedla aquí: *el Rey será inviolable*.

840. Pueblo. — Como *inviolable*! ¿quereis, pues, volvernos al *absolutismo*?

*Constitucionales*. — ¡Librenos de ello el cielo! *inviolable* quiere decir que no puede mandar nada.

---

(1) Part. I, c.<sup>ta</sup> X, § II.



*Pueb.*—Pero en tal caso, ¿porqué le llamais *autoridad*? ¿Por ventura no se llama *autoridad* al derecho de mandar?

*Const.*—Si ciertamente, y de hecho el Rey tiene este derecho; pero no puede usar de él sino por medio de sus ministros.

*Pueb.*—¿Y si los ministros no quieren hacer lo que el Rey quiere que hagan?

*Const.*—El Rey puede decirles que hagan su dimision y elegir otros.

*Pueb.*—¡Sí! ¿Eh? ¿Y si la Cámara no los acepta y quiere que a toda costa vuelvan los antiguos?

*Const.*—Entonces el Rey tendrá que conformarse.

*Pueb.*—Pero esto quiere decir en conclusion que el Rey no tiene derecho de mandar; porque no es derecho lo que puede violarse sin ofensa de la probidad.

*Const.*—Cabalmente por esto decimos, que el Rey reina y no gobierna. Si gobernase seguiríase uno de estos dos inconvenientes: ó lo llamais y lo reputais verdaderamente inviolable, y entonces se convertirá en Rey absoluto y podrá hacer la ruina del Estado; ó quereis asegurarnos de que no arruinará al Estado, y en este caso será preciso hacerlo responsable y justiciable por el pueblo. Para evitar ambos inconvenientes, he aquí la invencion de la sabiduria moderna: *reine y no gobierne*.

841. *Pueb.*—Así le habeis dado un *derecho que no es derecho*, y con esto quereis que yo trague una autoridad inmóvil que ni siquiera es autoridad. Por lo visto os habeis olvidado que en nuestros dias *el juego no anda entre bobos*; y el pueblo, a quien habeis ilustrado, quiere cosas y no palabras. ¿Donde está, pues, la autoridad inmóvil que debe mover, y sin la cual es imposible el movimiento de la unidad social?

842. Parece evidente que por esta vez el pueblo lleva razon. El mando es realmente aquí de los ministros; y por consiguiente no puede decirse que su autoridad sea inviolable, inmóvil, como quiera que los ministros son responsables ante el pueblo mismo á quien deben mover. Lo cual significa que el punto en que estriba su movimiento es como el del globo

aerostático, cuya direccion no ha podido nadie determinar hasta ahora, cabalmente porque descansa todo él en las alas del viento que debería resistir. Tal es el Gobierno á la moderna: como cualquiera otro Gobierno acomete la empresa de guiar la sociedad en los mismos casos en que esta quisiera descarrilar (pues cuando anda por su pié dentro de la vía, no necesita guía); pero á condicion de no negarse á las cosas que son queridas por la misma sociedad. ¿Qué maravilla es, pues, que estos Gobiernos sean como los aereonautas, que vuelan majestuosamente mientras son impelidos por el viento, pero ceden y aun á veces caen miserablemente cuando pretenden combatirlo? Por donde se ve que el Rey que *reina y no gobierna*, la *autoridad* inviolable pero *impotente*, los ministros que gobiernan pero que son gobernados, en suma, todo esta conjunto de contradicciones no es más que una aplicacion especial de la lucha entre la naturaleza y las teorías heterodoxas, lucha que hemos representado por el picapedrero que se ejercita en sacar del mármol una tabla redonda y cuadrada á la vez.

843. Y pues hablamos de la ejecucion real de las leyes, detengámonos aquí para considerar las disposiciones reales que esta contradiccion debe engendrar en el ánimo de los *motores*: y quede reservado el párrafo que sigue á este para hablar de los *movidos*. Hagase por comprender en su sentido moral el axioma de Arquímedes que he citado, y se verá que este axioma expresa una verdad práctica notoria.

844. ¿Qué queremos decir cuando pedimos un punto de apoyo inmóvil? Queremos decir que un gobernante debe sentir su propia fuerza, su propia vida, y estoy por decir su propia inmortalidad, y estribar en ellas para dirigir á sus súbditos. En el fondo de su conciencia tiene que decirse á sí mismo: «Cualquiera sílaba que salga de mis labios con fuerza de la ley, estoy seguro de que resonará luego en lo más íntimo de las conciencias, y que todos mis súbditos dirán para sí: *Debo obedecer*; y aun los mismos que sean osados á violar este deber, sabrán que cometen una falta y sentirán interiormente el remordimiento que á tal violacion se sigue.» Este senti-

miento de la propia fuerza moral que elevado á su potencia suprema hablaba ya desde las rocas de Savona y de Gaeta á doscientos millones de súbditos sin tener una sola bayoneta, haciendo temblar á sus opresores; esta fuerza moral, dico, se comunica á todo gobernante católico, el cual está bien persuadido á que participan de ella, porque lee en la conciencia de sus súbditos el decreto venerado de la doctrina eclesiástica: *Quia resistit á la autoridad resistit á Dios*. Y estando persuadido de su fuerza, lo está asimismo de su *inmortalidad*, y no teme que de un día á otro la totalidad de sus súbditos le niegue la debida sumisión, salvo aquellos casos extraordinarios en que ó su tiranía le acusa de abuso excesivo del poder, ó una bondad excesiva deja el campo libre á todas las conspiraciones.

845. ¡Cuán diversa de esta es la condicion del gobernante á la moderna! Retírese en buen hora el Rey inviolable á dormir con la cabeza reclinada sobre la misma almohada donde antes se dormían, no menos *inviolables* que él, Luis XVI, Carlos X, Luis Felipe! ¡dormirá cierto con la espada de Damocles pendiente sobre su cabeza, porque escrito está que en medio de su inviolabilidad reina y no gobierna! Y cuanto á sus ministros, que gobiernan y no reinan, ¿cuál será la conciencia que tengan de su propia vida ministerial y de su fuerza? ¿De su vida! Los calendarios disputan entre si por cuál es entre ellos el que cuenta en cada año más ministerios. ¿Y cuán firme apoyo encuentra dentro de ellos mismos esta lección de la historia contemporánea! Sabedores como son de las intrigas de donde salieron, del partido de que apostataron, de las promesas que violaron, de las esperanzas que tornaron fallidas, quizá de los juramentos y de los sectarios á que faltaron, sienten vacilar el banco en que se sientan, y comprenden qué provecho pueden sacar de las pocas horas de vida ministerial que les concedió la fortuna. ¿Y se quiere que con esta intima persuasión se consagren á ordenar la cosa pública? Pero ¡ay! ¿quién hubo jamás que trabajase seriamente para fabricar castillos de cartas y burbujas de jabon? *Nadie*, responde el profesor Melegan quizá sin advertirlo, *nadie seria tan insensato*



que quisiera poner fuego desde la tienda del poder, en que está un día, al techo bajo el cual se cobijaron sus antepasados; á donde no podría luego él refugiarse (discurso 8 de Diciembre de 1850). Lo que quiere decir, que un ministro, á no estar loco, no dictará con relacion al bien público ninguna orden que comprometa sus propios intereses el día en que vuelva á su condicion de particular. Acabemos: *el ojo del amo engorda el caballo*, y si se quita la propiedad cesa el celo por cultivarla; esta es una ley inmutable de la naturaleza, reconocida por todo economista entendido.

Ahora bien, quierase ó no se quiera, el derecho de mandar se parece á todos los demas derechos de propiedad; y debe, por consiguiente producir los mismos efectos: si el propietario no está cierto de recoger, no se dará mucha prisa ni trabajo por sembrar.

Si á esto se añade las penas infinitas con que debe un ministro responsable defender su precaria existencia en un Parlamento que le quita las mejores horas del día y acaba con el vigor que necesita su entendimiento para batallar con la oposicion, la cual puede de un momento á otro mudarle el banco ministerial en el banquillo de los reos, fácilmente se entenderá si podrá con todo esto conducir al bien la cosa pública.

846. Mas aunque concibiese la idea de lo que debe hacer, ¿que conciencia tendrá de su fuerza para ponerla por obra? La fuerza de las ballonetes y el poder del oro bien podrán caer en sus manos y servirle para sujetar adversarios y comprar aduladores; pero la verdadera fuerza moral que encadena al trono del Eterno aun las conciencias mas obstinadas, esta fuerza se la niega categóricamente y en alta voz la idea *regeneradora*. «Tan independientes como tú son todos tus súbditos; la ley que pones en ejecucion es la victoria fortuita de una pluralidad material; la interpretacion que le das es una opinion tuya puramente individual contra la cual hay mil opiniones mas fuertes que ella; el poder con que la sostienes es una tiranía precariamente apoyada en la condescendencia de los que le sostienen ó en la paciencia de otros que le toleran.» ¡Bello panegirico por cierto de la fuerza moral del gobernante

que este oye en lo interior de su conciencia luego que ha abrazado como principio la independencia absoluta de la razon individual!

Al son de esta respuesta de muerte, fácil le será comprender las disposiciones con que tiene que persuadir á sus subditos. «Estoy cierto, dirá para su capote, que nadie me obedecerá sino es el que tenga algo que temer ó que esperar, porque á nadie obliga moralmente la conciencia de la mayoría: las conciencias son libres.» Ahora bien, ¿con qué valor podrá mandar quien así conoce su propia flaqueza? ¡Oh! en qué abatimiento tan profundo tiene que caer el gobernante católico renunciando á la sublime conciencia de fuerza moral que su fe le infundiría en el corazon! Bien es cierto que esta conciencia de la propia fuerza envuelve la terrible consecuencia del deber; mas el deber que pone espanto en el ánimo de los poderosos con la idea de un Juez eterno, da bríos á su valor para contener á los malos. El profesor Melegari se propone esta misma dificultad, pero niega nuestra asercion diciendo:

*No se crea que por esta causa se disminuye en las naciones proyectas la fuerza de los Gobiernos, ni descaece el principio de la autoridad. Pero ya saben nuestros lectores que este ilustrado profesor no supone privada á la sociedad de los medios internos y morales que suministra la religion. Las pruebas á que recurre, tomadas de Inglaterra y de Bélgica, lejos de debilitar confirman nuestras doctrinas. Porque Inglaterra es quizá, como dijimos en otro lugar, el ménos reformada á la moderna entre los Estados europeos, y Bélgica se constituyó para que obtuviera la libertad su catolicismo, y solo de algunos años á esta parte ha comenzado allí la guerra sorda del Josefismo contra la Iglesia: guerra poco favorable ciertamente á la libertad que tanto encarece el profesor subalpino. La debilidad de los ministros á la moderna no cesa, pues, como hemos probado mientras no se establece la autoridad del principio católico.*

Y esta que hemos dicho del ministro para con los subditos, ¿con cuánta mas motivo puede decirse del ejército de em-

pleados que deberían formar con el ministro un solo cuerpo informado por un solo espíritu!

El poder ejecutivo no pertenece solamente á los ministros, de los cuales se deriva á los empleados mediante cuya acción la voluntad del Gobierno llega hasta mover á la multitud. Ahora bien, es fácil observar que teniendo cada empleado su opinion y su interés propios, la buena marcha del Gobierno se hace si no imposible, á lo menos puramente accidental. Si el ministro tiene la fortuna de encontrarse en las oficinas con funcionarios que opinen como él, la fortuna conducirá bien los negocios; pero si los empleados piensan de diverso modo.... considérese cuántos tropiezos y encrucijadas habrán de presentarse al pobre ministro en su camino!

—Pero será un ministro que no sepa lo que trae entre manos: pues por poco que conozca cómo anda el mundo, ¡oh! ¡no lo dudeis! si no le obedecen por adhesión ó por opinion, le obedecerán por interés ó temor.

Harto que lo sé; y no es este el menor de los inconvenientes morales con que los Gobiernos á la moderna inflacionan á la sociedad. Diferencia entre los gobernantes hubo y habrá siempre bajo todas las formas, bajo la influencia de toda clase de principios. Sin embargo, entre los católicos reconociéndose como se reconoce universalmente un término comun de felicidad en la otra vida, una direccion uniforme de la ley suprema, un tribunal definitivo de autoridad inapelable que encadena las conciencias, cuando el gobernante se apoya en estas bases, obtiene la obediencia de las conciencias sin forzarlas á contradecir sus propias convicciones. Mas dejando vosotros á las conciencias todas sus convicciones contrarias, si obteneis la obediencia del sólo temor ó del interés solo, es introduciendo en los empleados un espíritu servil de fingimiento, un hábito cobarde de negar la propia conciencia, que no puede menos de extenderse como gangrena por toda la sociedad, donde el organismo burocrático se ramifica como el sistema nervioso en el cuerpo humano.

No os sucedería ciertamente esto si todos los agentes públicos entendiendo la importancia de sus funciones las cum-



pliesen como un deber, en vez de codiciarlas como una renta. Pero este modo de mirar las grandezas de la tierra como un peso de que hemos de dar severísima cuenta al *Juez de las justicias*, esta idea que solo el Catolicismo pudo introducir en las relaciones prácticas de la vida, los regeneradores la han destruido de raíz encomendando el movimiento social al principio de *utilidad*. ¡Verdad es que no cesan de inculcarlo á los gobernantes supremos con aquella solemne petulancia tan á propósito para indisponer á la plebe contra los grandes á causa de sus defectos, á veces exagerados, pero harto verdaderos; en lo cual siguen estos aristarcos el ejemplo de aquel cronista de que antes hice mencion, porque despues de haber cortado la cabeza á los gobernantes quisieran que estos se la besasen; despues de haber quitado á la sociedad toda influencia de ideas católicas, quisieran que por ellas se guiasen solo los gobernantes! Mas tratándose de empleos subalternos, oh, entonces no se detienen en la influencia natural del principio utilitario, antes proclaman las consecuencias de este principio en fórmulas explícitas é inteligibles para todos.

¿Quien no oye, en efecto, altamente preconizado el *derecho de todos á todos los empleos derivado del derecho que tiene cada uno á la felicidad*? ¿Qué explicacion tendrian estas fórmulas si los empleos se mirasen con ojos católicos como una carga espantosa? Entre los que así verdaderamente los miran, es muy frecuente huir de las grandezas; y aun hay clases enteras de la sociedad que renuncian á ellas por profesion ó por voto; de lo cual murmuran nuestros regeneradores achacando á *vileza tal abnegacion*. De otra parte, la sentencia moral, solemne un día generalmente en la sociedad cristiana, *no ambicionar elevarse uno sobre su condicion*, nacia en gran parte de la terrible idea de que á cada grado de elevacion social corresponde un grado de mayor severidad en la cuenta que hay que dar.

Pero despues de haber vociferado en todos los tonos contra el Catolicismo propagador de la *carta indiana* y del *ilofismo*; despues de haber convidado, ó mejor, arrastrado á los bancos de la Universidad á todo paleta, ponderándole las beatitudes

de la pluma y de la carta, harto más ligeras que el arado y la azada; después de haber puesto en las plazuelas y tabernas los más altos oficios de la legislatura, mandando á los candidatos (que se presumen mejores) á mendigarlos ó al menos hacerlos envidiables del populacho como un beneficio; después de toda esta sarta de documentos utilitarios, ¿no es por ventura una solemne contradicción salir luego como un Catón, ó más bien como un Séneca predicando con gravedad á las conciencias, en que no creen, la gravedad de *deberes* que fueron hasta entonces *derachos* y *dinero*? Y cuenta que las contradicciones no prevalecen en el pueblo; y pues el hombre sensitivo domina en el vulgo, este aceptará mucho más dócilmente la práctica utilitaria que las estoicas predicaciones de sus regeneradores. El vulgo correrá sediento á los empleos como á manantiales de beatitud, beberá á sorbos ó á torrentes, como mejor le parezca, harto más solícito por percibir el estipendio que por cumplir el deber del oficio. Y luego, en cuanto á las intenciones del gobernante supremo, este se hará instrumento del vulgo, adulándolo vilmente mientras lo vea en auge; y este envilecimiento moral formará la condición ménos dolorosa de la sociedad gobernada. Y si las esperanzas y la seducción libran del temor del ministro al empleado, este será un estorbo para todas las providencias ministeriales, y podrá á veces descomponer toda la máquina administrativa.

Véase ahora cuál es esta debilidad del gobernante: depender por tal manera de las mil eventualidades de la fortuna: de los que le nombraron ministro, de los que lo sostienen provisionalmente como ménos malo, de los que lo combaten como enemigos declarados ó como insidiosos rivales. ¿No poderse fiar de sus propios agentes incierto de si le sirven ó le venden! No saber nada positivo, no hallar nada inmutable en las ideas de aquellos á quienes manda, nada fuera del desastroso principio de independencia que hace hasta imposible á estos ánimos desenfrenados imponerse á sí mismos ninguna sujeción.

847. Mas la debilidad moral engendra el despotismo material: este es un axioma reconocido en buena razón no ménos que en la historia; y cabalmente por esto la Iglesia, cuya fuer-

za moral es casi divina, maneja los medios con suavidad y longaninidad admirables, sabiendo bien que, llegado el día de pronunciar un oráculo, verá inclinarse ante ella á todas las almas católicas. Por el contrario, el menosprecio absoluto de todo derecho condujo al terrorismo francés á la proscripción y al patíbulo permanentes. Hé aquí la primera raíz de aquel génio despótico notado, también por otras razones como esencial á los ministerios á la moderna, por el ilustre publicista español en su célebre discurso en las Cortes. *Los ministros, decía, deben ser despotas porque son responsables; y teniendo que responder de todo, deben poderlo y dominarlo todo.*

Los ministros, añadiremos nosotros, deben ser despóticos, porque pudiéndolo todo en el orden material, carecen absolutamente de fuerza moral. Ahora bien, para mover la máquina social, es precisa una de las dos fuerzas. Luego careciendo de la moral, habrán de moverlo todo con la fuerza material, que es cabalmente, cuando se emplea sin derecho, el más grosero de todos los despotismos. Por lo cual no debe maravillarnos, ni es razón juzgar con excesiva severidad, aquellos despotismos que vemos de vez en cuando despertar las iras y las náuseas de los buenos, especialmente católicos, en quienes la conciencia del derecho suele hablar en voz alta y con tanta delicadeza. Cuando el ministerio piemontés, ó para ganarse el favor de los malos, ó para llevar á cabo designios políticos, violaba bruscamente Concordatos, metía en la cárcel Obispos sin forma de proceso, imploraba medidas *extralegales*, etc., etc., obedecía, á más de otros instintos, al de la propia debilidad, que en todos tiempos indujo al despotismo á los ministros de los Monarcas católicos que la tomaban con la Iglesia. (Ni cómo ha de dejar de ser despota el que dice allá en sus adentros: «Una sola palabra que pronuncie esta Iglesia, mi enemiga, resuena en el corazón de doscientos millones que inexorablemente me condenan; y yo para imponerle silencio solo tengo á mi disposición guindillas y embargos y patíbulos, sin otro resultado que el de hacer más ruidosa la violencia y más notoria mi infamia!»

848. Pero aun hay otra raíz del despotismo todavía más



fecunda en los sentimientos de un ministro constitucional; y es la ira que naturalmente se despierta contra el obstáculo, especialmente si se reputa injusto, que impide el bien que se codicia. *El furor es uno de los caracteres de la impotencia*, dice à otro propósito Lenormant; *cuanto más se encarniza la serpiente contra la lima, tanto más daño y sangre se hace en la boca*. Aquella perpétua lucha que ántes insinué, al paso que le pone de manifiesto su debilidad y le amenaza con su caída, mantiene su despecho, originado asimismo del principio racionalístico. Porque si bien este principio le prescribe el respeto de todas las opiniones, pero también le concede el derecho à una arrogancia sin límites al asegurarle que su razón es infalible. Alguna contradicción hay en tener por verdaderos estos dos aforismos: *Tú eres infalible*, y tus contrarios *son también infalibles*; ¡paciencia! yo no puedo variar las doctrinas de los que lo son míos. Ahora bien, oponiendo ellos un obstáculo à la ejecución de alguna orden ministerial, el ministro que juzga (aun con verdad y buena fé) que su mandato debe resultar provechoso à la sociedad, por necesidad tiene que irritarse contra los que *resisten à la evidencia*, y atribuir la resistencia à interés, maldad, rencor, etc.: cosas todas que han de inclinarlo à mal tratar con la fuerza à los que no pueden someter con la razón.

849. ¿Quién osaría lisongearse con ánimo de esta manera dispuesto à hallar en los ministros imparcialidad de Gobierno igualmente justo para con todos los partidos; ora lo ayuden, ora lo combatan? Y cuenta que esta imparcialidad es una de las primeras dotes que se requieren en el que ejecuta las leyes; pero lejos de hallarla en los ministros constitucionales, hemoslos visto forzados à declarar altamente aquella de: *À cosas nuevas hombres nuevos* (1).

850. Bien que la brutalidad de este aforismo tiránico es tan repugnante, que se hace preciso tentar vías menos bárbaras à lo ménos en la apariencia. Y pues todas las dificultades nacen de las opiniones discordes de la *oposición*, procúrase cambiar

(1) V. parte II, esp. II, §. 5.

las opiniones, no ya impidiendo que se publiquen materialmente, sino interceptando la comunicacion moral de ellas, es á saber, la que se propaga con los diarios en el pueblo, con la educacion y la instruccion en la edad juvenil, con la fe eclesiastica en todas las conciencias y generaciones.

Para interceptar la primera, sirven aquellas artes tan conocidas de rigor extremo en las multas y penas impuestas á los diarios contrarios; de órdenes secretas al correo, de compra notoria de las plumas mas castizas y acreditadas, y de otras artes semejantes que sin decir: *Te prohibo imprimir* impiden á la prensa dar fruto en la multitud.

851. Y para interceptar la difusion de las doctrinas contrarias á los sistemas de los gobernantes en las generaciones nuevas, se abrazan las dos tiranías sobre el entendimiento y sobre el corazon, que con una sola palabra se llaman *Monopolio universitario*. Una persona sencilla y poco práctica que no haya nunca penetrado á fondo la verdadera idea de la libertad heterodoxa, se indigna y no acierta á comprender cómo en nombre de la libertad del pensamiento se haya introducido ó se vaya introduciendo, donde quiera que los Gobiernos se liberalizan, esta esclavitud tan repugnante á la naturaleza y al Catolicismo. Mas á poco que se reflexione lógica é históricamente se comprenderá que el monopolio de la instruccion es parto no solo legitimo sino tambien necesario de la idea reformadora desposada con el Gobierno católico. Los protestantes no necesitan de esta ayuda, porque descaradamente dicen al mundo que todo Gobierno tiene derecho sobre todos los entendimientos en materia de religion y de fe: con qué lógica lo digan, dejo al lector que lo juzgue, y á Grocio, Barlamachi y consortes que lo sostengan (1).

(1) *Iudicio principum sciunt quam doctrinam et privatum ad suam salutem aeternam, et publice in populo Dei tueri debeant.* Bekenio ap. Grotius. *De imp. autum. pol. ecc.* Cap. V, § 4, cf. Cap. VI, § 2. Y para que nadie sospechase que á esta absurda tiranía se le hubiese dado de mano, á lo ménos por respetos humanos, en un siglo que habla siempre de libertad, véase como en el centro del protestantismo el ministro de cultos Baumer renueva su profesion

Pero en países católicos donde tales escasos parecerían hostiles, el despotismo de los ministerios constitucionales no tiene otro recurso que el de organizar contra la enseñanza de la Iglesia otra enseñanza, á la cual con una sinceridad que no ha sido bastante admirada, se le ha dado sin ceremonia en nuestros días así en Francia como en Italia el nombre de SACERDOCIO LAICAL. *Sustitúyese la universidad (á la iglesia); decía un celoso Obispo francés, solo cuerpo docente, título que ella se arroga con no sé que aire de afectada complacencia, tomándolo prestado del lenguaje de la Iglesia, que así llama á sus Obispos unidos al vicario de Jesucristo.*

*He considerado oportuno notar esta arrogancia en una institución que pretende dominar tan orgullosamente las inteligencias, y que, gloriándose de haber robado al altar el fuego sagrado del saber secularizado para siempre, se empeña en apartar de las ciencias todo soplo divino, y osa llamarse IGLESIA LAICAL, pronta á sustituir su enseñanza á la revelación, y la filosofía á la Religión de los franceses (1)* Hasta aquí son palabras del valeroso Obispo de Marsella. Esta empresa insensata que ha conducido á Francia entre mil batallas al borde del precipicio, debía haber puesto en guardia á los reformadores de pueblos más universalmente católicos, ya que no por otra cosa, por el temor de despertar el abispero. Pero sería conocer poco la fuerza de las instituciones atribuirles prudencia en la lógica. La lógica no tiene prudencia; y la cadena silogística con que discurren las instituciones es inexorable como el destino. En Bélgica y en el Piamonte fué una necesi-

---

de fú en el Parlamento prusiano invocando en su favor las leyes y costumbres que crearon el reino de Prusia. *L'Eglise prussienne, possède en constitution dans la loi et les usages qui l'ont faite ce qu'elle est, et qui ont créé la Prusse. Ces lois et ces coutumes ont été observées depuis trois siècles. D'après elles le souverain est membre de l'Eglise; il lui appartient comme son dignitaire le plus élevé; il la sert par sa puissance. IL A LE DROIT DE LA REGIR.* *L'Echo du Mont-Blanc, 19 de Abril de 1854.* La sentencia es clara: El Rey tiene derecho de regir la Iglesia. El Rey es Papa en Prusia.

(1) *HAZENOD.—Reclamacion al Rey con motivo del proyecto de ley de enseñanza, Marsella, 1844.*



dad tiranizar la enseñanza, como lo fue en el reformador del siglo pasado José II. Sólo que en este la tiranía era menos torpe, porque resultaba menos contradictoria: á la Iglesia como al súbdito, deciales francamente: *yo soy dueño de tu alma y de tu cuerpo: cree y obedec*a. Pero en los liberales que se llaman católicos, semejante tiranía añade á lo repugnante del despotismo el ridículo de la contradicción y lo diabólico de la impiedad, diciendo: *sois libres por mi parte en vuestros juicios; la Iglesia sola es la norma infalible de ellos, mas yo comprimiré con cadenas vuestras cabezas y su voz*.

Lo que hemos dicho sobre el monopolio del periodismo y de la enseñanza, puede decirse con mayoría de razón de este otro invento de la Reforma, la Iglesia nacional. «¿Qué cosa es?» pregunta otro Obispo no menos generoso que el anterior. «¿Qué cosa es una Iglesia nacional? Es el refinamiento del despotismo. Usurpadores ambiciosos del poder que desean poseerlo tranquilamente, se ingenian como pueden para asociar á Dios mismo á sus invasiones manejando con la misma mano el cetro y el cayado pastoral; y de esta suerte como órganos que pretenden ser de Dios y señores de los hombres, encadenan y reducen á esclavitud el espíritu no menos que el cuerpo. Por la mañana una ley sobre rentas, por la tarde otra sobre liturgia; hoy se vota un camino de hierro, mañana se suprime un sacramento, al decreto administrativo sucede un decreto sobre el dogma; á las imposiciones de tributos la abolición de una fiesta que guardar; abren y cierran á su antojo los templos pidiendo prestada á la *iglesia nacional* cadenas para maniatar á los pueblos (1).»

Hé aquí una idea exacta de la institución que hemos visto constantemente del mismo parto que la reforma, y decorarse muchas veces con el título de *católica*, regalándose el *catolicismo germánico*, el *catolicismo francés*, y recientemente entre los apóstatas republicanos en Londres, la Iglesia católica de la joven Italia bajo el apostolado de Gavazzi. Póngase en

(1) Mons. Haas, Obispo de Annecy; en su pastoral de Cuaresma, 1854.

manos de los ministros esta Iglesia nacional, désele por Papa un Cameroni ó un Tarcotti, y es indudable que se ha encontrado remedio á la libertad de pensar que cual demonio incubo sofoca á los trabajados ministros. Con candor admirable lo declara el Sacerdote Asproni en la sesion de 14 de Marzo de 1851, exhortando con edificante catolicismo á la Cámara piamentesa á ingerirse hasta en los Seminarios para encadenar completamente la enseñanza teológica. *Conozco, son sus palabras, que el estado de nuestra sociedad no está todavía preparado para sostener la concurrencia del influjo contrario á la libertad civil de los pueblos.* Lo que traducido al lenguaje vulgar, quiere decir: *Si dejamos al Clero que hable libremente, la opinion es suya; luego pongámosle una mordaza.*

832. Dispensemos á estos miserables un poco de indulgencia y de compasion, pues son quizá antes victimas de sus principios que verdugos de sus súbditos. Se ven forzados á tiranizar blandamente las almas para no verse en la necesidad de despedazar bárbaramente los cuerpos. Haciendo esclavas de sus doctrinas á todas las generaciones nuevas, esperan verse libres de la necesidad de desterrar Obispos y meter en la cárcel á periodistas; males materiales que, segun los modernos, son tanto peores que los morales cuanto más poseidos están los modernos de este gran principio: la felicidad del hombre en la tierra no consiste en vencerse á si mismo conforme á la razon, sino en gozar guiado del sentimiento. Pero acerca de este monopolio hablamos largamente en la parte primera, capítulo VII, *Teorias sobre la enseñanza.* Fue, sin embargo, preciso recordarlo aqui para explicar á nuestros lectores este otro fenómeno extraño producido por la disposicion engendrada en los reformadores por el principio liberal. Como hemos visto, dada este principio, todo ministro debe sentirse privado de fuerza moral; esta debilidad, unida á la responsabilidad, le fuerza á hacer un uso descompasado de la fuerza material; la ineficacia de esta fuerza irrita al que se juzga omnipotente, y lo hace parcial y prepotente; mas su prepotencia no le vale, y héle aqui finalmente comprando las plumas y circuavalando los entendimientos.

853. Tales son, sino erramos, las disposiciones *naturales* de los gobernantes en el *poder ejecutivo* destinado á mover á los súbditos. Aquellos constitucionales apasionados á cuyos ojos fuera de la Constitución ningún Gobierno es lícito, ninguno útil, ninguno posible, hallan aquí un buen campo donde luchar con gloria y con éxito en vez de ponerse rancos á fuerza de gritar llamándonos oscurantistas y serviles, calumniándonos sin lealtad y argumentando sin razones, bien pueden en este como en otro cualquiera artículo acudir á la arena donde les hemos arrojado el guante y oponer á cada uno de nuestros argumentos ó un franco *mentis histórico* ó una vigorosa razón filosófica. Cojan las historias en la mano, y digannos francamente si los gobernantes antiguos vacilaban al par de los modernos: que los Sully, los Colbert, los Pitt y los Fox duraron tanto, no digo como los Rattazzi y los Sineo, sino como los Balbo y los Montanelli: digannos si el Nestor de los ministerios liberales estaba tan firme como Metternich en su Silla durante los cinco ó seis años (*mirabile dictu!*) de su vida, y que no fué combatido jamás por los partidos de Thiers, de Lamartine, de Barrot, ó de otros que querían arrancarle las carteras: recuérdennos el profundo respeto con que fueron siempre tratados en las cámaras y en los periódicos, no diremos los Rattazzi y los Sineo, sino los Balbo, los D' Azeglio, los Capponi, los hombres en suma que habían llevado al ministerio un nombre ya honrado por otros títulos en Italia.

854. Pero estas preguntas parecerán acaso indiscretas á nuestros adversarios: claro; los partidos contrarios deben siempre murmurar por interés censurando todo lo que hacen los gobernantes. ¡Muy bien! cerremos, pues, la historia, y vengamos á las razones. Probemos con ellas que ministros atacados, vituperados, molados por mañana y tarde con censuras venenosas por la prensa, y con ridiculas caricaturas por la litografía, no pierden nada del respeto y amor del pueblo que tienen que gobernar; ó bien que un pueblo gobernado por ministros que él conoció familiarmente en la plaza pública y de quien hizo burla, siente no obstante vivamente el deber de obedecer sin necesidad de civiles ó bayonetas; y qua



para cumplir este deber, viene en su auxilio la influencia de aquellos caciques que cogen por las narices á los partidos, con aquel celo del bien público, con aquel sacrificio de intereses personales que todo el mundo conoce.

Y si también esto fuere difícil de probar, si aun pareciese que un ministro saturado de oprobios, censurado diariamente por mil periódicos, envidiado por partidos rivales que á cada paso le arman un lazo, carece de fuerza, no digo para ligar las conciencias, sino para atraerse las voluntades y el aprecio, entonces podrá recurrir á otro argumento que resta todavía, demostrando que el ministerio responsable no apelará á la fuerza material, no comprará periódicos ni diputados, no encarcelará Obispos ni editores, no destituirá empleados ni magistrados, no dispondrá columnas volantes ni estados de sitio; y que esto no obstante el pueblo estará bien gobernado sin fuerza moral ni material: ó bien que este empleo de la fuerza material, no apoyado en un derecho socialmente reconocido, es cosa completamente diversa del despotismo ministerial.

855. Hé aquí, como hemos dicho, un excelente campo donde pueden cubrirse de gloria nuestros adversarios. Sólo nos parece bien prevenirlos contra las insidias de algun retrógrado que pudiera quizá sugerir otra respuesta y sacarles de este pantano por el maligno placer de reírse de ellos por detrás. «En vez de responder á las razones de este, podría decir «el retrógrado secarron, retorced el argumento y contestadle «que siempre han sido gobernados los pueblos por gente que «estiman poco, que á menudo zaltieren y á que sólo obedecen «por la fuerza; y con todo está los Gobiernos caminaban con «aquel feliz éxito del que los oradores de la antigüedad no se «cansan de contar *mirabilia*.»

856. ¡Ay de los liberales si acogiesen semejante sugestion! pues luego al punto negaríamos el hecho y el derecho. Lejos de sostener estas maravillas, nosotros hemos establecido la tesis contraria, es decir, que entre los hombres siempre será imperfecto todo Gobierno; y cabalmente por esto la Religión católica nos da fuerza para tolerar los defectos de los gobernantes legítimos con el pensamiento de nuestra esencial de-

pendencia y de la común corrupción original. Negaríamos además que la obediencia de un católico se funde principalmente en la estima que hace de las personas de sus gobernantes; y saldriamos del paso con el estribillo de una conciencia, una y constante, que mantiene en el ministro la idea de su fuerza y de su vitalidad. Y así la traza aconsejada de retorcernos el argumento, resultaría ser una evasiva y nada más.

Firmes, pues, señores liberales, firmes allá en vuestra insula flotante, de la *independencia nativa esencial, inalienable de vuestra razón*: en este caballo de batalla entrad en el lugar del combate y oponed tauza á lanza. Pero cuidado con no acertar los golpes á alguno de nuestros aliados al combatir con vuestros adversarios; pues más de una vez nos ocurrió tener de nuestra parte conviniendo con nuestras censuras á los mismos que salían al campo como defensores del Gobierno representativo. Permitásenos poner algunos ejemplos, los cuales podrán hacer cautos á nuestros contrarios en el uso de sus armas.

### § III.

*Confírmase lo dicho con los hechos.*

857. Hemos dicho poco há que es una consecuencia del principio heterodoxo armar al despotismo ministerial de una plenipotencia doctrinal mediante el monopolio de la enseñanza, á condición solamente de que este monopolio se llame libertad. Ahora bien, venga aquí en confirmación de nuestro aserto el discurso del senador Boncompagni á la Academia de Filosofía Itálica (1).

Ya debe ser conocida á nuestros lectores la *Academia de Filosofía Itálica*, nacida en Génova bajo las inspiraciones del

(1) *El Risorgimento* de los días 5, 6 y 7 de Agosto de 1854.

famoso conde Terencia Mamiani, cuyo nombre revela bien, á quien no lo conociere por otra parte, el espíritu de semejante reunion. En ella discurrió el 22 de Junio acerca de la libertad de enseñanza el senador Boncompagni, por entonces ministro, á cuya *moderada probidad* mereció infausta fama la ley sobre enseñanza que despertó los temores de la Iglesia en el Piemonte y las reclamaciones solemnes del reinante Pontífice en la conocida Allocucion consistorial. Basten estas pocas indicaciones para dar á entender que el discurso del senador debia intitularse más bien contra la libertad que sobre la libertad de enseñanza; si es que no se quiera creer que el A. haya querido condenar en la teoria la ley tan vivamente promovida por él en su ministerio.

Esto no obstante, siendo aquel, segun parece, moderado de buena fé, se ha valido de todo género de artes para ocultar no á otros, sino á sí mismo la tiranía heterodoxa de sus doctrinas, y nosotros queremos persuadirnos de que él las cree verdaderamente liberales y católicas. Por desgracia su sistema es tal, que no admite ni lo uno ni lo otro, y para mayor desventura la filosofia no vendrá á sacarle del apuro. A bien que la oracion pronunciada por una Academia por el pretendido filósofo, liberal y católico, no es sino un tejido de contradiccion, despotismo y heterodoxia, que hace no mas dudar en cuál de los tres elementos predomina. Esto se verá con mas claridad por las observaciones que sobre ella irémos haciendo; pero acaso á los mas sagaces, bastará para convencerse de ello el buen resumen que aqui hacemos, y pueda comprenderse en las siguientes proposiciones.

La cuestion de la enseñanza libre se reduce á la de la libertad de pensar que puede plantearse en estos términos: *¿Los mandatos y las prohibiciones de la autoridad pueden interponerse en la obra del pensamiento que propaga una idea, una conviccion, una creencia? El pensamiento humano es esencialmente libre..... El mandato de una autoridad cualquiera no puede impedirle que acepte las creencias que juzga verdaderas..... La autoridad por su parte sin atender á razones rechaza toda opinion contraria al fin que se propone conse-*



guir y la condena como acto contrario al orden y merecedor de castigo.... ¿Cómo se pondrá término á este antiguo antagonismo? Con la conciliación de los dos principios.

Viniendo luego á demostrar esta conciliación el A. observa que toda la vida activa se informa de estos tres elementos, *derecho, moral, Religión*. El derecho se funda en la moral, la moral y el derecho en la Religión. Por lo cual el pensamiento que reniega de aquellos principios camina hacia atrás en la vía que le señala su propia naturaleza; altera los fundamentos de toda humanidad y civilización; se reduce á la imposibilidad de fundar una creencia en que pueda toda el mundo convenir. Oficio de la autoridad es mantener aquellos principios, defenderlos siempre que la ignorancia ó las pasiones intenten destruirlos ó violarlos. El pensamiento no tiene el derecho de violarlos, la autoridad es veneranda cuando los mantiene.

Pero ¿cuáles son en las sociedades modernas los poderes que ejercitan esta autoridad tutelar? Son dos: la Iglesia cristiana y los Gobiernos civiles.

El carácter propio de la autoridad de la Iglesia consiste en tener por instituto mantener y establecer una creencia, dar por medio de ella dirección á los pensamientos íntimos, á los íntimos sentimientos del alma humana. Esta empresa la llevó á cabo durante el espacio de muchos siglos con grande utilidad del género humano certificando, autorizando y divulgando las doctrinas profesadas por algunos de los más ilustres filósofos de la antigüedad, imprimiendo un sello de autenticidad á la inviolabilidad de la persona y del pensamiento humano, ordenando la sociedad doméstica con la proscripción del divorcio y del concubinato, y restaurando la sociedad civil con la idea verdadera de la autoridad. Pero en los tiempos modernos, en muchos de los pueblos mas civilizados, y principalmente en la parte mas culta de ellos, disminuyéronse el respeto y la autoridad de la Iglesia cristiana. ¿Cuál fué la causa de esto? Sin duda alguna las diferencias entre los factores de la opinión libre y los príncipes de la Iglesia. ¿Y de quién fué la culpa? Yo creo que en esta, como en todas las discusiones del

*mundo, la culpa está algun tanto en ambas partes. (No sé si el autor recordaba que entre todas las discusiones del mundo, una, y la más universal é irreconciliable, es la de Cristo con Belial. Desearíamos saber si tambien en ella hay alguna parte de culpa por ambas partes. Los moderados dan á entender que así lo creen; pero ¿cómo piensa el A.?)*

Los partidarios de la libertad, añade, *exageraron sin tasa los derechos del pensamiento humano no reconociendo lo bastante la necesidad y la divinidad de la autoridad conservadora del sentido comun y de la humanidad. La Iglesia por su parte....* Y aqui comienza el autor la série de capitulos que hace contra la Iglesia, como pudiera hacerlos un Sarpi ó un Melancton; y concluye que de la discordia entre la Iglesia y los liberales nació la irreligion y el indiferentismo, que hoy deploramos (por culpa, ya se sabe, en alguna pequeña parte de la Iglesia y en otra pequeña parte de los liberales).

Pasa despues á considerar la libertad del pensamiento con relacion á la potestad civil; y admitida como un *axioma consagrado por la Constitucion la libertad del pensamiento en la prosencia del Gobierno*, protesta sin embargo contra todos los extravios del pensamiento mismo. *El Gobierno no tiene jurisdiccion alguna sobre el pensamiento mientras este no sale al público. Mas si una vez expresado públicamente tiende á pervertir la conciencia ó excitar las pasiones al delito, si impugna los principios en que se funda el consorcio del Estado, en tal caso la autoridad que la rige no puede dispensarse de aplicar la pena.*

*No creo, prosigue el autor, que pueda haber ocasion de grandes diferencias acerca de estos principios (mas no todos nuestros lectores serán del mismo parecer); pregunta por otra parte si las penas deberán imponerse solo en defensa de los principios que son comunes á todos los consorcios civiles, ó bien de los que dan forma á la constitucion política. Y responde, que solo en defensa de los primeros, con tal que entre él los esté comprendida la obediencia á las leyes, y se condenen las doctrinas que tiendan á indirectamente á disminuirla.*

Pero ¿será lícito condenar las doctrinas irreligiosas? Si, cuando ofendan una fe, que se conserve ileza, y subsista con viva fuerza en la conciencia del pueblo: en los demás casos no, porque la sociedad no se funda en las creencias, á las que muchos y á menudo las personas más cultas son contrarios ó indiferentes. (Por lo visto el senador Boncompagni imagina que los pueblos son árbitros de fundar la sociedad en las doctrinas religiosas que se les antojen: esta es cabalmente la famosa doctrina de Rousseau, que concede al pueblo el derecho de crear la bondad y la justicia. Yo creía que el arquitecto debe elegir el terreno que sirve para la construcción del edificio, y no se me había ocurrido que el terreno sirve para esto porque es elegido del arquitecto.

Prosigamos en el exámen del discurso de la academia. «Deplorables son los escándalos que estos incrédulos han producido en la sociedad moderna; mas los que quisieran reprimirlos en vez de persuadirlos, se muestran poco persuadidos por su parte del poder que tiene la verdad sobre los entendimientos. La libertad absoluta sería ciertamente mejor; mas por ahora no es posible. La incertidumbre de los principios morales y civiles en que se funda toda sociedad, por culpa en parte de los enemigos imprudentes, y en parte de los defensores indiscretos de aquellos principios, es todavía harto grande para que el sentido común posea la virtud de resistir á los extravíos de la opinion. (Y el señor senador espera suprimir esta incertidumbre con una definición de un ministro?)

Hasta aquí la parte tocante á las relaciones de la libertad de pensar con las dos autoridades eclesiástica y civil. Ahora bien, ¿qué derechos saca de aquí el Gobierno en materia de enseñanza? Si esta parte fuese únicamente la expresión del pensamiento libre, nada tendríamos que añadir á lo dicho. Pero la enseñanza puede mirarse bajo dos aspectos; esto es, primero en cuanto prepara sujetos idóneos para las profesiones sociales y contribuye á su educación; segundo en cuanto inspira ciertas doctrinas determinadas que pueden disponer el ánimo de los súbditos en favor de los designios del Gobierno. Bajo este segundo aspecto, el A. no concede gran atención á



las influencias gubernativas; más respecto al primero, concede á los Gobiernos la facultad de nombrar y vigilar á los profesores públicos, y establecer los exámenes oportunos á que deben someterse los futuros funcionarios del Estado.

La última parte del discurso, discute la libertad de la enseñanza eclesiástica, la cual puede darse, dice el A., ó á todos los cristianos en el templo ó al Clero en las escuelas. Esta segunda puede dividirse en estudios preparatorios y en teológicos. Cuando el gobierno civil entró en las Universidades, dominó naturalmente todos sus estudios; pero quedaron libres las escuelas dirigidas por los Obispos. De donde nació aquella rivalidad entre las escuelas seglares y eclesiásticas, que á su vez engendró los malos humores que, después de haber sido concedidas por los Gobiernos las instituciones libres, se manifestaron en las pretensiones á favor de la libertad hechas por la Iglesia misma en materia de instrucción pública. ¿Es conveniente concederle la libertad que demanda? La concordia con la Iglesia no puede obtenerse sin esta libertad: es así que esta concordia es necesaria; luego se debe conceder la libertad. Bien se, continúa el A., que pidiendo la libertad para todos, los prelados invocan para sí mismos un derecho divino, con que pretenden abrazar la enseñanza completa de las escuelas, no menos que la predicación en las Iglesias. Pero la sociedad moderna no admite ninguno de los derechos divinos así constituidos; sino sostiene que si hay derechos que la ley no puede menos de reconocer (entre los cuales está ciertamente el que la Iglesia ejercita respecto á la educación de los clérigos), no hay derecho alguno que no se ejercite bajo la tutela de la ley, que esta tutela no debe la ley concederla sino bajo las condiciones requeridas para la conservación del orden público. Aun sobre la misma predicación tiene el Gobierno el derecho y el deber de vigilar y dictar las providencias oportunas. Pero reservados estos derechos al Gobierno, es siempre un gran hecho que á nombre de la Iglesia se invoque la libertad de enseñanza..... Los que dirigen la Iglesia, queriendo ó no queriendo, establecen así premisas en que..... la Religión estrecha alianzas con la libertad.

Hé aquí en breves palabras la sustancia de este largo discurso, que no relatarémos de propósito, porque anticipadamente lo combatimos en el primer volumen con las citadas *Teorías sobre la enseñanza*, que el senador parece haber seguido paso á paso, aunque con intento contrario. Si los lectores vuelven los ojos á lo que digimos, verán que también allí se reduce á la cuestión del libre pensamiento, discutiéndose sucesivamente casi los mismos puntos considerados aquí por el A. Ahora sólo añadiremos algunas reflexiones para deplorar los extravíos á que un sistema híbrido conduce necesariamente sus secuaces bajo los tres aspectos propuestos al principio de *filosofía, de liberalismo, de ortodoxia*.

¡El A. es filósofo! Y sin embargo, ¡qué extraño modo tiene de discurrir! No se comprende cómo puedan residir y andar juntos en un cerebro filosófico tantas inexactitudes y contradicciones. *¡El pensamiento es esencialmente libre!* ¿Qué quiere esto decir? ¿Entiende por aquí el A. que el pensamiento es libre de toda necesidad interior! Mas ningún filósofo ignora que la inteligencia *por sí misma* es una facultad que hace sus actos necesariamente. ¿Quiere decir que el pensamiento es libre de coacción? Pues ya lo sabíamos: pero esto no hace al caso decirlo, porque la *autoridad no es coacción*. Parece, pues, que por la expresión *el pensamiento es esencialmente libre*, el A. quiere decir que es *libre moralmente*. Pero en tal caso, ¿como podrá el A. llamarse católico? ¿Puede acaso ser católico el que no reconoce una ley impuesta por la fe á su pensamiento? Hé aquí, pues, sentada desde el principio una proposición cuyo valor no puede sostenerse cuando se comprenden sus términos.

La segunda proposición igualmente fundamental es igualmente extraña ó ciertamente inexacta. *La autoridad, dice, rechaza toda opinión contraria á su fin sin escuchar los argumentos en que se funda.* ¡Oh! ¡Oh! Despacho. ¿De esta suerte entiende Boncompagni la autoridad? Nosotros creíamos que la autoridad media el fin por la verdad, y no la verdad por el fin. Así también lo entiende en otra parte el A.: corresponde á los gobiernos *variar según las doctrinas*, no á las *doctrinas*

variar según los gobiernos. Si esta última proposición es verdadera, la autoridad no puede rechazar las opiniones á su antojo; y mucho menos podrá rechazarlas sin prestar atención á los argumentos en que se fundan; y menos todavía castigarlas como contrarias al orden.

Dije antes, *si la doctrina es verdadera*, porque el filósofo itálico añade á este axioma innegable una cláusula que lo transforma en gravísimo error. *Los Gobiernos, dice, deben variar á medida que varían las doctrinas*, EN LAS QUE CONSIENTE UN PUEBLO. He aquí repetido en toda su crudeza el torpe axioma de Hobbes y Rousseau, á saber, que la justicia es creada por la multitud. Aun en este caso si los gobiernos no pueden adaptar las doctrinas á sus designios, es falso que la autoridad tenga derecho á rechazar las opiniones sin poner oído á sus argumentos.

De lo que resulta que el antagonismo propuesto por el A. como objeto de conciliación, no tiene otro fundamento que lo erróneo de sus doctrinas. Si hubiese comprendido que el pensamiento debe obedecer á la verdad; que en la verdad deben apoyarse la autoridad que gobierna y el pueblo que obedece, habría comprendido, que no hay entre los dos otra causa de antagonismo, que la ignorancia ó el despotismo; y que cuando una autoridad conoce la verdad infaliblemente y la presenta á un entendimiento dócil y razonable, éste está obligado á aceptarla, y no es por consiguiente esencialmente libre.

De donde habría debido inferir, que si la Iglesia cristiana es infalible en las doctrinas religiosas y morales, tiene el derecho de imponer sus doctrinas á todo católico. Mas tomando el A. por base de credibilidad, no la autoridad de la Iglesia, sino *las ideas en que consiente el linaje humano*, no debemos maravillarnos de que conceda á la Iglesia aquella autoridad tan escasa que en breve veremos le reconoce examinando su discurso. Por ahora bástenos haber puesto de manifiesto cuán inexactas son sus ideas y cuán contradictorias sus proposiciones consideradas filosóficamente en los principios establecidos por el A. mismo.

Pregunta el orador si el Gobierno debe condenar la expre-



sion de los pensamientos contrarios á la Religion, y responde distinguiendo: si esta Religion se conserva sin contradiccion de parte del pueblo, si; si muchos y entre las personas más cultas las contradicen, no. Hé aquí de nuevo á la Religion juzgada por las muchedumbres y abandonada á merced de cuatro sabiendos incrédulos á quienes habrá que sacrificar la conciencia de un pueblo entero. Pero dejemos este error, y consideremos únicamente la contradiccion del A.

¿Por qué razon no ha de castigarse en el segundo caso la expresion del pensamiento irreligioso, aunque escandalosa y nociva? Porque la fuerza de la verdad se abre por sí misma camino, dice el A., quien parece censurar el *escepticismo* de los que quisieran defenderla con la fuerza. Mas por Dios, señor senador, si tanta es la fuerza de la verdad en las aplicaciones secundarias y oscuras de Religion y de fe que no necesita de defensa, ¿cuánto mayor debe ser en los *primeros principios* adoptados por la conciencia de todo un pueblo? Y sin embargo, vos sin ser *esceptico* queréis que los principios y la fe universal se defiendan con la fuerza. ¿Puede darse mayor contradiccion que defender á quien es fuerte y está sostenido por un pueblo entero, y abandonar al débil combatido por muchos? ¿que defender los principios que por su universalidad abstracta son ménos combatidos y más fácilmente abrazados, y no defender las verdades particulares en que prácticamente dan su fruto bueno ó malo los principios? A la verdad, es el caso que vos mirais como criterio de la verdad á la opinion pública y no á la Iglesia, y solo de esta suerte pueda salvarse vuestra proposicion de la nota de contradictoria incurriendo en la de herética.

De estas contradicciones pudiéramos sacar muchas otras contenidas implícitamente en las proposiciones siguientes: que no es posible combatir la verdadera libertad y la verdadera religion sin contradecirse quien las combate. Mas para abreviar, dejándolas á la consideracion del lector, pasemos á examinar el liberalismo del A. en lo que concede á los Gobiernos.

El Gobierno, dice, no tiene competencia alguna con rela-

ción al pensamiento no expresado. Pero cuando públicamente se expresa, tiene derecho á aplicarle una pena si lo juzga contrario á los principios de Religión, de moral y de derecho. Aquí se vé en pocas palabras el liberalismo del A. El Estado no debe coartar el pensamiento mientras no puede conocerlo. Y cuando lo conoce debe dejarle la libertad *si está conforme con las ideas de los gobernantes*. ¡Bella libertad por cierto! La misma que ciertos liberales piemonteses dejan á los católicos y á la Iglesia; el A. no hace aquí otra cosa sino regalarnos en una breve fórmula la teoría que el despotismo de dichos liberales hace sufrir de hecho á aquel país.

Esta teoría adquiere por otra parte en las doctrinas del A. un color de contradicción manifiesta, pues antes nos había dicho que la sociedad se apoya en aquellos tres principios, el primero de los cuales es la Religión, verdadera base. Presupuesta esta verdad indisputable, Boncompagni debería reconocer, ó que la Iglesia no es para los católicos maestra infalible de Religión, ó que el Gobierno debe establecer todas sus leyes é instituciones conforme á las enseñanzas de la Iglesia. Pero el A. piensa muy de otra manera; y considerando que la sociedad caería si fuesen destruidos aquellos principios de Religión, de moral y de derecho, saca por consecuencia que es oficio del Estado defender las doctrinas que sean de su agrado en materia de Religión, moral y derecho. Digo *las doctrinas que sean de su agrado*, porque sabido es cuán fácil es atraer las multitudes poniéndolas de su parte, cuán elástico es el *dóden público*, según el cual ha de tener el Gobierno el derecho de proveer, cuán arbitrarias aquellas leyes cuya obediencia quiere el A. que el Gobierno sostenga como un *primer principio*. Considerado á la luz de estas premisas el despotismo del A., ya que no respeta las conciencias y los pensamientos, tiene por lo ménos el mérito de una franqueza nada común.

No quisiera yo ser con él tan severo que insistiese con extremo en la contradicción ya notada en que incurre sosteniendo como católico que la Iglesia es maestra en Religión, como filósofo que la Religión es la base del derecho, como publicis-

ta que el derecho es superior al legislador, y despues concluyendo como político que el legislador forja á su placer el derecho, la Religion y la Iglesia. Comprendo muy bien que el A. sabria defenderse respondiéndome que no concede tal superioridad al legislador contra la Iglesia, sino cuando esta abusa de la Religion y de la moral; pero no advertiria al decir esto el bueno del senador que si se concede al poder civil el derecho de interpretar por si la Religion y la moral, se edifica el pedestal de todo despotismo, donde puede colocarse la estatua de Mahoma, de Enrique VIII, de Isabel, de Pedro el Grande ó de cualquiera otro emblema que más al vivo represente el idolo Estado; y que este despotismo resultaria tanto más seguro en su accion, cuanto más estrechamente juntara en un mismo sugeto la supremacia espiritual y la preponderancia de la fuerza. De lo cual libró al mundo cristiano la sabiduría redentora, confiando la supremacia moral á un anciano inarme, y dejando la fuerza preponderante en manos del que tiene obligacion de obedecerle. Este admirable organismo de la cristiandad, en la cual el poder legislativo está realmente separado del ejecutivo, viene siendo combatido por el regalismo gibelino ó galicano, ó febroniano, ó como se quiera decir, desgraciadamente acariciado por muchos universitarios en el Piamonte, que forman hoy una gran mayoria en las Cámaras y en el Gobierno.

Llámanse liberales; pero hasta la segunda proposicion fundamental establecida por el A. para comprender que todo su liberalismo se reduce á cambiar de amo. Cuando hay osadía bastante para decir que la autoridad, *sin oír argumentos, rechaza toda opinion contraria á lo que ella se propone*, sea la que se quiera la mano que posee semejante autoridad, siempre ha de venir á ser un aro de hierro, ya sea que tenga un solo dedo, ya tenga cinco, ó ciento, ó mil, ó un millon de dedos. En vano se disfraza Boncompagni abusando como abusa de las palabras cuando á semejante opresion la llama una *tutela que concede el Gobierno*: la tutela será siempre una traba, y al concederla á quien no la pide (y ciertamente no la pide la Iglesia), equivale siempre á sujetar. Esta es cabalmente la



libertad que el filósofo itálico, con gran ostentacion de liberalismo, se digna conceder á la Iglesia. Pero bastante hemos hablado del liberalismo de Boncompagni: consideremos ahora su ortodoxia, advirtiéndole que hablamos de sus doctrinas, no de sus intenciones. Estamos persuadidos que protesta de su catolicismo y que reza el *Credo*; mas no dependiendo de él dictar las profesiones de fe, nos permitirá que dejando sus intenciones al que juzga el corazon conforme á su sentencia *qui non crediderit*, la doctrina de los Apóstoles y de la Iglesia, *condemnabitur*, interroguemos al tribunal de esta sobre el mérito de sus proposiciones.

¿Nos permitirá he dicho? Pues he dicho mal, porque de seguro no nos lo permitirá ni podrá permitirnoslo sin contradecirse, por haberse erigido como vimos en juez entre la *opinión libre* y los *principes de la Iglesia*, que son el órgano por donde esta habla, y porque ha fulminado contra ellos una sentencia adversa. ¿Ni qué fuerza puede tener la Iglesia con quien ha tomado tanta parte á favor de Lutero y del filosofismo en la contienda de estos con la Iglesia misma?

Esto bastaria para comprender qué genero de Catolicismo puede haber en las proposiciones de Boncompagni; pero examinemos uno por uno los cargos que hace á los Principes de la Iglesia. El primero consiste en no haber expuesto las doctrinas con aquella sabiduria que hubiera sido necesaria para hacerlas admitir de los sabios. Si los sabios son liberales moderados, claro es que segun esto la infabilidad de la Iglesia debia acomodarse á la infabilidad de los moderados mismos.

2.º De haber insistido sobre el dogma nudo separado de la moral. El cargo es gravísimo: afortunadamente es falso el hecho, pues no hay un sólo *Catecismo* que despues del *Credo* no enseñe el *Decálogo*: y es sabido que en el *Catecismo* es donde los Principes de la Iglesia exponen las doctrinas.

3.º En el dogma mismo insistieron más sobre la fórmula que sobre el conocimiento del ser divino guardando silencio acerca de las relaciones de la fe con el sentido comun y la civilizacion. ¡Oh, aquí si que está el pecado gordo! Los Principes de la Iglesia no han sabido arreglar las doctrinas á la

*civilización. Si hubiesen predicado la redención de Italia, la división de los poderes, la insurrección de los pueblos, la caída de los nobles, las bienaventuranzas de la riqueza, los derechos inalienables de soberanía popular, los sabios (y probablemente hasta los necios) habrían admitido con los brazos abiertos las doctrinas de la Iglesia... liberal.*

4.º *No tuvieron siempre cuenta con la caridad para con las personas y con la equidad con los sistemas discerniendo lo bueno de lo malo, y atribuyeron á las cosas temporales la misma importancia que á las divinas. ¿Por dónde sabe esto el senador Boncompagni, sino es por haber citado ante su tribunal á los príncipes de la Iglesia? No tomare yo aquí el oficio de abogado, que bien sé que también son hombres; pero si observaré que si una falta cualquiera de este ó aquel prelado hace culpable á todo el cuerpo, no hay ya autoridad alguna sobre la tierra: observaré que es extraña justicia la de un senador atribuir á los prelados la falta cometida por uno ó dos prelados; y añado, que si el A. atribuye la falta á todos los prelados, pásase á las filas de los luteranos y calvinistas.*

5.º *Mantuvieron la fé por la fuerza en vez de conservar-la con la persuasión, es decir, juntaron la coacción ejercida contra los discolos á la persuasión con que enseñaron á todos; y esta mezcla del vino con el óleo, tan recomendada por los Apóstoles y los Padres, es, bien que lo sabemos, un pecado imperdonable en los ojos de los moderados, como en otra parte indicamos. Mas no hay remedio: quieran ó no quieran, la Bula de Juan XXII, los decretos del Concilio de Trento, el establecimiento de la Inquisición romana, han escrito en caracteres indelebles el anatema contra una moderación hija de la indiferencia religiosa y madre de la anarquía y de la impiedad.*

6.º *Hacían de la dominación absoluta de los Monarcas un principio que no se podía combatir sin ofensa del cristianismo. Ante la estúpida vileza de esta última imputación confésote, lector de mi alma, que tengo que hacerme fuerza á mi mismo para transformar en compasión cristiana los sentimientos de indignación y desprecio que me inspiraría, bajo la pluma de una persona no ignorante, una calumnia tan impuden-*

te. ¿Tan peregrino es el senador Boncompagni en este mundo europeo y en su historia, que ignore que los Prelados de la Iglesia protestaron siempre contra el verdadero despotismo, ó sea contra todo poder arbitrario no regulado por las leyes eternas de justicia y de caridad? ¿Ignora acaso que la famosa *Bulla cense* fué, mientras lo permitieron el liberalismo heterodoxo y la adulacion gibelina, una protesta contra este arbitrio? ¿Ignora que el absolutismo del poder civil fué el ídolo de aquella adulacion galicana, que los universitarios piamonteses no cesan de presentar mientras la Iglesia no cesó de reprobarla? ¿Ignora que cuando los viles representantes del pueblo corrian en París á besar los pies de un déspota ofreciéndole las riquezas y la sangre, dos genarcas supremos osaron ellos solos desafiar su furor y arrostrar las cadenas y la sagu? ¿Ignora que en aquel mismo tiempo se levantaron aquellos altares que á la vista de los cobardes renadores y legisladores del pueblo resistieron al tirano embravecido á quien no detenian los cañones de todas las Potencias europeas? Y á estos inermes vencedores del mas soberbio y del mas poderoso entre los déspotas se atreve á arrojar tal calumnia en la frente un senador de Turin! ¿Es decir uno quizás de aquellos senadores que en los tiempos apellidados de absolutismo hubieron de rozarse villamente con Febronio y con los galicanos en la última grada del Trono, diciendo sacrilegamente á su ídolo con la primera proposicion galicana: *Tu solus dominus*: los Reyes no tienen superior alguno en la tierra! ¡y calumnia lanzada cabalmente en el momento mismo que todo el Episcopado subalpino resistió generosamente al absolutismo ministerial mas arbitrario que el monárquico, al que villanamente se inclinó abofeteando á la Esposa de Cristo tantos senadores y diputados!

Verdaderamente se necesita un esfuerzo de mansedumbre y reflexion para trocar aquí en piedad la indignacion. Hagamos sin embargo este esfuerzo, amado lector, y deploremos la esclavitud á que se reducen aun los hombres probos cuando los tiraniza, ora el error de las opiniones, ora un cobarde respeto humano para con los repartidores de la fama facticia y de las preeminencias sociales.



A las reflexiones hechas sobre los cargos hechos á la Iglesia añadamos algunas otras relativas á la última parte del discurso donde se trata de la libertad que le es debida.

Tambien aquí comienza el A., segun es costumbre viciosa de los moderados, reconociendo en la Iglesia algun derecho y dándole alguna alabanza. *La Iglesia cristiana, dice, es docente, y no podria renunciar al derecho y á la obligacion de enseñar sin renunciar á la parte mas esencial de su oficio.* Gracias, señor filósofo itálico, por esta confesion importantísima que haceis en un intervalo tucido sin duda; la cual bastaria por sí sola á condenar las circulares con que el ministro Gioia persigue á los Obispos y á su enseñanza teológica.

Reconocido á la Iglesia el derecho y el deber de enseñar (y por consiguiente de juzgar por sí misma de la verdad sin recibirla de los ministros), prosigue el A. alabando las influencias de la Iglesia en las universidades, corrompidas luego que en ellas se ingirió la autoridad de los principes subyugando la enseñanza.

Pero bien presio verdades y elogios se tornan en errores y blasfemias. El primero de los errores es querer reducir la enseñanza de la Iglesia para todos los cristianos al templo, para los clérigos á la escuela. Esta es, ya lo sabemos, la idea de los universitarios, pero ni es, ni jamás fué la idea de la Iglesia, de los Apóstoles y de su divino Maestro. Pues sabiendo muy bien que la moral dirige al hombre en todos sus actos, pronto penetraron aun en los más recónditos ángulos para ordenar la conducta de sus fieles prescribiendo á cada una de sus obras su respectiva norma. Bonita cosa hubiera sido encerrar la enseñanza dentro del templo y de la escuela durante aquellos primeros años en que el cristianismo no tenia escuelas ni templo. Los caminos y las plazas, las tiendas y cenáculos, los convites y conversaciones, los paseos y los viajes, las naves y los coches, todo brindaba á los Apóstoles con la oportunidad de adoctrinar las gentes á las cuales y por todas partes habian sido enviados del divino Redentor (1).

(1) *In mundum universum predicate omni creatura.*

Pues como los Apóstoles entónces, así entiende hoy la Iglesia su *derecho* y su *deber*. Bien lo sabe Boncompagni, el cual se queja de que los Prelados de la Iglesia cristiana *escudados con el Supremo Pontífice, acostumbran siempre invocar por sí mismos un derecho divino, un derecho que no puede limitarse ni sujetar á condicion alguna la ley del Estado*. Pero la ortodoxia del A. no se espanta por tan poco, y á la Iglesia, al Pontífice; al mismo Evangelio atrévese á responder que *la sociedad moderna no admite ninguno entre los derechos divinos así establecidos; que no hay derecho alguno que no se ejercite bajo la tutela de la ley (¡magnífico lo de la tutela! la Iglesia es pupila del Estado!); y que aun sobre la predicacion religiosa el Gobierno tiene el derecho y el deber de vigilar y de adoptar providencias*.

Como se vé, la declaración no podía ser más explícita; es la misma en nombre de la cual mostrabase el sanhedrin sorprendido con los Apóstoles, porque eran osados á predicar despues de habérsele prohibido; la misma en cuyo nombre los Apóstoles y los primeros Obispos fueron enviados al patíbulo para la conservacion del orden público. Despues de semejante declaración, ¿qué maravilla es que el A. concluya diciendo que *los derechos que la Iglesia ejercita en la enseñanza científica no son los mismos que los que ejercita en la predicacion*? Por mi parte, confieso que no veo aquí diferencia alguna. El A. reconoce que el Gobierno no tiene por sí ningún derecho sobre las doctrinas ni aun laicales, y mucho ménos sobre las eclesiásticas; y que todo su derecho consiste en vigilar aun en las escuelas por la conservacion del orden público. Ahora bien, este mismo derecho lo concede el A. á los Gobiernos sobre la predicacion. ¿Qué diferencia hay, pues, para la Iglesia en materia de esclavitud?

¡Cómica ciertamente, por no decir otra cosa peor, es la exhortacion que despues de sentadas tales premisas hace Boncompagni para que se conceda tambien á la Iglesia la libertad de enseñanza! No parece sino que quiere mofarse de ella despues de haberla encadenado: bafa tanto mas amarga si se reflexiona en la última consecuencia que saca el A. en favor de

la libertad moderna absoluta. *Invocando*, dice, *la libertad de enseñanza, los Prelados de la Iglesia, queriendo ó no queriendo, ponen las premisas de un orden de cosas en que cesando la monstruosa guerra que hoy existe, la Religión celebra con la libertad un pacto de estrecha alianza.*

¿De veras? ¿Qué lógica tan terrible es la del señor senador! Por esta cuenta los buenos ciudadanos, que cuando hay gavillas de salteadores piden que se les permita llevar armas, ponen las premisas de un concierto general en cuya virtud sea igualmente lícito llevarlas así á los ciudadanos honrados como á los ladrones y sicarios. Ciertó, así cabalmente con estos mismos sentimientos (como lo ha explicado muy bien en sus casos de conciencia el ilustre señor Parisi) así pide hoy en Francia la iglesia libertad para todos: *ya que á todo zureador de frases es lícito asesinar la verdad y seducir las almas sencillas, no se me prohiba á mí por Dios manejar la lengua y la pluma en su defensa.* Cuál sea en sí misma la sentencia de la Iglesia, bien lo ha explicado esta en la célebre Enciclica citada por el mismo Obispo de Langres del pontífice Gregorio XVI. No me detendré á citar sus palabras, que tendrían poca fuerza contra ciertos católicos que cuentan dicha Enciclica, con otras del mismo pontífice, entre los yerros de los que rigen la Iglesia. Basta, mi propósito que comprenda el señor senador qué fuerza tenga su argumento, sacado de la libertad invocada por los Obispos, y que el lector conozca la ortodoxia que profesa el filósofo itálico.

*Filosofía contradictoria, liberalismo tiránico, catolicismo febrontiano*, esto es en sustancia el discurso que nos regala la Academia de Mamiani en el *Risorgimento* de Turin: á esta sima son arrastrados, acaso contra su voluntad, por las incoherentes doctrinas del justo medio, hombres que se llaman católicos, que disertan como filósofos y pretenden gobernar como liberales.

858. Acabamos de oir á un senador, y vamos ahora á escuchar al profesor Amadeo Melegari, que parece haber tomado á su cargo confirmar casi todas nuestras imputaciones contra el sistema representativo, alterados por el principio heterodoxo,



en una introducción leída por él en la Universidad de Turín, donde era profesor público de derecho constitucional.

Allí nos obsequia con sátiras que parecen elogios, y con elogios que parecen sátiras.

Tal nos parece el escrito de dicho profesor, que si es sátira es admirable por la delicadeza de las punzadas; y si es elogio, es todavía más admirable, por la ingenuidad del panegirista. *El Resorgimento* que la inserta *per extensum*, según costumbre, añade de su cosecha otro panegirico del panegirista, capaz de completar la maravilla de los lectores, si dicha introducción hubiese dejado algun signo de admiración en la caja de nuestro tipógrafo.

Permitásenos llamar su atención sobre estos curiosos documentos aunque debamos parecer encomiadores demasiado simples ó estremadamente satíricos. ¿Acaso habremos de renunciar por un respeto tan leve al sufragio de un adversario que en tantas partes confirma nuestra doctrina, ó á poner de manifiesto la debilidad de los argumentos con que podría impugnarnos?

En todo su discurso propónese Molegari demostrar que la moderación es una excelencia natural de los Estados representativos; tema que explica en la primera parte poniendo en claro el verdadero mecanismo de donde procede á su juicio la moderación; y en la segunda el falso mecanismo de que se origina la moderación viciosa. Si analizando su primera parte convenciesemos á nuestros lectores de que las Constituciones modernas, por efecto del principio heterodoxo de que está inficionada la sociedad, deben caer necesariamente en los vicios censurados en la parte segunda; la oración del catedrático de Turín sería la mas brillante confirmación de nuestras doctrinas sobre los Gobiernos representativos. ¿Ni que otra tesis nos proponemos demostrar sino que estos Gobiernos, no viciosos en sí mismos, vienen siendo corrompidos por la intrusión del principio de independencia irreligiosa? Ahora bien, esto que Molegari ha reconocido en términos equivalentes diciendo que *casi todas las constituciones de Europa* han caído en los vicios que enumera, de lo que echa la culpa á su aba-

*timiento moral*; esto cabalmente resultará evidentemente de su discurso. Demos, pues, gracias al mencionado profesor por haber querido añadir tanta fuerza á nuestras teorías, no solo con las confesiones de ciertas verdades parciales, que escritas por su pluma adquieren para nosotros un valor extraordinario, sino mucho mas porque todo el conjunto de su teoría nos ayuda admirablemente á compendiar y fortificar todavía mas todo el conjunto de la nuestra.

He aquí en pocas palabras la sustancia de su razonamiento en la primera parte: *El Gobierno representativo es esencialmente Gobierno de la opinion pública; pero esta se divide por efecto de los intereses materiales y de las influencias morales que se manifiestan por medio de los partidos; luego el Gobierno representativo es por esencia Gobierno de partidos que tienen cada uno su programa propio y diferente* (1).

Observe el lector en este pasaje cuán cierto es lo que muchas veces hemos dicho; esto es, que semejante Gobierno es esencialmente Gobierno de partidos; que el ser Gobierno de partidos nace de la libertad concedida á las diversas opiniones; que todo partido tiene su modo de gobernar diverso de los demás, de todo lo cual hemos deducido la movilidad de las cosas y de las personas; (*á cosas nuevas hombres nuevos.*) Pero prosigamos el asunto.

Los partidos tenderian á excederse; pero sus excesos indican que la Constitución, sea por la inesperienza de los gobernantes, sea por la poca madurez de las naciones, ha cesado de desenvolverse segun su verdad (2). Y ¿cuál es, preguntará el lector, esa verdad del desenvolvimiento que hace imposible los excesos? Héla aquí, descrita por el A.

En los dos partidos militantes hay un legítimo derecho, tanto por parte del uno, como del otro. La parte que abusa de él, destruiria el orden de donde recibe proteccion su mismo derecho. Así, para impedir que ninguna de las dos partes se extralimite, se establece en la Corona una autori-

(1) Risorgimento del 28 de Noviembre, columna XIII.

(2) Ibid.

*dad moderada, dispuesta siempre á poner de acuerdo el derecho con el hecho, y á entregar el Gobierno en manos de las más fuertes, en manos de aquella parte que, cabalmente por ser más fuerte, usará del poder con más moderación (1).*

Aquí ve el lector corroborada nuestra asercion de que este Gobierno es el Gobierno del más fuerte; pero el A. añade que cabalmente porque es más fuerte, será moderado. Esta en verdad no lo decimos nosotros, ni creemos que el A. haya podido aprenderlo en la historia ó en la naturaleza del hombre; puesto que si el más fuerte fuese más moderado, el Gobierno absoluto sería, aun á los ojos de aquel, el más moderado de todos, por ser indudablemente el más fuerte, y no había para qué buscarle garantías ú oponerle contrapesos. Pero prosigamos con el A.

Teniendo los partidos asegurada la libertad, el partido que tiene el timon del Estado no ve con temor aproximarse el tiempo en que ha de ceder el puesto; porque si cayendo pierde la administracion pública, le queda toda aquella parte de la soberanía que le será respetada y protegida por el partido contrario.... De aquí que no manifestándose natural la vida constitucional sino en donde los partidos están bien ordenados, es felicísima en aquel pueblo que, dentro del terreno de la Constitucion, ve las diversas opiniones divididas en sólo dos grandes partidos. Tal ha sido la condicion en que, á consecuencia de largas y sangrientas luchas intestinas, se ha encontrado finalmente Inglaterra (2).

Siendo doble el aspecto de la opinion pública y los partidos y los intereses de la administracion, la Corona puede siempre subrogar los unos á los otros á la cabeza del Gobierno. Así con este régimen se presentan, ora la conspiracion, ora la revolucion en acto, purgadas una y otra de cuanto pueden tener de inmoral y de violento. Conspira leal y abiertamente contra el que está en el poder el partido que está fuera de él; y cuando este ha llegado á reunir bastantes fuerzas

(1) *Ibid.*, columnas XI y XII.

(2) *Ibid.*, columna XIV.



*para lanzar á aquel de su puesto, interviene prohibidamente el elemento moderador, y hace la necesaria revolucion entregando el poder al partido vencedor. Así la fuerza que amenazaba el orden viene en su apoyo (1).*

He aquí la sustancia de la teoría presentada por el profesor de derecho constitucional, autoridad competente en tales materias, á quien nadie acusará de haber trocado el elogio en sátira por oscurantismo. Los que profesan una política contraria combatirán ciertamente las excelencias que atribuye al sistema constitucional, y nosotros no respondemos de muchas de sus proposiciones, que darían lugar á alguna censura. Pero respetuosos como somos para con todos los Gobiernos legítimos, aceptamos gustosos para aquellos países en donde está legalmente establecida la forma constitucional explicada por Melegari; y á aquellos políticos que sean partidarios de semejante forma, sea en buen hora, les diremos francamente, esa que vosotros admiráis, la mejor forma de Gobierno; sea en buen hora posible que lleguen á ella legítimamente todos los pueblos, que la perfeccionen y obtengan de ella los frutos esperados; pero tened entendida que vuestro deseo será irrealizable, desastroso, fatal, si se extingue en el pueblo el sentimiento católico, si se introduce en él aquel elemento de libre discusión, que los mas ardientes fautores de semejantes formas van predicando como alma ó fundamento del Gobierno representativo. Sí, señores: este Gobierno pudo ensayarse útilmente en el Catolicismo; pero en la sociedad católica, liberalizada con la absoluta libertad del pensamiento, os demostraremos con el mismo Melegari que por necesidad tiene que ser funesto. He aquí la demostración sacada de los elementos consignados en la prelección universitaria.

¿Cuál es la condición importantísima de tal Gobierno? Ya lo habeis visto: debe ser una lucha de dos solos partidos, divididos por los intereses materiales ó por las influencias morales y conciliados por la autoridad régia. Pues yo digo que semejante Gobierno solo es posible en las naciones católicas cuando

(1) *Risorgimento* del 30 de Noviembre, columnas X y XI.

el Catolicismo se conserva fielmente. Y ¿por qué? Porque solo en el Catolicismo pueden las influencias morales hacer conciliable la armonía de los dos partidos en lucha; y hé aquí por qué semejante armonía fué posible en la Edad media. De lo contrario, extinguido en la sociedad el predominio del Catolicismo (y este cesa tan pronto como se establece la libertad del pensamiento), los partidos militantes ya no serán solamente dos, y su multitud será inconciliable; y hé aquí por qué en ninguna de las naciones católicas modernas, que han pasado del Gobierno absoluto al templado, pudieron constituirse ó ser duraderos dos solos partidos.

Que en el Catolicismo pueda alguna vez la sociedad dividirse en dos solos partidos, se comprende fácilmente siempre que queden salvas é inconcusas las ideas morales, puesto que no está vedado á los católicos apoyar con preferencia esta ó aquella tendencia en asuntos puramente políticos, esto es, de puro interés material; cuando de esto se trata, es lícito, por respeto á la opinión del propio partido ó por no perder el mayor bien de la unidad que le es necesaria para el bien común, condescender en una ley que se teme que pueda ser perjudicial. Igualmente se comprende que dos partidos puedan ser moderados el uno para con el otro, por la naturaleza misma de su división, tal como esta puede subsistir dentro del Catolicismo; porque el Catolicismo, concediendo amplia libertad para luchar por alcanzar la justicia en los asuntos de interés material, impide sin embargo toda disension grave en el orden moral. En una sociedad católica es, pues, evidente que la división no puede nacer sino de los intereses materiales. Pero estos son esencialmente dependientes de las influencias morales, en las que todos los católicos concuerdan, y por consiguiente la autoridad moderada tendrá una base fija en que hacer girar á los dos partidos: tendrá un principio admitido por entrambos, con lo cual puede persuadirlos y obligarlos.

Pero borremos del Estatuto el artículo primero, la unidad religiosa; y que los partidos, una vez introducida la libertad del pensamiento, se dividan, como quiere Melegari, no sólo en lo

relativo á los intereses materiales, sino tambien á las influencias morales: ¿cuál será la consecuencia en la sociedad moderna? ¿Podrán los hombres honrados sacrificar siempre sus convicciones para seguir á su propio partido en compacta unidad y tolerar en paz el triunfo del partido contrario? Esta sociedad está esencialmente injerta en la sociedad católica: quieránte ó no los regeneradores, el Catolicismo es una de las potencias sociales, y quizá confesarán ellos mismos que, si no es la suprema, es ciertamente una de las más poderosas. ¡Y cuántas veces deploran con tristes sollozos ó con frenéticas invectivas su indomable vitalidad, imprecando al siempre renaciente partido de las Curas, á las conspiraciones clericales, al jesuitismo, al papismo, voces todas sinónimas para ellos de Catolicismo apostólico romano! Porque el Catolicismo es un partido social en las sociedades donde las otras doctrinas han logrado alguna influencia (1), y nunca podrán hacer los regeneradores que este partido desaparezca y no se encuentre jamás.

Pero, por otra parte, no es ménos necesaria en una sociedad donde se conceda amplia libertad á la manifestacion del pensamiento la existencia de un partido encarnizado contra el Catolicismo. El desenfreno es demasiado grato á todas las pasiones, aun las más torpes, para que estas no se desborden en su carrera tan pronto como sienten roto el freno. Y así como el Catolicismo no puede ménos de predicar muy alto su inexorable *non licet*; así como este autorizado oráculo, uniendo naturalmente todas las almas honestas, forma una opinion pública que gravita como obstinada pesadilla sobre los desvergon-

(1) Algunos se han resentido de la denominacion de *partido católico*, usada en Francia y en Bélgica: unos por el fervor de su fé, que no les permite mirar el Catolicismo como un partido, considerando que deben ser católicos todos los hombres honestos y razonables; otros por refinada hipocresía, á fin de desacreditar á los buenos católicos que resisten á los Gobiernos perseguidores. Pero la verdad es, que si bien los católicos en la sociedad religiosa no pueden ser un *partido*, puesto que no es propiamente religioso el que no es verdadero católico, en las sociedades políticas que dan cabida á todas las opiniones, constituyen necesariamente un *partido*, toda vez que aquellas sociedades reconocen políticamente como ciudadanos á muchos heterodoxos.



zados libertinos, y tiende á aniquilar su facción y la libertad del escándalo, ó al ménos á contenerlo con la fuerza moral, así esta facción debe oponerse, debe naturalmente oponerse con constante reaccion para quitarse de encima, ora con fraude, ora con violencia, el incómodo é implacable censor.

En una sociedad, pues, que admite la libre manifestacion de todas las opiniones, deben encontrarse necesariamente despues de la revelacion católica dos partidos extremos é irreconciliables luchando encarnizadamente por alcanzar la victoria hasta exterminarse uno á otro. Las armas serán diversas: el católico combatirá con un propósito de todos conocido, con las armas de la razon, de la justicia, de la ley; el incrédulo con las conjuraciones de los sectarios y el disimulo de los hipócritas; pero el último fin es el mismo para entrambos: exterminar al adversario!

A decir verdad, esta guerra de exterminio, anunciada ya por Jesucristo cuando dijo que venia á traer no la paz, sino la espada á la tierra, no toma desde el primer impulso todas sus gigantescas proporciones: cada partido comienza por pedir aquellas ventajas más insignificantes que espera conseguir de los adversarios más tímidos y menos resueltos, y precisamente por esto se encuentran siempre en ambos campos los moderados del *justo-medio*, los cuales creen estar en la verdad, pero que solamente huyen del extremo del bien como del extremo del mal; y estos forman lo que se llama el *partido ministerial*, pues el Gobierno tiene que mantenerse necesariamente en este medio, si no quiere declararse resueltamente, ó católico ó incrédulo, condenando al silencio al partido contrario. Pero semejantes moderados, gente precaria, vehiculos de transicion, no duran más que lo que dura la debilidad de los partidos extremos; los cuales, tan pronto como llegan á la plenitud de su virilidad, arrollan á esas bellacas nulidades del *justo-medio*, y corren resueltamente al encuentro de sus verdaderos adversarios, para disputarse el dominio de la república. Esta verdad fué ya conocida por Macchiavello en un discurso al Pontífice Leon X, acerca del modo de reformar el estado de Florencia, en el cual demostraba de la siguiente manera la

impotencia, la insubsistencia esencial de toda forma media: «Ningun estado puede establecerse de una manera duradera si no es, ó verdadera monarquía, ó verdadera república; porque todos los Gobiernos intermedios son defectuosos. La razón es clarísima: la monarquía no tiene más que un camino que tomar para sus resoluciones, que es descender hacia la república; y de la misma manera la república tampoco tiene más que el que conduce á la monarquía. Los estados medios tienen dos caminos, porque pueden ir hacia la monarquía ó hacia la república, de donde nace su inestabilidad.» Como se ve, esta es cabalmente la razón porque hemos dicho que es débil el poder ejecutivo de los moderados, expuestos perpetuamente al doble asalto del error extremo y de la verdad completa.

Consultad la historia moderna de las revueltas políticas, y encontrareis escritas sobre todas sus páginas esa intolerancia dogmática al menos de los partidos extremos; intolerancia que la moderación de gentes demasiado débiles para creer por completo, y demasiado cobardes para ser completamente malvadas, puede censurar y excomulgar á su placer; pero que no destruirá jamás en aquellos países en donde brille la luz del Evangelio. En semejantes países no hay medio: ó triunfa el Evangelio, y la impiedad tendrá que esconderse en las sombras de la hipocresía, de las sectas y de las conjuraciones; ó triunfa la impiedad, y el Evangelio escogerá entre las catacumbas y los patibulos; ó los dos adversarios serán dominados por un partido medio que se sobreponga, y este partido, teniendo mayoría en el Parlamento, hasta el día de su completa ruina, se verá atacado por dos lados, por los dos partidos extremos, inconciliables igualmente con él y entre sí. Por consiguiente, la existencia de tres partidos al menos es una necesidad inevitable en las sociedades católicas modernamente reformadas, y los vicios que de ella se originan, según Maegari, deben encontrarse necesariamente en todas ellas.

El lector habrá notado ya que aquí hemos trazado la historia de todos los Parlamentos modernos, en todos los cuales se han venido formando poco á poco los tres partidos menos mar-

cados si se quiere al principio, y encubiertos con diversas sombras políticas. Pero estas sombras desvanecidas poco á poco dejaron destacarse luego por un lado la legitimidad religiosa, por el otro la impiedad anárquica, y en medio todos los que no comprendían la fuerza de los principios, ó no tenían valor para profesarlos, se mostraban de hecho los más viles y los menos lógicos; *todos aquellos*, diremos con Meli-gari, *que incapaces de tener una opinion propia ó de sostenerla, se acomodaban gustos en ese gran partido que tenía en su hibridismo la razon de su momentáneo triunfo* (1). El profesor turinés que no echó de ver que esa multiplicidad de partidos es consecuencia inevitable del espíritu heterodoxo introducido en las sociedades católicas, lo atribuye á culpa de las naciones, tomando el efecto por la causa y vice-versa. Francia, dice, *reuniendo todos los elementos moderados de los diversos partidos civiles para formar un solo partido gubernativo, condenó á aquellos partidos á la inmoderacion*; debía decir, por el contrario: la inmoderación esencial de los dos extremos condenó á Francia á reunir todos los *elementos moderados*, es decir, capaces de transigir entre la conciencia y la impiedad. Cualquiera que conozca cuáles eran los propósitos del partido volteriano desde el momento que se abrió el Parlamento francés, comprenderá perfectamente que la inmoderación estaba en los partidos extremos antes que el Gobierno comenzase á obrar. Entre estos dos extremos, las opiniones políticas hubieran podido conciliarse si hubiese imperado el Catolicismo, reconociéndose por todos la legitimidad de aquella autoridad que había escrito el Estatuto fundamental, y reconociéndose también por consecuencia la fuerza obligatoria del Estatuto mismo. Pero los volterianos no querían á un Borbon á la cabeza de un Gobierno católico; y mientras hipócritamente aparentaban moderación, preparaban la subversion civil y religiosa con intrigas y por medio de sectas, con un diluvio de publicaciones obscenas, con su oposicion á las misiones y á la Iglesia, que no supo *atemporarse al justo medio*, y luchó con

(1) *Risorgimento* del 50 de Noviembre, columna XI.



aquella generosidad de fé que entonces se llamó tiranía clerical, y hoy se aplaude como única salvacion de Francia.

¿Qué debía hacer en tal caso el ministerio? ¿Dar todo á la Iglesia? gritarian los impíos. ¿Dar todo á los impíos? gritaria la Iglesia. *Se colocó en primer término, dice el profesor, el concepto de un partido medio.... que hizo desbordarse á los extremos, precipitándolos en el sendero de la revolucion. Debía decir, por el contrario, los extremos inconciliables precipitaron al Gobierno en el sendero del justo medio.*

Después de vituperar de igual manera á España, Portugal y á todos los Gobiernos alemanes é italianos, el A. recurre como *contraprueba* á los ejemplos de Inglaterra y Bélgica, donde dos solos partidos, dice, representan todas las opiniones del pais; y atribuye esta felicidad en Inglaterra á la madurez de la nacion, y en Bélgica á la capacidad del Soberano. Pero por poco que en ello se medite, se comprenderá que la felicidad atribuida á aquellos dos Parlamentos, como libres ambos de alianzas bastardas, es consecuencia natural de las condiciones en que nacieron, segun las doctrinas explicadas por nosotros. En cuanto á Bélgica, lo dice explícitamente Melegari: *Su revolucion fué obra de una coalicion de dos partidos, colocados primeramente por un partido medio (el holandés) fuera de la Constitucion.... Después de la victoria, los dos partidos se encontraron divididos, segun sus tradiciones históricas, asumiendo nuestro nombre, el uno de partido católico, el otro de partido liberal (1).*

Pero por lo mismo que en aquel dichoso pais predominaba vigorosamente el Catolicismo, debió suceder lo que hace notar Melegari, que el partido católico gobernase largo tiempo y obligase en consecuencia á los liberales á no manifestar por completo, como hoy comienzan á hacerlo, su odio á la Iglesia y su propósito de despojarla, maníatarla y aniquilarla. El ejemplo de Bélgica, por consiguiente, único en el mundo, no prueba la posibilidad de que exista un Parlamento *constantemente* dividido en dos solos partidos, en una sociedad católica reforma-

(1). *Risorgimento* del 2 de Diciembre, columna XII.

da á la moderna; prueba tan solo que los dos partidos extremos se encuentran allí profundamente divididos por la caída repentina del partido medio. Pero demos tiempo al tiempo, y osamos pronosticar sin ser profetas, que ó los católicos volverán al Gobierno y harán todo lo posible por los medios morales y legales para lanzar de la Cámara todo elemento de incredulidad, de modo que las leyes sean puramente católicas, ó continuarán los liberales ganando terreno y formarán un partido medio más marcado, que reprobará á los católicos por exagerados y á los liberales por anárquicos.

En Inglaterra las cosas han sucedido de muy distinta manera: oprimida y poco ménos que aniquilado políticamente el Catolicismo por las tiranías de Enrique VIII y de Isabel, é inoculado profundamente en el pueblo aquel antipapismo que en su agonia tuvo aun hace poco tiempo tanta fuerza para blasfemar como Argante moribundo en el *bill* de los títulos, el partido católico puede decirse extinguido en el Parlamento. De suerte que á la llegada de los Oranges, cuando el Parlamento dictó las formas del presente Estatuto, operó libremente sin influencia de aquel terrible adversario; Estatuto del cual, por otra parte, los antiguos Parlamentos ingleses han recibido la vida y la forma primitiva cuando sólo el Catolicismo dominaba en Inglaterra. No vamos á recordar en qué época se formó el doble partido, aunque el recurso sería curioso para quien quisiera comprender cuanto ha quedado en las instituciones inglesas de las costumbres y tradiciones católicas, aun despues que el Catolicismo fué sustraído por hombres hipócritas á aquel desventurado pueblo, dejándole sólo, á fin de que no echase de ver la traición, las formas externas de los templos y de la liturgia que sobreviven, aunque como cadáveres y momias.

Pero aun cuando las formas de los antiguos Parlamentos nada hubiesen influido en el moderno, ¿qué maravilla es que al caer los Stuardos se formasen los dos partidos como en Bélgica al caer los holandeses? El Catolicismo, indicado por nosotros como razón de la inconciliabilidad de los dos partidos, estaba como muerto políticamente en Inglaterra, y

apenas tolerado civilmente á despacho de las leyes, ¿cómo, pues, habría podido penetrar en el Parlamento y formar un tercer partido? Pero emancipados los católicos, mirad qué confusión introdujo en los dos ejércitos la cuestión del bill acerca de los títulos eclesiásticos. Dejad que prosiga la invasión del Catolicismo, y me direis después si continuarán las conciencias haciéndose tan elásticas para no dañar los intereses del propio partido.

Ciertamente en Francia, en España y en los Gobiernos italianos, en los que el espíritu católico se mantiene en vigor por la misericordia de Dios, tan pronto como dejó de reconocerse en el Catolicismo la única Religión del Estado, y se concedió al volterrianismo y á la heregia entera libertad, fué imposible que todas las opiniones se concentrasen en dos solos campos; en atención á que los incrédulos quieren sacar adelante los intereses materiales, que podría sufrir el dualismo de las opiniones, por ciertos medios que los buenos católicos no podrán aceptar jamás. De lo cual resulta que muchos que por interés político se afiliaron á una bandera tienen que separarse de ella por sentimiento religioso, y así se irán formando esas *partidos volantes*, con los que jamás podrá conciliarse la estabilidad de semejantes instituciones. Y en cuanto á Inglaterra misma, de que acabamos de hablar, léase un testimonio recientísimo en las siguientes palabras del *Morning-Herald* del 16 de Diciembre, insertas en el *Risorgimento* del 21 de Diciembre de 1851: «Nuestra actual Cámara de los comunes tiene cierta semejanza con la pobre Asamblea de Francia, porque no está en condiciones de hacer el bien del país. Se compone de *múltiples y diversas fracciones*, que algunas veces engendran combinaciones extraordinarias.» Para engañarse acerca de los resultados que esto debe producir, sería preciso estar ciego hasta el punto de pasar por una de las tres proposiciones siguientes: ó que los católicos convendrán en violar la Religión, al menos dejándola en manos de sus enemigos; ó que los incrédulos se resignarán á vivir bajo leyes enteramente católicas, disminuyendo constantemente en número y en importancia; ó, por último, que el gobernante será tan vil como es



menester para declararse católico al triunfar los católicos y perseguidores del Catolicismo, al triunfar los incrédulos. Pero siendo estas tres proposiciones todas igualmente increíbles, las constitucionales tendrán que resignarse á ver el Parlamento dividido al menos en tres partidos, hasta tanto que el Estado no se declare, ó enteramente católico, ó perseguidor encarnizado. Y he dicho dividido *al menos* en tres partidos, porque cuando el Catolicismo se doblga á las influencias del libre examen en ciertos cerebros enfermos, esa misma flexibilidad se muestra con variedad en diversos puntos, queriendo el uno que se conserve lo que por el otro se sacrifica; y así, no solamente tres, sino cinco y diez partidos pueden formarse, cada uno de los cuales, sin ser completamente católico, se separa en aquel punto en que el escrúpulo llega á ser insuperable.

La historia del Parlamento piamontés confirma plenamente lo que hasta ahora llevamos dicho, por más que el catedrático le tribute un elogio tan subido hasta el punto de dárselo como tipo de unidad parlamental. Perdónese la *arcaica* ingenuidad de semejante cumplimiento de un profesor público para con sus mecenas. Los cumplimientos no son siempre mentiras, y tampoco yo, aunque me declare humildísimo siervo vuestro, seré acusado de mentiroso si rehuso lavaros la cara ó limpiaros los zapatos. Uso, pues, aquel libremente de su cortesía; pero permitanós á nosotros ver con nuestros ojos y contemplar en la Cámara piamontesa ese desmenuzamiento de partidos que deploraba Balbo en la *Revista italiana*, como hoy lo echa en cara Brofferio con formas un tanto duras. Menabrea y Balbo, Despine y Palluel podrán entorabuena apoyar al ministerio en los ferro-carriles, pero no en la guerra contra el Papa: Brofferio y Borella, no satisfechos con la guerra contra el Papa, pretenderán todavía más, la expulsion de los Obispos y el despojo de los Curas; esperamos que ni esos cederán á los primeros, ni los primeros á los segundos. En el Piamonte, pues, la alternativa es inevitable: ó gobernar con uno de los partidos extremos, ó formar una mayoría *moderada* que se vea comprimida por entrambas, y por entrambas despedazada.

Hé aquí de qué manera en un país católico, no gobernado católicamente, se debe formar por necesidad aquella *espúrea moderación* que el A. pinta tan á lo vivo y tan justamente detesta en la segunda parte de su discurso, sin notar que en esa pintura de los moderados hace la sátira de su propio partido, cuando se había propuesto elogiarlo; ni le disculpa el protestar inmediatamente de que él no habló del Piamonte, sino de la Inglaterra antigua y de la Francia orleanista. Léase esta descripción de los moderados, que es propiamente un caramelo, no ciertamente para todos los paladares, pero sí para muchos, y entre ellos el nuestro:

«Un partido, sin carácter, sin tendencia marcada, al cual se da el nombre de moderado, como si la moderación consistiese en no tener opinión franca. Nombre en mal hora y muy débilmente escogido para encubrir bajo el velo del amor al país todas las apostasias, las ambiciones más innobles, propósitos menos legítimos. Con este nombre se han juntado naturalmente todos los que, siendo incapaces de tener opinión propia, se acomodaban gustosos á ese gran partido. De donde resulta que las naciones parecen representadas en todas sus fuerzas, y no lo están, sin embargo, más que en sus vicios.» (Nótese bien que se habla de la *representación que no representa*, de la que hemos tratado en el capítulo precedente). «No teniendo los Gobiernos, ni la conciencia de su propio derecho, ni la de su fuerza (1), fueron en cambio débiles más bien que moderados; astutos y no prudentes; no conciliadores, sino corruptores.... Procuró seducir con programas.... Trató de ganar con títulos y pingües empleos.... Hizo mercado de la justicia, de los oficios públicos y de los honores.... Se encontraron con ocultos favores amigos secretos de las facciones más hostiles. Se corrompieron las elecciones, se sobornaron órganos de la opinión pública; fué alentada la inmoralidad política, ridiculizada la constancia en los principios, escarnecida la fidelidad en el

(1) Hé aquí los ministros sin derecho y sin fuerza descritos por la *Civiltà Cattolica*.

«deber.... Inglaterra, después de su dolorosa revolución, se  
 «encontró la primera sometida á tan torpes condiciones.... Y  
 «si el sistema inaugurado por Roberto Walpole, que pagaba  
 «á los diputados para hacer que votasen conforme á su con-  
 «ciencia, según él decía cínicamente, hubiera durado por  
 «más tiempo, aquella noble nación hubiera perdido su li-  
 «bertad.... En nuestros días hemos visto presentarse bajo di-  
 «versos aspectos esta misma plaga en el continente europeo,  
 «en donde las naciones son casi todas impotentes para  
 «encontrar un remedio eficaz, por efecto del abatimiento mo-  
 «ral en que han caído; y se quiso buscar en el principio  
 «disolvente que nace de esta plaga la razón de tantas revolu-  
 «ciones que ahora conmueven tan fuertemente no el orden cons-  
 «titucional, sino el orden social.

«Bajo el manto de la moderación, y dando fatal ejemplo,  
 «se han reunido, constituyendo en diversas naciones partidos  
 «gobernantes, fuertes por el número, no por el valor moral;  
 «parásitos, no devotos; crueles por miedo, no por valor;  
 «torpes, débiles, indecisos, no moderados. . . . .  
 «. . . . . (1).» ¡Basta, por piedad! ¡basta, Sr. Male-  
 gari! ¡Detente, vil é indiscreta pluma mía! Y vosotros, be-  
 névolos lectores, perdonad, perdonad lo largo de la cita por  
 su importancia. Muchas veces hemos querido terminarla, y el  
 interés del pensamiento siguiente nos importunaba para que  
 continuásemos aun á pesar nuestro. No podemos comprender  
 cómo el auditorio del profesor tuvo cachaza para tragarse este  
 panegirico; este sólo acto de heroica moderación basta para  
 bautizarlo de *moderado*. Por nuestra parte, nos regocijamos  
 creyendo ver poco menos que la harina de nuestro saco; ¿No  
 os parece estar oyendo nuestro EXÁMEN crítico, que llama  
 mal capital á casi todas las *Constituciones de Europa*; que  
 atribuye la culpa, no á la naturaleza de un Gobierno tem-  
 plado en esta ó en la otra forma, sino al abatimiento moral  
 de las conciencias? ¿Y aquella corrupción de los electores,  
 y aquel mercado de empleos, y aquel comprar los órganos

(1). *Risorgimento* del 30 de Noviembre, columna XII.



de la opinion, los periódicos? ¿Y aquella inmoralidad política alentada y aquellos amigos sobornados en el partido enemigo? ¿No son todas piedras preciosas que nos deslumbran? Pero lo más hermoso es que no se han echado al acaso aquí y allá sin propósito alguno en un razonamiento disparatado y *heterogéneo*: todas esas piedras preciosas están incrustadas en oro, porque así resulta del tejido del raciocinio, y tienen en él su natural engarce. El orador sostiene que un Gobierno constitucional caerá en todos aquellos excesos siempre que no pueda dividirse francamente en dos partidos políticos que gobiernen alternativamente. Ahora bien: es imposible que en un país católico luche libremente la incredulidad con la conciencia pública, sin que se forme un partido intermedio compuesto de todos aquellos que, ó no comprenden su religion, ó están prontos á venderla por interés material. Luego la *espúrea moderación* en semejantes países es inevitable, segun la doctrina de Melegari: ella es la que debe prevalecer comunmente, la que prevalece hoy en el Piemonte; su carácter y sus cualidades acabais de verlos descritos por el valiente catedrático.

El unico remedio sería que un gobernante incrédulo pusiese alternativamente al frente de los negocios, como quiere Melegari, partidos contrarios, procurando conciliarlos como se concilian los partidos políticos. Pero así como la religion no admite transacciones en las conciencias católicas, la conciliacion tiene que ser siempre precaria y los católicos usarán de todos los medios para convertir á los pueblos y abolir la incredulidad, como ésta usará tambien de todos los medios para encadenar y destruir la Iglesia. Lo que habrá, por consiguiente, no será conciliacion, sino guerra, y el gobernante propinará á sus pueblos á sabiendas, ora pouzoña, ora antidoto, y caerá en el oprobio de la cobardía, ora blasfemando apostata con los incrédulos, ora vigilando hipócrita con los católicos. ¿Es esto posible en una nacion católica, con un Principe católico? Y aun siendo no solo posible sino practicable tanta vergüenza, ¿será un honor para el Gobierno constitucional el necesitar de eso, no ya para prosperar, sino como condicion vital de su existencia?

Hé aquí, pues, á qué se reduce finalmente el elogio del Gobierno constitucional *d la moderna*, compuesto este año por el profesor turinés; á decir que para andar exento en las naciones católicas de los vicios más abyectos, canonizados bajo el nombre de moderacion, debería el Parlamento dividirse en *dos solos partidos*; condiciones imposibles sin apostasia ó hipocresía. Ahora diga el lector si esto es elogio ó sátira.

Y ¡qué diría si leyese en su original los argumentos con que demuestra su asunto! Aseguro que á la sátira se juntaría por contera la ridiculez. ¿Y no bastaría al efecto la sola enunciaci6n del teorema con que el A. se propone *probar que esta virtud* (la moderacion) *es fruto natural de estos sistemas mientras se mantienen en su verdad?* (1). Si yo quisiese hacer el panegirico del profesor turinés y tratase de demostrar *que enseña siempre la verdad mientras no enseña despropósitos*, ¿no se diría que me había propuesto satirizarle? Ciertó que sí. ¿Y por qué? Porque para elogiar á un profesor, es preciso demostrar que enseña la verdad absoluta y no condicionalmente. Por esto Mellegari, ó no debía decir *mientras que*, ó debía probar que el vicio se encuentra rarisima vez. Pero el cándido escritor, no sólo repite de cuando en cuando la condici6n—*cuando* (el Gobierno) *está de hecho en su verdad según su ley natural, etc.*,—sino que repite muchas veces, y ya lo habeis visto, que hasta ahora sólo una nacion se ha mantenido firme *en la verdad constitucional*.

Habeis visto la ingenuidad del asunto; ved ahora la ingenuidad de la prueba: *el Gobierno representativo es racionalmente el más moderado, porque no está en su verdad sino en cuanto es tutela de todos los derechos* (2). ¿Qué decis de este raciocinio? A mí me parece de una elasticidad portentosa: si mañana quisiéramos justificar la moderacion del pasado Gobierno de Argel según aquel modelo, podríamos hacer una hermosa apologia en estos términos: «Ningun Gobierno está en su verdad sino cuando es tutela de todos los derechos; luego el

(1) *Risorgimento* del 29 de Noviembre.

(2) *Ibid.*

Gobierno de Argel, cuando estaba en su verdad, era tutela de todos los derechos. Pero la tutela de todos los derechos es el colmo de la moderación; luego el Gobierno de Argel era el colmo de la moderación.—Pero el Bey pirateaba, apaleaba á los esclavos, violaba los tratados.....—Peor para él; entonces no estaba en la verdad de su Gobierno.» ¿Qué os parece de la apología?

Podríamos multiplicar citas semejantes, que os dejarían sorprendidos; citaremos por vía de ejemplo que aunque *la fuerza es siempre condicion primera de la moderación*, no obstante, la Monarquía pura (reputada por los publicistas como el más fuerte de los Gobiernos) no es un Gobierno sustancialmente moderado; que las aristocracias *no se templan sino por la conciencia de su debilidad, como atestiguan las aristocracias griega y romana y la de la Edad media* (1); y estas aristocracias tan débiles, contaban más siglos que lustros los fuertes Gobiernos constitucionales; que la democracia es en abstracto el Gobierno más legítimo, y por consiguiente el más fuerte, y sin embargo es el más débil, por defecto irremediable de su organismo; por donde se ve que la democracia abstracta es un Gobierno sin organismo; y que de no tener organismo, nace el ser legítimo y fuerte!

Pero si hubiéramos de poner en evidencia todas esas maravillas, ¡pobres de nuestros lectores! no acabaríamos en un día. Contentémonos, pues, con transcribir una corta muestra de los elogios que *Il Risorgimento* tributa á la misma forma de Gobierno, haciéndose eco de Melegari. *Il Risorgimento encuentra una ventaja capital del sistema constitucional, en que alienta al individuo y salva las instituciones. Toda idea tiene sus partidarios, toda doctrina sus adoradores, todo sistema sus instrumentos que la soberanía nacional, el poder monárquico ó el poder electoral toma ó deja, según lo cree necesario: así la nave del Estado está siempre en voga, y su mecanismo se fortifica con todas las convicciones y con todos los principios; no hay soplo de la opinión pública que no*

(1) Ibid.



encuentra una vela adaptada que lo recoja; no hay resorte que despues de haber jugado en un sentido sea obligado á jugar en sentido inverso (1). Lo que en lengua vulgar significa que la nave del Estado está siempre en voga, porque varía de direccion á cualquier cambio de viento; que se fortalece con todas las convicciones y todos los principios, porque no tiene conviccion ni principio alguno; que los resortes no se ven obligados á jugar en sentido inverso, porque al cambiarse de sentidos, que es cosa frequentísima, se cambian todos los resortes. No dudarán ciertamente nuestros lectores de que por nuestra parte suscribiríamos con plensimo asentimiento á todos esos atributos, bien sean encomio ó bien sátira; ¡oh! qué-dese esto á cargo del *Risorgimento*.

Promete despues el articulista que Melegari tratará inmediatamente del primer artículo del Estatuto, concebido en los siguientes términos: *La Religion catolica, apostólica, romana es la única Religion del Estado. Los demás cultos existentes se toleran con arreglo á las leyes* (2). ¡Considerad qué abundante pasto de conceptos peregrinos se nos va á ofrecer en esta otra leccion, y especialmente en la respuesta á las objeciones de la escuela ultra-teológica! Pero por ahora el *Risorgimento* nos regala solamente en forma de preludio un bosquejo trazado por aquel profesor de la confusion que nace de la union de las dos sociedades, espiritual y temporal. Hé aquí las palabras del profesor: *Unaniz la Iglesia y el Estado, la sociedad libre con la sociedad forzada..... la sociedad que tiene por ley la verdad y por legislador á Dios, con la sociedad que tiene por ley la opinion y por legislador al hombre; la institucion que tiene por vinculo la caridad, con la que tiene por vinculo la fuerza..... Colóquense en la misma linea los simbolos y los Estatutos, los Cánones y las leyes, el Altar y el Trono..... y así la Iglesia, como el Estado, no em-seguirán más que empearar las consecuencias de la primera caida* (3).

(1) *Risorgimento* del 4 de Diciembre.

(2) *Ibid.*

(3) *Risorgimento* del 4 de Diciembre.

*Deploramos*, añade el articulista, *la falta de espacio*; pero nuestros lectores deplorarán probablemente que haya tenido tanto para hacernos saber que el Gobierno constitucional *no tiene por ley la verdad, no tiene por vínculo la caridad*; y que para imponer en la misma línea los símbolos y los Estatutos, el Altar y el Trono, es menester negar los símbolos y destruir los altares. Nuestros lectores creían quizá que para no colocar en la misma línea el Altar y el Trono, bastaría el Trono al pié del Altar, creían que en vez de *separar los Estatutos de los símbolos*, sería más oportuno que la opinión se conformase con la verdad. Pero semejantes anécdotas han pasado de moda, al menos en aquella sociedad en que la moderación brota espontáneamente de la lucha parlamental.

Sepárese, pues, la *sociedad libre que tiene por ley la verdad*, de la *sociedad forzosa que tiene por ley la opinión*, y vosotras, benévolos lectores, escoged lo que más os agrada, ya que el vivir en las dos sociedades se ha declarado imposible, y toda vez que es imposible el reunir las é igualmente imposible el vivir en dos sociedades separadas. Y puesto que la Iglesia que fué instituida por el Divino Reparador precisamente para corregir en la sociedad humana las consecuencias de la primera caída, no hace otra cosa que *empañarlas*, ¡váyase con Dios, y deje a la sociedad entregada al feliz imperio de la *opinión* y al dulce vínculo de la fuerza!

Va vé el lector que nuestros adversarios no escasean los testimonios en favor nuestro: un senador académico nos ha demostrado con un largo discurso que la libertad a la moderna obliga á los ministros á apoderarse de las inteligencias por medio de la instrucción pública, por donde se vé cómo entiende aquel la libertad. Despues el profesor de derecho constitucional nos ha dicho tantas cosas acerca de los Gobiernos representativos, que la introduccion por si sola confirma por lo menos la mitad de las imputaciones publicadas por nosotros contra el principio heterodoxo. Por último, *Il Risorgimento di moderata y soñolienta memoria* mete su cucharada en la última parte del panegirico para recordarnos explícitamente, que, á su entender, el Gobierno constitucional es un Gobierno

irreligioso (separacion de la Iglesia), es un Gobierno mentiroso (guiado no por la verdad, sino por la opinion) y es un Gobierno despótico (apoyado en la fuerza). Dadle las gracias en nuestro nombre si por ventura llega a vuestras manos alguna hoja escapada á la indiscreta rapacidad de los fruteros y pescaderos, porque jamás nos habíamos atrevido nosotros á esperar de él una confirmacion tan explicita de lo que hemos dicho acerca del poder ejecutivo y del modo con que debe gobernar bajo la influencia del principio heterodoxo. Nosotros entretanto, despues de haber examinado en las sociedades liberales los sentimientos con que debe mandar un *ministerio responsable*, pasamos á inquirir en lo intimo de los corazones los sentimientos con que deben obedecer los gobernados por un *ministerio responsable*.

#### § IV.

##### *Docilidad de los gobernados.*

859. La bondad de las *instituciones* sociales consiste, como sabe muy bien el lector, en inducir suavemente en fuerza de sus combinaciones, á los individuos que viven bajo de ellas, á obrar en conformidad con el fin que se proponia su fundador. Así el Divino fundador de la Iglesia, modelando en lo intimo de cada creyente el entendimiento y la voluntad, y recomendando á una sociedad permanente su instruccion y educacion, formó la unidad social del Cristianismo con aquella suavidad que experimenta todo buen católico. Las instituciones modernas de los Gobiernos templados, queriendo formar la sociedad con sôres independientes en la inteligencia y en la conciencia, han debido suministrarles, para reunirlos eficazmente, un organismo material. ¿Pero cómo la han formado? Ya lo ha visto el lector: la han formado de tal manera, que en fuerza de las mismas instituciones todos los ministerios lle-



gan constantemente á dudar de su propia fuerza y de su vida propia; combatidos por muchos, despreciados por todos; por los enemigos, porque lo ridiculizan á fin de desacreditarlo y arruinarlo, por los amigos, porque lo miran como liechura propia ó como su sobornador (1). ¡Excelentes disposiciones para constituir á un ministerio en centro de unidad!

800. Pero ¿qué disposiciones se requieren para preparar la materia social, es decir, los ánimos de los ciudadanos? El Catolicismo soñó aquella gótica estupidez de que los Principes son padres y su autoridad un rayo divino; y de esta suerte aquellos pobres, juntos de la Edad media, se hicieron dóciles como un rebaño de carneros. Verdad es que si los Principes se enfurecían soberbiamente, podían temer, no solo las representaciones de un confesor y las resistencias de un ministro, sino hasta las excomuniones de un Pontífice; sin embargo, estas excomuniones, y oposiciones y representaciones, al paso que cortaban las alas al orgullo del Monarca, y generalmente en secreto, salvaban al ménos siempre en el corazón del súbdito la naturaleza paternal del Gobierno y la sublime idea de autoridad, presentandola inviolable á todos ménos á otra autoridad suprema más divina que humana.

801. Las instituciones modernas han encontrado un medio más enérgico, y para asegurar la obediencia del pueblo

---

(1) Balbo, cuyas ideas católicas no pueden adaptarse á los errores heterodoxos, se conduce justamente de que en los Parlamentos del continente los ministros están colocados por bajo de todos los diputados y poco ménos que puestos en berlina; pero si reflexionase que, segun las ideas modernas adoptadas en el continente, y hasta ahora rechazadas por la tierra, los ministros están verdaderamente en el grado más inferior del crédito moral, aunque en el más alto del poder material, comprendería que la materialidad de las posiciones es la expresion de una verdad moral, como la division de las fracciones en diversos bancos, y se regocijaria del servicio que hacemos con nuestra polémica á los constitucionales verdaderamente católicos, demostrando el verdadero origen de este error, que consiste precisamente en haber concentrado todo el poder material en los ministros, haciendo depender despues de la Cámara la existencia del ministerio, y obligándole, ó bien á obedecer, ó bien á comprar á la Cámara misma de que depende.

han empezado por predicarle a voz en cuello que él es propiamente soberano y que el que manda es su subdito. Y como si de otra suerte esta teoría no hubiera sido creída si no iba encarnada en algunas instituciones, nos hicieron de ellas un buen presente para que inculcase y perpetuase infaliblemente en el pueblo el gran concepto de su independencia. A este fin, desencadenada la prensa y encadenada la enseñanza, proclamaron la fuerza de la razón y sus derechos inalienables: los niños en el banco del gimnasio vieron á sus profesores esperar de su sufragio aquella aprobación que imprimía el sello de la opinión á las tímidas doctrinas *humilladas* por él en su presencia, y los candidatos á la legislatura repitieron periódicamente á todo el pueblo, cuyos votos mendigaban, protestas de reverencia profunda á su soberanía. En el teatro de las Asambleas vió el pueblo el edificante espectáculo de las luchas de los partidos, y comprendió que para combatir á los ministerios con furia de impertinencias y de blasfemias, basta tener una lengua sin freno y una frente sin pudor. Todas las solemnidades públicas, los teatros, los bailes, los festines y los convites invitando indistintamente á los ciudadanos de todas condiciones al banquete fraternal de la igualdad, les repetían con el lenguaje práctico de los hechos, que lo mejor y casi lo único que comprende el pueblo es que todos los ciudadanos son iguales. Pero este axioma tan equivoco y repetido en tales circunstancias, toma precisamente á los ojos de la multitud un significado erróneo; esto es, el que favorece todas las pasiones y prepara todas las revueltas políticas, haciendo creer al último de los pordioseros que tiene derecho á gobernar la cosa pública como podía tenerlo un Sully ó un Jimenez de Cisneros. Después de esto, ¿podremos maravillarnos de que la resistencia á toda autoridad, como dice el ilustre Peyron, y por consecuencia la guerra contra la misma, sea el gran vicio de nuestros tiempos? Todos los partidos lo van repitiendo á porfía, excepto los comunistas; este vicio es consecuencia lógica del sistema religioso protestante aplicado á la política. (Peyron, pág. 106.)

862. También el católico oye decir á la Iglesia, que todos

los fieles son iguales ante Dios, y esta igualdad la ve practicada en el templo en el momento solemne en que cumple el acto más augusto de su religion, acercándose a recibir aquel mismo pan celestial del que participan con él temblando los principes de la tierra. De la misma manera sabe tambien, que si una vida perfecta, una suficiente capacidad de inteligencia, y un estadio adecuado á la grandeza del ministerio sacerdotal le mostrase con vocacion divina el camino del santuario, bien podria suceder que elevado á la suprema dignidad de la Iglesia viese encorvado á sus pies á su mismo Principe confesando sus culpas, oyendo consejos y aceptando amonestaciones y castigos. Todas estas instituciones dicen muy alto al pueblo: *En la especie humana todos los individuos prescindiendo de sus condiciones personales, son mirados por Dios con ojo igual, y son por consecuencia sustancialmente iguales.*

865. Pero apenas pronunciado el grande y verdadero aforismo de la igualdad especifica encarnada por el Redentor en estas instituciones que representan en la Iglesia el elemento popular, la intalible maestra de la verdad se apresura á poner inmediatamente el correctivo de la desigualdad individual. Y sin hablar de aquellas que aun dentro de las condiciones civiles y politicas, la Iglesia honra en sus más solemnes asambleas concediendo á los grandes de la tierra sitios de preferencia y honores especiales, ella misma no cesa de repetir en mil formas visibles que son varias las gracias sobre la tierra, como son varios los grados de esplendor de los astros del firmamento (1). Quiere que su Clero se distinga de los seglares en el vestido y en las virtudes; dentro del mismo Clero exige un escrupuloso examen de la capacidad y de las costumbres, antes que sus clérigos sean promovidos de grado en grado á las órdenes supremas; y en cada grado al atribuir al elegido del cielo, las insignias propias, el lugar propio en los ritos más espléndidos, los títulos propios de la dignidad que

(1) *Divisiones gratiarum sunt.... Stella difert á stella in claritate.*



pronuncia con rigurosa *etiqueta* en las ocasiones solemnes, va repitiendo continuamente á cada uno de los fieles y de los clérigos inferiores: «*No te creas igual al que se sienta más arriba. Aquel que está más alto es tu maestro, tu guía, tu juez.*» Con semejante magisterio de instituciones sensibles, ¡qué maravilla que los fieles, bien que sin perder de vista aquel concepto nobilísimo de la nulidad de las dignidades terrenas, y de la igualdad universal en cuya virtud saben que el pobre cocinero Pascual Baylon igualará quizás en el cielo á los Emperadores y á los Pontífices, se postren sin embargo en el polvo con Catalina de Sena para besar las huellas de un Sacerdote y mucho más las sandalias del Vicario de Jesucristo escarnecidas por aquel insensato diputado de la Cámara piamontesa? (1) Esas cabezas groseras y materiales que besarian un anillo pero no una *pontifica*, demuestra en verdad un gran sentimiento de su dignidad que él cree superior con mucho á un zapato bordado, pero igual á una piedra bien labrada, como si el católico, al inclinarse á dar aquel beso, no se prosternase ante la majestad suprema, bajo cuyo pie inclinan la cabeza los serafines y delante de la cual todos somos polvo y ceniza.

864. Estos son los sentimientos encarnados en el pueblo por las instituciones católicas, y con ellos se acostumbra á unir perpétuamente un noble desprecio de la grandeza con la humilde y afectuosa dependencia de los superiores legítimos. Pero en los Gobiernos liberales, tales como los vemos, el pueblo recibe constantemente una lección muy distinta: «tú has sido criado para ser feliz: la felicidad consiste en el engrandecimiento por las riquezas y en el mando: riqueza y mando relumbran en los ministerios expuestos á la pública avidez: á

(1) Harta conocidas son las infames palabras con que en la sesión de 5 de Enero de 1851, si mal no recuerdo, el diputado Siotto Pintor ridiculizó á los católicos, que besan el pie (la *Sagrada pontifica*, bienemba aquel lapio) del Vicario de Jesucristo: ¡Pobres católicos que os sentáis en aquel recinto, á qué afrentas os condena la libertad parlamental cuando entre los diputados la impiedad es tan civilica y el mismo tan degradante!

todos es lícito aspirar á esas cosas, y quién puede desesperar de alcanzarlas cuando las han alcanzado un fulano, un mengano?... (Dejo al lector que nombre á los más desdichados de semejantes *parecidos*: por mi parte no sabría á quiénes elegir.) Todos los medios son buenos si producen el resultado apetecido.

He aquí una gran lección para preparar los ánimos á la obediencia. Ninguno, por humilde que sea su condición, está obligado á obedecer si no consiente en ello: nadie por insensato que sea está excluido del mando siempre que lo quiera.

865. Pero esta lección necesita unos refuerzos, toda vez que la obediencia humana aunque fundada como la católica en el derecho de la autoridad á someter la razón del súbdito, puede todavía recibir gran fuerza, ya del afecto recíproco entre súbditos y superiores, ya de la persuasión con que el primero espera de la capacidad del segundo y de su rectitud las disposiciones oportunas para el bien público. Y esta intervención de los afectos y de los intereses venía á fortalecer la obediencia católica, cuando los pueblos consideraban á sus Reyes ó gobernantes, cualesquiera que fuesen, aristocráticos ó democráticos, revestidos á los ojos del mundo de una sabiduría superior á la vulgar como *padres de la patria*; título el más social que tenían los gobernantes católicos, fundado en el cuarto precepto del Decálogo, y que no ignoraban los mismos paganos en aquella sociedad en que los principios naturales producían con más rigurosa lógica leyes más verdaderas y más justas, en la antigua Roma.

866. No sucede así en el paganismo resucitado. De un siglo á esta parte lo menos, su voz salvaje no cesa de ridiculizar, escarnecer y desacreditar á los ojos del pueblo á los gobernantes, apellidándolos en tono burlesco la *policía paternal*, el *despotismo paternal*, los *esbirros paternales*, los *espías paternales* y otras semejantes *paternidades* sarcásticas, destinadas á excitar al pueblo contra los gobernantes, presentándolos incapaces, no solo de conciencia, sino de todo afecto amoroso y de todo cuidado por el bien ajeno; y en esta obra de destrucción el periodismo moderno no se diferencia de los mazzinianos más rabiosos sino en las formas más hi-

pócritas y menos villanas. Cualquiera Gobierno que no sea representativo puede estar seguro de que no podrá dar un paso sin que sea al punto censurado por el *Risorgimento* y sus adeptos, ya que no por otra cosa, por las intenciones secretas y por las resoluciones futuras; y si se conculca toda majestad terrena, mucho más se vitupera aquella que va unida al sagrado carácter del Pontificado. Obrando de esta manera, no solo vomitan la hiel que les inunda el pecho, sino que manifiestan, como antes he dicho, las ideas que rebosan en su mente. Ellos han erigido en axioma que el hombre no obra más que por interés propio, luego la consecuencia es evidente: los gobernantes no gobiernan más que por interés propio; ni sienten abeto ni estiman el bien público.

867. Este triste juicio de los gobernantes propio de los pueblos liberales, bajo cualquier forma de Gobierno, adquiere en los sistemas representativos colores mas oscuros y proporciones mas gigantescas, pues que siendo todo ministerio (y el ministerio es propiamente el que *gobierna*) el triunto personificado de un partido, está obligado por su naturaleza a procurar por los intereses de aquel é inclinado naturalmente a malquerer á todos los partidos rivales, los cuales por su parte, si bien cada uno de por si son inferiores al que está en el poder, sin embargo, reunidos todos constituyen generalmente la mayoría social (como se ha visto en Francia en la fusión del llamado partido de orden contra los *rojos*), y por consiguiente si saben ponerse de acuerdo, tienen el derecho segun los principios modernos de llamarse *el pueblo*. Este pueblo debe decir en lo íntimo de su conciencia: *El ministerio obra en favor de su partido y hace todo lo posible para deprimir á los partidos contrarios: ¿tiene razon? ve, ve! ¿ya verá el día de la revancha!* Si alguna vez *el pueblo* estuviese para perdonarlos de que aquellos oradores que ayer le invitaban, trasladados hoy al banco ministerial habian abandonado en los de la izquierda la rabia de partido, transformándose en *padres comunes*, no dudeis que para despertar la cólera podran el grito en el cielo cien patrióticos, hasta que no encuentren quien los compre, y bra-



marán en las Asambleas los diputados de la oposicion; pero callarán los del otro lado y en cambio hablarán con voz clarísima las listas de los nuevos empleados, todos favoritos del vencedor, y las destituciones de los antiguos.

868. Y á esa mayoría derrotada, despojada, burlada y quizá engañada ó vendida, vete, lector mio, si tienes valor, vete á predicarle obediencia por amor y por interés, ya que no por conciencia ó por derecho, que ya sé que en las sociedades modernas estos callan. ¡Oh! ¡la encontrarás bien dispuesta en fuerza de estas admirables instituciones de los Gobiernos representativos á la moderna! También en los antiguos este antagonismo podía tener alguna fuerza, porque entonces también el hombre era hombre, pero precisamente por ser hombre lo había previsto la Providencia de principios con los cuales podía gobernar dentro de sí mismo los intereses y los afectos con razon y conciencia, y esto que experimentaba en sí salía suponiendo en los nuevos gobernantes, convencidos lo mismo que él de la idea de aquel juez que *juzgará las justicias y dependrá á los poderosos*. Pero aholidos estos ascetismos que hoy hieden demasiado á sacristía para cualquier olfato moderno, ¡oh! ¡sí! repitámoslo de nuevo, el pueblo está bien dispuesto á confiar hoy con amorosa obediencia en aquellos padres de la patria que le mordían ayer ahullando como mastines. Se sufre, dice Peyron perfectamente, se sufre al Gobierno, pero con la condición de que éste con suaviísimas maneras implore el perdón de la autoridad que maneja y en expiación de su poder se deje burlar, escarnecer y arrastrar por el fango; así, confesando él su debilidad en todos sus actos, imploranda, no sólo perdón, sino piedad, y vilipendiándolo y maltratándolo los otros, no hay Gobierno más gallardo ni más fuerte (1).

869. Convencidos por estas razones de los instintos indómitos que deben encarnarse en el pueblo con las modernas constituciones, podreis fácilmente hacer aplicaciones históricas. Y ¿quién no podrá hacerlas por sí mismo? Todos somos

(1) PEYRON: De la segunda enseñanza en el Piamonte, pág. 105.

pueblo, todos hemos experimentado si no la cartera, al menos la suerte de quien no la maneja; todos hemos tenido parientes ó amigos en algún partido derrotado, á quienes hemos visto perder el empleo ó la antigüedad, secos como el pelo de Gedeon en medio de una rociada de favores que llovía de las nubes ministeriales, ó mas bien que se levantaba de la bajeza de la niebla ministerial para fecundizar á los émulos de toda aurora naciente. Pero para comprender la acritud de los rencores, y casi diria la justicia, conviene recordar que en este pueblo, de tal manera comprendido y envilecido,

.....*manet alta mente repostum*

*Judicium Paridis, spratoque injuria formae.*

El pueblo recuerda que tiene derecho á gobernar ni mas ni menos que quien lo gobierna; que la felicidad es posible; que es posible un gobierno perfeccionado de tal suerte que haga á todos felices y que cierre para siempre en este valle terrenal el manantial del llanto. Pero el Gobierno que el pueblo ve en acción no es ciertamente la perfectibilidad practicada, luego la consecuencia es clara: obedeceremos forzosamente á este gobierno *provisional* procurando por todos los medios derribarlo, y mañana quizá asaltaremos su banco.

Leamos las historias de Chen y de la Hódde, y nos convencéremos de que no hay abogadillo, ni tendero, ni descamisado que no pueda prometerse para mañana á mas tardar una cartera de ministro.

870. La historia de las revoluciones de todos estos Gobiernos no es como algunos piensan ó aparentan pensar, aquella misma historia que en todos tiempos nos ha contado los errores anómalos de las pasiones accidentalmente desenfrenadas: por el es el desenvolvimiento práctico, la historia aplicada de las teorías y de las instituciones modernas; y cabalmente por esto el fenómeno se renueva constantemente y dura perpétuamente, como que el alma de la sociedad es el principio de la independencia absoluta de la razón. Los que niegan este aserto nuestro, desciendan nuevamente al campo á combatir con armas corteses, ó impugnando nuestra teoría, ó explicando de otra manera su historia. Digannos, si se atreven, que los pue-

bles antiguos oprimidos por el absolutismo odiaban á sus gobernantes; que no era necesario *ilustrarlos* para arrancarlos del pecho el estúpido amor que profesaban á los Gobiernos paternales y á las dinastías reinantes; que han comenzado á amar á sus gobernantes, hoy solo, después de haberlos visto revolversse en aquel pantano donde los conocieron renacuajos. ¡Oh! ¡ahora sí que los quieren de veras! y cualquier señal de estos gobernantes *elegidos por el pueblo* despierta la simpatía, la ternura, el sacrificio y la abnegacion de cada individuo que estaria dispuesto á morir por sus Siccardos y por sus Sineos. Repetid, si, esta bella historia griega, añadiéndole sus razones filosóficas.

«Esta prontitud de obediencia;» podeis decir si os llega á tanto el valor; «esta abnegacion profunda hasta el sacrificio» es consecuencia necesaria de nuestras doctrinas y de nuestras instituciones; puesto que habiendo predicado claramente al pueblo que es independiente, y que no obedece sino á quien y cuando quiere; habiéndole dividido en fracciones políticas, todas igualmente ávidas del poder; habiendo establecido entre esas fracciones un antagonismo necesario y perpétuo, es claro que hemos casi obligado al pueblo á amar y reverenciar á aquellos que por rencor le combaten y por interés le oprimen.»

Hé aquí la filosofía de las historias parlamentales á la moderna. Si nuestros adversarios se contentan con suscribirla, nosotros nos daremos por vencidos y reconoceremos contritos y humillados que verdaderamente las instituciones modernas del sistema representativo son la gran panacea para curar las llagas de la sociedad moderna y cerrar para siempre el abismo de la revolucion.

871. Pero antes de terminar, echo de ver allí en un ángulo un héroe á la romana, un *Camilo*, un *Cincinato*, un *Bruto* que se estremece de mi estupidez política, y compadece mi ceguedad. «¿No ves, me contesta con aire desdenoso, que la obediencia se presta no al ministro por amor al ministro, sino á la patria por amor á la patria? Así obedece, así debe



obedecer el hombre antiguo, pelasgo, italo-griego en los nuevos sistemas sociales.»

¡Gracias por la lección! me había engañado: dame tiempo para meditar un poco y hablaremos en otra ocasión. Entre tanto no te disgustará que te haga reflexionar que la patria no ha nacido hoy, que fue amada y obedecida en todos tiempos en la persona de los gobernantes.

Pero antiguamente la política católica creyó conveniente unir al amor de la patria en abstracto, el amor del gobernante en concreto: hoy la política liberal ha encontrado más fácil despertar el odio del gobernante en concreto para alambicar en una quinta esencia volatilizísima el amor de aquella patria á cuyo altar te llevaré, como he dicho otra vez. Si este medio ha producido buen efecto, dejaré que te lo digan aquellos *ciudadanos beneméritos* que, para derribar al partido contrario apoderado del timón del Estado, ora incendiaron los castillos para irritar á los grandes, ora compraron el trigo con las riquezas orleanesas, arrojándolo al río para causar el hambre de los pueblos, ora suscitaron tumultos para desacreditar á la policía, ora conspiraron con los extranjeros para demostrar que su Gobierno era inepto. Así, sin acudir á ejemplos rancios (ya que en nuestros días es rancio todo lo que es de ayer), dejaré que lo refieran algunas plumas muy moderadas que se ocupan en maltratar á su propio Gobierno y á los otros suscitando tumultos, propalando su debilidad é inventando calumnias, á fin de obligarle á desprecio suyo á aceptar el infalible remedio de todos los males, la panacea del Estatuto. Estos podrán servir de ejemplo de la docilidad que infunde el amor á la patria en el corazón de los hombres pelásgicos, aun hacia gobernantes antipáticos.

¡Pobre sociedad si todas sus esperanzas se fundasen, ó en las inspiraciones de ese *amor á la patria*, de teatro, ó en las profundas especulaciones de estos repúblicos platónicos! Afortunadamente, la flaca medianía humana prescinde aquí de los sueños poéticos y de los trágicos di cursos para resolver una dificultad que mientras destruye las teorías contrarias, podría re-

volverse con alguna fuerza contra las que nosotros hemos explicado en este párrafo y en el precedente.

«Espantosa pintura, podría decir alguno, nos habeis hecho aquí de los ministros y de los súbditos a la moderna, y si fuera exacta, todo país constitucional sería un infierno y un Gobierno no podría durar un solo día. Y sin embargo, nosotros vemos que bajo esas formas viven pueblos que no son desgraciados, y ministerios que duran meses y años. Los hechos, por consiguiente, contradicen vuestra teoría y esta sale condenada.»

Tendría razón, y la condena sería incuestionable si los individuos y los pueblos se acomodaran siempre a la rígida severidad de los principios y de las consecuencias que abrazamos. Pero así como la flaqueza humana, ya porque no llega a comprender en toda su fuerza los principios, ya porque es incapaz de seguirlos muchas veces aunque los comprenda, así en el bien y en el mal el hombre no llega jamás al colmo, sea que abraza el principio católico, sea que abraza el heterodoxo. Si los católicos siguiesen en todo sus teorías formarían una sociedad de tal naturaleza que casi se igualaría a la celestial: si el principio de independencia germinase en toda su fuerza formaría de una sociedad heterodoxa un infierno en la tierra (1). Pero modificados el uno y el otro por nuestra carne mortal, pierden su primitiva energía, y así como en la sociedad católica existe y renace el egoísmo, a pesar de ser continuamente arrancado, así las teorías del egoísmo heterodoxo no llegan jamás a desprenderse enteramente de todo germen de caridad, natural y católica.

De aquí resulta que los ministros no son exactamente los que indican las teorías, facelosos triunfantes y opresores despóticos; y los súbditos conservan un resto de confianza en la rectitud de aquellos y un poco de paciencia contra la opresión de estos. Así es posible en la práctica, al menos por algún tiempo, lo que no sería posible en teoría. Pero guardaos de inferir por esto que la teoría misma en su principio heterodoxo sea

(1) *Ubi nullus ordo sed sempiternus horror inhabitat.*

por sí misma inocente: los silogismos de los pueblos caminan con los tiempos, y si Babeuf se detiene en presencia de una multitud heredera de tradiciones cristianas aun no extinguidas, Proudhon recogerá á millones sus fanáticos prosélitos en una muchedumbre preparada con sesenta años de sofismas y de apostasías.

Vendrá, pues, para todas las sociedades liberales el día en que un pueblo enfurecido romperá el ídolo de un ministerio vilipendiado. Id entonces, moderados libertinos, á recordarle el amor á la patria y el sacrificio de sí mismo; recordadle que se obedece al ministro no por amor al ministro, sino á la patria. Veremos si á fuerza de masticar este ruibarbo se le fortalecerá el estómago de manera que de allí á poco pueda engullirse el mayor bocado de heroísmo, sacrificando en aras de la patria todo interés y toda pasión.

## § V.

### *El Estado y la Patria.*

872. En cuanto á mí, acostumbrado con mi estómago católico á triacas nunca desmentidas, no soy buen juez en tal materia. He interrogado á la historia contemporánea con sus *Cincinnatos* modernos, cuya hermosa cabellera de púrpura hemos visto salir del casco en las calles de Roma: pero su respuesta me ha convencido hasta el alma de la omnipotencia de su amor patrio. Solo me parece que me han puesto en via de encontrar el hilo de la madeja con tanto repetirme á cada paso; *La patria pelagra, la patria quiere sacrificios, la patria llama á sus hijos en su defensa*; mientras que por el lado opuesto, un ministerio reunido en Consejo me intimaba con gran sosiego por el bien del Estado á combatir á esos *defensores de la patria*. Pero ¿quiénes son, me preguntaba yo á mí mismo, esos dos entes de razón, que ha-



blan en sentido opuesto, pero con imperio igualmente exigente y arrogante? Ciertamente hay entre ellos alguna diversidad, puesto que se habla bastante del *amar á la patria*, pero pocos son los que se glorian de *amor al Estado*: por otra parte, el Estado representa un papel más elevado y exige sacrificios más penosos que la patria. Examinemos, pues, estos dos objetos de admiración y de afecto y veamos qué esperanza nos dan en compensación de ese poder ejecutivo con el cual ministros despreciados y mal vistos se proponen gobernar á un pueblo que se cree soberano por derecho como es prepotente de hecho.

### PATRIA.

873. Si miro á los pueblos antiguos veo grandes Imperios, donde una multitud de gentes muy diversas obedecían á un sólo Gobierno, guardando sin embargo cada uno su patria particular; ni los Bactrianos ó los Isauros, bajo Xerjes, ni los Bretones ó los Numidas bajo Trajano, creían combatir por la patria cuando entre las hordas conquistadoras se lanzaban, por orden de sus gobernantes, á asesinar á los pueblos nuevos. Y sin embargo, el Gobierno central no dejaba de tener su *razon de Estado*, reguladora de los Principes y de sus misteriosos consejeros.

874. Hay, pues, una diferencia entre el *Estado* y la *Patria*, y su mismo nombre indica esta diversidad por los diversos afectos que despierta, tiernos para con la patria, recelosos y poco menos que rencorosos para con el Estado. Este ente de razon te se presenta siempre entre las nieblas sombrías del misterio en actitud de vaciarte el bolsillo ó de encadenarte los brazos, mientras por el contrario la patria te se presenta más bien como madre amorosa, la cual si pides alimento se apresura á amamantarte en sus pechos. Pues, ¿dónde está la diferencia de estas dos ideas, bajo otros aspectos tan análogas, que se toman muchas veces como sinónimas? He aquí un problema social que merece alguna reflexion y puede servir de contestación á los anatemas de los modernos Cincinatos. Y en

verdad, ¿á dónde irían á parar sus teorías si al paso que exigen obediencia sumisa y completo sacrificio, por *puro amor á la patria*, á un ministro opresor, descubriésemos que esta querida patria está sacrificada, según sus teorías, á aquel horrendo Moloc que ellos mismos adoran bajo el nombre de *Estado*? ¿Con qué derecho pretenderían de nosotros, por *amor á la patria*, que cooperásemos á su destrucción?

875. Pues esto es cabalmente lo que ha pasado: el paganismo resucitado por la Reforma ha sacrificado hasta la idea de patria, tan grata al corazón humano por ese naturalismo engañoso con el cual pretende tener por único guía, no la naturaleza, sino la corrupción (1); y lo que es peor el sacrificio de la *Patria* al *Estado*, no es ya simplemente un cambio de palabras, sino una verdadera perversión de la idea natural y cristiana, transformada en anti-natural y pagana. A fin de explicarte, lector benévolo, mi pensamiento, basta solo analizar los conceptos que expresan estas dos palabras y demostrarte cómo, supuesta aquella idea fundamental de *independencia* que hemos llamado *principio protestante*, *idea regeneradora liberal*, etc., el concepto de *Patria* queda esencialmente destruido en la mente y en el corazón, y el concepto de *Estado* toma necesariamente esas formas despóticas y pavorosas, que se han creado para destruir en el corazón de los ciudadanos todo sentimiento de afecto hacia esta espantosa divinidad.

Ya comprende el lector que de aquí no debe inferirse que yo soy enemigo de todo *Estado*, pues esta palabra puede usarse inocentemente para representar en abstracto una sociedad pública en cuanto está personificada en sus gobernantes. Pero cuando este ente abstracto se transforma en real y se diviniza como dueño absoluto de cosas y personas, de los individuos y de las corporaciones, según la natural tendencia del espíritu heterodoxo, ¡oh! entónces, digo, que se pierde el suave encanto del amor patrio y son ridículas las exhortaciones de esos héroes de teatro que esperan que los pueblos obedezcan á

(1) Véase P. I. Cap. VIII: *El Naturalismo*, etc.

los gobernantes sin otro título que el amor *pátrio* hacia el Estado.

876. Pero antes que pasemos adelante, pongamos en claro mi asercion filológica respecto á las ideas y afectos diversos que despiertan las dos palabras, á fin de que nadie me acuse de calumniar á ese pobre *Estado* presentándolo tan severo, tan feo y poco ménos que monstruoso. Se trata aqui de averiguar el concepto *social* y no el *individual*, y bien puedo yo imaginar al Estado bajo las monstruosas formas del Pagodo de Giagrenat aplastando bajo las ruedas de su carro á sus estúpidos adoradores; si la idea general no es esta, todo mi discurso se apoyará en falso al ménos por lo que hace á la parte filológica, pero quedará por lo demas muy sólida la demostracion filosófica.

877. Pero no: el lenguaje no hace traicion á las ideas; y ya que los diccionarios son los legítimos intérpretes del lenguaje, y su único fin es determinar el concepto social de cada palabra, abramos el diccionario justamente apreciado por todos los napolitanos y leamos primeramente cómo se explica la palabra *Pátria*: veremos qué significa la tierra en donde se nace y que su nombre se deriva del adjetivo *pátrio*, que significa igualmente *paterno* y *de la pátria*. Luego no es maravilla que este nombre haya conservado universalmente la significacion afectuosa que la naturaleza asigna al nombre de padre. Leamos por el contrario la palabra *Estado*, y veremos que se aplica al *mandar*, *dominar*, *señorear*, etc., y que se habla de *caso de Estado*, como delito de *lesa majestad*, de *razon de Estado*, como *derecho de los magistrados supremos*, convertir frecuentemente en *utilidad de los que rigen el Estado*; pero no encontramos un significado que recuerde á la tierra ó la familia nativa. Y si el lector buscase además la etimología gramatical, por sí mismo sabe, que se deriva de *estar* firme en frente de cualquiera que se atreviese á respirar delante de él, lo cual si bien es cualidad del poder civil, puede por otra parte convertirse fácilmente en abuso: de todos modos esa palabra despierta mas bien sentimientos de pavorosa reverencia que no de ternura.



La significación de las dos palabras en la sociedad es, pues, ciertamente la que de antemano hemos afirmado: restanos ahora ver cómo la idea *liberal* produce, realmente en los pueblos esa mudanza de sentimientos destruyendo el concepto dulce, natural, católico de *pátria*, y sustituyéndole con un monstruo que se llama *el Estado*. A este propósito conviene primeramente trazar la generación católica del nombre *pátria* y de las ideas que representa.

878. ¿Cómo nace natural y católicamente la idea y el afecto de *pátria*? Nace naturalmente como la palabra, espresion de los conceptos naturales: el primer amor del niño fué consagrado á sus padres, de los que la madre espresaba antes que todo la ternura; el padre unia á la ternura la autoridad. Por el padre se llamó *pátria* la tierra nativa, y el exceso del amor con que el hijo abrazaba las rodillas del padre, refluyó sobre aquella tierra en que moraba el patriarca. Convertidas las familias en tribus, el amor patrio salió de su tienda para extenderse á la vecindad: convertida la vecindad en *comun*, bajo techo estable, el amor patrio se consolidó dentro de aquellos muros, cuya estabilidad, cultivando los afectos, los hábitos del hombre y como aprisionándolos los vinculó en un punto del globo y erigió los lares paternos para la familia y los númenes patrios para la ciudad.

879. Así aquel que fué amor de sangre é instintivo y racional hacia el autor de nuestros días, se convirtió poco á poco en amor á aquella tierra y á aquellos muros que nos recuerdan la dulce sonrisa de la aurora á que se abrieron por primera vez nuestras pupilas. Despues la seguridad contra los asaltos y los peligros, el auxilio para una vida honrada y cómoda que proporcionó el recinto de aquellos muros, fortificó los afectos con los intereses y exigió el sacrificio de los individuos al comun, no solo como compensacion, sino como causa efectiva de aquellos bienes que del mismo comun reportaban los individuos.

880. Hasta aqui la voz de la naturaleza. Pero este amor, harto débil á causa de la corrupcion natural, fué del todo impotente para llegar jamás á estrechar con el amor patrio á un

número de familias que saliese de los límites á que se extendía la simpatía sensible, la reunión habitual, la memoria de la consanguinidad, la comunidad de intereses y otros motivos semejantes que el *hombre razonable* saca del *hombre sensible* para enaltecerlos y engrandecerlos seguramente, pero sin salir de la esfera en que nacieron.

881. Por donde el lector se explicará aquel fenómeno que hemos hecho notar acerca del bello principio, á saber: la restricción del amor á la patria en los grandes imperios del paganismo, en los cuales se encontraba ciertamente la unidad del Estado en el centro del Gobierno, pero la unidad de la patria no traspasa nunca los límites de los muros ó de la próxima consanguinidad.

882. Se necesita la chispa eléctrica de la caridad cristiana para que se aumente este calor social y se estudie y abrace con amplitud regiones y multitudes desparramadas; se necesita aquella sublimidad del concepto social, aquella plenitud de autoridad, aquella noble docilidad de sumisión afectuosa engendrada por la idea católica, si ha de ser posible una unión vastísima y al mismo tiempo íntima de los individuos que dependen de un centro común, no por temor, sino por conciencia (1). Con este impulso afectuoso y reverente que llevaba á los súbditos al pie del gobernante y destellaba en el semblante de este un rayo de grandeza divina y de dulzura paternal, obligándolo al mismo tiempo á ser justo como Dios y tierno como un padre, poca fuerza material se necesitaba para unir á muchos pueblos, y la fuerza moral que los reunía tomando de la religión el amor cívico, aplicaba á todos los súbditos del mismo Principio el precepto de caridad cristiana: *Ama á tu prójimo como á ti mismo*. De esta manera se formaron las naciones católicas, y con ellas el amor á la patria se hizo sinónimo de amor nacional.

883. Por aquí verá el lector que la generación de este gran concepto, iniciada en el sentimiento natural, se manifestó por la fé y por la gracia, y saliendo de la estrechez de la tienda pa-

(1) *Non propter iram sed propter conscientiam.*

triárquel en que nació, y del municipio en donde maduró, recibió después, en la plenitud de los tiempos, un engrandecimiento a que no alcanza la naturaleza, y lo recibió por el influjo sobrenatural del Cristianismo.

884. Con solo haber desenvuelto así, gradualmente, el concepto natural y católico de patria, se advierte que en la sociedad liberal este concepto está destruido. Destruído en su ampliación católica, pues que, perdida la idea de lo sobrenatural y la llama de la caridad divina, que estrecha a todos los hombres como hijos de un mismo padre, el corazón humano toma otra vez sus naturales proporciones, y vuelve á las mezquindades, primero de la nacionalidad, después del municipalismo. *La unidad europea dividida*, dice un ilustre autor, y el espíritu de nacionalidad sustituido al espíritu de universalidad.... tales fueron los resultados de la Reforma (1) y un célebre orador católico repetía casi la misma verdad desde el púlpito de Nuestra Señora de París: *la pasión de la nacionalidad es tan fuerte hoy como hace diez y ocho siglos; y los mismos que aspiran á la unidad social del género humano, no pueden soportar la idea de una república cristiana*. Hé aquí á qué términos debía conducirnos el primer impulso la abolición de la idea católica. Pero ¿acaso podría detenerse en el camino?

885. No; el carácter propio del paganismo resucitado, por el cual este es peor que aquel que se corrompió entre los gladiadores de Roma pagana, consiste precisamente en que al paso que el antiguo pudo respetar por años y por siglos ciertos elementos naturales en que se funda la felicidad terrena, el paganismo resucitado, por el contrario, se ve arrastrado á ensañarse hasta contra las inspiraciones y los sentimientos de la naturaleza vigorizados por el Cristianismo. Aca-

(1) Villeneuve de Bargemont: Historia de la economía política, t. I, pág. 203. Y poco después añade el autor: «La división... separando en creencias é intereses á los diversos Estados de Europa ha reducido á las estrechas proporciones de la nacionalidad las grandes cuestiones de la sociedad europea.» (Ibid. páginas 314-345).



so esta acusacion le parezca al lector atrevida, pero las pruebas se la demostrarán hasta la evidencia, y voy á presentar dos, no difíciles de comprender, y hontosísimas ambas para el Cristianismo.

886. La primera es una necesidad lógica que obliga á los apóstatas á combatir las verdades naturales para destruir aquella plenitud de comprension y de certeza que engendra en los católicos el saber que *Dios habló*. Seguro de esto, el católico afrontó valerosamente todas las combates de las opiniones con su trémula razon firmemente adherida á la roca inmóvil de la Iglesia. Y en esto fueron maravillosos los escolásticos, que sabiendo sin sombra de duda que no es posible descubrir ninguna verdad natural que contradiga la fé, se esforzaron casi temerariamente en demostrar con la luz de la fé las más oscuras sutilezas. Y no por cambiar de método ó de génio científico cambió en un ápice aquella noble audacia de los sábios católicos, los cuales se compadecen con aquel docto purpurado, honra de Inglaterra, que uno hoy á los laureles del sabio la palma del generoso combatiente; se compadecen, digo, de las almas débiles que temen los progresos de las ciencias terrenas como peligrosos para las verdades de la fé (1). Esta plenitud de comprension y de certeza muere á los católicos á coordinar todas las verdades de su fé en una cadena de raciocinios vigorosos que comprende todo el mundo de las ideas y todo el mundo de los hechos, en un tejido de narracion continua que explica la serie de todos los siglos. La Summa del angélico doctor y la Ciudad de Dios continuada por Bossuet, comprendian estos dos conceptos colosales del génio católico. ¿Hubiera imaginado jamás por sí la filosofia pagana la posibilidad de una filosofia semejante de su politeísmo? Y cuando para rivalizar con la filosofia cristiana dió á luz el eclecticismo alejandrino, ¿produjo jamás cosa alguna que pudiese compararse á aquellas dos obras maestras, portento de la filosofia y de la historia cristianas?

(1) Dr. WISEMANT: *Conferencias acerca de las relaciones de la ciencia con la revelacion*. Introducción.

887. Pero el paganismo resucitado comprende hasta la evidencia que el éxito de su victoria exige de él tratados completos y severos para que la impiedad pueda envanecerse de alguna semejanza con la ciencia católica; y así no se paran en conclusion alguna, sino que sacan las consecuencias hasta el extremo. Y así como la verdad católica fundada en las verdades naturales forma con estas una sola tela, de distinto color ciertamente, según que se contemple á la luz de la razón ó de la fé, pero imposible de separarse en dos como intentaron los protestantes (1), sin desgarrarse; así la nueva rabia gentilésca con que las ideas modernas se lanzan contra el Catolicismo, las obliga mal de su grado, á combatir la naturaleza si quieren destruir la fé.

888. De aquí nace una segunda razón por la que el paganismo resucitado se ve arrastrado á destruir la naturaleza, cual es, aquel furor de enemigo con que mira generalmente la verdad. Antiguamente los restos de la tradicion primitiva eran estimados por el filósofo pagano, como tabla de naufragio en la que ponía á salvo la razón moribunda y la sociedad que peligraba, y en esto se fundó en gran parte la primitiva virtud de aquellas repúblicas paganas que el jóven escolar suele admirar en los clásicos, griegos y latinos. Hoy estas tradiciones forman parte del ejército católico formado en batalla contra los sitiadores de la fé, los cuales no pueden deshacerlo sin salir completamente derrotados. Y esta diferencia entre el paganismo antiguo y moderno, está indicada por el Redentor en

---

(1) Algunos católicos repiten sin la menor sospecha que los autores de la ciencia de derecho natural fueron los protestantes, Grocio ó Heineccio, Puffendorff, etc., y hablando de esta manera se equivocan grandemente en cuanto que estos son los primeros autores por ellos conocidos, porque jamás han leído los más antiguos. Pero la verdad es que el derecho natural fué inventado por los protestantes, como fueron instituidos por ellos los Gobiernos representativos; arrancaron de raíz el derecho de la fé y del Catolicismo, reduciéndolo á seco sarimiento como quitaron á los Gobiernos representativos el elemento de la conciencia, reduciéndolos á un mecanismo sin motor. El que conoce medianamente los antiguos moralistas católicos encuentra en ellos tratados profundos de derecho natural, á los que recurren frecuentemente.

estas palabras: *He venido á traer la espada y no la paz: desde el día del Baulista comenzó la era del combate.* Antes de la predicacion del Redentor la verdad era tan incierta é ilimitada que no podía encender los ánimos para la guerra, por lo que el sentido comun y la probidad natural admitian ciertos principios tradicionales de bien vivir necesarios á la sociedad, sin darse cuenta de las consecuencias demasiado molestas para las pasiones, que se ignoraban sin vergüenza y se violaban sin remordimiento. Pero desde entonces acá es preciso, ó aceptarlas ó combatirlas.

De aquí resulta que abolido lo sobrenatural y vueltos al racionalismo pagano los regeneradores, no pudieron detenerse y tuvieron que continuar la demolicion, primero de todas las verdades morales en que se funda la existencia y el orden de la sociedad, y despues de todo el organismo natural de la sociedad, como ya lo he explicado otra vez. Si es, pues, cierto que la idea de *Pátria* germinaba por la naturaleza de la familia desarrollándose en la tribu, en el Comun y en la provincia, abolido este organismo por la independencia regeneradora, claro está que la palabra *Pátria* pierde su objeto y toma otra significacion. ¿Pero cuál será el nuevo significado de esta voz?

889. El lector lo conoce ya por aquellas doctrinas en que, despues de la demolicion de lo antiguo, he explicado el organismo nuevo sustituido por la Reforma al natural y católico. Allí he demostrado que la independencia ortodoxa, rompiendo todo vinculo de deber no voluntario, habia dado á cada hombre la facultad de formarse artificialmente una sociedad nueva bajo autoridad facticia con leyes creadas por él, y que esta sociedad se reducía á una reunion de muchos partidos ó fracciones, ora públicos, ora secretos, cada uno de los cuales se esfuerza por suplantar á todos los demas y enseñorearse de ellos. Por aquí se comprende facilmente cómo la patria de cada uno es propiamente aquel centro faccioso ó sectario á cuyo triunfo se ha consagrado en cuerpo y alma, esperando de él para sí toda suerte de bienes, supuesta la victoria, despues de haber seguido ciegamente todas sus órdenes para conseguirla y asegurarla.



890. Hé aquí la *pátria* en el desenvolvimiento lógico de la idea reformadora. No todos los regeneradores, ciertamente comprenden la exactitud de esta consecuencia, ni aceptan su brutalidad; la comprende solo y apenas la acepta como mas lógico el *mazzinismo rojo* dispuesto, como sabe el lector, á sacrificar, no digo los vinculos nacionales ó municipales, sino hasta aquellos tan íntimos, tan dulces y tan tiernos de la familia, de la amistad, de la sangre, los cuales no bastan para detener el puñal parricida afilado en los intereses de la secta. Esto no obstante, no hay que creer que aun los más moderados no se resientan cual más, cual ménos, de la influencia regeneradora en la abolición del afecto patrio, y en todas las convulsiones europeas de principios de este siglo no hay quien no recuerde las apostasías nacionales á que dieron lugar, ora los franceses bajo las Cortes españolas y bajo los muros de Roña que resistían al ejército de su patria, ora los desterados italianos, que preparaban en tierra extranjera armas y armados para combatir á Italia; ora, en fin, las proscripciones contra millares de ciudadanos considerados como extranjeros y hasta como enemigos de la patria por ser ajenos á las opiniones del partido. Y si estos recuerdos antiguos se hubieran borrado, la *Balanza* de 28 de Agosto de 1851 nos traa un nuevo ejemplo en las siguientes palabras de su corresponsal toscano: «*Nuestros constitucionales se felicitan altamente y en público de que el Grandísimo Duque de Toscana se haya visto obligado á ceder á las reclamaciones de la soberbia Albion.*» ¿Y en dónde encontrarán su nido los que de tal manera odian á la sociedad y á la tierra nativa? No lo dudéis, lo encontrarán, lo encontrarán: en donde quiera que triunfe la opinion del partido, allí se reunirán de muchas naciones diversas y contrarias los hermanos sectarios para combatir *Pro aris et focis*.

891. El culto de su partido es, pues, para estos una verdadera idolatría de patria; la *pátria* pelagra cuando pelagra el partido; la *pátria* llama á las armas, cuando el partido quiere defender su despotismo, y como los intereses del partido son el bien común á que mira el Gobierno,

así los adversarios del partido son los *enemigos de la patria* y todos los indiferentes al partido son sus esclavos obligados á pagar, á armarse, á cooperar y quizás hasta á denunciar *cualquier complot contra la patria*, so pena de ser juzgados y castigados como cómplices (1).

Estas ideas de la *patria* corren constantemente por todas las historias de las revoluciones y especialmente de las modernas. ¿Y quien las desmentiría, habiéndolas oído recordar hace poco por el diputado Brofferio en la Cámara piamontesa cuando la incitaba á depurar á los empleados diciendo: *Haced que estas instituciones, estos progresos y esta bandera sean defendidos por hombres que quieran sinceramente sostenerlos y no por aquellos para quienes es por la menos un problema EL AMOR Á LA PATRIA?* (Voz del desierto de 16 de Febrero de 1851.) ¿Comprendéis el lenguaje? Esto quiere decir, que si vosotros ó yo, ó cualquiera otro piamontés opina, aunque sea solo especulativamente, que las actuales instituciones del Piamonte no son las mejores, debe ser castigado; no diré con el ostracismo, pues que este dejaba subsistente la ciudadanía, sino con ser despojado hasta del nombre de piamontés. Es decir, que en Francia los únicos *ciudadanos* son aquellos (si los hay) que quieren sostener las instituciones presentes; todos los demás son extranjeros y quizás enemigos.

## EL ESTADO.

892. Este vocabulario, por otra parte, sirve solamente en los días de lucha, cuando ningún partido ha obtenido todavía un triunfo completo y constituido un organismo de gobierno; porque durante el combate todos los *hermanos* y

---

(1) Cualquiera que haya leído las recientes proclamas de los varios comités de resistencia de Londres de las tres naciones, etc., ha podido ver en fórmulas muy explícitas é inteligibles, los deberes de los indiferentes para con esta *patria*, y la merced con que debían ser recompensados. De aquí que poco ha dijera con mucha gracia un valiente periodista: *En Francia tenemos, por lo menos, una docena de Francias.*

amigos sienten igualmente la necesidad de la unidad y el aguijón del interés, y conocen que se encuentran en la alternativa terrible de vencer ó morir. Entónces, pues, se sacrifican *precariamente* las cuestiones privadas por el bien común, y así lo dicen abiertamente ciertas publicaciones recientes del mazzinismo que inculcan la conveniencia de no entrar *por ahora* en ciertos problemas, cuya solución deberá intentarse después de conseguida la victoria sobre el enemigo común. Antes de aquel día *la Igualdad y la Fraternidad*, dirigen la conducta de los facciosos y el centro de esta fraternidad asume sacrilegamente, sí, pero con alguna apariencia de analogía el suave y dulce nombre de *Patria*, pues que no serían hermanos si no tuvieran una Madre común. No sucede así al cesar de la batalla, cuando el partido vencedor, subyugados todos los demás y repartido algún bocadillo de los despojos á sus pretorianos callejeros, organiza entre sus jefes *padres de la Patria* un Gobierno legalmente regular. Entónces la fraternidad cesa bien presto y aquellos matones abandonados con un hueso descarnado entre los dientes, triando contra sus jefes, de quienes esperaban mejor salario por la sangre (*no suya*) vertida en el combate, se ven pronto reducidos á la condición de vencidos, sin otra parte en el Gobierno que la de mirarlo de lejos y temblar. Así hemos oído muchas veces en Sicilia murmurar y gritar á aquellas bandas que al salir licenciadas de sus reales y despojadas quizá hasta del fusil, eran enviadas á disfrutar del *honrado reposo* merecido con la *defensa de la patria*. Pero estos no encontraban recompensa alguna en aquellos laureles siempre verdes, y viendo á ministros y diputados repartirse la hogaza, sentían el veneno en su pecho y hubieran preferido ceder los laureles á los capitanes para que se repartiese el botín á los soldados.

895. Pero esta buena gente caminaba con las ideas de otros tiempos y pronto debieron advertir que la era de la *Igualdad y de la Fraternidad* había pasado y que empezaba el momento de transición cuando se pierde hasta el nombre de la patria y entra decididamente en su lugar el Estado.



Entonces se empieza á obrar en nombre de este nuevo ídolo y los nuevos poseedores de la autoridad, movidos por aquel instinto de conservación con que la naturaleza quiere perpetuar la sociedad no menos que los individuos, lo piden todo en nombre del Estado. *El Estado quiere armas, el Estado quiere dinero, el Estado quiere hombres, el Estado quiere sacrificios*, el Estado, en suma, pide todo lo que en nombre de la naturaleza y de la Religión podría pedir la patria y mucho más. ¿Pero qué diferencia entre el que pide y aquel á quien se pide!

894. La patria que pedía según la naturaleza, era un ser bien conocido practicamente de los súbditos, por la ternura de los afectos que despertaba y por los beneficios que cada uno recibía de ella. Todos los individuos llamaban su patria á los conocidos muros que les recordaban los más dulces encantos de los primeros años y de las más caras alecciones. Todo padre de familias, con la participación mediata ó inmediata que tenía en el comun y en todas sus administraciones y pertenencias, sentía las ventajas de la seguridad de los auxilios y de las comodidades que le suministraba la autoridad tutelar de la provincia, mediante la cual se unían próximamente Principe y padre, persona viva en carne y hueso como él, cuyos defectos y miserias como hombre conocía, pero en los cuales veía al mismo tiempo (hablo de la mayor parte de los Príncipes italianos de estos últimos tiempos) dotes no siempre ordinarias, educación esmerada, afabilidad paternal y deseo sincero del bien de todos los súbditos no desgarrados en partidos, sino partidarios todos igualmente de su Principe (1) no quie-

(1) ¿Cómo queréis, por ejemplo, que no se aficionen tiernamente á sus gobernantes aquellas turbas de infelices de la Basilicata que obligados poco há á acampar al raso, mirando desde lejos la polvareda de sus hogares destruidos, ven que se presenta entre ellos, y con ellos acampa también, un Monarca con su hijo como padre entre sus hijos, como hermano entre hermanos, felices solo con su grandeza, porque pueden comunicarla con los miserables y con su poder, porque con él pueden apresantarse los beneficios?

Desagütese el Sr. Gladstone gritando contra las atrocidades del Rey Bomba, cuya tiranía ha quitado á los mazzinianos en aquel reino la libertad de asesinar á los hombres honrados. Debía ir á pero-

ro decir con esto que bajo el gobierno paternal todo caminase regularmente, digo tan sólo que la *naturaleza de aquellas instituciones* no engendraba rencor en los gobernantes, ni desconfianza ni aversión en los súbditos, y que dejando subsistir los vínculos del afecto natural y el natural organismo de la asociación humana, formaba de la *patria* un ser benéfico, visible y real, en donde todos los afectos humanos encontraban objeto proporcionado á sus naturales inclinaciones.

895. ¿Pero colocados hoy bajo el gobierno del Estado en aquel concepto puro del modernismo, despojo de aquellos correctivos que una tradición esencialmente católica pudo infundir y mantener en él por algún tiempo, ¿en dónde encontraremos un objeto de reverencia y amor, un principio benéfico de orden y de justicia? ¿Quién es el Estado, en cuyo nombre se me vacía el bolsillo, se me piden los hijos, se me ocupa la casa para alojamientos militares, se me burlan las esperanzas, se me quitan los empleos, se me diezma el estipendio ó la pensión y se me tiene inquieto todos los días esperando de hora en hora un proyecto de ley que comprometa mis intereses ó ponga tortura á mi conciencia?

Me preguntas, *¿quién es el Estado?* Si hubiera de daros una definición de este Dios Estado, según la *mente* (no según las palabras) de los regeneradores, lo definiría: «Un mecanismo compuesto de algunos centenares de ruedas racionales giran-

---

rar de tai suerto al pié del Volturi y se enteraría, á pesar suyo, de cuál es el honor de los pueblos para con los Gobiernos que concuerdan de tal manera con propósito deliberado todos los derechos de la justicia y de la humanidad. Si en vez de recurrir á un gobernante visible, hubiesen tenido que recurrir al Dios-Estado, y después de recorrer el engranaje de todas las ruedas de esta máquina, al fin hubieran conseguido sacar de las arnas del Tesoro aquel río de oro, y con aquella misma diligencia con que se les proporcionaba el despotismo paternal, hubieran sentido jamás hacia aquel mecanismo secreto y tenebroso la milésima parte de los afectos que despertó en ellos la sonrisa de aquel ángel de paz y consuelo? Sé que también un Príncipe constitucional hubiera podido imitarle, si no en el disponer del Erario público, al menos con su lista civil, y esto le era querido de los pueblos, como Leopoldo de los belgas; pero el Rey no es el Gobierno, y ser querida su persona no es ser querido el Estado.

do sobre los ejes de la Carta al impulso de un resorte que se llama *interés*, en el cual los súbditos funden su inteligencia, su voluntad, su fuerza y su fortuna á condicion de que él se encargue de pensar, querer y trabajar por ellos, dejándoles solamente el gozar y divertirse, ó sea procurando la *pública felicidad*. Entra, querido lector, en el corazon de los regeneradores, en sus teorías, en sus deseos y en sus exigencias (¿y quién sabe si podría añadir, y perdóname el atrevimiento, entra en tu mismo corazon?) y allí sorprenderás oculto en el escondite más secreto, sin que lo haya advertido quizá el mismo que la fomenta, esta idea del *Estado* ó sea del Gobierno. Una máquina sin conciencia que fabrica felicidad pública sin quererlo y sin saberlo.

Y esa es precisamente la máquina cuyo deseo resulta en los pueblos liberales, juntamente con el derecho á fabricársela y poseerla, del *naturalismo* y del concepto epicúreo de la felicidad que te he demostrado que nace por la independencia de la razon (1). Es aquí en sustancia lo que es, según las doctrinas liberales, aquel *Estado por amor del cual* se quisiera que los vancidos tolerasen los defectos, la antipatía, las injusticias y las ilegalidades de un ministerio nacido de su derrota y del orgulloso triunfo de sus adversarios. ¿Qué te parece de esta pretension? Pretender que se ame y que se conserve una *máquina de placer*, aunque inepta para fabricarlo y que se ame precisamente porque es máquina! ¿Qué dirías si hallándote dispuesto á destruir una casa tuya que amenaza desplomarse sobre tu cabeza, para fabricar otra mejor, ya te exhortase á que te resignaras á ser aplastado por amor á las vigas que te amenazan?

Pero expliquemos un poco mejor la descripción ó definición que hemos dado del Estado, para que se comprendan mejor sus consecuencias y se desecha la esperanza de encender el heroísmo con el amor al Estado.

896. *¿Quién es el Estado?* El Estado es un ente de razon, una combinacion de resortes secretos y de ruedas engranadas

(1) Véase el *naturalismo* parte 1.ª, cap. 3.ª y 9.ª



una en otra, cada una de las cuales puede triturarte á ti y á tus intereses sin dejar vestigio en la tierra.

¿Tienes, por ventura, que tratar de un negocio importante para los intereses de tu casa o del municipio? Pues informate bien de todo el mecanismo que has de recorrer, teniendo en cuenta que el nuevo ministro ha dado á su burocracia, como nuevo Monarca, órdenes recientes, y que si no te atienes á ellas, tu negocio fracasará. ¿Has presentado los papeles al primer oficial? Pues este los repartirá entre los oficiales menores, y cada uno de estos podrá detenerlos ó alterarlos. Feliz de ti si después de meses y quizá años no se han perdido y pasan del primer oficial á las manos del ministro que, informado Dios sabe cómo, pone finalmente en ellos un decreto siniestro de *No há lugar á lo que se pide*. ¿Pero por qué? Vete á preguntárselo al ministro y te remitirá á los oficiales; á los oficiales? Estos se desentienden del negocio. Recurrirás al Rey. El Rey reina y no gobierna. ¿Y el Estado, dónde está? ¿Dónde está este oráculo, en cuyo nombre se hace todo, sin que él comparezca, ni responda, ni pueda versele jamás?

Dice bien, pues, el profesor Melgari (1) tantas veces citado por nosotros. *En este Gobierno el Soberano no tiene nombre propio ni persona, se llama mayoría nacional, poder invisible pero presente en todo lugar, que hiere sin poder ser herido, que llama á todos los ciudadanos á examen de todos sus actos y opiniones sin que nadie pueda pedirle á él cuenta de su Gobierno*. Cual otro Protoso se transforma, se modifica á cada instante, siempre irresistible, siempre absoluto, siempre irresponsable.

(1) El lector recordará quizá el reciente ejemplo de tan misterioso laberinto dado con el cáliz y la mitra, enviados á Monseñor Francoini por los Modeneses y Genoveses y perdidos por largo tiempo en las revueltas de la burocracia en donde se ocultaban á todas las pesquisas de los dos enviados para activar y seguir la pista como perros lebréles por el intrincado laberinto de aquellos senderos. El gendarme los remitía al cuestor, el cuestor al intendente, el intendente al aduanero, el aduanero al ministerio, el ministerio al telégrafo y así siguió la comedia hasta que los intrigantes echaron de ver que la Europa espectadora en platea, se reía más de los actores que del drama.

*Con semejante Soberano el Gobierno representativo podría llegar á ser EL PRINCE DE LOS GOBIERNOS, si la nación reconocida en sus diversas partes, en sus diversos modos de existencia, en las varias esferas de su necesidad, en los individuos, en las familias, en la libre asociación, en la sociedad comun, en la corporación y en la compañía no estuviere en posesión del Gobierno de sí misma (1).*

897. El retrato del *Dios Estado* no puede parecerle lisonjero, pero hecho por tal pincel y tan amigo, ni siquiera puede sospecharse que está desfigurado: el A. ha hablado como hombre sincero, y el auditorio debía escucharlo con aquella resignación que las verdades solemnes imponen á las inteligencias. Contéplalo ahora de frente y mira qué amor te inspira ese mecanismo frío, rígido, *siempre irresistible, siempre absoluto, siempre irresponsable*. Por amor á ese mecanismo, ¿te vendría jamás la tentación de imitar el heroísmo de los machos ó de los paladines cristianos, ni siquiera el afecto de los soldados de Alejandro ó de César para con su capitán? Los liberales no quieren persuadirse de que *los gobiernos se han hecho para los hombres* y de que los hombres no se aflicionan á los mecanismos. Yo que falto de vista tengo que valerme de la pluma de otro para escribir, siento un agradecimiento para el que benévolo me la presta; pero si en vez de un hombre racional semejante á mí pudiese servirme de aquella máquina que Babbage inventó para calcular, ¿crees tú que tendría yo gran afecto á mi máquina cuando dado el impulso á una rueda encontrase yo escrita una página al terminar el movimiento? La querré por interés, pero estaré dispuesto á echarla al fuego si no me sirve: pero ¿y los afectos? ¿y el agradecimiento? ¿y el sacrificio?....

898. ¿Pues quién no sabe que el hombre que obra depende inmediata y principalmente del hombre *afectivo*, especialmente cuando la operación es difícil? Exigir, pues, amor

(1) Si se reflexiona que según este autor, ninguno de los Estados continentales de Europa, tiene justa idea de la libertad, se comprenderá cuál es en Europa el peor de todos los Gobiernos.

á la patria en nombre de este frío mecanismo, es querer cambiar al hombre en máquina, y como esto es imposible ya ves la imposibilidad de este Gobierno como lo conciben los regeneradores.

899. Pero ¡oh, poder prodigioso de un cerebro preocupado! De este absurdo que pretenda transformar al hombre en una máquina, los constitucionales serán capaces de sacar el tema de un panegirico para su ídolo, y tú mismo acaso lo habrás oído de aquellos que se la echan un poco más de filósofos y que se extasian contemplando este Gobierno *imposible* en donde hay justicia para todos, vencidos ya los arbitrios del capricho. Pronto echarás de ver en estos encomios cuánto pueden las preocupaciones en ánimos quizá rectos y cultos inducidos á confundir *la justicia con la insensibilidad, la equidad con el arbitrio*. Bueno es, ciertamente, que los pueblos y los magistrados tengan una ley á la cual deban conformarse; pero la aplicacion de las leyes es cosa esencialmente moral, y los juicios morales dependen de elementos tan delicados y espirituales que jamás se podrán obtener de un *mecanismo* por artificioso é intrincado que sea; y precisamente por esto jamás se ha llegado á establecer un *verdadero y puro criterio legal para uso de los tribunales*.

Un Gobierno mecánico es, pues, la institucion más absurda que se puede idear en clase de justicia. Impedir absolutamente con la materialidad de las formas todo género de arbitrio equivale á abolir la equidad; y esto tratándose de las instituciones humanas en las que la inteligencia limitada no puede prever las múltiples combinaciones que pueden ocurrir y las interpretaciones que serán necesarias, vale tanto como hacer necesarias muchas injusticias legales para impedir pocas injusticias voluntarias que con un poco de conciencia y con el auxilio de buenas instituciones podrían evitarse en gran parte (1). ¿Te atreverías tú á ensayar este sistema en medicina ó

(1) Podría explicar mi pensamiento con el ejemplo de tantas injusticias con que se veja á la Iglesia cuando se publica una ley anti-católica, pero prefiero aplicar la teoria á la legislación inglesa



cirujía á fin de evitar los daños que pudiera causar un profesor ignorante? ¿Te atreverías, por ejemplo, á formar un Código médico-quirúrgico, por el cual, dados tales síntomas debiese irremisiblemente amputarse una pierna ó aplicarse tal medicamento sin confiar nada al arbitrio del facultativo? Ciertamente con esto impedirías cualquier error involuntario, ¡pero cuántos daños resultarían por inevitable necesidad!

900. De aquí resulta también el gravísimo inconveniente de abolir en los súbditos todo sentimiento de gratitud hacia estos gobernantes en un brutal mecanismo. *Gobierno contra la naturaleza*; pues ¿qué cosa mas contraria á la naturaleza humana, cuya vida y cuyo amor es el orden (1), que ponerla respecto al Ordenador Supremo (es decir al Supremo Bienhechor de la sociedad) en tal relación que mirándolo como un mecanismo privado de inteligencia y libertad, y por consiguiente sin mérito, reciba de él los beneficios sin sentirse obligada y soporte las injusticias como un granizo ó un rayo, y mire sus grandezas como miraría la torre de Pisa ó la cúpula de San Pedro?

901. Estas observaciones te explicarán un fenómeno moral de la vida ordinaria, cual es aquella indiferencia hacia las personas de los gobernantes, cuyo enaltecimiento y caída alternativos veis con tanta indiferencia, y quizá menosprecio como podrías tener hacia el salvaje si no fuera eminentemente racional. ¿Y que cosa mas racional que no imputar á otro ni en bien ni en mal lo que hace por necesidad irresistible? Y atribuyendo todo lo que sucede á la ciega necesidad, ¿qué afecto puedes concebir para con las personas? Un municipio ha conseguido cualquier favor, un ferro-carril, un instituto de Be-

---

la cual conduciría á tales enormidades que para evitarlas los magistrados y jueces prefieren, como decía Bentham, violar la ley y aun acoso su juramento. De donde resulta que excluir todo arbitrio en la aplicación de las leyes conduce á gravísimas iniquidades legales, y tendríamos que deplorar no pocas por la nueva ley de Beneficios eclesiásticos, si esta como otras leyes no fuese corregida por la natural honradez de los magistrados y el pueblo.

(1) Véase Parte I, Cap. V, núm. 344.

neficiencia; ¿qué dirán en el fondo de su corazón los ciudadanos de aquel municipio? «Si el ministro no se hubiera acomodado á aquella opinion hubiera perdido la cartera; si la Cámara no se acomodaba al partido dominante, hubiera sido disuelta y esos diputados hubieran perdido los votos de los electores: si en el ministerio no se hubiera accedido á la pretension de un diputado, este hubiera alborotado la Cámara.» Todo es necesidad, cada cual obtiene lo que puede con su propio valor y el del partido á que se asoció. Nadie tiene por consecuencia obligacion alguna para con el gobernante.

902. Agrega á todo esto aquel caracter de *interés* aceptado paladinamente como guia de los particulares y de los gobernantes; agrega tambien aquel carácter de *parcialidad* notoria que resulta del mecanismo gubernativo, sabiendo todo el mundo que hoy el ministerio es Whig y mañana Tory; de donde nace que el hacerle la oposicion es un deber de fidelidad para el partido contrario. Agrega el sistema de las *destituciones*, en cuya virtud los oposicionistas adquieren el carácter de héroes y la veneracion de victimas, y dime si es posible, no digo que encuentres, sino que imagines con toda la poesia de tu cerebro un resto de afecto, de veneracion, de admiracion ó de sacrificio en el corazón del súbdito hacia este material engendro de ruedas administrativas, frio é inaccesible á todo afecto, rígido é inaccesible á toda equidad, complicado y secreto en sus movimientos, benéfico sin amor, castigador sin justicia, interesado por sistema, parcial por origen, combatido y desacreditado por deber y fidelidad; y á esto llaman Gobierno algunos hombres, y se pretende que los súbditos tengan tanto afecto á este Gobierno, que se olviden de si mismos por amor á la patria! ¿este es el mejor, este es el único Gobierno posible!

903. ¡Pobre humanidad! así te has rebajado buscando el mecanismo gubernativo que sustituyese á la conciencia y nos condujese al Paraíso terrenal! La idea católica inculcando en los súbditos el respeto á su Príncipe, lo colocó en su corazón bajo un mismo mandamiento al lado del Padre, y aquellos afectos que la naturaleza enciende en el ara del amor filial se extendían á fortalecer y suavizar la obediencia política.

Pero gracias á Dios (ó más bien gracias al diablo), el despotismo paterno quedó abolido y sustituido por el despotismo mecánico del *Dios-Estado*, cuya grotesca personificación con semblante espantoso nos intima: *obedecerme ó despedazarme*. ¿Qué mucho que á esta intimación responda tan frecuentemente el pueblo rompiendo el ídolo ántes que obedecerle? ¿Qué mucho que todo el amor hacia el Gobierno se reduzca, especialmente en las naciones ya maduras en estas ideas, á un cálculo de cuánto me producirá la fidelidad y cuánto la rebelión? ¿Qué mucho que el Gobierno de Orleans, después de diez y ocho años, haya dejado tanta indiferencia en sus mismos partidarios que casi está disuelto el partido después de dos años de desventura, al paso que el legitimista subsiste y se fortalece después de veinte años?

904. Comprendo que este *estado*, este espectro misterioso, no es privativo de los Gobiernos representativos. También en los Gobiernos absolutos, cuando en ellos penetró el veneno de las doctrinas heterodoxas, se formó este ídolo del Estado, el cual, destruidas ó menospreciadas las ideas naturales, organizó *burocráticamente* el reinado de la fuerza, envolviéndose siempre misteriosamente entre las sombras de su santuario. No es mi intención defender el espíritu heterodoxo sea cualquiera el punto ó la forma en que se presente.

Por lo demás, repito que siendo como es pésimo en toda su generación, adquiere nuevos grados de deformidad cuando bajo las formas orgánicas de los Gobiernos representativos se hace invisible, impalpable, inaccesible, y desde la oscuridad de sus nieblas extiende la mano fría para estrechar inexorablemente todo lo que le place, sin que se sepa á quién recurrir ni qué escudo oponerle. Hasta ahora queda un Príncipe que gobierna por sí y que es severo con sus ministros, los cuales, si no tiemblan por conciencia, temblarán al menos por sus intereses. Pero cuando todo se hace por la magia del mecanicismo, sin que tú puedas llegar en el intrincado laberinto de aquellas revueltas administrativas al punto en que se forma la voluntad, en donde comienza la injusticia y en donde se consuma la iniquidad, entónces no hay remedio, ni salvación,



mi defensa. Si S. E. se quiere perder, es dueño absoluto de hacerlo; basta que encuentre modo de aparentar que tu cabeza es necesaria para el bien del Estado.

905. Concluyamos: la *Pátria* del católico nace en el hogar doméstico y se remonta poco á poco por medio de naturales incrementos hasta al supremo gobernante. Todo es natural en esta patria; la familia donde germina, el municipio en que se desenvuelve, los intereses y los afectos que á muchos municipios reúnen, la persona visible que á todos los gobierna, los afectos que rebosan en amor hacia un Príncipe benéfico, en solicitud para con una patria real que encierra todos mis intereses, en confianza en un Gobierno al cual se debe recurrir, en sacrificio por conciudadanos para quienes me obliga la caridad cristiana.

Pero ¿dónde está esta patria en una sociedad liberal? Un centro supremo, una abstracción rígida, invisible, intrincada, implacable, que no despierta en mí ninguno de los afectos naturales, extiende desde las tinieblas de sus nubes el terror de un brazo invencible que tiraniza hasta el último de los súbditos por medio de un organismo facticio que cada déspota puede desordenar ó recomponer á su capricho arrojando á la calle los pedazos que ya no le sirven. Hé aquí el *Estado*!

Si; hé aquí ¡oh nuevos cincinatos! en nombre de quien exigitis obediencia de súbditos irritados hacia un poder supremo. ¡Oh! ciertamente por amor á este Estado y á esta patria postiza, obtendreis el sacrificio de lo que les es más querido en el mundo. La demanda es tan justa, el afecto es tan tierno y el número tan benéfico!....

Si al menos hubiérais dejado en el corazón de este pueblo la fé de la cruz y el bálsamo de paciencia que esta derrama, podríais quizá prometeros, si no amor á esta abstracción diabólica, al menos tolerancia para con los desapiadados que en su nombre le oprimen. Pero si le quitais este resto de consuelo, esperar de él amor, y por amor obediencia, es, entendido bien, burlarse del pueblo engañándose á vosotros mismos.

906. Y como este amor, esta obediencia y este sacrificio

se exige por algunos con una severidad algo indiscreta y rigorosa en las personas del Clero, y con ciertas predicaciones más abundantes en textos del Evangelio que en caridad evangélica, permitaseme considerar por un momento qué derechos ha adquirido hácia el Clero esa nueva patria fabricada por los liberales. En verdad el Clero en esta, que no sé si llamar comedia ó tragedia, merece hacer de protagonista, y no acabo de sorprenderme de la feliz inocencia de ciertos constitucionales á la moderna, de cuyos labios y de cuyas plumas fluyen exhortaciones que, recomendando al Clero el amor á la patria, le reprenden el poco celo por las instituciones patrias y le invitan á predicar, no ya la Santa Cruzada y la bendita bandera, sino el deber de pagar las cargas y de contribuir á las quintas. Si en confirmación de estas exhortaciones invocasen, con el espíritu del Evangelio, el deber de rogar por los calumniadores y perseguidores, y de hacer bien á los enemigos (1), lo entendería; pero que se maravillen de que el Clero despojado, ridiculizado, proscripto, insultado, no rebose en ternura para con un ministro ó un diputado (2) que pide medidas extralegales para tiranizarlo cómodamente *é igualarlo así á las demás ciudadanas....* ¡oh! semejante confesión supera la capacidad de mi corto entendimiento y me recuerda las sabias palabras del diputado Menabrea: *si queréis que el Clero se aficione á la libertad, es preciso que también él guste sus frutos; es preciso concederle también esta misma libertad que se reclama para los demás* (3).

Por dicha vuestra, sacrilegos y desapiadados burladores, este Clero, á quien con sarcástica reverencia pedís amor á la patria, conoce el sentido de este sagrado deber, y no tiene necesidad de vuestras lecciones. Si no respetase tanto el orden y las leyes de la vida social, si no resonase en sus oídos con el eco de 18 siglos aquella voz que dice: *Obedeced aun á los*

(1) *Benefacite his qui oderunt vos, orate pro persequentibus et calumnantibus vos.*

(2) Véase el discurso del diputado Ravina en las Cámaras piemontesas.—14 Marzo 1851.

(3) *Ibidem.*

*discólos*, sino supiera ceder la túnica á quien le roba la capa, y quisiera atraer rayos contra quien le desprecia, tendria quizá tal vigor en su pulso, tal fuerza en su unidad, tal crédito por la santidad y la ciencia de muchos de sus miembros, que haria palidecer á más de uno de los que insultan impunemente al Clero, precisamente porque no es nada de aquello por lo que le insultan. Pero vive en el Clero (a pesar de la maldad de alguno de sus individuos, de la tibieza de muchos y de la natural imperfección de todos), vive en ese Clero, gracias á Dios, y obra aquel espíritu que prometió estar con ellos hasta la consumación de los siglos, y ese es el principio de la conducta generalmente pacífica, indulgente y paciente con que se deja despojar sin combatir en cuanto tienen ó pueden tener de legítimo ciertas instituciones legalizadas con el sello de la autoridad respetada, aunque hijas en gran parte de la intriga y del engaño.

Pero si respeta á esta autoridad (salvo los derechos de la Iglesia) aun cuando siente la vara de su despotismo, no por eso debe callar cuando se trata de descubrir el espíritu anti-cristiano que corrompe hasta las instituciones más hermosas. Así lo entendieron al fin aquellos liberales que guardaban todavía un rayo de fe y una chispa de caridad católica y se esforzaron por salir del laberinto de estas contradicciones destructoras. Y para engañarle, ya lo vez, fabrican con la lengua y destruyen con las obras, y al paso que no ha habido época que preconizase tanto el amor á la patria como estos regeneradores, ellos la han reducido á no ser ya ni familia, ni municipio, ni provincia, bajo un gobernante visible heredero de mil glorias patrias y de mil aflicciones sociales, trasformándola en un temeroso mecanismo, al cual se encadenan todos los partidos burlados ó derrotados que pagan á peso de oro la espalda de aquel Beroe de quien esperan temblando el último golpe contra su verdadera patria, si no llega á tiempo un Camilo que lo derribe de su carro triunfal.



---

## CAPITULO V.

### LA ADMINISTRACION EN SUS TEORIAS.

#### §1.

##### *Preliminares.*

907. *Las personas se gobiernan, las cosas se administran.* Esto es lo que dicta el sentido comun á toda inteligencia recta, aunque no haya faltado quizá quien haya querido (y segun el principio utilitario no se equivocaba, como veremos) confundir personas y cosas bajo el nombre comun de *Administracion*. Pero la diferencia es enorme: la administracion se refiere á las sustancias irracionales, y por consiguiente incapaces por su naturaleza de resistir á un impulso; el gobierno se refiere á seres *racionales*, y por consiguiente *libres*. El arte del que administra consiste en *hacer mover*; el arte del que gobierna, mira principalmente á *hacer querer*. Habiendo hablado ya del gobierno, pasemos á examinar la administracion.

908. He demostrado ántes el valor de nuestros regeneradores en hacer que los súbditos *quieran obedecer*. Ellos han encontrado á este propósito un medio no ménos sublime y nuevo que lógico y liberal. «Pongamos, han dicho, al gobernante en tal condicion, que sea mirado por el pueblo como un enemigo digno de destruirse, como un bufon digno de ridiculizarse, y hagamos que en frente de la multitud maldi-

ciente pierda toda fuerza de derecho, toda esperanza de llegar al día siguiente, y, no lo dudeis, el Gobierno se encontrará en las condiciones más favorables para hacer que el pueblo quiera obedecer *por amor* (ya se comprende) a aquella patria que ya no se sabe en donde se alberga.

909. No dudo, lector benévolo, que habrás felicitado á estas sublimes inteligencias políticas, y habrás comprendido cuan *injustos son los retrógrados* cuando con su acostumbrado argumento *post hoc, ergo propter hoc* (1), pretenden atribuir á los constitucionales liberales la culpa de aquel mal espíritu, de aquellas interminables discordias, de aquella oposición sistemática, de aquel perpetuo cambio de ministros y ministerios que lanza á los pueblos regenerados ó la arena como para divertirlos y los acostumbra á las barricadas y á los cañones, como en otros tiempos á los gladiadores ó á los anfiteatros. *El pueblo se seca por la monotonía*, oímos decir muchas veces, se necesita un par de jornadas gloriosas, ó una guerra europea para divertirle. De otro modo ¿cómo se imprimirían y de qué hablarían los periódicos?

Esta brutalidad de un pueblo siempre inquieto, esta fórmula nueva pero más sanguinaria del *Panem et circenses*, te guardarias muy bien de atribuirla á aquel admirable mecanismo en que se encierra el único medio de gobernar bien á los hombres (2). Y si por todas partes, al parecer de Baldo y de Melegari, las constituciones del continente (es decir, todas las liberales) han producido cabalmente aquellos frutos que ingenios groseros creen que deben producirse en un pueblo persuadido de que no debe obedecer al poder sino como ene-

(1) Comprenderá el Constitucional Pontificio que el argumento de la *Civiltà Cattolica* no carece de todo valor científico, cuando con el *Post hoc* ó sea con el hecho confirma una teoría ya demostrada. Así hace todo buen filósofo, así la Europa atónita creó confirmados por el descubrimiento de Newton los cálculos de Leberrier. Y Europa no carece tampoco de lógica aunque combata tal vez á los constitucionales ó sea el *universo* ó el *mundo ilustrado*, como ellos quizá por distracción suelen apellidarle. Véase la *Miscelánea de Florencia*, pag. 195, 221, etc.

(2) Véase en la miscelánea el Constitucional Pontificio, pag. 224 y siguientes.

migo, por ministros persuadidos de que no pueden mandar á aquel pueblo ni resistirle, habrás comprendido perfectamente que este hecho constante es una pura combinacion casual que no debe atribuirse á los estatutos como hacen maliciosamente los retrógrados confundiendo la sucesion con la casualidad. ¡Culpar á los estatutos! ¡Me maravillo! semejante combinacion fortuita dura en Francia hace 60 años, no porque aquel país haya desechado la idea católica, sino porque aquel pueblo es ligero; se manifiesta en todas las constituciones germánicas, pero es que aquel pueblo es demasiado grave y metafísico; atormenta á España hace 40 años, pero es porque el pueblo se embruteció por la Inquisición; ha puesto á sangre y fuego á Italia, pero es porque ha durado muy poco. ¡Oh!, si el Rey de Nápoles, el Papa y los duques un poco más fieles á los juramentos que no prestaron, y á aquellos que los revolucionarios fueron los primeros en violar, hubiesen vuelto á felicitar á los pueblos por aquella soberanía de que tan sóbriamente usaron, y á exponer las carteras á la competencia del más astuto que seduce, del más rico que compra, del más faccioso y audaz que arrebató los votos! ¡oh! si; la edad de oro empezaba entonces en Italia con la edad del sacrificio; el pueblo hubiera querido obedecer aunque era soberano, y los ministros hubieran sabido mandar aunque eran impotentes!

¿Comprendestis esta profundidad política? Pues bien, atesórala y yo pasare á considerar la *administracion pública*, puesta, segun costumbre, bajo la influencia de aquel principio de independencia heterodoxa que hemos llamado *Idea liberal*.

910. Pero tú sabes, lector mio, que la administracion pública se rige en nuestros días con principios científicos y con un mecanismo de oficiales dirigidos por estos principios. No estamos ya en aquellos tiempos cuando

..... in Lamagna

Be Carlo era attendato alla campagna;

y desde su tienda escribía á sus intendentes cómo debía arreglarse la venta de los huevos y cómo debían cuidarse los polluelos de la clueta. La economía política ha venido á ser la regla de los administradores, y para comprender fundada-



mente lo que será la administración regenerada, conviene esclarecer antes qué es bajo la idea liberal la ciencia económica. Recuerda, pues, los principios que antes hemos averiguado acerca de la sociedad liberal. *El individuo es independiente en sus pensamientos; El pensamiento independiente cambia la mayoría del vulgo, hasta las inclinaciones corrompidas por la naturaleza; La naturaleza por consiguiente quiere gozar á su manera; El Gobierno debe satisfacer los instintos en la naturaleza.* Apliquemos estos principios á la ciencia de la riqueza social para deducir de ellos después la manera de obrar de los administradores y de los pueblos, guiados por semejante ciencia, y comencemos á comparar las ideas y las opiniones del individualismo protestante, transformado en egoísmo moral con las ideas y opiniones nacidas de las enseñanzas de la filosofía y del Catolicismo en tan vasta é importante materia.

911. No ignoramos que algunos economistas creen hoy abandonada y aun muerta para siempre la moral del interés; pero creemos que tales opiniones nacen mas bien de la bondad de ánimos honrados que de la justa estimacion de las doctrinas, conociendo demasiado que son muy pocos los que se forman una idea justa del principio utilitario considerado en sus mas profundas raíces. Esos economistas de que hablamos declaman contra la moral del interés, reprobando que se derive la justicia de la utilidad; pero no siempre advierten que es imposible, al menos á la sociedad, atribuirle otro origen si no se forma una verdadera conciencia pública, y la verdadera conciencia pública es imposible fuera de las enseñanzas de la autoridad católica. Todos los partidarios de la absoluta libertad de conciencia, de palabra, de imprenta y de enseñanza, podrán por una honrada inconsecuencia detestar la inmoral del interés; pero si les pides una base segura del derecho incontestable para toda la sociedad, ó no sabrán qué decir, ó recurrirán á la falsa noción del bien público, ya refutada por nosotros, confundiéndola con el interés de los más.

Las doctrinas del interés desdichada regulador de la sociedad regenerada, merecen, pues, en primer lugar nuestra aten-

cion en esta materia, en que el interés encuentra tan vasto campo y presa tan agradable á su rapacidad.

## §. II.

### *La riqueza segun el principio utilitario.*

912. Asi como en toda ciencia es sumamente importante determinar con claridad cuál es el objeto sobre que versa, asi nuestro primer paso debe ser considerar qué idea se engendra bajo la influencia del principio protestante con relacion á la *riqueza*, de donde vendrá á esclarecerse qué cosa es la ciencia que razona acerca de ella y por qué medios debe proceder en la investigacion de su objeto y en la determinacion de sus principios y de sus leyes. A este propósito tomemos el camino del principio utilitario, y contemplemos á su luz la *riqueza*, esto es, segun la definicion comun, *un cúmulo de capitales*; pero antes considerémosla en su nocion universal para aplicarla despues mas particularmente á la sociedad.

913. Tender á la *felicidad* no es otra cosa, segun el principio utilitario, que tender á *sentir gradualmente*, pero tend presente que la sensacion en el hombre es esencialmente limitada en la intensidad y en la duracion, de donde resulta que no puede tener otra forma de infinito sino la de la indefinida continuidad y multiplicidad. El hombre esclavo de los sentidos imagina una continua sensacion de emociones agradables sin limite determinado, y hé aquí la felicidad infinita tal como puede adaptarse al hombre sensual. Pero como veis, semejante infinidad es puro engaño, toda vez que la sensacion agradable tuvo un principio, y en cada momento de vuestra existencia sucesiva tiene por consiguiente un término, término progresivo si quereis, como progresiva será vuestra vida, pero siempre determinando en cada momento la suma de la felicidad ya gozada.

914. El principio utilitario engendra, pues, *esencialmente* la idea de felicidad formulada por los sensualistas con la conocida definición: *una suma de goces*. Bentham, Gioya y sus discípulos fueron lógicos al dar aquella definición de la humana felicidad. Si esta consiste en sentir gradualmente, no puede ser sino *una suma*, pues repugna á la sensación el ser infinita en la intensidad.

Pero esta suma, ¿podrá ser nunca infinita? Ciertó que no: *suma é infinita* son dos términos opuestos entre sí; pero el hombre siente irresistiblemente la sed de lo infinito. ¿Cómo podrá, pues, satisfacerla en el sistema utilitario? No de otra manera que multiplicando indefinidamente los goces. De tal suerte, que decir al utilitario *debes tender á la felicidad*, es como decirle en su lenguaje *debes multiplicar y continuar tus goces cuanto puedas*; y esta es cabalmente como sabéis muy bien el deber fundamental del hombre en el sistema utilitario. Verdad es que se puede sentir gradualmente practicando la virtud como satisfacción de los sentidos; pero como estas dos sensaciones son limitadas, más feliz es el hombre que las posee ambas que el que no posee más que una; y por consiguiente, debiendo todo hombre tender á la mayor felicidad posible, cumple más perfectamente su deber el que procura las dos que el que procura una sola.

915. El que conozca la idea que el mundo se forma hoy acerca de la virtud, verá claramente que nuestras deducciones no necesitan de otra prueba, y aceptará sin repugnancia mi primera conclusión: El principio utilitario obliga al hombre á procurarse la mayor suma posible de sensaciones agradables, así en el orden espiritual como en el orden sensible. De este principio es fácil inferir cuál es la idea de la *riqueza*, pues que pudiendo el individuo con cualquier cantidad de riqueza proporcionarse una cantidad correspondiente de comodidades y de placeres (1), la obligación de tender á obtener la mayor suma posible de goces, se trasforma rigurosamente en la obli-

(1) Cada porción de riqueza tiene su porción correspondiente de felicidad. Bentham, tit. I, pág. 60.



gacion de procurarse la mayor cantidad posible de riqueza, al ménos mientras no estorbe á aquellos goces del órden moral. Y como estos no pueden ser impedidos sino por el delito, deberá el hombre honrado procurarse cuanto riqueza pueda mientras no llegue á comprarla con algun delito.

916. Tales son precisamente los preceptos de los economistas que miran como *inútil* ó más bien *perjudicial* á todo individuo que no se hace productor indefinidamente. Tal es la marcha de la sociedad en que una sed inextinguible de riquezas incita perpetuamente á todas las clases á precipitarse sobre el oro erigido en Dios, como que es el único emblema ó más bien la única causa segun el principio epicúreo del bien infinito. Los adoradores mas francos y ménos tímidos de este númer execrable profesan descaradamente su servidumbre y queman su incienso en públicos altares. Los hombres más honrados ó ménos desvergonzados, quieren riqueza para tener algo superfluo de qué poderse desprender en beneficio de otro despues de haber satisfecho su avidez y coronar así la buena dosis de goces sensuales con el placer moral. Pero como este mismo placer moral será tanto mayor cuanto mayores sean los beneficios con el agradecimiento y gloria que le acompaña, así el deseo de hacer bien, viene á ser un nuevo estímulo para acumular riquezas ó nuevo título del derecho del deber de enriquecerse. ¡Qué maravilla, que con tales principios la sociedad haya venido á ser un palenque, la competencia un combate y la conciencia una mercancía! Yo me maravillaria más bien de que un resto de vergüenza se esfuerce todavia por velar las concusiones, los peculados, las usuras, la venalidad de los jueces, los fraudes de los contratos y otras mil maldades sancionadas por el principio utilitario generalmente aceptado, si no viese en esta pública decencia la inspiracion secreta de este público católico no extinguido todavia á despecho de la lógica en la sociedad europea.

917. El deber de gozar indefinidamente, el deber de enriquecerse indefinidamente, son pues consecuencias rigorosamente lógicas del principio utilitario y bajo la influencia de estas riquezas no son otra cosa que un medio de goce ó de sa-

licidad. Veamos ahora qué dirección tomará bajo la misma influencia la ciencia económica considerada genéricamente, prescindiendo por ahora de las varias especies en que pueda dividirse, esto es, economía individual ó doméstica ó pública.

918. ¿Qué cosa entendemos nosotros por ciencia económica, ó economía? *Economía*, según la etimología de la palabra derivada del griego, quiere decir ciencia reguladora de las riquezas; y ¿qué norma podrá esperarse de esta reguladora, cuando viene inspirada por el principio utilitario? No es preciso ir á estudiarla muy lejos: el aforismo utilitario ha proclamado paladinamente que es un deber del hombre el enriquecerse indefinidamente para gozar indefinidamente. Si, pues, la economía deba regular la conducta del hombre respecto á la riqueza, bajo la influencia de aquel aforismo no puede hacer otra cosa sino enseñarle el modo de *aumentar indefinidamente la riqueza para emplearla en el goce* (1). Y así nació cabalmente, como todo el mundo sabe, esta ciencia entre los utilitarios ingleses; así se conservó poco mas ó menos y progresó por largo tiempo entre todos los pueblos filosofantes de Europa, hasta que la gravedad de los males canonizados por ellos, obligó á algunos economistas á contener las consecuencias, aunque sin penetrar por lo comun hasta la raíz, para destruir el principio. La economía fue para estos la ciencia de *producir y de aumentar* la riqueza.

Verdad es que al *producir* agregaban el *distribuir y consumir*, ¿pero con qué propósito trataban de estas dos últimas partes? Siempre con el de la mayor producción posible, sin constante de todas las investigaciones económicas.

Y si atendemos severamente á las leyes de la lógica como que todo debe ordenarse al último fin, esto es, á la felicidad, y como esta es tanto mayor cuanto es mayor la cantidad de riquezas, será justa la ciencia reguladora de las riquezas

(1) Las cosas por cuyo medio vive (el hombre) consideradas en aptitud de ser ó convertirse en medios de satisfacción para él.... cuyo estudio forma el objeto de la ciencia económica.—*Sciología. Economía social*. Sección I, Cap. I, párrafo 1.º

en cuanto enseñe á producir la mayor cantidad posible de las mismas.

919. No debe, pues, inculparse á la escuela inglesa por la forma que dió y las tendencias que inspiró á la economía política. Admitido el principio utilitario, su ciencia fue tanto más perfecta cuanto más rigurosas fueron las consecuencias que dedujo. Podreis anatematizar al hombre desnaturalizado que no se horroriza; pero la ciencia, cuando encadena inexorablemente las consecuencias con los principios, cumple perfectamente su propio objeto, y merece alabanza, no vituperio.

920. Y es en verdad cosa digna de consideracion que el antiquísimo y el más eminente de los filósofos del gentilismo, Aristoteles, previese ya y desenvolviese estas consecuencias del principio utilitario en el primero de sus libros políticos, capítulo 9. «Ningun arte, dice allí, tiene límites en la investigacion de su propio fin; así, la medicina quiere salud, y no se detendrá hasta que la haya conseguido en toda su perfeccion. Por el contrario, en el uso de los medios todo arte tiene aquellos límites que le prescribe su último fin; así, el médico no da indefinidamente bebidas y jarabes, sino solo lo que hasta para obtener la salud. Lo mismo sucede en los hombres respecto á las riquezas; los que piensan en vivir entre delicias en vez de pensar en vivir con modestia, ansían aumentar indefinidamente las riquezas como medio infalible de aumentar indefinidamente el placer (1).

De donde se sigue, continúa el Stagirita, que todo el arte de gobernar bien la riqueza está cifrado por estos en el arte de aumentarla, á fin de aumentar de esta suerte los goces (2). Por el contrario, el que toma por objeto vivir honestamente

(1) *Cum sit infinita cupiditas illa, fit ut etiam afflictio vite voluptuaria infinita concupiscant.* Arist. 1. Politic. cap. 9. trad. Lambico, nella bella é recentissima traduzione del Ricci lib. 1. capitolo III, núm. 13.

(2) *Querunt unde... voluptatibus corporis perfrui possint. Itaque quoniam hoc in rerum parvarum possessione inesse videtur omnis eorum opera... in pecunia querenda consumitur.* Ibi. capítulo 10.



encuentra un límite en el deseo de riquezas, mirándolas solo como medio del cual se sirve en cuanto es necesario para su objeto.

921. ¿Quién creyera que un pagano hubiera podido conocer tan claramente el error de la economía utilitaria á la débil luz de las tradiciones casi extinguidas y de una razón enferma? Pues hoy todavía para mí un hecho más maravilloso y casi incomprensible; y es que bajo la influencia del Cristianismo un autor moderno, disgustado con los vicios de la economía utilitaria, cuando investigando las raíces y los remedios se encuentra con aquella profunda y evidente verdad, pasa adelante sin detenerse en ella (1). ¡Tanto influye aun en inteligencias perspicaces y rectas el principio epicúreo no enteramente separado de la razón!

ENRIQUECERSE INDEFINIDAMENTE: Hé aquí el aforismo racional, consecuencia lógica del *individualismo* y del *naturalismo* con que se pretende regenerar la sociedad. Pero este precepto considerado en el hombre individuo, lo colocaría en un peligro del que difícilmente sabría salir no pudiendo obedecer el precepto *económico*, sin faltar en parte al *primer principio* de la moral epicúrea; puesto que un individuo aislado no puede enriquecerse sin gran fatiga, ni fatigarse demasiado sin renunciar á muchos goces, y así faltaría á los dos aforismos *goza sin límites, enriquecéte sin fin*.

Por fortuna el hombre es naturalmente sociable y como tal goza en la conversacion de sus semejantes; y apenas ha conversado con ellos echa presto de ver que de su sociedad pueda reportar otro provecho que el de contar cuentos por pasatiempo, y que puede con su auxilio enriquecerse sin que la fatiga estorbe sus goces, ó sea su felicidad. Y hé aquí interpretado por la sociedad el perfectísimo acuerdo de los dos aforismos epicúreos que podrán reducirse socialmente á la fórmula siguiente: *Vive en la sociedad de manera que cediendo á otro lo ménos que puedas de tus placeres y de tus ri-*

(1) *Simondí nuevos principios de economía política* lib. I, cap. III.

*quezas, obtengas la mayor cooperacion posible para gozar sin límites y enriquecerte sin fin.*

El lector comprenderá a primera vista las consecuencias de este maridaje dialéctico entre el *placer* y la *riqueza*; verá que si debo por naturaleza *enriquecerme indefinidamente para gozar*, deberé esforzarme por conseguirlo sin fatiga. Para *enriquecerme indefinidamente sin fatiga*, deberé hacerlo en cuanto pueda con los brazos de otro; *enriquecerme con los brazos de otro*, quiere decir *sacar el maximum del trabajo retribuyendo el minimum del salario*. El menor salario posible será, ó el sustento diario para un esclavo, ó lo ménos que se pueda dar en dinero al obrero. Por lo tanto, del principio epicúreo deben nacer ó la esclavitud del paganismista, ó el proletario del obrero inglés.

Pero estas deducciones serian prematuras. Debiendo hablar aquí genéricamente de la *economía* para preparar las doctrinas de la *economía social*, nos contentaremos por ahora con esta indicacion, reservando la explicacion para el párrafo siguiente; por ahora de la consideracion del principio utilitario pasaremos al principio opuesto, y veremos qué idea nace de él, de la *felicidad*, de la *riqueza*, de la *ciencia económica* (1).

### § III.

#### *La riqueza, segun el principio filosófico.*

922. El hombre tiende á la felicidad, equivale á decir, segun nuestra filosofia, que el hombre tiende a un bien sin límite: esta tendencia enteramente objetiva, está regulada por la voluntad del Criador, la cual conozco por medio de la ra-

---

(1) Sismondi, *nuevos principios de economía política*, lib. I, cap. III.

zon y no por mi inclinacion ó mis *instintos* excitados por la sensacion de la necesidad. Independientemente, pues, de toda afeccion subjetiva, mi razon comprende cierto orden de acciones conformes al designio universal del Creador; las cuales, siendo á propósito para conducirme al término trazado de antemano por él, me sirven de medio para conseguir aquel bien infinito hacia el cual me impulsa la naturaleza. Este orden de acciones encaminadas á tal fin, es lo que yo llamo el *orden moral*; y la filosofia moral que lo toma por via de sus juicios, es la que yo llamo *filosofia del orden*.

925. Siendo este orden medio, como he dicho, para alcanzar el bien objetivo por el cual serémos bienaventurados, es por sí mismo un bien, como bien es todo medio útil para un bien final. Asi para el hombre peregrino en la tierra, el orden puede llamarse el sumo bien, ó mas bien el único verdadero bien de su existencia *pasajera*, como el sumo bien del viajero, *en cuanto es viajero*, es todo aquello que le facilita llegar al término de su viaje. Ruego al lector que medite bien esta importantísima verdad demostrada y esplicada en la primera parte, y principalmente en el capítulo V; porque si no la comprende con evidencia y no se convence de ella profundamente, le será inútil todo lo que voy á decir en seguida acerca de la filosofia de las ciencias económicas; las cuales no volverán, en mi opinion, á su verdadero camino, hasta que los economistas no acepten como axioma inconcuso que *el bien del hombre sobre la tierra, el bien sumo, el único bien es el orden: el orden es el uso de sus facultades ordinarias, el orden de las relaciones sociales*. Y cuando digo *el único bien*, digo por consiguiente la única felicidad, pues que para el hombre racional, como acabo de decir, felicidad es la consecucion del bien. De tal suerte, que cuando se dice del hombre peregrino que tiende á la felicidad, este axioma puede traducirse en este otro: *el hombre peregrino tiende por naturaleza insaciablemente al orden como su único fin aquí en la tierra*. Todos los bienes materiales podrán serle útiles para este objeto como medios; pero el último objeto, el término de sus aspiraciones *en cuanto es racional* es el orden.



*lo justo, lo honesto*; voces todas poco ménos que sinónimas para nuestro propósito.

924. Y que así es verdaderamente en la práctica, podreis conocerlo con evidencia en el horror irresistible que infunde en todo ánimo recto cualquier especie de injusticia ó de desórden. Salvo el caso en que cualquier pasión ó interés desvie la razon (porque entonces no obra el hombre como ente racional), en cualquier otra circunstancia la injusticia y el desórden producen en nuestro camino una impresion que lo repugna como repugna á la inteligencia una proposicion evidentemente falsa ó absurda. Así hasta en los hechos que otra persona ejecuta malamente arrastrada por alguna pasión ó interés, ¡mirad cómo se sonroja! ¡de qué artes usa para ocultarse á las miradas de sus semejantes! ¡Cuánta hipocresia para encubrirse á la perspicacia de quien la mira! ¡cuántas escusas para dar á entender una intencion recta en el acto de sentir interiormente el remordimiento de su desórden! ¡Habrá jamás para un hombre no corrompido un placer malvado que no venga acibarado por estas palpitaciones de sonrojo, de remordimiento, de hipocresia, involuntarios homenajes de un alma estraviada al sublime imperio del órden? Cuando digo, pues, que el órden es la única felicidad del hombre en la tierra, siento un hecho no ménos confirmado por la experiencia que demostrado por las teorías, y no creo necesario detenerme más para obtener de los ánimos rectos á quienes hablo el asentimiento que poco ántes reclamaba, sin el cual en vano sería proseguir en esta exposicion de doctrinas.

925. Pero si tengo la suerte de obtenerlo pronto, verá el lector cuál es la idea de la riqueza que se deriva de tal concepto de la felicidad. ¿Puede el órden comprarse? Ridícula es la pregunta. ¿Puede el órden dividirse en particulas y distribuirse así desmenuzado entre los individuos? Nueva ridiculez; pues que se llama *órden* la inmensa unidad que abarca todas las relaciones del universo. No hay, pues, proporcion de naturaleza ó de cantidad, ni semejanza de division entre el bien moral del órden y el bien material de las riquezas. Por consiguiente, el deber de tender á la felicidad no puede trasfor-

marse aquí en el deber de aumentar la riqueza.

926. ¿Bajo qué aspecto se presenta, pues, la riqueza en la filosofía del orden? O en otros términos: ¿qué intento tuvo el Creador al proveer al hombre de los bienes materiales, si consultamos la armonía de las relaciones entre los hombres y las cosas? Yo veo que el hombre no se mantiene sin bienes materiales ni puede por tanto concurrir con sus obras al perfeccionamiento de los designios confiados por el Creador á su libre actividad. Los bienes materiales son, pues, en esta filosofía un medio de sustentación ó de actividad, no de placer; un presupuesto de la acción, no una causa de felicidad; un remedio de la enfermedad, no una delicia apetecible por sí misma.

Verdad es que el hombre animal, á semejanza de los brutos se siente arrastrado á la comida ó impelido á trabajar por un apetito cuya satisfacción le proporciona un placer; pero el hombre racional encuentra en el apetito y en el placer un mero auxilio de la voluntad, á fin de que le repugne menos el sustentarse y el trabajar; así como en los brutos el apetito es un auxilio de la razón divina que les impulsa por este medio á continuar su existencia y á propagarla. Admirable providencia que eleva al hombre á llenar en la parte animal del mundo en pequeño que él constituye, las mismas funciones que lleva en los animales del mundo universo la razón divina; enalteciéndole así hasta participar de la divina grandexa y dominio sobre la materia.

927. De donde se sigue que si la riqueza es un medio, el proporcionarse tanta cuanto sea necesaria para el objeto de sustentarse y obrar racionalmente, será el deber que dicta la filosofía del orden respecto á los bienes materiales. Y digo racionalmente, porque las razones naturales entre el hombre y las cosas nos demuestran que no todos los medios son igualmente aptos para proporcionar y mantener en el hombre las fuerzas corporales ó intelectuales; y así el deber de sustentarse y de obrar comprende juntamente, según el orden de la naturaleza, la elección de los medios más oportunos en las diversas circunstancias de edad, profesión, temperamento, relaciones sociales, etc., etc. El temperamento débil, los traba-

jos mentales exigirán un alimento menos sustancioso, una habitación más cómoda; y por el contrario los temperamentos robustos, los trabajos mecánicos podrán contentarse con menores comodidades. Por aquí comprendéis claramente el principio racional de la variedad que existe en el tratamiento de las varias clases y condiciones sociales. El vulgo, y mucho más el vulgo epicúreo, encuentra muy natural que el rico se divierta y goce; y ¿qué otra cosa buscaba él cuando procuró enriquecerse? Pero si miras el uso de las riquezas con la razón, los cuidados del cuerpo no tienen su causa en las riquezas ó en el apetito, sino únicamente en que son conducentes al cumplimiento del fin para el cual la Providencia nos colocó en la tierra. Hé aquí la idea de la riqueza según la filosofía del orden.

928. Ahora bien, por esta idea de la riqueza, que se reduce á considerarla como medio de decoroso sustento y de útil actividad, es fácil comprender en qué consiste la ciencia económica. Debe esta, como arriba hemos dicho, regular al hombre el uso de los bienes materiales, y si los bienes materiales no son otra cosa que un medio necesario de decoroso sustento y de útil actividad, *Economía* será la ciencia que enseña á usar de los bienes materiales, de modo que el hombre se mantenga decorosamente y ejerceite su actividad según su naturaleza. El fin del sustento decoroso y de la actividad social será apetecido por el hombre y enseñado por el filósofo absolutamente; pero los medios de riqueza serán apetecidos y usados en tanto, cuanto sean necesarios para el fin de la vida honesta y naturalmente sociable. El aumento indefinido de la riqueza tan ponderada y recomendada por los economistas, es pues, un absurdo, como absurdo sería, el que un médico recomendase al enfermo que se provayese y se aplicase indefinidamente medicinas y vejigatorias; y el conocido aforismo económico: *multiplicad las necesidades del lujo para favorecer el aumento de la producción* es un teoría tan absurdo como lo sería en boca de un médico este otro: *multiplicad las enfermedades para favorecer la producción de los boticarios*. ¿Qué mucho que una teoría económica que



induce á tan absurdas proposiciones haya labrado la desventura de los pueblos en donde se ha aplicado?

929. Mas ya estoy viendo una tremenda objecion que se ocurre á las preocupadas que hayan bebido la doctrina económica en fuentes ménos puras. «¡Quitar á la produccion el aguijon de la necesidad, el atractivo del placer! ¡Sueños ascéticos de quien no conoce al hombre en la realidad, sino solo en sus contemplaciones! ¡Limitar la produccion al mero sustento y al trabajo! ¡Greeis volver la sociedad moderna á las tiendas de Abraham y á la edad patriarcal?» A medida que vamos desenvolviendo las consecuencias de nuestra teoría, comprenderá fácilmente el lector que nosotros admitimos todos los adelantos de civil cultura y que solo rechazamos aquel lujo que produce el desequilibrio entre las clases acomodadas y los pobres que tiene agobiada á la sociedad presente. Pero como esto pertenece á la *economía social*, y yo estoy hablando en general de la idea universal de economía, no puedo responder por ahora más estensamente á la segunda parte de la objecion. Solo haré observar que siendo el hombre naturalmente sociable y por consiguiente llamado á promover en los demas como en si mismo los intentos del Creador, el deber de ejercitar su actividad no le obliga solo á trabajar para sí, sino que le obliga tambien bajo muchos conceptos á trabajar para otros. Este trabajo, al paso que aprovecha mediante la reciprocidad, pone al hombre en la necesidad de trabajar en el mundo material, y trabajando en él lucita á nuevas aplicaciones á las fuerzas individuales con perfeccion siempre creciente. Por donde ves que los fines del Creador hacen activo al hombre racional, ya sea por los deberes que tiene para consigo mismo, ya por los que tiene para con otros, sea por razon de justicia ó de benevolencia; y este doble impulso le conduce naturalmente á subyugar y perfeccionar toda la tierra que le ha sido concedida por el Creador trabajando cuanto pueda, no solo en beneficio propio, sino para el sustento y comodidad de todos los hombres, y especialmente de los más necesitados. Pero de esto trataremos más ampliamente en otra ocasion.

930. En cuanto á la primera parte de la objecion es fácil observar que cuando el filósofo enseña al hombre los principios de la razon no lo sustrae al incentivo de los sentidos; así, pues, habiendo nosotros considerado poco há la necesidad y el placer como auxiliares de la voluntad racional, no hemos podido menos de aceptar sus impresiones y sacar partido de ellas como otra vez lo hemos sacado de la intolerancia del vulgo para contener á los gobernantes (1). Al decir al hombre *debes procurar la riqueza para sustentarte*, no le hemos eximido del hambre y del frio, sino que dejándole estos estímulos del hombre animal, hemos añadido otro incomparablemente mas fuerte para el hombre racional, sacándolo de la condicion de bruto á que los adversarios quieren condenarle. Tú sientes la necesidad, te hemos dicho, y el sentirla te estimula á que la satisfagas; pero tu voluntad está irresistiblemente ligada por ese estímulo? No, tú podrias resistir al impulso si este no te descubriese una ley del mismo Dios. Pero si reflexionas bien, comprenderás por semejante impulso que Dios quiere que te sustentas y trabajes; ¿y puedes tú racionalmente resistir á su voluntad?

931. Nuestra teoria reúne, pues, todas las ventajas del sistema *utilitario*, añadiéndole nueva fuerza, guiándolo por el camino del orden y enaltecéndolo á una grandeza no conocida antes por él; pero la teoria filosófica es un puro *substratum* de la teoria católica. El Catolicismo, al descender de las razones sobrenaturales al polvo de nuestra naturaleza, hace precisamente lo mismo que el rayo del sol al descender sobre la tierra, la reviste de nuevas bellezas, dotándola de nueva actividad, de que no sería capaz mientras permaneciera corrompida bajo el predominio del principio epicúreo. Mientras el hombre dice: *gozar gradualmente es mi felicidad*, su embrutecido corazon es inaccesible al influjo celestial (2). Pero tan pronto como remontándose de los sentidos á la inteligencia ha sabido decir: el objeto de mi felicidad es un bien infinito y mi

(1) Véase tomo I. cap. 40, pár. 5.<sup>o</sup>

(2) *Animalis Homo non percipit ea quæ sunt spiritus Dei.*

*felicidad presente es el orden con que tiendo á aquel, ha abierto su corazón á la gracia (1), lo ha dispuesto para recibir sus impresiones y los efectos de la gracia principian, sin que sea necesario destruir la obra natural formada al principio del mundo por la virtud creadora. ¿Y cuál será bajo la influencia de la gracia la idea de las riquezas y por consiguiente la idea de la ciencia económica? Examinemos primeramente los principios dogmáticos universales con que se forma la idea justa de la riqueza, después los impulsos sobrenaturales con que la voluntad se siente movida á seguir á la inteligencia, y por último, la influencia que ejercen en el trabajo y las condiciones para que aquella sea eficaz.*

#### § IV.

##### *La riqueza, según la idea católica.*

952. Entre los muchos auxilios que presta al principio del orden la idea cristiana, solamente recordaremos dos, para no hacernos demasiado ascéticos, aunque la ascética, como veremos luego, no es tan extraña á la economía como algunos quisieran creer. Esos dos auxilios son el *principio de la expiación* y el *ejemplo del Redentor*. Hasta aquí considerado el hombre en la *filosofía del orden*, la riqueza apetecida como medio, conserva todavía gran fuerza para excitar desordenadamente la ambición humana. Verdad es que al desorden se opone la razón; pero ¿será esta siempre tan exacta en su medida y tan poderosa para regular sus actos, que jamás se extralimite? Conocer un bien que halaga los sentidos y no excederse al procurarlo, es cosa que se imagina con más facilidad que se

(1) El Concilio de Trento exige como condicion del perdon que el penitente comience á amar á Dios, *tamquam totius justicie fontem*.



ejecuta, aun en el estoicismo de aquellos Brutos que á despecho de su heroísmo prestaban á la usura de 70 por 100; ¡cuanto más tratándose de la desparramada multitud de todas las generaciones de hombres vulgares! Por consiguiente, cuando la misericordia del divino Reparador quiso restaurar efectivamente y poner en vías de ejecucion el designio primitivo formado por el Creador respecto del género humano, debió necesariamente tomar una providencia mediante la cual el orden ideal fuera posible en nuestra corrompida naturaleza, no sólo para los ánimos más sublimes, sino tambien para la multitud de los ánimos vulgares; una providencia por la cual los medios materiales, cuyos excesivos atractivos sensibles habian seducido ligeramente la inteligencia y la voluntad en su estado natural, perdiesen á los ojos del entendimiento cristiano aquel incentivo y pudiese el hombre en sus juicios y en sus deseos acomodarse á la idea pura del orden; debia en sustancia hacer lo que se hace en la balanza que se inclina por peso á uno de los lados y se quiere restituir á su natural equilibrio; esto es, contraponer un peso igual. Y este contrapeso se ofrece cabalmente al cristiano respecto á la idea de la riqueza, además de otros muchos, en el principio de la expiacion; principio esencialmente íntimo conatural á la idea del Redentor, y por consiguiente, á la idea del cristiano. Porque ¿de qué hemos sido redimidos? De la culpa original. ¿Cuál fué el medio de la redencion? La vida y la muerte de Cristo. La idea de culpa engendra la de expiacion; la vida y muerte del Redentor se nos ofrece como modelo á que debemos sujetarnos.

§35. Esos dos principios son por tanto oportunísimos para corregir el excesivo atractivo de las halagüeñas impresiones de los sentidos que influyen en la idea de la riqueza. El dogma de la culpa original seguido de la condenacion de sudar el pan y de esperar la muerte, enseña al cristiano á desconfiar de aquel incentivo sensible pero venenoso, enseñándole al mismo tiempo el trabajo y las privaciones como medio de expiacion. De aquí que el cristiano, lejos de anhelar el *gozar gradualmente*, se cree en peligro cuando gusta semejantes placeres, y se cree feliz cuando consigue vencerse y privarse de

ellos (1). Esta doctrina no agrada mucho á ciertos economistas que parece que no han oído nunca que hay en el mundo un Evangelio enseñado por Dios Crucificado. Continuarán en el epicurismo de Gloya y de tantos otros del mismo jaez, repitiendo que «restringir las necesidades por medio de privaciones dolorosas, es un principio ó de heroica desesperación nacido del pésimo orden social ó de una torpe incuria que renuncia al goce solo por el temor de sufrir.... La restricción de las necesidades es una falta de estímulo para el progreso industrial, y una falta de ocasión para los goces.... Se puede erigir en axioma: *Que las necesidades deben ser de tal naturaleza, que satisfechas nos reporten una utilidad real, y verdaderos ó inocentes placeres, y tantos que no sobrepusen los medios de satisfacción que puedan obtenerse.* Y digo que puedan obtenerse, porque si el hombre no concibe necesidades superiores á los medios que posee, la industria permanecería inerte (2).»

Así continuarán repitiendo los economistas utilitarios (y nótese bien aquellas palabras *que puedan obtenerse*, palabras cuya importancia veremos más adelante); pero los católicos, si no reniegan de su fé continuarán en aquel combate contra la sensualidad que forma el carácter especial del penitente sometido á la expiación y del discípulo de Cristo (3).

934. Continuarán, digo, porque ninguno de mis adversarios niega que este ha sido el carácter del cristiano hasta el principio de la Edad moderna, condenando ellos la Edad media precisamente por aquel espíritu de austeridad que arrastraba no solo frailes y solitarios, sino pueblos y Principes y hasta Princesas á vestir humildemente, al ayuno, al cilicio, y á la peregrinación. Este espíritu que la Iglesia *enjesuitada* no quiere todavía regenerar, quitando á los ojos del católico

(1) *Quo mihi fuerunt lucra, arbitratus sum propter Christum detrimenta.* Philip. III. 7.

(2) Scisloja. Princ. de econ. soc. cap. I. sec. 4.º, párrafo 7.º, número 417.

(3) *Qui Christi sunt carnem suam crucifixerunt.* Galat. V. 24.

el prestigio de la riqueza, le hace fácil valerse de ella solo como medio, según los principios de la recta filosofía.

955. Por este desprecio de las riquezas temen los utilitarios, como acabamos de oír á Scialoja, *que la industria permanezca inerte por falta de estímulo en el progreso industrial*, y si sus temores concluyeran con lamentar la pérdida de alguna esencia olorosa, de alguna delicia gastronómica, de algún baile ó festín más lujurioso, no me tomaría la molestia de discutir con ellos. Pero si temen que el católico se abandone como un *Yogui* indio, sin mover un dedo y sin pestañear, les demostraré que han olvidado que el cristiano, no solo trabaja por necesidad de su naturaleza, sino por deber de expiación. De donde se sigue que no solo el pobre y el artesano, sino el rico y el patricio se creen obligados al trabajo. De manera que aunque al hacerse católico el pueblo, no estimulado por el incentivo de los placeres, disminuyere algo en el deseo de trabajar, la sociedad no perdería en la suma total de sus riquezas, compensándose la falta de aquel incentivo en los pobres con el deber de trabajar en los ricos (1).

956. Hé aquí otra ventaja inestimable para nuestros tiempos: el introducir mayor igualdad entre las varias clases sociales quitando esa distinción tan marcada de trabajadores y ociosos que escandaliza á los artesanos comunistas; los cuales no pueden comprender que la Providencia haya querido dividir á la sociedad humana en alegres ociosos de una parte y trabajadores necesitados de otra. Cesa semejante separación entre los católicos, tan pronto como el trabajo no es solamente una necesidad de la naturaleza para los pobres, sino un deber

---

(1) La compañía de San Pablo, suprimida poco há en Turin por los liberales, era una prueba viva de nuestro aserto. Personas de las más distinguidas de aquella capital se dedicaban gratuitamente á trabajar en una complicadísima administración, en donde, en servicio de los pobres, hacían de agentes, de secretarios, de abogados, no para ganarse el pan en que abundaban, sino para cumplir el deber del hombre y del cristiano. El trabajo pasará en lo sucesivo á manos de los liberales, que convertirán en ganancia propia lo que se hacía para socorrer á los pobres; y esto se llama administración de *beneficencia*.



de expiación para todos. Hé aquí el resultado de aquella sentencia del Génesis: *comerás el pan con el sudor de tu rostro.*

937. Pero no acaban aquí las consecuencias benéficas de aquella tremenda y al mismo tiempo misericordiosa condenación. Si el católico aplicándola a sí mismo ve en ella una *sentencia criminal*, aplicándola a sus prójimos encuentra una importantísima *ley comercial*. Si en el primer sentido el oráculo divino tiene un valor negativo, en el segundo lo tiene positivo; y los dos preceptos podrían expresarse en forma proverbial con estas cuatro palabras: *si el pan es sudor, el sudor es pan*, ó ménos lacónico: *el que no suda no debe comer, debe comer el que suda.*

Acostumbrados á considerar aquellas palabras de la Biblia como sentencia penal, muchos no reflexionan en el valor que tienen como sentencia comercial; pero por poco que se reflexione, se comprenderá que si no admitimos el principio desnaturalizado de que algunos individuos humanos nacen destinados á morir de hambre, todos deben vivir con su trabajo ó mantenerse á expensas de otro. Que se mantenga de esta suerte al inválido, pocos tendrán hoy el valor de negarlo; pero el hombre robusto que no tiene otro tesoro que sus brazos, claro está que tiene que vivir de sus brazos. Hé aquí una ley fundamental para apreciar los valores sociales.

938. Los economistas nos dicen que *los valores se determinan en el comercio por la oferta y la demanda*; y con este principio (del que deducen que los capitales pueden darse á usura cuando son muy buscados) aplicándolo á los brazos del pobre, han reducido al proletario al extremo de la opresión, disminuyéndole el salario á proporcion que crece la miseria, pues cuanto más miserable es el artesano, tanto más obligado se ve á *ofrecer sus brazos* á infimo precio. ¿Pero es esta una medida justa del trabajo? Fácil es comprender que un católico se guiará por otros principios.

No sólo, como veis, la oferta y la demanda no pueden influir realmente para alzar ó bajar los precios, sino que el precio infimo deberá ser siempre tal, que el obrero se provea

del necesario sustento. Necesario digo, porque el católico no medirá el pan al que trabaja con aquella avaricia de los utilitarios ingleses que en el Parlamento calcularon, no lo necesario para vivir, sino lo suficiente para no morir. De aquí que una proposición de ley que proporcionase á los pobres artesanos algún alivio, vino á sancionar con el asentimiento público la crueldad de los empresarios.

959. Cuando los derechos del operario se miden con el concurso de la caridad católica, el que compra los brazos del artesano se los pagará al precio que racionalmente quisiera para sí mismo; es decir, de tal manera que sea suficiente para el sustento de un hermano, según el antiguo valor de esta palabra. Y no porque el hermano obligado por la extremada miseria ofrezca el trabajo á menor precio, consentirá él jamás en apropiarse sus sudores. Comprendo que en el comercio ordinario estos principios económicos no suelen tener aplicación práctica, siendo pocos los que son capaces de medir justamente las necesidades del trabajador y el valor de su trabajo valuados por él tal vez indiscretamente; pero nosotros no damos ahora la regla práctica, damos los principios universales y principio universal para el católico; según la sentencia del Génesis, es que *el sudor debe producir el pan*.

Y no solo para el hombre que trabaja, sino para la mujer y para el pequeñuelo que forman la familia y preparan su continuación. Aquí Scialoja está con nosotros de acuerdo. *Los economistas*, dice, *llaman tasa natural del salario á aquella cantidad de merced que basta para el mantenimiento del trabajador y para la perpetuación de la especie. Porque el destino principal de las entradas es el conservar el fondo productivo del trabajo lo mismo que todos los otros* (1). Pero esta verdad tan evidente á los ojos, no ya de la caridad, sino de la economía, ¿cómo ha sido respetada por otros muchos economistas? ¿Cuántos son los que con Malthus condenan al operario, ó al celibato forzoso ó la muerte, ó los que con

(1) Scialoja. Principios de economía social, esp. I, párrafo I, núm. 125, pag. 84.

Sismondi recomiendan el matrimonio á la avaricia de los empresarios! Fácil es comprender que si la mujer y tal vez los hijos no proveyesen á las necesidades domésticas, no podría el operario emplear libremente el día en servicio de quien le paga. Esta verdad es tan evidente, que la mira la caridad católica intuitivamente como axioma y la aplica con aquella facilidad con que el administrador ó el juez deciden en negocios que no le son propios. Y es un principio muy trivial entre los católicos que el rico, respecto de Dios, es más bien depositario que propietario de las riquezas.

Hé aquí, pues, los principios de economía que el Cristianismo deduce de la idea de la culpa original y de la pena que fué su consecuencia para fortalecer los principios filosóficos acerca de la riqueza. Las riquezas, dice, son un medio de sustento, no una fuente de placer, de ese placer que inunda funestamente á toda la raza humana: el privarme de él me librará de nuevos peligros y me servirá para espiar las culpas pasadas; pero la abstinencia no me dispensa de la ley del trabajo, y si con mi trabajo aumento mi capital estos redundarán en provecho de mis hermanos, y antes que todos gozarán de ellos los que lo merecen á título de merced. Ved qué comunicación de afecto y de sustancia se establece entre el rico y el pobre por las doctrinas del Catolicismo.

940. Agrega á estos sentimientos el ejemplo de *Dios empobrecido por el hombre*, y considera qué fuerza adquirirá en el corazón del cristiano el desprecio de las riquezas, y por consiguiente, la perfectísima libertad de su razón al usar de ellas tan solo según la norma del orden; y reciprocamente qué confianza se despertará en el pobre para recomendar al rico las propias esperanzas y las propias necesidades, descubriendo en su conducta tan viva penetración de los principios católicos. No faltan hoy entre los filántropos ciertos doctrinarios, que aterrorizados por los peligros de levantamiento y de saqueo, han copiado de los católicos el lenguaje evangélico para edificación de los comunistas, á los cuales con meliflua elocuencia exageran la nobleza conferida al trabajo por un Dios que se hizo por nosotros artesano en Nazareth. Pero hasta que



ellos mismos no se trasformen en artesanos, emulando la gloria que van predicando, hasta que no agreguen á la predicacion de los deberes al artesano la practica de la mortificacion y de la caridad cristiana; mientras ensalzan la sopa frugal entre los vapores del vino y de las ricas viandas, y la sencillez de una pobre habitacion, pisando tapices de Flandes y sentándose en divanes de terciopelo, tomo mucho que su predicacion no será provechosa, y que el artesano responderá que es muy hermosa y buena la nobleza del bracero, pero que su estómago y las de sus hijos quieren pan y no palabras.

Haced, por el contrario, que vea que el rico se considera igualmente condenado al trabajo, que divide espontáneamente con el pobre sus riquezas como lo hacen tantos patrios y señoras verdaderamente cristianos, quitando al lujo lo que invierten en caridad, y vereis con qué facilidad aceptu por si esos mismos principios que deben perfeccionar entre los cristianos todo el orden económico.

244. El predominio de los principios introduce en la economía política otros elementos por parte de la voluntad entre los que queremos considerar primeramente el que es mas propio de los católicos, *la caridad*. Si la pena del trabajo no estuviese saxonada con este elemento, no podría esperarse esa universal eficacia con que obran las enseñanzas del Evangelio. Pero cuando se despierta en los ánimos la chispa eléctrica de la caridad, entonces el ejemplo de Cristo, adquiere una fuerza incomparable; y aquel principio tan trivial de la beneficencia cristiana, por el cual el más miserable de los prójimos es hermano del Redentor, y tiene derecho á aquello que á nosotros nos sobra, adquiere esas proporciones prodigiosas que llevan el heroísmo de la propia abnegacion hasta parecer imprudencia y locura. Entonces un Paulino de Nola, después de haber dado todos sus bienes, se venderá asimismo por esclavo; entonces un Tomás de Villanueva no guardará de los grandes productos de la mesa arzobispal ni siquiera un lecho sobre el cual pueda recostar su cadáver moribundo, y se verá obligado á recibirlo prestado, para morir, del mismo pobre á quien se lo habia dado. Ejemplos ma-

ravillosos, y sin embargo frecuentes en su heroísmo, á los cuales podrían agregarse otros á millares de hombres vivos todavía, convertidos en administradores de los pobres respecto de la riqueza que han adquirido legítimamente y que constituye su propiedad exclusiva. ¿En dónde se encontrará esta generosidad sino en el amor de Dios que trasciende á los hermanos más miserables?

942. De este sentimiento tan dulce se deriva en la economía católica otro elemento dignísimo de la observación de un filósofo, *la espontaneidad del orden*. Hicimos notar antes que esta espontaneidad es un carácter enteramente propio de las obras de Dios, así como por el contrario la contradicción es carácter de todo artificio humano; lo cual se explica por la sencillísima razón de que Dios crea las cosas adecuadas á sus fines, mientras que el hombre se vale para fines propios de las cosas ya creadas y dotadas de cualidades, no todas oportunas para ellos, por lo cual se ve obligado á neutralizar con una la resistencia de la otra. Así cuando el Creador formó la sociedad doméstica, para garantía del débil infundió la ternura paterna en el corazón más fuerte. El hombre, por el contrario, cuando quiere hacerse creador de la sociedad no sabe hacer otra cosa para garantía del súbdito que poner en contradicción los derechos del superior.

Pues esto mismo sucede en las relaciones comerciales. El hombre que quiere asegurarse sin conciencia y sin dependencia, hace todo cuanto pueda para combinar los intereses y derechos que se combaten; y mientras dice el rico: «haz todo lo que puedas para enriquecerte esplotando á los pobres,» se vuelve á los pobres predicándoles la asociación y animándoles á defenderse contra los ricos. Y cuando ha conseguido crear ese antagonismo, cree haber dado la vida á la sociedad y compone el panegírico de la competencia.

943. El Evangelio, por el contrario, para unir á todos en una misma sociedad, impone al rico el deber de la generosidad en el dar, y al pobre la paciencia en el sufrir, constituyendo de esta suerte al rico en administrador de los pobres, é infundiéndole á los pobres la gratitud para con los ricos. ¿Qué

maravilla que el pobre tome entonces por protector de sus intereses á ese mismo rico con quien la heterodoxia le indispone y contra el cual le arma como á un enemigo!

944. Pero para producir esta tranquilidad de confianza espontánea, el Catolicismo adquiere fuerza del conjunto de todas sus doctrinas, y hé aquí por qué puede obrar aquellos portentos á que la filosofía, aun la más recta, no podría siquiera aspirar. Para que el pobre confíe en el rico, es preciso que sea en su conciencia los preceptos de sus obligaciones. ¿V podría leerlos si una autoridad universal no los publicase igualmente al rico y al pobre? La idea de la autoridad católica, es, pues, base esencial de esta confianza recíproca.

945. Pero no basta esto: nadie puede tener confianza de alcanzar lo que es imposible. La humillacion del grande hasta la choza del miserable, es obra que repugna demasiado á la índole de la naturaleza corrompida para que pueda mirarse como generalmente posible y ordinaria. Pero para los católicos sucede en auxilio de la debilidad, de la naturaleza, la fuerza de la gracia, y es cosa tan comun el ver á los grandes empuñarse no sólo cuando renuncian al mundo entrando á un claustro, sino aun viviendo en el siglo entre comodidades y riquezas, que el hecho ya no produce ni sombra de admiracion en los países verdaderamente católicos (1). Y sintiendo en sí mismo tambien el pobre los prodigios que la gracia obra en el cristiano, ¿qué maravilla que espere otro tanto de quien nada en las riquezas?

946. Sé que no faltará algun economista que se sonría al

---

(1) No hay en Roma quien no recuerde aquella madre de los pobres desamparados, la Princesa Borghese, en cuyos funerales el llanto de los mismos pobres fué el más solemne ornamento, y todo Roma vió en la terrible inundacion de 1846 al Príncipe su esposo andar de casa en casa en una berquilla llevando el alimento cotidiano. ¿Pero quién habla ya de estas hechas? Entre los católicos son harto frecuentes. En cambio el liberalismo hubiera atendido á aquellas necesidades dando un baile en favor de los inundados.



vernos esperar de la espontánea voluntad de los ricos el bienestar de los pobres; pero riase enhorabuena, yo le compadecearé, porque sé muy bien que las obras del católico no pueden comprenderse sin la fe y sin la caridad. ¿Pero esa sonrisa burlona podrá borrar una sola sílaba del Evangelio, ó de la historia uno de esos hechos que registra con tanta abundancia la caridad cristiana? ¿Caerán por ventura por esa sonrisa tantos Hospicios, erigidos desde los tiempos de los Césares perseguidores para alivio de toda suerte de desgracias? ¿Se olvidarán las larguezas de tantos Monarcas que se empobrecieron por socorrer á otros? ¿Se confiscarán los bienes legados á la Iglesia para que distribuyese al menos una tercera parte entre los pobres? Riase, pues, el economista de quien fanda esperanzas en la caridad católica, pero recuerde que esta riza es una contradicción. Recuerde que él mismo habrá censurado en otras ocasiones la excesiva largueza de los ricos en dotar monasterios y la excesiva largueza de los monasterios en mantener ociosos y vagabundos. Y sabe el que así se burla quienes son esos vagabundos, cuyo ocio enciende su celo que calla indulgente ante el ocio de los ricos, si es que él no participa de los refinados placeres? Estos vagabundos son aquellos proletarios feroces que en otros países, en donde el rico solo piensa en gozar, van corriendo furiosos á centenares y á millares con la antorcha incendiaria en la mano, gritando que tienen derecho al trabajo, que la propiedad es un robo, que la tierra es de todos y para todos. Estos espectáculos de terror tan frecuentes en los países heterodoxos no los conoce el católico. ¿Y sabéis porque? porque entre los católicos, el rico es mas bien depositario que propietario de sus bienes, y oye todos los dias, se le intima esto mismo, no por los ahullidos de un populacho furibundo que le obligaría á cerrar la gabela y la casa, sino por el suave imperio de una conciencia que le induce á abrirlas prometiéndole ciento por uno.

947. Todo, pues, concurre en el Catolicismo á ordenar en rigurosa armonia las relaciones entre el pobre y el rico; las ideas, los preceptos, los sentimientos y los ejemplos. La idea de la riqueza si no pierde su atractivo para los sentidos,

hace recelar y temer á la razón: el trabajo, lejos de ser un envilecimiento para el pobre, es un deber hasta para el rico: este deber que fructifica para el rico el derecho al pan que tiene, lo fructifica igualmente para el pobre, y el pobre lo espera conociendo la influencia del deber y de la piedad en la conciencia del rico, y el rico lo cumple fortalecido con aquella gracia que lo hermana con el pobre, y á uno y á otro añade auxilios de inestimable dulzura el ejemplo de Dios que trabaja y padece en el pobre y atesora y da generosamente en el rico. ¿En dónde encontraría fuera del Catolicismo este conjunto de elementos sobrenaturales?

948. Hé aquí por qué motivo será siempre imposible en las sociedades heterodoxas evitar ó exterminar el terrible enemigo de la propiedad, el comunismo, si no se acude á la esclavitud y al embrutecimiento del proletario. Leed las defensas de la propiedad hechas por Thiers, Bastiat, Guizot ó cualquier otro de los economistas descreídos, y el mejor que podáis encontrar (si lo encontráis) será un pálido reconocimiento del derecho, según la razón. Pero esta Razón ¿no habla también en favor del pobre? ¿Y el pobre que escucha las dos razones contrarias será imparcial al sentenciar entre las dos? ¿No verá que su propio derecho puede conculcarse porque él es débil, y que debe ser conculcado porque así lo exige el interés del rico, y que se conculca de hecho toda vez que él se muere de hambre á la puerta del rico, al olor de un banquete opulento, como al sonido de la música y á la vista del lujo fastuoso que parece que le insulta?

Haced, por el contrario, que vea á los ricos en general persuadidos en el deber de socorrerle; que los vea dispuestos á hacerlo ayudados por una gracia omnipotente, y que esta omnipotencia aparezca eficaz en los hechos, y entonces podrá persuadirse á que todos los derechos deben respetarse, que el Evangelio ha pensado también en él, y que no es para él solo el infierno.

949. No se da, pues, cumplida respuesta al comunismo si la predicación á los pobres no va seguida de la predicación á los ricos, y por la misma razón no bastará la primera para con-

vertir á los pobres, si no hasta la segunda para convertir á los ricos, en lo cual quisiera que pensasen estos últimos por su propio bien, mirando y proveyendo á su eminente peligro. La verdadera revolucion social, quiera decir, la revolucion de los principios comenzó por los ricos, y el impio de Ferney se congratulaba por ello con la conocida blasfemia: «Solo los villanos creen ya en el Consustancial;» y entonces, *Les gens comme il faut*, riéndose del Consustancial y de sus consejos y preceptos, se divertieron en crear esa immoderada necesidad de lujo que forma la pobreza de los ricos y el hambre de los pobres, no habiendo ya quien sea tan rico que le sobre algo con que matar el hambre del pobre. Pero el Consustancial, ó mejor (para no profanar nuestro lenguaje con estas execrables blasfemias) el Verbo Eterno toma hoy su revancha y envía á los villanos para contestar á las gentes *comme il faut* haciendo que se comprenda por los pobres que la desigualdad entre ellos y los ricos ha llegado ya á punto de lastimar desapiadadamente la naturaleza y la razon. Hasta aqui la diferencia se reducía solamente á algun adorno más en las habitaciones, á alguna habitacion más en el domicilio, á algun plato más en la mesa; el pobre podía decir al levantarse con su familia, satisfecho de su parca pero suficiente mesa: «En sustancia somos iguales al rico: el cansado con los trabajos mentales lleva á su cuerpo enfermo manjares más delicados; nuestra comida es material como nuestro trabajo, pero nosotros estamos quizá mejor de salud.» Pero cuando la diferencia entre los dos representa por una parte al epicureo que nada ocioso entre placeres, y de otra al operario que se muere abrumado por el trabajo, rodeado de una familia hambrienta, ¿dónde está entonces la igualdad de la naturaleza? ¿cómo conseguireis persuadir al pobre á que le respete mientras el rico le pisotea?

Estas observaciones, así como demuestran que no hay salvacion hoy para la sociedad sin el concurso de los ricos (el cual no será nunca sincero, eficaz y duradero fuera de la Iglesia católica,) así demuestra tambien que si los ricos no vuelven al catolicismo *práctico* con la abolicion del lujo y la molice, considerando lo que les sobre como derecho de los pobres,



estos serán los ejecutores de la justicia divina contra su disipacion, como los súbditos lo fueron bastante contra la prepotencia de los gobernantes. Culpables son los súbditos y culpables los pobres individualmente (1) arrogándose un oficio que se ha reservado á sí misma la divina venganza, pero cumplen el fin de aquellas leyes providenciales con que la sabiduría infinita guarda con preciso equilibrio el orden material entre esos protervos que pondrian el mundo en conmocion si pudieran violar á mansalva el orden moral.

350. De lo dicho hasta aquí, se desprenden como veis dos consecuencias. La primera es que fuera del cristianismo la rectitud de la ciencia económica no pasará de ser especulativa; solo en el cristianismo podrá ser una verdad. ¿Pero faltan acaso doctrinas de orden fuera del catolicismo? No creo que se encuentren nunca coherentes y completas, pero el negar que aun entre los incrédulos se encuentran hombres honrados que aborrecen la opresion del pobre, la disminucion de los salarios, la postracion de la educacion popular, la carestia de los artículos mas necesarios, etc., seria en mi concepto una injusticia. Algunos han predicado y han promovido el bien del pobre con esfuerzotanto mas singular, cuanto que era menos favorecido por los principios puramente naturales en que se encerraban. ¿Pero qué resultado han obtenido hasta ahora? ¿Qué proporcion hay entre la predicacion y sus efectos? Sin negar absolutamente toda fecundidad á tantos buenos deseos de espiritus naturalmente honestos, creo no ser injusto si afirmo que el resultado de su trabajo ha sido hasta ahora inferior á la grandeza de los medios; que en las alturas del reino industrial el predominio de la avaricia vence las proposiciones benéficas; que es poco lo que se escurre á los valles de aquel alcázar que se levanta en la cumbre; que es mas fácil encontrar entre los descreidos espresiones de afecto, que sacrificios personales; que á los centenares de hermanas de la Caridad y de religiosos de otras órdenes bienhechoras, difícilmente contraponen la filantropia algunas decenas de imperfectos imitadores. ¿Y por

(1) *Vae hominibus per quem scandalum venit.* Matth. XVIII, 7.

que? Porque en el orden natural el bien de los medios aunque se mire con la razón como bien secundario, tiene todavía gran fuerza para arrastrar la voluntad con el atractivo sensible no compensado por los principios de la fe y de las dulzuras de la caridad.

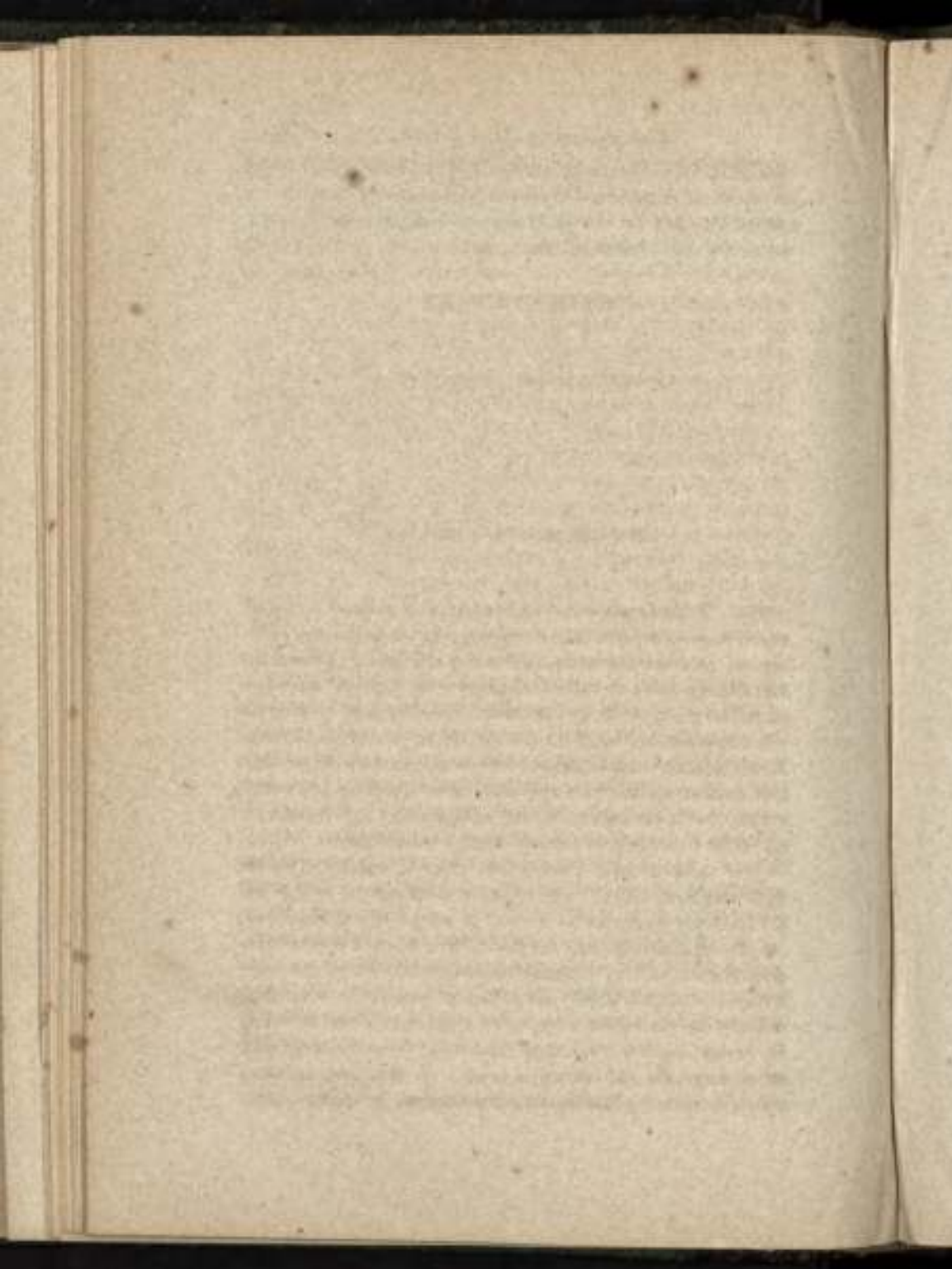
951. Y si por la primera consecuencia es evidente que no es posible una economía práctica en una sociedad no católica; la segunda consecuencia nace espontáneamente de la primera. ¿Queréis ordenar económicamente una sociedad? Renovadla en el espíritu católico, y la ciencia económica podrá deducir valerosamente las más rigurosas consecuencias del orden moral con la seguridad de encontrar en los corazones de los buenos católicos un eco fiel de las más áridas verdades, un ejecutor heroico de los sacrificios más generosos. Entonces la economía podrá intimar al rico el deber del trabajo, de la frugalidad, de la liberalidad, y predicando al pobre la paciencia le asegurará el sustento, no armándole de un derecho para que se insolente, sino uniéndole al rico, su bienhechor, con sentimientos de gratitud y humildad.

952. Pero si á este fin conviene aceptar de la religion católica *todos sus dogmas y todo su espíritu*, conviene tambien resucitar el desprecio de la riqueza y el honor de la pobreza en la opinion pública. Pero mientras la sociedad, bajo pretesto de reformar abusos continúe la guerra del protestantismo contra la humildad cristiana, contra la limosna y contra el monaquismo en que se personifica la pobreza evangélica; mientras el abandono de las comodidades y de las riquezas, honrado hasta por los paganos como Diógenes, Focion y Cincinato, tenga por único cortejo la burla y el insulto, el dinero continuara siendo el ídolo social, la rabiosa é insaciable sed no conocerá otro término que la imposibilidad material de aumentarlo, y el que pueda obtenerse de Scialoja será todo lo que el delito procura, lo que esconde el secreto y lo que asegura la fuerza.

953. Pongámos fin á estas premisas que eran necesarias para explicar los fenómenos desastrosos que presenta la Ha-

cienda en los Gobiernos liberales ó reformados por la heregia especialmente cuando se mantienen bajo formas de representacion nacional. En el capítulo siguiente entraremos en el campo de las aplicaciones.





---

## CAPÍTULO VI.

### LA ADMINISTRACION EN LA PRÁCTICA.

#### § I.

##### *Economía social á la moderna.*

954. Hemos considerado hasta ahora la riqueza y la economía bajo su aspecto más universal, á la luz de los tres principios: utilitario, humano ó natural y cristiano ó sobrenatural. Tiempo es ya de que nos ciñamos á los límites que nos prescribe el asunto de que tratamos, considerando la riqueza y la economía dentro de los límites de la sociedad política. A este fin, recordando brevemente lo que en otro lugar hemos demostrado con más amplitud, investigaremos qué forma revisten en la sociedad la riqueza y la economía bajo la influencia de los tres diversos principios ántes mencionados.

¿Qué es la sociedad á la luz del principio epicúreo? En el siglo pasado se estimó como creacion del hombre, el cual recibiendo por medio de los órganos la sensacion y la inteligencia de sus necesidades, resolvió asociarse para satisfacerlas más cómodamente, y encontrándose entre otros animales semejantes suyos, pactó con ellos la union y la autoridad, creando de esta suerte la máquina portentosa de la sociedad. En el siglo décimo nono estos sueños del pacto social cayeron en el desprecio de los sábios, pero el principio epicúreo aceptado aun universalmente por muchos ignorantes, pro-

duce una idea de la sociedad fundada en la necesidad y en el deseo de sentir gradualmente. Las teorías de Romagnosi repiten aun que el hombre ciertamente se siente arrastrado á la naturaleza por la sociedad, pero lo es solo por los vínculos de los sentidos, por el deseo de sentir gradualmente, por el cálculo que hace consigo mismo de la mayor cantidad de placer que encontrará asociado, comparada con la que gozaría en la soledad. No de otra suerte parece que piensa, aunque menos inhumano que otros muchos, el desgraciado Rossi cuando enseña que *el hombre estimulado por el amor al placer, deseoso de multiplicar sus gozos, no tarda en reconocer que haciendo ahorros y aplicándolos á la producción aumenta su riqueza. Así es que la riqueza se acrecienta por el trabajo y por el capital* (1).

955. El hombre necesita de la sociedad porque ama el placer; pero no conseguiría sociedad ni tutela sino contribuyese al bien de los demás; por amor, pues, á sí mismo aprende á respetar los derechos de los otros, á someterse á un supremo ordenador, al cual por interés propio concede él mismo la autoridad para que guíe y el concurso de la fuerza para que contenga á los asociados. Así la sociedad estará formada de personas mutuamente unidas por el deseo de obtener cuanto puedan del auxilio de los demás, cediendo el minimum de los propios bienes, unidas por consiguiente, como dice Romagnosi, por un perpétuo antagonismo, cuya fuerza de repulsión estará refrenada por la autoridad moderadora. Contra esta en vano lucharán continuamente las pasiones de los individuos neutralizadas por la fuerza preponderante de que está revestida la autoridad por el consentimiento espontáneo de toda la sociedad.

956. Antes de continuar, permíteme, lector benévolo, que te someta á una prueba. ¿Serías tú jamás de esos filósofos utilitarios, á quienes la rectitud de su corazón no impide adoptar los principios sociales que acabo de explicarte? Si eres de esos, preséntate conmigo en frente de toda la sociedad que te

(1) Rossi, curso de economía política. Tom. I, lec. 2.ª pág. 52.



honra como ciudadano, y con ánimo impertérrito, pronuncia conmigo la fórmula de tu fe diciendo: «Conciudadanos: os juro por mi honor que no os amo sino por mi interés; que no os presto servicio alguno sino en cuanto espero de vosotros otro tanto y más; y si no confiasse hacer con vosotros un buen negocio, estad seguros que sería con todos vosotros un mal criado, un opresor, un ladrón, un homicida. Si amo á un padre, á una madre, á un hermano, á un amigo, es seguro que al amarlos, sólo busco el placer; y si no esperase de ello algun goce, haria lo posible por echarlos pronto al sepulcro.» ¿Qué dices de esto, prudente y humana lector? ¿Tendrías tú en tu lógica valor bastante para pronunciar semejante fórmula de fe práctica? ¿No te estremecerías antes de miedo, de vergüenza, de indignacion? Pues una lógica severa debería pronunciar esta fórmula tan pronto como admitiese con rigor el principio utilitario y pronunciarla sin vergüenza, porque no pueda haberla en obedecer las leyes de la naturaleza y los preceptos de la lógica. ¡Sí! Debería pronunciarla sin vergüenza, pues segun la idea del ser social explicada por el profesor de Pavia, es claro que sacar lo posible y no sacrificar nada al bien comun, sino vendiéndolo á precio de cualquier goce, es un deber, no un derecho de todo hombre, sea señor ó esclavo, gobernante ó súbdito, de casa ó de fuera, y sea su condicion la que te plazca. Esta deducion es tan evidente, que el autor profesa explícitamente, que el sacrificio del individuo al bien público es una idea absurda, y el exigirle una pretension tiránica (1).

957. Ahora bien: en una sociedad de esta especie y con tales principios, ¿qué forma tomarán la riqueza social y la ciencia que la gobierna? La riqueza, genéricamente considerada, no es otra cosa que *un medio de goce y de felicidad*; la riqueza social *un medio de goce y de felicidad social*. Y así como para el individuo el principio universal en el uso de las rique-

(1) La razón única, universal é invariable de las naciones... es el interés. Romagnosi, Derecho penal. Tom. III, párrafos 446 y 452 y siguientes.

zas se reduce á aquel aforismo: *Enriquecéte sin fin, para gozar sin límites*; así la economía de la sociedad abrazará el mismo principio aplicándolo á esta y dirá: hacer que la nación se enriquezca indefinidamente para que pueda entregarse libremente á todas las delicias.

958. Que este principio está realmente adoptado en la teoría y en la práctica, me parece inútil confirmarlo más prolijamente, pues que todos los economistas, y en especial los del siglo pasado te dirán que la ciencia económica es la que *conociendo cómo nace, se distribuye, circula y se consume la riqueza por el uso de los particulares y de la sociedad, fija de antemano los principios para aumentarla cada vez más* (1). Y que este aumento ha de tener por objeto el placer, podrás oírlo, no solamente á ciertos animales de Epicuro, cuyo nombre ha caído ya en el oprobio, sino también á ciertos hombres discretos y naturalmente honestos que se esfuerzan por otra parte en evitar las consecuencias honestas de sus mismos principios. Entre estos merece contarse Sismondi, á quien no faltan de vez en cuando movimientos felices de natural honestidad. Lee su economía política y en los primeros capítulos encontrarás, que el legislador debe procurar para todos iguales goces, *sostener la multiplicación de las comodidades de la vida y hacer partícipes á todos los ciudadanos de las satisfacciones de la vida física* (2). He aquí la idea y la ley fundamental de la economía política utilitaria: *hacer que la sociedad se enriquezca y goce*.

959. ¿Pero á quién corresponde esta función del Gobierno? Corresponde al administrador, el cual, hombre lo mismo que los demás, está obligado por su parte á enriquecerse cuanto pueda para ser feliz. Y como la felicidad exige para semejante raza de hombres gozar mucho y trabajar poco, cuanto mas pueden sacar en provecho propio de la riqueza de los

(1) San Filippo. *Exposición de la economía política*, tom. I, introducción. — Véase también Genovesi, *Lecciones de economía civil*, tomo I, párrafo 1, pag. 21. — BASSANO, 1769, Say, Sismondi, etc.

(2) Sismondi, Tom. I, pag. 14 á la 22.

otros, con el trabajo ajeno, tanto mejor cumplirá su deber natural de tender á la felicidad. No hay quien deje de comprender cuanto puede en esta materia el que gobierna; ¿cuando en verdad podrá faltarle el medio de echar el agua á su molino? El ingenioso dicho de Helvecio antes citado por nosotros que *todo el arte de buen Gobierno se reduce á trasportar el dinero de las bolsas gobernadas á las bolsas gobernantes*, recibe aquí no solo una demostracion filosófica, sino una verdadera sancion moral: *el gobernante está obligado á ser feliz; luego está obligado á enriquecerse cuanto pueda, salvo el honor* (honor muy elástico) que de conciencia no se habla.

960. En vano, pues, se quiere que la economía política atienda al goce de todos los ciudadanos mientras se ensalce la torpe moral del *yo*; el *yo* gobernante no transmitirá á los gobernados sino aquella porcion de la riqueza pública que á él le sobre ó que le sea retribuida con algun placer; por lo que hubo de decir un humorista considerando las teorías inglesas, que el bello ideal de la economía se conseguiría cuando el Rey solitario en su palacio, dando vuelta á un manubrio que moviese todas las máquinas de la Gran-Bretaña, pudiera hacer florecer al pie del trono todas las mercancías fabricadas, y los bienes que estas proporcionan.

961. Si, lector mío; esta es la moral del *yo*; y como el *yo* gobernante no puede estar nunca solo, sino que debe tener bajo de sí tantos otros egoísmos subordinados que le ayuden en la administracion, cuenta con que cada uno de los administradores secundarios disfrutará de los mismos derechos y deberes que confiere al administrador supremo la tendencia á la felicidad. ¡Considera, pues, cuál será la dilapidacion de la riqueza pública en una sociedad epicúrea!

962. Lo que acabamos de decir atañe á toda sociedad animada de semejante doctrina, aunque esté gobernada por uno solo de esos voraces hambrientos; ¿pero en qué Caribdis caeremos si para introducir una representacion á la moderna se proclama en las plazas al *pueblo soberano*? En ménos que yo tarde en decirlo veras cuatro ú ocho millones de egoístas abrir



con toda su fuerza las fauces para beber en el tesoro de la nación gritando: «Yo tengo derecho á la felicidad y tengo el deber de procurarla porque *soy hombre*; tengo derecho y fuerza para procurármela porque *soy soberano y pueblo*.» Ya tienes aquí al socialismo y al comunismo autorizados filosóficamente para administrar la riqueza pública; ahí tienes á Babeuf y Proudhon; ahí tienes la ley agraria y las organizaciones de los sansimonianos. ¿Con qué derecho nos atreveremos á disputar á tantos desventurados el *único medio de felicidad*, la riqueza? Se predica el respeto á la propiedad y al trabajo de los otros, pero ¿no hemos convenido en que el comercio social se reduce á obtener el *maximum* de la sustancia y del trabajo de los otros, á cambiar del *minimum* de los míos?

963. Ser llamado á gobernar vale tanto como decir en la economía utilitaria, ser llamado á enriquecerse y á gozar á espensas del público, es decir, á espensas de los que no se enriquecen y no gozan, ó sea del pobre pueblo que no gobierna. Procura, lector mío, comprender claramente esta proposición clarísima en teoría, como es claro que el hombre debe buscar la felicidad con la riqueza y que este deber será fielmente cumplido por todos los gobernantes que están dispuestos para ello por sus funciones, y clarísima en la práctica, como es claro que los empleados públicos viven de estipendio, y por lo común hacen todo lo posible para procurárselo abundantísimo.

964. Comprendida la verdad de mi aserto, te explicaré un fenómeno que á primera vista podría aparecer paradójico y antitológico. El fenómeno es este: que en los gobiernos poliarquicos las calamidades y las opresiones son ordinariamente peores que bajo el despotismo de uno solo. Esto á primera vista podría parecer una anomalía, por aquella razón tan frecuentemente repetida por los utilitarios, que en el Gobierno de muchos, muchos han de ser naturalmente felices. Pero ¿no es mucho más justo y tolerable un Gobierno cuando hace felices á muchos, que cuando hace feliz á uno solo? Pues es mil veces más terrible un Gobierno opresivo, manejado por muchos que manejado por uno solo, y Cromwel y Napoleon se

elevaron para consuelo de la humanidad aterrorizada por los puritanos y jacobinos. La razón de este fenómeno es clarísima: los muchos que gobiernan serán siempre muy pocos relativamente á la nación entera, pero estos pocos no ceden en manera alguna al egoísmo de un tirano solo en el afán de enriquecerse, de engrandecerse y de gozar.

965. La nación entera tiene que salir, por consiguiente, centenares y millares de tiranuelos que harán todo lo que puedan, cada cual en su escala, para enriquecerse, crecer y gozar; pero con una circunstancia peor que todo esto, que la tiranía de un solo poderoso gravita por lo común sobre los magnates que la rodean, y cesa con la muerte del déspota, mientras que la tiranía de las instituciones oligárquicas, duradera como las instituciones mismas, se extiende hasta donde alcanza la participación de la oligarquía. La tiranía de Enrique VIII y de Isabel acabó con la muerte de aquellos dos monstruos; pero la opresión del Parlamento anglicano sobre la católica Irlanda, dura hace tres siglos y desciende hasta la pobre cabaña á esprimir por mano de los *Land-Loords* la última gota de sudor del hambriento irlandés. Hé ahí personificado con toda la severidad de la lógica el gobierno del principio utilitario en la multitud de los *felices* gobernantes.

966. Esta convención del egoísmo, este pacto social está tan profundamente arraigado en la economía moderna, que ha transformado en riqueza material á los mismos hombres, casi sin saberlo los mismos economistas. Beccaria aducía ya entre las razones para abolir la pena de muerte la de utilizar á los hombres con los trabajos forzados, y Genovesi designaba la multiplicación de los hombres y de las riquezas como los dos fines principales de la economía civil, como si dijera: multiplicad los corderos y los carneros para que no os falte la carne en la mesa (1); y Sismondi excitaba al depositario de los gober-

---

(1) *«Dos son los fines principales de la economía civil: el primero es, que la nación que quiere gobernarse económicamente, es cuanto sus fuerzas internas, tenga todos los climas y situaciones posibles y una población numerosa; y por otra parte que sea todo lo cómo-»*

nantes á aumentar la suma de la felicidad en la tierra procurando la multiplicacion de sus súbditos (1). ¿Qué maravilla que con semejantes doctrinas el despotismo napoleónico llamase á sus soldados, si no miente la fama, carne de cañón? ¿Qué maravilla que recientemente Anacarsis Clootz reduzca la virtud del hombre á *hacerse útil* y para ser más útil hacerse ateo (2)?

967. Tan impregnado está el espíritu público con tal idea del hombre útil, que oírás con mucha frecuencia aún á buenos católicos calcular el valor de las instituciones civiles y hasta de las religiosas con relacion á la utilidad, y te pedirán que se supriman los conventos de vida contemplativa *porque no son útiles*, se lamentarán de los gastos de las solemnidades católicas y del consumo de la cera, y de los días festivos porque no ven la utilidad que de ello pueda reportarse, y te dirán que la misma Iglesia ha decaído de su antiguo espíritu, porque en vez de caminos de hierro y palacios de cristal publica dogmas de fé y jubileos. Las quejas están en su lugar: si el hombre está destinado á gozar, si para gozar se necesita riqueza, el encargado de la felicidad social debe aumentar la riqueza, y sacando para uso propio todo lo que pueda, poner á contribucion para el mismo objeto los brazos y toda la existencia de los otros. Todo lo demas es, por lo menos, trabajo perdido y tiempo malgastado.

968. Hé aquí, pues, en pocas palabras la teoria de la riqueza social en la sociedad reformada con las ideas protestantes y por consiguiente esencialmente utilitaria, como ya hemos demostrado. Siendo la riqueza un medio de goce, ó sea de *felicidad*, así para la sociedad como para el individuo, la sociedad y el individuo están igualmente obligados á enriquecerse.

---

*da, rica y poderosa que pueda ser.* Genovesi, *Exposición de la economía política*, tom. I, introd.

(1) Sismondi, cap. I, pág. 25.

(2) *Cuanto mas razonables sean los hombres, serán más virtuosos, es decir, útiles á la sociedad; luego la religion es una enfermedad social que nunca se curará bastante pronto.* La República universal, pág. 39 y 31. Véase el Eco del Monte Blanco, 20 de Febrero de 1831.



El administrador público hará todo lo que pueda para enriquecerse primeramente á sí y despues á la sociedad, y siendo muchos los administradores y gobernantes, la riqueza pública se consumirá en sueldos de empleados y en empresas de comodidad pública para las clases acomodadas. El vulgo será un rebaño que se multiplicará y se empleará á proporcion de la necesidad y con el menor dispendio posible. En los Gobiernos en que la perpetuidad de las instituciones perpetúa la aristocracia de los poderosos, será igualmente perpetua la opresion del pueblo, hasta que creciendo en poder y aliccionado con los ultrajes, se despierte, se sacuda, y de lo alto de las barricadas exija como Soberano un asiento en el banquete social.

969. Si hubiera de hacer aquí un tratado de economía política, contrapondría á este cuadro espantoso el retrato de una nacion administrada con el principio católico. Como la riqueza es en ella simplemente un medio de sustentacion, así en la conciencia de los grandes como en la de la plebe; como todos los individuos son en ella igualmente respetables, porque son hermanos y están protegidos por aquel Dios que juzga á los grandes y á los pequeños; como el grande es depositario antes que propietario de sus riquezas; como la multiplicacion de los hombres se deja á la libre voluntad de los cónyuges unidos por la santidad de un sacramento, y el Gobierno, en vez de pensar en la multiplicacion de los venideros por la utilidad que pueden reportar, piensa en el bien de los existentes por su felicidad, la sociedad tomaría su aspecto natural que hemos bosquejado en el capítulo precedente, y volvería á aquella tranquilidad de orden que se obtiene tan fácilmente cuando el hombre está persuadido á sufrir tribelaciones en la tierra para ser feliz en el cielo.

970. Pero no siendo mi propósito tratar á fondo de la economía política, sino bosquejar la administracion en las sociedades liberales, lo dicho hasta aquí podrá bastarnos para comprender la economía social á la moderna y las aplicaciones prácticas que de ella se deducen; primero, en la demolicion social con que la reforma emprende la regeneracion de la

sociedad (*despojo universal*); segundo, en la reconstrucción regeneradora (*aristocracia de partido y pauperismo*); tercero, en el estado actual de la nueva administración (*presupuestos constitucionales*).

## § II.

### *Economía en la demolición, ó sea despojo universal.*

971. ¿Cuál es el principio fundamental del economista y del administrador? *Yo debo hacer rica á la sociedad.* ¿Qué es la sociedad bajo el principio reformador? Va trasformándose de antigua en moderna pasando por varios estados, que la conducirían á la destrucción total si no se opusieran á la lógica la omnipotencia creadora y los instintos de la naturaleza, pero que no pudiendo llegar á ese abismo la hacen pasar de su organización natural, primero á la destrucción del principio de la autoridad suprema, y despues sucesivamente de la provincia, del municipio y de la familia. En remejante anarquía, la irresistible necesidad de un organismo social hace nacer una asociación, ó más bien una aglomeración de partidos que combaten, ya públicamente ya en secreto, para constituir mayoría, apoderarse *legalmente* del poder, destruir la sociedad y repartirse los despojos, medios de goce y de felicidad.

972. El que conozca un poco la formación de las opiniones en la sociedad, comprenderá por sí mismo que la pobre sociedad moderna no pasa precisamente toda en masa de uno á otro de esos estados, como pasa por todos los grados del termómetro una masa de agua en ebullición ó de hielo que se va liquidando. La *opinión pública*, de la que tanto nos hablan entre genuflexiones é incensarios los reformadores, fué sofocada por ellos mismos cuando quitaron á la sociedad la unidad de los principios católicos; de donde resulta que esa opi-

nion no es otra cosa en la sociedad real que una disipación gradual de las doctrinas que, abandonado el principio y las instituciones de la naturaleza, progresan de negacion en negacion hasta la plenitud de la anarquía. Y en este progreso toda nueva negacion acusa de *retrogradismo* á los grados precedentes y de *ultra-democratismo* las negaciones á que ella no se ha acomodado todavía, proclamándose á sí misma únicamente LA OPINION PÚBLICA, LA OPINION DE LOS SANJOS.

973. Todas las aplicaciones económicas tienen por consiguiente en nuestros días sus órganos más ó menos públicos, al menos mientras la tiranía de un partido triunfante no consigue ahogar la voz de la reaccion en los partidos vencidos. Por lo cual, al presentarte yo en alguna sucesion lógica las consecuencias prácticas del principio de la razon individual, no pretendo que el orden cronológico corresponda al de los raciocinios (pues no basta la lógica solamente para hacer triunfar los partidos); pero habré cumplido con mi deber si la tendencia de las sociedades modernas aparece de hecho en la administracion cual debe resultar de la teoría.

974. ¿Cuál es el principio de la reforma de las sociedades? Es el mismo que por boca de Lutero dió principio á la Era moderna; es la proclamacion de la independendencia religiosa ó libertad de conciencia, que envuelve esencialmente la negacion de la sociedad católica y de todas sus dependencias. Un Gobierno que establece que es lícito á todos los ciudadanos violar la palabra empeñada á la Iglesia, establece implicitamente que no le consta que la Iglesia sea una institucion divina que obliga á todos los hombres á aceptar su autoridad; pues no es posible conciliar estas dos proposiciones: *Creo que todos los ciudadanos dependen de la Iglesia por deber y por la palabra empeñada: Creo que todos los ciudadanos están libres de semejante deber y de tal palabra.* La sancion de la independendencia es, pues, la abolicion civil de la Iglesia.

\* 975. Pero si la Iglesia no existe civilmente, si no es una sociedad real á los ojos del público, no tiene derecho á poseer, y todos los bienes que ayer le pertenecian quedan hoy sin dueño. ¿Y á quién pertenecen esos bienes abandonados? Si se



mantienen todavía las ideas monárquicas, al *Asco*; si ya han progresado las ideas democráticas, á la *nación*. Es inútil que nos detengamos en este primer estado, cuya historia es harto famosa y constante en los primeros pasos de las sociedades modernas, desde Enrique VIII, que sólo dió el primero, hasta nuestros tiempos; y aun los pocos reformadores que no han despojado totalmente á la Iglesia por un resto de pudor ó por un cálculo interesado, han erigido en axioma que no necesita pruebas, que los bienes de la Iglesia son bienes *nacionales*.

976. Así como por otra parte la Iglesia misma puede ser á los ojos de los diferentes grados de progresistas una *sociedad muerta* que tuvo un día algun *derecho* por su naturaleza, ó una *sociedad tolerada* á quien la ley permitió poseer, ó una *sociedad de estafas* que explotó injustamente á los demás hombres, así tambien las leyes podrán considerar su existencia pasada como un hecho más ó ménos legal, valiéndose de los diferentes aspectos bajo los cuales miran á la Iglesia para adjudicar sus despojos en bien del público, como recuperados del latrocinio, ó al Estado heredero *ab intestato*, ó al municipio representante de los ciudadanos donantes, ó á una familia descendiente de los donantes engañados, ó á algunos necesitados presuntos donatarios segun la piadosa intencion del testador. Si este dejó sus bienes para *monjas*, se presume que hoy los daría para *matrimonios*; si los dejó para hospedar peregrinos, hoy mantendría á emigrados políticos; si edificó colegios de religiosos, hoy pagaría á los que enseñan moral á los jóvenes con el ejemplo de Catilina en las castas páginas de Salustio. Estas diferentes sustituciones, al paso que demuestran la elasticidad de las teorías económico-liberales, abren á nuestros lectores un vasto campo de interpretaciones históricas que por ser harto conocidas dejamos á su perspicacia.

977. En el segundo estado de las sociedades modernas la independencia religiosa se convierte en independencia política, y se predica que el Soberano no tiene autoridad sino por sus súbditos de los cuales es servidor. Como primera aplicación de este principio nace inmediatamente la *lista civil*, que

es el salario dado por el pueblo soberano á su servidor trasformando los bienes de la corona en bienes de la nación. También aquí el hecho es notorio y no necesita ulteriores explicaciones. Pasemos adelante.

978. Rota la unidad monárquica procedió á la destrucción del organismo provincial, resto de antiguas unidades independientes que en la Europa moderna fueron engendradas en su mayor parte bajo formas feudales. Una sabia reforma de aquellos abusos que habian sobrevivido á la barbarie precedente en esa nueva forma social, que fué á su vez correccion del salvajismo germánico, como dice Guizot, podia ser y fué verdaderamente un perfeccionamiento de la sociedad cuando no obró bajo las influencias católicas.

979. Pero cuando la heterodoxia se lanzó con su acostumbrada furia á matar á la enferma sociedad para curar sus males, la operacion fué más fácil. Se llamó injusto á todo privilegio de las provincias sin examinar sus títulos: el rasero de la igualdad abolió todos los códigos provinciales, las costumbres, las formas orgánicas y las tradiciones. Claro es que en estas circunstancias todos los derechos de la provincia pasaron al Estado, y tú sabes quien es el Estado. Esta abismo sin fondo, al devorar con los bienes de la Iglesia y de la Corona todos los derechos y privilegios de las provincias, sancionó solemnemente el principio económico moderno que dió vida últimamente al comunismo, y que podría reducirse á la fórmula siguiente: *Puesto que la independencia de la razon puede condenar como falsos los principios adoptados en lo antiguo, puede tambien condenar como injustos y nulos todos los derechos procreados por tales principios.* Ahora bien, lo adquirido injustamente puede y debe recuperarse por la sociedad, luego la sociedad puede reivindicar lo que se poseyó á título de derechos antiguos, pues que la nueva opinion los ha condenado como falsos é injustos. Abajo, pues, las costumbres provinciales, los privilegios y los contratos de toda suerte; qué derecho tenian los abuelos para esclavizar á los nietos?

980. Esta fórmula general, como ves, es la misma que se ha aplicado al derecho público internacional al grito de na-

*cionalidad.* «Haya pensado el mundo como haya querido por espacio de 50 siglos, respetando los tratados como ley de las naciones, *Italia* (gritaron los italianisimos) *no se contenta con reformas, quiere nacionalidad.* Esta puede ser ilegal, pero la exige la naturaleza, aunque contraria á los tratados... (1). La guerra era santa porque era guerra de independencia (2). El principio, como se ve claramente, es siempre el mismo: se cambian las ideas y las palabras para violar los derechos á mansalva.

981. De la destrucción de la provincia se pasa naturalmente á la del municipio y de los feudatarios menores, quemando los castillos, dilapidando la administración del Común y arruinando a este por medio de esa *ley agraria*, comida tan agradable para los ociosos, iniciada muchas veces con la división entre los particulares de los derechos de pastos, de hacer leña y otros pertenecientes al común (3).

982. Del municipio desciende el reformador moderno á la familia, y soliviantando á los descendientes contra los ascendientes, les enseña que *todos tienen igual derecho á gozar*, los hermanos menores como el primogénito; que obró contra naturaleza el orgullo de aquel antepasado, que condenó á muchos á la indigencia para que uno sólo nadase en las delicias.

983. ¿Pero no sería útil á la familia una columna de apoyo? Y el bien de la unidad doméstica que resulta de la primogenitura, ¿no redundará en provecho de los hermanos menores bastante mejor que el desmenuzamiento de la fortuna del padre? Así lo creía el profesor Orioli; y yo, aunque protesto que no he meditado bastante sobre tales materias para emitir una opinión acertada, quisiera darte aquí un breve extracto del importantísimo opúsculo de aquel profesor sobre los fideicomisos; pero por

(1) Farici. *Al Estado romano*. Tom. I, pág. 200.

(2) *Ibidem*. Tom. II, pág. 27. Nota bien la causal, y comprenderás que cualquiera que se libra de un derecho antiguo hace una obra santa.

(3) Con un lector leal y benévolo es inútil repetir que quien condena las injusticias no condena las reformas.



amor á la brevedad, aconsejándote que lo leas en su original, me limitaré á hacer notar que la abolición de los fideicomisos es la aplicación á la familia de siete proposiciones canonizadas más ó ménos explícitamente por los reformadores: «Todos tienen derecho por la naturaleza á gozar igualmente; lo tienen por consiguiente á enriquecerse y compartir igualmente la herencia:» luego el fideicomiso es injusto; luego el primer propietario no fué dueño de disponer de lo suyo (principio del comunismo). Si pudo obligar al heredero inmediato, los descendientes no están obligados por las estravagancias de los antepasados; luego no hay trasmisión de derechos en las familias; luego no hay unidad sucesiva de familia, puesto que toda unidad social está fundada esencialmente en la unidad de derecho (1).

984. Como se ve, la abolición del fideicomiso en su crudeza revolucionaria (bien distinta según Orioli de las sabias reformas) no es otra cosa que la regeneración á la moderna de la economía política en ese estado extremo de demolición social que destruye hasta el más sagrado de los vínculos, la unidad y la autoridad domésticas, en nombre del derecho igual, inalienable de todos los hombres, á gozar de los bienes de este mundo (2). Despojada la Iglesia, despojado el Monarca, saqueada la provincia y el Comuna, se introduce en la familia el individualismo económico, porque se ha introducido en él el individualismo moral. Se destruye con Beccaria *la propiedad de la familia*, repitiendo con él: «La república no está compuesta de familias, sino de individuos, y los individuos tienen todos igual derecho á gozar.»

985. Solo faltaría que triunfase en la opinión pública la doctrina de David Hume, que ponía en duda si el *vo ne aveat* es propiamente el *vo ne avar*, para que un reformador redujera inmediatamente á fórmulas de derecho individual la rapiña y el saqueo. De la misma suerte que para destruir la igual-

(1) Véase parte primera, esp. I.

(2) Es digno de observarse que en el Imperio austriaco la restauración política iniciada con la libertad de la Iglesia ha traído en pos de sí la posibilidad legal de los fideicomisos.

dad económica en la familia conviene decir: «Los antepasados no tenían derecho para disponer de lo suyo con perjuicio de sus descendientes» (lo cual equivale á decir que no tuvieron los derechos paternos de propiedad, ó sea que no fueron padres de la familia hoy viviente); de la misma manera el comunismo podría preguntar á todo propietario: «¿Cómo puedes tú demostrar que eres el mismo que cultivó este terreno ó fabricó esta casa? Los buenos viejos, poco ejercitados en el análisis, creyeron estúpidamente sin demostración alguna, en ese instinto de identidad personal, que bien puede ser una simple preocupación; y de esta preocupación dedujeron ese derecho de propiedad en cuya virtud se enriquecen los ociosos y se mueren de hambre los trabajadores. Pero el hambre y el trabajo de estos son bastante más ciertos que la identidad de los primeros: á los segundos, pues, y no á los primeros, corresponden por derecho natural los bienes sobre los cuales trabaja.»

286. No sé que Proudhon haya querido recurrir á estas abstrusidades de Hume; pero si á un sofista semejante á Lamennais, Lamartine ó Cousin se le encasquetase vulgarizarlas con la ayuda de los sectarios y clubs interesados, también estas tosterías podrían tener su día de triunfo efímero, y mandar á los cafés, á las plazas, á los casinos y á las tabernas á sus apóstoles charlatanes para enseñar públicamente que, habiéndose descubierto á la luz del progreso que no es seguro que el hombre de hoy sea el hombre de ayer, todo propietario que ayer adquirió apoya su derecho en un título incierto y ofende con un hurto á la sociedad entera.

287. Hé aquí el comunismo en el individuo fundado en el mismo principio que el comunismo en la familia y en los pueblos. Así como desaparece la idea de la propiedad de la familia y de los deberes mutuos de las naciones cuando las generaciones de hoy no están seguras de su unidad con sus antepasados porque no están ligadas á ellos por derechos y deberes, así desaparece la propiedad del individuo cuando se pone en duda la identidad del hombre de hoy con el hombre de ayer: y así como se encontró un sofista para destruir las na-

ciones desligando las generaciones sucesivas de las precedentes; así como se encontró también para destruir la familia y desmembrar la propiedad, así pudo encontrarse uno (¿y que otra cosa es Proudhon?) para destruir el individuo y despojarlo de todos sus derechos. Verdad es que los comunistas no necesitan de tales metafísicas. *Lo que conviene predicar, escribe á Weisling Maximiliano Hepp, es la necesidad de venganza contra el orden social, que por tanto tiempo nos ha tenido aplastados bajo sus piés de víbora* (1).

Esto no obstante, si el comunismo no ha buscado por auxiliar al metafísico inglés, bien ha recurrido á las sutilezas tudescas del socialismo que llega finalmente al mismo punto del individuo con su propiedad: y en vez de decir: «Ninguno posee, porque ninguno está seguro de ser el mismo que cultivó sus tierras,» dice: «todos lo poseemos todo, porque todos somos un solo Dios.» Despropósito tanto más grosero que el excepcionismo inglés, cuanto repugna más á la naturaleza humana el transformarse en Dios que el volver á la nada.

Si pues la enormidad del panteísmo ha podido ser acogida en la sociedad europea y no ya por algunos estúpidos del populacho idiota, sino por la flor de los ingéños de la nación que se erige en maestra; si ha sido canonizada, no solo como especulación de cerebros trascendentales, sino como base para la vida histórica del género humano y para la vida práctica y civil del hombre social, mucho más fácil sería introducir en la vida práctica el Yo fenomenal de Hume y completar así con el despojo de todos los individuos humanos esa rapiña universal que desde el supremo grado del Catolicismo y de la Iglesia ha descendido por su propio peso hasta despojar *razonadamente* á los Monarcas y á las provincias, á los municipios y á las familias.

Como ven nuestros lectores por lo dicho hasta aquí, el principio regenerador es igualmente lógico en la administración que en todo el resto del organismo social cuando se trata de

(1) Cretineau.—Joly, historia del Sonderbund. Tom. I, capítulo III.



demoler, y pueden aprender por esto á no quejarse de los hombres cuando vean saqueada á la sociedad moderna por una plaga de impuestos y recargos. Sean cualesquiera los hombres, jamás podrán resistir al rígido arpon (1) de la necesidad lógica que les empuja.

988. Pero á fin de que la teoría de la demolición heterodoxa explicada hasta aquí adquiera con los hechos la posible evidencia, permíteme consultar un caso práctico ocurrido recientemente (1852) en uno y otro extremo de Italia, en donde se están experimentando las dos formas de Gobierno, así en la administración de la riqueza pública como en todo lo demás. La comparación de los resultados pondrá más en evidencia la verdad de nuestra teoría, pues es irrecusable la elocuencia de los hechos y de los números.

Esperamos que nuestros lectores nos harán la justicia de reconocer que al explicar la teoría de los Gobiernos representativos no hemos dejado de valernos de esta poderosa elocuencia de los hechos, la cual, dicho sea en alabanza de la misma y de la prodigiosa actividad de los reformadores, nos favorece espléndidamente con sus enseñanzas. Esto no obstante, recozamos y confesemos sencillamente que los hechos y las cifras á que hemos apelado, han sido por lo comun argumentos negativos mas bien que positivos. Ellos han dado testimonio frecuentemente contra los errores de quien fanda el Gobierno en la natural independencia del hombre, y por consiguiente en la pretendida soberanía del pueblo; pero cuando hablábamos en favor del sistema opuesto, la confirmación de los hechos era ménos frecuente y ménos espontánea. Y esto, por dos razones bastante naturales: la primera, porque estando el espíritu de casi todos los pueblos de Europa impregnado más ó ménos de las doctrinas heterodoxas, estas producian sus tristes efectos aun á despecho de la honradez de los gobernantes; la segunda, porque si acaso estos efectos no se producian, la marcha tranquila de los negocios no daba lugar á esa publicidad

---

(1) .....*Nec savorus  
Uncus abest.*

formada por el clamoreo de los descontentos y por la exigencia de reformas. Sucede en estos casos lo que á los hombres de buena salud, que jamás hablan de enfermedad ni dan ocasion á disertaciones clínicas ni patológicas. Estas disertaciones y estos lamentos se oyen cuando la salud se ha perdido ó alterado, y con tanta más energia y frecuencia cuanto es más irreparable la pérdida.

Puesto que se nos ofrece hoy un hecho á propósito para confirmar positivamente nuestras teorías, no queremos desaprovechar esta importantísima lección que puede esclarecer mucho más, no solo la verdad, sino también el significado de las doctrinas que hemos explicado.

Recordarán nuestros lectores que más de una vez hemos observado que el carácter propio de las instituciones modernas es la destrucción del natural organismo social, de la familia y del comun, al cual el despotismo protestante subrogó esa *centralización burocrática* que afligió á Europa desde el año 95 al 48; centralización sobremanera apreciada por el despotismo aun de las plazas, ó más bien de los sectarios que comprenden maravillosamente cuánto les importa reunir todas las fuerzas vivas del Estado en un punto central desde el cual, si llegan á apoderarse de él ó por cábalas de partido ó por un atrevido golpe de mano, tendrán esclavizada á la nación entera. Y con cuanto acierto obran para sus miras harto lo está demostrando su Suiza unitaria, á la cual encadenaron de tal suerte algunos cuantos alborotadores que

«Freme... si contorce e scuote».

«Ma il bracio prigionier ritrar non puote.»

No se apartaría mucho de la verdad el que atribuyese á tal principio el favor de que goza entre los sectarios la ferviente aspiración de las nacionalidades. Si en virtud de este principio llegaran á reunirse en pocos puntos centrales todas las razas europeas, tomados estos puntos, la *Jóven Europa* podría tiranizar con la rapidéz del rayo desde el Neva al Tajo, desde el Danubio al Támesis á la gran familia Jafética. Hé aquí uno de los caracteres mas evidentes, de los intereses

mas vitales, de los medios más eficaces de la *regeneracion moderna: Centralizacion y nacionalidad.*

Por el contrario, el antiguo espíritu católico es esencialmente doméstico en su principal origen, en su carácter, en sus intereses, en sus formas, en sus medios de Gobierno. Conceder á la familia y al municipio el pleno y libre uso de los derechos naturales que son necesarios para defender los propios intereses, subordinándolos solamente al bien público con el *minimum* de los sacrificios y con la mayor espontaneidad posible al hacerlos, fué el gran medio de prosperidad social transmitido por la Edad media á aquellas gentes que muchos miran hoy como modelos de civilizacion y libertad modernas, Inglaterra y América. Los fanáticos y presuntuosos admiradores de estos pueblos creen haberlos imitado con sola haber copiado su muerto mecanismo, destruyendo en sí mismos el espíritu que debia haberlo avivado. *Las verdaderas bases de la Constitucion inglesa no son, dice el señor Harthausen, las formas constitucionales propiamente dichas con sus poderes que se contrapesan mutuamente. Lo son, por el contrario, la constitucion de la casa y de la familia que descansa en principios severamente morales y la constitucion de los Comunes, sólida y bien ordenada, nacida de las costumbres y usos del pueblo, de la casa y de la vida.* Y precisamente la falta de estas instituciones domésticas y municipales y del espíritu que de ellas amana ha hecho impracticable en otras naciones, como vemos en el Constitucional de Florencia (30 de Enero de 1852), la aplicacion de la Constitucion británica. *Los franceses, en realidad (decia el Economista) apenas poseen algunas huellas de estas instituciones municipales que entre nosotros (los ingleses) son escuelas de discusiones políticas.... Los franceses están casi completamente privados de esas libertades reales, de parroquias y de comunes. Si Luis Napoleon restituyera á estos el manejo de los asuntos comunales y las prácticas de sus corporaciones parroquiales, el espíritu inquieto de la nacion encontraria en qué emplear su energia y.... ese espíritu turbulento, que estando reconcentrado contra*



*el poder, es la fuente inagotable de revoluciones incessantes.* Lo que estos autores dicen de Inglaterra podría aplicarse cómodamente á sus colonias americanas: este grandísimo Estado, nacido de la vida patriarcal de los primeros colonos y de la libre union de algunas de sus provincias, conserva profundamente impreso el espíritu doméstico y municipal, razon potísima de su envidiada libertad.

Pero ¿por qué, preguntarán los lectores, las libertades domésticas y municipales tienen tal fuerza para hacer la felicidad de los pueblos y para hacer que se crean libres aun políticamente, mientras que otros pueblos que políticamente parecen más libres gimen en la esclavitud y tascan el freno? La razon es evidente: el hombre no desea lo que es inútil; no se lamenta del mal que no siente. Si excluís algunos ambiciosos á quienes una instruccion poco católica y poco acomodada á sus condiciones ha ensanchado la esfera de su ambicion, presentándoles los poderes sociales, no como medio de favorecer al público, sino como una presa que debe atraparse, el pueblo no siente ordinariamente ningun daño por su impotencia política, ni pretende otra cosa de los poderes públicos cuando los ejerce, que asegurar los intereses domésticos y municipales que le tocan tan de cerca.

Y en esto, sea dicho en honor de la verdad, el vulgo es mucho más razonable que esos ambiciosos sofistas que se arrojan la mision de ilustrarlo. ¿Para qué están en la sociedad los jueces, los militares, los administradores y los legisladores? ¿Se han conferido acaso estas funciones políticas á algunos ciudadanos determinados porque carecian de otro medio de subsistencia y para que de esta suerte un cierto número de personas pudiese tener el pan cotidiano? No ciertamente. La sociedad nombró legisladores y jueces para que los derechos de los ciudadanos se esclareciesen, militares para que estuvieran seguros, y administradores para que se invirtiesen las rentas con buena economia en los servicios públicos. Los poderes políticos son, pues, un medio para conseguir el orden civil, y como es muy racional que al pueblo le sea indiferente el medio para obtener el fin, así el hacerle desear el medio cuando posee el fin

es una cosa no sólo irracional, sino ridícula, como lo sería el atracar á un hombre sano de purgantes y eméticos. ¿Qué os diría este hombre? «Yo no tengo, gracias á Dios, ni dolor de cabeza ni ocupacion de estómago. Dad estas pócimas á quien se encuentre estético ó inapetente, y dejadme á mí en paz mientras esté sano.» Pues esto mismo precisamente contestaba muchas veces el pueblo á sus regeneradores ántes de ser seducido ó ilustrado: «Yo tengo asegurados mis derechos personales y mis derechos respecto á mis bienes; ¿qué necesidad tengo, pues, de cambiar de Gobierno? Guardad vuestros contrastes constitucionales para los pueblos inquietos por la incomodidad que sienten, y no vengais á fingir entre nosotros males que no existen para vendernos vuestras medicinas y limpiarnos los bolsillos.»

De este mismo buen sentido vulgar nace por el contrario la inquietud con que el pueblo desea tal vez derechos políticos en una sociedad mal ordenada, en donde los oficiales públicos llenan mal sus funciones y en que el pueblo no puede conocer sus propios derechos civiles ó los ve maltratados en los tribunales, poco seguras las personas contra los ladrones y malversado el Erario público. Entonces se despierta en su corazon el deseo de reformas y la sociedad enferma siente necesidad de medicinas. Quisiera ver reformado el ejercicio de las funciones; pero se engaña, porque en lugar de recurrir á los verdaderos sábios y á los verdaderos médicos, cuyo conocimiento sobrepaja á la inteligencia vulgar, está dispuesta á confiarlas al primer charlatan que la seduce, como los enfermos del pueblo sencillo acuden al bálsamo del primer embaucador que les ofrece curarlos. El impulso es natural, pero no está guiado por la razon que debiera llevar por delante la luz. El vulgo siente por una especie de instinto que el órden político, medio destinado á formar el bien de la unidad social, está subordinado al órden civil que debería formar la felicidad individual; por lo que sintiendo la falta de esta, infiere que el órden político debe estar desconcertado. Pero yerra en cuanto espera curar el mal, poniendo en él su mano, escogiéndose él mismo los médicos y las medicinas.

Es, pues, verdadera en cierto sentido aquella frase: *Vox populi, vox Dei*. El pueblo es racional cuando no se cuida de los derechos políticos, viendo marchar regularmente el orden civil, pues es gran tontería rehusar el fin por amor a los medios; es racional el pueblo cuando atribuye la infelicidad civil de los ciudadanos mal gobernados á los defectos de los gobernantes, pues que la rectitud del orden político (magistrados, militares, administradores) consiste y se echa de ver en el recto Gobierno de los ciudadanos y en el uso pacífico de sus derechos civiles. Hasta aquí la voz del pueblo es la voz de Dios, porque es la voz de la razón natural. Pero persuadir á un pueblo de que no es feliz sino cuando posee derechos políticos, nunca lo conseguirán los sediciosos de una manera estable y universal, sino cuando los gobernantes falten á sus deberes y no produzcan el orden. Haced, pues, que el pueblo no padezca por falta de orden; que pueda manejar sus bienes, mandar en su casa, conservar tranquilo el hogar doméstico, educar á su gusto á sus hijos; haced que no le arruinen los impuestos, que tenga medios fáciles de comunicación con sus vecinos, que viaje sin miedo á los ladrones, que pueda contraer y recrearse libre y honestamente y que no se violen sus sentimientos naturales y religiosos, y con esto no temais; el aldeano de Calabria ó de los Abrazos no se afanará porque el ministro se llame Médici ó Santangelo, ni el sardo ó el savoyano porque se llame Revel ó Cavour. Ya lo veis prácticamente: ¿qué esfuerzo, qué atractivos y qué argucias no hay que poner en juego para arrastrar á los campesinos á las elecciones! Aun después de cuatro años de amaestramiento político y continua insistencia, ¿no veis que en Cagliari, convocados por tercera vez no hace muchos días los electores, por tercera vez han faltado al llamamiento?

Pero ¿quién se asombrará de esta negligencia cuando aquellos electores que tan prósperamente vivían mientras no estaban representados, ven ahora con hechos prácticos la inutilidad de las supuestas garantías en que debía apoyarse la santidad inviolable de sus derechos? ¿Habrá momento más solemne para un pueblo constitucional y acto más enérgico que el



que nos ha ofrecido poco há Saboya? «Por muchos años, dicen las recientes exposiciones del municipio de Chambery, «hemos pedido una Universidad, el uso de nuestra lengua «en los actos públicos, fábricas de armas, libertad de ins- «trucción, y sobre todo, seguridad de conciencia y de re- «ligión, y hasta ahora no hemos conseguido nada. Al menos «vosotros, nuestros diputados é hijos de este suelo, recordad «que tenéis obligación de defendernos, y negad á quien nos «quiere oprimir la sanción de ese Tratado que sería para nos- «otros un golpe ruinísimo.» Así hablaba Saboya; y los dipu- «tados?... Aunque hubieran hablado á una voz, nada hubieran conseguido 14 votos contra 100; pero el *pueblo soberano* no consiguió siquiera esa unión entre sus pocos representantes, y después de tanto tiempo, la *libre Saboya*, en el *libre* Piamonte, con el *libre* Estatuto, y con todas sus garantías se vuelve con la gaita en el saco, porque la mayoría está contra ella.

No tratamos de echar la culpa de esto á los diputados ni á los ministros: es preciso, por el contrario, absolver completa- mente á unos y á otros para que resalte mejor que los males de aquel pueblo son efectos necesarios, no de la maldad de los hombres, sino del espíritu heterodoxo de las instituciones. Los ministros tienen que atender al bien universal del Estado y los demás diputados tienen que procurar cuantas ventajas puedan para sus provincias. Si la provincia de Saboya, más montañosa que las demás, extranjera por su lengua, apartada por su situación, diversamente acondicionada por su antigua sujeción á Francia, tiene intereses enteramente diversos de todas las demás provincias, necesariamente tendrá que ser sacrificada, á menos que los diputados y ministros hagan una ley para ella. *Ley para ella!* ¡Qué error! La ley debe ser co- mún, y las provincias como los ciudadanos deben ser igua- les ante la ley. Por consiguiente que Saboya hable italia- no, que mande á sus hijos á la Universidad de Turín, que sa- que de sus peñas lo que el Piamonte saca de sus campiñas, que se vista y se arme con ropas y armas italianas, que reciba la educación de los emigrados, la filosofía de Giuberti,

las herejías de Nuyts. Hé aquí las consecuencias del sistema.

Pero estos son hechos que prueban su índole maléfica, y yo he prometido á los lectores aducir otros para confirmar la verdad de nuestras teorías. Hé aquí algunos que me suministra el *Diario de las Dos Sicilias* (2 de Abril de 1852). Pero antes de abrirlo, tened en cuenta que yo refiero los hechos y no las panegíricos; aunque tratándose de un Príncipe profundamente católico que dió un día albergue al desterrado Pontificio, no debemos ser tan mezquinos en las alabanzas como Gladstone ó el *Risorgimento*. Pero no hay que hacer panegíricos; el mejor de todos está hecho siempre: *laudent eam in portis opera ejus*. Y para que puedan comprenderse los hechos adviertan los lectores que en aquellos tiempos tan oscuros, cuando en algunos países se pedían como retribución un tribunal supremo, consejos provinciales, caminos de hierro, baques de vapor, etc., etc., de todo esto estaba ya provisto el *oscurantísimo* y *oscurísimo* reino de Nápoles; y especialmente los consejos de los distritos y de las provincias estaban erigidos desde 1816. En estos últimos tiempos cada año por espacio de veinte días se sometía al juicio del público la conducta del intendente (1), (el cual inaugurado el consejo se retiraba (2) para dejarle en completa libertad para sentenciar) y discutidos los principales intereses de la provincia se redactaban de comun acuerdo las peticiones que habían de hacerse al Monarca para el bien público. Todo el mundo comprenda que cuando la provincia ha de gastar de lo suyo y se ofrece á gastarlo, el Rey no tiene interés ninguno en rechazar las peticiones justas.

---

(1) El consejo provincial discute sobre la conducta moral del intendente, sobre la inversión de los fondos provinciales; da su parecer sobre el estado de la provincia y de la administración pública, particularmente sobre la conducta y la opinión general de los funcionarios públicos y propone los medios que cree más convenientes para su mejora.

Ley orgánica para la administración civil del reino de las Dos-Sicilias de 12 de Diciembre de 1816, cap. V, párrafo 30.

(2) Durante la reunión el intendente dará al consejo todas las explicaciones que le pida el presidente. Podrá asistir al consejo,

Acaso pueda suceder que un ministro inconsiderado ó rapaz haga pasar algunos miles de ducados de las cajas de una provincia á otra caja (por ejemplo, á aquella en que se vertieron los 60 millones famosos del conde de Revel); pero esas son desgracias que suceden también en los Estados *modelos* y en mayores proporciones. Pero generalmente hablando, la institución por sí tiende naturalmente á satisfacer los deseos de la provincia, pues que los consejeros son de la misma provincia, discuten sobre el terreno, los consejos reconcentran sus miradas sólo en la provincia, y en los consejos se concentran las de toda la provincia. De este modo no se teme que las llanuras de la Puglia se opongan á la construcción de un puerto en Pozzuoli ó en Galipoli, ni que Caserta ó Catanzaro usurpen para sus nuevas huertas los fondos destinados en Lecce ó en Atri para hospicios y asilos de huérfanos. De este modo cada provincia examina sus propias necesidades, suministra sus propios recursos, proporcionándolos á sus erarios; y el Estado, que nada tiene que darles, no tiene interés alguno en negarse á sus pretensiones.

De aquí que nadie debe maravillarse de que las provincias sin auxilio alguno hayan obtenido en el reino de Nápoles del *absolutismo*, casi diremos á vuelta de correo, la respuesta favorable á sus pretensiones, mientras las provincias Sargas apenas consiguen de sus *mandatarios*, después de tres ó cuatro años, que sus votos sean *representados* en la *representación* nacional. Y ¡qué actividad se despliega con aquel sistema en todos los órganos de la administración! Si no temiera ser indiscreto con mis lectores, transcribiría aquí por entero la larga enumeración de los acuerdos de los Consejos provinciales, aprobados, y en parte ejecutados en el espacio de diez meses, desde que las propuestas de las provincias se elevaron á la capital, después que cesó la felicidad de aquellos tres años, en que la centralización parlamental había impuesto silencio á los Consejos ó impedido su reunión. Pero como no

---

*pero sin tomar parte en sus deliberaciones cuando sea invitado por el mismo consejo. (Ibidem, párrafo 39.)*



quiero ser prolijo extraeré las resoluciones principales, dejando á quien quiera tomárselo el cuidado de leer el original en el citado periódico del 2 de Abril. Allí puede verse subdividida en varias clases de religion, instruccion, obras públicas, agricultura y comercio, beneficencia, sanidad y resoluciones varias, una serie de trabajos confiados á las provincias respectivas, en los cuales se descubre cual es la actividad gubernativa en ese reino de las Sicilias, al que algunos diarios pintan como inerte, porque no se revela y como incapaz de progreso porque no cacarea. Y recordamos estos hechos con tanto mayor gusto, cuanto que pueden servir para llenar una laguna que ha dejado la habitual mala fé del *Resorgimento*. Este periódico rebajándose hasta á la deslealtad y torpeza de los diarios demagogicos, al dar cuenta de aquel número del *Diario oficial*, dice, que las mejoras materiales de algunas provincias entraron por alguna cosa en las soberanas disposiciones; pero la parte mas principal se la llevaron los intereses espirituales (1). Hé aquí una mentira saxonada con un sarcasmo. Si los intereses espirituales tuviesen la mejor parte respecto de los materiales, ningun hombre de entendimiento podria atribuirlo á culpa del Gobierno napolitano, especialmente cuando este no hace otra cosa que condescender á los deseos manifestados por las provincias. No falta mas sino que el *Resorgimento* quiera obligar al Gobierno á contrariar la conciencia de los pueblos cuando piden mejoras para las cosas religiosas y las prefieren á las mejoras de puro orden material. Estamos seguros de esta noble preferencia en el ánimo del Príncipe y de sus ministros; sin embargo, en cuanto á sus decretos, los que se refieren á la parte espiritual son quizá la décima parte del total de las soberanas disposiciones. El *Resorgimento* que ha dado cuenta solamente de las primeras, contando con la buena fé de sus lectores hubiera podido decir no solo que aquellas son las mas principales, sino que son las únicas; pero por fortuna nosotros leemos tambien en

(1) *Resorgimento* 10 de Abril de 1852.

*Diario oficial* y vamos á hacer un extracto algo mas completo que el publicado por el *ex moderado* subalpino.

«Un nuevo templo en Reggio, instalacion de una órden religiosa en San Clemente, restauracion y edificacion de iglesias en Molise. Numerosas pensiones en favor de estudiantes pobres. Subvenciones al colegio de Reggio para adquirir máquinas, al Instituto de doncellas en Salerno para muebles, nueva Enseñanza de doncellas en Chieti, otra en Avelino; ensanche de los reales colegios de Cosenza, Luccara, Salerno y Teramo; provision de cátedras en Salerno y Maddaloni, eraccion de los colegios de Chieti y de Lecce en Lico, asignando al último tres mil ducados anuales. Limpia del antiquísimo puerto de Baia, mejora del de Barieta y de San Nicolás de Arcello, conclusion de los de Bari y Ortona, construccion de nuevos puertos en Pozzoli, Salerno, Paola, Cotrone, Santa Venera, Gallipoli, Mola, Manfredonia y Pescara; puentes sobre el Sele, sobre el Alento, sobre el Mincardo, sobre el Crati, sobre el Busento, rios canalizados en el principado Citerior, en las Calabrias, en los Abruzzos, pantanos desecados en el litoral de las Pullas y en las inmediaciones de Sora. Un cuartel en Cosenza, caminos en Abruzzo, en Molise, en Calabria; union del Jónico con el Tirreno por medio de un camino desde Belvedere al Sinno; caja de socorros en Nápoles, escuela náutica en Gaeta, Montes Pios y Pósitos, Banco en Bari, cajas de descuento en Gerace y en Palme, cabria en el puerto de Giulia, pozos artesianos en Calabria, Huertas en Caserta y Catanzaro; ensanche del asilo de los expósitos y de los *angioliti* en Lecce, del hospital en Salerno y en Crotone, del asilo de huérfanos en Reggio. Fundacion de un asilo de huérfanos y escuela agraria en Avigliano, de hospicio de pobres en Lecce con la asignacion de dos mil trescientos ochenta y un ducados, aumento de dotes á las doncellas pobres en Sulmona, un hospital de mujeres en Salerno, un hospital civil en Licastro, un hospital de distrito en Campagna, asilos de huérfanos en Atri, Evoli, Casoria. Todo municipio de Tierra de Labor tendrá un hospital ó boticas gratuitas para los po-

«bres. Un Lazareto en Ortona, Campo Santos en donde faltan, baños minerales en Teleso, archivo provincial en Posenza y Consejo municipal en Chieti.»

Después de todo esto vienen otras providencias del Gobierno central que atañen á la administracion universal del reino, de las cuales no hacemos mencion porque tocan ménos inmediatamente á los intereses particulares de los varios Consejos. La nota que acabamos de insertar es más que suficiente para demostrar nuestro propósito.

Considerad ahora, lectores, qué impresion de afecto hacia su Gobierno producirá en un pueblo ver satisfechos de esa suerte los deseos y necesidades que le tocan tan de cerca y satisfechos con tal prontitud. ¿Creeis que cambiaría ahora su suerte por el consuelo de tener que abandonar á cada momento el azadon que le proporciona el sustento diario, para correr á la cabeza del distrito á echar en la urna una cédula sugerida por un intrigante en la mesa de una taberna, especialmente si conoce que tendrá que pagar el vaso de vino que aquel le dé con diez ó doce francos anuales de recargo en la contribucion? Los que se creen tan felices con tal recargo no pueden persuadirse de que el pueblo napolitano no suspire por las felicidades del Estado perdido, y ciertamente no faltan tambien allí algunos abogadillos y mediquillos que preferirian á las discusiones familiares y secretas de una sala de Consejo la publicidad tempestuosa de un Parlamento y la gloria de predicar por espacio de algunas horas entre los aplausos del partido, entre los bostezos de los descontentos y sin resultado alguno. El alcanzar un *nombre europeo* y una *carriera responsable* compensa para estos superabundantemente con el *bien público* que ellos sabrán proporcionar (para su bolsillo particular) las ventajas que cada provincia reporta del organismo municipal de los Consejos provinciales. Pero la mayoría de la poblacion, que no espera participacion alguna en el *nombre europeo*, en la *carriera* ó en el *bien público* que ha de resultar, sin contradecirse ni desnaturalizarse puede preferir un Gobierno de quien todo lo tiene á tiempo, hospicios, puertos, liceos, institutos agrarios, caminos, puentes y todo lo que pue-



da convenir á las más urgentes é inmediatas necesidades.

Pero todo esto, dirá alguno, depende de la buena voluntad de uno solo, el cual, por bueno que sea, no será eterno ciertamente.

Pero, ¿qué fuerza tiene semejante argumento en comparacion de los hechos que tenemos á la vista? ¿Cuántos años duró la *eternidad* de las Constituciones de 1814 y de 1851 en Francia? ¿Cuántos la eternidad de la república? Y la eternidad de los ministerios en Turin, y aquella Cámara democrática, ¿tuvieron mayor duracion? Y el cambio de la Cámara y de los ministros, ¿no causó cambio de política y de administracion? Hablar, pues, de la poca duracion de un Gobierno que depende de la vida de un Monarca, es objecion que dá lástima cuando la *eternidad* que se contrapone á aquel, es tan móvil en las sociedades modernas como el soplo de la opinion y los caprichos del vulgo. Concedamos que en un pueblo lleno de respeto á la justicia, y de fe y piedad católica, un Gobierno representativo católico fuese, como dice *El Economista*, *no absolutamente impracticable*, sino como nosotros queremos suponer, honesto y útil; concedamos que animado de la idea del bien público (seguridad para todos los derechos), avocando á sí solamente las resoluciones que atañen á las relaciones mútuas de las provincias y á las relaciones internacionales, dejase á los miembros inferiores (*Provincia, Comun, Familia*), el cuidado de proveer por sí á las necesidades que solo ellas pueden sentir, apreciar y satisfacer; concedamos, que de ese modo la parte del Tesoro público que viaja hoy inútilmente en alas del *presupuesto*, primero hacia la capital para volver despues hasta Saboya, prescindiere de estos viajes dispendiosos y se quedase en aquella provincia para mantener, segun los deseos de la misma, una Universidad y profesores católicos que hablen francés, y para hacer caminos y obras públicas, segun sus necesidades, y para el sustento de un Clero, hijo en gran parte del pueblo, el cual de esta suerte reportaria un doble beneficio, ya porque cesaria la obvencion con que tiene que atender al Clero, y ya por las limosnas que este distribuye. Si, todo esto es muy cierto, pero no podemos dar la preferencia á los ministros y á los

representantes no católicos en las actuales disposiciones morales de la sociedad sobre el Gobierno monárquico, viendo tanta diferencia en los resultados, viendo en un extremo de Italia un pueblo tranquilo, porque está satisfecho en sus deseos, mientras en el extremo opuesto vemos un pueblo que clama y se agita sin obtener otra respuesta que estados de sitio y gravámenes; aquí se destierran periodistas, se procesan los periódicos (aun católicos, se entiende), se compran votos, se anuncian disoluciones de Gabinete para inducir á callar á los que se quejan; mientras al extremo opuesto todo lo que las provincias han conseguido en el año anterior se publica la víspera de los nuevos Consejos provinciales, como si el Gobierno quisiera animarlos á pedir con la confianza de hijos todo lo que exijan las nuevas necesidades. Preciso es confesarlo, los hechos hablan y su elocuencia no puede animar á aquellos pueblos á hacer la prueba de los Estatutos. Si estos tuviesen alguna eficacia para hacer el bien público, era preciso poner á todas las provincias en las condiciones de los Estados particulares que componen la Confederación americana, en la cual el Congreso se limita á proveer á aquello que interesa universalmente á toda la república y deja á cada Estado que cuide de lo que particularmente le interesa, y este mismo hace el Estado respecto de la Ciudad y de los Comunes. No es este por cierto el mérito de los Estatutos del continente, los cuales han tomado de Francia el mal vicio de introducirse en los ángulos mas recónditos de las Ciudades, de los Comunes, de las Provincias, para dar la ley á todos los municipios, á todas las familias, y estoy por decir, á reglamentar los pasos y los suspiros, dando por toda compensación una cédula á todo ciudadano para que vaya á depositarla con otros millares á la urna, como único ejercicio de su soberanía.

Muy diversos objetos produce en el reino de Nápoles la bella institución del doble Consejo. Los Consejos provinciales, sin cuidarse de las relaciones con Suecia y con el Indostan (poco conocidos probablemente por los boticarios, médicos y notarios de las Calabrias y la Basilicata), piensan en abrir caminos, contruir puentes, instituir colegios, amparar enfermos y

mendigos, cuyas miserias tienen presentes mucho mejor que los economistas y estadistas de la capital. Y si para atender á estas necesidades tienen que tocar á los intereses de los Comunes y de los distritos, se tienen en cuenta precisamente las indicaciones del Consejo del distrito que precede ordinariamente al de la provincia (1).

Así, bajo un Gobierno monárquico las provincias atienden por sí mismas á sus propios intereses con una libertad muy análoga, aunque no igual á la de los Estados particulares de la confederación americana.

No queremos decir por esto que la organización de aquel reino esté enteramente exenta de esas influencias heterodoxas que han invadido los pueblos de Europa, especialmente en donde ha dominado en todo su apogeo el filosofismo francés. Por el contrario, si alguno nos hiciera este argumento le concederíamos desde luego lo que pretendía tanto más de buena gana, cuanto que esa objecion venia á robustecer nuestro raciocinio. En efecto, ¿no es una grandísima confirmación de la homogeneidad que hay entre el Catolicismo y la organización de la familia y del municipio el que aun á despecho de las imperfecciones de la administración, el Catolicismo introduce en la práctica las tendencias naturales de la familia y del Común eliminadas en otros pueblos por la demolición y por el artificio heterodoxo?

Sin duda estos bienes dependen de la vida de un Principe que no ha sabido acomodarse á abrazar, para gloria suya, las funciones de *Rey holgazán*, título que, usado en algun tiempo para vituperar á los últimos Merovingios, ha venido á ser hoy la gloria de los Monarcas á la moderna, bajo la conocida fórmula de, *reinan y no gobiernan*. Dependen además, si quereis, de la buena voluntad de un ministro que ha comprendido que es un remedio eficaz contra los ascudimientos revolucionarios asegurar á los pueblos los derechos civiles y municipales para

(1) El Consejo del distrito que tiene la representación de este, examina y propone al Consejo provincial todo lo relativo al Estado, á las necesidades y al bienestar del distrito.

Ley citada, pór. 47.



que no se cuiden de poseer derechos políticos que les serian tan nocivos como inútiles, manejados por la impericia y la ambicion. Si, los bienes de que gozan esos pueblos en el eden de Italia, á la sombra de sus naranjas, dependen tambien de los hombres que la Providencia escoje para instrumentos de su bondad, como dependen tambien de esos hombres la tranquilidad de Francia, la prosperidad de Alemania, el porvenir de Inglaterra, y en suma, todo lo que está sometido al libre albedrio de los hombres.

Pero si prescindiendo de los hombres consideramos las instituciones y las apreciamos por sus resultados, tenemos que confesar que es mucho mejor para los pueblos usufructuar estos bienes, aunque vacilantes, como todas las cosas de este mundo, que no gemir bajo la certeza de una sola ley inexorable, que confundiendo á todas las provincias diversas en una monotonía desnaturalizada, las reduce, por último, á la unidad de opresion. Basta ya lo dicho acerca de la demolicion heterodoxa de la administracion social: pasemos ahora á ver la heterodoxia que la rodea para reconstruirla sobre un nuevo diseño.

### §. III.

#### *Aristocracia de partido.*

989. La regeneracion social, de la que hemos presentado antes una genealogía razonada, no es otra cosa en resumen, que un gran duelo. En la ausencia de toda autoridad, la fiera germánica que descendió de la Ercinia y de los Alpes al pacífico suelo romano cristiano, enseñó el asesinato legal, pues que no se encontraba á quien acudir para obtener justicia. La civilizacion moderna hizo otro tanto respecto de la sociedad y habiendo libertado al individuo, lo encontró tan débil, que fué menester recomendarle á alguna traccion y formó

así tantos individuos morales cuantos son los partidos. ¿Quién puede ser juez entre esos partidos? Ninguno, puesto que forman ellos mismos el soberano con la mayoría. ¿Pero esta mayoría cómo se crea? Ya lo hemos dicho antes, con la astucia que engaña, con la fuerza que atemoriza, con la riqueza que compra, con los halagos que seducen, con la elocuencia que enardece, con el solisma que ofusca, con la esperanza que alienta, con la fama que impone.

990. En suma, todas las fuerzas del hombre moral y material se ponen en acción por cada partido y el que más puede más tiene. El voto será favorable no á quien tiene más derecho, sino á quien tiene más medios de sobreponerse, lo cual, confesémoslo francamente, es desgracia común á todas las formas sociales, pero en las sociedades modernas esa desgracia es la regla y el hecho es el derecho. En las sociedades modernas se dice francamente á todos los ciudadanos: *si quieres salvar tus derechos defiéndelos; busca compañeros, aumenta su número, enséñalos á prevalecer y si lo logras tienes razón, si sucumben no la tienes.* ¿Qué otro lenguaje hablaba el juez al campeón cuando desde la estacada le excitaba á pronunciar el juicio de Dios con la punta de su espada? Si *vences tienes razón, si sucumben no la tienes.* ¿Quién había de creer que esta estúpida y bárbara legislación formase la base del derecho político según la idea regeneradora? *La ley se vota por la mayoría, luego es justa y debe obedecerse.* Semejante base de derecho social no es, como el moderno duelo, una aberración de los que discurren poco, sino una consecuencia rigurosa del principio de independencia. Ni podrá maravillarse de tal conformidad entre el modo de sostener los derechos individuales y los sociales, el que acepta las doctrinas históricas de Guizot que emplea no pocas páginas de sus *Lecciones* en demostrar que el sistema representativo es hijo de la independencia germánica, como Gerðil dice que es hijo de la misma independencia la institución del duelo (1). Claro está que la comunidad de padre debe producir una fisioconia común en los hijos; el espíritu

(1) Gerðil: *Des combats singuliers*.

de cada sociedad informa necesariamente todas sus instituciones especialmente de las indígenas. Si, pues, el sistema representativo ponderado por los heterodoxos tuvo nacimiento en la misma nación en que nació el duelo, ¿qué mucho que tenga el mismo carácter de salvaje ignorancia, y repita á la sociedad lo que el duelo dice al individuo: «privados de elementos de razón para aceptar el derecho, no tenemos otro medio que encomendarlo á un juicio de Dios aventurándolo á la casualidad de la fuerza?»

991. Este raciocinio no tiene valor sino bajo la influencia del principio de independencia, fuente de todo salvagismo. Pero nosotros, que no somos tan enemigos del sistema representativo, que queramos verlo amamantado como Remulo y Remulo en los pechos de una fiera, hemos demostrado á nuestros lectores la manera de ser católico ese sistema, hablando de sus funciones racionalmente distribuidas entre los varios órganos de la Edad Media (1). Entiéndase, pues, bien, que renegado el principio católico, y resucitada con las ideas paganas la independencia salvaje, el sistema representativo debe haber recibido su carácter y informádose en su espíritu, volviendo á decir en la sociedad á las fracciones no menos que al individuo: *Tu derecho está en tu fuerza.*

Vencer y despojar á los otros partidos es, pues, el primer principio económico de una sociedad á la moderna, la cual, constituida sobre el principio utilitario, dice á cada uno de los partidos como á los individuos: *enriquecerse y gozar cuanto puedas, y por consiguiente, arrebatár á los otros lo que puedas, cediendo lo menos que sea posible, no es para ti solamente un derecho; sino un deber, pues que es un deber natural procurar la felicidad.* El despojo de los otros partidos debe ser, por consiguiente, un medio de enriquecer y hacer la felicidad del propio, y cualquiera que conozca la historia sabrá muy bien que al derecho nunca han dejado de suceder los hechos. ¿A dónde han ido á parar los bienes de la Iglesia, las asignaciones de los Príncipes, el sueldo de los empleos provin-

(1) Véase parte 4.ª, cap. III.



ciales y municipales, los mandos militares, las carteras ministeriales, las cátedras, las aduanas, etc.?

992. Advierta por otra parte, que así como sólo consigue la victoria uno sólo de los partidos militantes, así también á uno sólo pertenecen de derecho los despojos. Este *derecho* lo hemos oído decantar con admirable sangre fría, no por la opinión de Broferio en el Parlamento, sino hasta por la solemne gravedad de Gioverti en un libro dado á la estampa, en donde hablando á los jesuiticos (quiere decir á los no liberales) les entona la fórmula de Brenno, y les dice que se resignen á no usar de los derechos constitucionales en pena de haber destruido las Constituciones. Ya se comprende que esta misma razon puede hacerse valer en cada caso é imponerse por ella siempre la misma pena por el partido vencedor al partido vencido. De esta suerte el *Vix victis* viene á ser la fórmula reguladora de la administración pública.

993. Apliquemos ahora á esta fórmula un elemento económico conocidísimo hasta por el vulgo, que lo expresa en este proverbio: *dinero gana dinero*. ¿Qué quiere decir este proverbio? Quiere decir que el rico, teniendo á su disposición abundantes medios de toda clase, debe naturalmente ir en perpétuo aumento y llegar á los puestos más elevados; el pobre, por el contrario, encuentra en su misma miseria la razon indudable de un porvenir más miserable; lo cual debe entenderse, no sólo de las riquezas materiales, sino también de la fama, del poder, del saber, de las relaciones y de cualquier motivo de influencia moral, especialmente cuando estos medios se ponen en juego con esa concordia, con esa diligencia y ese secreto con que se mueven los partidos calculando todos los pasos y tocando todos los resortes. El partido vencedor está, pues, en condiciones favorabilísimas para sostenerse mientras el vencido está expuesto á todo género de opresiones.

994. He aquí la explicacion (no difícil á decir verdad) de esa opresion legal; en que gimen por todas partes, aunque no siempre de la misma manera en fuerza de los modernos estatutos, los honrados católicos destinados á ser copias

fieles del idiotismo irlandés y de los oprimidos *Sonderbunianos* de Suiza. *Defendedos si podéis*, víctimas pacíficas de la idea regeneradora: *defendedos*; he aquí la tutela de los derechos concedida á todos los ciudadanos. — *Defendedos!* Pero ¿con qué armas? No con la fuerza, porque aunque no lo velase la conciencia los tiene encadenados la fuerza pública. Con representaciones tampoco, porque ya sabemos qué caso se suele hacer de ellas. ¿Con los votos en el Parlamento? ¿Pero si el Parlamento es todo anglicano, en qué voto se apoyará la causa de los irlandeses? Si la confederación es enteramente radical, ¿qué protección encontrarán los *Sonderbunianos*? Todo pues, se hará en adelante por el partido y para el partido vencedor.

995. He aquí, pues, formada una nueva aristocracia de influencia parlamental, en que el grande tiende siempre á engrandecerse, y el pequeño á empequeñecerse; el grande es dueño de todas las riquezas del Estado, y el pobre es víctima del que gobierna en nombre de aquel. No me habéis de futuras elecciones, porque el partido reinante entre otras ventajas tiene la de dirigirlas y comprarlas, y esta ventaja ha sido mas fácil de combatirse en las barricadas, que de reivindicarse con formas legales. ¿Cuánto tiempo hace que Irlanda trabaja para obtener una reparación que los franceses obtuvieron en 1848 con pocas horas de tumulto! No aplaudo la conducta de estos últimos, y antes bien envidio la gloria de los primeros, pero eso es el hecho que corresponde exactamente con la teoría.

El vencedor tiene todas las probabilidades de sucesivas victorias en el terreno de la legalidad, de modo que la economía moderna se reduce á intimar á los vencidos de esta suerte: «O resistir como el *Sonderbund* con probabilidades de una derrota, ó resignarse con la seguridad de ser despojados.» Esto que sucede especialmente en daño de los católicos menos expertos en la elección de los medios y más ejercitados en la paciencia, puede también aplicarse á cualquier partido derrotado, el cual se encuentra en sustancia en la misma condición en que se encontraban en la antigüedad los pueblos conquistados. ¿Cómo nacieron, preguntan Cantú y otros eruditos

historiadores, cómo nacieron las castas entre persas, egipcios, indios y otros pueblos? Unos conquistadores subyugaron á los conquistados: esta fué la *casta* servil, aquella la *casta* dominante. Si pues la victoria parlamental no es más que el triunfo de un partido que prevalece en el duelo, es muy natural que baje la influencia del principio utilitario, el derrotado y despojado permanezca en perpétua esclavitud, y el vencedor dominando se enriquezca para siempre. Poco importa que vengan en auxilio del primero la habilidad, la energía, la legalidad, la ciecia y la constancia de un O'Connell; la cadena es de hierro y no se rompe fácilmente: se puede huir á América, pero emanciparse jamás.

996. Ya habrás echado de ver una razón, quizá la principal, de ese fenómeno social que bajo el nombre de pauperismo se introduce bonitamente en todas las sociedades modernas, el cual no es, como todo el mundo sabe, la pobreza ordinaria, producida en todos tiempos y en todas partes por escasez de cosechas ó cualquiera otra calamidad, sino que es esa pobreza progresiva que en medio de la abundancia hace padecer á las clases trabajadoras tanto más cuanto más aumenta el trabajo. No me propongo estudiar aquí á fondo en todas sus causas esa espantosa enfermedad social; pero creo no equivocarme si la atribuyo en gran parte al espíritu moderno y á los vicios que el mismo introduce en los Gobiernos constitucionales.

997. Piensa bien en la naturaleza de esa llaga, si quieres medir la influencia de la causa que le atribuyo. El pauperismo se encuentra en donde reina la abundancia, en esas naciones que algunos llaman las más ricas de Europa, y mejor dirían las más ricas aristocracias de Europa. En Inglaterra, en la parte septentrional de Francia, en Holanda, en los cantones más ricos de Suiza, verás en tanta pujanza el comercio y la industria que creerás que todo el mundo está lleno de comodidades. Pero sucede muy al contrario. El pauperismo progresa allí tanto y ejerce tal tiranía que te haría estremecer. Consulta la hermosa tabla sinóptica de Villeneuve-Bargemont, parte de la cual transcribiremos más adelante, y verás



que mientras que los mendigos están en Italia en la proporción de uno á veinticinco, están en España en la de uno á treinta, en los Países Bajos en la de uno á siete, en Inglaterra en la de uno á seis. De manera, que ateniéndonos á la preocupacion aceptada buenamente por muchos Italianos, tendríamos que decir que la nacion más rica del mundo es aquella en que la sexta parte de la poblacion está condenada á vivir de limosna. Y si bien lo observas, ¡los más pobres son allí los que más asidua y penosamente trabajan!

998. Luego veremos las causas especiales que atraen este azote sobre las sociedades modernas; por ahora me basta hacer notar que una vez que se introduce en ellas, no hay razon porque pueda ó deba cesar. ¿Cesará acaso porque el partido que triunfe esté compuesto de pobres? Así parecia que habia de suceder en Francia en ciertos momentos; pero apenas conseguido el triunfo, algunos, muy pocos, de aquellos pobres, trasformándose en gobernantes y aficionándose al oficio, dejaban por este hecho de ser miserables; el resto que es casi la totalidad se quedaba en la miseria y continuaba padeciendo. Pero fuera de estos casos de rebelion y de tumulto, claro es que los pobres no mandan; claro es por consiguiente que la ley no protejera al mendigo mas que lo que sea preciso para asegurar los intereses del rico, pues que el rico es el legislador, y el legislador (cuando es utilitario) obra y debe obrar por interés propio. El Pauperismo se consolida y se perpetua en las sociedades modernas por esa forma de Gobierno en la cual el partido que llega á predominar tiene en virtud de los principios generalmente admitidos, no solo la fuerza sino el derecho de perpetuarse por toda clase de medios, aun los más reprobados.

999. Pero antes de pasar á estas consideraciones, debo explicar la proposicion que he sentado, á fin de anticiparme á una objecion que naturalmente pudiera surgir en el ánimo de mis lectores. He dicho que el Pauperismo se consolida en el Gobierno constitucional; pero propiamente es hijo de la idea reformadora, y si me he expresado de esa manera ha sido para acomodarme estrictamente á los límites del asunto

de que tratamos, esto es, de los *Cobiprios Representativos*. Pero como el atribuir esta enfermedad social á la influencia heterodoxa podría parecer á alguno una acusacion poco fundada, el lector me permitirá que haga una breve digresion para esclarecer mi pensamiento.

#### § IV.

#### *El pauperismo hijo legítimo de la independencia heterodoxa.*

1.000. Para el objeto que me propongo, ruegue en primer lugar que recuerdes lo que hemos dicho y demostrado muchas veces; esto es, que la independencia de la razon es el principio propio y verdadero de los sistemas modernos; de donde se sigue que si el *Pauperismo* es hijo de esta independencia reinará principalmente allí donde la independencia ha pasado del orden religioso al orden político, y por consecuencia al civil, y será tanto más monstruoso cuanto más industrial sea el pueblo ó cuanto más disminuya la influencia religiosa. En donde falta esta independencia, el *Pauperismo* no echa raíces; en donde falta la industria falta la materia; pues el *Pauperismo* propiamente considerado es el que crece á medida que más trabajan los que son victimas de él.

Si esta proposicion es verdadera deberá confirmarse (salvas las anomalias que produce el concurso de otras causas sociales), en la estadística de los pueblos europeos. Consultemos pues esta estadística para establecer un fundamento de hecho, que dé cuerpo á nuestro razonamiento. ¿Cuáles son los países de Europa en que la independencia ha encontrado mayor resistencia? Rusia y Turquía, cuyos autócratas son jefes de la religion ciegamente reconocidos; España y Portugal, en donde fué mas severa la Inquisicion; Italia, en donde se conservó con más esplendor el Catolicismo; Austria, Dinamarca

y Prusia, en donde existió el poder absoluto (sabido es que la Constitución de Dinamarca ha tenido alternativas y no ha opuesto nunca excesivas trabas al poder monárquico; Prusia es constitucional hace solo tres años y fué gobernada á la ligera por un Rey filósofo). Por el contrario Suecia, Francia, los Países-Bajos, Inglaterra y Suiza, abrieron hace mucho tiempo sus fronteras al protestantismo, que si no ha llegado á destruir el Catolicismo, en Suiza y en los Países-Bajos ha obtenido el predominio en los cantones ó ciudades más dedicadas al comercio y á la industria.

1,001. Contemplad ahora el cuadro estadístico de esas naciones hecho por el citado Vilteneuve, y ved si las cifras, salvo como he indicado las excepciones producidas por otras influencias, no confirman lo que llevo dicho:

| NACIONES.           | Habitantes<br>agrícolas. | Habitantes in-<br>dustriales. | Relacion en-<br>tre los pobres<br>y la pobla-<br>cion. |
|---------------------|--------------------------|-------------------------------|--|
| 1. Rusia.....       | 48,054,000               | 5,756,000                     | 1 : 400  |
| 2. Turquía.....     | 8,512,500                | 1,187,500                     | 1 : 40   |
| 3. España.....      | 11,533,355               | 2,516,067                     | 1 : 30   |
| 4. Prusia.....      | 19,640,915               | 2,429,005                     | 1 : 34   |
| 5. Portugal.....    | 2,944,065                | 580,335                       | 1 : 25   |
| 6. Italia.....      | 15,870,000               | 5,174,000                     | 1 : 25   |
| 7. Austria.....     | 25,600,000               | 6,400,000                     | 1 : 25   |
| 8. Dinamarca...     | 2,000,000                | 500,000                       | 1 : 25   |
| 9. Suecia.....      | 3,692,000                | 775,200                       | 1 : 25   |
| 10. Francia.....    | 25,600,000               | 6,400,000                     | 1 : 20   |
| 11. Suiza.....      | 1,442,000                | 571,534                       | 1 : 10   |
| 12. Países-Bajos... | 2,451,000                | 5,692,000                     | 1 : 7  |
| 13. Inglaterra....  | 9,560,000                | 14,040,000                    | 1 : 6  |

1,002. No especificaré las causas que pueden ocasionar las pequeñas oscilaciones que presenta el principio de independencia comparado con la indole de las poblaciones, ya por no entrar en minuciosas averiguaciones estadísticas, ya porque para mí abyecto el paralelismo de las consecuencias con el principio se muestra en general con tal evidencia para todo mediano conocedor de la historia, que es inútil hacer un tratado especial, que resultaría necesariamente prolijo y probablemente pesado para muchos. Me limitaré á pedir al ex-



perto lector que tenga en cuenta los dos principales elementos antes indicados: *independencia* é *industria*, y que considere la independencia en estos tres últimos siglos en que viene madurándose con varias alternativas en los diferentes países, merced al espíritu de la Reforma contrareestado ya por el principio católico, ya por el absolutismo monárquico ó aristocrático.

1,003. Adviértase además que en la presente estadística los Estados europeos se presentan en su extensión actual; y por consiguiente, formados de varios pueblos en los cuales las influencias de la heregía y de la industria son diferentes, estas se compensan ó neutralizan en parte al mezclarse unos pueblos con otros de diversas condiciones. Esto se advierte especialmente en Suiza y en los Países Bajos; en aquella los Cantones católicos están generalmente ménos dedicados á la industria y son ménos populosos, y así las verdaderas influencias del Pauperismo que aparecerían más graves en otros Cantones, están mitigadas en la totalidad por la vida patriarcal de los Cantones católicos. En Bélgica el Catolicismo fué por mucho tiempo floreciente, pero en los primeros tiempos de la Reforma alcanzó gran poder la heterodoxia que separó de Bélgica á Holanda (comprendida en la estadística bajo el nombre de Países-Bajos). En días más recientes pudo mucho el liberalismo en los grandes centros de población, y por consiguiente la independencia de la razón ejerció allí gran influencia y mayor tal vez la va alcanzando. El otro elemento, el de la industria, es en ese país tan exuberante desde tiempos inmemoriales, que hace más perniciosos los efectos de una mediana influencia heterodoxa.

1,004. Esta misma observación puede prestar alguna luz á ese abismo del Pauperismo inglés, que podría parecer extraordinario en un pueblo en el que, como ántes hemos dicho, la heregía se detuvo en el primer paso, trasladando pero no destruyendo la autoridad religiosa. Esto no obstante, el que reflexione en el poco crédito alcanzado por semejante autoridad en manos de los papas y papisas ingleses, el que medite en la miscelánea de los puritanos escoceses, en la independencia re-

publicana encadenada por Cromwell, en la ninguna influencia del Catolicismo que ha sobrevivido, y especialmente del *Paria* irlandés, despojado, al mismo tiempo que de sus bienes, de toda influencia en la economía pública; quien medite, decimos, en todos estos elementos, comprenderá fácilmente que la *berregia* obró allí con mucha libertad y que el exceso de industria le ofreció vastísimo campo. Agréguese á esto que aquel resto de autoridad aristocrática que igualó al vulgo con los esclavos, si es que no los hizo inferiores á estos, lejos de contrarrestar las influencias heterodoxas del *Pauperismo*, hubo de aumentarlo, como veremos luego, asegurando más el poder de los ricos, y casi diré consagrándolo, sin infundir en la clase aristocrática y en el Clero los sentimientos de caridad, de abnegación, de sacrificio y de actividad que les habría infundido el Cristianismo no corrompido. Estas reflexiones bastarán para insinuar otras muchas, que explican sobradamente las pequeñas irregularidades de la tabla precedente.

1,005. Ya has visto el hecho. Si ahora te demostrase que admitida la emancipación de la razón, de que hemos hablado, con sus consecuencias de *naturalismo* y *felicidad material* antes explicada, el *Pauperismo* tiene por necesidad que desarrollarse, ¿quién dejaría de persuadirse que es imposible reformar un pueblo á la moderna sin introducir en él el *Pauperismo*? Pues la demostración no ofrece la menor dificultad, especialmente si se compara la idea reformadora con la idea católica.

1,006. ¿Cuáles la diferencia fundamental entre el principio católico y el heterodoxo con respecto á la vida práctica? Ya lo hemos visto otra vez á la luz de la revelación corroboradora de la naturaleza. El católico se considera á sí mismo como un agente destinado por el Creador á cumplir libremente sus designios, pero agente condenado por su rebelión á trabajos forzados. Condena mitigada después por la gracia y por los ejemplos del Redentor que trasformó la pena en mérito y la suavizó con el amor (1). A la luz de tal doctrina comprenderás

---

(1) Véase el capítulo precedente.

lector benévolo cuáles son las ideas prácticas respecto al trabajo: todo hombre es por naturaleza operario y tiene por compañeros en el trabajo á todos los demás hombres: todo hombre está condenado al trabajo y mira á los pobres como partícipes de los frutos de su trabajo en nombre de Dios: el hombre gana tanto mas para la felicidad futura, cuanto mas domina con el trabajo á la naturaleza rebelde, imita al Redentor, y cambia amor por amor, socorriendo á los miembros enfermos del místico cuerpo del divino Redentor. Y estos sentimientos no son frases huecas que pronuncia el católico recostado en su diván, sorbiendo y saboreando su café para favorecer la formación del kilo.

1,007. Prescindiendo de los jóvenes y doncellas que dejando las delicias de la casa paterna buscan á millares en el claustro un trabajo austero, oscuro y despreciado, ó sin reparar en el hedor de los hospitales y de los cárceles corren á hacerse esclavos de gentes quizá irascibles ó brutales, hasta recordar tantas obras de piedad cristiana que bajo la invocación del buen Pastor, de la Virgen del Parto ó del Pesebre, de tal ó cual Santo héroe de caridad, llevan diariamente á personajes respetables de ambos sexos desde la altura social en que viven á los hospitales, á los asilos de expósitos, á las cárceles, á la casa del pobre y hasta á los lugares de infamia para tender una mano caritativa á las víctimas sumergidas en aquella hediondez. Pregunta á cualquiera de estos fervientes católicos quien le conforta en aquel duro, aunque voluntario oficio, cuando ninguna necesidad le obliga á ello, y por el contrario mil atractivos contrarios le retraen. La respuesta se reducirá siempre á uno de los motivos indicados: yo soy criatura y administro esos bienes, no soy dueño de ellos; soy culpable, debo sufrir la pena; me veo combatido y debo dominar al enemigo; soy cristiano y debo seguir á Jesucristo. Pues si estos motivos son suficientes para sacar al rico de las dulzuras del ocio, considérela si lo serán para confortar al operario en la inevitable necesidad de su trabajo. Sé que estos motivos no están de moda para confortar á los trabajadores, pero sé tambien que cuando lo estaban, los trabajadores se prestaban con ménos docilidad



á las facciones y revueltas políticas y vivían de su sudor, satisfechos con su modesta ganancia no cercenada por la insaciable avaricia del capitalista desapiadado y recompensados abundantemente por la caridad de los ricos en los días de enfermedad ó de vejez.

1.008. Pero aquella fué la gótica edad de la ignorancia y del servilismo. ¡Sea en horabuena, Glántropos á la moderna! Venid á librar á estos pueblos de las tinieblas del Catolicismo y del yugo de los Curas; decidles que son por naturaleza libres de toda autoridad, que la naturaleza es la maestra de toda verdad, que les llama á la felicidad y les da la esencia del placer, suministrándoles como medios de goce las riquezas; que la naturaleza da á cada uno el derecho y le impone el deber de conseguirlos en tanta cantidad cuanto le sea posible. Encontraréis dócil, no lo dudeis, á la multitud; pero, ¿cuál será el resultado?

1.009. El resultado será, responde Gija, la riqueza, y por consiguiente, la felicidad siempre creciente. Oigámosle hablar á él mismo. *Los medios primarios para aumentar la civilización consisten en aumentar la intensidad y el número de las necesidades y el conocimiento de los objetos que las satisfacen.... Creciendo los deseos se mantiene el hombre en un estado constante de carestía que es causa de movimiento perpétuo. La esperanza de.... procurarse los placeres del lujo es un aguijón poderosísimo para el bajo pueblo, sin el cual.... se acostumbra al estado de inercia..... á los vicios que la acompañan (1).* Será, pues, deber del gobernante que desea la prosperidad de la riqueza pública tener al pueblo en carestía: será deber de todo individuo el sacar del trabajo ajeno el máximo de goce por el mínimo de dispendio: en esto consiste la vida social, ó sea el antagonismo de Romagnosi, á quien antes hemos citado.

1.010. Dado este impulso á la sociedad, el rico explotará

(1) V. *Nuevo aspecto de las ciencias económicas*, tom. I, part. I, cap. III, con el cual conviene Siamosai, tom. I, pág. 24: «Donde se mata la necesidad perecería la industria.»

todo cuanto pueda, como acabamos de ver al proletario; y este cuanto más trabaja será mas pobre. Luego el verdadero Pauperismo se establecerá en una nacion tan pronto como en ella penetre con la emancipacion de la razon el deseo y la esperanza, en la generalidad de procurarse todos los placeres del lujo.

1,011. Esto te parecerá más evidente si recuerdas lo que antes hemos dicho acerca de la generacion de los valores, segun la teoria de los economistas modernos. *La multiplicacion de los viveres, lo mismo que de todo lo demás, disminuye su valor; y este valor debe suministrar al fabricante el capital para asalariar á los braceros*; estas son dos reglas que nadie se atreverá á impugnar. Ahora bien: aplicadles el precepto económico de Gioia, excitando al pueblo indefinidamente á la produccion; ¿cuál será la consecuencia? Será, sin duda alguna, hacerla disminuir indefinidamente de precio; y hacerla disminuir de precio, es obligar á los fabricantes á disminuir los salarios; disminuir los salarios, es reducir al obrero cada día á mayor estrechez; la estrechada estrechez le inducirá á aumentar las horas de trabajo; el nuevo aumento de trabajo aumentará nuevamente la produccion, y esta producirá nueva disminucion de precio, y así sucesivamente, hasta que el pobre aumentando la riqueza de otros, caiga rendido sin poder sacar de un trabajo superior á sus fuerzas lo que baste para alimentar, no ya á su desgraciada familia, sino á su propia persona.

1,012. Descúbrase luego una máquina cuyo trabajo levalga al de un centenar ó un millar de operarios, y ciento ó mil de estos infelices perderán su mezquino pedazo de pan; la produccion alcanzará nuevo aumento y por consiguiente el precio y el salario nueva disminucion; acrecentada la miseria importunará al rico, el cual, por el principio epicúreo aprende no á dar sino á vender. Creciendo así por un lado la miseria y por otro la dureza, llegará un momento en que amenazados por el hambre desesperada las fábricas y los fabricantes, los gobiernos y los gobernantes, se pensará en alimentar á espensas del público al pueblo sumido en la carestía, que no gana ya

el pan con el sudor de su rostro; la *caridad legal* sustituirá á la justicia conmutativa y el trabajador que debia ser pagado á proporcion de sus obras, por quien las consume, y quedar apradecido por la generosidad de la merced, se verá en cambio asalariado por el erario público é incitado al ocio de la mendicidad y á la arrogancia en el pedir (1).

1,013. Este es el verdadero resultado de la economía política que *despierta en el pueblo el deseo indefinido de placeres y de riquezas* para inducirle al trabajo. Al principio consigue ciertamente su intento; el pueblo comienza á trabajar y la producción hace que abunden en la sociedad los operarios que antes faltaban. Llegados á este punto los economistas desapiadados triunfan y gritan regocijados: *¡la sociedad es rica!* Y ciertamente es rica para los que no miran á los padecimientos del pobre, sino que toman la sociedad ó mas bien el Estado, como un personaje ontológico al cual atribuyen todo lo que se hace en la sociedad. Si, el Estado es rico, ó mas bien son ricos los que gobiernan el Estado y llevan toda el agua á su molino; pero el pueblo cae pronto en la cuenta de que una cosa es el deseo de gozar y otra la realidad. El deseo de gozar predicado universalmente, hace que todos ansien los goces, pero no cambia la desproporcion de la fuerza y de la riqueza. El rico, pues, el poderoso podrá enriquecerse si quiere; lo querrá igualmente el pobre, y redoblará el trabajo, pero este, aumentando la producción, redundará en provecho del rico; y disminuyendo los valores redundará en detrimento de los pobres.

1,014. El filósofo, pues, que con el principio utilitario del naturalismo cifra la felicidad en el *goce*, incita al legislador á *abrir un campo para quien desea alcanzar honores y gozar de los placeres mas delicados; á procurar que encuentre apoyo la dignidad en la especie humana..... la multiplicación*

---

(1) La limosna ha venido á ser un impuesto que se recauda y reparte como un servicio público á cargo de un ente de razon, el Estado, á quien nadie vé y á quien nadie queda agradecido. Carta de Louis Veuillot en el *Univers* de 15 de Enero de 1852.



de las comodidades de la vida (1); el filósofo que llama civilizada á una nación cuando los hombres son bastante ricos para sentir vivas sensaciones, y el legislador procura á todos iguales goces (2); este filósofo es menos filósofo que el desapiadado epicúreo que comiendo en espléndida mesa, detora el sudor de los infelices condenados á 18 horas de trabajo, y que se alimentan con unas pocas onzas de patata diariamente.

1,015. ¡Hé aquí, italianos conciudadanos míos, la desesperada condición á que quieren reducirnos los orgullosos encomiadores de la civilización heterodoxa! ¡Hé aquí la era de felicidad que quieren abrirnos desacreditando la limosna del católico y despojando á la Iglesia de esos bienes que son el sosten del mendigo, del artesano enfermo ó desgraciado ó decrepito! Si el celo de los declamadores contra el ócio vagabundo fuese de buena fé, ¿sería tan indulgente para con el ócio cómodo de los ricos, como es severo para con el ócio penoso de los pobres? Pero la aversión á los pobres es harto natural á la naturaleza corrompida, y todo el mundo sabe que en el Japon y en otras naciones infieles la pobreza se considera si no como culpa, al menos como indicio de culpa. Hé aquí por qué introducido el Pauperismo en una sociedad gobernada constitucionalmente, no hay medio de que cese sino por sediciones y revueltas. El que posee hace leyes en favor del que posee, el comerciante en favor del comerciante, el literato en favor del literato; pero ¿y el pobre?... si tuviera entrada en las Cámaras cesaría de ser pobre; mientras no entre en ellas no encontrará protectores formados por las instituciones modernas, pues el Clero protector nato de los pobres en las instituciones católicas está generalmente excluido, al menos como cuerpo, de toda representación, por ese espíritu heterodoxo que domina en la civilización moderna, si no renuncia á la plenitud del espíritu católico, cediendo constantemente al espíritu heterodoxo. Sea el Clero en los bancos de la Cámara

(1) Sismondí, esp. I, pág. 15.

(2) Ibidem, pág. 14.

dismático en Inglaterra, luterano en Suecia, y los Reformadores, no le echarán de ella, seguros como están de que será su cómplice y compartirá con ellos el botín; pero el Clero católico.... ¡Oh! las circunstancias de este son muy diversas: tiene presente que *su reino no es de este mundo* y no siendo maleables sus doctrinas, el presente siglo no quiere curas ni frailes. Entretanto el Pauperismo obtiene de esta forma de gobierno su sancion suprema, sin que haya en el gobierno ningún elemento de contrapeso que tienda, al ménos con el tiempo, á mitigar la opresion de la plebe desgraciada.

1.016. Esa sancion reduce al hombre del pueblo á la condicion de cabeza de ganado, de animal destinado á la multiplicacion. Ya lo has oido á Gioia y Simondi: es preciso *tener al pueblo en carestia* para que no caiga en la inercia; es necesario favorecer su multiplicacion para multiplicar con ella las fuentes de la prosperidad general, repiten cien veces los economistas del siglo pasado. Quizá antes lo dijo en Italia Genovesi desde Nápoles, en estas palabras: *dos son los fines principales de la economia, el primero, que la nacion sea tan numerosa y esté tan poblada como sea posible* (1). Como ves no se trata aqui del bien público; se trata de aumentar, de multiplicar: *multiplicar los hombres, aumentar la riqueza*. Verdad es que para estos hombres multiplicados desea el filósofo sustento y comodidades, pues ¿qué provecho sacarán los gobernantes de cadáveres ambulantes? Pero estos deseos interesados de benevolencia ¿cambiarán la naturaleza de las cosas? ¿Conseguirán jamás que el aumento de los bienes corresponda al aumento natural y artificial de una poblacion incitada al matrimonio? Si fuese cierta la asercion de Maltus y de otros economistas de que el incremento de la poblacion está con respecto á los medios de subsistencia en la relacion de 5 á 1, los cuatro quintos que carecieran de sustento, ¿no vivirían necesariamente en una penosa agonía?

Así lo creyeron los economistas, y despues de haber grita-

(1) Genovesi.—*Lecciones de economía civil*, tomo I, parte 1.ª, pág. 21.—Bassano, 1769.

do con todas sus fuerzas: *Multiplicad el rebaño*, viendo que faltaba el *forraje* alzarón el grito opuesto: *Impedid las uniones*. Este grito confirmó nuevamente el principio pagano de que los hombres son para el Estado, y no el Estado para los hombres. Y como el Estado es, según hemos visto, el partido que gobierna, todo se sacrifica por derecho al bien del partido dominante, *hombres y cosas*, ó más bien, *cosas racionales y cosas irracionales*.

1.017. He aquí la inevitable brutalidad de la economía política de los Gobiernos modernos, perpetuada y empeorada por la inmortalidad y por el número de la representación nacional. A la luz de semejante raciocinio te explicarás fácilmente el fenómeno de la alternativa en que se encuentran los Gobiernos de algunas naciones, siempre inciertos y vacilantes entre concesiones y cadenas. Cuando el rebaño es de animales mansos, se puede multiplicar sin temor; pero las bestias feroces y los ilotas multiplicados excesivamente, ponen al pastor en peligro. Entouces, ó se les persigue para matarlos, ó se multiplican los hierros para encadenarlos. Precisamente en nuestros días estamos viendo á aquellos ricos aristócratas sometidos á una prueba, cuyos resultados se decidirán en los años venideros. Hasta aquí la plebe se ha mantenido en aquel país en las reminiscencias religiosas que había heredado del Catolicismo, ó en una estúpida ignorancia, y la incredulidad y el epicurismo de la aristocracia anglicana ha podido reducirla á la extrema miseria sin que se resistiese. Pero hace ya algun tiempo que la facción heterodoxa del Continente ha conseguido penetrar en aquella isla é iluminar á los operarios, y los Cartistas han hecho ya un ensayo para excitar á los rancios hombres de bien. La última invasion de tantos emigrados que la interesada hospitalidad de Albion acogió con fraternal cordialidad, ha recompensado generosamente el beneficio con un torrente de luz y de fuego que ha despertado aun á los más apáticos de la infima clase manufacturera. He aquí un pequeño ensayo de la nueva Iglesia formada allí por la inspiracion de Mazzini, y descrita por *El Constitucional* en estas palabras: «Hace algunos años se viene estendiendo profusa-



«mente en secreto una vasta asociación de obreros bajo el nombre de *Union de los oficios*. Tiene sus jefes, su organización y todos sus miembros inscritos. Se ha ingerido en ella y «la guía la *sociedad combinada de maquinistas, fogoneros y madereros*, que formada apenas hace un año, cuenta ya 15,000 individuos, y tiene un fondo de 625,000 francos. Esta sociedad está regida por un consejo que gobierna despóticamente y tiene por órgano un diario socialista titulado *The-Operative* (*El Operario*), y esa es precisamente la que de un modo inesperado y enérgico inició poco há el movimiento que estalló, enviando á los Sres. Hibbert, Platt y compañía, una de las primeras casas de Manchester, las intimaciones siguientes:

«Suprimir en sus fabricas las horas de trabajo extraordinario, excepto en casos de rotura, en los cuales las horas extraordinarias deberán pagarse á doble precio del marcado en la tarifa;

«Abolir absolutamente el trabajo á destajo; despedir inmediatamente, y sin excepcion alguna, á los braceros y fogones ocupados ahora en las máquinas, sustituyéndolos con individuos de la *Union de los oficios*.

«Todo bajo pena de desertar de la fábrica desde el día 31 de Diciembre de 1851.

«Los fabricantes de Londres, en donde la sociedad tiene prosélitos, se han reunido en Asamblea pública para concertar los medios de oponerse á las pretensiones de aquellos.»

Hasta aquí *L'Echo du Mont-Blanc* del 12 de Enero de 1852, dando cuenta de un artículo de M. Cucheval Clarigny, publicado en el *Constitutionnel*.

¿Qué te parezca, lector, de la elocuencia de estos hechos? ¿Hay necesidad de comentarios? Todo el mundo cree que la aristocracia de los capitalistas y de los fabricantes está reclutando su ejército contra el ejército de los artifices amotinados. ¿Quién alcanzará la victoria? El tiempo lo dirá; nosotros, meros espectadores, vamos atesorando entretanto las enseñanzas de la experiencia, la cual nos dice bastante claro que en donde la caridad católica no hermana al rico con el pobre, el rico se encuentra en la alternativa de mantener al pobre en la ig-

norancia del bruto, ó de encadenarlo en la prision del esclavo. En la primera condicion ha estado hasta ahora la plebe inglesa, y la descripcion de su embrutecimiento aterra á la humanidad (1). Hoy los *gatillos* han abierto los ojos, y los siervos ilustrados infunden miedo á sus amos. ¿Llegará á tiempo el Catolicismo, que progresa diariamente en la *Isla de los Santos*, para amansar á esas fieras y salvar á la sociedad, reconciliándolas cristianamente con sus señores? Roguemos y esperemos, y entretanto, prosigamos el tratado que tenemos entre manos, considerando prácticamente los efectos de las teorías explicadas hasta aquí.

### § V.

#### *Presupuesto constitucional. — La economía en las elecciones.*

1.018. ¿Serás tú tan cándido, ó temdras por tan cándidos á los gobernantes modernos que creas que estas carteras huscadas con tanto trabajo y esos empleos distribuidos tan generosamente á los del partido se han de dejar perder tranquilamente y sin oponer resistencia? En cuanto á mí no soy tan inocente, y tengo por cierto que quien tanto trabajó para conquistar algo, hará todos los esfuerzos imaginables para conservar lo adquirido. Ahora bien, ¿de qué depende el conservarlo legalmente sino del concurso de los votos así en las elecciones como en las Cámaras? Si, pues, la compra de votos en las elecciones y en las Cámaras es un abismo dispuesto á tragarse la hacienda, claro es que ha de ser costosísimo el Gobierno representativo que en último resultado depende de esos votos.

(1) El que quiera ver una descripcion lastimosa, lea el *Univers* de 8 de Enero de 1854 ó el *Católico* de 45 del mismo, y encontrará algunas noticias particulares sacadas de documentos oficiales é casi oficiales.

1,019. Que así sucede en la práctica, principalmente en las elecciones, harto lo dicen las declamaciones de las gentes honradas y de los demagogos contra el uso de tantos medios de seducción que se han hecho familiares en esa clase de Gobiernos, hasta el punto de que la circular del ministro Moray que renunciaba á usarlos en las elecciones de Francia ha parecido poco ménos que un milagro. La inversión de los fondos secretos es el menor gravámen de esa especie que pesa sobre los pueblos en comparacion de tantas malversaciones y corruptelas de todas clases con las cuales el Gobierno está no sólo autorizado, sino casi direé precisado, y hasta si se me permite la expresion, obligado á comprar los votos.

1,020. Obligado si, aun á despecho de la honradez, á la que repugnan medios tan torpes; porque en último resultado, ¿puede en conciencia el gobernante honrado abandonar la sociedad, que le ha sido confiada, en manos de una pandilla de corrompidos intrigantes? Seria hacerla traicion. La forma y la libertad constitucional conceden á esos intrigantes franquicias y garantías para asociarse y tender lazos en los que sin remedio caerá la mayoría de los electores. Librarse, pues, de la langosta devastadora es una necesidad y en el Gobierno un deber.

1,021. Esta deber está sancionado por otra parte por el principio de la sociedad moderna, *defendeos con todas vuestras fuerzas*. Este principio se aplica por interés, pues que las elecciones son la vida ó la muerte para el ministro y el interés se santifica con el barniz del bien comun, pues bien comun se llama al bien de los amigos y del partido. Y con tantos incentivos, ¿queréis que se escrupulice en los medios?

1,022. De aquí que todo es venal en el Estado; la provincia que quiere un camino de hierro, el municipio que exige una institucion gubernativa, el individuo que desea un ascenso, un empleo, se valen del cebo del voto para pescar lo que desea. Los que leen habitualmente las crónicas periodísticas, se acordarán de haber leído mil veces ciertas condescendencias y bajezas de los ministerios al acercarse el día tempestuoso de las elecciones, capaces de dar náuseas á cualquiera perso-



na que tenga sentimientos de rectitud; y cabalmente mientras se imprime este libro (Enero de 1854) los periódicos piemonteses hacen larguissimas crónicas dando cuenta de los excesos de las elecciones en Diciembre último.

1,023. Fácil es comprender qué inmenso perjuicio deben acarrear á la economía social esos medios de corrupcion; ¡cuántos empleos cruzados para las personas! ¡cuántos sueldos aumentados! ¡cuántas pensiones y donativos! ¡cuántas obras públicas que serán menos utiles ó mas costosas! Y cómo todos estos grandes resortes de las elecciones se mueven principalmente por medio de la prensa, resulta del mismo organismo de los Estatutos la irresistible necesidad de comprar plumas que preconicen por todas partes á los candidatos ministeriales. ¡Sabeis lo que significa comprar la pluma de un periodista! Si se piensa en que un diario de los mas famosos de Francia ha sido vendido algunas veces por un millon de francos, se comprenderá qué valor debe atribuir á su pluma el orgullo de un escritor ó la ambicion insaciable del corazon humano. ¡Qué maravilla, que bajo el peso de tanto dispendio se rompa el carro de la Hacienda y giera el pueblo!

1,024. Pero aqui, permitame el lector una breve digresion moral entre tantas especulaciones materiales. ¿A qué se reducirá la honradez pública en un pueblo donde todas las consciencias se ponen en subasta, en donde la corrupcion es, no digo tolerada, no digo notoria y universal, sino algunas veces conveniente? El elector vende su voto, el periodista su pluma, el diputado su opinion, el Gobierno los empleos, los favores y hasta la justicia (¿no hemos visto poco há á los Bianchi-Giovini comprar con su pluma la impunidad?), todo en suma lo que puede encender los deseos y servir para conseguir votos es objeto de venta. Una sociedad animada de este espíritu mercantil, ¿te parece que está bien dispuesta á florecer por su honradez y á inmolarse por el sacrificio? ¿No podría decirsele lo mismo que dijo á Roma, *Jugurtæ si encontrases quien te pagase, te venderias á ti misma?*

*La Economía en las leyes de Hacienda.*

1,025. El Gobierno ha comprado á los electores, á los pe-

riodistas, ha comprado (y estos no se contentan con poco) á los diputados, y ha formado una mayoría compacta, devota y dispuesta á jurar bajo la palabra del Ministro. Basta esto para que comprendas el nuevo alicento que tomará en adelante la Hacienda. El Ministerio está seguro de obtener la aprobación y hasta el olvido de las dilapidaciones pasadas; los subsidios necesarios para los gastos presentes, la seguridad para los futuros; todo depende de la habilidad con que se haya hecho la compra-venta de los diputados. Falta, pues, ahora tan solo que preguntemos al Ministerio cuáles son sus miras en el manejo de la riqueza pública.

1,026. No quiero tener aquí en cuenta la pésima condición social de un Causidière, por ejemplo, que, sale de la taberna y de la miseria para desempeñar una cartera é intervenir en el Ecnario y hacerse pagar por la nación lo que ha gastado para constituirse en *instrumento del bien público* quiero también prescindir de todas las obligaciones que pueda haber contraído para con el partido, á quien es deudor de su cartera y quiero suponerlo muy sincero amante del bien social, aunque siempre bajo la influencia del principio reformador completamente heterodoxo y pagano. Y bajo tal influencia pregunto yo, ¿cómo se prepara á invertir la riqueza pública, y cuáles son los principios de su futura administración? Bien entendido que considero al ministerio en union con las Cámaras, las cuales escribirán dócilmente en las leyes lo que aquel se haya propuesto llevar á cabo.

1,027. Ya sabemos qué cosa es el *bien común*: *hacer que la nación sea lo más numerosa, rica y poderosa que sea posible*. Hasta aquí los Gobiernos adoptaban la idea católica y decían entre sí: «todos estos vasos de tierra mortal, debemos colocarlos ordenadamente de modo que no se rompan el uno con el otro; pero este cuidado que tenemos del vaso tiende finalmente á salvar ese licor precioso que se encierra en él, ese espíritu inmortal que hace de la tierra un escabel para subir al cielo.» Todo el orden público tiende, pues, finalmente á ordenar las exterioridades materiales de modo que no pongan obstáculo, antes por el contrario, presten auxilio á la

rectitud de las obras morales. La personalidad humana adquiere aquí por consiguiente la dignidad del fin, mientras toda la organización material, civil, política, internacional, se presenta como medio. Verdad es que para conseguir la rectitud en los individuos, debe ordenarse la familia, y para conseguir la rectitud en la familia debe ordenarse la ciudad, y así sucesivamente toda asociación debe estar bien ordenada y á este ordenamiento deben sacrificar algún interés material las asociaciones inferiores. Pero todos estos sacrificios no significan que el individuo moral, la personalidad humana, haya de sacrificarse á los intereses materiales de una multitud; significan precisamente lo contrario; esto es, que los intereses materiales son defendidos y ordenados en pro de la personalidad humana ó sea del individuo moral (1).

1.028. Pero admitida en la sociedad esa independencia de razón, ese naturalismo de los afectos, esa idea de felicidad material, esa *idolatría del Estado*, que ya te expliqué, el fin del gobernante es enteramente arbitrario según su diferente manera de ver las cosas. Si cree que la felicidad es la riqueza, estrujará á los súbditos para hacer prosperar al Erario; si su manía es la independencia nacional arruinará Estados, provincias, municipios y familias para asegurar la independencia sacrificando individuos y familias, opiniones y conciencia, religión é instrucción. Este admirará la libertad de Francia y favorecerá á los volterrianos que la fundaron con la guillotina, aquel admirará el comercio de Inglaterra y lo recomendará á los anglicanos que lo hacen prosperar con la perfidia y la apostasía. A uno le gustará el esplendor de las letras, á otro el florecimiento de las artes; aquel invertirá tesoros en academias, este en museos de pintura. Y en vez de considerar si bajo el brillo de ese oropel viven felices los individuos, cada uno según sus preocupaciones juzgará feliz al pueblo que posea tesoros de aquello que á él mas le gusta; lo cual por otra parte no tiene valor ninguno por sí mismo, sino en cuanto

---

(1) Esta idea está prolijamente tratada en la *Civiltà Cattolica*. Tomos II y III.



es de alguna utilidad para la inmortal felicidad de los individuos. Los que así piensan hablan en nuestros tiempos aquel lenguaje que echaba en cara á los antiguos heterodoxos un gran príncipe, en aquel texto que sirve de epígrafe á la *Civiltà Cattolica* (1). El cual despues de haber hablado de los bienes materiales tan ponderados hoy como bienaventuranzas de las naciones, de la riqueza del Erario, de la fecundidad de los rebaños, de la abundancia de viveres, del lujo y hermosura de las ciudades, y de la riqueza de los habitantes, añade: «Estos dan á esas materialidades el nombre de bien público; pero el verdadero bien público no es otra cosa que el orden que hace á Dios plenamente Señor de la sociedad (2).»

1,029. Pero las sentencias de este gran Príncipe son buenas para cantadas en el coro por los Canónigos ó las monjas, con tal de que de noche no estorben el sueño de algun diputado. No es poco que los reformadores lo toleran todavía; pero ellos continúan diciendo que el bien público consiste en la riqueza, en el número y en el poder de la nación. De donde resulta ese sistema económico reprochado á los Gobiernos modernos (y recientemente á las Cámaras piemontesas) que no ajustan los deseos con los medios, sino que aumentan los ingresos á proporcion de los deseos.

1,030. Este vicio, si bien es propio de todo disipador público ó privado, crece desmedidamente bajo las inflavocias constitucionales: 1.º por la razon ya indicada de que bajo ellas todo se vende y se compra por todos; y en este negocio todo el mundo quiere ganar y enriquecerse más y más. La nación, pues, debe contribuir á la riqueza, no ya de un solo Erario, sino de tantos cuantos son los nuevos Soberanos que ha creado. 2.º Porque queriendo saciarse completamente, cada uno favorecerá á aquel Gobierno de quien espera favor enriqueciéndolo, y el Gobierno favorecerá esa codicia para no per-

(1) De él hemos tratado en el prólogo del tomo V de la expresada revista, II.

(2) *Beatum dixerunt populum cui hæc sunt; beatus populus cujus dominus Deus ejus.* Salmo 143, 48.

der su popularidad. 3.º Porque así el Gobierno se asegura la aprobacion de todos los gastos que haga, y á pesar de todos los presupuestos y cuentas que pidan los diputados, está siempre seguro de que merecerá la aprobacion cualquier capricho disfrazado de bien público. 4.º Porque así, no solo tendrá brazo fuerte, sino conciencia tranquila, porque está seguro en el principio de que cuanto dan los diputados lo dá la nacion, la cual entre tanto maldice la liberalidad de las Cámaras, despues de haber maldecido las empresas del Gobierno. 5.º Porque (y esto es lo que hace mas desesperada la enfermedad social) estos gastos de un Gobierno lujoso en fabricas, caminos, fiestas, comercio y ejércitos, obtienen el aplauso de los extranjeros, de las cabezas ligeras, de los que nada tienen y de todos aquellos cuyo bolsillo no se ha puesto á contribucion ó que aun contribuyendo no se resiente y en cambio saca algun provecho. Todos estos aplauden la grandexa de las ideas, la nobleza de las empresas, el progreso de las luces, la liberalidad del Gobierno, que salta de alegría y orgullo sin tener en cuenta que es poco mérito ser liberal del dinero ajeno. Pero se justifica diciendo: *La nacion ha consentido, no la hago ningun perjuicio; crece en esplendor y aumenta su crédito entre las naciones europeas.* De esta suerte las rentas de ese Gobierno van á parar á las bolsas aristocráticas de los comerciantes y especuladores que aplauden todos los gastos, porque ellos obtienen abundante compensacion estando los ministros interesados en compensarlos abundantemente, á fin de obtener de la nacion nuevas exacciones para premiar á los diputados. Y todo eso se hace en nombre de los Gobiernos representativos, los cuales nos repiten continuamente que los diputados son la nacion (lo cual hemos visto cuán falso es en teoria y en práctica) y que ellos son diputados de la nacion para proteger los intereses [contra las dilapidaciones de los gobernantes].

1,031. Esta despilfarro, hecho en nombre del bien público, está confirmado por esa opinion que ha convertido á los gobernantes en empleados, y á la nacion real en ese ser ontológico del Estado. Antes la nacion y el Gobierno eran lo

que les había hecho la naturaleza; cada familia, cada individuo, cada municipio, cada gobernante tenía sus bienes y derechos propios sujetos á las leyes de la justicia, de la caridad, de la liberalidad, de la munificencia fortalecidas por mil ideas religiosas, por mil afecciones naturales, las cuales movían á los ricos á la limosna para con los pobres, y de la misma manera á la liberalidad para con el público. Prescindiendo de las grandes obras hechas en muchas ciudades y repúblicas italianas por la generosidad de los particulares, todo el mundo sabe que en muchos cantones de la Suiza, los empleos del Gobierno, como en los Estados pontificios los municipales, eran casi todos gratuitos hasta el día en que esos Gobiernos se reformaron á la moderna; y era una especie de axioma entre las personas bien nacidas, que era una vergüenza recibir estipendio por hacer el bien de los conciudadanos, cuando el hacerlo no aumentaba los gastos ordinarios de la familia. Por otra parte, los Príncipes adquirían fama de generosos y benéficos gastando en provecho del público las rentas de su patrimonio; y con estas sostenían en gran parte los gastos públicos, ya porque las tradiciones originarias les hacían considerar la posesión del Gobierno como una propiedad de familia, ya porque la riqueza patrimonial era tal, que podía cubrir sin gran perjuicio las moderadas atenciones de la administración. Esta distinción entre los bienes del gobernante y de los súbditos hacía que aquel ajustase los gastos con los ingresos (1).

---

(1) Por esto no consideramos propiamente exacto aquel dicho de Scialoja: *El Gobierno es un resultado necesario de la sociedad; debe subsistir y tiene necesidad de sacar de la sociedad los medios para su subsistencia. Estos medios no pueden ser sino tantas porciones de ingresos de particulares que reunidas formen los ingresos del Gobierno.* (Scialoja, *Principios de economía social*, sección 6.ª, cap. I, párrafo primero, núm. 644, pág. 258). Que esto suceda ordinariamente y especialmente en las sociedades modernas, lo creemos; pero que no pueda suceder de otro modo, al menos en parte, nos parece no ménos contrario á la historia que á la razón; porque ¿qué cosa más contraria á la razón que hacer el bien del prójimo sin exigir retribución cuando no cueste dinero? Los utilitarios modernos que no creen posible que se preste dinero



1,052. Pero no sucede así en las sociedades modernas. Desde el día en que á todo empleado se le remunera como servidor del pueblo, se engendra naturalmente en el ánimo esa disposición servil, por la que todo asalariado calcula la dignidad de su empleo á proporción de la cantidad de su salario, y considera su empleo como un peculio sin pensar jamás en emplear su salario en beneficio del Señor riquísimo de quien lo recibe. «A las necesidades públicas, dice, que atienda el público.»

1,053. ¿Y este salario de dónde sale? De esa masa enorme del Tesoro en la cual se reúne confusamente el dinero de la nación. En los torbellinos de esa Caribdis que absorbería el Océano entero, no se distinguen los millones de Rostchilt ó de Lafitte, del óbolo de la viuda y del artesano necesitado, y no se considera cuántos ayunos y cuántas lágrimas cuesta al pobre el llevar al Tesoro esa gota de sudor ó de sangre.

1,054. De aquí ese valor heroico de los diputados, aun honrados, para consentir siempre en nuevos gravámenes. *Paga la nación y la nación es rica*; y no se reflexiona que la nación está compuesta de muchos individuos pobres, á los cuáles cada nuevo gravamen impone una nueva privación; no se reflexiona que de la suma enorme de esas privaciones que quitan al labrador y al artesano el pedazo de pan que llevaba á su boca, saca despiadadamente el lujo de los ciudadanos y de los gobernantes, esos teatros en que se disipa el tédio de los ociosos, ese gas con que se alumbran las diversiones nocturnas, esa pompa con que se engrandecen los diplomáticos y los militares, y en fin, todos esos gastos de lujo con

---

sin interés, es muy natural que no comprendan tampoco un empleado público sin sueldo. Pero el que conserva las nobles ideas del verdadero Catolicismo, así como encuentra muy natural que el dinero verdaderamente yacente se preste sin usura, porque así lo manda la benevolencia humana y cristiana, del mismo modo encuentra muy natural que el bien público se procure, sin otra compensación que la del verdadero daño emergente, cediendo su trabajo por amor á sus conciudadanos y no negociándolo como jornalero. ¿Os reís, señor economista? Teneis razón, pero perdonadme, estoy hablando como economista católico.

que se vanaglorian de haber aumentado el esplendor de la nación.

1.035. Cuando el organismo natural de la sociedad ofrecía en cada familia, en cada municipio, en cada provincia un ente moral con existencia propia, con un bien ó sea un fin propio con medios de riqueza, con autoridades y Gobiernos propios, subordinados si, pero no confundidos con los intereses del Estado, entonces en las sociedades inferiores se sentía más de cerca el gemido del pobre, y se conocía con más certeza el valor de las bolsas que tenían que sustentar los gravámenes, se medía con más justas proporciones la utilidad que cada uno reportaba, y así se procedía ó por lo ménos podía procederse con miras más justas y económicas. Los diputados de esas corporaciones, al paso que otorgaban al Gobierno central los impuestos que se les pedían para el bien general del Estado, sabían que despues tenían que dar cuenta á aquellas corporaciones que los habían diputado, y que en algunas naciones se reservaban á sí mismas el reparto de la cantidad otorgada al Erario público; por lo que el diputado tenía gran interés en no comprometer con sus propios asuntos los de sus comitentes.

1.036. Pero desgranada la sociedad en individuos, abolida en gran parte ó desnaturalizada la personalidad del municipio y de la provincia, todo ciudadano se ha constituido necesariamente en miembro orgánico inmediato del Estado, de donde nace la extrañeza de haberse diputado á sostener intereses que no conocen á personas extrañas, no ya al municipio á quien representan, sino hasta á la nación en cuyo Parlamento se sientan. El supremo interés de tales personas es cautivarse el afecto del Gobierno central, por mas que tenga que lamentarse despues el municipio de quien se arrancaron los votos ó con quien no tienen comunidad de intereses.

Se conceda, pues, todo lo que quieran los ministros; y todo lo que se concede se reparte matemáticamente entre los individuos diseminados. Desde ese centro, donde todo se hace á tientas, sin conocimiento de los individuos y de sus fuerzas

respectivas, se descarga un tajo sobre todas las cabezas, y pague el que deba y lloro el que quiera.

Ya comprenderá el lector que no es mi objeto condenar en general la munificencia pública; mi propósito es únicamente indicar que en las formas modernas de los Gobiernos, y especialmente en la abolición de todos los derechos de los órganos de la antigua sociedad y en la obligación general impuesta á la nación de pagar todo lo que consientan los diputados, están las causas del desmesurado aumento de los impuestos, que sin el menor escrúpulo se hace gravitar en gran parte sobre las clases más pobres de la sociedad.

1,057. De esta misma fuente nace el vicio opuesto de pedir inasablemente al Estado, ora sueldos para nuevos empleos, ora jubilaciones para destituir suavemente á oficiales ineptos ó mal quistos, ora para emigrados sin título y sin pudor, etc., etc. Que un Rey, un patricio, un propietario rico y generoso atienda con su bolsillo á todos esos gastos, cosa es contra la que nadie puede decir nada: el que gasta de lo suyo, está en su derecho; siempre que lo haga honestamente, pueda gastar donde mejor le plazca. Pero desde que el Rey, la provincia y el municipio han abdicado sus derechos de propiedad y todos sus gastos deben salir de una masa común, la equidad y la justicia exigen que todo nuevo impuesto redunde en provecho de los que lo pagan, y en los Gobiernos representativos que los que han de pagar consientan realmente en ellos. Pero ¿es este el modo de proceder en las nuevas instituciones? ¿Son estas á propósito para conservar todos esos miramientos? Muy al contrario: establecida la idea del Estado y ese golfo del Tesoro al cual confluyen todos los riachuelos de la riqueza del pueblo, todo el mundo se cree autorizado para beber en él hasta saciarse.

1,058. Todo esto, como ves en último resultado, no es otra cosa que un verdadero *comunismo* iniciado autoritativamente por casi todos los Gobiernos europeos. ¿Qué es en sustancia el comunismo? Es esa doctrina en cuya virtud cada individuo quiere mantenerse á expensas de los ricos, haciendo fondo común de todas las riquezas. Pero para acumular esto



tesoro, las cabezas vulgares y turbulentas no conocen otro medio que saquear y matar. ¡Estúpidos! Dejad obrar á los Gobiernos modernos; ellos conducirán la nave á puerto con progreso ménos rápido, pero mas seguro. No correrán á mano armada destruyendo la riqueza en vez de acumularla (que de este modo, en vez de satisfacer al pobre á expensas del rico, se empobrece al rico con peligro y trabajo del pobre); la llevarán poco á poco al erario público con impuestos y recargos y contribuciones directas é indirectas, y el Gobierno se encargará de distribuirlos. Hé aquí establecido un verdadero comunismo, muy diverso sin duda alguna del desvergonzado asesinato de los *Rojos*, pero quizás cabalmente por esto más contagioso é irremediable: porque, ¿cuántas personas honradas fomentan este comunismo legal y se horrorizarían del comunismo anárquico! Los que no sienten el trabajo de los pobres y quizás reciben del Estado en salarios y pensiones lo que pagan de contribución, no notan la injusticia de los gravámenes que reducen al hambre á los pobres é imponen al erario el deber de satisfacerlo. Pero cuando el hombre tiene todos los medios de vivir con su propio trabajo, ¿quién no vé que tiene derecho á ser mantenido por el público cuyas leyes imprevistas la han reducido á la extrema necesidad? Y, ¿qué mucho que bajo el imperio tanto poderoso del hambre aprenda muy pronto el pobre á conocer, estimar y exajerar su propio derecho?

Como ves, lector, el sistema ordinario de impuestos en los Gobiernos constitucionales produce espontáneamente dos comunismos: el primero legal, que tiende á concentrar poco á poco toda la riqueza social como todos los demás derechos, la administración de la Iglesia, el gobierno de los municipios, la enseñanza pública, etc., etc., reservándose el deber y el derecho de distribuir á su antojo todos los tesoros físicos y morales. El segundo comunismo anárquico y bestial, que se deriva del primero, pone en la desesperación al miserable proletario, y adquiere también del primero al ménos la apariencia de un derecho, sino el derecho real de vivir á expensas del público.

Esto que acabo de decir del pobre puede decirse proporcionalmente tambien de las familias acomodadas, pues no hay riqueza que satisfaga completamente el deseo insaciable de gozes. Todos, por consiguiente, piden, todos pretenden en rigurosa justicia.

1.059. Así el pobre recibirá beneficios sin agradecimiento, el rico pedirá sueldos sin vergüenza, el Gobierno mandará á todos á baqueta, pudiendo de un día á otro dejar seco el abrevadero con solo cerrar el conducto. Este arte de tiranía fué iniciado contra la Iglesia católica cuando los Estados modernos quisieron reducirla á la condicion de asalariada; pero este era un primer paso, consecuencia, como vemos, de una primera destruccion. Dejad que la picota de los reformadores continúe demoliendo las otras instituciones sociales, y vereis que las mismas causas producirán los mismos efectos, y que el Estado (es decir, los gobernantes), así como desea asalariar al Clero para manistarlo, así tambien deseará tener á su capricho como dóciles instrumentos de su despotismo á los empleados, magistrados, letrados y toda clase de personas influyentes. Para este fin no se puede imaginar institucion más eficaz que la que tienen entre sus manos, y en la que tan generosamente les confirma la pródiga liberalidad de los diputados. Estos tienen mil paniaguados á quienes proteger y encumbrar, y nunca dejarán de pedir. Si el Estado fuese propietario sabría cuánto puede gastar, y en llegando á ese punto diria: no puedo más. Pero el Estado no es rico sino á costa del pueblo, y ya sabe lo que ha de contestar al diputado que le pide: *dame y te daré*; y cuanto más piden estos más se obligan á dar. ¿Qué mucho que no se deje nunca de dar, si cuanto más se da más se saca?

## § VI.

*Conclusion.*

1,040. Hé aquí, lector benévolo, un bosquejo razonado de la administración pública que debe engendrarse en los Gobiernos representativos bajo la influencia de los principios modernos. Una vez que el corazón del hombre se deja llevar á sus propias invenciones, bajo la guía de aquel instinto corrompido que los epicureos llaman naturaleza, fija su fin en los goces y, buscando para este fin la riqueza como medio, establece como principio supremo de toda moral para el individuo y para la sociedad el derecho y el deber de enriquecerse. Cuando el individuo quiera enriquecerse el medio es conocido: arrebatar de todas partes por engaño ó por fuerza, al menos mientras no se corre peligro de engaño ó de fuerza mayor, ó bien de infamia ó de amargura que atosigue el goce material.

Pero cuando se trata de enriquecer á la sociedad, el caso es más complicado, y se necesita examinar qué cosa es la sociedad moderna, esto es, la *sociedad de individuos* enseñada por Beccaria á sacrificar el *ídolo del bien doméstico* para concentrar todos los afectos, deberes, derechos ó intereses en el bien de la *República* ó sea del *Estado*. Este Estado en los Gobiernos constitucionales está concentrado en las Cámaras y en el ministerio, cuyos miembros están todos obligados, según el principio aceptado, á enriquecerse y á enriquecer al *Tesoro* ó sea el *Estado*.

1,041. Para enriquecer al Tesoro es necesario excitar al pueblo al trabajo; y como el pueblo no trabaja sino cuando tiene hambre, sostener el hambre en el pueblo es el gran resorte para favorecer la industria y enriquecer al Estado.

1,042. El hambre es de dos maneras. El vulgo tiene ham-



bre de pan; el rico da diversiones y placeres. Fomentando el lujo se enciende el hambre de los ricos para que den de comer á los pobres. Estrujando desapiadadamente á los pobres, se les obliga á producir continuamente nuevas comodidades para satisfacer á los ricos, sin que por esto pueda gozar de alguna comodidad el pobre, peor pagado cuanto más se esfuerza en producir. Hé aquí, pues, el *pauperismo*, primera ley económica de la sociedad moderna.

1,043. Este *pauperismo* irá poco á poco creciendo, y sus instancias en demanda de pan al Estado serán audaces como la desesperacion y firmes como el derecho. Todos, por consiguiente, pedirán al Estado, y pedirán con tanta energia cuanto sea necesaria para que se les haga caso. Pero el Estado no puede dar con la mano derecha sin recajar con la izquierda; de donde se sigue que para dar á todos necesita tomar de todos. Y toma de dos maneras: en el primer estado de la regeneracion toma de los que, ó por virtud ó por debilidad no quieren ó no se atreven á resistir, como son á la Iglesia y á las obras pías. En el segundo estado toma de todos los ricos por medio del impuesto de los pobres. Tomar de todos para dar á todos, tomarlo todo para igualar á todos es el comunismo; luego en los Estados modernos la administracion es un verdadero comunismo legal. Pero el Estado moderno tiene siempre derecho para tomar, cuando se lo consentan las Cámaras, y las Cámaras están siempre dispuestas á conceder, porque los diputados obtienen á proporcion de lo que conceden. Luego en fuerza de estas instituciones, tomar ilimitadamente sin suerojo y sin remordimiento es tan propio de los gobernantes como natural en los diputados.

1,044. Este raciocinio no muy complicado, epílogo de lo expuesto en este capítulo, adquiere nueva fuerza con la lectura de la *Estatolatria*, opúsculo de Bastiat, de gran importancia que recomendamos eficazmente á quien desee comprender estas grandes verdades (1), las cuales no son otra cosa que

(1) *Estatolatria ó el Comunismo legal por el autor de la solución de los grandes problemas*.—Paris, 1848.

la esplicacion de un hecho constante repetido por todas partes al regenerarse la sociedad. Francia, que hace 60 años que está buscando el *Gobierno barato*, ha visto crecer el presupuesto y la deuda pública á cada paso dado en el camino del progreso; de España oímos no há mucho tiempo, cómo contestó la piedad de aquel príncipe al ministro de Hacienda que continuaba despojando á la Iglesia para no declararse en quiebra; el Estado de la Hacienda de Portugal es harto conocido; Suiza, que no conocia en ciertos cantones los impuestos ni de nombre, sabe ya lo que es deuda pública; lo sabe también Sicilia, pero no sabe dónde han ido á parar los 59 millones gastados por los reformadores. Apenas daba Nápoles los primeros pasos en las vías modernas, ya se declaraba necesario el despojo de la Iglesia y el aumento de los impuestos; allí donde poco después el príncipe, recuperado su poder, ha podido sostener dos guerras y hospedar decorosamente al Pontífice y á otros príncipes sin aumentar en nada los ingresos ordinarios, antes por el contrario, disminuyéndolos después notablemente. En el extremo opuesto de Italia, continúan las ideas reformadoras en los gobernantes, y la generosidad de las Camaras en conceder cada día nuevos impuestos, no tienen igual sino en el valor de los ministros para pedirlos y en la paciencia del pueblo para pagarlos. Y si se pide cuenta de 70 á 80 millones dilapidados no se sabe cómo, la responsabilidad ministerial se elude con corteses cumplimientos.

1,045. Si estos son los hechos, si á estos hechos corresponde la teoría, el lector nos permitirá que antes de concluir, recordemos nuevamente al *Constitucional Pontificio*, que en la Miscelánea de Florencia ponderaba con tanto entusiasmo las inextinguibles ventajas que prestan las garantías constitucionales para la seguridad de los intereses públicos y privados. Y no traeríamos á la memoria ese feliz recuerdo si no supiéramos que en Italia hay muchos que piensan todavía en él.

1,046. El que aseguraba que una Constitución (á la moderna) es la única garantía de una administración económi-

ca para la defensa de los intereses y alivio de las miserias públicas, debería demostrarnos los siguientes puntos:

1.º—Que los Estatutos modernos no encierran el principio de independencia, ó bien que de este principio no nacen las consecuencias que nosotros hemos deducido; el naturalismo de los conceptos y de los deseos, la idea de una felicidad enteramente terrenal, la persuasión de poderla conseguir reformando los Gobiernos, la necesidad de estos de secundar ese deseo de los ricos, la propension a constituir á los pobres en esclavos de estos; la tendencia consiguiente á fomentar la produccion y como resultado del aumento de produccion la disminucion del valor, y como consecuencia de la disminucion del valor, la disminucion del salario, á lo cual sigue necesariamente el aumento de trabajo y por consiguiente de produccion, y como consecuencia de la disminucion del valor y del salario viene el Pauperismo; de aqui el despojo de las manos muertas, despojo que concede momentáneo alivio al Pauperismo, pero que lo agrava despues extremadamente privándolo de todo socorro; de aqui el impuesto de los pobres sustituido á la caridad católica, de aqui el derecho de los pobres á los bienes de los ricos legalmente reconocido en rigor de justicia, de aqui la audacia del pobre y la holgazaneria consiguiente; en una palabra, un comunismo sancionado por la ley y agravado con el ócio de los vagabundos. Si todas esas consecuencias que se extienden á la mayoría de la sociedad auxiliadas, por la propension natural, nacen poco á poco de la independencia regeneradora adoptada por los Estatutos modernos, decir que tales instituciones son la única garantia de honradex económica en la administracion pública, vale tanto como recetar arsénico para todas las enfermedades.

1,047. 2.º—Pero si *El Constitucional Pontificio* prefiere el terreno de los hechos, puede registrar la historia para ver si encuentra en los Gobiernos modernos una administracion que haya hecho economias con relacion á las administraciones precedentes y que haya engrandecido al pueblo sin sembrar el comunismo. El hallazgo le honrará poco menos que



el de la *piedra filosofal*, que él busca en la *Civiltà Cattolica* (1).

1,048. 3.º—Por último, si le placen más las pruebas aritméticas (en las que bien sabe lo débiles que somos) también tiene abierta un ancho campo resolviendo ó mas bien reduciendo á formas concretas la fórmula siguiente que nosotros poco expertos en aritmética le propoemos con signos algebraicos. Llamando *A* á todos los gastos indispensables de un Gobierno, que sea solamente Gobierno; y *B*, á todos los gastos que añade necesariamente el mecanismo de los Estatutos modernos, tiene que demostrarnos que

*A* más *B* es menor que *A*.

1,049. Y á fin de que la cantidad *B* no parezca una cantidad imaginaria, la especificaremos brevemente.

NOTA DE ALGUNOS GASTOS NECESARIOS PARA HACER ANDAR UN ESTATUTO Á LA MODERNA.

1.º—Honorarios de algunos centenares de diputados y senadores que no seguirán ciertamente mucho tiempo sirviendo sin estipendio como los del Piamonte, (y lo digo en honor de los diputados presentes) (2).

2.º—Proveer al sustento decoroso de todo ministerio nuevo. Los ministerios cambian frecuentemente; los ministros salen por lo comun de los abogados, ordinariamente más ricos en palabras que en dinero; un funcionario público supremo

(1) *Miscelanea de Florencia*, pág. 211.

(2) Un diario de Francia ha calculado la cantidad que ha costado á los franceses la representación popular en los últimos sesenta años: Asamblea constituyente, 19,257,693 francos; Asamblea legislativa, 4,564,000; Convencion, 20,525,248; Consejo de los ancianos, 12,296,750; Consejo de los quinientos, 20,800,000; Tribunalado, 9,750,000; Senado, 75,790,590; Cuerpo legislativo, 74,700,000; Asamblea nacional de 1848, 801,000; Total, 236,542,248 francos. (Véase *La Campana* de 25 de Julio, numero 395).

debe sostener decorosamente por el bien público (y tal vez por el bien privado) su propia posición.

3.º—Jubilaciones á los viejos á cualquier cambio de sistema que requiere hombres nuevos (1). Esta partida no es una bagatela; porque partiendo de la altura de los ministerios y bajando hasta el alcalde y el maestro de aldea, y hasta el comisionado de aduanas, el ujier y el portero, las exigencias de los hermanos y amigos suelen ser igualmente ávidas de empleos que irritables de afecto. Por eso oímos continuamente el clamoreo de los que acusan al Gobierno porque no introduce *hombres nuevos*.

4.º—Subvenciones á cierto número de periodistas para preparar la opinión pública de un modo favorable á los proyectos del Gobierno.

5.º—Subvenciones secretas á periodistas y á escritores de otra clase, cuya influencia adversa podría dañar gravemente ó al ministerio ó á su sistema político.

6.º—Compra de espías de los clubs, los cuales no pueden prohibirse dada la libertad de asociación. Podría objetarse á esto que en los Gobiernos absolutos las asociaciones serán secretas y los espías costarán más y espiarán menos; pero esta observación no tiene fuerza en boca de los defensores de los Gobiernos moderados que no impiden las asociaciones secretas con las asociaciones públicas, lo cual sabe muy bien Francia por el desenvolvimiento de la última conjuración demagógica.

7.º Compra de electores en cada nueva elección de diputados. Ya se sabe lo que cuesta en Inglaterra la compra de un elector en los distritos rurales, pero aun en donde no está ta-

---

(1) El furor de Brofferio no tiene gran valor; sin embargo, cuando se trata de hechos no es siempre inútil el citarlo. Véase la *Voz en el desierto* de 18 de Mayo de 1851, y se verá confirmado nuestro aserto. Recientemente vuelve á confirmarlo la jubilación de 5,000 francos anuales concedida al consejero de Estado y diputado Rabina, cuyas importunidades contra los Principes europeos le han hecho pierjo en un momento en que el respeto á los Soberanos es una necesidad en el Piemonte. Los 8,000 francos del ex consejero Rabina pasan al senador Boncompagni.

sada esta mercancía es sabido que se vende por comidas, regalos, carruajes y otras unciones sin las que el carro de la Constitución no andaría sin dar chirridos.

8.ª Compra de diputados para que hablen ó para que calleen, poniéndose enfermos ó retirándose en el momento de la votación. Esta compra, por más que se haga con los debidos miramientos del que vende ó del vendido, como queráis llamarle, debe influir notablemente en la administración, aun cuando no se pague al contado, porque siempre se lastima al Erario (aunque no aparezca la cantidad) cuando se mantiene un empleo inútil ó el empleo útil se da á un hombre inútil, ó cuando se prefiere por miras personales un proyecto dispendioso á otro más económico, etc.

9.ª Compra de las inteligencias por medio del monopolio universitario (1) sin el cual no habría unidad de opiniones, y sería imposible el Gobierno representativo. Esta compra pesa sobre el pueblo, no solo por los muchos y cuantiosos gastos, sino porque impide y hasta prohíbe con graves penas la enseñanza de muchos Clérigos y religiosos, á quienes no siempre hay valor para condenar al destierro ó la confiscación.

10. Compra de las afecciones apropiándose la administración todas las obras pías, lo cual favorece al Gobierno, ya porque hace devotos suyos á los nuevos administradores asalariados, y ya porque puede beneficiar ó recompensar á sus favoritos más vulgares y á sus familias (2).

He aquí un pequeño bosquejo de los gastos que infaliblemente tiene que sostener un pueblo cuando quiere conseguir esa única y eficazísima garantía del Estatuto á la moderna, que pone en manos de los gobernantes esa cuerda misteriosa con la cual hacen mover mecánicamente la cabeza de 500

---

(1) En el ministerio de Instrucción pública en el Piemonte había bajo el antiguo régimen cinco empleados; el marqués Alfieri aumentó dos. Hoy son 12 (*Echo du Mont-Blanc*, 4 de Marzo de 1851.)

(2) Los emigrados políticos en el Piemonte reciben diariamente del Gobierno 60,000 francos, ó sean 21.900,000 francos anuales. (*Eco de Florencia*, 4 de Julio de 1851.)



*miniquies*, y luego dicen al pueblo que *Él* (pueblo) quiere gastar con un patriotismo que no tiene igual. ¡Buena provecho, pueblos afortunados! Disfrutad de ese Gobierno barato y consolaos con la protección que asegura vuestro dinero contra los ladrones (casi estoy por decir *por los ladrones*) del Erario público. El consuelo de ver duplicados ó triplicados los impuestos, nada significa al lado del que proporciona el gozar tan ampliamente como vosotros gozáis de la libertad de Catolicismo y de conciencia. Esto, no obstante, no puede negarse que tales consuelos son un poco caros, y que las partidas que acabamos de enumerar no se encuentran en el presupuesto de los Gobiernos *à la antigua*.

1.050. Quizá los constitucionales encontraran en estos otros gastos que contraponer á los que acabamos de especificar; quizá podrán demostrar que los trescientos ó cuatrocientos *honorables* (diputados) son otros tantos Fociones; quizá... ¿quién sabe las ventajas que podrán encontrar en su sistema?

Pero para no gastar el tiempo inútilmente, permitanme que les recuerde cuál es el estado de la cuestión. Nosotros no defendemos el absolutismo sino el Catolicismo: bien lo saben los que nos acusan de querer volver la sociedad á la Edad Media. No necesitamos, pues, recordar los despilfarros de Luis XIV y Luis XV ó otros de los tiempos contemporáneos; antes por el contrario, tales despilfarros eran un desenvolvimiento del mismo principio de independencia heterodoxa manifestada en el galicanismo, en el jansenismo, y en el filosofismo, con aquella idea insensata de grandeza nacional de la cual hemos hablado y hablaremos otra vez. Sin revolver las cenizas del *Gran Rey* empapadas en las lágrimas de su arrepentimiento en la vejez, no podemos menos de decir que la sociedad francesa entró bajo su reinado y el de su sucesor en el segundo estado de aquella reforma iniciada por los hugonotes y completada por la república, por el Imperio y por las Cartas posteriores con aquel aumento progresivo de impuestos, de pauperismo y de comunismo que todos conocemos.

Si los absolutistas reformados del siglo XVIII hubieran estado rodeados de las formas representativas con todos los gastos

que hemos enumerado como efecto necesario de los Estatutos, hubiérais visto tambien en aquel siglo Gobiernos despúrradores semejantes al Gobierno *económico* del Rey ciudadano. Y no puede suceder otra cosa, puesto que el Estatuto trae consigo una complicacion inmensa de gobernantes *asalariados*, y lo que es peor, *hambrientos*. Mientras que los constitucionales no demuestren que el aumento de los salarios disminuye los gastos públicos, ó bien que los diputados no tienen predisposicion alguna á facultar al Gobierno para toda clase de gastos y de empresas, difícilmente podrán persuadir al lector experto de la seguridad, de la *única garantía*, sobre todo despues del experimento que ha hecho Italia y está haciendo el Piamonte.

Y hé aqui terminadas la primera y segunda de las cuatro partes en que hemos dividido la presente obra respecto al *Poder ejecutivo*, es decir, respecto al Gobierno de los hombres y á la administracion de las cosas. Restanos ahora tratar de aquellas dos funciones mediante las cuales ese poder remueve los obstáculos, ora de la violencia usando de la fuerza, ora de la razon usando del derecho. De esto vamos á tratar en los capítulos siguientes, estudiando lo que son en los Gobiernos modernos, primero la *milicia*, órgano de la fuerza, y despues los *tribunales*, órgano del derecho.

---

THE HISTORY OF THE  
CITY OF BOSTON  
FROM THE FIRST SETTLEMENT  
TO THE PRESENT TIME  
IN TWO VOLUMES  
BY NATHANIEL BENTLEY  
OF THE BARRISTER AT LAW  
IN GREAT BRITAIN  
AND OF THE COMMONS OF GREAT BRITAIN  
IN PARLIAMENT ASSEMBLED  
COUNSELLOR AT LAW  
LONDON: Printed by J. DODD, in Pall-mall.  
MDCCLXXIII.



---

## CAPITULO VII.

### LA FUERZA ARMADA EN LAS CONSTITUCIONES MODERNAS.

#### § I.

##### *Preliminares.*

1,051. Mientras existan en la sociedad hombres que tienen más de animales que de hombres, en los cuales la razón, esclava de los más brutales apetitos, parece que no tiene otro fin que investigar y procurar todos los medios de satisfacerlos, violando toda ley divina y humana, es evidente que la sociedad necesitará una fuerza capaz de vencer la resistencia de semejantes hombres feroces y bestiales, por grande que sea su número y su arrogancia, y como la acción maléfica de estos seres puede estenderse cuando menos se espere a los derechos públicos y privados, ya en el orden civil violentando a los individuos, ya en el político violando los derechos de la autoridad, ya en el internacional traspasando las fronteras como manada de hienas para acometer a sus vecinos, en cualquiera de estos tres órdenes de hechos, la fuerza de la sociedad debe ser suficiente para contraponerse a la furia brutal cuando no basten los medios de persuasión.

1,052. Estos medios de persuasión son de dos especies: los primeros y más nobles hablan a la razón, pero estos no hacen al caso de que hablamos, pues precisamente tratamos

de esos entes brutales que no atienden á la razon. Para estos podria valer otro medio y seria el atractivo de la recompensa; pero fácil es comprender cuán imprevisora seria una sociedad que tratase de impedir con premios los delitos, porque á más de la enormidad de los gastos que esto ocasionaria, semejante gasto aumentaria indefinidamente, pues serviria para satisfacer un hambre que cuanto más se aguza más devora.

1.053. No hay, pues, otra cosa que hacer que oponer la fuerza de la sociedad á la fuerza brutal de las pasiones. Murmure, pues, en su puesto la filantropia liberalesca, excite al ejército á fraternizar con los ciudadanos, clame contra la barbarie de los que derraman la sangre hermana, exija á las bayonetas que se inclinen ante *el pueblo soberano*; toda esta bella fraseología, ora majestuosa, ora dulce, no cambiará un ápice la naturaleza del hombre y de la sociedad, que en el día del peligro se reirá de sus propios sofismas y buscará salvacion en esas bombas de las que en otro tiempo sacó un delito y un mote para otra autoridad. Harto lo saben Leon, Barcelona y Génova, y si tres años que pueden compararse á tres siglos hubiesen borrado ya este último recuerdo, bastaria para evocarlo el reciente decreto del general Durando en Cerdeña (1), en el cual habla sin la menor consideracion á eso que se llama el espíritu ó la humanidad de nuestro siglo.

1.054. Pero quien habla de fuerza poderosa en la sociedad habla necesariamente de ejército, y en nuestros tiempos de ejército permanente. Decir *ejército*, es tanto como decir fuerza de gente armada, fortalecida con la organizacion y la táctica, y móvil por un solo pensamiento y una sola voluntad. Si no fuese armada quedaria muchas veces sujeta á los facinerosos á quienes *furor arma ministrat*. Sin disciplina y sin táctica á lo sumo podria igualarles; sin unidad de pensamiento y de mando la disciplina y la táctica serian cadáveres, cuerpo sin alma. La unidad del mando es la que hace eficaz al ejército, y esta eficacia es insuperable con la organizacion perfecta de la táctica militar.

(1) *Risorgimento* del 10 de Marzo de 1852.

1,035. El arte militar, tan funesto y tan benéfico al mismo tiempo, siendo perfectible y progresivo como todos los demas, ha conducido á las sociedades incultas desde el confuso batallar de las ordas salvajes á la ordenadísima forma actual de los ejércitos permanentes, no por la libre voluntad de Principes ó capitanes, sino por una de aquellas leyes insuperables de la naturaleza, contra las cuales puede luchar el arbitrio humano, pero jamás vencerla. La naturaleza que dicta á la sociedad como á los individuos esa ley apremiante de la conservación, á la cual no resiste sino un suicida fanático, pues que habla al mismo tiempo y con igual fuerza á la razón y al instinto; la naturaleza, decimos, fué la que aleccionó á los grandes maestros de la guerra cuando formaron la falange griega, con aquella táctica que los romanos vencedores admiraron en el vencido epirota é imitaron.

Faltando á los romanos la fuerza de sus legiones enervadas, la naturaleza les obligó á tomar á sueldo á los bárbaros, y la naturaleza formó con los bárbaros asalariados adiestrados y armados á la romana ese conjunto de arte y de fuerza con que subyugaron á sus señores; la naturaleza formó la caballería de los paladines vigorizando con la generosidad cristiana al nervudo normando bajo el enorme peso de la coraza y del yelmo. Pero la coraza y el yelmo cayeron al estampido del cañon, admirable invencion de estermínio, por esa misma ley natural de la defensa que los había fabricado; y una táctica nueva formó las mesnadas y los capitanes en la civilizacion que renacia. La perfidia de aquella época obligó al mismo Rey á hacerse capitán y á constituir á su pueblo en milicia regular no pudiendo profesarse ya el arte de la guerra sin un largo ejercicio, ni continuar en ese ejercicio entre las artes de la paz. La misma indole, pues, de nuestra civilizacion hizo necesarios los ejércitos permanentes, y á medida que el ingenio humano arma á estos ejércitos con nuevos y más complicados instrumentos de muerte, á medida que se abren nuevos campos de batalla, ora volando en aras del vapor, ora ensanchando y fortaleciendo sin límites esas ciudadelas que surcan los mares, ora ensangrentando, si Dios no lo impide, hasta



el azul del cielo con artes prohibidas; tendrán que crecer en la misma proporción los años de instrucción militar y por consiguiente la necesidad de la milicia permanente.

1,056. Y no es esta condición especial de la milicia, sino necesidad del progreso social, en esta como en todas las naciones. La observación es antiquísima, pues me acuerdo de haberla leído en los libros de Aristóteles: á medida que una sociedad progresa, todas las artes se van perfeccionando y hacen necesaria con la misma perfección la división del trabajo. Aplicad esta misma ley universal á la milicia y os parecerá tan imposible adiestrar en pocos meses á los reclutas en las armas de ingenieros y artillería, como formar un artesano en su oficio. En toda sociedad es, pues, necesario un ejército; en toda sociedad progresiva será progresiva la perfección del ejército, y cuanto mas tiempo exija la educación del soldado, tanto mas necesarios serán los ejércitos permanentes.

1,057. Estos ejércitos, esta grande y admirable institución universal es la que hoy vamos á examinar tal cual es bajo las influencias de la heterodoxia dominante y bajo las formas del Gobierno representativo. Examinaremos en la primera parte quién y para qué fin debe manejar esta fuerza en los gobiernos modernos, y en la segunda bajo qué tutela ó garantía para el pueblo soberano. La primera parte la intitulamos: *Dispendioso despotismo creado por la libertad*; la segunda: *Onceroso absurdo de la guardia nacional*.

## § II.

### *Dispendioso despotismo creado por la libertad.*

1,058. Si al problema de quién y para qué fin debe manejar la fuerza pública, pudieramos contestar con esas fórmulas universales que son tan oportunas en la ciencia y tan ajenas á toda pasión política, no haríamos otra cosa que repetir

la que el buen sentido enseñó á los publicistas antiguos. El ejército, diríamos, no es otra cosa en último resultado que la fuerza social; ahora bien, la fuerza está esencialmente al servicio de la razón, y repugnando al orden natural toda fuerza que se usa sin razón ó contra razón (fuerza á la cual se le llama precisamente violencia), la fuerza social, ó sea el ejército, debe ser manejado por la razón social, ó sea por quien posee la autoridad. Y como esta fuerza es necesaria para la sociedad *toda entera*, en cualquiera de los tres casos ú órdenes de hechos enumerados poco há, civil, político, é internacional, el solo poseedor de la autoridad suprema debe ser al mismo tiempo el supremo motor de la fuerza, ó en otros términos, el ordenador supremo debe tener una fuerza irresistible para mantener el orden. Este axioma, reducido por la sabiduría de los antiguos tiempos, á una forma concreta, hizo decir á los políticos que el mando del ejército incumbe al Soberano, porque en el Soberano se encarna la razón social, y que el ejército debe obedecer sin razonar, porque la razonadora de la fuerza, es por esencia la inteligencia.

1,059. Pero la sencillez de aquellos buenos hombres y la naturalidad de su argumento debe pasar por una tontería, puesto que las contradictorias ideas de la heterodoxia renegando de la naturaleza, se proponen formar una sociedad artificial en contraposición á la natural. Verdad es que por una de esas reminiscencias eclesiásticas que siempre sobreviven en los sistemas modernos, á pesar de la lógica, se continúa diciendo que en los Estados constitucionales corresponde al Rey el mando del ejército, y así se ha consignado en todas las Cartas, en todos los Estatutos.

1,060. Pero este artículo de las Constituciones ha sido acertadamente censurado como contradictorio por Romagnosi, el cual ha visto perfectamente con su perspicacia política, que es imposible que el primer servidor del pueblo soberano, fortalecido con la milicia y con la Hacienda, no sienta la tentación vehemente de limpiar las gradas del Trono del fango de la plaza. Es, pues, absurdo en los Gobiernos modernos confiar al Rey el mando supremo del ejército. Procurar, dice

el publicista de Pavia, la *preponderancia efectiva del supremo imperante, es el dogma primario fundamental e indispensable* de cualquier Gobierno civil. Ahora bien, el supremo imperante de los Gobiernos constitucionales es el pueblo, según la teoría moderna; luego el pueblo debe tener el mando del ejército.

1,061. Pero como este Soberano callejero es impotente para gobernar, y es siempre papilo, el manejar la fuerza para hacer cumplir la ley incumbe propiamente á quien la hace en nombre del Soberano. Ciertamente así lo pensó la dilunta Asamblea francesa, sintiendo la urgencia de esta necesidad, y nadie ignora que hizo ya algunas tentativas y nombró generales de aquella fuerza que debía hacer cumplir sus mandamientos y sostener su autoridad. Pero por su mala suerte este derecho no estaba escrito ni en la lógica, ni en la *Carta*, ni en los destinos, siendo, por el contrario, un dogma solemne de sus mismas teorías, la absoluta separación del poder ejecutivo del legislativo, de donde resultó que mientras la Asamblea, según su derecho, hacía las leyes, mientras Luis Napoleón con igual derecho manejaba la fuerza, despertándose un día después de muchas contradicciones y rigedones, echó de ver que había estado hallando sobre el borde del sepulcro, y que le había sucedido como á aquel personaje del poeta que

« . . . . del colpo non accorto

« Andava combattendo ed era morto. »

1,062. Este, más bien cómico que trágico ejemplo de la impotencia de un legislador sin ejército, debiera sugerir á los constitucionales algún remedio mejor contra los peligros de esa división de los poderes en la cual se apoya todo el catafalco de sus Gobiernos.

Ciertamente debían caer en cuenta de que después de haber declamado tanto contra los *despotismos paternos*, en los cuales los súbditos confiaban en la conciencia del Rey llamado Padre del pueblo, ellos se encuentran en último resultado sujetos al dominio de un jefe de fuerza armada á quien niegan su confianza, y en cuyas manos se ven obligados no obstante á poner toda la fuerza. Pero este aviso servirá en el siglo veni-



dero, en la época del *tercer ensayo*, cuando el Gobierno á la inglesa, impracticable hoy como hemos visto en el capítulo precedente que ha dicho el *Economista*, vuelva á ser si Dios lo permite el único Gobierno posible. Por ahora tenemos que contentarnos con recurrir á los delirios de los modernos charlatanes políticos, y ver qué emplasto podremos aplicar á tan peligrosa enfermedad social, que no es ménos que un verdadero ataque de parálisis. ¿Qué es lo que veis que sucede á las parálisis? Hélo aquí en dos palabras: el alma racional quiere y manda, y el cuerpo no obedece. Pero en la enfermedad del individuo, el organismo enfermo que no tiene fuerza para obedecer la tiene sin embargo para resistir encadenando ó destruyendo la razón ordenadora, al paso que en la enfermedad de las sociedades constitucionales la parálisis predispone á las convulsiones ó al isterismo, haciendo que la mano ejecutora se ponga en lucha con la cabeza legislatora y

«Di punte mortalissima l'offenda»

1.063. ¿Y qué medicina se encuentra contra enfermedad tan peligrosa en la farmacopea constitucional? Ya lo sabeis: poner al Rey bajo la tutela de los ministros, y á los ministros bajo el peso de la *responsabilidad*. Pero esta medicina en el lenguaje constitucional suele llamarse la *garantía de la libertad del pueblo*; en el vocabulario español del célebre Marques de Valdegamas tiene precisamente la significacion contraria, y se llama la *garantía infalible del despotismo ministerial*. Citarémos otra vez la demostracion de aquel valeroso publicista, que puede compendiarse en estas pocas palabras:

Todo ministro responsable puede ser llevado á la barra y sentenciado á gravísimas penas por cualquier daño que sufra la cosa pública con motivo de sus actos administrativos. Sería injusto condenar á un hombre por el mal que hace ó por el bien que deja de hacer, después de haberle quitado los medios que él crea necesarios para gobernar. Luego dada la responsabilidad ministerial, es necesario dar al ministro todo cuanto pida. Esto sería crear un poder arbitrario y despótico; luego dada la responsabilidad ministerial, los ministros deben tener en justicia un poder despótico y arbitrario.

1,064. Imagino que el lector no me objetará que un ministro se llama responsable porque debe dar cuenta de sus obras, y si es culpable sufrir la pena, y que quien está á las resultas de sus obras y puede ser condenado por ellas, no es ni despótico ni arbitrario. Semejante objecion le haria digno de compasion despues de quanto se ha visto en tantos Estados constitucionales y se está viendo aun en el Piemonte. Todos sabemos el valor de semejante responsabilidad y las infinitas puertas abiertas á los ministros para salir de ese laberinto. Antes de cometer el acto arbitrario se obliga á las Cámaras á que concedan autorizacion al mismo, y esto es el método más sencillo, más leal; en suma, el método de los caballeros. Si las Cámaras niegan la autorizacion y murmuran, se hace cuestion de Gabinete, y en los momentos terribles en que los actos arbitrarios son más urgentes, el ministerio verá pronto á sus piés á las Cámaras haciendo reverencias y concediendo cuanto les pidan. Cuando la arbitrariedad se ha cometido sin licencia y es ya un tanto de bulto, si alguno quiere pedir cuenta se le responde que no es tiempo de sembrar zizaña, que se debe salvar el respeto á la autoridad, la reputacion de las personas y el buen nombre del Gobierno representativo, y de esta suerte se induce á los hombres de bien á inmolarse sus *reclamaciones en el altar de la patria* (1). Asi el ministerio puede hacer lo que quiera, no fiando en la seguridad de sus actos, sino con certeza de que será agradecido y aplaudido.

1,065. Si este es el valor real de la responsabilidad ministerial, bien puede enorgullecerse el despotismo de los ministros, á quienes sin más que esa ilusoria garantia se confía el derecho, y aun diré mejor el deber de manejar la fuerza. Veamos con un ejemplo la plenísima libertad de su arbitrio.

(1) Véase el *Diario de las Sesiones de las Cámaras piamontesas*, Sesión del 11 de Febrero de 1852. Antes de esto era conocido el dicho del diputado Lasti en otra sesión para hacer saber estas cosas al país: era demasiado tarde ó demasiado pronto. No se desee la luz, añade, porque causaria espanto. (Véase *La voz en el Desierto* del 16 de Junio, y la *Balanza* del 26 de Junio de 1851.)

Suponed que las poblaciones de Cagliari ó de Sassari promovieran tumultos quejándose de las órdenes de la policía ó del peso de las contribuciones, ó en fin, de cualquier mandato del Gobierno; despues de todas las declamaciones que habeis oido y leído contra la cruel dominacion de los *bombardadores absolutos*, imagináis que un Gobierno constitucional, deseoso de hacer solo la voluntad del *pueblo soberano*, correrá en seguida como el Presidente de Francia á consultar al oráculo por medio del sufragio universal?

1,066. ¡Qué candidez! Oid cómo contesta un diario semi-oficial, *Il Risorgimento*: «Semejante proceder seria funesto para todo el Estado; el Gobierno no puede ceder siquiera en la apariencia á alguna de las pretensiones que fueron el pretexto ó la consecuencia de los desórdenes, porque toda concesion que hiciera por amor á la paz no dejaría en tales circunstancias de ser aprovechada para el mal y de reputarse como indicio y prueba de debilidad (1).

¿Sabeis, pues, lo que se hace en semejante caso? Se envian tres ó cuatro regimientos con un buen número de cañones, los cuales se encargan de advertir á los sardos que son soberanamente felices, y por consiguiente, seria injusta cualquiera tentativa que quisieran hacer contra los beneficios de la fusion (con los otros Estados de tierra firme), muy superiores á las cargas que no pueden menos de acompañarlos; que hay quien espera pescar á río revuelto y por eso se empuña en revolver el agua; estén sobre aviso los buenos ciudadanos, porque se trata de sus mas vitales intereses (2). (Y ¿qué cosa mas vital que evitar un cañoneo?)

Demostrada así á los sardos la gloria y la prosperidad en que viven, se dudará de que los desórdenes ocurridos no fueron efecto de los secretos manejos de los enemigos de la verdadera libertad, que han conseguido engañar á algunos hombres de buena fé y hacerles cometer actos indignos de ciudadanos honrados? (3). ¿Y cuáles serán las consecuencias

(1) *Risorgimento* del 10 de Marzo de 1851.

(2) *Risorgimento* citado.

(3) *Ibidem*.



de esto? El Gobierno debe dar muestras, aunque contra su voluntad, de inflexible energía en la represión de todo movimiento, porque se trata en primer lugar de proteger á Cerdeña contra sí misma, esto es, á la inmensa mayoría de buenos y pacíficos ciudadanos contra los manejos y las violencias de unos pocos maldados ó ilusos. Trátase además de mantener puro é íntegro en beneficio de todo al Estado el principio de autoridad para desmentir perentoriamente con los hechos las acusaciones de los fautores de la reacción que, para desacreditar la libertad, dicen que es inconcilliable con el orden (1).

1,067. ¿Habeis entendido? ¿habeis comprendido bien estas últimas palabras? Ellas os dicen claramente cuán urgente es para un ministro constitucional el deber de hacer respetar el principio de autoridad íntegro y puro. Con tal deber de conciencia que impide admitir cualquiera reclamacion de los súbditos, ya veis si es omnimodo y dictatorial el poder de los ministros. Suponed si quereis que cualquier ciudadano bueno y pacífico quisiera demostrarles que ellos son los engañados, los ilusos, y que han colocado á los buenos ciudadanos en situacion de no poder tolerar más las vejaciones religiosas y las cargas rentísticas; suponed esto, decimos, y os responderán al punto los ministros: *¿No tiene Cerdeña sus representantes en el Piamonte? ¿Y no puede si quiere acudir directamente por medio de peticiones? ¿No tiene, en una palabra, todos los medios legales de manifestar sus deseos y sus tendencias, y de pedir los remedios que crea más del caso?* (2).

1,068. Los tenemos, sí, señores ministros; pero tened en cuenta que los diputados sardos pueden comprarse lo mismo que los demás; y si por su honradez no son capaces de venderse, de todos modos no constituyen más que una pequeñísima minoría con relacion á toda la Cámara. ¿Qué sacaremos, pues, con acudir á ellos?—Peor para vosotros si vuestras razones no persuaden á la Cámara, os encontrareis en la condicion de to-

(1) *Ibidem.*

(2) *Risorgimento* citado.

das las demás provincias cuyos diputados son siempre una minoría al lado de una Cámara entera; y así como esta deja gritar á Saboya que tiene derecho á la enseñanza libre y á la dotación del Clero, así como deja gritar á Niza sobre las condiciones de su agregación y le quita el puerto franco, así pueda dejar que griteis también por medio de vuestros bachilleres de municipio, y seriais verdaderamente incontentables si no os bastase el inestimable fruto de los nuevos órdenes civiles y esa facultad de manifestar vuestros deseos por medio de peticiones. *¿Tendriais jamás tan amplia libertad bajo el absolutismo?*

—Señores, la libertad de pedir es hermosa y buena, pero nosotros quisiéramos también la libertad de conseguir.

—¡Ah desventurados, *fautores de la reacción!* ya se ve que sois pocos malvados ó ilusos. Despreciando los medios legales hacéis dudar de vuestra fe en la libertad y de vuestro afecto á las instituciones que hacen la prosperidad del Piemonte, pues si los estimáseis no hariais nada que pudiera comprometerlas. Hacéis dudar hasta de vuestra capacidad y madurez políticas, y justificais la opinión de los que os quisieran excluir de la comunidad del Estatuto (1). Ea pues, á nosotros toca emprender nuevamente vuestra educación política, y no dudéis que os serviremos á pedir de boca. Prestad, pues, atención por un momento.

1.009. «En virtud de las facultades extraordinarias que se me han conferido:

Art. 1.º «Queda disuelta la guardia nacional.

2.º «Prohibido el uso de armas.

3.º «Prohibida la venta de toda clase de armas.

4.º «Los contraventores serán detenidos inmediatamente.

5.º «Toda resistencia, aun de palabra, todo acto de desprecio contra los agentes de la fuerza pública, será reprimido inmediatamente hasta con la fuerza de las armas si fuera necesario.

---

(1) *Ibidem.*

6.ª «Toda reunion pública de más de cinco personas será disuelta por las armas.

7.ª «Todo ciudadano se estará en casa desde las ocho de la noche hasta las cinco de la mañana.

8.ª «Todo extranjero deberá salir de la ciudad en el término de 24 horas, bajo la pena de, etc.

9.ª «El Consejo municipal no podrá reunirse sin previa autorización.

10.ª «La ciudad y la provincia quedan en estado de sitio, que podrá estenderse al resto de la isla (1).»

«Veremos si con esta receta el pueblo soberano no debe llamarse feliz; en cuanto á nosotros no podemos hacer otra cosa. Si empezamos á ceder se levantará Saboya, se levantará Génova, se levantará Niza, se levantará Ossola, se levantará todo el municipio Subalpino, y á dónde iría á parar entonces la prosperidad del Piemonte? Calleu, pues, los sardos y sepan que si estas razones no bastan, saldrán de Génova nuevos batallones con una lógica más apremiante y una elocuencia más fulminante.»

1.070. Tal será el lenguaje, tal es la natural condicion del Ministerio si quiere cumplir con su obligacion (notad bien esta frase). Tal es en todos tiempos la condicion de cualquier Gobierno templado ó absoluto. Si, ciertamente, las razones ya os las ha dicho El *Risorgimento*, y nosotros estamos muy lejos de quererlas poner en duda. Nosotros, que no unimos nuestra voz con el periodismo liberal para clamar contra el estado de sitio impuesto por Radetzky cuando el anciano general declaraba públicamente que queria defender á los honrados milaneses, los cuales se verian muy contentos de librarse con el estado de sitio del puñal de los mazzinianos (2); nosotros, digo, reconocemos de buen grado que el Gobierno sardo tiene el derecho y el deber de *proteger á Cerdeña contra si misma é invitar á los buenos por amor á la patria, á los intereses, al nombre y al porvenir comun, á estar prevenidos contra un*

(1) *Risorgimento* citado.

(2) Proclama de Radetzky: Lombardo-Véneto, 25 Julio de 1851.



*mal entendido amor á la independencia.* Eso hace, eso debe hacer, eso hará siempre todo buen Gobierno; y un Gobierno católico ademas del amor á la patria, á los intereses, al buen nombre y al porvenir, podria añadir con mayor eficacia *per amor á aquel Dios contra el cual peca todo el que ofende á la autoridad legitima*; y así no temeria que se le contestase con una sonrisa sardónica á todos esos amores retóricos sacados de Tito-Livio ó de Plutarco.

1.071. Mas si este es su derecho y su deber por ley de natural conservacion, es por otra parte un absurdo en la teoria constitucional, en la cual el pueblo tiene completísimo derecho, no solo de censurar los actos de sus mandatarios gobernantes, sino tambien de cambiar de piés á cabeza el Estatuto, ó sea el punto fundamental. Y ¿dónde esta libertad, si es licito al Gobierno, sin contar con los votos de la mayoria, obligar á los súbditos á que quieran lo que no quieren? Y ¿quién asegura al Gobierno que los insurrectos son verdaderamente pocos, ó malvados ó ilusos? Decir al pueblo que se prohiben sus reuniones, que se desarma su guardia nacional, que se declaran en estado de sitio las provincias, que se domina á cañonazos su resistencia, por el temor de que otras provincias imiten su ejemplo y se hagan tambien resistentes al Gobierno, es lo mismo que rebelarse abiertamente contra el *pueblo soberano*, tapándole la boca para que no pueda hablar, porque se sabe que si pudiese hablaria contra sus gobernantes. Decirle que esos deseos que manifiesta con sus tumultos é insurrecciones son conjuraciones de algunos malvados ó delirios de algunos hombres de bien (especialmente cuando no se ha examinado el número de los que piden ni consultado el voto universal), es recurrir á los medios reprobados por los liberales en todos los Gobiernos absolutos; es decir, en sustancia, al pueblo, que debe obedecer y no mandar; lo cual es cierto en la sociedad constituida, segun la naturaleza; pero en la teoria de los constitucionales, es una contradiccion, es una rebelion, una tirania.

1.072. Hé aqui en qué sentido hemos dicho que la libertad constitucional hace necesariamente despóticos á los mi-

nistros, poniendo a su disposición la fuerza armada. Veamos ahora cuán dispendioso es semejante despotismo, si el ministro caballero quiere cumplir con conciencia su deber promoviendo el bien público, el cual, como hemos visto, no es otra cosa en el sistema heterodoxo que el *bien del Estado*, ó en otros términos, la riqueza, la grandeza, el poder, etc., con que un pueblo sobresale entre los otros.

1.075. Para que un pueblo sobresalga entre los otros y consiga la prepotencia, bien supremo de las gentes á los ojos de un utilitario, se necesitan medios, esto es, hombres y dinero, y estos medios pueden acumularse indefinidamente mientras los exijan los ministros, los concedan los representantes y los produzca la nación. Y aun los que la nación no produce pueden tomarse prestados de afuera, con tal de que la nación se obligue á pagarlos por boca de sus representantes. He aquí, pues, abierta á los Gobiernos modernos esa vena riquísima de oro y de sangre bosquejada ya por Rousseau en el *Contrato social*, y mediante la cual la nación pone en manos de sus gobernantes toda la riqueza, toda la fuerza personal, toda la voluntad y toda la inteligencia que se necesita para constituir la felicidad. Si en este contrato el pueblo racionalista se hubiese contentado con sacrificar por el bien público la riqueza y las fuerzas, podría á cada paso negarse á lo que los ministros mandan; podría juzgar nocivo al bien público lo que estos juzgan provechoso. Pero habiendo sacrificado hasta la inteligencia, al Gobierno toca juzgar respecto al bien de la nación; y al pueblo, si quiere ser lógico, después del sacrificio de la propia voluntad y de la inteligencia, no le queda otra libertad que la de pagar y seguir adelante. ¡Curioso resultado en verdad de un contrato iniciado por los individuos *para seguridad de la libertad individual*! Han sacrificado una parte para que el Gobierno pueda legítimamente tomarse todo el resto. Pero en fin, mis lectores ya están acostumbrados á estos resultados contradictorios de la idea regeneradora puesta en pugna con la irresistible naturaleza.

No hay razón para inculpar á los gobernantes cuando siguiendo un principio (en hipótesis) generalmente adoptado,

invitan, ó más bien, obligan al pueblo á procurar el bien de la patria, sacándole el último céntimo para armar al último individuo, víctima destinada al cañon. No hacen más que seguir la ley de la *opinión, reina del mundo* (moderno), la cual, como decíamos poco antes, ha abierto una riquísima vena de oro y de sangre á los ordenadores del bien público.

1,074. Pero precisamente en fuerza de las modernas instituciones, la sociedad está hoy en tal situación, que si no es inconsecuente, debe dar las gracias al Gobierno que la exprima y la desangre. Y ¿qué podría, en efecto, replicar á sus gobernantes una nación á la moderna, cuando estos le piden el último céntimo y el último hombre? ¿Se lamentará de que la quieren hacer poderosa? Pero este es el fin para el cual el Gobierno está obligado á usar de todos los medios proporcionados. ¿Se lamentará de que el Gobierno use de todos los medios? Pero sería absurdo querer un fin sin medios, querer el fin último sin usar de todos los medios. ¿Se lamentará de una desacertada elección de medios? «Pero ¿quién los ha elegido, replicaría el ministro, sino esos diputados que la nación precisamente me ha dado por guías?»

1,075. Por consiguiente mientras las riquezas y las personas de la nación aumenten el poder del Estado, el Gobierno tiene derecho á pedirlos; mientras el Gobierno pide, los representantes tienen derecho á conceder: mientras los representantes conceden, la nación tiene obligación de pagar. ¿Lo ves, lector? el despotismo está organizado en toda su plenitud con perfectísima legalidad y con consumo sin límite de dinero y de personas, por el valor inmortal é irresistible de estas instituciones.

Las cuales instituciones, á fin de que el efecto sea infalible han tenido el buen acierto de decir al rico, al poderoso, al astuto que á él toca el pedir y mandar sin sacrificio ninguno por su parte, ántes con provacho; mientras que al pobre, al débil, al sencillo toca pagar y sacrificar sin fin su dinero, su persona, sus afectos, sus amigos, sus hijos; sin otra compensacion que leer despues en los periódicos los elogios de la grandeza, del poder y del florecimiento de la patria rego-



nerada, y la generosidad del pueblo que todo lo sacrifica por el bien de la patria.

1.076. Imaginó que el lector no me pedirá aquí pruebas de hecho, pues que todas las regeneraciones modernas han seguido inexorable y prácticamente este camino trazado por la lógica. Empezad por aquel pueblo que predominó en el pleno desenvolvimiento de la idea regeneradora, y vereis que nacida en el cerebro del *Gran Rey* y de los súbditos fascinados la manía de hacer de Francia la *Gran Nación*, comenzó bajo el Gobierno monárquico esa vida de sacrificio social que preparó la angustiosa situación del *Roy martyr*, el ministerio de Necker y los Estados generales. Estos, transformados por completo en Constitución y después en República á la moderna, convirtieron á Francia en un lago de sangre, al pueblo en un ejército que lanzaron al otro lado de las fronteras y á Europa en un campo de batalla y en un sepulcro del mismo ejército. A la República sucedió Napoleon que repitió el dicho de Luis XIV: *El Estado soy yo*. Pero para gobernar con absoluto arbitrio á Francia, ¿creeis que abolió las formas constitucionales? ¡Bah! Conocía demasiado bien por instinto sus propios intereses para renunciar al omnipotente instrumento de aquella *representacion nacional* que los buenos constitucionales recomiendan á los buenos italianos, como única garantía de sus derechos; continuó llamando periódicamente á los diputados de la nacion y á sus patricios ó senadores, encargados, como todo el mundo sabe, de inclinar la cabeza á todo cuanto el Emperador queria, y ofreciendo todo lo demas si el Emperador se avergonzase de pedir. Esto que sucedió en la Francia imperial, continuó en los Gobiernos sucesivos y se ha repetido poco más ó ménos en todos los demas Gobiernos á la moderna.

1.077. Cuando alguno de estos se encapricha con cualquiera empresa vistosa, por más dispendiosa que sea, es raro que no encuentre modo de sacar los medios á la nacion pupila ganando á los diputados. Pero cuando esta empresa es guerrera y tiende á hacer poderosa á la nacion multiplicando la fuerza armada, entonces no es posible que falten á los mi-

nistros los medios necesarios, porque la existencia independiente es para la nacion, como para los individuos *regenerados*, el máximo bien, y este bien máximo entre las naciones modernas, como entre los individuos poseidos de la idea de independencia, *no tiene otra garantía que la fuerza*. Por lo cual bien pueda un ministro renunciar á determinadas teorías, v. gr.: al monopolio de la instruccion pública, ó á la agricultura, ó al comercio; pero cuando se trata de la fuerza militar hay que engrandecerla á costa de cualquier sacrificio, como el individuo compra á costa de cualquier sacrificio el pedazo de pan ó el vaso de agua que necesita para su subsistencia.

1,078. Por donde se ve la razon íntima y necesaria de esa actitud espantosa en que se encuentran todos los Estados de Europa manteniendo sobre las armas á la mitad de la nacion para defender ó subyugar á la otra mitad, y se puede inferir cuán vano es el propósito de esos *Congresos de la paz*, que mientras fomentan el principio heterodoxo y se fundan en los derechos del *pueblo soberano*, del cual se declaran amantes fervorosos, para obtener que se depongan las armas y se restituya á Europa la tranquilidad, contribuyen con ese mismo principio santificado á afilar las espadas y á hacer imposible la paz, porque ese principio es precisamente el que obliga á los pueblos á mantenerse en guardia unos contra otros y esforzarse por sobrepujar á los demás.

1,079. Griten, pues, los amigos de la paz (y sea su grito sincero) porque se desarmen los ejércitos; jamás conseguirán nada mientras la independencia heterodoxa grite con voz más alta á los Principes, que no están seguros de sus pueblos, y á los pueblos que no lo están de sus vecinos. Y en estos momentos en que los ejércitos han sido la salvacion de la sociedad y de los gobernantes, el grito de los pacificadores no solo será inútil por estar contradicho por la naturaleza de las cosas, sino que será perjudicial, porque olerá á demagogia maximiniana, pues no hay cosa que deba desear con más ardor la demagogia que la abolicion de la única fuerza contra la cual se ha estrellado hasta ahora todo el furor de sus tempestuosos asaltos.

Queda, pues, sentado para entre nosotros que los grandes ejércitos no pueden desarmarse mientras se mantenga viva en los pueblos la idea heterodoxa de grandeza nacional, y la firme persuasión de que no puede conseguirse por vías de derecho (pues el derecho á la moderna depende de las opiniones individuales), sino solo por medio de la fuerza mayor, insuperable. Quede sentado que un ministro á quien le dice la naci6n: «Yo quiero sobrepajar en riqueza, en gloria y en poder,» no puede contestar otra cosa sino: «Yo quiero ejército que sobrepaje á los ejércitos europeos.» Lo cual quiere decir en lenguaje vulgar: dame cuantos hombres y dinero te sea posible.

1.090. Ya comprenderás que esto no quiere decir que no haya un hombre que no sea militar ni una moneda que no se gaste con los militares. Demasiado desatentado sería un ministro que así interpretase la grandeza del Estado y de su ejército, pues daría pruebas de creer que entre todas las producciones sólo la carne humana se produce sin máquinas ó braceros, y se conserva sin gastar en reparaciones. También ese producto necesita de una máquina que lo fabrique; esa máquina se llama el matrimonio y los maquinistas *cónyuges*. Y de la máquina y de los maquinistas y de su producto tiene el ministerio empresario ese cuidado asiduo y dispone con ese arbitrio despótico que cualquiera puede conocer cuando lea las leyes francesas y los artículos del Congreso radical de Baden respecto al matrimonio civil y al monopolio universitario. Sobre esas huellas van marchando también (por no ser ménos que otros reformadores) las Cámaras piamentesas, al mismo tiempo cabalmente que no sólo el Gobierno austriaco sino los mismos protestantes comienzan á detestar el vicio de tiranizar la familia en los matrimonios (1).

(1) Acaba de hacerse entre nosotros una ley que disgusta á toda el mundo, incluso los republicanos: es una ley sobre matrimonios civiles. En los cantones de Zurich y de Vaud, en donde sábelo Dios, la gente es bastante radical, allí, no obstante, el matrimonio religioso es de obligación. En Neuchâtel nuestros radicales han reclamado el matrimonio civil es obligatorio y simplemente potestativo el religioso. Ha sido preciso nombrar en cada parroquia dos casamenteros oficiales á los cuales se señala con el dedo. En



1.051. De aquí deducirás que la manía de tener un gran ejército para obtener gran influencia sobre los otros pueblos, no impedirá que se deje (seama permitido usar de una expresión muy exacta, aunque algo dura,) no impedirá que se deje á la parada un número suficiente de machos para propagar la raza, y allí se gaste cuanto sea necesario á fin de que los potros y pollinos no carezcan de forraje. Todo esto es necesario para hacer á la nación grande, rica y poderosa, y el ministerio á quien está encomendado este importantísimo ramo de felicidad pública, habrá desempeñado perfectamente su papel cuando con exactas estadísticas en la mano haya encontrado el punto culminante de esa curva que resulta de la combinación de las dos modernas leyes económicas: *tener al pueblo en la escasez y favorecer la reproducción*; ó en otros términos, cuando haya resuelto el problema de cagarchar el mayor número posible de potros multiplicando todo lo posible los caballos padres. Este cálculo está ya hecho por Montesquieu, y hé aquí cómo da cuenta de él la *Enciclopedia del siglo XIV* en un artículo al cual dejo la responsabilidad de las cifras, bastando para mi objeto que los cálculos estén hechos con ese espíritu característico de la economía moderna de utilizar los hombres. «Segun Montesquieu, dice la *Enciclopedia*, una «experiencia continua ha podido hacer conocer «que un Príncipe que tiene un millon de súbditos no pueda, «sin destruirse á sí mismo, mantener un ejército de más de «dos mil hombres. Admitiendo este principio, el ejército no «debe, pues, pasar de la centésima parte de la población. En «tiempo de Luis XIV..... Francia tuvo 400,000 hombres.... á «fines de 1793 teníamos lo ménos 700,000 combatientes, en «las filas, y al año siguiente estorce ejércitos presentaban un «electivo de más de un millon de hombres (tomo 24, página «388, V. *Treuve*)»

He aquí lector querido, la condicion á que queda reducido

---

*muchas parroquias nadie ha querido aceptar este encargo; en dos de ellas ha sido necesario nombrar á dos inspectores de ganado para que llenen en oficio. (Hermosa elección!) Echo du Mont Blanc, 8 de Marzo de 1852. De la Independencia Belga.*

en punto á fuerza militar un pueblo á la moderna; condicion que podrá parecernos á los estólicos un poco degradante, pero que admiten sin gran dificultad muchos de los que se han arrogado el papel de restaurar en los pueblos la conciencia de la propia dignidad y los derechos del hombre y del ciudadano.

1,082. Y he aquí de dónde nace ese sistema de reclutamiento militar con que te encuentras en donde quiera que los pueblos se regeneran. Cuando eran esclavos de los tiranos, de los curas y de la superstición, enganche militar no ponía toda la carne pública á disposición de los empresarios: la superstición reconocía también el derecho de defender la patria, pero conocía igualmente el derecho individual de escoger cada uno su propia profesion. Los tiranos dejaban esta libertad excepto en el caso de peligros universales y urgentes, contentándose con armar á los voluntarios asalariados á espensas del príncipe; y los curas predicaban el deber de fidelidad á los militares sin imponer á los pueblos la obligación de levantarse como un solo hombre para los enganches.

1,083. Pero conocida, gracias al apóstata tudesco, la justa idea de la libertad, proclamada esta por el frenesí del populacho de París, oyeron los pueblos que se les intimaba que *la libertad es de aquel que sabe tomársela; el que no sabe, no es digno de ella; todos los ciudadanos son soldados; es un cobarde y un malvado el que no corre á arrostrar la muerte por la patria*. Con estas ideas apareció á los ojos de la Francia republicana la ley del 19 frumidor año VI, sentencia de muerte que condenaba á millares de jóvenes, flor de la nacion. La Carta de 1814, inspirada por las tradiciones del despotismo paternal, abolió en el art. 12 las quintas, admitiéndola después sólo para casos de necesidad en la ley del 10 de Marzo de 1815. Pero después de las gloriosas jornadas, abolido nuevamente el espíritu de aquel despotismo, y vuelta Francia á la libertad moderna, nació la ley de 21 de Marzo de 1832, que resucitó el reclutamiento forzoso, y recordó á todos los franceses que son soldados. Y para que veas más palpable el origen heterodoxo del aumento indefinido de los ejércitos, toma-

te el trabajo de leer el artículo francés poco antes citado, y verás que siempre que renacia el espíritu católico disminuía el ejército, y por el contrario, crecía al fortalecerse el heterodoxo. «Las guerras continuas del Imperio mantuvieron nuevas tropas en un pie formidable; pero el país quedó agotado por tan grandes esfuerzos. Bajo la Restauración, se redujo considerablemente el ejército. Durante los primeros años que siguieron á la revolución de 1830, se aumentó y tuvimos hasta 400,000 hombres en las filas; desde hace tres ó cuatro años, el ejército se ha puesto en relación con la población» (1). Como ves, los hechos confirman la teoría, y la teoría explica los hechos.

Los regeneradores de Italia no tuvieron tiempo ó necesidad de reducir á fórmula práctica el principio teórico; pero en Roma, donde las quintas no se conocían, se publicó solemnemente el principio con el decreto de 27 de Abril de 1849, el cual, *considerando que la vida y las facultades del hombre pertenecen de derecho á la sociedad y al país en que la Providencia le ha puesto*, preparaba la tumultuaria quinta de los últimos días de la república, cuando «algunas compañías de legionarios armados esparcidos por las calles y las plazas de Roma, cogieron á los albañiles, carpinteros y otros artesanos, y después á cuantos pudieron haber en la ciudad y en el campo, y todos, contra su voluntad, rodeados de aquellos valientes que les ponían las bayonetas en el pecho, fueron conducidos violentamente á las murallas y ocupados allí, como carne de matadero, en los trabajos más penosos, mientras por otra parte granizaban sobre ellos las balas y la metralla de los sitiadores» (2). A ese mismo espíritu regenerador debe atribuirse en el Piamonte la institución del tiro, felizmente extinguida, á lo que parece, pues que ya no se oye hablar de ella, pero que hubiera transformado á todos los ciudadanos del Piamonte en otros tantos bersaglieri.

(1) Enciclopedia del siglo XIX.

(2) *La Revolución Romana á juicio de los imparciales*, cap. XI, pág. 522.



[Los ves, lector! las quintas, dolorosa necesidad de un Príncipe paternal en tiempos dificultosos, es para los regeneradores uno de los bienes principales del pueblo. Pero esta materia ha sido muchas veces falseada y pervertida en nombre de la heterodoxa civilización moderna, de tal suerte, que con frecuencia ha sucedido que la verdad ha tomado la apariencia de paradoja y el error de verdad. Así, pues, no desagradará al lector que nos esforcemos en poner en clara en este capítulo las sinceras enseñanzas de la naturaleza, fortaleciéndolas cuando llegue el caso con las de la Iglesia, á fin de que se distinga la verdad del error y la justicia absoluta del deber relativo, por el cual muchos se engañan y, autorizando el error social, fomentan los males presentes y preparan otros futuros.

1.084. Estos políticos, aunque tal vez honrados y expertos, se persuaden fuertemente á que el reclutamiento forzoso no solo es lícito en ciertos casos porque es necesario, sino que encuentran en él tantos bienes para la persona, para la familia y para el Estado, que crecieran ofender la caridad ciudadana si aventurases una palabra contra esa institucion que otros llaman un tributo de sangre. Y mas de una vez se censura al Gobierno pontificio, el no haber concedido hasta ahora á sus súbditos la inestimable ventaja de pagar este envidiable tributo (1). «Y ¿qué tropas, dicen, puede esperar un Gobierno que se contenta con los vagabundos que recoge por las calles, gentes sin oficio ni beneficio? Solo la quinta puede proporcionar soldados que no sean salteadores. Las familias, pues, y las personas adquieren mediante esta institucion las ventajas inestimables de la cultura, que no pueden esperar mientras la juventud campesina no salga de las angustias y de las miserias del caserio nativo; y ¿quién sino la quinta eleva á los aldeanos de ánimo generoso y de talento distinguido, hasta los mas encumbrados puestos de la milicia, practicando de esta suerte el derecho universal de llegar con el mérito á las alturas supremas de la sociedad?»

(1) Farini, *Lo Stato Romano*, etc.

1,085. Nuestros lectores acostumbrados al lenguaje heterodoxo ya habrán previsto nuestra contestación echando de ver en esta última parte de la objeción el germen venenoso de donde nace: del sistema utilitario y de la igualdad corruptora de todo orden social. Ese sistema heterodoxo no consiste solamente en que el talento distinguido, unido al ánimo generoso, pueda subir á la cumbre del poder social (doctrina muy propia de la idea católica, que imponiendo severamente á los que han de hacer la elección la preferencia del mérito, enalteció tantas veces á labradores y pastores hasta sus más venerables grandezas, la mitra, la púrpura y la tiara) sino que consiste precisamente en mirar esas grandezas, no como *funciones ó deberes* sino como felicidad que se adquiere por derecho, deduciendo este mismo derecho de la natural tendencia á la felicidad. Este sentimiento, *esencialmente heterodoxo*, porque es esencialmente contrario á los principios católicos, que sacan de la tendencia á la felicidad los estímulos más poderosos para excitar á los fieles al desprecio de toda grandeza terrena; este sentimiento, digo, es esencialmente subversivo de la sociedad, porque es razón esencial de descontento en todas las clases sociales mientras se ve á un conciudadano que sobresale. ¿No bastará esta sola observación para encontrar un vicio en la teoría de la quinta que se funda en tales principios?

1,086. ¿Esperan civilizar la aldea educando al campesino en el cuartel! Esto indica qué idea se forman de la civilización los panegiristas de la quinta. Ciertamente el aldeano dejará á la puerta del cuartel la velluda piel de su montaña, y tomando un paso cadencioso y un aire decidido y fiero parecerá más bonito á nuestros ojos ciudadanoses; pero si el nuevo equipo se pagase á precio de inocencia, si al dejar la pellica dejase el espíritu de familia y el amor filial; si el ejercicio del campamento le hiciera perder la afición al arado; si la diversidad de alojamientos y las francachelas le dieran lecciones diferentes de las que había recibido del Párroco y del confesor, ¿qué ganaría en ello la verdadera civilización? ¿Se podría llamar á esto una buena educación del pueblo? En cuanto á nosotros, confesamos ingenuamente que solo vemos

una aplicación especial de ese completo desbarajuste heterodoxo que hemos deplorado antes de ahora; esto es, la disolución de la familia. A ella conduce en último resultado la manía de ciertos padres de promover siquiera á uno de sus hijos á esa alta cumbre á que alcanzan las fuerzas en cualquiera de las carreras sociales; elevado el Benjamín con inmenso trabajo, y quizá con daño de los demás hermanos, al rango de los empleos, se le ve después volver á casa desalentado á los suyos, avergonzado de su clase y de su casa, desdénando las toscas formas de su conversacion; en suma, más extraño que hijo, más ambicioso leguleyo que honrado ciudadano, más apto para pescar á río revuelto y ávido de revueltas, que desoso y capaz de compensar á la familia con su sudor los sacrificios inmensos que hizo para enaltecarlo.

Bajo el dominio de las ideas católicas se censuraba á las familias que dedicaban á un hijo á la carrera eclesiástica por el *beneficio*, y se censuraba al hijo sacerdote que enriquecía por *nepotismo* á la familia con los bienes de la Iglesia, y estas censuras eran justas, porque semejante proceder era ciertamente una perversión de juicio y de afecto. Pero ¡cuánto peor es la perversión que llega á relajar, como sucede hoy en muchos países, los vínculos mas sagrados de la naturaleza ó de la gratitud! Y ¿qué gana el bien de la sociedad con que esto se haga para formar un abogado ó un coronel? ¿Ganará la verdadera civilización compensando con la elegancia de las formas la pérdida de los principios y de los sentimientos sociales? Si el reclutamiento militar fuera únicamente de hombres viciosos y discolos, podría esperarse algun provecho, pues que la educación de los militares será siempre mejor que el desenfreno de los discolos, pero á estos cabalmente se quiere excluir para civilizar con la educación de los cuarteles la inocencia de los caseríos; lo cual es sustituir tiránicamente una cultura facticia de barniz material á la civilización interna de los sentimientos naturales.

1.987. Falsa idea de felicidad para el individuo; falsa idea de cultura para la aldea; hé aqui dos errores de los panegiristas de las quintas. Pero esta dicen es necesaria para



tener un buen ejército; de otro modo tendríamos un rebaño de viciosos dispuestos al latrocinio y á la traición.

Este es sin duda el argumento más poderoso que milita en favor de aquella institución; pero su valor, como todo el mundo vé, presupone tal disposición moral en la sociedad que nadie sino el bagabundo desmoralizado tenga voluntad de ser militar, ó que el ejército haya de ser tan numeroso que no basten para formarlo los voluntarios honrados. Supongamos que en estas condiciones se encuentra actualmente la sociedad: ¿es este el estado normal, según la naturaleza? Si el lector me concede que en muchos casos la milicia puede ser una profesión apetecida por un buen número de ciudadanos, y que este número en otras condiciones de la sociedad puede bastar para la defensa del derecho contra la violencia, pronto verá que la razón alegada en favor del reclutamiento forzoso, será suficiente para demostrar su necesidad relativa en los tiempos presentes, pero no su necesidad absoluta en todo tiempo, si por otra parte es contraria á la ley natural.

1.088. Pues una y otra condición deben encontrarse, en nuestro sentir, en la sociedad natural. En primer lugar, nada se atreverá á afirmar que no pueden encontrarse en un pueblo culto cierto número de jóvenes inclinados á las armas, no solo por la experiencia, contraria de todos tiempos, en que siempre ha habido jóvenes aficionados á la milicia, excitados, ya por la nobleza que resplandeca en el valor, ya por la alegre libertad que reina en los cuarteles, ya por el privilegio de la fuerza, que todo lo consigue, y también por las mismas razones con que nuestros adversarios, queriendo probar que es necesaria la quinta, prueban que la profesión de las armas es generosa y laudable. Sería ciertamente tristísima condición de la sociedad humana, que la naturaleza fuese inexorablemente necesaria la fuerza armada, y que hubiese puesto en el corazón humano tales instintos, que el satisfacer aquella necesidad exigiese violencia. Esta sería una extraña anomalía en los planes de la Providencia, la cual, al lado de cualquiera necesidad, ya individual, ya social, coloca la capacidad, el impulso y hasta el placer de satisfacerla. La verdad es que de las

muchas naciones europeas que conocemos, si exceptuáis algunas pequeñas fracciones, cuya aversion á la milicia se explica fácilmente por circunstancias puramente accidentales, en todas las demas el genio guerrero necesita mas bien direccion que estímulo, y la espada es para los españoles, franceses, piamonteses, enizos, húnguros, polacos, etc., un adorno del cual se enorgullece, no un peso que lleva de mala gana. Aun á los mismos súbditos pontificios que tienen fama de poco belicosos los juzgaria mal quien los creyese incapaces de moverse á la voz de la Religion y del honor. Bastaria para probar lo contrario esa institucion á la que las calumnias y el odio de los demagogos debia hacer acreedora, no á la compasion, sino á la aprobacion de los súbditos fieles y de los sinceros católicos. No negaré yo ciertamente que los centuriones, ó sea voluntarios pontificios, tan desacreditados por los revolucionarios de 1831 hayan tenido alguna culpa en las disensiones que conmovieron las Romanias y las Marcas antes de la última república; pero de que aquella milicia mereciese tantas execraciones de que fué objeto, no me convencerá ninguno de esos vaciferantes de plazuela que despues de haber vituperado á los defensores del Pontífice corrieron á apunatar los cañones á su palacio. Asi, cuanto más abullen los lobos mas me convencen de que el perro hace su oficio en defender el rebaño. Solo un proceso podria hacerme creer lo contrario y ese proceso nadie lo ha intentado aún en tiempos en que hubiera sido fácil formarlo.

Y aunque en el ardor de defender al Príncipe legítimo y Gerarca Supremo excitados por la pérdida y obstinada faccion se hubieran excedido algunos ó si se quiere muchos de aquellos voluntarios, esta seria una nueva prueba de nuestro principal asunto, esto es, que se encuentra tambien en el pueblo romano ese sentimiento militar espontáneo pronto á responder al llamamiento del deber, de la piedad y del honor, y que sólo necesita de mejor organizacion.

4.089. Supuesto, pues, que no faltan en ninguna nacion culta numerosos voluntarios honradas para el ejército, si no obstante la influencia de ciertas ideas ha reducido á la socie-

dad á tal condicion que necesita innumerables batallones para resistir á la violencia y al crimen, bueno será decir que las presentes necesidades de la sociedad nacen de no sé qué desgracia accidental que constituye una crisis pasajera, la cual exige remedios extraordinarios que están fuera de su constitucion normal.

1.000. Por otra parte, si consideramos en segundo lugar á la sociedad en sus condiciones naturales bajo el impulso de la naturaleza, es claro que la eleccion de profesion es por si misma derecho natural é inalienable del individuo, y debe estar en armonia con las necesidades, con la capacidad, con el carácter del que con ella ha de atender á su subsistencia y bienestar. De estas premisas resulta, que fuera de ciertos casos en que un peligro extraordinario puede llamar á todos los ciudadanos por deber de caridad á defender á la patria, toda persona debe quedar en libertad de escoger su profesion, y no se la puede violentar sin cometer tiranía. Este principio moral merece tan profunda veneracion entre los católicos, que al mismo padre le está vedado muchas veces imponer una profesion determinada á los hijos, á pesar de que querria y sabria atender mucho mejor ciertamente que el Gobierno al verdadero bien de su hijo. ¿Y cómo se ha de conceder al Gobierno sin gravísima necesidad lo que se niega al padre? ¿Y cómo concederlo precisamente para una profesion en que son tantas las tentaciones para la conciencia, tan grande el sacrificio de los afectos, tanto el perjuicio de los intereses y tantos los peligros de la vida? La sociedad más santa no se atreveria á facultar á la autoridad más respetada para obligar al súbdito más virtuoso á abrazar la profesion más santa; ¡y se concederá á la autoridad seglar que puesta en circunstancias normales obligar á largo celibato en la flor de sus años á la juventud que elije, trastrocando su oficio, la dulzura de los afectos y las esperanzas del porvenir, para exponerla á todos los peligros de las armas y obligarla al sacrificio de la vida! Que esto hagan los adoradores del *Dios-Estado*, se comprende perfectamente; porque ¿quién se libra de ser sacrificado á ese Moloc? El rebaño de los reclutas no es para ellos más que una peque-



ña parte de las víctimas destinadas al matadero. Las quintas corren parejas con el sacrificio de la juventud por medio del monopolio universitario y con el sacrificio del oro en el presupuesto parlamentario. Todo se debe al *Dios-Estado*, y á los ministros toca elegir la materia; si se ofrece al idolo la sangre de los reclutas, ó la inteligencia de los jóvenes, ó las rentas de los propietarios, el principio es siempre el mismo. Todo se debe en holocausto al *Dios-Estado*.

Si se prescinde de esa idolatría tan contraria á la naturaleza, nadie pueda admitir como condicion natural de la sociedad el desorden que hemos descrito y considerarlo como una perfeccion, á menos que haya perdido la idea católica de aquella Providencia paternal que tan sabiamente ha dispuesto en la tierra la suerte y la vocacion de los hombres.

1,001. Por lo dicho hasta aquí comprenderá el lector que no es nuestro propósito condenar absolutamente el reclutamiento forzoso y mucho menos censurar á los Principes que por el espíritu *moderno* se ven obligados á introducirla en su legislación. Conocemos que no es un crimen para el padre de familia, que sorprendido en su casa por un tropel de foragidos arme contra ellos, no solo los criados, sino las criadas y la mujer y los niños. Sabemos que lo hace contra su voluntad obligado por los asesinos; solo estos consideran la pelea como su estado natural, y tienen por infeliz al hombre honrado que marcha con fiado y sin armas; solo á estos debe, pues, imputarse la triste condicion de aquel pobre padre que se ve obligado á armar á todos los asaltados, porque son muchos y armados los ladrones salteadores; solo al espíritu heterodoxo debe imputarse la necesidad de las quintas, porque solo él produce esa sed insaciable de grandeza material, al paso que apagando toda luz de derecho enseña que el único medio de conseguirla es la fuerza material del ejército. Preciso es, pues, aceptar el medio por duro que sea, cuando la pérdida del sentimiento católico le ha hecho inevitable y necesario. Pero si las quintas deben aceptarse como necesidad de tiempos anormales, no por esto debe erigirse en regla ó sancionarse como tipo de felicidad. Quédese esta aspiracion para la sociedad

corrompida que labra en el yunque de sus férreos principios, al son de los himnos de la libertad, las cadenas para todos los ciudadanos.

1,092. Esa heterodexa y contradictoria libertad, si bien ha invadido, más ó ménos, toda la sociedad europea, ya lo hemos demostrado muchas veces y lo repetimos nuevamente, no tiene órgano más adecuado entre los Gobiernos que los de los sistemas representativos. No debes por consiguiente maravillarte de que bajo esas formas se recrudezca y se perpetúe la plaga de los ejércitos indefinidos y del reclutamiento universal. Ya es sabido: cada sér obra según su naturaleza; por consiguiente, cuanto es más connatural á los modernos sistemas representativos el principio heterodoxo, tanto más lozano debe ser su fruto natural, el dispendioso despotismo militar. Considera al ministerio constitucional en relacion con el órden internacional político ó civil, y siempre lo verás obligado á aumentar el ejército hasta donde sea posible.

1,093. ¿Lo ves en el órden civil? A un lado te se presenta un pueblo de descontentos, agitado por un deseo constante de novedades y alucipado por una prensa para la cual la maledicencia contra el Gobierno no es un vicio, sino un bien, una necesidad, un deber. Las facciones descubiertas y las sectas secretas lo han reducido completamente á una organizacion casi militar, y si algun ciudadano honrado se ha escapado de los compromisos de los partidos, se le engancha y se le arma para la milicia nacional. En medio de un pueblo de semejante naturaleza, donde todo es rabia de partidos en el corazón y toda milicia en la organizacion, ¿qué remedio le queda al ministerio que tiene que sujetar á ese pueblo, sino formar otro pueblo apartado en los cuarteles, animándolo del espíritu contrario de obediencia, aumentándolo y armándolo hasta que sea capaz de resistir á todo ataque?

1,094. Pues más que esto sucede aun en el órden político, en que á la fuerza de las muchedumbres se agrega el derecho de soberanía. En un pueblo que no se crea soberano la rebelion es un delito; y si es promovida por las pasiones puede esperarse un momento lúcido en que la conciencia

disuada al pueblo da revelarse. Pero los sistemas políticos modernos, ciñendo al pueblo la diadema de soberano, le han concedido el derecho de insurrección á proporción del número y de la fuerza.

1.095. Pasa la frontera si te lo permite ese círculo de bayonetas que la rodea, y ¿qué verás? Verás á los pueblos vecinos enseñados por el *Espíritu de las leyes* (1) á mover guerras al limitrofe, por justo é inofensivo que sea, siempre que su creciente prosperidad y poder parezcan peligrosos al suspiroz político. Y la doctrina del antiguo magistrado francés fué confirmada poco há por Lamartine. «Francia, dice, no puede tolerar que una Potencia de segundo orden situada á sus puertas se convierta de repente en Potencia de primer orden; no lo puede tolerar sin sospecha.... Francia en este caso debe apoderarse de dos prendas: Niza y Saboya (2).» Me dirás que hoy los ministros no son ni Montesquieu ni Lamartine; pero te contestaré que en el sistema constitucional son algo peor; son un dado echado al aire, inconstante como la multitud, incierto como la fortuna. Hoy es ministro Stanley ó Guizot ó d'Azeglio, y podemos vivir tranquilos; pero mañana pueden volver un Palmerston, un Thiers, un Rattazi y poner fuego á los cuatro ángulos de Europa. En semejante incertidumbre ¿qué político esperará á formar su ejército cuando sea tiempo de llevarlo á campaña? Cuando un Rey reina y gobierna, conociendo su carácter, ya sabe á qué atenerse mientras viva, pero la frecuencia de los cambios ministeriales no deja en materia de tropas otro camino que seguir que hacerse sordo, no digo á los *Congresos de la paz*, sino, lo que es más sério, á la penuria de la Hacienda y al gemitido de los pueblos.

1.096. Y como si no bastase este elemento de perpétua agitación para hacer necesarios los grandes ejércitos se ha

(1) Montesquieu: *Espíritu de las leyes*, lib. X, cap. II.

(2) Lamartine: *El pasado, el presente y el porvenir de la república*.



añadido nuevamente la terrible palabra nacionalidad, que hiriendo hasta las fibras más recónditas del corazón del pueblo pone en conmoción á los ciudadanos de todas clases, y en desorden todas las razas humanas. Esto, que el periódico *El Estatuto de Florencia* (1) llamaba un hecho nuevo en la historia moderna, por el cual todas las nacionalidades divididas aspiran irresistiblemente á reunir sus partes, si bien en cierto sentido pueda llamarse uno de esos vocabulos encantadores con que la revolución tiende á subvertir el orden público viene sin duda una base en el estado actual de paganismo de nuestra sociedad, como lo tuvo en la antigua sociedad pagana. Abolida la idea católica é introducido el protestantismo, bajo el cual toda nación crea por sí misma su propio derecho como su propia conciencia, no se envilece por aceptar la norma de su conducta de una *Potencia extranjera*, de los *servidores de un cura*; todas las naciones conocen que serán respetadas en cuanto pueden hacerse respetar con el ejército. Así lo leen escrito por la diplomacia europea, porque el principio heterodoxo sancionado por la paz de Westfalia abolió en Europa la unidad de creencias y de voluntad; así lo ven ejecutado en la práctica, porque ¿qué valor tienen los Principes pequeños enfrente de las grandes Potencias que escriban los protocolos? ¿Qué otro medio tienen aquellos para engrandecerse despues de haber acumulado sus hombres y su dinero, sino reunirse con otros pueblos y formar uno solo con ellos? Esto es precisamente lo que se llama el principio de nacionalidad: agrupación de pueblos que esperan engrandecerse bajo el especioso titulo de una genealogía.

4.097. La manía de engrandecimiento material se va, pues, infiltrando poco á poco, no ya solo en los Gabinetes y en los Parlamentos, sino con el auxilio de estos hasta en la muchedumbre, á quien los diputados y los periódicos embaucan perfectamente con tales ideas, falsas ó exageradas de grandexa nacional. El valor que estas tienen en Europa pue-

---

(1) *El Estatuto de* 6 de Marzo de 1854.

des calcularlo por un hecho reciente. Cuando Italia insurreccionada en nombre de la nacionalidad queria ser independiente de Austria, los diputados tudescos, reunidos en Francofort, querian la unidad alemana en virtud del mismo principio, y los emisarios secretos de la Joven Europa trabajaban enérgicamente por una y otra nacionalidad. ¿No parecia que la Dieta germanica debia respetar su propio principio en la unidad italiana, y que el mazinismo tudesco debia favorecer á sus hermanos cisalpinos? Y, sin embargo, no encedió así: la unidad alemana comprendió lo mucho que perdía cercenando las fuerzas de Austria, y el principio en que se fundaba todo el trabajo de la Dieta en el Mein perdía su verdad combatiendo en el Pó. La razon tú mismo la ves; los principios no son otra cosa que ideas para los modernos; las ideas no son mas que sueños; lo positivo, lo real es lo que toca al bolsillo, y el bolsillo de los modernos tudescos que ganaba en Alemania con el poder de Austria, se veia amenazado en Italia por la emancipacion de los lombardos. Por consiguiente, la unidad nacional era un derecho en Alemania y un entuerto en Italia.

1.098. He aquí, lector, lo que son para esta gente moderna los principios, el derecho, la inviolabilidad de los pueblos, etc., para palabreria para encantamientos, y elementos de discordia; pero lo verdadero, lo importante es dar la ley al mundo; lo que quieren es engrandecerse y preponderar. En tales circunstancias ¿te atreverás á esperar que disminuyan los ejércitos permanentes? Esto podria suceder entre príncipes absolutos abrumados por el peso de semejantes ejércitos, no impulsados por los delirios del pueblo y deseos de engrandecerse con las artes de la paz. No hay quien no se acuerde de la primera y célebre frase de Napoleon III al subir al trono: *el Imperio es la paz*. Pero cuando la forma de gobierno invita á todo el pueblo á tomar parte en las deliberaciones y el principio epicúreo lo embriaga con la idea de las grandezas materiales, siempre se encuentra entre los ricos é influyentes un buen numero de diputados tan ardientes para invitar á la guerra como prudentes para no esponer su pellejo. Así, pues, el estado de guerra es permanente

y la disminución de los ejércitos es un puro sueño (1). Calcu-  
le ennobrecida con la evidencia de los números un general  
senador la imposibilidad de mantenerlos, un terrible *delenda*  
*Carthago* sostendrá el ejército apetecido por el ministerio,  
pues ha vuelto á estar en vigor la antigua y bárbara idea, segun  
la cual el ejército no es otra cosa que la nación reunida y pue-  
sta en movimiento. *En la vida de los pueblos germánicos.... el*  
*ejército era la nación reunida y en marcha* (2). Si hay algu-  
na diferencia, consiste en que se llama ejército á la fuerza  
asalariada, y el resto de la nación es una milicia sin sueldo.  
Las leyes de 6 y 12 de Diciembre de 1790, que son las prime-  
ras que despues de las tres razas han proclamado una acep-  
cion oficial, salian del carril de las rutinas y decian con mas  
justicia, pero en estilo ménos vago: *El ejército francés es*  
*una fuerza habitual sacada de la fuerza pública y destina-*  
*da esencialmente á obrar contra los enemigos de afuera* (3).

1,093. ¿Habeis comprendido? ¿teneis necesidad de otro in-  
térprete? Ma parece que el lenguaje no puede ser más claro;  
Francia, y despues de ella todas las naciones modernas, han  
vuelto á la felicidad de las hordas bárbaras: *El ejército no es*  
*más que la nación puesta en movimiento*. La nación siente  
por naturaleza que debe tender á la felicidad; sabe por las  
doctrinas utilitarias que la felicidad consiste en el engrande-

(1) Mucho se ha declamado contra el dicho de Hobbes, segun  
el cual, del verdadero estado natural del hombre es la guerra de  
uno contra todos. Pero si estas declamaciones son naturales en  
labios de un católico, son por el contrario en extremo grado irra-  
cionales en los de un heterodoxo que aceptando el principio de  
aquel ímpio, es decir, la independencia absoluta del hombre, ár-  
bitro de fijar segun su razon el objeto, los medios y los derechos  
de la propia felicidad, le disputa despues el derecho de conqui-  
starse donde quiera que la encuentra. Hobbes era más lógico; y  
los regeneradores, sus sucesores, que arman á cada pueblo con-  
tra todos los demas, son más lógicos que aquellos amigos de la  
paz, que en nombre del equisimo protestante quieren desarmar á  
los pueblos privándoles del único medio con que podrian con-  
quistar grandeza y riqueza, ó sea felicidad (utilitaria).

(2) *Histoire du Droit criminel des peuples modernes en la*  
*Université Catholique*, Tom. 31, pags. 23 y 34.

(3) Enciclopedia del siglo XIX, tomo III, pág. 625.



cimiento, en la preponderancia y en el dominio; se encuentra en la alternativa de la *egemonía* en que la coloca la superioridad, ó la esclavitud que la pone á merced de otro pueblo. Con tal condicion eleva al mando á un ministerio responsable y le intima que gobierne á la baqueta, pero que la conduzca á costa de cualquier sacrificio á la victoria. ¿Qué pedirá, pues, semejante Gobierno á la omnipotencia de los diputados? «Dadme cuanto oro y soldados tengais.» Dicho y hecho: se autoriza á los ministros para sacar todo el dinero que hay y para tomar prestado lo que falte; se le autoriza para que reclute hombres, violente las vocaciones, fomento los matrimonios y sugiera la manía de guerrear en todo imberbe estudiantillo y en todo alumno de colegio. Y si despues de tantos esfuerzos todavia no somos bastante fuertes, se recurre á la genealogia de los pueblos, se arruina el orden internacional y el derecho de los antiguos gobernantes para que nuestra nacion no ceda en nada á los demás pueblos europeos y sepa hacerse respetar con el cañon, ya que calla el derecho y enmudecen las conciencias. A un ministerio que oye esto de sus mandatarios, ¿os atreveriais á acusarle de déspota ó de despillarrador?

Inclinad la frente y doblad el cuello bajo ese yugo, ¡oh modernos encomiadores de la libertad! Reconoced con Vitalini que el despotismo es todavia indispensable para nuestra salvacion (1). Sólo falta que proveais de buenas garantías á la libertad vacilante, y de esto trataremos en el párrafo siguiente.

---

(1) Vitalini, *El amor de Italia*, pág. 194.

## § III.

*La Milicia ciudadana.*

1.100. Tal vez, benévolo lector, te encuentres melancólico á vista del triste porvenir que se abre ante las consideraciones generales que acabamos de exponer, respecto al uso y al fin de la milicia en los Estados modernos. Para consuelarte, que no es tan fiero el león como lo pintan, y si

•La guerra che in latino é detta bello  
•Par brutta.....

no faltan en la milicia ciertos lados ridiculos, capaces de serenar con una sonrisa el ceño feroz de Marte.

Uno de esos lados se nos presenta en la fuerza militar de los Estados modernos cuando la consideramos en los dos órdenes en que se divide. Para explicarte mi pensamiento permíteme que como otras veces entra contigo por algunos instantes en familiar entretenimiento.

Si yo fuese un cuaquero que creyese ilícito el armarse para la guerra, ¿qué argumento emplearias para convencerme de lo contrario?

El Lecroa.—O: diria que no siendo otra cosa la autoridad social que el derecho de dirigir por el camino del bien á la multitud, debe tener necesariamente el derecho de usar hasta de la fuerza contra quien no obedezca á la autoridad. Ahora bien, la fuerza para contener á la multitud debe ser más fuerte que la multitud misma, ó al ménos que aquella parte que puede no ceder á la razon y al derecho; de otro modo seria inútil la institucion natural y divina de la autoridad. Luego la autoridad tiene el derecho de mantener tanta fuerza armada que pueda dominar cualquier maldad de la multitud.

1.101. El Auton.—¿Y qué diriais si yo tachase vuestra

prueba de igualmente absurda y tiránica? *Tiránica*, porque pone en manos de pocos un poder del cual pueden abusar para oprimir á todos; *absurda*, porque en nombre de un pueblo libre y soberano se instituye una fuerza que le quita la libertad y la soberanía. Al ménos los absolutistas hablan más francamente, y enseñando el cañón dicen, «obedecer:» no pretenden demostrar que los que mandan la artillería que mata somos nosotros mismos que seremos las víctimas.

1,102. Lector.—Así deben obrar los absolutistas, según su sistema. Pero no puede negarse que si á un Rey se le pone en la cabeza hacernos ametrallar, tiene para ello cumplido poder. Y precisamente para evitar esto, los Estatutos del Continente han provisto al pueblo de esa maravillosa garantía de la *guardia nacional*; la cual, mientras por un lado asegura á las familias contra gentes de mal vivir, por otro garantiza á la nación contra el despotismo.

1,103. Autor.—No obstante, la portentosa institución no libró de la metralla á los ciudadanos libres, cuando á Collot d'Herbois se le antojó ametrallar á los lioneses.

Lector.—Bien, bien; en los tiempos del terror, ya se sabe, todo estaba desbarajustado.

Autor.—¡En los tiempos del terror! Y ¿cuántos días hace que en Sassari, mientras el *pueblo soberano* andaba haciendo el loco, se creyó prudente desarmarlo y reducirle á la condición de esos Soberanos que reinan y no gobiernan? Y muy recientemente, ¿no se ha hecho otro tanto con la guardia nacional de Cagliari?

Lector.—Exactísimo; pero ¿sabéis por qué? porque promovían tumultos.

Autor.—Pues precisamente; ¿no es ese el momento en que debía garantizarse al pueblo la libertad?

Lector.—Este es cabalmente el oficio de la guardia nacional; pero no porque haya faltado alguna vez, debemos desconocer los servicios importantísimos que ha prestado en otras mil circunstancias. ¡Ah! si os hubiérais encontrado en Palermo, cuando por espacio de meses y meses vivía aquel buen pueblo casi á merced de los asesinos que los aterrorizaban



apoderándose de quien se les antojaba por respetable que fuese! Si hubiéseis visto el admirable continente de aquella querida guardia nacional, cuando corría por los vericuetos de Montreal para libertar á cinco víctimas ilustres, ó cuando se presentaba enérgicamente al Parlamento para salvar la ciudad de la destruccion á que la conducian cuatro frenéticos, comprenderíais entónces qué inestimable tesoro se encierra en esa institucion.

Auron.—Suscribo de buena gana á vuestros elogios si me habláis de una guardia cuya probidad, honradez y catolicismo, sean tales que la hagan el apoyo de la justicia y de la verdad.

Lecton.—Pues este es el carácter propio de la milicia nacional, estar siempre, por la naturaleza de su instituto, compuesta de los ciudadanos más honrados, y ser por consiguiente natural defensora de lo que es justo y verdadero.

Auron.—Pues si es así, ¿qué necesidad tienen los Gobiernos de armar un ejército para contener á la multitud?

1,104. Lecton.—Así lo creo yo; y en efecto, más de una vez se ha establecido en los Estatutos que la tropa de linea se mantenga en las fronteras y se confie la seguridad interior á la milicia nacional. Pero ya sabéis en qué vienen á parar estas disposiciones: *hecho la ley, hecha la trampa*. El poder ejecutivo encuentra más cómodo seguir su capricho; deja hablar á la ley y coloca sus batallones donde más le place.

1,105. Auron.—Y la guardia nacional, ¿por qué no se opone?

Lecton.—¡Ab! ¡pobrecillo! ¿cómo ha de ser tan aguerrida como la tropa permanente?

Auron.—Pues entónces es una fuerza sin fuerza.

Lecton.—Sin fuerza propiamente no puede decirse.

Auron.—¿Cuestiones de palabras! llamémosla, pues, una fuerza insuficiente.

Lecton.—A decir verdad, conozco que si el poder ejecutivo se empeña en concentrar su ejército, la guardia nacional no puede impedirsele.

1,106. Auron.—Luego ya veis cómo esta institucion fla-

quea por diferentes lados y no sirve para el objeto que se quiere, que es asegurar al pueblo contra la opresion. Así, pues, no solo es una institucion inútil, sino perjudicial é incómoda, porque si no reunen en la guardia nacional á los ociosos y bagabundos, ¿de qué gente se va á componer? Ya se sabe; de empleados, de gentes de negocios, de artesanos; personas todas cuyo trabajo es necesario al público, y mas que necesario á sus familias. Extraña cosa en verdad, que ciertos economistas á quienes les parecen excesivos doce dias de fiesta consagrados á las prácticas religiosas, á los estudios liberales, á las relaciones civiles y al descanso del pobre pueblo, extraña cosa repito, que tales economistas hagan tan poco caso de la interrupcion extraordinaria del trabajo dos ú tres veces al mes, á mas de los medios dias dedicados cada semana al manejo de las armas. Haced bien el cálculo y vereis que tenia razon el diputado Menabrea cuando en la Cámara piemontesa decia: «No seria difícil demostrar que la guardia nacional, considerada económicamente es mucho más gravosa al Estado que el mantenimiento del ejército permanente (1).» Y si acude al cuartel la juventud imberbe, ¿qué irán ganando la educacion y la moral pública? Y si en el ocio del cuartel considera el operario que es más cómodo jugar y trincar que dar martillazos y cepillar, ¿no resultará demasiado cara una institucion por otra parte inútil? Por todas estas razones creo que se ha concentrado tanta renitencia en la organizacion de la milicia nacional, que ha sido preciso recurrir á penas no leves para obligar á los remisos. De esto teneis un ejemplo en Génova, en donde la *orden del dia* del 15 de Mayo de 1851, hace alusion á esas penas. Y ¿sabeis qué son esas penas? Hé aquí cómo se lamenta de ellas un genovés. «No podemos aprobar, decia, la costumbre de exacerbar la pena de los presos con la prohibicion de llevar un simple colchon para la noche y de comprar los alimentos que les acomoden, cosas que no se prohiben ni á los condenados á trabajos forzados.» No puede negarse que la negligencia podia merecer algunas

(1) *Echo du Mont blanc*, 5 de Diciembre de 1854.

penas, pues tantas eran las faltas á las llamadas, pero esto mismo prueba cuán onerosa era esa milicia para el pobre pueblo. Mas aun sin recurrir á la frecuencia de las penas, harto lo demuestran las no menos frecuentes instancias y recursos contra las decisiones de los Consejos de disciplina, sobre todo por esencion de servicio.

1.107. LECTOR.—Pero, amigo mio, os vais á rebuscar todos los registros reaccionarios; yo tambien creo.....

AUTOR.—Aquí se trata de hechos no desmentidos por nadie, y los hechos, cuando son verdaderos, porque se cuentan por los reaccionarios ó por los ministeriales no dejan de ser hechos. Pero supongamos que semejante institucion pueda conseguir su objeto sin tanto agravio; ¿no veis que es contraria al principio en que vosotros mismos habeis fundado la necesidad de un ejército permanente? ¿No habeis reconocido que el Gobierno tiene este ejército para poder contener á los perturbadores del orden, por numerosos que sean? Y vosotros mismos, ¿qué cosa tan honita! queréis al pueblo armado para que pueda resistir á la fuerza permanente. ¿Qué ventaja encontráis, pues, en esta fuerza dispendiosa y peligrosa, si al fin queréis reducirla á la impotencia contra el pueblo?

1.108. LECTOR.—El ejército permanente, hablando propiamente, no está destinado, como os he dicho, para contener al pueblo, sino para combatir á los extranjeros; el orden interior está confiado á la guardia nacional.

AUTOR.—Pues idlo á contar á los franceses, que si no hubieran tenido ejército, no sé á qué punto hubieran llegado cuando con todo su ejército apenas pudieron escapar del esterminio, y aun les cuesta trabajo el mantenerse firmes contra la horda de canibales comunistas.

LECTOR.—No puede negarse; y por esto precisamente es imposible tener la tropa en las fronteras. En muchos casos (y la Republica francesa se ha visto en algunos) el auxilio de la tropa de línea asegura á la nacion contra los revoltosos, á quienes la sola milicia ciudadana quizá no hubiera podido dominar. En semejantes circunstancias, ¿cómo habia de asegurarse el orden público si el ejército estuviera en las fronteras? Hay para



las naciones, como para los individuos, ciertas *horas fatales*, ciertos *momentos solemnes*, en los cuales la salvacion puede depender de una medida *extralegal*, y entonces si un genio providencial se desentiende de una legalidad farisáica, lejos de condenarle la nacion deberá aplaudirle.

1.109. AURON.—Os confieso que esta confianza en los *hombres providenciales* me parece bastante peligrosa. Cualquier general ambicioso, cualquier ministro poderoso ve siempre á la patria en peligro y la estrella propicia que le guía á *salvarla*, por lo que un sistema de Gobierno que depende de semejantes medios extraordinarios me parece un sistema sin sistema. Siempre ha habido irregularidades en todos los Gobiernos, aun en aquellos en que estaban prohibidas por sistema, y ¿qué será cuando no solo se admiten como lícitas, sino que se consideran necesarias y se aplauden como *providenciales*? Y ya que estamos hablando de las medidas extralegales, antes de despedirme permitid que hable de vuestros elogios á la guardia nacional siciliana que me están todavia zumbando en el oído. Esa guardia, habeis dicho, indujo al Parlamento y al Gobierno á aceptar condiciones de paz y á librar así á aquella ciudad de su destruccion. Esta narracion me dejó en la duda de si la milicia ciudadana es un cuerpo *ejecutivo* ó *deliberante*, y no sé á qué lado inclinarme.

1.110. LACRON.—¿Pues esta si que es buena! *militar deliberante*! ¿Quién puede incurrir en el error de confundir estos dos términos? ¿No veis que conceder la deliberacion á la fuerza armada sería propiamente destruir por su base todo el edificio constitucional, cuya estructura descansa precisamente en la necesidad de dividir los poderes? ¿Qué seguridad de libertad habria si el que tiene la fuerza tuviese al mismo tiempo el derecho de mandar?

AURON.—¿Pues no es esto cabalmente lo que habeis aplaudido á la guardia palermitana? ¿No fué esta en efecto la que movió al Parlamento, ¿la que dió la ley al Gobierno?

LACRON.—Sea enhorabuena; pero esto es uno de aquellos casos escepcionales de que hablábamos poco há, y que no deben tomarse como estado normal de la institucion.

AUTOR.—No puedo disimularos cierta siniestra impresión que me produce oír (y lo digo á cada paso) que estas instituciones son útiles por vía de *medidas excepcionales*. ¿Es posible que siempre se haya de recurrir á las excepciones para sacar provecho de las *Constituciones modernas*, cuando una de las promesas más pomposas de los constitucionales es siempre la *legalidad constante, la abolición de todo privilegio, la igualdad ante la ley*, etc., etc.

LECTOR.—Pero tened en cuenta que en una época de *transición* en el hervor de las revoluciones, es imposible evitar toda irregularidad de hecho.

AUTOR.—Lo comprendo; pero esta época de transición es un poco larga, y se admite aun fuera de las revoluciones, puesto que Cavour quiere continuarla en el Piemonte hasta que llegue á subyugar al Clero; y según el profesor Melegari, lleva sesenta años de duración en toda la Europa continental, y aún no hemos llegado á la legalidad.

LECTOR.—La culpa la tiene el carácter intranquilo de los franceses, que no nos dejan un momento de luz, y la reacción retrógrada que.....

AUTOR.—¡Oh! escuchad; para otras instituciones podrá servir esta excusa; pero para la guardia nacional no me parece que tiene la menor fuerza. Aí me parece propio que la guardia nacional sea por su naturaleza un verdadero cuerpo deliberante.

LECTOR.—Esta sería la mayor de las contradicciones.

AUTOR.—Pero si no delibera, ¿cómo hará para defender á la nación contra el Gobierno? Sin deliberar no se obra.

LECTOR.—La tropa recibe las órdenes, no las dá.

AUTOR.—¿Pero de quién las recibe?

LECTOR.—De la nación.

AUTOR.—Pero la nación no tiene otro órgano de sus actos que el poder ejecutivo, del cual depende el movimiento de la fuerza.

LECTOR.—Sí, pero en este caso la guardia ciudadana debe obedecer á las Cámaras.

AUTOR.—En este caso, ¿eh? ¿En este caso? Pero si la guardia

no delibera, ¿cómo hará para conocer que este es el caso de desobedecer á un poder, y obedecer mas bien á otro, cuando el Soberano es la reunion de ambos?

LECTOR.—Cuando el Rey ofende al Estado y hace traicion á la nacion, entonces á las Cámaras toca mandar.

AUTOR.—Sea enhorabuena; pero ¿cómo hará la guardia nacional para saber que el Rey es un traidor, sin deliberar? ¿No podrá hacer tambien traicion á la nacion la Cámara de representantes? Supongo que no querreis decir que los representantes son incapaces de hacer traicion, ó al ménos de errar, cuando cabalmente para prevenir este error se atribuye al poder ejecutivo el derecho de elegir la Cámara y á los electores el de cambiar de diputados. Por consiguiente, ó la guardia nacional tiene que deliberar ó tiene que obrar á ciegas y ser quizás instrumento de opresion y tirania. Y, ¿qué sería despues si la misma guardia nacional, que deciais poco há que es *esencialmente* honrada y defensora del orden, se dejase pervertir y amenazase la tranquilidad pública?

LECTOR.—¡Bah! Eso es imposible; tantos padres de familia, ricos, comerciantes, empleados...

AUTOR.—¿Qué cándido sois! Cualquiera diria que nunca habeis leído un periódico. ¿Acaso no decia la *Gaceta Ticinense* que por decreto de 8 de Marzo fué elegida la guardia nacional de Strasburgo para demostraciones demagógicas? ¿No anunciaba hechos semejantes el *Risorgimento* en otros puntos de Francia? ¿No dijo *La Abeja de Viena* que el coronel y el teniente coronel de la guardia nacional de Poitiers presentaron su dimision fundada en la imposibilidad de mantener la disciplina? ¿No se desarmó la guardia nacional del alto Garona por un decreto de Diciembre de 1851? ¿No ha dicho el *Risorgimento* que toda la guardia nacional de España es contraria al orden público? Y en fin, ¿por qué el general Durando ha desarmado recientemente la guardia de Sassari y de Cagliari? Véase, pues, en qué condiciones se encuentran esos Gobiernos! ¿La guardia *esencialmente* honrada es el espanto de la sociedad!



LECTOR.—Debo confesar que la madeja me parece enredada y no puedo encontrar el hilo.

1.111. AUTON.—Pues si no encontrais el hilo será imposible desenredarla por más vueltas que dé la devanadera: cuantas más vueltas dá más se enreda la madeja. Mirad cuantas contradicciones han salido en nuestro dialogo. Hemos comenzado por decir que

I. Es necesario un Gobierno para que la multitud no se desborde; pero el Gobierno pueda tambien desbordarse, y por consiguiente debe estar gobernado por la multitud.

II. Para refrenar á la multitud se necesita una fuerza superior á la del pueblo; pero para que no abuse se necesita que el pueblo tenga una fuerza superior á la del Gobierno.

III. Esta fuerza es la milicia ciudadana, único freno de las hordas demagógicas; pero como el único freno no refrena, es bueno reforzarlo con la tropa de linea.

IV. El ministerio ejecutor de la ley debe por esto prescindir en algunos casos de la ley, á fin de asegurar el orden público, porque

V. La guardia nacional, así como algunas veces es impotente contra la tropa de linea, así puede serlo tambien contra las hordas demagógicas. En este caso la nacion soberana podria resistir á su *guardia de corps* y desarmarla.

VI. La totalidad de la nacion es siempre *sostenedora de lo verdadero y lo justo* por mas que la multitud sostenga lo falso y lo injusto.

VII. Cuando sostiene lo verdadero y lo justo debe la guardia nacional deliberar si obedecerá á la Cámara ó al poder ejecutivo, y sin embargo, repugna que sea un cuerpo deliberante.

1.112. Hé aquí, si mal no recuerdo, el tejido de contradicciones en que se envuelve en los Estados modernos la portentosa institucion de la guardia nacional. Y digo en los Estados modernos, porque ellos solos se fundan en el principio del equilibrio de los contrastes materiales, separados de las influencias morales; ellos solos sueñan en la posibilidad de equilibrar entre sí dos masas de voluntades libres, bajo un cielo en que se desarrollan mil tempestades, como se equilibrarian

en una balanza dos copos de algodón, bajo la campana neumática; ellos solos se persuaden de que Napoleón ó Luis Felipe, con cincuenta mil guerreros á su mando, esperaran del beneplácito de las Cámaras el aviso telegráfico del momento solemne ó de la hora fatal en que su géneo providencial deba recurrir á medidas *extralegales*; ellos solos desgranaban los pueblos destruyendo hasta el *ídolo de la familia*; ellos solos dan libertad al pensamiento cortando el frenillo para todo despropósito bestial; ellos solos aseguran á los sediciosos autorizando todas las reuniones y todas las sectas. Ellos solos, por consiguiente, hacen imposible lo que por otra parte solo á ellos parece absolutamente necesario, una fuerza nacional opuesta al ejército permanente.

1,113. En cuanto á los Gobiernos y á los pueblos católicos, la guardia nacional puede ser, no solamente inofensiva sino tutelar y benéfica, como inofensiva y benéfica fué por algunos siglos en Suiza la saeta y la carabina que armó á los católicos de toda la población. La cual llamándose soberana en cada canton, pero bajo el Gobierno de Dios, y llamándose libre, pero bajo una ley universal y eterna, podía dejar las armas á todos sus hijos, que se movían al impulso de una sola conciencia. Bajo tales influencias muy propias de la naturaleza humana, cualquiera sistema político, siendo lícito, marcha al ménos medianamente; separado de estas influencias el hombre no es hombre, y por consiguiente todos sus pasos son una contradicción, como habeis podido ver en todo lo que hemos expuesto acerca de la milicia ciudadana á la moderna. ¿Qué os parece? ¿No está bastante demostrada su incoherencia, su intrínseca repugnancia?

LACROIX.—Ma rindo, amigo mio, y me maravillo de que semejantes absurdos puedan tener cabida en ciertas cabezas, que no son ni de niños ni de chochos.

1,114. AURON.—¡Os maravillaís de eso! pues yo, permitidme que os lo diga, me maravillo de vuestra maravilla. Precisamente porque esas cabezas no chochean, si señor, precisamente por eso, deben tragarse á ojos cerrados esos enormes disparates.

LECTOR.—¿Y por qué?

AUTOR.—Porque si no, son esplicitamente heterodoxos, piensan sin sospecharlo quizá á la manera de los heterodoxos, y la heterodoxia, como mil veces hemos dicho, es esencialmente contradictoria.

LECTOR.—Pero ¿qué tiene que ver la heterodoxia con la guardia nacional?

AUTOR.—La conexi6n es evidente. ¿En qué consiste la heterodoxia de que hablamos?

LECTOR.—Consiste en admitir que toda razon individual es independiente.

AUTOR.—Perfectamente. Pero podeis añadir que toda razon independiente tiene derecho de hacer aquello que le parezca racional.

LECTOR.—¡Oh! esto se supone.

AUTOR.—Pues el que tiene derecho de hacer, ha de tener precisamente el derecho de tener la fuerza para hacer.

LECTOR.—Tambien esto es claro.

AUTOR.—¿Y quereis negar al Gobierno y á la naci6n un derecho que concedeis á la razon del último de los súbditos?

LECTOR.—No por cierto.

AUTOR.—Luego ya veis que si el Gobierno con su razon cree tener derecho de oprimir á la naci6n, debe tener la fuerza para ello; y la naci6n debe tener la fuerza, si con su razon cree tener derecho á resistir al Gobierno. Luego la contradicci6n de los heterodoxos es obra del entendimiento acuciosísimo y coherente, y no del entendimiento chocho.

No acuseis, pues, á los hombres de falta de lógica; acusad únicamente á los principios de falta de verdad. Admitidos aquellos principios, los pobres reformadores, si quieren ser lógicos deben admitir las consecuencias aun en la práctica. Y no dudeis que aunque se desarmasen y se aboliesen todas las guardias nacionales de los Estados modernos, cambiarían de nombre, pero resucitarían como las cabezas de la hídra, mientras no se sofoque el principio de donde nacen y se abjure de él. Mientras el individuo sea independiente, el pueblo tendrá derecho á llamarse soberano; mientras tenga derecho de ha-



marse soberano, tendrá derecho á una fuerza para hacerse obedecer. llámese esta fuerza *guardia nacional*, ó *guardia cívica*, ó *sociedad del tiro*, ó *cuerpo franco*, ó *legionarios*, ó como quiera: el principio es el mismo; y al principio en buena lógica deben corresponder los hechos.

#### § IV.

##### *Conclusion.*

1.115. Reduzcamos ahora á términos más concisos los varios aspectos bajo los cuales se presenta la fuerza militar á la luz del principio moderno.

A ¿quién se encomienda el mando del ejército? Al poder ejecutivo, al mismo en cuyas manos está toda la riqueza pública; á aquellos ministros á quienes asignó el marqués de Valdegamas como condicion indispensable el despotismo absoluto, hijo de una *responsabilidad* peligrosa.

1.116. ¿Para qué fin se pone en movimiento el ejército? Para la grandeza nacional; luego debe ser tal que asegure á la nacion contra todas las naciones vecinas; luego el ejército debe ser tan numeroso como se pueda; luego toda la nacion es ejército; luego es imposible la abolicion de los ejércitos permanentes; luego si se perfecciona el arte de la guerra los ejércitos crecen y crecerán á proporcion de los ataques exteriores, de las disensiones políticas interiores y de las revueltas de un populacho falto de religion y de conciencia.

1.117. ¿Cómo se divide entre los pueblos modernos la fuerza pública? Se divide en dos partes correspondientes á las dos en que se divide el poder. Para asegurar sus derechos á la nacion en la cual reside la soberanía, se crea la guardia na-

cional que compranda á todos los ciudadanos (1) y un ejército permanente asegura al Gobierno una fuerza poderosa. Cuando el pueblo insurgente es débil se le domina por medio del ejército y toma el nombre de *sedicioso*; por el contrario cuando es fuerte y prevalece, toma el nombre de *pueblo sobrano* y los jefes de partido toman el mando del ejército.

1,118 He aquí, amado lector, un pequeño ensayo de las contradicciones, del dispendio, de los peligros, de la anarquía esencialmente contenida en las instituciones modernas y en el principio heterodóxo de que se derivan: *El hombre es por naturaleza independiente*. Estas contradicciones, estos peligros no se escaparon á la perepicacia de Romagnosi, el cual, aunque imbuido en la independencia racionalista que le impide combatir al mal en su raíz, sin embargo pronosticó á los italianos la imposibilidad, la insubsistencia, la ninguna duración de esas instituciones, cosa que los publicistas constitucionales no supieron ver á pesar de la evidencia de sus pruebas. *Se necesita otra cosa, dice Romagnosi que los circenses de las Cámaras parlamentarias. Estas son un disfraz que causan ilusión al vulgo y encubre debajo una servidumbre sistémica... Las constituciones modernas se apoyan todas (entendiedo bien, señores constitucionales, todas todas; no es un reaccionario quien lo dice, es Romagnosi) se apoyan todas en la falsedad y se reducen á una dolorosa ilusión. Esta falsedad fundamental; dice tambien Romagnosi; consiste precisamente en esperar la absurda conciliación de la misma fuerza prepotente de dos condiciones opuestas, omnipotencia material para el bien, impotencia material para el mal.*

Hasta que no introduzcáis en la materia el elemento moral del derecho y de la conciencia, todos los contrastes del mundo serán incapaces de cambiar la ley de la inercia que rige á todo el mundo físico, en donde ninguna sustancia material puede pasar de la quietud al movimiento y de un movimiento

(1) *Porque, por fuerza pública entendia la Constituyente la guardia nacional. Así se expresa el general Borden, autor del artículo Ejército en la Enciclopedia del siglo XIX.*

á otro sin una causa preter-determinante. Y ¿cuál será esta causa en frente de un millón de hombres armados? ¿Quién se atreverá á decir á un Napoleon que los mande, lo que el Pontífice Leon pudo intimar al Bárbaro azote de Dios?

Dos derechos encontrados, dos fuerzas encontradas; hé aquí en cuatro palabras el organismo de la nacion armada bajo las influencias del principio regenerador.

---



---

## CAPÍTULO VIII.

### EL PODER JUDICIAL EN LAS CONSTITUCIONES MODERNAS.

#### §. I.

#### *Consideraciones generales.*

1.119. Despues de haber considerado la influencia de la idea regeneradora en el gobierno de las personas, en la administración de la Hacienda y en la fuerza armada, réstanos únicamente para cumplir nuestras promesas que dirijamos una mirada al Poder judicial. Despues de esto, sólo faltará para terminar nuestro asunto recapitular lo dicho, sacando algunas consecuencias finales que la misma materia nos sugerirá. Dejemos el epílogo de este largo tratado para otro capítulo, y echemos en este una ojeada á los *Tribunales de la moderna*.

Una ojeada, digo, porque las influencias reformadoras han sido en esta materia menos fuertes que en las demas, pues generalmente, á pesar de aquellas, se han conservado en la magistratura las verdaderas ideas de la justicia y del orden, bastante menos corrompidas que en todo lo demas del organismo social. Tenemos recientes ejemplos del valor con que ciertos magistrados han sabido resistir á las lisonjas de la popularidad, á la prepotencia de los ministros, al imponente esplendor

del Poder supremo, cuando se han creído obligados por el inviolable derecho del débil. Un Girodi, un Nuvoli que afrontan al ministerio piamentés en defensa de un Prelado perseguido, un Consejo supremo que se atreve á aceptar una competencia que le pone en el caso de contradecir un decreto del presidente de Francia, son ejemplos de tal naturaleza, que pasaran á la posteridad con los Boecios y Moros para atestiguar cuál fué, á pesar de la gran corrupcion de nuestra época, la firmeza incompatible de una parte de la magistratura. Me complace en hacerlo constar, no solo para rendir el debido homenaje á la verdad y la debida justicia á los órganos innaculados de Temis, sino tambien para sacar de ello en favor de nuestra causa un argumento quizá inesperado de mis lectores.

Acostumbrados estos á vernos por tantos meses combatir los estatutos modernos poniendo de manifiesto el veneno con que infestan á la sociedad, esperarían quizá ver igualmente combatidos los juicios públicos. Y ciertamente tampoco aquí faltan influjos ponzoñosos y resultados deplorables; esto, no obstante, el daño que producen es incomparablemente menor que en las demas esferas sociales.

1,420. Y en verdad, ¿cuáles son los efectos principales del principio de independencia en el orden de los juicios? ¿Cuáles son las principales reformas que se consideran como conquistas de la civilizacion moderna? Si miro á las personas de los magistrados, *su independencia é inamovilidad* y la introduccion de los *jurados*; si al procedimiento, *la abolicion del tormento y la publicidad de la discusion*; si á la sentencia *la mitigacion de los castigos y la limitacion de los indultos*; si á la extension de las competencias, *la unidad de los tribunales y la igualdad de los ciudadanos ante ellos*.

En todas estas modificaciones, aunque no puede decirse (léjos estamos de ello) que son totalmente inocentes, en ánimo imparcial y candoroso encuentra ciertas reformas razonabilísimas, como la abolicion del tormento, mayor proporcion en las penas, etc.; y encuentra en general poquísimas enormidades irracionales de las que hemos deplorado muchas re-

ces en los demás ramos del organismo moderno. Así que cualquier entendimiento vulgar podría juzgar ménos criminal ó ménos universalmente difundido el principio de independencia, ó creer que esta ha encontrado en las gradas del tribunal y en la persona del uigier una especie de Querubín, semejante al puesto por Dios en la puerta del Paraíso para arrojar de allí la culpa original.

1,121. Pero no; no se ha detenido la baba desoladora de la serpiente venenosa en el umbral del santuario de la justicia; y si el veneno ha sido allí ménos mortífero, ha sido por la índole natural de los juicios sociales, que es materia ménos dispuesta á la infección. En efecto, ¿cuál es el gran vicio de la idea regeneradora? Con la independencia pretende igualar á todos los ciudadanos, llamándolos á todos á dogmatizar públicamente; con el naturalismo y con el interés que de él nace, excita los afectos rebeldando contra todo freno de orden y contra todo superior que lo mantenga. Pues estos dos elementos, que en el orden político son falsos en principio y perniciosos en los efectos, subvierten ménos las ideas, cuando penetran en el orden civil, por ser este un orden de natural igualdad y de intereses materiales.

1,122. Explicarémos esto. Cuando la independencia heterodoxa vociferó en el orden político: *Sois todos iguales y tenéis todos igual derecho á mandar*, dijo una solemne mentira que tronchó hasta por la raíz el orden político, el cual es esencialmente una subordinación de personas y asociaciones gradualmente superiores las unas á las otras y que obran orgánicamente en sus relaciones morales. Aquí, pues, apenas se introducía la igualdad entre los individuos y el interés en los afectos, el desorden debía crecer gigantescamente desde sus primeros pasos y esterminar miserablemente el admirable edificio de la naturaleza.

El orden civil, por el contrario, reina entre ciudadanos iguales *realmente por la naturaleza*, y su reino consiste en proteger á cada uno el libre uso de sus fuerzas, procurando sin obstáculo injusto los intereses materiales. Aquí, pues, la igualdad es una verdad, y el interés es objeto del trabajo del



ciudadano. Verdad es que este trabajo jamás será perfecto, como cosa del hombre, mientras no se dirija á aquel fin de felicidad suprema, único que puede producir una idea justa de honestidad y de verdadera utilidad en la tierra (1); sin embargo, la falta de estas miras elevadas en el individuo no descompone el orden civil, mientras el trabajo material conserva, sea por temor ó por interés, las debidas proporciones exteriores de las que resulta la paz de los conciudadanos. No es, pues, maravilla que el grito de igualdad no se muestre aquí tan falso y pernicioso.

1.125. A esta razon deducida de la *materia* sobre que versan los juicios civiles, que son los intereses debatidos entre ciudadanos *iguales*, se puede añadir otra deducida de la *capacidad y competencia* de que depende en tanto grado el orden social. Este orden tiene, como es notorio, en el interior de la sociedad dos conceptos notablemente diversos: el político y el civil; el primero que mira á las leyes del organismo social y determina las relaciones mutuas de las partes orgánicas, como *subditos y Gobierno, legislativo y ejecutivo*, etc., etc.; el segundo, mira á las relaciones entre ciudadanos iguales para declarar y proteger sus derechos. Por esto en los asuntos del orden político falta á la multitud la posibilidad de ser jueces bien informados, tanto porque la complicacion del mecanismo social y la sublimidad de sus leyes morales exige una elevacion de miras y una profundidad de instruccion teórica y práctica á que pocos llegan, por lo cual son tan raros los grandes hombres de Estado, como porque los negocios políticos exigen muchas veces un secreto de tal manera necesario, que hasta los Gobiernos representativos han tenido que consentirlo á los ministros. Falta, pues, en la multitud el conocimiento teórico, y sería imprudente muchas veces el confiarle el conocimiento práctico de los asuntos políticos.

Por el contrario, en los asuntos civiles, el conocimiento

(1) Véase parte I, cap. I. *El protestantismo y la unidad social*.

teórico no sólo está al alcance del vulgo, sino que es conveniente y en gran parte necesario; es convenientísimo (porque es posible) que el pueblo conozca el Código civil que ha de regirle; y es absolutamente necesario que conozca las leyes morales, de las que las leyes civiles son una simple aplicación concreta. Las materias de hecho, no sólo son generalmente accesibles á la inteligencia vulgar, sino que las juzga tal vez con más pericia que los magistrados; y precisamente de esta pericia presunta nace en gran parte la antigua institución de los *peritos* y la presente de los *jurados*, adoptada por la mayor parte de las Constituciones modernas.

Si en estas materias el vulgo tiene tanta capacidad natural, es por consecuencia mucho ménos incompetente que en las políticas. Porque si hay gran diferencia entre la capacidad intelectual y la competencia de jurisdicción, siendo la primera el presupuesto necesario de la segunda, será mucho menor desórden atribuir la segunda á quien posea al ménos la primera, que atribuirla á quien por naturaleza está completamente desprovisto de esta; pues en el primer caso, el pueblo no es juez, pero podría serlo; en el segundo le falta hasta la potencia para serlo. El primer caso es como si tu erigieres en profesor de jurisprudencia á un aldeano ignorante, que pueda llegar á ser docto; el segundo es como si colocases en la cátedra á un mono ó á una ardilla, incapaces de aprender nada.

1,124. He aquí por qué en la práctica es pequeño por lo común el error y el daño de la sociedad cuando cualquier hombre del pueblo se arroga el derecho de sentenciar en materias civiles, y gravísimo cuando lo hace en las políticas. En las primeras sentencia sobre una cosa que conoce medianamente (1); si la sentencia es errónea lo comprende la mayoría del vulgo, igualmente capaz, y esta capacidad no puede extraviarse generalmente por el interés, porque al interés de un individuo ó de una familia á quien podría favorecer la injusticia, se oponen los intereses de todos los demás á quienes conviene que la justicia prevalezca en la sociedad.

(1) *Qui quod novit loquitur indea justitia est.* Prox. XII. 47.

Lo contrario vemos que sucede cuando el hombre del pueblo se entromete en la política: hinchado con su posición, y poniéndose serio, le oyes sentenciar con una prosopopeya tan cómica, que hace reír á las gallinas. Y cuanto más encopetada sea, tanto más enarca las cejas y dirige sus miradas por encima de la coronilla de sus compañeros; estos repiten estúpidamente la lección con tanto más atrevimiento, cuanto que el interés privado está necesariamente en oposición con el verdadero bien público del que poco ó nada entienden.

1,125. Considera, pues, cuán tontos deben resultar los juicios y cuán contagiosos los errores. Todas las enormidades desarrolladas progresivamente en Francia por la independencia, intimada doctrinalmente al vulgo por Mirabeau en la famosa *Declaración de los derechos del hombre y del ciudadano*, son una prueba de hecho de lo que venimos diciendo; prueba que te parecerá de gran valor si reflexionas que los mismos errores aceptados como verdades evidentes en el orden político, apenas pasan al civil, caen bajo la reprobación universal. Y así bien se puede pedir la abolición de la monarquía desposeyendo al Monarca; pero cuando con el mismo principio quiere Babeuf desposeer á los propietarios particulares, la mayor parte de los ciudadanos comprende la insubsistencia del comunismo y los peligros de su aplicación.

En lo cual, notémoslo aquí de paso, consiste en gran parte aquella medicina por la que la Providencia hace sanables á las naciones de la gangrena del error. Porque este, descendiendo poco á poco de los principios universales y de los intereses supremos hasta las aplicaciones más concretas de los intereses individuales y domésticos, llega finalmente á las fibras más sensibles del corazón humano, y obliga al vulgo, á despecho de todas las preocupaciones, á reconocer la malignidad del error ó implorar el remedio de la fuente inagotable de la verdad.

1,126. Por aquí comprenderás lo que propuse al principio, que el ser menos funesta en el orden judicial la mentira igualdad y el interés material á los que hemos acusado del



actual desbarajuste social, lejos de debilitar las doctrinas hasta ahora establecidas, las confirma admirablemente. ¿Cuál ha sido, pues, nuestro propósito? Probar que los desórdenes sociales deplorados hoy por todos los hombres de entendimiento, nacen de la independencia protestante y del naturalismo epicúreo que se introduce en los afectos. ¿Y qué mejor prueba y más convincente podría yo aducir que ésta? Donde la naturaleza del individuo rechaza la *igualdad* y el *interés*, exigiendo por el contrario *subordinación* gerárquica y *desinterés* de justicia distributiva, allí la generacion adulada, lleva por todas partes el esterminio; donde por el contrario, la naturaleza exige que se admita *paridad de individuos* y movimiento de *intereses*, allí el orden eterno recibe poco daño de las nuevas ideas. Es, pues, evidente que esta es en realidad la fuente principal del desorden lamentado.

Así cabalmente discurremos en todas las demás materias. Supon, por ejemplo, que un médico ignorante en tiempo de epidemia ordenase á todos los enfermos una medicina ineficaz para aquel contagio, una sangría, v. g.; y que todos estos enfermos, excepto uno que tenía una inflamacion, empeorasen, ¿qué consecuencia deducirías? ¿No dirías que el empeoramiento de los otros fué ocasionado por aquella sangría que curó la inflamacion para la cual estaba indicadisima? Supon que entre una multitud de personas que tienen mala vista y se prueban un par de anteojos de lentes cóncavos, todos se sienten con la vista oscurecida, excepto uno que tú sabes que es miope; ¿no inferirás al instante que precisamente la causa del oscurecimiento de los demás es lo que hace que el miope vea mejor? Y ¿cuántas veces le sucede al químico que con el ácido con que ha visto alterarse cien colores distintos, vé que se aviva y embellece uno rosado ó purpurino! ¿Dirémos por esto que el ácido no altera los colores, ni los anteojos la vista, ni la sangría la salud?

Si, pues, bajo la influencia heterodoxa los jueces y los magistrados se han salvado en parte de la perversion universal, atribúyelo, no á la inocencia de las opiniones ó á la barrera que las ha detenido en su curso, sino á la materia misma del po-

der judicial, á la cual la *igualdad* y el *interés* no han causado ningun daño extraordinario, porque son como afecciones indígenas, y por consiguiente ménos nocivas.

1.127. Esto, no obstante, no debemos permitir enteramente las alteraciones introducidas tambien en los órdenes judiciales de las sociedades modernas por el error dominante, las cuales si pasasen sin ser notadas podrian producir á su tiempo notables inconvenientes, bien que en el momento presente el mal se mantenga en la inteligencia y no haya descendido á la práctica. La fecundidad del error es tan funesta como provechosa la de la verdad, y ya se ha visto hace dos siglos cómo los errores políticos tienden á hacerse lugar aún en las instituciones católicas, á pesar de la continua vigilancia de los Pastores Supremos, los cuales mas de una vez han amonestado á los fieles á que cuiden de que la *soberanía del pueblo*, las *formas constitucionales*, la *libre emision del pensamiento*, la *publicidad de las discusiones*, principios adoptados por algunos como dogmas políticos, no adquieran poco á poco hasta el valor de dogmas católicos. Por esto cualquiera que sea hasta ahora la aparente inocencia práctica de la *independencia*, *igualdad*, *interés* y otros conceptos semejantes y erróneos, en la administración de la justicia civil, no desagrada á los lectores que examinemos su valor especulativo á fin de distinguir con acertada crítica lo que es inocente por la verdad de la doctrina, de lo que no daña por casual aplicacion á materias ménos peligrosas.

## § II.

### *Independencia.—Inamovilidad.*

1.128. Una de las primeras glorias de la *regeneracion moderna*, suele decirse por muchas que es la *independencia* de los jueces asegurada por su *inamovilidad*, y dicho sea en ho-

nor de la verdad, si el hecho fuera cierto, la jactancia no sería irracional. Jasta y elevada es la idea de poner al intérprete de la justicia en altísima y noble región de atmósfera serena en que la razón juzgadora se encuentre libre de toda niebla, asegurada contra toda conmoción en fuerza de las instituciones sociales. Esto es tan evidente que nadie se atreverá a ponerlo en duda.

Pero precisamente porque es tan evidente, ¿cómo es posible que haya sido ignorado por toda la antigüedad? Y si la inviolabilidad de los juicios fuese doctrina e institución antiguas, ¿por qué razón se considera como efecto de la civilización moderna? La respuesta á la segunda pregunta preparará la respuesta á la primera.

1.129. Es antiguo axioma legal que *toda justicia emana del Rey*; la revolución de Francia aplicando el contrato social del sofista ginebrino inherente á la doctrina democrática ó más bien anárquica de la *razón soberana*, transformó el antiguo aforismo diciendo: *toda justicia emana del pueblo*. Pero el pueblo no puede obrar por sí mismo, por lo que se ve obligado á encomendar á determinados individuos la autoridad de la justicia social como otras funciones del Gobierno. Los jueces son, pues, funcionarios de la nación en los tribunales como los diputados en el Parlamento, como el Rey y los ministros en los actos de ejecución. Comprendido el organismo de las funciones de la autoridad á la luz de tales principios, la independencia de los juicios por el Rey y por las Cámaras es esencial y coherente con todo el sistema, porque sería tan absurdo que el diputado ó el Rey mandasen al juez, como en un ejército que un coronel de artillería mandase á otro de caballería. Todos igualmente mandatarios de la nación, pero para objetos diversos, los tres poderes dependen cada uno inmediatamente de la nación que los delegó.

1.130. El sistema pues, de la *soberanía del pueblo* produce naturalmente una aparente independencia del poder judicial del Rey y de las Cámaras; y por consiguiente no es maravilla que la idea regeneradora haya movido gran algazara



como por un nuevo descubrimiento, mal conocido y peor respetado aún en los tiempos pasados.

1,131. Pero esta jactancia, ¿tiene fundamento sério? Por poco que reflexiones, notaráse fácilmente que si atendamos al principio la reforma no inventó nada nuevo; si el principio ha sido en algun tiempo bien aplicado, la reforma no tiene mérito alguno, y donde hubiera merecido algo aplicándolo, lo violó quizá más que en lo antiguo.

Que nada nuevo ha inventado se echa de ver en su misma fórmula, cuando se reduce á términos abstractos; pues, ¿cuál es en materia la fórmula abstracta de ese aforismo: *todo poder emana de la nacion*? Eso se reduce á esta otra fórmula tan antigua como verdadera: *todo poder social emana de la suprema autoridad*, fórmula evidentísima para cualquiera que entienda lo que quiere decir *autoridad*, que no es otra cosa que el principio del orden social. Y ¿quién no ve que siendo toda injusticia parte del orden social, debe emanar de la autoridad? A esta doctrina conocidísima en todos tiempos añade la independencia heterodoxa como menor su error fundamental, *la autoridad suprema está en el pueblo*; de donde se deriva esta consecuencia: luego tambien el poder judicial emana del pueblo. Como van los regeneradores no han tenido aquí otro mérito que el de agregar á un principio verdadero, pero antiguo, otro principio nuevo sí, pero erróneo.

1,132. Es muy cierto; todo poder social, ó sea público, emana de la autoridad suprema (1). Esta proposición puede reducirse con breve demostración á una evidencia metafísica. ¿Qué es lo que llamamos *Poder público*? No es otra cosa que

---

(1) La delegación fue necesaria por la multitud de los asuntos que el progreso y el desarrollo traen consigo. De manera que en un pequeño Estado todavía rudo y sencillo, la justicia y el buen gobierno, se desempeñan inmediatamente por el Rey en persona. Todas las historias antiguas de Europa, y todas las relaciones de los viajes fuera de Europa nos presentan ejemplos en que todos los poderes gubernativos se desempeñan por el jefe del Estado inmediatamente. (Romagnosi. Del Derecho administrativo. Cap. 2).

el derecho de ejercer actos de funciones públicas. ¿Y cuáles son las funciones públicas? Las que se requieren para el mantenimiento del orden que une á todas las asociaciones menores y á los individuos que forman la sociedad entera. Y este orden de la sociedad entera, ¿podrá emanar de otra fuente que del *Ordenador supremo*? Ya ves que sería igualmente absurdo el decir que el orden no resulta de un *ordenador*, y que el orden supremo resulta de un *ordenador secundario*. El que se atreviese á pronunciar el primero de estos dos absurdos, demostraría que no comprendía lo que significa *ordenar*, que no significa otra cosa que establecer alguna *unidad* en lo vario y múltiple. ¿Has comprado un montón de libros y manuscritos? Pues llamarás en seguida á un bibliotecario que te los ponga en orden, y este, separando y clasificando las *materias*, los *autores*, etc., distribuirá ordenadamente tu compra erudita. Pero supón que en vez de llamar al bibliotecario encargases que te ordenase los libros al carpintero que hiciese la estantería, verías que este, sin pararse en la *misericordia*, que no conoce, tomaría por regla su compás y colocaría todos los libros según el tamaño, desconcertando todo el orden de las materias, de los autores, etc. Así, lo que por uno se llama *orden*, sería para otro *desorden*, y lo que el primero colocó en una grada el otro lo pondría en la opuesta. Esto sucede precisamente á los grandes naturalistas Linneo, Tournefort y otros, que tomando por norma de clasificación conceptos científicos inusitados por el vulgo, colocan, por ejemplo, en el mismo orden que al hombre al murciélago, al cual el vulgo jamás hubiera colocado en tan honrosa compañía. ¿Y por qué? Porque todo *ordenador* sigue en el orden su propio concepto, y por consiguiente, tantas son los órdenes cuantos son los *ordenadores* (¡siblo de los *supremos*!). Como ves, el concepto debe ser *único* para conseguir un orden, y de la misma manera también el orden público debe tener un *ordenador*.

1.455. ¿Pero podría al menos este *ordenador* no ser *supremo*? ¿Y cómo quieres que un *ordenador parcial* pueda alcanzar el *orden total*? ¿Quién no va la repugnancia en los términos, no siendo capaz el *ordenador parcial* sino de orde-

nar una parte! El ordenador de todo debe ser supremo, como todo ordenador debe ser UNO.

Ciertísimo es, pues, el antiguo principio de que todos los poderes ordenadores de la sociedad pública residen como en su fuente en la autoridad suprema, de la cual emanan, y por la cual se transmiten á los secundarios. Así, desde que se consideró al Rey como poseedor de la suprema autoridad social, se debió proclamar que *toda justicia emana del Rey*; y establecido el error de la *soberanía del pueblo*, debía decirse que *toda justicia emana del pueblo*. He aquí por qué mientras se adoptó el primer enunciado y su ejercicio fué posible á las débiles fuerzas del hombre y de la sencillez de la edad más ruda, los Reyes juzgaron por sí mismos las causas de sus súbditos; los jueces se llamaron por algun tiempo los supremos gobernantes de Israel y de Cartago (*Sophtim*, *Suffetes*); los juicios fueron en Atenas, en Roma y en otras antiguas repúblicas, la principal función de los Arcontes, del Senado y de otros magistrados supremos; y así sucesivamente encuentras aplicado constantemente bajo formas diversas el principio mismo. El juzgar pertenecía originariamente al orden; decir otra cosa, sería sostener una contradicción, sería afirmar que toda la sociedad no está ordenada por el Ordenador de toda la sociedad.

Digamos, pues, en conclusion, que en la reforma heterodoxa de los tribunales, la idea protestante no contribuye mas que por el error del *pueblo soberano*.

1.134. Por donde ves que la acusación lanzada contra los antiguos gobiernos de haber hecho á los jueces dependientes y amovibles, por mas que tenga algun valor en razon de la *oportunidad* práctica, suele por otra parte consignarse en fórmulas poco exactas originadas de ideas sistemáticas. Se comienza por establecer que el poder judicial está esencialmente separado del real; despues, considerando bajo tal supuesto á los antiguos gobiernos, se dice: «Ved, el poder judicial estaba vinculado, y no podía sentenciar libremente.» Pero ¿dónde estaba entonces el poder judicial? ¿No se encuentra en toda su plenitud en el supremo gobernante? ¿Quién



puede ser mas libre, mas independiente, mas inamovible que este supremo juez?

La verdadera imputacion, pues, que podia hacerse al poder judicial en las antiguas formas de Gobierno, lejos de ser la dependencia que lo encadenaba, debia ser mas bien la escaseza de independencia ó la imposibilidad de conocer bien la materia de sus juicios. Porque á medida que las sociedades, multiplicando las relaciones personales y comerciales, entre los ciudadanos complicaron las leyes y las colisiones de derechos, en la misma proporcion crecieron los litigios y la dificultad de resolverlos. De donde resulta que el supremo imperante vino á ser incapaz por la limitacion de las fuerzas, así de oirlo todo como de decidirlo todo. Y hé aqui por qué le fué necesario un auxilio de magistrados y tribunales, á los cuales se relegó la autoridad ordinaria, sin que perdiese nada el juez supremo ni del derecho de juzgar ni de su independencia.

Podrán estas instituciones tener otros inconvenientes, especialmente cuando tambien se delegan otras funciones de la autoridad, por motivos análogos á los precedentes, á diversos cuerpos de oficiales gobernantes y administradores de los que no hay aqui lugar de hablar. Pero la independencia del poder judicial considerado en su plenitud jamás podrá ser tanta en la division de los poderes constitucionales, como en aquellos gobiernos en que el supremo juez era el supremo gobernante (fuera monarquia ó poliarquia, que para el caso es lo mismo.)

1,135. Repetimos, pues, que la independencia de los juicios no se debe á la Reforma, sino en cuanto establecido el error político y religioso de la soberania popular y erigido con tal sistema un Soberano incapaz de toda funcion soberana, pudo aquella decirle audazmente: «Ya que tu Majestad no sabe hacer leyes, ni ejecutarlas, ni juzgar, estás en el deber ó mas bien en la necesidad de transferir estos cargos á individuos delegados para las tres distintas funciones, de suerte que cada una de estas viva independientemente de la otra y dependa únicamente del pueblo soberano, aunque incapaz de hacer nada para armonizarlas bien.»

1.136. Pero ¿cómo, preguntará quizá alguno, un error introducido en la sociedad ha podido producir aquel gran bien que producen seguramente la independencia positiva y la inamovilidad de los jueces? Pues no puede negarse que bajo los Gobiernos representativos son los tribunales más independientes que bajo los Gobiernos absolutos.

Ciertamente, parece imposible que una causa tan pestilente produzca tan buen efecto. Esto no obstante por poco que se reflexione en la naturaleza del efecto conseguido en cuanto es para negación, se comprenderá que la causa, por mala que sea, no solo puede, sino que debe precisamente producirlo.

1.137. En efecto, ¿a qué se reduce la independencia obtenida en el orden judicial? Se reduce á la negación de la influencia del Rey; el Rey no tiene autoridad para remover los jueces, porque en los Gobiernos representativos no es el supremo Poder del Estado. Y ¿a dónde ha ido á colocarse este supremo Poder?—En el pueblo.—Y si el pueblo quisiera destituir á los jueces, ¿tendría autoridad para ello?—Ciertamente que sí, porque el Poder puede hasta abolir ó cambiar ó reformar la *Constitución*. Luego los jueces son amovibles. Verdad es que el pueblo jamás llega á este extremo, porque el pueblo, sobre todo cuando es muy numeroso, es incapaz de obrar por sí mismo y está condenado por naturaleza á dejarse perpetuamente, ó guiar por la autoridad, ó engañar por los impostores. ¿Qué mucho que un Soberano ciego, estúpido, pupilo, inepto no remueva á los jueces y les conceda los poderes que concede igualmente á los diputados y á los ministros mientras le pisotean y le sacrifican?

Quien atribuye esta incompatibilidad á virtud de las teorías constitucionales, podría igualmente atribuir á virtud de los sordo mudos el no enseñar heregias. Ciertamente, si tal hubiera sido Nuyts, los escolares de Turin hubieran ganado mucho; pero ¿se diría por eso que era un buen sistema el colocar en las cátedras profesores mudos? Pero hay mas; yo pregunto, si es verdad siempre que el pueblo no remueve ó no daña remover á los jueces. Si un Giriodi no quiere complacer

á los ministros despojando á un Arzobispo ¿estará seguro contra toda purificación? Y si los jefes de las barricadas calientan la cabeza al pueblo soberano, no será este muy espaz de erigirse en juez y condenar á muerte sin oírlos siquiera á un Prínz de Polignac, si el cielo no los libra de sus furores?

La inviolabilidad real de los jueces es pues en los Gobiernos de que tratamos la consecuencia natural de la inercia ó impotencia de la multitud, la cual no tiene mérito alguno en respetar la independencia de los tribunales, pues no es mérito un acto cuando es necesario.

Pero al menos, ¿será útil? Cuando se trata de un sujeto perfectamente uno, la utilidad, la conveniencia y otras relaciones semejantes pueden considerarse bajo un aspecto único y expresarse con proposiciones absolutas. Así podremos decir: *conviene á la inteligencia la reflexión, conviene usar de la vista con moderación para no perderla*; pero cuando los sujetos son compuestos y mas aun cuando lo son en contraposición, es muy raro el caso en que pueda darse una respuesta absoluta respecto á su utilidad ó conveniencia, salvo aquellas que conducen al último fin de su naturaleza. En todo lo demas la ventaja viene siempre compensada con algun inconveniente, como ya hemos visto al tratar de la unidad ó división de los poderes; la unidad favorece á la fuerza, pero con peligro de abuso; la división disminuye el abuso, pero tambien la fuerza (1). Pues este es nuestro caso al tratar del sujeto complicadísimo la sociedad. Ciertamente es útil la inamovilidad de los jueces, allá donde la inercia del gobernante, mal gravísimo de la sociedad, se compensa con este bien, esto es, la impotencia de hacer un mal positivo. Pero esta impotencia para el mal es al mismo tiempo impotencia para el bien, y para el bien que requiere la existencia de la sociedad, la cual concluye cuando concluye la autoridad central y la unidad, y disminuye cuando esta disminuye.

1,158. Y precisamente por eso Francia, ántes del 2 de Diciembre, aunque dotada de magistrados realmente inamovi-

(1) V. Parte I, esp. X.



bles (pues ninguno de los poderes ó de los partidos se hubiera atrevido á menoscabar la inviolabilidad), estaba muy lejos de disfrutar de la máquina gubernativa mas perfecta, porque aquella misma impotencia hacia imposible á los gobernantes la violacion de los derechos, hacia imposible igualmente la tutela necesaria, y la falta de union política de las partes orgánicas, de donde dimanaba aquella impotencia, quitando á aquella nacion tan trabajada toda unidad moral de derecho, y poniendo en peligro hasta la unidad material por medio de la fuerza, atraía hacia sí las miradas de Europa, y tenia recelosos de su porvenir á todos los ciudadanos honrados.

La inamovilidad de los magistrados mirada como efecto de la impotencia gubernativa, es pues un bien para la sociedad como el abatimiento y el letargo lo son para el demente cansado del paroxismo, que no puede ya hacerse daño á sí mismo tirándose por la ventana. Pero así como este abatimiento que es un *bien relativo* para el demente, es un verdadero mal hablando del hombre sano, así tambien si se mira la inamovilidad como efecto de impotencia en una sociedad ordinaria y vigorosa, seria un mal en su causa, y no podria llamarse bien sino cuando naciese de la rectitud inalterable de la voluntad suprema y de su inalterable adhesion á lo justo, dominando todo impetu apasionado. Esta sí que seria inamovilidad laudable, originada en la fuerza de la justicia, no en la debilidad del poder; pero la otra considerada bajo una autoridad suprema verdadera y rigurosa, es un puro sueño tan imposible como es imposible que el gobierno de una sociedad no dependa totalmente de un gobernante físico ó moralmente uno.

4,139. ¿Sabeis cuál seria el único medio de producir en cierto modo esa independencia absoluta? Confiar los juicios respecto á los negocios de una sociedad á otra sociedad completamente independiente de esta. Este es el admirable artificio con que el Divino Fundador del Cristianismo perfeccionó el organismo legislativo de los cristianos con la institucion de la Iglesia católica. Con él ha existido, al menos por las leyes más universales, durante diez y ocho siglos esa division del poder legislativo del ejecutivo que despues ha sido tan es-

túpidamente contrahecha y tan funestamente ensayada para los sofistas á la moderna.

Ellos hubieran querido formar tal organismo de Gobierno que el legislador no pudiera ser inducido por miras interesadas á alterar la justicia de las leyes, y en el delirio de su orgullo formaron *esa representación que no representa y ese poder ejecutivo que no puede*, de los que antes te he hablado largamente.

1,140. Por el contrario, el Reparador de las naciones enfermas por la culpa original y heridas por el orgullo habélico, cuando las reunió en la unidad católica restaurando en ellas la unidad de familia, de pensamiento, de voluntad y de lenguaje, les dió en la autoridad católica el verdadero poder legislativo, independiente en el dictar leyes, pero distinto de quien las ejecuta, que podía adaptarse á la índole de las sociedades políticas; las cuales, mientras conserven á salvo los principios de lo verdadero y de lo justo, corregirán fácilmente los errores de aplicación, conociéndolos poco á poco con la fuerza del raciocinio y con la enseñanza de la experiencia y de la misma Iglesia. Dió, pues, á las naciones católicas una autoridad completamente independiente de ellas, mantenedora infalible de los principios supremos de toda buena legislación, y correctora franca y leal de los errores más graves, y conocidos en la aplicación. Y este guía imparcial y amoroso, es precisamente el que los reformadores han excluido de toda influencia en las leyes como *tirano del pueblo*, como *usurpador del poder*, como *potencia extranjera*. Han destruido, pues, entre los pueblos modernos la única separación verdadera y posible del poder legislativo del ejecutivo, excluyendo enteramente de la legislación la independiente sociedad católica, de la cual son súbditos y forman parte los pueblos católicos. A la *invención celestial*, han sustituido su absurdo sueño de una *autoridad no una* y de un *poder impotente*.

Pero lo que el Redentor hizo en materia de leyes refluó, como era consiguiente, hasta en los juicios, pues que estos no son más que una aplicación de las leyes. El magistrado católico, mientras no se separa de los deberes de católico, es

doblemente independiente del Gobierno ejecutivo; independiente segun los principios universales, de modo que nunca abandonará los fundamentos de la justicia, nunca vacilará ante ellos; independiente en las aplicaciones, en cuanto la conciencia católica no pueda lógicamente someterse, como la heterodoxa, a la *ruina opinion*, al torpe interés, al cual conduce racionalmente el principio de los reformadores.

1.141. Las razones expuestas hasta aqui han demostrado qué valor tendria en las sociedades modernas la independencia concedida a los jueces por la ley constitucional; pero esta ley, ¿se traduce siempre a la realidad de los hechos? No hacia aun dos años que los regeneradores habian emprendido la regeneracion de Francia, y ya el Gobierno experimentaba cuán pesado es para los poderosos el yugo de la justicia, y cuán cómodo es desembarazarse de él, y con la ley de 24 de Agosto de 1790 separaba las funciones judiciales de las administrativas, intimando a los jueces que se guardasen de suscitar obstáculos a la accion de los agentes de la administracion ó de citarlos ante su tribunal. *«Las funciones judiciales son distintas y estarán siempre separadas de las funciones administrativas. Los jueces no podrán, bajo pena de ser considerados como prevaricadores, interrumpir de ninguna manera las operaciones de los cuerpos administrativos, ni citar ante ellos a los agentes de la administracion por razon de su cargo.»* (Ley de 24 de Agosto de 1790) (1).

Como ves, la libertad comenzaba por desengañar a los crédulos en su infancia; imagina; qué libertad judicial les dejaría en su adolescencia!

Continuó el terrorismo bajo los mismos auspicios, y la Constitucion del año III, atribuyendo al Directorio la decision en última instancia de todos los conflictos jurisdiccionales, demostró nuevamente que los juicios no pueden separarse nunca enteramente de la autoridad suprema, digan lo que quieran las teorías de los utopistas. Eso mismo en fuerza de la naturaleza de las cosas tuvo que repetirse despues; así el decreto

(1) *Enciclopedia del siglo XIX.*—V. Conflicto.



del 15 Brumario, año X, atribuyó los mismos poderes al Consejo de Estado, limitándolos después, pero no desposeyéndole de ellos la orden de 1.º de Junio de 1828.

No podemos hacer iguales observaciones en Inglaterra, porque esta nación, como antes hemos dicho, al paso que fomenta en otros pueblos la reforma de las ideas, imita en el suyo en cuanto es posible, los principios antiguos, y todavía subsiste entre sus magistrados el antiguo axioma: *Toda justicia emana del Rey* (*all justice from the King*). En cuanto á Italia los conflictos de jurisdicción aún no son conocidos, que yo sepa, en el campo de la legalidad constitucional, para que podamos saber cuál es el grado supremo del poder judicial. Pero es fácil comprender que si la administración hiciera alguna reclamación contra los tribunales, la cuestión se llevaría á las Cámaras (si no se resolvía despóticamente por el ministerio) en donde la pretendida independencia del poder judicial se reduciría siempre á la omnipotencia de los diputados superiores á los jueces en esto, como son superiores á los ministros en otras cosas.

Estas consideraciones demuestran históricamente lo que hemos dicho al principio, que es imposible la completa separación é independencia del poder judicial del legislativo y del ejecutivo, aun cuando los hombres honrados se contentan dentro de los límites de la más perfecta legalidad.

1.142. Pero precisamente por esto tiene que suceder que el poder supremo invada los juicios siempre que le arrastre la pasión, sin que pueda contenerle la forma de gobierno, cualquiera que sea. De aquí que en los gobiernos modernos el poder ejecutivo usurpa los derechos judiciales con la misma franqueza con que los usurparon en otros tiempos los ministros ó los Monarcas, cuando se dejaron arrabatar por el ímpetu de una pasión. Pero si la injusticia es la misma cuando se viola el derecho por un *decreto del Rey* ó por una *medida excepcional*, la audacia y la imprudencia es mucho más torpe en el segundo caso que en el primero, en cuanto el ministro monárquico no pretende engañar al pueblo dejando á los jueces responsables de todos sus actos, sino que dice fran-

camente: *Así juzga el Rey porque tiene derecho de juzgar*; al paso que el ministro constitucional diga implícitamente: *soy incompetente y por eso juzgo así*.

1,143. Resumiendo lo dicho hasta aquí, el lector comprenderá cuál es el verdadero concepto de esa inamovilidad judicial que hoy causa tanto orgullo. Si la consideramos en su realidad teórica, debía ser una institución por la que todo juez estuviera animado á sentenciar rectamente con la seguridad de que ningún poderoso, por elevada que fuera su posición, podría perjudicarle privándole de su oficio ó invadiendo sus atribuciones.

Esta inviolabilidad es un derecho de todo juez, sea cualquiera la forma de Gobierno, y por consiguiente, debe ser respetado por todos los gobernantes.

La independencia del poder judicial no puede ser total sino en el gobernante supremo, del cual emanan todos los poderes públicos. Allí donde se considere como Soberano un Monarca, un Senado aristocrático ó un Consejo democrático, de ellos emanará el poder judicial; si por el contrario, se acepta el error protestante (1) de la independencia de la razón privada, ó en otros términos la soberanía del pueblo, de esta multitud aglomerada y de su fortuita mayoría provendrá todo juicio y toda justicia.

---

(1) Cuando hablamos del *error protestante*, lo tomamos precisamente en el mismo sentido en que lo toma el abate Amadeo Peyron que lo explica de esta manera: «*Hoy no se puede temer que Italia se haga luterana, ó calvinista, ó arminiana, ó anabaptista á otra cosa semejante; estas sectas, ya difuntas, pertenecen á la historia de la arqueología eclesiástica. Solo se puede temer el espíritu de la Reforma, y de esto solo tanto*». Peyron. De la Instrucción secundaria en el Piamonte; pág. 405. pár. 12. Nota.

## §. III.

*El Jurado.—Origen del Jurado.*

1,144. Hé aquí una segunda modificación de los juicios introducida como *canon* solemne en todas las legislaciones modernas. Los Jurados han sido presentados como una panacea que iba á conducirnos á la edad de oro. Los críticos algun tanto dificultosos torcerán la nariz al oír que el gran perfeccionamiento de la civilizacion moderna se consigue volviendo á las instituciones bárbaras; pero nuestros lectores, acostumbrados á coger en flagrante contradiccion á los secuaces de la idea heterodoxa, no tendrán por qué asombrarse viendo á la civilizacion implorar su perfeccion de la *barbarie*, como la *sociedad* la pide al *individualismo*. En cuanto á nosotros, que somos acusados de amor excesivo á la Edad Media, podíamos aceptar de ella sin contradiccion un perfeccionamiento social.

1,145. Esto no obstante, no siendo nuestro propósito introducir ni destruir instituciones, sino solo restablecer en su justo valor los conceptos en órden á la materia de que tratamos, nos contentaremos con examinar brevemente el mérito real del tribunal popular, y las razones por qué goza de estimacion entre los regeneradores, mirando como de costumbre la institucion bajo la influencia heterodoxa de la soberania popular. Esta, introduciendo en esta institucion, como en otras, á la multitud como elemento necesario de legitimidad, finge invocar en su defensa las instituciones de la Edad Media, mientras en realidad solo acepta el cadáver de las mismas, despues de haber ahuyentado el espíritu que las animaba.

1,146. Nuestros lectores saben en qué se hace consistir comunmente la institucion del llamado *Jurado*. Partiendo de principios cuyo valor examinaremos luego brevemente, se establece como aforismo indudable que todo hombre tiene de-



recho de no ser juzgado mas que por sus semejantes, especialmente cuando se trata de *hechos criminales* (pues tratándose de *derecho* y en materia puramente *civil*, las opiniones se dividen). Establécese por consiguiente que el oficio del juez no es pronunciar la sentencia respecto al hecho criminal, sino aplicar la pena, cuando terminado el proceso y leído despues ante los ciudadanos semejantes al acusado y aceptados por él, hayan declarado estos que realmente el reo es culpable.

1,147. Fácil es comprender que esos dos elementos en cierto modo, pueden iniciar legítimamente esa forma de juzgar, estando esencialmente contenidos en el concepto de juicio. Siendo esta una sentencia *autorizada* con que el Ordeador social hace triunfar la justicia, se requiere en quien juzga pericia para conocer lo justo, y derecho para mantenerlo. Por esto cuando los tribunales sin la institucion de los *Jurados* no pudiesen conseguir la pericia en el conocer ó la autoridad en el juzgar, esa institucion debería decirse que era introducida por la naturaleza misma de las cosas.

1,148. No es difícil ver que al menos en dos casos existe una de las dos condiciones. Falta el derecho de pronunciar sentencias autorizadas en los primeros periodos de la ciudadanía, cuando se forman los primeros embriones del organismo civil en la sociedad patriarcal ó en la senatorial, cuando politicamente se consideran iguales todos los jefes de familia, ya porque se han reunido libremente en voluntaria sociedad, ya porque han quedado en el pleno dominio de si mismos á la muerte del Patriarca supremo. En estos casos siendo naturalmente independientes, y por tanto dueños del Gobierno los jefes de familia, á ellos toca escoger los jueces entre sus semejantes y trazarles las formas de los juicios; y en tal caso, es natural que nazca la institucion de los jurados y vaya perfeccionandose y consolidandose por aquel respeto á las antiguas instituciones que es tan propio del hombre social cuando no está estraviado por sofismas ó por las pasiones.

1,149. Falta en el tribunal la pericia necesaria para conocer lo justo cuando esta condicion depende de la especialidad de las profesiones y artes. Y esta es el principio en que

se fundan los juicios de *peritos*, usados en todos tiempos en aquellas materias en que los jueces ordinarios no podían dar una sentencia razonada. Así, por ejemplo, se consulta al cirujano respecto á las heridas, al médico respecto á los envenenamientos, al agrimensor respecto á la estension de las fincas, al calígrafo respecto á la falsificación de las escrituras, al platero respecto á la falsificación de los metales, y donde se cree que la religion debe enseñarse por quien por estudio ó por consagracion sobrenatural, es su legitimo ministro y maestro, se consulta al clero como juez acerca de la doctrina católica.

1.150. Fácilmente se comprende que estas dos razones pudieran producir instituciones semejantes á las de algunas naciones modernas, en la época de la invasion de los bárbaros; porque por una parte la igualdad natural que reunia á los padres de familia en la horda germánica, y á los feudatarios menores bajo el supremo organismo feudal, debia conducir naturalmente á esos mismos resultados que acabamos de ver que debia producir la igualdad patriarcal en la formacion de la sociedad primordial. Por otra parte, la variedad de legislaciones introducida ó conservada por los bárbaros en la sociedad mixta de vencedores y vencidos, daba naturalmente derecho á cada uno de ser juzgado segun la ley de su propia nacion, ley no bien conocida sino por sus connacionales. De aquí nació aquella conocida *professio juris*, por la que cada cual declaraba bajo qué ley queria vivir (1).

1.151. Dejarémos á los eruditos que examinen ese hecho á fin de no separarnos de nuestro asunto, para el cual basta haber indicado algunos caminos legitimos por los cuales esa forma de juicio pudo introducirse y arraigarse en los pueblos, con el objeto de que los ánimos imparciales y honrados vean prácticamente cuán ajenos estamos de tomar partido políticamente por esta ó aquella forma de instituciones sociales. El que quiera tener alguna idea histórica de aquellas institucio-

---

(1) Véase la *Revista italiana*, nueva serie, tomo I, páginas 720.—Artículo del profesor Mittermajer.

nes primitivas que en la Edad Media pudieron preparar los juicios de los jurados, puede consultar la reciente y erudita *Historia del derecho criminal* del Sr. Alberto du Boys, impresa en el excelente periódico *L'Université Catholique*. En el capítulo X, párrafo 1.º que trata de las formas de enjuiciar de los escandinavos, bávaros, francos y anglo-sajones, se verá cómo el mundo era en sustancia una especie de sociedad patriarcal representada en la sociedad pública por el mundo-aldí su jefe, que la unión de los mundo-aldí formaba la parte principal del Gobierno, y por consiguiente administraba justicia; que el magistrado supremo no intervenía por lo común sino para reunir a los miembros de esa especie de jurado, en el cual se sentaba como simple espectador dejando a los jueces dictar la sentencia (1). «*El Godí viene al mediodía y designa sei miembros de cada grupo para formar el tribunal, que se compone de doce miembros, y son los jueces que han de aplicar el derecho.... El delegado real no es en esta especie de tribunal ó jurado mas que un simple espectador.*» En esa historia se ve también que los Godos y Visigodos perdieron antes las huellas del sistema bárbaro a medida que el Código romano y las leyes canónicas civilizaban y armonizaban el Código nacional. Por el contrario, entre los francos que conservaron a la raza romana sus leyes antiguas, los propietarios romanos fueron admitidos entre los *Rachimburgos*, ó sea Jurados, desde los primeros tiempos de la conquista, precisamente porque no hubieran sido juzgados rectamente según su Código, si no hubieran intervenido ellos mismos como jueces. «*Los propietarios de raza romana parece que fueron admitidos á luego de la conquista á formar parte de los Rachimbucos, porque sin ellos el juicio de los asuntos que se regían por la ley romana hubiera sido imposible*» (2).

1.152. Este pequeño ensayo que se encuentra en la cita-

(1) Véase la *Université Catholique*, tomo 51, pág. 314 y 324 y siguientes.

(2) *Université Catholique*, *ibid.*, pág. 323.



da historia, eruditamente explicado, hará comprender á los lectores cómo pudo naturalmente formarse y perfeccionarse en la práctica la autoridad de los jurados como cualquier otro género de autoridad. Pero los regeneradores queriendo negar en el derecho todo elemento histórico, incurren en el error, lo hemos visto otras veces, de acomodar sofisticamente la naturaleza á sus teorías absolutas, y encantados de la ventaja que esperan, no tanto para la sociedad como para su partido ó para su egoísmo, se alzan contra cualquiera otra forma de instituciones, buscando razones en su fantasía y tal vez en la audacia de una ignorancia que suponen igual en sus lectores. Toman entonces el tono de oráculos é imponen á los crédulos con el atravimiento de sus aserciones, las doctrinas mas gratuitas, y tal vez las mas incomprensibles, como si fuesen axiomas recibidos por todo el género humano.

1,455. Daremos de esto una muestra á nuestros lectores, sacándola de una obra de un jurisconsulto y antiguo magistrado en la corte imperial de Bruselas, ciudadano belga, presentada á los Estados generales de los Países Bajos en el año 1827; y escogemos este, porque la autoridad del escritor y de la corporación á quien habla demostrarán que no hemos rebuscado un adversario inerte (1). Apelando, pues, á una discusión imparcial, comienza por establecer como axioma incencuso, que *todo hombre debe ser juzgado por sus semejantes* (2); lo cual es precisamente lo contrario de lo que la naturaleza dicta al entendimiento más romo, como al hombre de mejor discurso. Vattel, que entre los publicistas modernos goza seguramente de algun crédito, dice cabalmente lo contrario de Sevestre: *el derecho de castigar, no pertenece de ninguna manera á un hombre particular respecto de sus semejantes* (3). En efecto, ¿qué quiere decir juzgar en el

(1) Véase Sevestre: *De las leyes penales*. Cap. XIX.

(2) *Es de derecho público que todo hombre debe ser juzgado por sus semejantes.*

(3) *El derecho de castigar, es decir, de corregir al que obra mal haciéndole poder algun mal, no incumbe á un particular respecto de su semejante.* (El derecho de gentes, Vattel, lib. I, capítulo XIII, pág. 226, en la nota 42.)

orden social? Quiere decir imponer a los litigantes el propio juicio en fuerza de la autoridad suprema. ¿Y qué derecho puede tener un igual de imponer su propio juicio como norma de conducta á sus semejantes?

1,154. El axioma de Sevestre está, pues, en contradicción con el sentido comun, y no podría ser aceptado por los fervientes sostenedores de la independencia individual inalienable si no admitiesen el sueño del pacto social, en el cual se apoya efectivamente el autor belga. El cual añadiendo al primero un segundo absurdo, afirma que todo individuo tiene derecho á escoger por sí mismo sus jueces recusando los que se le presenten, puesto que ninguno tiene derecho á sentenciar á su semejante si no está autorizado por él (1).

1,155. No insistiré en demostrar al lector por un lado la falsedad del principio universal asentado tan audazmente, pues salta á la vista de cualquiera cuán disparatado sería permitir á todo bribon el tomar por jueces á sus semejantes; lo cual es una consecuencia del principio adoptado por el autor, pero que no se admite por los que defienden la institución del Jurado. Mucho menos me detendré á refutar el absurdo del pacto social, ridiculizado hoy por todo publicista sensato; solo me haré cargo de la prueba en que apoya el autor su gratuita asercion, á fin de que se haga palpable que la institución del Jurado ha resucitado en los modernos sistemas de Gobierno á la voz de la independencia heterodoxa, verdadero principio de las doctrinas de Rousseau. El cual, establecido el dogma de que todos los individuos de la especie humana son iguales é independientes, infirió de él que no podia formarse entre ellos sociedad ni ejercerse jurisdiccion si cada uno no concedia á sus coasociados el derecho de castigarle cuando faltase.

1,156. Esta generacion del jurado, por el principio de

(1) *Todo individuo sometido á juicio tiene derecho á escoger los jueces que han de juzgarle y de recusar á los que se le presentan y .... nadie debe decidir de la suerte y de la vida de un semejante si no ha recibido, mediante la eleccion, amplios poderes de quien ha de contestar á la acusacion.* Pág. 270.

independencia, puede mirarse todavía bajo otro aspecto considerando la independencia misma en su propia raíz, que es la libertad de la razón, ó sea el *espíritu privado*. Nuestros lectores recordarán lo que otras veces hemos demostrado, á saber: que *ninguna verdad objetiva resiste mucho tiempo al choque rudo de los delirios individuales*, sino que á la verdad se sustituye en las sociedades modernas el imperio de aquella voluble divinidad de la opinión pública, formada por el partido dominante con los innobles artificios que todo el mundo conoce. Pero según lo que hemos dicho, que el poder judicial pertenece por naturaleza al ordenador supremo de la sociedad, es claro que si la *opinión es reina* de la mayoría, ella debe ser el juez.

1.157. Pero ¿cómo se hace para reunir la mayoría de la nación en el sillón del magistrado? Elijase, dijeron los reformadores, elijase en la sociedad la flor de los hombres honrados, y confíesoles el cargo principal de los jueces: el magistrado ordinario desempeñará las funciones más materiales, instruyendo el proceso y registrando el Código, y los jurados representarán á la nación juzgando acerca del hecho, en el cual está propiamente de toda causa criminal.

1.158. Así, una *actio juris*, una de las ficciones acostumbradas, proclamada por los innovadores y humildemente aceptada por esos carneros *independientes* que no cesan de ponderar la emancipación de su propia razón, dice en tono magistral que *doce aldeanos son LA NACION*, que la nación pronuncia sus juicios, que el juicio de la nación es órgano de la verdad. Así la nación magistrada no ménos que la nación legisladora, se encontró constituida por un puñado de hombres, que son tanto más el verdadero pueblo (al decir de sus agitadores) cuanto más bajamente han sido elegidos en el fango de las calles y en las tinieblas de la ignorancia. Así, una nación compuesta de cocineros y pasteleros, de zapateros y cerrajeros, se ve llamada á pronunciar su veredicto acerca de un escritor ó de un Prelado, tallando si en tal frase se encierra tal concepto, si tal acto (la confesión por ejemplo) es espiritual ó civil. Así, el mismo pueblo soberano que de las har-



ricadas pasa á la legislatura, puede sentarse con igual derecho en los tribunales y sentenciar aquí acerca del hecho como en las Cámaras sentenciaba acerca del derecho.

1.159. ¡Lo ves, lector benévolo! La institución del jurado considerada como *voz de la nación* que habla en los tribunales, no es más que una aplicación de aquella misma teoría que hace brotar del pueblo, por medio del sufragio universal, toda justicia y toda verdad, escluyendo todo principio de *autoridad* y reduciéndolo todo á la *fuerza de la mayoría*. Y si esta está representada en los tribunales más microscópicamente que en las Asambleas legislativas, atribúyelo á la imposibilidad de reunir á todo un pueblo en el tribunal; pero de derecho todo el pueblo debe ser juez: «*El juicio del hecho criminal pertenece, pues, al pueblo ó á LA NACIÓN*,» dice Savestre en el lugar citado; y Pescatore: «*La justicia emanada del pueblo..... es el fundamento del jurado moderno* (1).»

1.160. Si este fuese un principio verdadero é indubitado, los jurados desaparecerían, como dicen los regeneradores, no ya como una institución nacida de una serie de hechos históricos, sino como una ley irrecusable de la naturaleza, por la que sería injusta, incompetente é insubsistente cualquiera otra forma de tribunal.

1.161. Y observa, lector mío, que la única forma admitida por aquellos en los juicios, es precisamente la mas ruda que llamamos de árbitros, primer origen de los juicios, como antes he dicho, en las sociedades primitivas. En las cuales no estando aun bien formada, reconocida y consolidada la autoridad pública, conviene que los litigantes elijan voluntariamente los árbitros, que no tienen mas autoridad que la que reciben por la confianza de los contendientes. Pero cuando en una sociedad adelantada se comienza á comprender que todos los intereses de los individuos dependen esencialmente del orden público, no pueden dejarse sin gran injusticia á merced de este ó aquel litigante; entónces se echa de ver que la autoridad judicial en la sociedad es una *instucion natural*, no puro

(1) *Revista italiana*, nueva serie, tomo I, pág. 404.

capricho de los individuos; se ve que el Ordenador supremo necesita de esta autoridad para mantener á cada uno en su derecho, y que por consiguiente corresponde al superior y no á los iguales el juzgar á los súbditos y elegir al efecto los jueces delegados suyos. *«La obligación del Soberano es hacer justicia, él es naturalmente el juez de su pueblo... Es imposible que el Príncipe se encargue por sí mismo de ese penoso trabajo... Debe... confiarlo á otros bajo su autoridad. No hay inconveniente en confiar el juicio de un proceso á una reunion de gentes prudentes, íntegras é ilustradas (1).»*

1,162. De los dos falsos principios de que parte Sevestre, infiere en seguida que ninguno tiene derecho de imponer los jueces del hecho criminal, ni aun el mismo Soberano que tiene el derecho de indultar; porque indultando se contradeciría á sí mismo si hubiese elegido los jueces que condenaron al reo. La razon no deja de ser curiosa, porque supone que se indulta, no á quien es culpable, sino á quien fué condenado injustamente; supone que los delegados jamás se separan de los deseos del delegante; infiere que la nacion misma no puede indultar si ella ha nombrado los jueces, y así á este tenor. Pero olvidemos estas pequeñas aberraciones y volvamos á la prueba principal sacada de la independencian y de la igualdad naturales. Si estas se admiten, es claro que el Jurado se convierte en institucion natural, prescrita por la justicia eterna. *«Todas estas verdades tienen por base la justicia eterna.»* Toda otra forma *«es violencia del absolutismo, vilipendio de la humanidad, esterminio de los débiles, privilegio de los grandes.»*

1,163. El autor ha deducido estas últimas conclusiones de un hecho particular y accidental, es decir, de esos casos que como hemos dicho poco há dependen de los conocimientos especiales, en los que es necesario el juicio de peritos. Un médico, dice, acusado de envenenamiento, tiene completo derecho

---

(1) Vattel, *El derecho de gentes*. Tomo 1, L. 1, Cap. XIII, pág. 232.

de querer que el hecho se examine por médicos semejantes suyos. Tiene razon el autor; pero el ser médico, el ser acusado en materia médica, es para el ciudadano una circunstancia accidental y personal, y podia muy bien ser acusado en materia médica ignorándola completamente; entónces, en vez de buscar jueces *semejantes suyos*, debería buscar á sus *desemejantes*. De este hecho, puramente accidental, y al cual se ha provisto ya ampliamente en todas las legislaciones, ha inferido el autor una consecuencia universal y natural, esto es, que en todos los juicios todos los ciudadanos tienen el mismo derecho, lo cual bien se vé cuán mal se aviene con las premisas; pero nadie ha pensado por esto que todos los juicios debieran considerarse como *exámenes de peritos*. Los deberes del ciudadano son comunes á todos y conocidos á todos, y si en alguno hubiéramos de reconocer en esto mayor pericia, sería seguramente en el magistrado que tiene que juzgar.

1,164. Confirma despues el autor su doctrina con otra prueba no menos curiosa: «El poder judicial, dice, no puede encontrarse nunca en una sola persona, porque juzgar es discutir y comparecer y la discusion exige necesariamente el concurso de muchos (pág. 274). ¿Que te parece, lector mio? ¿No es esto propiamente burlarse de sus lectores? ¿Es posible que ese magistrado no comprenda que el hombre racional puede juzgar por si discutiendo consigo mismo?

1,165. Sin embargo, nos dice que su proposicion es una de aquellas verdades incontestables, y notorias siempre y á todo el mundo; de la cual brotó en las naciones antiguas la institucion del jurado, institucion distinta de la moderna. No vayamos á averiguar hasta qué punto se parecian el loro de Atenas y el de Roma á la institucion del jurado, pues ya hemos concedido al autor que esta institucion nace naturalmente bajo la forma arbitral á los primeros pasos de las sociedades en su infancia. Pero admitido este hecho, ¿puede deducirse de él legitimamente la conclusion universal que asienta el autor? La sociedad primitiva primero y rudo desenvolvimiento de la familia, inauguran sus tribunales eligiendo árbitros á falta de toda autoridad superior; luego aun en una sociedad



*en que la autoridad legitima está ya reconocida, el juicio deberá hacerse por árbitros.*

1,165. La consecuencia es un poco atrevida; pero ¿qué diremos de la otra que deduce el autor, á saber, que el pueblo es el juez natural de todos los culpables? ¿Para qué sirva entonces haber hablado con tanta solemnidad de la *independencia personal*, del derecho de escojer ó recusar los propios jueces, y de la necesidad de conocimientos particulares en esta ó aquella profesion? Si la nación tiene el derecho de juzgar, yo no soy independiente: si juzga por sí misma, yo no puedo escojer; si todo el pueblo juzga de todo, todo el pueblo es perito en todas las profesiones.

*Razon del favor de que goza el jurado.*

1,167. Pero dejemos ya estas ratiocinios con que las teorías modernas pretenden transformar en derecho absoluto lo que no es sino una de tantas formas, que puede tener en la sociedad la administracion de justicia. La insubsistencia de las razones espuestas hará comprender á nuestros lectores que *hay gato encerrado*, y que quizá se quedan en la garganta otras razones de orden práctico, por las cuales la institucion de la Edad Media ha podido enamorar á los innovadores. Preciso es, pues, que las examinemos brevemente.

1,168. Los innovadores, como ya te he demostrado hablando de la demolicion heterodoxa, debian subvertir todas las instituciones antiguas. Pero para este fin era preciso tener por jueces personas que no rehusasen el principio de destruccion, antes bien la admitiesen como alorismo solemne de conducta social, y seguramente no los hubieran encontrado tales en la mayor parte de aquellos magistrados á la antigua, cuya integridad hereditaria en las familias togadas estaba iluminada por profundos estudios y fortalecida por el hábito inveterado de administrar justicia. Por el contrario, llamando á juzgar acerca de los hechos á los jurados, sus semejantes conseguian dos ventajas: primera, estos jueces reunidos fortuitamente se corromperian á medida que se corrompiese la opinion del vo-

luble y ciego vulgo de donde se sacaban; segunda, el derecho de recusar á los hombres de bien que se mostrasen contrarios á la subversion apetecida. El acusado podria decir á estos francamente: «Recuso vuestro ministerio, porque no conoce el arte; mi religion es conocida de mis hermanos; tengo, pues, el derecho de apelar á su juicio: *je vous recuse parce que vous n'êtes pas compétents pour juger du fait, et que vous n'entendez rien à cette affaire; vous ne connaissez pas l'art que j'exerce; ma..... religion est connue des mes confrères; je me défends contre la société qui m'accuse; je dois être jugé par cette société, c'est à dire par ceux que j'ai le droit de désigner dans son sein.*

El tener por jueces del hecho á semejantes suyos, es pues derecho riguroso; el aceptar del Soberano los jueces que han de aplicar la ley, es una transaccion voluntaria. «*Il réclame donc, avec justice, le jugement de ses pairs, sur le fait et par une transaction spéciale, il s'en rapportera aux juges du souverain, sur le droit* (pág. 275).»

Nada mas cómodo como ves en los revueltos tiempos de agitación política. El buen Bertoldo no hubiera deseado mas cuando consentia en ser ahorcado con la condicion de que se le dejase escoger el árbol de que habia de ser colgado. ¡Ahorcado, sí! pero en una planta de perejil.

1.169. Recordad ahora todo lo que hemos dicho acerca del predominio de los partidos, de la timidez é impotencia de los hombres honrados, de la abolicion de toda unidad social y de toda influencia autorizada en la sociedad moderna, y vereis cuánto crecerá el mérito de la institucion inglesa para cualquiera que quiera subvertir la sociedad. Esto no quiere decir que la institucion sea por sí absolutamente dañosa, ántes por el contrario, hemos visto que puede ser una necesidad de un pueblo naciente, un derecho de los antiguos orígenes, una barrera en determinados casos contra la prepotencia de los grandes.

1.170. Pero lo que es bueno y verdadero accidental y relativamente, es falso y nocivo cuando se quiera trasformarlo en absoluto y universal, y este es precisamente el error de

los que buscan en el jurado un instrumento de partido en vez de buscar la verdad y el derecho según la naturaleza. Si tuviesen un poco más de esa sinceridad de que se vanaglorian á cada paso, en lugar de apoyarse en la ley natural nos confesarían lisa y llanamente cuál es su propósito. Y así sus pruebas serian evidentesísimas, porque nadie se atrevería á negar que es muy cómodo al partido triunfante dictar leyes en las Cámaras, ejecutarlas en el ministerio, sostenerlas con la guardia nacional y defenderlas en los juicios invadiendo los tribunales.

Pero, diganlo ó no, el hecho habla con gran elocuencia, y principalmente en materia de imprenta y de delitos políticos, la repaición de las anomalías las erige casi en ley constante donde quiera que se ha apoderado del Gobierno el espíritu reformador.

4,171. Baste lo dicho respecto á la influencia de la idea regeneradora en las personas de los magistrados; primer punto que nos habíamos propuesto examinar respecto al poder judicial. Su inamovilidad es consecuencia natural de la soberanía popular, pues cuando se presupone esta, cuando dependen de ella todos los órganos del poder político, plenamente poseído de la misma, entónces es claro que tan independientes son los jueces de los ministros y legisladores, cuanto lo son los ministros y legisladores de los jueces: son como tres coroneles en una brigada, tres generales de division en un ejército, iguales entre sí y dependientes solo del jefe superior. Este jefe superior es el pueblo, luego sólo el pueblo tiene el derecho de destituir á los jueces, de la misma manera que en la *teoría heterodoxa* puede destituir á los legisladores y ministros y hasta al mismo jefe ministerial de todo el Estado.

Esta inamovilidad es provechosa para dar á la magistratura esa independencia que conviene á un poder soberano, cual es el poder supremo de juzgar. Esta independencia, que en las monarquías pertenece esencialmente al Monarca, es nula para el poder judicial en un Estado popular, en donde el pueblo no puede ejercerlo por sí mismo, pero puede muy bien amotinarse contra los jueces y someter á duras pruebas su inte-



gridad. Aquí, pues, la inamovilidad es de necesidad absoluta; pero puede ser también ventajosa en las monarquías sustruyendo las conciencias de los tribunales á las influencias de cualquier ministro propotente.

Y el temor de esta prepotencia es precisamente lo que hace apreciable el tribunal de los Jurados á las naciones que por influencia de la idea regeneradora han comenzado á juzgar casi imposible la honradex de los gobernantes, suponiéndolos movidos constantemente por su propio interés. Una nación dominada por tal suspicacia, apenas ha puesto en manos de alguna de sus mismas criaturas un trozo de su cetro, comienza á sospechar que abusa de él, y por medio de inspectores y contrapesos intenta recoger el poder que por naturaleza es incapaz de ejercer por sí misma. Un intento semejante es en el orden judicial la institucion del Jurado, con la que el pueblo espera ejercer por sí mismo el poder que por su incapacidad se vió obligado á confiar á los magistrados; de la misma manera que con la guardia nacional reivindica para sí la fuerza pública despues de haberla entregado al Principe con el ejército, porque se sentia incapaz de dirijirla.

Pero ¡ah! pronto vuelve la indómita naturaleza á reivindicar también sus derechos y á intimar con los hechos á la multitud, que esta es por la misma naturaleza súbdita y no soberana; los personajes más eminentes del municipio, los empleados pagados por los ministros, los jefes astutos y prepotentes de las facciones forman la lista de los Jurados á su capricho, y así quitan al pueblo aquella mediana seguridad que le daba la inamovilidad de los magistrados. La integridad de estos queda subyugada á la volubilidad de un pueblo dominado alternativamente, ó por las influencias ministeriales, ó por el poder de los partidos, ó por la resistencia á toda sujecion; y por querer una infalibilidad absoluta en los tribunales, se incurre en su nulidad absoluta; por poner los tribunales en manos del pueblo, se abandonan en manos de la ignorancia ó del valimiento.

Hé aquí los efectos de las ideas de independencía y de la nulidad de la conciencia pública, introducidas en el orden judicial. Menos acomodadas á la naturaleza del individuo y á

la indole de la materia, alterando los principios fundamentales de la sociedad dan una direccion peligrosa á la practica y cambian en instrumentos de partido hasta la balanza y la espada de la justicia.

#### § IV.

##### *Publicidad de las discusiones judiciales.*

1.172. La publicidad de los juicios es una de aquellas instituciones de cuyos progresos mas se vanaglorian nuestros regeneradores y cuyos frutos creen más copiosos, y aun muchos de los que en otros puntos les disputan la victoria, en este se dan por vencidos y no se atreven á oponerse á la evidencia de sus razones, aunque menos dóciles ó más tardios, digan otra cosa.

Nosotros que no hemos abrazado ninguno de los dos partidos, reduciremos á su justo valor las razones en pró y en contra, tratando por último de demostrar en este punto lo que en general hemos manifestado acerca del poder judicial, ó sea cuál es la razon por qué la innovacion ha sido en esa materia menos fecunda que en otras.

1.173. Las razones en favor de la publicidad de los juicios, nos las dará el ya citado Sevestre, que delante de los Estados generales de los Países Bajos defendió en 1827 la causa de los reformadores (1).

1.174. Hé aquí, según este magistrado y jurisconsulto, las principales razones por qué los juicios, al ménos los criminales, deben ser públicos en una sociedad bien organizada: «El delito, dice, trastorna toda la sociedad, la cual es

(1) *Des lois pénales considérées comme moyen de repression* par Jean Louis Sevestre.—Bruxelles, 1867, cap. XVIII, pág. 254 y siguientes.

solidaria en el estado social, porque á todos inquieta el delito que ofende á uno sólo de sus ciudadanos. Si toda la sociedad siente el peligro, toda debe poder asistir al juicio instituido para reasegurarla.»

1,175. Esta primera razon se apoya, como se vé, en ese principio de desconfianza que sobresale perpétuamente en las teorías modernas, las cuales, perdida toda idea y hasta toda posibilidad de conciencia pública, no creen encontrar seguridad sino allí donde cada uno puede examinar por si mismo minuciosamente la rectitud de sus gobernantes, ó al ménos de sus mandatos.

1,176. Y en efecto, esta es la segunda razon que dá el juriconsulto: «Cuando sólo bajo la fé de un colegio de magistrados se condena al culpable, ¿qué apoyo tendrán la libertad y la inocencia de la voluntad pública? La libertad, pues, no existe donde la justicia esconde sus tribunales y aparece sólo en sus patibulos.»

1,177. Esta segunda razon asienta como axioma que es necesario al *concurso de la voluntad general* si se quiere asegurar la libertad y la inocencia, lo cual es en sustancia recurrir á la *soberanía del pueblo*, presuponiendo todos sus absurdos y aceptando todos sus inconvenientes. El autor robustece su asercion con la acostumbrada tragedia del déspota que corta la cabeza al inocente cuando los tribunales no están abiertos al pueblo. «Basta, dice, que la cabeza de un individuo caiga bajo el cuchillo de la cólera y que se enseñe á los esclavos del tirano.» Y quizá este golpe teatral conmoveria á los espectadores de 1827.

1,178. Pero despues de veinticinco años de experiencia, aleccionados ya acerca del justo valor de las garantías constitucionales y de la responsabilidad ministerial, comprendemos muy bien que si la publicidad de los juicios puede servir de freno á la rara tiranía de los palacios, fomenta y confirma la más frecuente y más feroz tiranía de la plaza. Y seguramente no sabemos si se encontrará ejemplo en los Gobiernos absolutos, de que en solos cuatro años hayan sido desterrados ó despojados sin juicio dos ó tres Obispos, más de veinte corpo-



raciones religiosas y una institucion de caridad veneradísima, declarada benemérita de la patria, ademas de las continuas usurpaciones de varias asociaciones en el momento en que se declaraban regulares ó benéficas. Despues de semejantes ejemplos, si el hablar de la seguridad de la libertad por medio de la publicidad de los juicios no hace reir á todo el que tenga sentido, es porque el desprecio estremece, y este estremecimiento contesta convenientemente á la tercera razon de Sevestre, que se funda en la *responsabilidad ministerial*. (Capítulo I, pág. 258).

1.179. La cuarta prueba confirma lo que otras veces hemos dicho acerca del origen de toda justicia: *La justicia, dice el magistrado belga, es administrada por todos y ex nomine de todos bajo el nombre del Principe. Por consiguiente cada uno tiene derecho de asegurarse por si mismo de cómo se administra.* (Pág. 260).

1.180. El autor se ha olvidado de que si hubiese semejante derecho sería tambien un deber, pues el velar por la conducta de sus dependientes no es derecho del supremo imperante, sino precisamente porque es deber. Concedida pues á todo ciudadano la soberanía y por consiguiente la censura de los tribunales, se impondría á cada uno el deber de asegurarse por si mismo de que la justicia era bien administrada. Pero un magistrado como Sevestre no puede ignorar la ridiculez de semejante doctrina, porque ¿sería acaso mas posible la institucion de los jueces en una sociedad, si á cada hombre del pueblo le fuera licito, ó más bien obligatorio, el exámen de todos los protocolos de los tribunales? Y digo *todos los protocolos*, porque ese mismo derecho ó deber que segun Sevestre podría cumplirse asistiendo á las discusiones públicas, segun otros de mas difícil contentar y más escrupulosos en la defensa de la vida de los ciudadanos, podría exigir otras indagaciones muy distintas de la asistencia á las discusiones públicas. Y si á esto respondiese que no hay razon para tales escrúpulos, otros le replicarian que se contente con las instituciones en que por tanto tiempo fiaron y fian todavia tantos prudentes y honrados ciudadanos.

1,181. La misma respuesta puede servir á la vez para la quinta razon, fundada en la dignidad é independencia del magistrado, la cual depende, dice el autor, de la reputacion de integridad, que no puede alcanzarse sin la publicidad de los actos (pág. 261 y siguientes). Fácil es de ver que este argumento puede llevarse al extremo como el precedente, en cuanto pueden ser sospechosos todos los pasos del magistrado, aun los del interior de su casa. ¡Habríamos de condenar por esto al magistrado á vivir en un palacio de cristal repitiendo con el jurisconsulto: *cur non palam si decenter?* Para obtener fama de justo es indispensable, continúa el autor, la completa publicidad de las audiencias; de otro modo se despierta la desconfianza y la sospecha. Hé aqui, segun costumbre, la sospecha que alcanza á toda autoridad. ¡Hé aqui, segun costumbre, que despues de haber hablado de la necesidad de un magistrado que juzgue al pueblo, se añade la antitesis de que es necesario que el pueblo juzgue al magistrado!

1,182. La sesta razon se deduce del ejemplo público de las ventajas que obtiene la sociedad; como si la sociedad no quedase persuadida de la justicia de una condena y edificada por el castigo del delito, si el pueblo es alejado, aunque sea de una pequeña parte de las audiencias en causas criminales: *de la plus petite partie des audiences criminelles* (pág. 262). Ciertamente hay casos en que la discusion publica pueda edificar á la sociedad; pero ¡cuántas veces la atrocidad del delito, la audacia del reo, la presencia de los cómplices que lo conforta, la apologia del abogado, las mentiras de los testigos, las esperanzas de la impunidad, el provecho obtenido del delito y otras circunstancias semejantes pueden aumentar el escándalo en vez de repararlo, pueden incitar á cometer otros delitos iguales en vez de aterrar con la pena!

1,183. La *publicidad*, continúa el abogado, *da majestad á los juicios* (pág. 264). Sea enhorabuena; pero ¿no hay otras solemnidades con qué compensarla?—El inocente no queda asegurado contra la prevaricacion del juez —Pero ¿quién le asegura contra las conspiraciones de los émulos?—El público juzga rectamente porque no está en lucha como el magistrado.

—Pero el magistrado tiene una pericia, una educación, una probidad que no existe siempre en aquellos curiosos que forman el público, y estas son circunstancias de gran autoridad para atenuar la gran importancia que se da á la publicidad. ¿Son acaso los que frecuentan los estrados de los tribunales los verdaderamente doctos, los prudentes, los capaces, los ciudadanos íntegros, ó más bien los ociosos, los ligeros, por no decir los cómplices y los entrometidos?

1,184. Finalmente, la publicidad de los juicios se pide para que todo ciudadano conozca el mérito de los que como electores ó elegibles pueden tener alguna parte en el Gobierno (página 265), y á este propósito de poco sirve, según los reformadores, la sentencia de un juez siempre sospechoso para ellos.

1,185. Pero fácilmente se comprende cómo puede ratorcerse este argumento en favor de la opinión contraria. Si los tribunales deben proteger á los ciudadanos contra un acusado culpable, mucho más deben proteger la reputación de un acusado inocente, que todo el mundo sabe cuán fácilmente se empaña aunque las acusaciones sean calumniosas, especialmente á los ojos del vulgo más inclinado á pensar mal y menos acostumbrado á discernir la verdad entre las artes de la mentira y de la burla. Añádase la consideración de las diferentes personas que pueden venir á la causa, de las ignominias que pueden descubrirse, de las sospechas que pueden concebirse y de las enemistades que pueden encenderse, por la cual aún establecida la publicidad como ley general hay necesidad quizá de excepciones y privilegios que demuestran el peligro de la institución.

1,186. Hé aquí, si mal no entendemos, las principales razones en pro y en contra, sobre cuyo valor no queremos fallar practicamente, decidiéndonos por uno ú otro sistema, si no en cuanto no podemos menos de reprobar el elemento de la soberanía popular de que parten los reformadores, y que condena á los defensores de la publicidad, cuando quizá, sosteniéndola por otros principios podrían tener alguna razón. Al recurrir á tan erróneo principio obligan naturalmente á sus



adversarios á combatir todo el sistema; tanto más, cuanto que este una vez poseído del error lo trasmite á toda la sociedad, pervirtiendo sus doctrinas y alterando algunas veces la rectitud en todos los juicios.

1,187. Pero este es cabalmente el principal motivo porque los regeneradores proclaman la necesidad de la pública discusión y discurren acerca de este punto, lo mismo á propósito del Jurado, que de las discusiones de las Cámaras, de la libertad de la prensa, de la *mision* de los periodistas, etcétera, etc.; toda publicidad es para ellos un medio de embrollar la cuestion con sofismas, de encender las pasiones, de fomentar las conspiraciones, de poner obstáculos á los Gobiernos y de agitar á la multitud. *Aprovechaos de la más mínima concesion para reunir las masas*, decia Mazzini á los amigos de Italia el año 1846..... *Extremadas las numerosas relaciones entre los hombres de todas opiniones, bastan para hacer triunfar las ideas* (1). Que se presenten adornadas esas ideas por un poeta en un cancionero, por un actor en el teatro, por un profesor en la cátedra, por un diputado en la tribuna ó por un abogado en el foro cuando está presente la ignorante multitud, y el efecto será siempre el mismo, las objeciones se entienden mejor que las contestaciones, las pasiones halagan al corazon mas que la justicia. La publicidad de los juicios trasferida del orden civil al político, prepara dos triunfos relevantes á la causa de los perturbadores. Por una parte los *hermanos* acusados encuentran en una numerosa reunion de cómplices, ó una defensa, ó al menos un auditorio que los anima. Si con los conjurados del partido se entrometen los ociosos, ellos saldrán instruidos por los abogados fanáticos que con el pretexto de la libertad de la defensa, sostendrán la libertad de seducir. Añadid á esto la ventaja señalada ya por Gualterio de formar en los abogados un lenguaje elocuente, una popularidad facciosa, una ambicion insaciable y comprenderéis las razones secretas que unidas á las publicadas

(1) Carta de Mazzini á los cooperadores de la joven Italia, Octubre de 1846.

por Sevestre, deben hacer queridísima á los reformatoras y desagradable á los reaccionarios la publicidad de los juicios.

1.188. Esto no obstante, repetimos que esta institucion atemperada con medidas prudentes, que salven á los jueces su independencia, que aseguren la execracion del delito, el sonrojo de los delinquentes, la reputacion de los inocentes, y la prebidad de los abogados, bien pueda introducirse en los juicios del orden civil con alguna ventaja por la razon antes indicada, que el elemento individual pueda obtener racionalmente mayor influencia en el orden civil que en el politico.

1.189. En efecto, ¿cuál es el fin para que se juzga en la sociedad? No es solo para avenir los ánimos de los dos litigantes, sino para asegurar el pleno triunfo de la justicia y adunar en una opinion y voluntad únicas á todos los miembros de la sociedad. Esta unidad intelectual y moral es la que propiamente constituye en *sociedad humana* la aglomeracion de los individuos; y su raíz está en los supremos principios de moral que la razon nos enseña y la Religion fortalece. Pero siendo estos principios supremos universales, pueden en la aplicacion, no solo violarse por la fuerza, sino que bajo otros aspectos pueda juzgar de ellos diversamente la razon. Un Gobierno justo contraponen á las violaciones de la fuerza el poder de su ejército, y á las opiniones contradictorias contraponen la autoridad de sus juicios para fortalecer la unidad social. Pero, ¿se conseguirá esta unidad con los juicios secretos? ¿Qué fuerza tendrian estos para formar una opinion comun en todos los asociados?

1.190. Es, pues, evidente que los juicios tienden por sí á la publicidad, y tienden tanto más cuanto las materias son más obvias y las razones más culminantes. Y precisamente por esto, los tribunales más respetados, aun cuando no admitan la publicidad en las discusiones, procuran la publicidad de las sentencias y de sus fundamentos, que recopiladas en gruesos tomos servirán de norma para casos análogos. Así se coleccionan las sentencias de los Tribunales Supremos, y así se coleccionaban (y se coleccionaban tambien en otros tiempos) las decisiones de la Rota Romana. Y esas decisiones, aunque relativas

á casos particulares, presuponiendo siempre un principio universal que se aplica para deducir de él la sentencia, autorizan expresa ó terminantemente aquel principio; y erigiéndose en uso judicial adquieren como autoridad de ley para servir de norma en casos semejantes (1).

Fácilmente se comprenderá ahora que la discusión pública, en que los abogados se esfuerzan en opuestos sentidos por alegar razones en apoyo de sus opiniones, es muy á propósito para despertar hacia ellas la atención de la multitud, que en tal materia no puede llamarse enteramente extraña. La autoridad, pues, del magistrado (si el público la respeta firmemente), poniendo en claro cuál de los dos tenía razón, puede reparar ordinariamente los inconvenientes que traen consigo las discusiones públicas, cuando el pueblo se constituye en juez entre las partes contendientes, y no le dan el hilo con que salir del laberinto en que le han puesto los sofismas.

1.191. Verdad es, que con solo publicar la sentencia, aun sin discusión pública, podía el súbdito oír la voz de la autoridad, y mediante ella atemperarse á la unidad de conducta social. Pero cualquiera que reflexione en la verdadera índole del impulso gubernativo, comprenderá cuanto más natural es para el súbdito el obrar con algun conocimiento de causa, y á la autoridad el fortalecer su mandato con la persuasión. Si bien es cierto que la razón de obediencia no es para el súbdito la evidencia de los motivos sacados de la ley, sino la autoridad del superior que la intima, hay que tener en cuenta que ese mismo superior tiene que mover, no á un ángel, inteligencia pura, ni á una piedra ó á una planta sin sentido ni conocimiento, sino á un hombre dotado de razón para conocer la verdad, y de sentido para gustar el placer; y por esto, cuanto más se valga de razones para convencer al entendimiento, y de intereses para excitar la sensibilidad, tanto más podrá decir que gobierna al hombre, según la humana naturaleza; haciendo, por supuesto, que predomine la razón, y que nunca lleguen á

---

(1) *Revista italiana*. Nueva serie, tomo I, pág. 110.



ponerse en duda los derechos de la autoridad, por quererlos reforzar con tales subsidios.

1,192. Y decimos subsidios porque estamos á mil leguas de distancia de aquella imprudente y falsa teoria que bulle hoy en muchas cabezas y se estampa en muchos escritos, la cual tiende á persuadir que no obliga la ley al súbdito si este no la juzga racional, opinion de tal manera falsa y perniciosa que haria imposible (y ¿por qué no ha de decir *hace*, al ménos en ciertos países?) la sociedad, como es imposible que la turba, no ya de pordioseros de las calles, sino de pisaverdes de salón, comprenda siempre y estime en su justo valor las razones civiles y políticas. No es, pues, necesario para constituir el deber de obediencia civil, hacer comprender al súbdito las razones intrínsecas del precepto, bastando para obligarlo aquella universalísima razon en que se funda toda obediencia social. «Siendo al ménos moralmente imposible que todas las razones y todas las voluntades libres de los asociados, sientan y quieran de un mismo modo, es ley de la naturaleza que si han de vivir en sociedad han de aceptar un principio de unidad racional en todos sus actos públicos.»

1,193. Pero si esta persuasion universal basta para ligar en cierto modo al hombre racional, ¿basta para ligar al hombre sensible? No, ciertamente, porque los sentidos buscan satisfaccion, miran al interés, se agitan por las pasiones. Por el contrario, el hombre racional se mueve á obrar más vivamente cuando no sólo acepta por deber el precepto sino que comprende con alguna evidencia su justicia y su sabiduria; por esto cuando es compelido sólo por el deber, se mueve por una fuerza ménos externa; cuando reúne al deber el propio convencimiento (y mucho más á esta se fortalece con los instintos sensibles), obra con una espontaneidad casi irresistible. La autoridad hace que deba obedecer, la persuasion que quiera obedecer y casi que no pueda desobedecer.

Pero el gran arte del gobernante consiste precisamente en hacer que los súbditos quieran obedecer, por lo que si la publicidad de los juicios favorece este fin, bien se ve que ventaja puede reportar á la sociedad. El súbdito, á quien es

licito intervenir en los debates, se persuade fácilmente de que los litigantes son libres, los juicios imparciales, las sentencias justas; tanto mas cuanto que, como otra vez hemos dicho, las materias de que comunmente conocen los tribunales son *derechos y delitos* de los particulares. Añádase á estos motivos la influencia que ejerce la majestad de la reunion, ya sobre el juez para que no prevarique, ya sobre el súbdito para que se incline, y comprenderás que se puede conceder con provecho á los tribunales la discusion pública al menos en los asuntos ordinarios.

Esto no obsta para que en ciertos casos, ó por la fealdad de la materia ó por temor de que se conmuevan las pasiones, la publicidad pueda ofrecer algun peligro, y por consiguiente haya que hacer en ella alguna escepcion. No hay ley que no la sufra, y no por eso se derogan ó se vituperan las otras leyes.

1,194. Estas ligeras indicaciones harán comprender al lector, que el que desea la publicidad de los juicios puede encontrar buenas razones bajo cualquier forma de Gobierno, por lo que sabiamente, á nuestro entender, se opone Romagnosi al abogado Marrocco, que creia que desdecia de la monarquía esta institucion, que consideraba como republicana. Marrocco confundia aqui, como muchos otros, el órden civil con el político, y por consiguiente no podia advertir la inmensa diferencia que hay en la misma institucion cuando entra en uno ó en otro. El mal de la publicidad no consiste propiamente en llamar al pueblo al conocimiento de las causas; consiste en quererles echar encima el peso insoportable de lo que no puede comprender ó en erigirle en juez de aquellos á quienes debe obedecer. La impotencia del pueblo para *juzgar*, y juzgar *sin pasion*, en el órden político (de cuyas ventajas é inconvenientes masee juzga con el entendimiento por medio de generalizaciones futuras, que se prueba con la esperiencia del presente), hace que generalmente en los Estados más vastos sea ménos conveniente la publicidad de las discusiones políticas, la cual por otra parte podria convenir, por ejemplo, en los pequeños Cantones de Suiza, cuya política excede poco de los límites del municipio, y es por consecuencia proporcio-

nada á las inteligencias vulgares. Bien se pueda, pues, y se debe distinguir la publicidad de los negocios civiles de la de los políticos, y el desdecir de los Gobiernos monárquicos la publicidad de los segundos, no debe ser parte para excluirla de los primeros.

1,195. Mas eficaz sería, para convencerse de la conveniencia del secreto, aun en los asuntos civiles, la razon de contener á los súbditos en el deber de obediencia, impidiendo la arrogancia con que tan fácilmente invocan en el propio tribunal la misma autoridad cuyas sentencias deberian respetar. Y aqui está propiamente á nuestro entender el nudo de la dificultad y la manzana de la discordia entre la sociedad antigua y la sociedad reformada; aqui es donde los regeneradores han empeorado y desacreditado su causa, derivando de un principio malo una institucion que por sí no sería condenable. Ellos han dicho: «el pueblo es soberano, y por tanto juez; luego la discusion debe ser pública, pues solo con esa publicidad puede sentenciar el pueblo.» *Es un absurdo*, dice Sevestre, *impedir al pueblo la asistencia á la accion pública; es una usurpacion de sus derechos el quitarle el conocimiento y el juicio del hecho criminal.*

1,196. ¿Lo ves? Para probar que los juicios deben ser públicos, apelan precisamente al argumento por el cual deberian ser secretos. Quieren la publicidad de los juicios para que el pueblo pueda creerse y hacerse juez; y la verdad es que este es precisamente el inconveniente, porque podría combatirse racionalmente la publicidad de los juicios si otras razones de utilidad no aconsejasen muchas veces hacerlos públicos, siempre que quede á salvo el principio de dependencia del súbdito. Los reformadores truecan la cuestion de utilidad en cuestion de principio, la publicidad de los juicios en *homenaje al pueblo soberano*. Qué mucho, pues, que el que no hace profesion de fé en los derechos de la muchedumbre niegue el de la publicidad?

1,197. Resumamos lo dicho hasta aqui. La publicidad de los juicios, considerada bajo diversos aspectos, puede tener sus ventajas y sus inconvenientes, como cualquiera otra institucion



humana. Las ventajas principales pueden reducirse á las siguientes: la sociedad se persuade de la justicia con que se castiga el delito, y de la seguridad que tranquiliza á los inocentes; los magistrados encuentran una barrera contra la seducción y una defensa contra las lenguas maldicientes; el acusado puede esperar hacer valer mejor su derecho y temer menos la parcialidad de los jueces.

1,198. Pero bajo otro aspecto, las muchedumbres pueden tiranizar á los jueces subyugando á los magistrados con ruina de los inocentes; los culpables pueden ser confirmados en el delito, ó con la impunidad, ó al menos con la popularidad; el vulgo puede ser engañado con sofismas, irritadas sus pasiones, y tener abierta una escuela práctica en que aprender el modo de delinquir impunemente; puede comprometerse la reputación de los ciudadanos y turbarse la tranquilidad de las familias.

No es posible fallar en absoluto acerca de esta institución, sino que es preciso calcular las condiciones de la sociedad, la naturaleza de los delitos y la persona en quien reside la soberanía.

1,199. Esto, no obstante, los reformadores procurando la perversión de los órdenes políticos, precisamente habían de levantar hasta el cielo los derechos de la publicidad, no sólo porque es un medio de perturbar las cabezas de la muchedumbre, sino porque es consecuencia necesaria de la soberanía del pueblo, erróneo principio de todo su sistema, que transforma en derecho absoluto é inalienable lo que es cuestión de oportunidad y de utilidad.

Fundada en ese principio la publicidad de los juicios, debe dañar necesariamente á la sociedad, porque la mentira no puede producir provecho duradero. Ese daño no se advierte mientras la publicidad se reduce á los tribunales del orden civil y no traspasa el orden político, porque en el orden civil, si bien no corresponde al pueblo el juzgar, le es útil y muchas veces necesario el guiarse por las sentencias públicas de los magistrados esclarecidas y justificadas por la discusión, cuyo oficio principal es reunir en una opinión las de todos los aso-

ciados cuando hay duda acerca de un derecho controvertido por otros. Pasemos al tercer objeto de nuestras consideraciones, la lenidad en los juicios.

### § V.

#### *Lenidad en general.*

1,200. ¿Habrá quien se atreva á disputar al siglo XIX la gloria del humanitarismo en el derecho penal? ¿Cuándo han sido los castigos más ligeros, más recomendada la indulgencia y más templados los tribunales?

No serémos nosotros los que disputemos esta verdad histórica; pero no se nos niegue, después de colocar esa verdad en su verdadero aspecto, el derecho de examinar sus causas, para atribuir el mérito á quien corresponda. Es necesario, en primer lugar, considerar bajo su verdadero punto de vista la decantada lenidad, á fin de no incurrir en la tontería ó en la malicia, lo que sea, de los que convierten en motivo de vanagloria lo que debe serlo de confusión. Es, pues, necesario examinar las causas de donde proviene la lenidad de los tribunales para conocer si la obra es tan buena y meritoria como son dulces sus consecuencias.

1,201. Para comprender bien la naturaleza de esa lenidad, de esa suavidad que se ha infiltrado de un siglo á esta parte en los códigos penales de Europa, es preciso en primer lugar hacer un examen general y penetrarse bien de la índole de esa suavidad de costumbres de donde derivan los tribunales su lenidad, distinguiendo cuidadosamente la idea genérica de suavidad del Gobierno, de esa aplicación especial que se hace mitigando los castigos. Porque la suavidad, generalmente considerada en los gobernantes, no es otra cosa en último resultado, que la conformidad entre el Gobierno y la naturaleza gobernada. Todo camina suavemente cuando se procede segun

la naturaleza, y no hay entonces necesidad de violencia, que no es otra cosa precisamente que un esfuerzo contrapuesto á la inclinación de la naturaleza. Y esto es verdad en todas las materias, y así llamamos violento al movimiento de una piedra tirada al alto, y natural, por el contrario, al de su caída; es violento el encorvamiento de una planta que cede al peso de sus ramas, y es natural la forma en que crece espontáneamente. Lo mismo sucede en materia de gobierno: la violencia es precisamente lo opuesto á la naturaleza. Un gobernante que nada sepa conseguir de sus súbditos sino á fuerza de esbirros y de guillotinas, será un gobernante violento; si gobierna con el convencimiento, con el movimiento de los afectos, con la combinación de los intereses, será un Gobierno suave, porque usará de atractivos mediante los cuales ceden espontáneamente las inclinaciones humanas.

1,202. Verdad es, que siendo la naturaleza humana un compuesto de razón y de sentido, son varias las formas con que los gobernantes pueden condescender con ella y atraerla á sus designios. La razón puede cautivarse ó con el principio universal de la obediencia, haciendo que penetra profundamente en la mente de los súbditos la primera base de toda existencia social; esto es, el deber de sacrificar el individualismo disolvente al principio unificador ó social de la autoridad, ó con el convencimiento práctico, demostrando á los súbditos la justicia del decreto á que quiere someterse. A este fin van encaminadas en los Gobiernos representativos las discusiones públicas, con las que se demuestra el pró y el contra de las leyes proyectadas, discusiones que se publican después en los diarios para formar, como suele decirse, ó para investigar la opinión pública (1) Pero cuando á la fuerza de la razón

---

(1) La idea no sería absolutamente inútil para el objeto si fuese menos falsa en el supuesto, ó menos inconsiderada en la ejecución. El suponer que la ley debe formarse por la opinión pública, es un absurdo que se deriva del absurdo principio de la soberanía popular, estúpida negación del principio esencial de toda autoridad, la cual establece una autoridad presuponiendo la imposibilidad de que todos gobiernen. Pretender, pues, que se forme la unidad del convencimiento con la discusión sostenida por varios



bien poseída del principio universal, corresponde en los súbditos la firme voluntad de aplicarlo con todo el rigor del deber, con solo publicar: *Así lo manda quien tiene derecho para ello*, basta para conseguir la ejecución; tal es la forma de mando entre los militares en quienes está profundamente grabado aquel principio. Por el contrario, en los sistemas democráticos es tanto mayor el esfuerzo en dar la razón de lo que se manda, cuanto mayor es la creencia de los súbditos de que tienen parte en el Gobierno.

1,203. El hombre sensible se mueve enérgicamente ya por la idea del bien, ya por el temor del mal. Será, pues, suave en tal concepto un Gobierno que en vez de cadenas y palos emplee para guiar á sus súbditos premios ó castigos, y toda la teoría de los premios ó castigos en que fundan los utilitarios toda esperanza de orden social, no es otra cosa en sustancia que la suavidad gubernativa proporcionada al hombre sensible y animal.

Un Gobierno que sepa combinar los dos impulsos, el racional y el sensible, subordinando el segundo al primero, será un Gobierno verdaderamente humano, porque secundará la naturaleza humana en la combinación de los dos elementos, manteniendo á cada uno de ellos en el grado en que respectivamente la colocó el Creador.

1,204. No es esto decir que el uso de medios puramente materiales, cuando los otros son inútiles por culpa del delincuente, se oponga á la debida suavidad del Gobierno, como no se opone la reclusión de los dementes ó el uso de la camisa de fuerza que les impide dañarse á sí mismos ó á los demás. Porque estando destinado el hombre por naturaleza á la sociedad y la sociedad al orden, exige la misma naturaleza que la fuerza bruta, cuando se desordena, sea dominada por la fuerza racional. Y si esto exige la naturaleza, no podrá decirse que es contrario á la sociedad, en la que ejerce el dominio

---

partidos, y falsificado por varios periódicos con todo el calor de las pasiones y de los intereses, es un medio de ejecución, no solo ineficaz, sino contrario al fin, es lo mismo que querer apagar el incendio con antorchas encendidas.

de la naturaleza la autoridad que para eso está principal y directamente constituida. Supongamos que la autoridad no sea reconocida por la espontaneidad irracional del loco, y por la espontaneidad perversa del malvado; estas espontaneidades tendrán que ser dominadas por la fuerza y separadas del fin á que les inclinaba la pasión, y esta violencia á la pasión del ciudadano es naturalísima á la razón social, destinada precisamente por la naturaleza á contener los excesos de los asociados. Por esto, yerran grandemente los que por adquirir fama popular de suavidad en el Gobierno, dejan impunes los delitos so pretexto de clemencia y usando así una suavidad indebida para los instintos salvajes del hombre perverso, los alientan con la impunidad á la opresión de los honrados en cuyo provecho debe redundar, según la naturaleza, la fuerza suprema de la sociedad. La misma naturaleza se encarga después de castigar á tales gobernantes, por semejante perversion del orden, haciéndoles perder la justa popularidad que consiste en la aprobación de los hombres de bien cuya tranquilidad está asegurada, sin que adquieran la que ellos ansian entre los malvados, los cuales comprenden que no es clemencia de buen corazón sino debilidad de loca ambición, esa indulgencia con que se quiere comprar su aprobación.

1.205. La verdadera suavidad en el Gobierno consiste en conducir á los súbditos á la posible honestidad de vida por los medios más conformes á la naturaleza humana, según los diversos grados de perfección que esta alcance en los gobernados. De aquí que el que gobernase héroes podría apoyarse casi exclusivamente en razones de virtud; tal es el Gobierno del Santo Fundador en cada una de las órdenes religiosas, las cuales deben ser, según la idea católica, y han sido realmente, al menos en su principio, institutos de heroísmo moral. Por el contrario, el que gobierna en la sociedad pública á hombres de vida ordinaria, debe procurar, en cuanto esté de su parte, la influencia de las razones de virtud, como que son las que atañen á la parte más excelente del hombre, pero persuadirse al mismo tiempo de que estas no bastan sin el aguijón de los premios y los castigos, que impulsan al menos al

hombre sensible; si este no domina al hombre racional.

Y como se aviene más con el orden racional el obrar por amor al bien que por temor al mal (pues que la razón se determina por su misma naturaleza, por el fin, que es uno, y al cual mira directamente, más bien que por términos opuestos, que son muchos, y á los cuales no mira sino indirectamente); y como entre los bienes son más espirituales los del honor, íntimamente unidos con la grandeza moral, y de los cuales se disfruta á proporción del mérito de que cada uno es digno, cuya fuente, que no falta en la sociedad, es el recto juicio de la sociedad entera, así será, más suave el Gobierno que alienta con el bien, que el que atemoriza con el mal; los estímulos del honor y del vituperio deberán preferirse, mientras sea posible, á los medios onerosos.

Cuando, finalmente, haya algunos súbditos que se hagan inferiores á los mismos animales, que no puedan dirigirse ni por la razón ni por los sentidos, entónces es cuando pueden ser obligados por la fuerza y arrastrados, como piedras ó troncos faltos de razón y de sentido, á donde exige el orden que estén y ellos se niegan á ir. Usar en tales casos de esos medios, no es falta de suavidad en el Gobierno, sino cuando se recurre á ellos sin haber experimentado ántes otros medios más nobles y menos innobles.

1.206. De lo expuesto hasta aquí, resulta evidente cuanto debe considerarse en uno y otro sentido respecto á la suavidad del Gobierno y á la lenidad de las penas; la primera es un mérito absoluto, al paso que la segunda lo es relativo; la primera debe procurarse por todos los Gobiernos en el mayor grado posible, no cabiendo exceso en conformarse perfectamente con la naturaleza, según los diversos grados de su desarrollo. Y hablamos de la proporción del Gobierno con los diversos grados del desarrollo natural para que se comprenda la verdadera idea de la suavidad, aun en los Gobiernos católicos, en los cuales no puede ser perfecta sino va combinada con el elemento sobrenatural que forma la esencia del Catolicismo. En este tiende la naturaleza á la cúspide de su perfección, en la que se sublima á una altura casi divina, y también



esta tendencia debe secundar todo buen Gobierno cuando ha sido de esta suerte privilegiado por el cielo; y los Gobiernos que favorecidos con tal privilegio lo rehusan ó lo olvidan brutal ó ingratamente, se hacen por esto mismo duros en todo, por más que algun incrédulo adúlador no deje de ensalzarlos hasta el quinto cielo como sus Mecenas, y se hacen dignos del descontento y de la pública indignación que nunca faltan mientras sobreviva en la sociedad católica un aliento de vida católica. Castigo justísimo y muy natural, pues tan contrario á la naturaleza es no conferirse á los preceptos que creemos firmemente haber recibido del mismo Dios, siguiendo en su lugar la escasa luz de nuestra eclipsada razón, como el despreciar los dictados de la razón y de la justicia para condescender con la grosera espontaneidad de los sentidos y del interés. Condescendencias tan innobles harán siempre violentos á los gobiernos de los pueblos católicos, por más que esa irracionalidad y esa flaqueza se bauticen de templanza y moderación, pues no hay suavidad cuando se secunda sólo una parte de la naturaleza, la más inferior, ofendiendo á la mejor parte é impidiéndola remontarse á la altura sobrenatural á que está llamada.

1,207. Por el contrario, la lenidad de las penas, teniendo que ser proporcionada, no á la naturaleza en general, sino á las circunstancias accidentales de los delinquentes y de la sociedad, no debe apretarse en el mayor grado posible, sino en el justo para que la pena sea suficiente para reprimir el delito, sin exceder los límites de la estricta necesidad. Y en efecto, el que abrazase como dogma el deber de la lenidad absoluta en las penas, llegaría al absurdo de abolir enteramente todo castigo, pues no hay ninguno tan ligero como la completa indulgencia.

1,208. Esclarecida de esta suerte la verdadera idea de la suavidad del Gobierno relativamente á la lenidad del Código penal, no es difícil comprender cómo han podido influir en la mitigación de los tribunales criminales ya el espíritu católico, ya la heterodoxia reformadora, que se jacta tanto de su conquista, y no es difícil comprender tampoco qué mérito debemos atribuir á

uno y otra. La influencia podemos explicarla por la naturaleza de los principios, ó sea aforismos morales con que cada uno de los dos principios informa su conducta, comparando esos principios con las diversas formas de suavidad que acabamos de considerar en los Gobiernos; el mérito depende naturalmente del intento con que cada uno de los dos ha ido poco á poco mitigando las penas, pues que el mérito depende de la moralidad, y toda moralidad se deriva necesariamente del fin.

1,209. ¿Queréis ver qué influencia ha ejercido el Catolicismo respecto á la mitigacion de las penas? Basta reflexionar que todos sus progresos son promovidos esencialmente por aquel axioma del último fin, por el que el hombre es considerado como desterrado en este mundo, como peregrino que camina á la patria celestial, en donde le espera la verdadera felicidad, y así toda criatura, toda condicion de su existencia aqui abajo, no es para él más que un medio, que no es bien sino en cuanto le guía á su término. Añadid á este principio universal el sentimiento de caridad fraternal, por el que el hombre debe desear para sus semejantes lo que desea racionalmente para si mismo, y vereis que el Catolicismo debe seguramente mitigar gradualmente las penas, pero con esa discrecion y prudencia que ajusta los medios al fin, queriéndolos ni más ni menos que como el fin mismo los exige, y apreciando en tal concepto las penas como bienes si nos conducen á aquel, ó como males si nos separan.

1,210. Y así, en efecto, verás que obra el Catolicismo en los fastos de la historia. Vivamente conmovido por el horror al delito, no le vereis jamás subir á la tribuna á defender su causa, á librarlo de la execracion, á favorecerlo pegando el libre albedrío, á sancionarlo santificando la pasion ó el interes que lo produjo. Pero dejando al delito con todo el peso de su maldad, la caridad católica se torna al delincuente mirando en él, no la maldad que le hace semejante al demonio y clama venganza, sino la fragilidad humana que clama piedad, y la naturaleza, la redencion, la gracia que le hace semejante á Dios. Y mientras hace lo posible para mitigar el castigo del desventurado, y con tanto mayor esfuerzo, cuanto mayor es la

desventura de su delito y la vileza de su condicion, la veis al mismo tiempo trabajar con el criminal, no ya para acusar de injusticia al juez ó motejar de severa la pena, sino para demostrarle que la condena es justa y útil para él mismo, como la que sale de los labios del Padre celestial para enmendar, y no para matar, para salvar á un hijo protervo.

1,211. Por lo cual vereis que el Catolicismo detesta siempre los castigos con que un celo indiscreto parece que quiere convertir en perdición eterna del reo su castigo temporal; y cuando Prelados más severos, por ciertos delitos extraordinarios, privaban á los delinquentes de la última reconciliacion, cuando ciertos magistrados legos quisieron quitar á los condenados á la última pena el consuelo de recibir los Sacramentos de la Iglesia, se conmovieron las entrañas de esta Madre piadosa, y ante el furor de aquel celo exterminador pronunció el *Aucus-que venies et non procedes amplius*, oponiendo al curso de la venganza sus inquebrantables columnas en aquel momento supremo que separa el tiempo de la eternidad. Y en las últimas horas del desgraciado reo, cuando el horrendo espectro de su delito no le presenta otro fruto que el remordimiento de la maldad y ninguna esperanza de perdon, cuando la sociedad le arroja de su seno cubriéndola de oprobio y entregándole al verdugo, acude á consolarle la caridad cristiana; y no encontrarás quizá un pueblo en donde se deje oír libremente su voz, que no destine al instante un ejército escogido de almas piadosas que tiendan la mano al Sacerdote para endulzar el amargo cáliz propinado á la víctima por la rigida justicia del hombre.

1,212. Pero además de estos sentimientos inspirados por el Catolicismo para con el culpable, los cuales deben inducir naturalmente á los legisladores á mitigar las penas *cuanto sea posible sin daño de la sociedad*, el Catolicismo favorece esta mitigacion con suma eficacia, aunque indirectamente, inspirando á la sociedad toda la observancia del derecho y la sublimidad de sentimientos por las que los legisladores *pueden en efecto, sin daño de la sociedad, suavizar el derecho penal*.

Las penas hemos dicho poco há, deben ser proporcionadas á la necesidad social y al grado de perfeccionamiento moral



de cada pueblo. Porque es claro que cuanto mas progresa en el pueblo el sentimiento católico, tanto mejor aprende á aborrecer toda mala accion, primero por temor de las penas espirituales y temporales, despues por amor á los premios; finalmente, por amor á la justicia y á la Santidad, y á esto le induce principalmente el Sacramento de la penitencia, del que es condicion esencial el aborrecimiento de todo pecado. Haced que un pueblo pondere frecuentemente los motivos y despierte los afectos de semejante aborrecimiento, y comprendereis cómo poco á poco donde imperan sentimientos tan nobles, debe disminuir la frecuencia de los delitos y aumentar el influjo moral de los castigos, siquiera sean ligeros. Y cuando los castigos ligeros hayan alcanzado la fuerza de los graves y basten para defender á la sociedad el legislador, no sólo podrá sin perjuicio sino que deberá por justicia mitigar el Código penal, pues que es injusta la pena cuando es iene cesaria.

Y esto es precisamente el motivo porque todas las legislaciones europeas han ido paso á paso mitigando sus códigos á medida de los progresos que hacian en los pueblos los sentimientos católicos. Aquel mismo terrible tribunal que forma el espanto de los regeneradores y de los crédulos, la Inquisicion española, se redujo finalmente á no imponer casi otra pena que rosarios y retiros espirituales, como puede verse en la historia, no sospechosa por cierto de indulgencia excesiva para los Inquisidores, escrita por el desgraciado Llorente.

1,213. Hé aquí la consecuencia natural de los principios católicos en el derecho penal, en el que aquellos han mantenido siempre viva la idea de la gravedad de la culpa y la compasion para con el hombre que sufre la pena. Pero dadme un heterodoxo que esté firme en sus principios y deduzca lógicamente las consecuencias, y vereis muy diversos resultados, muy diversa influencia en la teoria del sistema penal.

1,214. La base de la heterodoxia y de la independencia de la razon, es la incompetencia de cualquiera autoridad en la tierra para sentenciar contra las opiniones, y la imposibilidad en el reo de juzgar de otra manera de la que la evidencia le indica. Fijad bien en el delincuente y en la sociedad

estas ideas y veréis cómo desaparece la idea de delito. Eres reo de muerte, dice el magistrado al delincuente.—¿Por qué? —Porque has cometido un delito.—¿Delito! Así le llamas tú, pero en cuanto á mí, he seguido los instintos de mi naturaleza, y por consiguiente de mi conciencia, ó al ménos, he sido impelido por una pasión á que no podía resistir.—Y esta pasión es la que te condena al suplicio.—Una pasión irresistible, un acto inevitable, una opinión que por más que fuese falsa nadie tiene derecho de condenar, porque mi inteligencia no puede verlo de otro modo; eso es lo que llamas mi delito; pero que cualquier hombre de buen sentido llamará mi *desventura*. ¡Condenárame á muerte porque soy desgraciado, es tal crueldad que me convertirá en víctima á los ojos de la sociedad entera, y á ti en asesino más bien que en verdugo!

Y tal es ciertamente la tendencia de la opinión social, á proporción del predominio que ejerce el dogma heterodoxo de la independencia intelectual, y de esa fatalidad que se presenta hoy continuamente en las novelas y en el teatro para hacer la apología de todo delito, y abolir casi hasta la idea de la conciencia pública. La *tendencia*, digo, porque jamás podrá llegar la sociedad entera á ser completamente lógica en la heterodoxia, cuyo último desenvolvimiento sería la destrucción de toda inteligencia y de todo bien social. Pero sin que llegue á este último término espantoso, sin que se santifique ó absuelva el delito, renunciando á toda seguridad en la sociedad por amor á un falso principio y por tenacidad de una lógica esterminadora, vemos por otra parte bastante explícitas estas consecuencias en la tendencia universal á condenar á toda autoridad y á todo magistrado, á absolver á todo criminal y aun á canonizarlo, al ménos mientras el interés privado no se ve herido en lo vivo por el delito y no teme nuevos asaltos por los que quedan absueltos de los atentados precedentes. En efecto, no encontráis jamás tratadista de derecho criminal que se atreva á considerar el castigo como expiación, sino que casi todos se atrincheran en la idea de la *defensa social*, y fundan en esta el derecho de imponer la pena, negándole cualquier

otro fundamento. Lo cual es decir precisamente, que el delito por sí no merece castigo del hombre, y que la pena no es una expiación del desorden, sino un combate contra el malhechor. Estas se encuentra, por consiguiente, colocado en la misma condicion de un soldado que muere á manos del enemigo, que no castiga un delito, sino que se defiende de un ataque. ¡Qué profunda perversión de ideas! ¡Colocar en la misma línea de dignidad moral al que sacrifica la vida por defender á sus conciudadanos y al que la expone por ofenderlos!

1.215. La idea del delito y su execración queda, pues, naturalmente abolida, segun la tendencia del principio heterodoxo, y esta abolición, como todo el mundo ve, lleva consigo por natural consecuencia la abolición de la idea de castigo, no pudiendo subsistir esta idea sino relativamente al delito.

Ya puede la sociedad sacrificar una víctima como el carnicero trinchá la carne de un ternero; podrán unos compadecerse de la víctima con la ternura de la simpatía, y otros aprobar el sacrificio por el interés de la propia conservación; pero el sacrificio no es un castigo, y un heterodoxo que discursa no podrá ver en todo esto mas que el triunfo de la sociedad fuerte, que se defiende del débil criminal, no ya el mal de la pena debido al mal de la culpa. Así se juzga hace tiempo en el mundo elegante respecto al asesinato, cuando se comete con premeditación, se pacta con armas iguales, y es promovido por el honor y se llama duelo; así sucede hoy en los delitos políticos, á los cuales, por énfasis, se suele llamar tambien *delitos de opinion*, porque á ellos mas especialmente se aplica el inalienable derecho de juzgar, segun la norma de la propia razon; así comienza á pensarse tambien respecto á los delitos contra la propiedad cuando se cometen racionalmente, segun las teorías de Proudhon ó de Blanc. Y así sucederá mañana respecto á cualquier otro delito, si en cualquiera sociedad ó clase se llega á introducir una opinion que niegue la maldad moral del acto ó su imputabilidad. Tan pronto como el delincuente pueda persuadir que el acto en sí no es culpable, y que él no tuvo posibilidad de evitarlo, el castigo perderá su índole natural y hasta



su nombre, y quedará reducido á un sacrificio ó destrozo de carne humana.

1,216. Pero el principio de independencia de la razon conduce naturalmente al sistema epicureo en la moral; lo hemos visto otra vez, y desgraciadamente está por otra parte tan comprobado por los hechos que podemos dispensarnos de repetir las razones (1). Y está tan en el ánimo y en la boca hasta de los hombres honrados que la felicidad del hombre consiste esencialmente en los goces, que ya los mismos defensores del orden, de la justicia y de la religion, parece que se han consagrado á la apoteosis del placer, escribiendo ó al menos sobre-entendiendo en toda su apologia el célebre epigrafe de Montesquieu, encabezado por Chateaubriand en su *Génio del Cristianismo*: *La religion dada por el cielo para el bien de la otra vida forma la felicidad humana tambien en la tierra*; tan connaturalizadas estan las inteligencias con el principio epicureo!

1,217. Pero si el bien del hombre es gozar, padecer será su mal, por más que diga el Evangelio. Y por consiguiente, el que no quiera el mal del hombre deberá abolir los padecimientos. Hé aqui, por consiguiente, á nuestros filántropos (al ménos aquellos á quienes los instintos naturalmente honrados impiden la brutalidad del egoismo), hélos aqui, digo, afanados en abolir todo castigo para los malvados y en multiplicar los goces para sus concitadanos. Esta abolicion de todo padecimiento, es en ellos tanto más racional, cuanto que ellos ven en el delincuente, no ya un culpable, sino un desgraciado. De ahí que la mitigacion sucesiva, y más bien la abolicion de todo suplicio, no encuentre más limite que la necesidad de la propia defensa; y si fuese posible colocar á todos los malhechores en un paraíso terrenal para que gozasen de todas las delicias, mientras la sociedad se librara de sus puñales, la filantropia los llevaria á él en palmas, y creeria haber hecho con esto el

(1) Santos son los goces y han de procurarse con la virtud, porque Dios que nos infunde el deseo de aquellos es Santo, etc. PROCELOS.—*Sistema de las contradicciones económicas*. Tomo I. Cap. VIII, pag. 345 á 347.

último esfuerzo del humanitarismo, consagrado á limitar los sufrimientos del cuerpo, sin cuidarse para nada de la honestidad del alma, que depende enteramente de la opinion particular del delincuente.

1,218. Los que así discurren en defensa de sus semejantes, son los más honrados y están movidos de verdadera aunque puramente natural benevolencia para con sus conciudadanos. Pero hay otra razon, que nace del mismo epicurismo, que puede inducir á mitigar los castigos; el horror á la pena ajena sino á la propia. Mientras la brutalidad del epicúreo no llega á saborear el placer de la sangre y de la crueldad, mientras se enerva en la afeminacion y el lujo, sin poner en juego pasiones violentas y furiosas, los ánimos muelles y debiles son incapaces de soportar la vista de un objeto desagradable, y hacen todo lo posible para que nada venga á turbar el banquete pereenne, en donde se desvanece entre los perfumes de los ungüentos y las delicias de los variados excitantes. En semejante condicion de hombres, el horror á la sangre humana y á las lágrimas no es compasion racional que consuela al infeliz, sino molice que rechaza toda pena, y el buen efecto que resulta en provecho del condenado es una combinacion accidental, fortuita, que podia tender á diverso fin. La coqueta y el pisaverde no quieren oír nombrar la cuerda por no desmayarse, y piden hoy la abolicion de la pena de muerte como mañana pedirán la encierrelacion de todos los mendigos é impedidos para no encontrarse por casualidad con la vista desagradable de los andrajos y las mutilaciones, ayer su molice salvaba á un malvado de la muerte; hoy esa misma molice condena á mil inocentes á la cárcel. Aquel monstruo, Marat, que mandó millares de victimas á la guillotina, no tenia corazon para reforcer el cuello á una gallina, y los mismos que claman por la abolicion de la pena de muerte honran el homicidio de los duelistas. Y cuántos días hace que al pugilato de los dos Bickers Irland dispuestos á matarse por 550 pesos, asistian tranquilos y aplaudiéndolo 700 espectadores en aquella tierra americana que en materia de filantropia no cede seguramente á ninguno de los progresistas europeos?

¡He ahí cuál es la leñidad del epicurismo! Pura pasión tan irracional en el bien como en el mal, que prueba igual horror a la muerte del asesino que a la del asesinado, que no tendría corazón para visitar a los enfermos en un hospital, por la misma razón, porque reparte limosna y socorros a una familia que llora.

1.219. Si la leñidad se hubiese introducido en los tribunales, cediendo únicamente a tales impulsos, no hay que decir cuán poco segura sería en su fundamento y cuán irracional en sus aplicaciones. Afortunadamente el egoísmo epicúreo andaba aquí de acuerdo con la caridad cristiana. La cual, inundando universalmente en las sociedades católicas su espíritu de mansedumbre y de caridad, no menos suave que racional, penetró también en los tribunales y produjo el vivo sentimiento de humanidad que los filántropos han recibido de ella sin comprenderlo, y se vanaglorian de promoverlo cuando no hacen mas que desfigurarle.

1.220. Pero lo peor es que sus vanaglorias caen en gracia a ciertos hombres de bien, que se dan a creer que el bien se hace a fuerza de charlar; de suerte que hacen mas bien el que mas se pavonea. Esos tales que pondrían juntos en el panteón a Rousseau con San Vicente de Paul, y que atribuirían de buen grado la felicidad de los negros al sentimentalismo de Marmontel, ó a los cruceros ingleses de las costas de Guineas, estos tales, digo, continuarán como si tal cosa, ensalzando la dulzura de los juicios criminales como fruto de la civilización, sin reparar que la civilización ni siquiera tendría idea de tal mansedumbre si no la hubiese enseñado desde la Cruz el Nazareno. ¡Tanto puede en ellos el grito humanitario de los sentimentales que, tendidos en un diván, perifrasean bostezando y escupiendo filantropía!

Pero a decir verdad, no todos bostezan tendidos muellemente: hay también entre los filántropos hombres activos, ó mas bien furibundos, que con sus ponderaciones persuaden a los crédulos de que ellos son los grandes apóstoles de la hermosa obra de mitigar las penas, y los tontos se lo creen, porque es muy propio de entendimientos groseros atribuir los



efectos, no ya á las causas más remotas, más constantes, más secretas, sino á las más inmediatas, repentinas y estrépitosas. Para comprender todo lo que ha hecho el Cristianismo en la obra de sancionar la justicia humana, sería menester recorrer toda la historia de la Iglesia, penetrar en los pliegues más recónditos del corazón humano, de cuyos resortes se apodera Aquella, siempre que quiere producir una de esas metamorfosis portentosas que cambian la faz de la tierra. Eso es lo que ha hecho precisamente el admirable Balmes en su grande obra sobre la civilización europea, hablando en general de la suavidad de las costumbres y especialmente de la abolición de la esclavitud (1). Pero así proceden los talentos elevados, profundos y eruditos á cuyo vuelo no pueden acomodarse las cabezas estrechas y vulgares. Si estas ven levantarse una tempestad funesta que arroja rayos, piedras y granizo y arruinando los edificios destruye y sepulta con todas las instituciones sociales algún abuso, son capaces de llamar al rayo y á la tempestad libertadores y salvadores de la sociedad, porque han acabado con un abuso, sin pensar en los daños inmensos de aquel estérmino. Para estos tales, si la filantropía llegase á dar el salvoconducto de la impunidad á todo delito, merecería estar representada en los altares al lado del Salvador del mundo, por haber impedido con el desquiciamiento de toda la sociedad algún abuso parcial ocurrido á veces en la administración de justicia. ¿No habeis oído hablar nunca de las famosas conquistas de 1793?

1.221. Hé aquí cuatro razones por las que la lenidad de los tribunales se atribuye á la filantropía heterodoxa: esta la proclama sin discusión, la proclama con estrépito, la proclama por instinto de molice divinizando el placer, la proclama por torpe error del entendimiento, ó mas bien, santificando el delito. Pero esto es propio de toda sociedad reformada á la moderna, cualquiera que sea su forma de gobierno. Para aplicar esta doctrina universal al asunto especial que tenemos en-

(1) BALMES.—*El protestantismo comparado con el Catolicismo*. Desde el cap. XXXI, al final del tomo.

tre manos, réstanos solo examinar qué relación hay entre la lenidad de los castigos y la forma del gobierno representativo, corrompido, como hemos demostrado por la influencia del error protestante.

*La lenidad de los Gobiernos representativos (1).*

1,222. Según los principios heterodoxos, el Gobierno representativo es, como hemos visto, un Gobierno en que el individuo es naturalmente independiente, el pueblo soberano, la ley hecha por la mayoría, el Gobierno constituido por los partidos, y los cambios políticos se suceden perpétuamente á medida que se suceden los mismos partidos. En semejantes condiciones, claro es, que la lenidad en materia criminal ha de ser atributo necesario de semejante sociedad, especialmente cuando se establece la decantada inamovilidad de los magistrados.

1,223. En primer lugar, si el individuo es naturalmente independiente, la sociedad no tiene derecho á castigarle ni á imponerle la menor pena si él no consiente en ello, y no consentirá jamás si antes la sociedad no le demuestra que es culpable, pues no hay nadie que haya querido concederle el derecho de castigarle ó maltratarle siendo inocente. De donde nace esa inviolabilidad personal conocidísima bajo la fórmula del *habeas corpus*.

1,224. Bien se comprende cuán racional es en sí misma y en abstracto esta inviolabilidad, pues no hay cosa que más repugne á la justicia natural que el maltratar á un inocente. Esto, no obstante, considerado el principio mismo en el orden concreto de las relaciones sociales, fácilmente se vea de ver cuán provechoso es al malhechor para eludir las pesquisas

---

(1) Todo lo que aquí decimos puede servir de ampliación al *Ensayo Teórico*, tomo III, número 190, en donde se exponen los elementos teóricos del derecho penal.

judiciales y procurar la impunidad del delito. Por consiguiente, en opinion de los que no colocan el placer por encima de todo bien social, sino que lo posponen al orden y á la justicia, la inviolabilidad de la persona se pospondrá al orden social, y por más que se haga todo lo posible para mitigar las incomodidades de la detencion, la mitigacion no llegará jamás á hacer ilusoria la fuerza de la justicia. Si la detencion es medio necesario para asegurar el orden de la justicia, si este orden es el *primer bien* del hombre en la tierra, la detencion que asegura ese orden es un verdadero bien aun para el inocente que la sufra; hasta tal punto, que bastan muchas veces los sentimientos naturales de probidad y de honor para que un acusado inocente se presente voluntariamente en la prision: en Roma tenemos de esto muchos ejemplos recientes. Ante tales consideraciones, la justicia y la caridad racional, en vez de sancionar de una manera absoluta una inviolabilidad peligrosa, tratará de disminuir las incomodidades de la reclusion del acusado.

1,225. ¿Qué campo tan vasto me abriria esta reflexion si quisiera discurrir acerca de los prodigios que obra en todas partes en favor de los presos la caridad cristiana! En ese reino en que las cárceles han sido objeto de tan desvergonzadas calumnias, en el reino de Nápoles la caridad cristiana ha llegado á convertir el calabozo en monasterio, y la pena en descanso, hasta el punto de que se ha visto alguna vez trocarse la mania de libertad que devora á los presos en súplicas para continuar en la reclusion.

A este propósito quiera rectificar un hecho tan honroso á la lealtad de los tribunales pontificios como duramente censurado y convertido en su desdoro por ciertos periódicos que no perdonan ocasion de calumniar cuando se trata de personas eclesiásticas. Dijeron aquellos en alguna ocasion que un cierto conde Alberti, acusado de haber falsificado y vendido fraudulentamente algunos autógrafos de Torquato Tasso, habia sido puesto en prision y declarado inocente al cabo de siete años. En vano es decir los clamores que se levantaron en favor de la víctima y las acusaciones lanzadas contra los magistra-



dos. Quise averiguar la verdad, y descubrí (aparte de otras circunstancias que no hacen al caso) que la duración del encarcelamiento fué debida a las instancias del mismo reo, el cual, disfrutando de la libertad que se le concedía durante el día para atender más comodamente a su defensa, y teniendo muchos medios de fortuna, creyó más ventajosa una reclusión que, librándole de pagar habitación, le proporcionaba alguna pensión para el alimento cotidiano. Preciso es confesar que cuando los presos son tratados con tal blandura, la cárcel no es una pena, y si no obstante para muchos es incómoda, esta incomodidad no es tal que deba posponerse al interés de toda la sociedad.

¿Y qué diré de esas cárceles en donde la admirable caridad de los hijos de La Salle ofrece a los católicos franceses una nueva forma de encarcelamiento, y en donde algunos religiosos, animados del espíritu del Redentor, han tomado a su cargo el custodiar y convertir en lugares de arrepentimiento y de oración con solo la fuerza moral de la fé y del amor, los lugares en que gemía encadenado el delito?

Tan fecunda es la Religión, cuando se la abra pazo, en medios de salvar la justicia y asegurar a la sociedad sin maltratar a los inocentes. Por el contrario los defensores de los derechos del hombre, los que para rescatar a los negros de la esclavitud encontraron el maravilloso medio de armarlos contra los blancos y prefirieron al apostolado del P. Las Casas el de Toussaint l'Ouverture, estos preferirán antes dejar en libertad al culpable con peligro de la sociedad a asegurar a la sociedad con molestia del culpable. Y en verdad que no discurren mal, pues no hay cosa más a propósito para quien trabaja para trastornar los pueblos que conservar siempre su libertad y los medios de fugarse.

No decimos todo esto para desaprobare el *habeas corpus* en aquellos países en que la disciplina de la sociedad, la actividad de la policía, la calidad de los culpables y hasta la misma configuración geográfica del terreno hace posible tan delicado principio, sino para que se comprenda cuán estúpido sería erigir en dogma universal de derecho lo que no puede ser

sino asunto de especial oportunidad en un país: y para que se comprendan también los motivos secretos que pueden inducir, como ahora veremos, á aplicar de esa manera en favor de los partidos, la filantropía fundada en el principio de la independencia natural del hombre y de la soberanía del pueblo.

1.226. Esta misma idea de la inviolabilidad personal, muy laudable mientras no pone en peligro la sociedad, pero vituperable cuando á la comodidad de uno solo se sacrifica la seguridad social, recibe nuevo pábulo del principio de la soberanía popular, por ese secreto orgullo engendrada naturalmente en el vulgo por las perpétuas adulaciones de quien va predicando á todo descamisado que es soberano. En toda nueva elección, en todos los periódicos, en todo círculo político, en cuantas ocasiones le conviene á un ministro, á un ambicioso ó á un inocente oprimido, la turba mucha de los tontos oye repetir por boca de sus aduladores que cada ciudadano es soberano, que debe tener alta idea de su propia dignidad, que no debe sufrir que se injurie la majestad del pueblo. El concepto que forma de sí el ciudadano crece de esta manera, enorgullece su corazón y se hace intolerables los medios de coacción, que recuerdan al reo que es súbdito y á la sociedad la majestad suprema de la Justicia eterna, única fuente de donde deriva toda su fuerza la ley social y toda su grandeza la condición humana.

1.227. Eso que en el lenguaje cristiano se llamaría orgullo de pobre abominable á los ojos de Dios, y que en lenguaje pagano se llama *justo orgullo del hombre que siente su propia dignidad*, produce naturalmente en los pueblos desvanecidos con semejante incienso el mismo resultado que en otro tiempo el título de ciudadano romano. Los romanos persuadidos de que estaban destinados á dominar al mundo, y de que eran una nación de gobernantes, asociaron por sí mismos aquella inmunidad de las penas afflictivas tan conocida en la historia sagrada y profana. ¿Qué mucho que se deduzca la misma consecuencia del principio de la soberanía del paganismos resucitado? ¿Qué mucho que todos los ciudadanos quieran mitigar las penas que se les imponen por su consenti-

miento (según el sistema) y que los legisladores y jueces no se atrevan á cargar la mano?

1,228. Otra razon nos suministra el artificioso organismo social moderno basado en el contrapeso de los partidos militantes. El partido vencedor que hace la ley siente intimamente que cometeria una enorme injusticia si condenase á los del otro partido especialmente en materias políticas. ¿Es acaso una culpa el haber militado entre los vencidos? ¿Y quién impediría que el vencido fuese vencedor? Condenar al desgraciado porque sucumba, es una injusticia impropia de un corazon bien nacido; y mientras subsista en los legisladores un atomo de equidad, el castigo ha de ser leve cuando proviene de la division de los partidos.

1,229. Pero aunque perezca el sentimiento de equidad, si no llegamos al salvajismo feroz del terrorismo, sobrevivirá el interés y el partido vencedor comprenderá que no siendo su triunfo eterno, puede llegar para él el día de la derrota, y exigírsele entonces ojo por ojo, diente por diente; más vale, pues, comprar anticipadamente indulgencia por indulgencia: *Veniam petimusque damusque vicissim*. De aquí nace la facilidad con que los partidos parlamentarios amalgaman tan fácilmente, cuando no media el odio personal, las amistades y las enemistades, las promesas y las traiciones. Es una especie de convenio tácito entre los partidos, especialmente en donde están acostumbrados á ese continuo cambio de fortuna, que el vencedor no use jamás por completo de la victoria, para no sufrir demasiado el día de la derrota.

Aquí, pues, el interés se aviene con la equidad, para hacer más ligeras las penas. La equidad rehusa castigar un delito que mañana podrá ser una virtud, y el interés recomienda la discrecion en el oprimir, para sentir mañana los efectos de la discrecion al ser oprimido. Sucede, en suma, á los partidos, lo que advierte Melegari á propósito de los ministros que no se atreven á hacer leyes opresivas, porque no creen que ha de durar eternamente su cartera.

1,230. Pero así como algunas veces el vencedor se cree llegado á la cúspide del poder, y dispensado por consiguiente



de las reflexiones que inspira el temor é inaccesible á los cambios de fortuna, al ménos por parte de aquel partido á quien cree derrotado para siempre, así vemos también que en las convulsiones políticas llegan por la misma razón días de terror en que se fulminan sentencias de proscripción para extirpar hasta el último retoño y hasta el germen de esperanza para los derrotados. Entonces se deja rienda suelta á la venganza y la lenidad de las penas escrita queda en el Código mientras la espada de la justicia se confía al desencadenado populacho. Esas son las gloriosas jornadas de pedradas y barricadas; días en que el pueblo soberano desde un trono de fango y de sangre se muestra en todo el esplendor de su majestad manejando sin piedad el cetro de sus derechos inalienables. Cuando la horda de los canibales ha consumado el martirio de las víctimas designadas para la venganza del partido, entonces los jefes de este se presentan en la plaza á incensar á su ídolo con la acostumbrada fraseología admirando al pueblo *calmado en su dignidad*, fuerte con su derecho, clemente en sus venganzas, que no ha castigado más que á una pequeñísima parte de los enemigos de la patria que le habían provocado con sus desdenes, con sus insolencias, con sus coaliciones.

Hecha así justicia al furor del pueblo, se sanciona por medio de una ley el hecho consumado: el muerto bien muerto está, el desterrado bien desterrado y el robado bien robado. Se publica el estado de sitio para consolidar libremente el triunfo y en pocas horas los negocios siguen su curso acostumbrado, se entonan nuevamente himnos de gloria á la humanidad del siglo y á la lenidad de los castigos. Así concluyen los que podríamos llamar juicios *sumarios del pueblo soberano*, algún tanto más severos si no estamos equivocados, más precipitados, más apasionados que los de los Tribunales de guerra contra los que se han dirigido tantas invectivas y se han levantado tantos clamores.

1.251. Entretanto este modo *sumario de hacer justicia* contribuye no sólo á la lenidad de los Códigos (en los cuales no se hace mención de la severidad de que se usa con tanta desenvoltura por medios *estralegales* y por manos de cani-

bales), sino también a salvar la conciencia de los jueces, y la majestad de los Tribunales que no se profanan haciéndose instrumentos de tales maldades. Por consiguiente, el magistrado conserva el hábito de imparcialidad y justicia, esa reputación de integridad, esa grandeza moral del derecho que constituye la magia de su oficio en la sociedad. Y hé aquí uno de los motivos por qué, como hemos dicho al principio de este tratado, la maldad del principio heterodoxo se hace menos maléfica respecto al poder judicial. La lenidad, ó mas bien la falta de proporcion de los castigos con la gravedad de los delitos, y especialmente respecto de aquellos que comprometen la integridad de la sociedad, sería funestísima; lo sería para la conciencia pública estraviando sus juicios, lo sería para la sociedad poniendo en peligro su existencia. Pero como la integridad de la sociedad no existe cuando está dividida en facciones, y como las facciones tratan de asegurarse el triunfo con la violencia sin recurrir á los tribunales, la tranquilidad material se sostiene por el despotismo de los partidos y no siente los sacudimientos á que la expondría la impunidad de los delitos políticos. Por más que la conciencia pública se acostumbre á considerar los delitos legales no como culpas morales sino como actos inocentes en si mismos y quizá virtuosos, calificados injustamente de *crímenes* por interés de los facciosos, conserva al menos la noción universal de justicia moral aunque vea que se dejan impunes esos actos por la lenidad del Código y de los magistrados.

Así el pernicioso principio heterodoxo no produce inmediatamente en las funciones judiciales todo el mal que debería producir, y la magistratura conserva en una sociedad ya corrompida tal cual integridad y reputación en la totalidad de sus miembros, al menos mientras la cobardía personal no les induzca á vender el nombre y la justicia á algún Acab ó Jezabel que solicite la muerte de Nabot.

1.252. Esta integridad de los magistrados, amparada por su inamovilidad, hace más sagrada é inalterable la lenidad introducida en el Código penal. Porque en una sociedad en que no existe conciencia pública, ni hay derecho que no pue-

da variarse por el voto fortuito de una mayoría mudable, ¿qué energía podrá mostrar un magistrado que conoce que su deber en materia criminal es perseguir el delito, si la misma ley le prohíbe ver hasta la posibilidad de la culpa? Y ¿con qué valor podrá el que legisla fulminar la pena contra un acto que no puede ser reconocido culpable, armando el brazo de un juez que no puede moverlo sin ofender su propia probidad?

1,235. Puede aplicarse á nuestro caso lo que el célebre Newman observa á propósito de la predicación, comparando á los oradores católicos con los protestantes. Se levanta, dice, un misionero católico, enarbolando la cruz, sale de la Iglesia á la plaza, impone preceptos en nombre del Dios de verdad, fulmina anatemas y amenaza con los castigos y la muchedumbre que le rodea, oye reverente y aterrada, y se golpea el pecho y clama misericordia. No hay quien se asombre ó se resienta de la autoridad, del atrevimiento con que un hombre, un solo hombre se erige en maestro de todo un pueblo y le reprende, sin exceptuar á las clases más elevadas por su nobleza, por su dignidad ó por su autoridad. ¿Se atrevería á hacer otro tanto algún predicador protestante? Y si se atreviese, ¿podría esperar igual acogida? La risa ó el desden sería la respuesta del auditorio, que bien podría usar justamente contra el atrevido orador aquella reconvencción que injustamente dirigian los judíos al Redentor: *Homo dum sis, facis te ipsum Deum*. «Solo Dios tiene derecho de imponer dogmas, preceptos y reconvencciones: «tú, hombre semejante á nosotros, puedes manifestarnos «tu pensamiento, pero no tienes derecho de entrar en el «nuestro, de trazarle el camino moral, y por consiguiente «tampoco lo tienes para reconvenirnos porque nos salgamos de él. A nosotros tocará pesar tus razones, deducir «de ellas las consecuencias morales, y condenar ó absolver «nuestra conducta.» ¿Quién no ve que este mismo razonamiento pueda dirigirse contra cualquier juez, según el sistema heterodoxo, por el reo que comparece ante el tribunal? ¿Y qué podrá contestar el juez que resuelva la dificultad sin renegar del sistema protestante? Y si fuera tan tenaz que



quisiera respetar á un mismo tiempo el rigor de la lógica y el de la justicia, ¿se atreverá á aplicar una pena, y especialmente una pena grave, mientras no pueda convencer al supuesto reo de su delito?

1,254. Todos los procesos criminales se encuentran reducidos en ese caso á la equívoca condicion en que están los procesos contra los católicos en Inglaterra, en donde todavía imperan las crueles leyes de Enrique VIII y de Isabel, renovadas en parte poco há por el famoso *bill* contra los títulos eclesiásticos, sin que ningun juez tenga valor de aplicarlas realmente y cargar su propia conciencia con el sacrificio de los inocentes. Así se hacen las leyes, como se dijo del mismo *bill* en el Parlamento inglés, con la seguridad de que no serán guardadas, y el legislador se atreve á ser injusto porque está seguro de que el magistrado será prevaricador. ¡Miserable condicion, en verdad, la de ese pueblo, y demasiado contradictoria para que pueda extenderse entre gentes que conservan reminiscencias católicas, y por consiguiente buen uso de la lógica y aplicacion de la moral á la práctica! Lo mejor es, pues, en el caso de que tratamos señalar penas tan suaves que el juez pueda resignarse á cometer y el acusado á sufrir una mediana injusticia, y así necesariamente suelen suavizarse las penas bajo el imperio de las Constituciones á la moderna.

1,255. Pero hé aquí una nueva razon de semejante lenidad. Una de las empresas llevadas á cabo, ó al menos acometidas por el espíritu moderno en la legislacion, ha sido suprimir el derecho de indulto, que era una de las perlas más inestimables de las coronas de los Monarcas. «Vos no sois Soberano, dijeron al Rey los reformadores; vos no sois más que el *poder ejecutivo*, destinado por el pueblo á cumplir la ley y no á reformarla. Pensad, pues, en cumplirla, y no debilitéis rompiéndolo el freno con que la ley sujeta á los malhechores. ¿De dónde recibe esa fuerza sino de la certeza del castigo que cae sobre el delincuente? Haced que se trasparente la esperanza de eludir la ley, y vereis cesar el temor saludable que deteniendo al culpable protegía al inocente. Si la ley condena á penas inadecuadas, porque no son necesarias, de-

be abolirse por el legislador; si las penas son necesarias, no deben condonarse por el poder ejecutivo.»

Así discurrían despreciativamente quitando al Rey lo que de otro modo en su sistema no podían quitar al pueblo; porque como este soberano de plazuela es el animal inepto é inerte que hemos descrito otras veces, negando el derecho de gracia á quien gobierna de hecho se hacia imposible condonar pena alguna. Hé aquí por consiguiente la lenidad de los castigos hecha cada vez más necesaria para con todos los delinquentes, á fin de librar á algunos casi inculpables en circunstancias extraordinarias y que no se pueden prever. El respeto natural que impone la inocencia, la conmiseración é indulgencia que naturalmente perdonan á la fragilidad y al arrepentimiento, hacen de ese modo que en ciertos casos delitos gravísimos en sí mismos no puedan castigarse con la pena que merecían. ¿Quién no recuerda la indulgencia de los romanos para con el vencedor de los Albanos? Reducida, pues, la ley á la inflexible rigidez del Hado un sentimiento natural obliga á los legisladores unánimemente á suavizar las penas, para no ver delante de sí el espectro horrible del que más desgraciado que criminal fué castigado por la severidad de la ley, mas por la gravedad objetiva del delito que por la maldad subjetiva del culpable.

1,256. Todo pues conspira en las instituciones modernas á mitigar legalmente las penas: *la abolición de la conciencia pública que no tiene ya ideas fijas, el origen del derecho penal derivado del consentimiento del individuo independiente, el orgullo del ciudadano elevado á soberano, la ferocidad de las revoluciones que hacen innecesarios á los jueces y á los verdugos, las reminiscencias de la justicia en los tribunales herederos de antiguas ideas, la abolición del derecho de gracia que hace inexorable á la ley y la imposibilidad de hacer hablar al pueblo soberano que siendo el único en quien se compenetran el poder legislativo y el ejecutivo, es también el único que tiene derecho á suspender la ejecución de la ley.* Sobre todo, lo mas eficaz para mitigar el rigor es la escision que despedaza á la sociedad y el perpétuo cambio de fortuna

de los partidos, los cuales procuran cuando vencedores no hacer leyes muy duras que les serían aplicadas cuando vencidos.

A estos, que son motivos especiales de los Gobiernos representativos, agréguense los muchos que sugiere la Religión Católica desde hace diez y ocho siglos, y las que la molición epicurea indica a la filantropía moderna, y se comprenderá en seguida que quien ensalza como conquista del siglo la mitigación de las penas, le atribuye a honor lo que más bien debiera atribuirle a vituperio, confunde el interés y el egoísmo con la caridad y la clemencia; y mirando a los buenos efectos del presente, no preve las tristes consecuencias de la corrupción y del desquiciamiento social para el porvenir.

Estas tristes consecuencias están por otra parte neutralizadas en el orden civil, ya porque el terror filantrópico se inclina más bien a los reos de delitos políticos que a los de delitos civiles, ya porque en el orden civil se deja más de buena gana que la ley siga su curso y la religión ejerza su benéfica influencia, no habiendo interés por parte de los reformadores, al menos hasta que triunfe Proudhon, en romper el freno de los delitos comunes. Discurremos ahora un poco acerca del fuero único, otra conquista, según dicen, de la civilización moderna:

## § VI.

### *El fuero único.*

1,257. Nadie ignora el estrepitoso clamoreo levantado en el Piemonte por los que suponen que no hay felicidad en la tierra, si pronto, pronto, y a tambor batiente no se publica la ley para abolir el fuero eclesiástico, por más que de hecho esté casi muerto. Esta abolición, muy propia del espíritu



moderno, ha sido promovida especialmente en nombre de la Constitución que establece la igualdad absoluta de todos los ciudadanos ante la ley; y conseguida así la victoria con más facilidad por cierto que contra los artilleros austriacos, se ha ido sacando el terreno para encontrar una base sólida sobre que erigir el monumento de tan ilustre victoria.

Después de mucho profundizar parecía que habían desesperado ya de encontrar punto de apoyo; por lo que la *Civiltà Cattolica* pudo creer que podría agradecérselo el que viniese en auxilio de la obra del zapador que largo tiempo ha viene buscando los fundamentos no siempre sólidos de las decantadas reformas, con la intención de apoyarlas en base más consistente.

Pero la base de las instituciones sociales todo el mundo sabe que es la justicia y la conveniencia apoyada en ella.

1.258. Investigáremos, pues: 1.º cuándo son justas y convenientes las quejas contra la multiplicidad de los fueros, cuándo es justa y conveniente su abolición; 2.º qué relaciones hay entre el Gobierno representativo y la unidad de fuero, y con qué consecuencia promueve esa reforma un Gobierno semejante.

#### *Razones genéricas de la multiplicidad de fueros.*

1.259. La justicia de cualquiera institución puede determinarse como cualquier otro juicio respecto á la moralidad, partiendo de dos principios, uno de derecho, el otro de hecho, pues que tal es indefectiblemente la forma de todo juicio moral. Si no teneis un principio universal del cual partais para juzgar, el hecho material no tendrá carácter moral; si no teneis un hecho al cual aplicar el principio, este será meramente una idea en el campo de las abstracciones, no descenderá nunca al orden moral, ó sea orden práctico. Lo mismo sucede al juzgar acerca de una institución: si la institución no existe, al menos en hipótesis, no tendremos materia sobre la cual formar juicio; si existe la institución, pero no la referis á un principio, á una doctrina moral, jamás podreis formular

un juicio que no consiste en otra cosa que en la aplicación de la ley al hecho.

1,240. Por consiguiente, cuando buscamos las bases del fuero múltiple y queremos juzgar acerca de la justicia ó injusticia de tal institución podemos examinarla bajo dos aspectos. ¿Existen en el orden de la naturaleza tales elementos que pueda haber en la sociedad un solo tribunal que juzgue á todos los ciudadanos? Hé aquí la primera cuestión, la cuestión de derecho. Supuesto que la naturaleza no resuelve la cuestión en absoluto, el hecho de la existencia de tribunales diversos históricamente considerado, ¿era injusto y condenaba á muerte á estos tribunales? Hé aquí la segunda cuestión, la cuestión de hecho. La primera es de orden necesario y metafísico; la segunda histórica y contingente; por lo cual, si respondemos afirmativamente á la primera, condenamos implícitamente todos los tribunales especiales ó fueros privilegiados, como suele decirse. Y precisamente por esto hemos propuesto la cuestión en términos generalísimos y alcanza á todos los fueros privilegiados sin concretarse especialmente al eclesiástico (aunque esta sea verdaderamente la cuestión más controvertida), ya para dejar á la discusión la amplitud con que la han tratado muchos publicistas, ya para evitar la odiosidad particular que podría desviar el juicio de los lectores, puesto que hoy es muy frecuente juzgar por pasión más que por razones, y ensañarse por pasión contra la Iglesia en ciertas materias que á ser diversas se discutirían con reposo y madurez.

Tratándose, pues, de un juicio de hecho serán tantas las opiniones, cuantos sean los hechos diversos no pudiendo ser una la consecuencia cuando son varias y tal vez contrarias las premisas.

1,241. Comencemos, pues, el examen de la primera cuestión y veamos si la naturaleza del poder judicial nos presenta tales elementos que sea intolerable la multiplicidad específica de los tribunales. Y digo específica para determinar claramente el sentido de la cuestión: no se trata aquí de si deben existir muchos tribunales de la misma especie, subordinados los unos á los otros, y de que alguno dude que la sociedad ha

llegado á tal número que un magistrado no sería bastante para conocer de todos los litigios. La duda es si es justo que ciertas personas y ciertas materias se juzguen por tribunales distintos de aquellos á quienes toca en general declarar todos los derechos.

1,242. A primera vista esta unidad de los tribunales se presenta con tal fisonomía de candor, de sencillez y de racionalidad que apenas deja lugar á duda. ¿Pues cómo, dirás, no somos todos iguales ante la ley? ¿Pues por qué ha de haber juicios desiguales para personas iguales? Las materias que se someten al poder judicial son todas naturalmente de orden público; el ordenador de este orden es uno solo, y de este único ordenador emana todo poder para juzgar como antes he dicho (*tota justitia emana del soberano*); luego todas las materias deben depender de la misma serie de tribunales diferentes en jerarquía que se concentran finalmente en el Supremo ordenador.

1,243. Estos son los dos grandes principios en que suelen apoyarse los que piden la abolición de tantos fueros diversos que abigarraban la administración pública en la edad media. No puede negarse absolutamente todo valor á semejantes argumentos, porque ~~ando~~ como antes ha dicho uno, el principio de la unidad social, la multiplicidad de los tribunales parece que debe perjudicar á lo que mas importa, destrozando la unidad á medida que se lastima en los sujetos en quienes encarna el principio ordenador. Esto no obstante, la teoría del que razona de esta suerte adolece de ese error común que ha hecho desgraciada á Europa. Los reformadores, después de haber admitido el principio de que todo el mundo debe gobernarse según las reglas de la evidencia (la cual se individualiza de diversa manera en cada uno), tuvieron el capricho de querer mover la gran máquina social á fuerza de principios universales y de sistemas abstractos, sin considerar las diversas realidades en que vivimos.

1,244. Tal es, en efecto, el primero de *los* argumentos poco há mencionados: ¿No son todos los ciudadanos iguales ante la ley? Esta igualdad tiene un sentido verdadero, que con-



siste en que los derechos de todos los ciudadanos se respeten por el juez, segun el valor que reciben de la ley universal; de suerte que cuando se disputa el dominio de una heredad, el pleito debe sentenciarse segun los títulos, sin mirar si estos títulos están en manos de un noble ó de un plebeyo, de un docto ó de un ignorante, de un particular ó de un magistrado. Pero si alguno pretendiese que todos los ciudadanos, y por consiguiente los dos litigantes deben ser considerados por el juez como igualmente poseedores del campo litigioso, en verdad que daría mucho que reir á quien conservase un resto de buen sentido y no estuviera enloquecido por el comunismo.

1,245. La igualdad, pues, de los ciudadanos ante la ley puede demostrar que el juez debe ser imparcial en su juicio segun la ley misma, pero no prueba que le esté prohibido al legislador por ninguna ley natural el asignar una clase de personas á este tribunal y otra al otro.

1,246. Por el contrario, si estudiamos la naturaleza de las cosas, encontraremos que supuesta la necesaria delegacion de muchos jueces por la multitud siempre creciente de los litigantes, el principio de la igualdad ante la ley podría sugerir buenas razones para variar la especialidad de los tribunales; pues siendo conforme á la naturaleza que se formen varias clases en la sociedad segun los diversos grados de talento, las diversas profesiones, las diversas condiciones de riqueza, poder, etc.; cuando el legislador quiere dar á cada una de estas clases jueces proporcionados puede verse poco menos que obligado á variar para ellas los tribunales y los jueces. En efecto, ¿cuál es el oficio del juez? Asegurar el completo triunfo del derecho. Claro es que para asegurar completamente ese triunfo es necesario conocer completamente el derecho; y no es ménos claro igualmente que son muchas las especies del derecho que no se conocerán jamas completamente sin una especialidad de estudios y de práctica que no puede exigirse de los tribunales ordinarios. ¿Cómo exigiréis que todos los magistrados conozcan á fondo todo lo que hace relacion en la sociedad, al comercio, á las artes, á la milicia, á la medi-

cina, á la enseñanza, á la educación, etc., etc? Pero la justicia de las sentencias en semejantes materias depende en gran parte de la justa idea del daño ó de la utilidad que resulta á la sociedad en ese orden especial de que se trata. Si, pues, un legislador juzgase oportuno asignar á una clase determinada de personas dedicadas á aquella especialidad, un tribunal especial mas experto en aquella materia, nada impediria que lo instituyese, antes por el contrario, pareceria exigido por la naturaleza misma de las cosas.

1.247. La naturaleza es verdaderamente la que en todos los pueblos y en todos los tiempos ha instituido esas diversas especies de tribunales que, aun á despecho de las teorías abstractas y universales, han renacido en el mundo moderno; pues la práctica ha dado á conocer que el comercio y la milicia necesitan conocimientos, expedición y eficacia muy diversas de las que son necesarias para otras clases y profesiones.

El mismo Piamonte, al paso que se creia precisado por la igualdad de los ciudadanos, por la justicia y la equidad á abolir el fuero eclesiástico, ¿no se veia obligado por la inexorable naturaleza á una contradicción enorme, al exceptuar de las leyes comunes del procedimiento, no solo á los senadores y diputados, sino á otras numerosas clases de ciudadanos? Oid las reconvencciones que salieron de los autorizados labios del noble mariscal Latour en su reciente carta al Senado Piamontés (Turin, 1.<sup>o</sup> de Junio de 1852.), en la que campea el vigor del razonamiento y el heroísmo del valor.

«El fundamento sobre el cual descansaba nuestro derecho para abolir el fuero eclesiástico, nacia de la Constitución que declaraba iguales ante la ley á todos los ciudadanos, para quienes no deba existir mas que una ley igual para todos, y una sola magistratura para aplicación de aquella; de cuyo principio se deducia la abolición de todos los tribunales.»

«Existian en nuestra nacion entonces cuatro tribunales especiales; los Consejos de Guerra, los Consejos del Almirantazgo, los Tribunales de Comercio, y los Tribunales Eclesiásticos. Estos cuatro tribunales especiales juzgaban en casos determinados á los súbditos de su jurisdicción. Los tres primeros ejer-

dian su acción sobre cerca de doscientos mil individuos, el cuarto sobre cuatro ó cinco mil eclesiásticos.»

«La Constitución había declarado existentes estos tribunales disponiendo (art. 70) *que los magistrados, los tribunales y los jueces á la sazón existentes, se conservasen, sin que pudiera derogarse la facultad que tenían de administrar justicia, á no ser por medio de una ley.* Mas los Consejos de Guerra, los del Almirantazgo y los Tribunales de Comercio, son unas instituciones, ó mas bien, creaciones del Gobierno, en cuya virtud tiene este el derecho de modificarlas ó abolirlas, si lo juzga conveniente; mientras que la institucion de los Tribunales Eclesiásticos, cuyo origen se remonta á los tiempos apostólicos, se afirma á la vez en una convencion estipulada solemnemente en 1842 entre el Rey y el Sumo Pontífice, en la cual S. M. se obligo por sí, y á nombre de sus sucesores, á observar fielmente todos los artículos de la expresada convencion. ¿Y qué ha sucedido? Que los tribunales que tienen jurisdiccion sobre doscientos mil ó mas individuos, y cuya modificacion ó supresion depende del poder civil, han sido conservados; mientras que aquel, cuya acción se ejerce tan solo sobre cuatro ó cinco mil individuos, y por cuya conservacion teníamos empeñada solememente nuestra palabra con una tercera potencia, muy respetable por cierto, ha sido suprimido, sin su concurso y sin su asentimiento. Por favor, señores, ¿qué razon, qué lógica, qué justicia habéis tenido para proceder de este modo?»

Los adversarios del noble mariscal se verán quizás un poco embarazados para resolver esta objecion; por lo cual no llevarán á mal que respondamos nosotros en su nombre. Si, señor, contestaremos al vigoroso orador; habla una razon, á saber: que la naturaleza tiene una fuerza irresistible, y que un individuo, un Gobierno, una sociedad pueden en un hecho particular abusar de la libertad para combatir la naturaleza; más abusar constantemente de la primera, y combatir constantemente á la segunda, es empresa superior á las fuerzas de la más incua maldad, no ya de los hombres, sino de los demonios mismos. Comprenden demasiado bien los mismos ad-



versarios como necesaria es á ciertas clases sociales la existencia de un fuero especial; mas desatada su cólera contra el inerte Clero, quiso el malhadado espíritu de los adversarios, no solo respetar en los demas las leyes naturales, sino á la vez pretender lo imposible, irritando las pasiones y preparando nuestra ruina.

Así es que pregonar universalmente que la igualdad de los ciudadanos exige la unidad de tribunales, es aplicar al orden judicial la utópica igualdad que aplicaron los republicanos franceses al orden social, partiendo del principio universal de que todos los hombres son iguales por naturaleza.

1.248. Entendida de este modo por los que combaten al fuero privilegiado la base de la igualdad natural, como queda expuesto, vengamos al segundo argumento, deducido de la subordinación de todas las materias al único ordenador de la sociedad en general. «Todo lo que acaece, dicen, tómese en el sentido que se quiera, se halla sujeto al orden establecido en la sociedad; ahora bien, del único orden establecido se deduce que uno solo debe ser el ordenador; luego una y única debe ser la especie de tribunales.»

1.249. Este argumento peca de defectuoso en dos sentidos: el primero en el de suponer que la unidad del ordenador supremo excluya la pluralidad de órdenes secundarios; el segundo en el de suponer que no pueda existir otro orden público diferente de aquel que se conoce con el nombre de civil ó temporal. Probada que sea la falsedad de las premisas, el argumento cae por su base.

1.250. Esto supuesto, veamos la falsedad de la primera premisa, que desde luego salta á la vista. Uno solo es en verdad el ordenador supremo de la sociedad; mas ¿quién se atreverá á negar que aquel que es ordenador de la sociedad no puede unificar mil órdenes diferentes entre sí, ya por el origen de donde nacen, ya por el fin á que tienden? Si la sociedad hubiese nacido tal como se imaginan los utopistas, formada de una argamasa de sustancias homogéneas, dividida por el escarpelo de los modernos pensadores á su arbitrio, en partes matemáticamente iguales, comprenderíamos bien que

pudiese ser uno solo el orden, como uno solo el autor de la sociedad; mas la sabiduría infinita del Criador, que en su unidad perfectísima abraza toda la inmensa variedad del mundo quiso sacar la sociedad poco á poco del germen de una sola familia, estendiendo su desarrollo á toda la inmensa variedad de los movimientos de la naturaleza: asociáronse primeramente algunas familias, más tarde otras; unos individuos por amor, otros por interés, por necesidad estos y por la fuerza aquellos; multiplicáronse los unos en prole numerosa y potente, mientras que fué la descendencia de los otros corta y raquítica, y estos, incapaces de grandes concepciones, tuvieron á dicha recibir leyes de aquellos que podían dirigirlos por seguro camino; aquellos otros, de mayor y más claro ingenio, de voluntad más enérgica, fueron apellidados *bienhechores* al tomar sobre sí la dirección de los otros: cupo á los unos el vivir bajo un cielo sereno y sobre un suelo benigno; á los otros habitar en regiones montuosas y nevadas, y mientras estos se estacionaron en los centros más poblados y cultos, los otros emigraron á países remotos, separados por mares tempestuosos ó por selvas inhabitables. En estos y otros mil casos análogos, pretenden los modernos utopistas, tratando de combatir la tiranía, vaciar en una sola tarqueza á todas las sociedades, desechando como escoria todo aquello que no se adapta á los bordes del molde de su fantástica política.

Mas todo aquel que no quiera caer en error, truncando las obras de la naturaleza, debe necesariamente recordar cuán diferentes ordenes secundarios han debido hallarse como enlazados y confundidos en la corriente de la sociedad progresiva sin perder enteramente su forma, procediendo de un centro, á semejanza de aquel de dónde nace la lava de los volcanes, ó de aquel que los paleontólogos descubren en ciertas posiciones montuosas de una época antidiávia.

Tómease, por ejemplo, una sociedad formada por el aluvion de los bárbaros; ¿quién se atreverá á suponer tanta fiera en aquellos, que no dejarán existente nada de cuanto constituía el antiguo modo de ser de sus ciudadanos, ni de su iglesia, ni de sus municipios, ni de las instituciones? Suponed que se

lleva á cabo la union de dos naciones por medio de un matrimonio entre sus príncipes, ¿os atreveréis á suponer extinguida la nacionalidad de aquellos pueblos, ó que por solo aquel hecho se vea un pueblo obligado á recibir del otro códigos, costumbres y religion? Véanse en buen hora obligados los vencidos á capitular con los vencedores; mas no por esto se deberá entender que capitular es entregarse á discrecion. Supóngase que en vez de ser débiles, son valerosos en medio del peligro y apelan en él al auxilio del fuerte; ¿no podrán tener estas condiciones ocultas, mientras piden socorro y quebrantan el yugo? Véase cuanta variedad de órdenes judiciales pueden nacer en una sociedad formada, no ya por despótico arbitrio ni por el más utópico de los caprichos, sino por la templada y siempre justa naturaleza!

1.251. Constituida de esta manera la sociedad sobre mil variedades de privilegios y exenciones, quien pretendiese tener la unidad de los tribunales como *dogma absoluto*, ó debería verse obligado á sostener que es ilícito todo pacto que tiende al engrandecimiento de pequeñas nacionalidades, lo cual seria contrario á la tan decantada libertad, á más de ser soberanamente ridículo; ó á sostener que las grandes sociedades no están obligadas á cumplir los pactos; á cuyo partido si están afiliados aquellos que más furiosamente gritan contra los Reyes infieles ó sea contra aquellos que faltan al cumplimiento de los tratados, no será de extrañar que sea puesta en duda la moralidad de los que así se expresan. El que no quiera atenerse á uno de los dos anteriores absurdos, debe desde luego reconocer que cuando se estudia la sociedad tal como es en sí, no basta el que la comodidad de los gobernantes exija la absoluta unidad de tribunales, si esta, como verdaderamente accade, no se halla garantida por el derecho.

*Razones especiales en pro del fuero eclesiástico.*

1.252. Hemos considerado hasta aquí la variedad de tribunales en una sociedad pública, y deducido de su misma naturaleza la teoría universal de los distintos tribunales que pue-



de en general aplicarse á todas las sociedades. Mas si de las teorías universales descendemos á doctrinas más concretas; si de las cuestiones sociales pasamos á la cuestión católica (la cual es precisamente la causa de esta cuestión), conviene que consideremos no solo la variedad de órdenes secundarios introducidos por los orígenes de un hecho, y por las convenciones que le acompañaron, sino la totalidad del orden supremo ó público, en cuanto pueda estar sujeto á las dos autoridades supremas que gobiernan las sociedades católicas. Viviendo el hombre, como no niegan muchos de nuestros mismos adversarios, necesariamente subordinado á dos autoridades en los dos órdenes de su existencia, esto es, material y externa la una, espiritual é interna la otra; la mayoría de los ciudadanos (en quienes encarna, por decirlo así, el orden público en su más alto grado), se halla necesariamente sujeta á dos autoridades supremas; una que debe guiarle hácia el fin temporal y externo, y otra hácia el espiritual é interno, de cuyos fines toman respectivamente nombre cada una de las dos autoridades. Y hé aquí, por lo tanto, dos series de tribunales específicamente distintos, cada uno de los cuales deberá conocer en los asuntos de su propia competencia; sin que por esto se confundan, ni se inmiscuen los unos en las atribuciones propias de los otros.

1.253. Es tan clara esta distinción, que no ha sido posible hacerla desaparecer de la práctica en las naciones católicas, á despecho mismo de los herejes, quienes se han visto obligados á razonar como católicos, pidiendo tribunales especiales para la autoridad espiritual, después de haberle negado toda independencia. ¿Qué otra cosa significa la gran cuestión anglicana entre el Obispo de Exeter y el ministerio, sino una reminiscencia católica reproducida en la iglesia anglicana? Reminiscencia en verdad absurda, contradictoria, en que dió el amante de Ana Bolena, y en que dieron, después de él, todos los Papas y Papisas que han sucedido en los usurpados derechos que todos conocemos; mas esto ¿qué importa? No es menos convincente la prueba que de aquí se deduce para sostener la necesidad de la existencia de dos especies de tribunales en una misma clase social, mientras este viva sujeto á dos distintas autoridades.

1.254. Aun los mismos impíos (y nótese la fuerza irresistible de la naturaleza de las cosas), aquellos precisamente que de continuo nos atorden los oídos con los ecos de sus catilinarias en contra del fuero eclesiástico, le rinden, sin saberlo quizás, un homenaje inesperado. ¿Sabéis cuándo? Cuando pregonan *libertad de conciencia*. Si, señores; la libertad de conciencia no es más ni menos para ellos que el fuero de la Iglesia católica, trasladado á la Iglesia racionalista de Kant y sus sucesores.

¿Queréis verlo? Recordad aquel famoso sofista de Konisberg, el autor de *La religión al alcance de la razón*, que en sus principios filosóficos redujo al entendimiento del hombre á no conocer con certeza otra cosa que su propio ser, concediendo á este el derecho de constituirse á su arbitrio una religión. Cuando el hombre deificado se revela contra los poderes temporales, pretendiendo no reconocer otra autoridad superior á la de su propia conciencia, libre, según él, como el pensamiento, ¿qué otra cosa se hace sino distinguir dos clases de autoridades, la temporal que pertenece á los gobiernos, y la espiritual, á la conciencia del individuo? Todo hombre de este modo sublimado, viene á representar una Iglesia, la cual determina su fe, distingue lo bueno de lo malo, y juzga, en fin, los actos del hombre. La única diferencia que existe entre el racionalista que proclama libertad de conciencia y el católico que quiere la conservación del fuero eclesiástico, consiste, no ya en la distinción de la autoridad y fuero espiritual del temporal (en lo cual concuerdan entrambos), sino en el sujeto al cual se atribuye esta autoridad espiritual, diferente según la diversidad de las doctrinas. El racionalista dice: «La autoridad espiritual soy yo; luego á mi me es debida la libertad de juzgar en el orden espiritual (libertad de conciencia), la cual, nótese bien, se aplica por el racionalista á los actos externos; dispensándose el cuakero del juramento, evitando el judío trabajar los sábados, etc. El católico, por el contrario, dice: «la autoridad espiritual radica en la Iglesia; luego á la Iglesia pertenece la libertad de juzgar en materias espirituales ó mixtas.» A los unos y á los otros responde el despotismo político: «vuestra autoridad impide el curso gubernativo, que-

riendo entrometerse en lo que atañe al orden externo; el católico quiere ejercitar sus acciones conforme á la enseñanzas de Jesucristo; el racionalista, si se le deja en libertad de practicar sus utopías, minará los fundamentos todos del edificio social. Entrambos deben ser contenidos: así el católico que trata de violentar el espíritu de la Iglesia con la fuerza, como el racionalista que algo más ingenioso trata de encadenar las inteligencias y pervertir las conciencias con el monopolio de la enseñanza y los periódicos.

1,255. ¿Qué os parece? ¿Podreis negar que esto es un homenaje tributado á la distincion de las dos clases de tribunales y de las dos distintas autoridades?

Es claro, pues, que como las dos autoridades tienen el derecho de dirigir hacia su fin respectivo la mayoría de una nacion católica, las dos á la vez tienen el deber de juzgar conforme á su propio fin; por cuya razon no podrá el juez lego sentenciar en asuntos que se encaminan al fin espiritual, ni el eclesiástico, en aquellos de fin meramente temporal. Por lo cual será inevitable admitir la existencia de los dos tribunales; á no ser que los dos poderes concuerden en la eleccion de un mismo juez delegado, como se verifica en los concordatos, que no son, por cierto, tratados entre dos naciones ó entre dos Principes, si no convenciones entre dos autoridades que gobiernan una misma nacion católica. Si en estas materias mixtas no es dado á las dos autoridades terminar con igual poder una convencion sincera, la autoridad civil hallará tanta mayor dificultad en llevar á cabo la pretendida unificacion de tribunales, cuanto más obstinados se muestren los espíritus honestos á recibir de las leyes la norma de sus creencias ó de sus actos. Que acepten semejante yugo las personas de escaso talento y no muy rigurosa conciencia, prontos á desdecirse mañana de lo que creían ayer, nada tiene de extraño, toda vez que esta clase de gentes, ni cree hoy ni creera mañana en nada de lo que oficialmente profesa.

En este molde se halla vaciado gran parte del mundo político y diplomático, en el cual se oponen mil obstáculos para el cumplimiento de ciertos deberes, á pesar de prestar tantos



juramentos de fidelidad como años de magistratura ó milicia cuentan aquellos en su carrera política ó diplomática. Aquellos para quienes la verdad y la conciencia no son más que una palabra vacía, obedecerán las leyes dirigidas á un fin espiritual, siendo dimanadas del gobierno civil? ¿Habrán de tratarse en los juicios que los corifeos del principio político judicial quieren apropiarse, objetos puramente materiales, siendo por lo tanto material la Iglesia, material el matrimonio, y no sabemos cuántas cosas más? Todo hombre honrado y buen católico sabrá siempre responder, que en los juicios sobre tales materias, él no va á interrogar á la Iglesia acerca de las piedras de que se fabrica su templo, acerca del modo de proveer sus beneficios ó acerca de las leyes físicas de la reproducción de los animales, sino que la interroga cómo debe recibir en la Iglesia la predicación y los sacramentos, cómo deben administrarse los beneficios eclesiásticos para sostener convenientemente á los Clerigos y á los pobres, cómo debe regirse el matrimonio para que sean sus descendientes fieles adoradores de Dios: si en estas cuestiones se entromete un gobernante lego á querer juzgar, yo protesto de que la Iglesia es de piedra, el beneficio de tierra, y el matrimonio union de animales racionales, hará que se le tenga lástima, y que él mismo se vea precisado á lamentar su extraneza riéndose de sí mismo, como se rieron los legisladores de Turin, cuando en cierta ocasión, legislando sobre materias de enseñanza, se vieron conducidos inesperadamente al terreno de cuestiones teológicas.

1,256. En este absurdo incurre el juez que quiere entrometerse en un orden de autoridad ajeno á la suya, en el cual será siempre incompetente ó incapaz, por la sencillísima razón, por muchos ignorada ó despreciada, de que los mandamientos de la autoridad social no son proporcionados á la materia acerca de la cual legislan, sino al fin que intentan conseguir. Si un general de ejército ordena la construcción de un foso, la demolición ó fabricación de un muro, dicha orden no puede estimarse como buena ó mala, militarmente hablando, porque el general sea ó no señor de la tierra donde

se cayó el fuso ó de las piedras con que se fabricó el muro; mas podrá juzgarse buena ó mala dicha orden, segun que fuera ó no necesaria para combatir al enemigo, que es el fin propio de la autoridad militar. Otro tanto puede decirse de las ordenes de un juez, llamadas vulgarmente *sentencias*: en que la rectitud de las sentencias no se mide por el derecho de propiedad, el cual jamás pertenece al juez, sino por el fin moral á que este se dirige, llevado á cabo por la autoridad que dicta la sentencia. He aquí por qué cuando aquello de que se juzga va dirigido, bien por su naturaleza ó por intencion de los litigantes, á un fin espiritual é interno, no será posible obtener de los católicos que se dirijan á un tribunal destinado unicamente á un fin externo y material.

Se deduce de aquí que de dos maneras pueden ser atendidos los tribunales especiales: bien por argumentos que nacen de la naturaleza misma de la sociedad; bien porque, en ciertas materias y en ciertos casos secundarios, los jueces ordinarios no pueden ser bastante instruidos aunque tengan suficiente autoridad civil; bien porque tratándose de un fin que no es el suyo, de un fin espiritual, la autoridad civil aunque fuese versada en la materia, seria siempre incompetente por falta de potestad.

1.257. Mas no es esto lo peor. Si en un día venturoso fuera dado á la Iglesia intervenir en materias temporales, cuando ciertos magistrados abusaran de su influencia en daño de los fieles, ¿creéis que no seria capaz de mandar á sus hijos que no acudieran en sus litigios ante aquellos jueces? Veriais entónces renovarse por los buenos católicos el ejemplo dado en los tiempos del Apóstol San Pablo, cuando los tribunales de los gentiles fueron interdictos á los neófitos en la fe. Claramente se vé que los tribunales legos no pueden juzgar sobre materias propias á la Iglesia, despojando á esta de su jurisdiccion; más bien podria la Iglesia conocer en ciertos casos en los asuntos encomendados á los tribunales de los legos, cuando la conciencia de los fieles (caso raro) pudiese llegar á exigir esta precaucion: en ellos obtendria la Iglesia su propósito sin esbirros ni alguaciles, procediendo como siempre lo hace, con

la prudencia y convicción que lleva á los entendimientos y á las conciencias.

1,258. Todo esto va encaminado á poner en claro la verdad ó la falsedad del principio universal sobre que pretenden apoyarse aquellos que sostienen con espada en mano la absoluta unidad de los tribunales. Si pueden admitirse diferentes órdenes de asociaciones públicas en razón al diferente fin á que cada una se encamina, es evidente que deben admitirse diferentes jurisdicciones y varias clases de jueces. Si cada una de las sociedades públicas puede formarse de la diversa variedad de sociedades secundarias y de sus derechos inviolables, existiendo en estas tribunales especiales, la autoridad superior, no podrá sin notoria injusticia abolir aquellos derechos que son sagrados en atención á la perfecta igualdad de los ciudadanos ante la ley. Si, finalmente, son materias de tal naturaleza que exijan particular conocimiento para juzgar de ellas, como constituyen una clase particular en la sociedad, claro es que para la recta administración de justicia, debe el legislador constituir para estas materias y para particulares clases de la sociedad, un tribunal especial.

1,259. Si estas tres razones anteriormente apuntadas no son erróneas, nos parece desde luego que está resuelto el problema bajo el primer aspecto del derecho; en cuya virtud podemos concluir generalizando, que la unidad del fuero no es dogma de derecho natural; por lo cual, quien pretendiese apoyar sobre la naturaleza el monumento destinado á eternizar la gloria de las leyes de *Siccardi*, correría el riesgo de estar cabando durante un mes y otro mes sobre un suelo movido, sin llegar nunca á encontrar tierra virgen.

1,260. ¿Y podrá vanagloriarse al ménos de lograr mejor éxito recurriendo á los hechos ó apelando á las primeras páginas de la historia? Si tratásemos de escribir una disertación canónica en defensa del fuero eclesiástico, deberíamos entonces detenernos en este punto, apelando al examen crítico de los orígenes de cada uno de los derechos. Mas no es nuestro propósito descender á esa cuestión, habiendo ya dicho lo suficiente para hacer comprender cómo el hecho no puede ser ta-



chado de ilegítimo, siendo, como es condicion natural de las sociedades humanas. Por otra parte, nos hemos propuesto aquí únicamente examinar de una manera general las influencias del principio moderno sobre los fundamentos del principio judicial, y no censurar los actos de este ó del otro Gobierno, escribiendo su historia jurídica.

A este propósito creemos haber dicho lo bastante, como podrán juzgar nuestros lectores por la siguiente recopilación:

1.261. 1.º Que la unidad de los tribunales es un parto genuino de la absoluta independencia en el pensar con que se rompe el hilo de las pasadas tradiciones y explica la generación presente todos sus derechos y el curso de los acontecimientos humanitarios, legándonos así la herencia de nuestros últimos abuelos.

2.º Que sólo podrán exterminarse estos pretendidos derechos en cuanto se ponga coto á la despiadada empresa demolidora del antiguo edificio social.

3.º Que la Iglesia debe ser inexorable con los operarios de esta demolición, toda vez que la distinción del fuero eclesiástico es consecuencia forzosa de la distinción entre la autoridad religiosa y civil. Abolida, pues, la idea de la autoridad espiritual por el dogma de la independencia de la razón, imposible parecía conceder á aquella autoridad un fuero externo.

1.262. No carecieron indudablemente de razón los legisladores piemonteses, cuando descargando contra la autoridad eclesiástica todos los rayos de su elocuencia, ó mejor de su locuacidad, declamaron contra su antigüedad, asegurando que no podían los tribunales eclesiásticos *avenirse con la moderna civilización* (1).

Ciertamente así como ellos entienden por civilización moderna la aplicación á todos los órdenes de la sociedad del dogma

---

(1) Estas palabras son las mismas de que se valieron los ministros piemonteses Galvagno y Boncompagni al combatir, el primero, la llamada opresión de la Compañía de San Pablo, y el segundo la exclusión de la intervención de la Iglesia en los derechos sobre el matrimonio, rompiendo de este modo los Concordatos sancionados por el legislador del Estatuto.

heterodoxo de la independencia de la razón, como demostramos al principio de este tratado, así la civilización moderna tan ponderada por ellos, exigía la supresión del fuero eclesiástico como un anacronismo intolerable. Así se verificó efectivamente, y en ella no habrá visto ningún católico sino uno de esos tantos actos despóticos, pero necesariamente lógicos, que caracterizan todos los de la reforma protestante.

1.263. Esto no obstante, no inferimos de las razones precedentes, que todo sea reprochable en las doctrinas relativas á este punto enseñadas por los modernos. Una vez perfectamente deslindada la distinción entre el fuero eclesiástico y el laical, distinción necesaria absolutamente á todo el que no quiera caer bajo el yugo del despotismo musulmán; asegurada la inviolabilidad de los derechos, ya naturales, ya convencionales, que pueden históricamente haber moderado el poder absoluto de un Gobierno; no puede negarse que la unidad de los tribunales sea por sí un bien que pueda lograrse con los medios que la naturaleza y la justicia proporcionan. A este propósito demostramos poco há cómo debe entenderse la igualdad de los ciudadanos ante la ley, cómo asimismo la unidad del ordenador social. La eficacia de estas razones no puede desconocerse sino en cuanto *ex profeso* y á sabiendas sea negada, contraponiendo la utilidad á la justicia, lo relativo á lo absoluto, el orden contingente al necesario. No hay acero tan bien templado que no se quiebre si *ex profeso* se intenta: siendo siempre vencido un general que quiera abrir una brecha á cuchilladas, ó escalar una muralla con un regimiento de caballería, aunque sea la espada de bien templado acero y la caballería un rayo de la guerra. Así nuestros adversarios aduciendo razones de conveniencia para absorber la autoridad espiritual en la temporal y los derechos convencionales de los súbditos en los intereses de los gobernantes, han conmovido notablemente la fuerza de sus argumentos.

#### *Abolición del Fuero en los sistemas representativos.*

1.264. Hemos llegado al objeto de la segunda cuestión, y

acaso el lector se preguntará, ¿qué relación hay entre los Gobiernos representativos y la unidad de fuero, ó de tribunales? Entendiéndose por Gobiernos representativos aquellos que se cimentan sobre el principio heterodoxo, como en su lugar demostramos, estos Gobiernos se hallan necesariamente en abierta oposición á la autoridad eclesiástica (ó *teología papal*, como dice Berti), la cual jamás puede conciliarse con la heterodoxia, ni renunciar al derecho de regular entre los fieles así la palabra, como el pensamiento y sus obras, ni declinar el deber de alentar con la sociedad con todas sus fuerzas para abrazar la cruz de Jesucristo y evitar toda ocasión de que se corrompan las costumbres ó amengüe la fé.

Mientras una sociedad, mientras un pueblo lleven el honrado nombre de católicos, la Iglesia tiene derecho á cuidar de que los fieles muestren en sus obras la fé, y demuestren á la vez que su mayor interés es la vida futura, reconociendo como intalible la doctrina revelada, por soberano Monarca á Dios uno y trino, por ley fundamental del Estado el Decálogo y el Evangelio.

¿Aceptáis estas condiciones? Serán católicas; pero debereis renunciar á los elogios de los progresistas heterodosos, y resignaros á oiros apellidar en la *Gaceta del Pueblo* retrógrados, oscurantistas, traidores á la Constitución, con otras lindexas más impropias hasta de la lengua italiana.

Guardemos los respetos debidos al Gobierno, aplaudamos los progresos de la industria, ejerzamos la caridad benéfica con el pueblo y promovamos con entusiasmo el estudio de las ciencias y las artes; todo esto será ridícula vejez en tanto que reconozcamos á la Iglesia como única legisladora del pensamiento y la conciencia.

1.265. Si pues á trueque de no perder el querido nombre de progresistas y verdaderos representantes del espíritu del siglo queremos absoluta libertad para el pensamiento, la palabra y la imprenta, y proclamamos por soberano y creador de las leyes y de la justicia al independiente arbitrio del pueblo, renunciemos entónces al título de católicos, y suprima-



mos en buen hora una en pos de otra, comenzando por el fuero eclesiástico, todas las instituciones católicas.

1.266. Hasta tal extremo, aunque sea violentamente, se arrastrará la independencia de la razón, que no reconozca autoridad alguna espiritual, sino la soberanía del pueblo, que tampoco reconozca otra autoridad temporal superior á la suya. Acostumbrado á no respetar á otro superior que al Príncipe, á quien llama su mandatario, ¿pensáis que podrá llegar á creer que sin delegación puedan fallar en sus asuntos los Obispos y los Curas? Son ciudadanos como ellos, é iguales ante la ley al último pechero. En el templo aparecerá superior en la solemnidad de ciertos días; mas fuera de allí, habiendo dejado en los umbrales el aparato de sus vestiduras, aparece en la plaza pública igual á los demás, como un simple ciudadano.

1.267. Mas si es igual á los otros participará de los mismos derechos, y lo tendrá también para tomar parte en las pasiones políticas. ¿Y queréis entonces que bullendo estas en los tribunales eclesiásticos les sean encomendados los intereses de los ciudadanos?

1.268. Todo esto tiende en las modernas constituciones á imposibilitar de hecho á la Iglesia, impidiéndola el ejercicio de su influencia externa, á la cual se califica á la vez de ser un absurdo en teoría. Mas aquí la hipocresía, en lugar de arremeter de frente al Catolicismo, ocubre sus propósitos, y sin decir *queremos abolir la influencia de la Iglesia*, ha creído más oportuno envolver á la Iglesia en las consecuencias de un principio general, y pronunciar con fórmula solemne el siguiente axioma: *no más tribunales privilegiados*.

1.269. Esta universalidad de leyes es tan contraria á la naturaleza misma, como poco antes hemos explicado, que los Gobiernos modernos se han visto bien pronto obligados á usar en la práctica otro lenguaje; y así como la igualdad que más repugna es la de los holatiles y la más sensible de todas la de los gobernantes; así la institución de los tribunales administrativos en favor de los intereses del Gobierno y de los tribunales de conciencia en favor de los intereses privados, vinieron pronto á demostrar que la igualdad de los tribunales ante

la ley, no era tan inexorable como los decretos del *destino*. Y esto que reclamaba el interés de los negociantes, reclamaba también la fuerza armada; y la milicia y la marina taxieron sus tribunales. ¿Y los Senadores? ¿Y los Diputados del pueblo soberano? ¿Pensáis que estos, sucesores del Rey por la gracia de Dios, querran sujetarse á las leyes comunes? El diputado fué declarado inviolable, en tanto que la Cámara no le entregue al brazo secular: para los ministros y senadores se forma en el Senado mismo un tribunal de justicia, y para legitimar estas excepciones, se apeló á la incompetencia del pueblo, cuyos intereses representan los mismos que se declaran *inviolables*.

1,270. Aquí se vé claramente destruido el principio de la igualdad entre los ciudadanos, y el de un solo tribunal para todos. No serémos nosotros seguramente, los que hayamos de censurar como injustas tales escepciones, despues de haber demostrado, que son inevitables por naturaleza. —Lo que creemos injusto es, que se mande por las leyes lo que puede cumplirse, y que para exigir su observancia, de parte de los ciudadanos inferiores, se alegue un principio universal, pronto á ser infringido y no condescender con la ambicion de los magnates.

1,271. Lo injusto sobremanera es, que mientras se invoca el principio universal ya citado, para asegurar la inviolabilidad á quien jamás la tuvo, se apele despues á la autoridad, para suprimir aquella en quien la ha poseído de tiempo inmemorial, violando de este modo no solo las prescripciones de la Iglesia llamadas *dominantes, inmemoriales*, sino los juramentos y los tratados del príncipe mismo que decretó el Estatuto, sin ólmo seguramente de no cumplir su palabra con la Iglesia. Se dirá que los senadores, diputados, ministros, etc., son necesarios al bien del pueblo, como representantes de sus intereses; y por esto los habeis declarado inviolables? Sea en buen hora: ¿no es por ventura menos necesaria á una parroquia el Cura, á un hospicio el capellan, á un colegio el rector, y á una diócesis el Obispo? ¿no merecen acaso los intereses espirituales la atencion de aquellos que se muestran tan solícitos

por los intereses materiales? Pues difícil es que influya tanto la presencia ó ausencia de un orador en el Parlamento, como influye siempre la falta del Prelado en cualquiera porción de la sociedad católica. Y aun si la falta de un diputado dañase tanto, ¿cuanto mas fácil es seguir las prácticas del gobierno representativo, hacer una elección, que suplir la ausencia de un Prelado, miembro de una gerarquía divinamente instituida!

Y si el privilegio de los *gobernantes* se halla motivado por la libertad que exigen sus actos y su palabra para cumplir las obligaciones que el cuidado del bien público le impone, ¿no es por ventura mas imperiosa esta necesidad de predicar y obrar libremente en los encargados de propagar el Evangelio? ¿Somos tal vez sus pupilos, ó son ménos los tiros que á nuestra autoridad se dirigen?

1,272. La injusticia y las contradicciones de los modernos que en su osada lucha contra la Iglesia se notan, son de todo punto inexcusables, lo cual bien claramente se manifiesta por medio de la hipocresía con que se pregonan, en daño de la Iglesia, la pretendida unidad de tribunales, que á continuación se quebranta sin escrúpulo en mil casos. Si sus mismos defensores estuvieran convencidos de ello, le aplicarían á todos los casos, le aplicarían constantemente, le aplicarían con preferencia á los asuntos de su competencia; mas si así fuera, si constantemente le aplicaran, pronto se creerían obligados á desdecirse. Todos los derechos conquistados ó desgajados del árbol de la libertad con el garrote igualitario, pronto sentirían sus efectos y reclamarían sus antiguas prerrogativas: todos los errores y ridiculeces cometidos por jueces ignorantes de ciertas materias, probarían la necesidad de los tribunales especiales; y asimismo las conciencias heridas por las vejaciones de los tribunales laicales los declararían incompetentes para conocer en materias de fe y costumbres. Y así volveríamos pronto al ejercicio de aquellas doctrinas más prácticas y ménos exclusivas que existirían siempre en la sociedad, resplandeciendo como obra maravillosa de la sabiduría infinita, con el mismo fulgor que en todas sus obras, en las cuales resplandecen la variedad en la unidad.



Conoceremos entonces que si los principios universales deben dar unidad á la materia, la materia, segun el plan de la creación, debe dar variedad y fecundidad á los principios; que si es justo que un gobernante se sirva de su autoridad para ordenar y regir, segun derecho, la multitud de ciudadanos, seria muy injusto privar de sus derechos á aquellos para sujetarlos á teorías ó caprichos de quienes gobiernan; pues gobernar á hombres quiere decir tanto como dirigirlos segun su naturaleza los hizo, los formó y dotó, no despojarlos del ser y de las cualidades que les son propias y dejarlos reducidos á una *primera materia*, apta para recibir la forma que quiera darla el despotismo; puesto caso que ninguna sociedad compuesta de antiguas y sucesivas agrupaciones puede ser despojada sin notoria injusticia de aquellos derechos (nóciamente llamados privilegios) que cada una de las partes agregadas convinieron en cederse mutuamente.

Comprenderian bien todo esto ciertos tiranuelos utopistas que próximos á las gradas de los magnates, atraídos por su influjo, merced á algunas botellas de vino ó intrigas de secta, vanagloriaronse de triunfos y conquistas, diciendo: *nosotros somos la nacion*; dando á entender que con el poder que se atribuyen poco menos que divino, son capaces de fabricar y demoler con una sola bala ó un solo estampido de cañon la justicia y el derecho; lo comprenderian, repito, si fueran leales en admitir ciertos principios y en practicarlos á la vez. Mas dada hoy al olvido y despreciada la lealtad, no es ya propio de los modernos sabios cumplirla respetuosamente, sino de los ignorantes ó de los pobres hombres que aún tienen escrúpulo de juzgar temerariamente.

Estos tan solo seguirán defendiendo de buena fé el gran principio de la unidad de los tribunales para todos los ciudadanos. Pero aquellos, en cambio, que se burlan de los sencillos y de los hombres de bien, continuarán declamando en favor de este principio con el aparato fogoso de su grande elocuencia, y pisoteándolo en la práctica con su acostumbrada tirania. Entretanto, la misma violacion del principio librará á la sociedad de funestos males, y hará que sea ménos sensible y

ménos lamentable la falsedad del principio que se combate.

Basta lo expuesto acerca de las influencias nacidas de las teorías modernas sobre el poder judicial, complemento del examen de los Gobiernos representativos que hemos emprendido y llevado á término. Resta tan solo que, compendiando desde el principio al fin todas las partes de nuestro tratado, presentemos compendiados en un breve discurso los razonamientos que llevamos expuestos al examinar tan vasta materia.

---





---

## CAPÍTULO IX.

### RESÚMEN DE LAS DOCTRINAS EXPUESTAS EN EL EXÁMEN DE LOS GOBIERNOS REPRESENTATIVOS.

#### § I.

#### *Doctrinas universales que sirven de base á las Constituciones modernas.*

1,273. Al volver nuevamente á recorrer el camino que llevamos andado, debemos reducir á estrechos límites nuestro nuevo itinerario, presentando en un breve cuadro á nuestros lectores: 1.º las doctrinas universales, de donde nacen las tristes consecuencias lamentadas por todos los sabios pensadores en los pueblos gobernados hoy según la forma constitucional; 2.º las principales aplicaciones desastrosas y contradictorias de aquellos principios á las sociedades modernas; 3.º las consecuencias prácticas á que deben conducirnos estas consideraciones.

1,274. Más antes de recordar los principios, conviene esclarecer el estado de la cuestión, presentando la fórmula concreta, que los adversarios de mala fé tratan de disfrazar, fundando sus esperanzas de triunfo en empresas nocturnas y en combates empeñados á la desesperada y sin orden, mas bien que en la victoria alcanzada con la nobleza de los que manejan sus armas en una liza empeñada á la luz del medio día.

ó de los que sometan las decisiones de sus negocios á jueces bien informados.

1,275. La cuestion, pues, entre ellos y nosotros está, como repetidas veces hemos dicho, en que ellos quieren intervencion en el poder y nosotros la rechazamos. Se necesita haber perdido el último resto de buen sentido para preferir á un Gobierno moderado en su autoridad, otro rígido en demasia, entregado á un hombre desconocido, de esos que la fortuna habrá de deparar á las generaciones venideras; y es notoriamente injusto é irracional el que los adoradores de esta nueva especie de tiranía nos culpen de tal obra, mucho más si se atiende á las vejaciones que el poder civil ha causado en varias épocas á la Iglesia católica, primeramente bajo los teologizantes bizantinos, más tarde bajo el poder de los longobardos y otros bárbaros, luego bajo el de los alemanes, especialmente de Suecia, y el de los Príncipes protestantes, y últimamente bajo el de las teorías de Richer y los febronianos, que después de haber maniatado la Iglesia al Trono de los Príncipes, encadenaron los Príncipes mismos al carro triunfal del pueblo soberano, intrusado á *gobernar*, en tanto que dejaron á los Príncipes el vano título de *reinantes*. Locura sería ciertamente que al contemplar los desencadenados propósitos de tales reyezuelos, los católicos, en vez de oponerse al despotismo, le desataran los brazos para que pudiera manejar mejor sus inicuas armas.

1,276. ¡No! Los católicos no queremos, no amamos el despotismo, y si alguna vez lo hemos tolerado como ménos malo, aun entonces, ellos son los primeros que nos han dado de él una idea cabal, levantando en cambio contra nosotros las más torpes execraciones, la más vigorosa resistencia de los poderosos, obligando á los jueces á fallar sin miramientos, y guiando la mano de los ministros á su antojo, para hacerlos cómplices en los actos despóticos de un Príncipe extraviado por el error.

1,277. La cuestion, pues, no está en si es bueno ó no el despotismo, en si un Gobierno debe ó no ser moderado. En esto todos estaríamos de acuerdo, si nuestros adversarios al mismo tiempo que gritan libertad y reverencia respe-

tuosa á los derechos, no constituyesen de hecho el verdadero y atroz despotismo representado por el *Estado*, que quiere sacrificar á toda costa las conciencias á las leyes, por injustas que sean, las personas á la guerra más loca é imotivada, los entendimientos á la corrupción de la heregia, la hacienda privada al Erario público, aunque este amenace con la más completa bancarota. ¡Oh! si á las tan decantadas libertad y responsabilidad de los Gobiernos, no anduvieran unidas en estrecho concierto estas pequeñas excepciones, estos pecados veniales, nosotros exclamaríamos con nuestros adversarios: estamos de todo punto conformes; y solo trataríamos de determinar el modo y la manera de *templar ó moderar* el poder gubernamental.

1,278. Los que proclamando el principio de la independencia de la razón, están convencidos de la imposibilidad de que dirijan y gobiernen á la sociedad, ni el testimonio de una conciencia, ni autoridad alguna espiritual, francamente manifiestan que no tienen fe en la conciencia que la Iglesia proclama, y que los derechos nada son, ni nada valen, sino en cuanto han sido conquistados, no por medio del poder, sino con la fuerza. De aquí que á la fuerza acudan para otorgar siempre el *derecho* á la mayoría; de aquí á la vez, que todas sus teorías sociales se reduzcan á tantasear una organización, mediante la cual la mayoría *esencialmente justa*, á decir suyo, prevalezca siempre.

1,279. Nosotros por el contrario, sintiendo y profesando las doctrinas que profesamos, no podemos menos de reconocer cuánta sea la influencia de la unidad y de la conciencia católicas, base y sólido fundamento de toda sociedad que descansa en el derecho, el cual nunca debe violarse; antes bien, debe la fuerza servir de garantía á aquel, congregándola y disponiéndola al efecto, cuando se inician convenciones entre los pueblos y los Principes, pero jamás violando los derechos adquiridos, por temor á futuros abusos. Atendiendo á la constante armonía de derechos y deberes, de lo cual resulta en toda sociedad aquel admirable concierto con que la Providencia quiso que los hombres en sus necesidades se socorriesen



mútuamente en todas ellas, nosotros estamos persuadidos de que el derecho de un Príncipe no es diferente del de los demás asociados, los cuales se concuerdan y limitan recíprocamente; y que así como no es absoluto el derecho de un señor sobre su criado, pudiendo este negarse a prestar al dueño sus servicios si no se los retribuye, y del mismo modo que el derecho de un maestro sobre un discípulo no es absoluto tampoco, pudiendo este abandonar su escuela si el primero vicia la enseñanza; así no es absoluto el derecho de la autoridad sobre el súbdito, pudiendo este y debiendo alguna vez desobedecer á las leyes, cuando son notoriamente injustas.

1,280. Verdad es que unas veces por prudencia, otras por temor, el derecho del súbdito cede á la autoridad imperiosa del Príncipe, como el criado se resigna á la mayor injusticia, temeroso de perder á su señor, ó como el estudiante se resigna á una mediana instrucción, efecto de la ignorancia del maestro, por miedo á no obtener su aprobación en el ejercicio del curso ó del grado. Más así como sería ridículo inferir de estos últimos ejemplos, que el dueño tiene derecho absoluto sobre el esclavo, y el maestro sobre el discípulo; así es ridículo inferir de la violación de los derechos del súbdito, el absolutismo de la autoridad soberana. Si esto pudiera inferirse, no habría absolutismo más *desenfrenado* que el de los ministros constitucionales, los cuales, comprando una mayoría en la Cámara, dan á Europa los espectáculos de la más opresora tiranía, de la que frecuentemente tenemos testimonios. Nuestros adversarios, á quienes esta conclusión no agrada, nos responderán quizás, que este hecho no es un derecho, y que la excepción no es la regla; más nosotros queríamos contestar desde ahora á este argumento, y lo haríamos si no hubiéramos demostrado que el despotismo de las mayorías es la regla y no excepción, es el derecho y no el hecho.

Si á su vez nos replican, que el absolutismo lo proclamamos nosotros, toda vez que en ocasiones no respetan los Príncipes los límites señalados por los derechos de los súbditos, y no cabe en este caso sino resignarse á detestar oculta-mente el abuso; podemos contestarles que aun en este caso

no somos tan absolutistas, como si hubiéramos entregado el poder y la autoridad arruinada al pueblo, sin cuidarnos de trazar una línea divisoria entre los derechos del Soberano y de los súbditos.

1,281. Expuesta claramente la opinion de entrambas partes contendientes, es fácil ver donde se halla el nudo de la cuestion. Los liberales sostienen que ningún Principe tiene derecho a mandar, sino en aquellos súbditos que voluntariamente quieren prestarle obediencia, ni á obtener autoridad legítima por consentimiento universal, sino mediante el admirable descubrimiento de la Carta constitucional. Nosotros, por el contrario, sostenemos, que el consentimiento del pueblo no es *por sí* esencial para que otros manden (esto no obstante puede suceder de tiempo en tiempo, en casos particulares, *por alguna razon positiva*), antes bien el consentimiento es debido, á quien legítimamente manda; y que el medio sugerido por la Carta constitucional se podría, bajo la influencia de otros principios, explicar de un modo favorable y ventajoso ó evidente al menos; mas segun lo que se sigue del principio de la soberania popular, no solo no llena los deseos de todos, sino que para todos augura una tristísima opresion, una dolorosa servidumbre (1).

---

(1) Nosotros presentamos aquí, bajo un punto de vista general, la misma tesis, que con valentia é logro se defendió no há mucho por un diputado de Bélgica, en el *Ensayo sobre el movimiento de los partidos*, (Bruselas 1852) el cual lo resume en los siguientes terminos: «No pretendemos, bien lo sabe Dios, tener en poca estima las garantías que en Bélgica nos ofrecen las leyes políticas para asegurar los derechos del pueblo. Las instituciones constitucionales hoy amenazadas ó repudiadas, podrán subsistir entre nosotros, apoyadas sobre nuestras viejas costumbres y nuestras tradicionales creencias, siempre que sean lealmente aplicadas, en interés del país, no en interés de un partido.»

¿Lo veis? Siguiendo antiguas creencias, ó como poco antes habia dicho, *practicando sinceramente el Cristianismo y la caridad cristianas*, el distinguido publicista espera que puedan practicarlo en Bélgica las instituciones constitucionales. Dos años há que repetimos esto mismo á Italia y especialmente al Piemonte, hoy semejante á Bélgica en sus instituciones y en las persecuciones; más esperar constancia de tal Gobierno, esperar que siga el ca-

1,282. He aquí explicado brevemente el estado de la cuestión, para cuya solución habíamos, en primer lugar, examinado los principios de donde toman sus argumentos nuestros adversarios, demostrando cuán vanamente apelarán en las modernas constituciones a invocaciones y recuerdos de la autoridad y tradición de la Edad Media, en tanto que niegan y renuncien los principios fundamentales respetados en aquella época. Toda la fuerza, energía y grandeza de aquellas sociedades, consistían en la reverencia y respeto a los derechos adquiridos, y en la profesión de dependencia á la autoridad espiritual. Los modernos siguen precisamente la senda contraria; comienzan por poner en duda todos los derechos adquiridos, sino concuerdan con sus teorías, que se apoyan sobre el principio heterodoxo de la independencia absoluta de la razón.

*Religiosos de espíritu, dice Schopenhauer, y firmes en las creencias de la fe católica eran los pueblos (en la Edad Media).... y apenas surgió la herejía de Lutero, los Estados (ó sea los Parlamentos), hicieron esfuerzos para verse libres de aquella plaga: al contrario los modernos; indiferentes en cuanto al dogma se refieren, y constantes en su propósito de no tributar á la fe católica preponderancia alguna, se muestran benévolos á recibir la independencia de la razón proclamada por Lutero, y trabajan para que la legislación descansa sobre aquel principio. En suma, la lucha hoy empeñada se apellida política, y es en verdad una lucha dogmática en la cual, como dijo un ministro de Hacienda en el Parlamento de Bélgica, el partido conservador puede llamarse PARTIDO DE LA AUTORIDAD, ó sea católico, y el partido liberal PARTIDO DEL LIBRE EXAMEN, ó sea protestante (1). ¿Causará ahora estraneza el que*

---

mino de la verdad católica, es empeñarse en luchar contra la naturaleza.

(1) Véase la cita íntegra en la *Emancipación*, 25 de Mayo de 1857. El ministro Golvagno abolió la compañía de San Pablo, nacida en el Piamonte para oponerse al luteranismo, llamándola congregación esencialmente religiosa, que está, decía, en abierta contradicción á las tendencias hoy existentes en el orden civil. Lo



en la época próxima á la aparición de las doctrinas de Lutero, comenzaran á surgir los Gobiernos llamados más tarde constitucionales, y que la corrupción de estos sistemas coincida con la propagación del luteranismo? ¿que se presente en el orden político bajo el mismo nombre que en el orden religioso (soberanía del individuo)? ¿que produzca los mismos efectos (subdivisiones infinitas de sectas)?

1,283. El principio supremo de donde toman origen los dos grandes partidos que dividen hoy á Europa, cualquiera que sea el nombre con el cual se apelliden (catolicismo ó protestantismo, orden y anarquía, monarquía y comunismo, etc., etc.) está á un lado la *dependencia natural* de la razón, y al lado del otro partido la independencia mas absoluta. Siendo esta última esencialmente *contradictoria*, porque hace al hombre *creado* independiente del Criador, esencialmente *atea*, porque atribuye al hombre la independencia que forma el carácter propio de la divinidad, expresado por los escolásticos con la palabra *asidad*, debe necesariamente reproducir en todas sus consecuencias cierta manifiesta serie de contradicciones, ó sea nulidad, y de ateísmo, ó sea antropolatría; de aquí que *contradiéndose* se halla en perpétua lucha con la *naturaleza*; y *deificándose* en perpétua batalla contra Dios.

1,284. De la independencia de la razón vemos nacer el segundo principio de la reforma intentada por los modernos, esto es, la negación de que pueda existir lo que hemos llamado conciencia pública; y por lo tanto, la necesidad de fabricar ó idear otra justicia que desempeñe las funciones de aquella, sin tener sus derechos, ó más bien un fantasma de conciencia que seduzca, encadena ó hable á los pueblos. Este fantasma se llama *opinión pública* ó sea la de la *pluralidad*. Bien claramen-

---

mismo repite Boncompagni en su tratado sobre el Matrimonio civil.

El sistema antiguo que regula los matrimonios segun leyes canónicas, no es compatible con el espíritu de la civilización actual. Si queréis otra autoridad de diversa índole, leed la *Italia* y el *Pueblo*, (15 de Agosto de 1851), y hallaréis que la revolución hija del derecho de libre examen, y de la filosofía, no puede conciliarse con la ortodoxia del catolicismo.

te se ve que esta divinidad, mudable como el vulgo que cambia de hoy á mañana al solo resplendor de un sofisma, ó al impetu de intrigantes sectarios, no tiene el menor derecho á imponer sus juicios á ningún hombre pensador y juicioso. Los mismos paganos no llegaron á tal grado de degradacion, pues tributaban gloria al amante de lo justo, que no se adhería ciegamente á la multitud de los ciudadanos *prava jumentum*. Mas no pudiéndose en muchos casos, sin apariencias al ménos de verdad, empujar á la sociedad, los modernos han formado su divinidad convencional, y establecen que debe tenerse por verdadero cuanto asegura la mayoría de los ciudadanos. Hé aquí su segundo principio en el orden intelectual de las teorías políticas.

1.285. Mas esta mayoría, ¿cómo podremos reconocerla? La opinion de los individuos se manifiesta con la lengua, con la pluma ó con las obras. Derecho, por lo tanto, universal é inalienable de hablar, escribir y asociarse; hé aquí tres derechos que surgen inmediatamente despues de aceptado el principio de las *mayorías*. Sin el libre uso de estos derechos no duraría un solo día, como dicen los políticos modernos, el Gobierno constitucional. Verdad es que ellos mismos sienten sus piés vacilar sobre la tierra que pisan, desde el momento en que al principio católico se le otorgue la misma amplia libertad que ellos proclaman; por lo cual no cesan de tiranizar, validos de cuantos medios están á su alcance, á los católicos, y especialmente al Clero, para despojarle de la tan decantada libertad. Mas fuera de esta *medida extralegal*, el principio queda escrito en las Cartas constitucionales, y la palabra, y la impronta, y las asociaciones, se dice que son tan libres como el pensamiento.

Debemos aquí advertir tambien otra de las más famosas contradicciones, entre la heterodoxia y la naturaleza. La primera dice: *la opinion pública es reina, la mayoría gobierna*; y la naturaleza responde: *es imposible conocer la opinion pública, ó lo que es lo mismo, la multitud es incapaz de gobernar*. (¿Qué partido seguirá el reformador heterodoxo? Se finje legalmente una opinion pública, y á este propósito se llama á seis, ocho, ó diez millones para elegir representan-

tes en primer grado, y los así elegidos aligen en segundo, y estos en tercero, y así sucesivamente en cuarto, quinto, etc.. Y con tantas delegaciones y subdelegaciones resultarán finalmente trescientos ó cuatrocientos diputados, de entre ellos los ministros, como asimismo altos empleados, jueces, etc. ¿Quereis saber en este caso cuál será la opinion pública? Oid y atended á lo que dice y resuelve la mayoría de los diputados en la Cámara, los jueces en los tribunales, los ministros en sus consejos.

Los tribunales harán ó aplicarán las leyes, y su sufragio, su decreto, su fallo obligará á todos los súbditos. ¿Y qué sucederá? Que los súbditos dirán, apoyados en la opinion pública contraria, que sus fallos no son un oráculo cuyo decreto obligue. Oigase esto de la *Patria*, diario católico sí, pero entusiasta de la Constitución piemontesa: «El delito de imprenta, que no ataca al individuo, no es más que un delito de opinion, el cual lo será porque así lo manda y decide la ley, mas no porque así lo sancione la conciencia pública (1).»

Es claro que *conciencia pública* es sinónimo de *opinion pública*. He aquí cómo en un país gobernado por la opinion pública, los ciudadanos se ven obligados por fallos contrarios á aquella; de tal manera que la *Patria* en el artículo citado pone en duda, si aun á los tribunales supremos les es lícito disentir de estas sentencias contrarias á la opinion. Visto todo esto, no podemos menos de preguntar: «En suma, señores, ¿podemos saber quién manda en este país? ¿Manda y rige la opinion pública, ó cuatro abogados que la impugnan?

1,286. ¿Cuál de estas libertades podría sostenerse, si una Religión constituida en forma visible, en sociedad gerárquica, con un Código indeleble como divino, osase abrir cátedra pública é intimar autorizadamente al género humano, diciendo: «*O creed, ó pereced.*» Destruida la independencia de la razon, claro es que todas las tan decantadas libertades quedan extinguidas, y la sociedad cae bajo el dominio clerical. Libertad, por

(1) La *Patria*, 16 de Setiembre de 1852.



lo tanto, de conciencia y de cultos, será la que deba establecerse como dogma inconcuso en toda sociedad regenerada; y la Iglesia católica se verá de este modo obligada á enmudecer, ó despojada, por lo menos, de toda clase de influencias sociales, con las cuales podría obligar á los fieles, si quiera, á no violar la fé de sus mayores, y á reverenciar al menos, en lo exterior, una autoridad directiva de los entendimientos.

1,287. Mas si el hombre independiente no puede aceptar una autoridad que rija su conciencia, ¿podrá admitir otra que mande contra el dictámen de su conciencia? Peor que peor: la primera al menos tiene ciertos puntos de contacto con la naturaleza pura, aun á despecho de los propagadores de las doctrinas heterodoxas; la persuasión, el raciocinio, las simpatías, etc., muestran cierta apariencia de poder espiritual, ejercitado naturalmente en la parte espiritual de otros hombres. Pero un poder, una autoridad que rija y gobierne al cuerpo á despecho del alma y de la razón, de la cual se informa, es una flagrante violación de la naturaleza humana, un destrozo, una división del hombre en dos pedazos que tienden á términos opuestos. Por eso ha dicho el regenerador: *No más autoridad religiosa sobre las conciencias; de donde se deduce, no más autoridad política sobre el hombre externo, sobre el ciudadano.*

1,288. Pero así como sin autoridad no hay sociedad posible, y sin sociedad todo bien ó toda fuerza se pierde, así para suplir la destruida autoridad vendrá el sufragio universal, como para suplir la verdad destruida se proclamará la opinión pública. El sufragio universal en la Iglesia constituirá la gerarquía y el poder espiritual; el sufragio universal en el pueblo constituirá la forma de Gobierno y los gobernantes en el orden político.

1,289. Tales son los principios universales que rigen la moderna sociedad, los cuales pueden reducirse á la siguiente nomenclatura: *Independencia inalienable de la razón: libertad de conciencia privada, abolida la pública; reinado de la opinión: libertad de discusión, de imprenta, de asociación:*

*esclavitud de la Iglesia y de su poder coactivo: abolición de la autoridad política de derecho divino y sustitución de la soberanía popular.* Tal es la serie de principios á que pueden reducirse todas las reglas para dirigir á la *reforma* los juicios de la razón.

1.290. Pero el juzgar no es propiamente sino el primer paso, por decirlo así, de todo acto humano y social, el cual se completa en su *esencia* con la determinación de la voluntad, y su *integralidad* con la ejecución del acto externo. De esta *integralidad* del acto trataremos en la segunda parte de este resumen; aquí recordaremos únicamente los principios fundamentales de las modernas doctrinas respecto á las voliciones individuales y sociales.

La voluntad se mueve por el *bien*, como la inteligencia por la *verdad*. La idea, pues, que del *bien* se forman los regeneradores será el primer principio de toda su moral, y por consecuencia de las teorías sociales en orden á la voluntad, á la legislación.

1.291. Supuesta la independencia intelectual, el sumo bien del hombre viene á ser el *placer*, y esto por varias razones, de las cuales apuntaremos aquí las principales.

1.292. La primera es que siendo subjetivo el juicio, subjetivo ha de ser naturalmente el acto de la volición, no siendo posible querer una cosa sino en cuanto se conozca. Dicho, pues, con arrogancia heterodoxa, «no creo sino lo que veo», se debe añadir, «no quiero sino lo que siento apetecible». Ahora bien, en el hombre aislado lo apetecible es solo lo que le causa gozo, placer, porque el sacrificarlo no es propio sino de quien se considera á sí mismo como parte de un todo á quien está subordinado. La idea por lo tanto del sacrificio repugna al hombre independiente, como repugnan entre sí la *subordinación* y la *independencia*.

1.293. A esta primera razón dá fuerza otra segunda; esto es, la negación de la caída original, la cual procede naturalmente de la apoteosis del hombre, de la antropolatría. Si el hombre es infalible, si es independiente, si es Dios, no puede ser corrompido, y todas sus inclinaciones serán santas co-

mo Dios mismo. Ahora bien, entre las inclinaciones humanas una de las mas innegables y de las más constantes es la propensión al goce. Santa es, pues, tal propensión, y el hombre será tanto más perfecto cuanto mejor sepa gozar (1).

1,294. Constituido de esta manera el principio fundamental de la tendencia humana, fácil es comprender cuál será en la sociedad la teoría legislativa. *Hacer felices á los hombres*, equivaldrá á embriagarles de goces. Y como el goce mas agradable á la multitud es el sensible, y este no se puede obtener por vías ordinarias, sino con grandes riquezas, proporcionar á los ciudadanos toda clase de abundancia será el propósito de los honestos legisladores, (y decimos honestos, porque parece ser que no ambicionan solo para ellos); en vez, pues, de dictar leyes para salvar el orden público, quiero decir, la *justa relacion entre los varios derechos y deberes*, asegurando aquellos á cada uno de los ciudadanos, se pensará en igualar los derechos de todos á la felicidad, dando á cada uno igual cantidad de riquezas y de goces. De este modo el bien público, en vez de ser una *indivisible unidad de orden moral*, en la cual cada uno de los ciudadanos halla satisfecha su parte en la justa proporcion que le compete en el orden universal, el más pequeño en el infimo lugar, el mayor en el sumo, cada cual segun su mérito, llegará á ser un reparto infinito de bienes, de los cuales cada uno tendrá derecho, segun las leyes, á gozar su cuota igual, afanándose, segun el principio de tendencia á la felicidad, por gozar todo lo más que pueda.

1,295. Las leyes en favor de los intereses deberán dictarse por el interés mismo; esto es, la legislación será justa cuando el pueblo sea ordenado en su variedad de derecho, no por la sabiduría de los pocos, sino por el deseo y la razon de los más, llamados á opinar sobre el arreglo de sus intereses.

1,296. En toda materia legislativa es tan infinito el nú-

(1) Santo es el goce y debe ser procurado como la virtud, porque Dios que nos infunde el deseo es santo, etc.—Proudhon, sistema de las contradicciones, tomo I, cap. VIII, págs. 345 y 47.



mero de deseos, cuantos son los millones de ciudadanos en una nacion; y así como no es posible que se expresen claramente estos millones de deseos, y que expresados se satisfagan, así no puede admitirse en este sistema influencia real de legitimo Soberano, que lo es el pueblo, ni una ley que imponga deberes ajustados a la norma de los derechos; por lo cual conviene disputar cierto número de representantes cuyos intereses se supone que representan los intereses de todos. Así se obtiene una justicia *convencional* en las leyes, como antes vimos se había conseguido una verdad convencional con la opinión pública; y así como la verdad convencional cambia ante el relumbrón del más ridículo sofisma, así cambiará la justicia ante cualquier halago de esperanza ó de intereses.

4.297. En esto consiste el famoso principio utilitario, base de las teorías de los políticos constitucionales, y de casi todas las discusiones *parlamentarias* en donde se sostiene como indubitable que es deber de las leyes, no solo amparar los derechos de cada cual, sino los intereses de los mas. Este aforismo es admitido no solo por los que hacen profesion de hollar abiertamente todo derecho sagrado, sino aun por aquellos que creen proceder de buena fé y se vanaglorian con el nombre de conservadores. La razon de esta buena fé se halla quizás legitimada cuando se trata de puros intereses, y cuando encontrados varios de sus derechos, la ley de justicia exige que el interés de los pocos ceda al interés de los mas. Así, por ejemplo, si para evitar la inundación ó desbordamiento de un río fuese necesario abrir un canal, y para ello no hubiera mas que dos caminos, ó demoler la casa de un particular, ó las de cincuenta, ó las de ciento, claramente se ve que la justicia exige la demolición de la primera antes que de las segundas. Mas cuando los intereses de un pueblo están en competencia con el derecho, con la conciencia, con la religion y con cualquier otro elemento moral, tratándose de materias de todo punto *heterogéneas*, la primacia del derecho debe decidirse, no por el número, sino por la naturaleza de los derechos y sus objetos, la cual, en el orden moral, supera infinitamente á la del orden material. En tales colisiones, dar el triunfo á los

intereses materiales de los más, sobre el derecho moral de los menos, es desconocer precisamente la verdadera naturaleza del bien público, y la mas noble entre las funciones todas de la autoridad social, la cual fué constituida por la Providencia (no por el sufragio universal), para que con fuerza irresistible defendiera á los débiles contra los prepotentes. Por lo tanto, si conviniese á los muchos al tomar una ciudad, al reducir una provincia á esclavitud, el quitarles á los ciudadanos violentamente todos sus bienes, destruir todos sus privilegios y sus instituciones, etc., no por esto será justa la ley en cuyo nombre fuese llevado á cabo este asesinato legal de los pocos. En frente del derecho, todo interés debe enmudecer. ¿Enmudecerá en el sistema de los *reformadores*, que colocan el fundamento de su justicia legal sobre la representación general de los intereses? ¿Qué tutela tendrá, oh católicos, el mayor y mas grande de vuestros derechos, el derecho de creer y obedecer á Dios, ante una Cámara cuya mayoría tenga vivo interés en haceros perder la fé y separaros de la unidad católica?

1,298. Constituidos, pues, como norma de justicia legal los intereses de uno ó de muchos; por norma de conducta personal la felicidad propia, que consiste en el goce; y admitido el axioma de que no hay conciencia pública, y que la privada es libre en sus juicios; desaparece toda confianza racional entre los asociados, sobreviviendo á lo más cierta confianza *instintiva*; porque no puede el hombre cambiar los instintos en regla de sus juicios tan fácilmente como cambia de juicios á fuerza de sofismas. Rota la reciproca confianza y destruida la voz de la conciencia para asegurarla, hay que recurrir á los únicos medios que quedan, que son los intereses y la fuerza. Toda esperanza por lo tanto de felicidad para los ciudadanos consistirá, ó en el contraste de los intereses combinados de tal modo que la injusticia no aparezca..... ¿Mas qué digo? ¿á qué nombrar la injusticia, si es palabra cuya idea no puede admitirse en este sistema? Expliquémonos con mas exactitud. Toda esperanza de felicidad, toda confianza entre los ciudadanos se apoyará, ó en los intereses combinados de modo que el interés propio se concilie

con el de los demás, ó en el poder que se me otorgue de defender con la fuerza mi propio interés, cuando por los demás me hallase yo completamente abandonado. A conseguir este contrapeso de intereses se dirige principalmente el sistema de las Cámaras representativas; y para que la fuerza no pueda fallarme nunca, han sido erigidos en derechos los llamados derechos de insurreccion, de asociacion y de peticion.

Las aplicaciones de estos últimos son tan varias, como varios son los individuos por quienes se ponen en ejecucion. El derecho, pues, de poner mis intereses en equilibrio con los de los demás, se sustenta principalmente con la doctrina fundamental de los políticos modernos, llamada *division de los poderes*.

1.299. Resulta la expresada division de los dos principios ya dichos, á saber: negacion de la conciencia y derecho al goce; puesto caso que si uno solo fuese el superior dotado de todo género de derecho, ó sea funciones sociales, y no tuviese otro fin y deber que proporcionarse el propio goce, si le viniese á cuento el mandar cortarme la cabeza, yo creo que pudiendo hacerlo hoy, no esperaria á mañana. ¿Qué remedio para evitar tal peligro? Hacer que la ley de cortarme la cabeza no pueda formarse por el mismo que tiene interés en degollarme, y que el hecho de haberme degollado no pueda juzgarse por el mismo que lo ejecutó.

Con tal artificio podré esperar que uno de los tres, al ménos, tenga interés en salvarme la cabeza, en lo cual puede descansar mi confianza. Dividase, pues, el poder supremo en tres partes ó funciones, atribuyendo cada uno á personas ó cuerpos diversos, y pidamos á Dios que estos tres intereses no se pongan de acuerdo; porque entonces ya me puedo dar por muerto.

1.500. Hé aquí un breve resumen de los principios universales de donde toman origen las teorías modernas, así respecto al modo de juzgar, como al acto de querer; así en el individuo independiente, como en la sociedad pública.

Recordaremos en el párrafo siguiente las aplicaciones de estos principios á la organizacion social. Pero antes, séame permitido contestar á una dificultad con que alguno de mis



lectores intentará, si no combatir, despreciar al menos las advertencias que hago en bien de la patria común; en verdad, podrá decirseme, tendríais muchísima razón si los pueblos progresaran con teorías. De toda esta gerga metafísica los pueblos entienden tanto, como de los *Noumenos* de Kant ó de las *da* de Bousterwech. Enseñadles las teorías del *orden*, las de lo útil, y el pueblo, que es bueno de corazón, será bueno en las obras; porque si su corazón está corrompido, viciadas serán sus obras.

Así discurren algunos, burlándose de los filósofos, ó al menos compadeciéndolos, como á seres que viven abstraídos del mundo real; mas es lo cierto que los verdaderos ignorantes son aquellos que desconocen la realidad, en cuanto real y muy real es todo aquello que vive y obra, y el vivir y obrar de este mundo no pertenece á la materia, sino á la fuerza, por quien la materia se agita. Fuerzas motrices en la sociedad son las ideas y juicios, de donde surgen las tendencias y las voliciones.

Corregidos los juicios y los deseos, las ideas y las tendencias, se habrá logrado necesariamente corregir el estado social. La multitud, quiera ó no quiera el sistema, siempre es arrastrada por la decision de los mas inteligentes, los cuales son los unicos capaces de comprender los principios demostrados por nosotros, y las consecuencias que de ellos se derivan: aunque se diera por cierto que el vulgo nada de esto comprende, nos daremos por satisfechos con haber persuadido á los mas capaces.

1,301. Pero, ¿es cierto eso de que nada comprende el vulgo acerca de las teorías? Si me habláis de *mecánica celeste*, ó de *crítica de la razón*, la asercion es muy cierta: mas si se trata de teorías morales, ó especialmente de los primeros principios de la moral misma, el pueblo tiene una inteligencia, que si no iguala á la de los filósofos en la penetracion de sutilezas, ó la exactitud en las fórmulas, le supera muchas veces por la rectitud de intencion y fidelidad en su ejecucion. Decid al mas humilde hijo del pueblo si va á la iglesia el domingo por reverencia á Dios, ó por captarse la estimacion de

los hombres, y vereis cómo comprende cuán laudable es lo primero y vituperable lo segundo. No sabrá, ciertamente, que lo primero es un deber y un mandato de eterna justicia, ó no sabrá al menos reducir á fórmula filosófica el anterior precepto; mas la diferencia entre los dos motivos y de su moralidad respectiva la verá tan clara como cualquiera de los filósofos más ilustres.

1.302. Mucho más si pretendéis dar la forma concreta de la enseñanza religiosa á las abstracciones de la moralidad filosófica; si les decís, por ejemplo, que aquel Dios Omnipotente y presente en todas partes, que le crió y le conserva, lee en su corazón sus más ocultos propósitos, según los cuales deberá juzgarlo un día, sin tener en cuenta para nada la materialidad de sus obras, etc.

¿Sabeis cuál es el motivo por que atribuyen algunos al vulgo tanta ignorancia, que no sea capaz de comprender las teorías, y á las teorías tanta impotencia para obrar poderosa y acertadamente sobre el ánimo del vulgo? El motivo es el poco conocimiento que aquellos tienen de lo que es la inteligencia humana, imaginándose que el vulgo no entiende sino aquello que ve con los ojos, y que los doctos no ven cosa alguna material cuando discurren sobre teorías abstractas. Mas es lo cierto que el hombre, ser esencialmente compuesto por naturaleza, esencialmente compuesto deben ser sus actos; ni puede recibir una sensación que no despierte inmediatamente algún acto de la inteligencia, ni puede formar ninguno de estos, sin asociarse una imagen más ó menos material. Suponed, por ejemplo, que un aldeano honrado vea á un ratero sacar á un señor la petaca de oro que lleve en su bolsillo, le vereis incomodarse y con acento de cólera reprender al ratero.

En su mirada escolerizada, en su reprensión, ¿no leeis claramente el principio universal de que «robar es cosa mala; de que no debe preferirse lo útil á lo honesto; de que «la propiedad es inviolable,» etc., etc.? Verdad es que el rustico no deduce estas fórmulas sino después de haber sido educado; mas comprende la diferencia que hay entre el acto material y el moral; y aquel acto mismo de sacar la petaca del bolsillo le

excitara a risa en vez de indignacion, si lo ejecuta por via de broma amistosa.

1,305. No lo dudemos, pues; el pueblo comprende los principios morales, aunque no los exprese con sentencias geométricamente exactas; y por consecuencia, quien esparce los principios en el pueblo, debe esperar lógicamente sus consecuencias. Y volviendo á la universalidad que poco ántes habíamos indicado, las consecuencias que deduciremos de lo universal, si están contenidas verdaderamente en los principios, vendrán á ser deducidas poco á poco por el pueblo. Mas, ¿qué digo que habrán de ser deducidas? Yo habia olvidado que estoy escribiendo teorías para dar razon de los hechos, y que he analizado estos para deducir de ellos teorías. En esta obra la prueba del hecho está ya justificada, y las objeciones que sobre este punto puedan proponérseme, no caben en verdad en entendimiento sano.

Prosigamos, pues, y recordemos brevemente las consecuencias y aplicaciones prácticas de los principios hasta aquí comprendidos, que constituyen todo lo que los modernos llaman *Gobierno representativo*.

#### NOTA RELATIVA AL PÁRRAFO 1,285.

Hemos dicho y probado muchas veces anteriormente que el sistema contradictorio de los modernos destruye con una mano lo que edifica con otra; y al efecto presentamos aquí en un breve cuadro sinóptico las principales contradicciones de este sistema:

- |   |   |
|---|---|
| 1 Reputémonos como criaturas.             | 1 <i>Sedmos independientes.</i>                 |
| 2 Creemos como católicos.                 | 2 <i>Pero el pensamiento es libre.</i>          |
| 3 La Iglesia es infalible;                | 3 <i>Pero es oscurantista.</i>                  |
| 4 El error arruina la sociedad.           | 4 <i>Todo el mundo es libre para enseñarle.</i> |
| 5 La sociedad tiene derecho á defenderse. | 5 <i>Mas no puede prohibir el error.</i>        |



- |  |   |
|--|---|
| 6 No puede impedirlo.  | 6 <i>Mas puede comprar las lenguas y las plumas.</i>                        |
| 7 El pensamiento es libre;   | 7 <i>Pero la opinion es reina del mundo.</i>                                |
| 8 La opinion es el pensamiento de los mas, ó sea, de los necios.             | 8 <i>Dada la libertad á los mas, se hallará la verdad.</i>                  |
| 9 Cuando el oráculo de la verdad miente,                                     | 9 <i>El estado de sitio lo cuelee á la verdad.</i>                          |
| 10 En los Parlamentos la libre discusion es necesaria para hallar la verdad. | 10 <i>En los municipios es nociva.</i>                                      |
| 11 El pueblo es libre para pensar.   | 11 <i>Cuando todos tienen libertad para engañarse.</i>                      |
| 12 Es libre en sus afecciones.   | 12 <i>Cuando todos son libres para bastardearlas.</i>                       |
| 13 Todo ciudadano es libre en su conciencia.                                 | 13 <i>En tanto que la conciencia no se oponga á las leyes.</i>              |
| 14 Todo hombre es libre para aceptar ó no las leyes.                         | 14 <i>Pero no puede rehusarlas, cuando se las impone la mayoría.</i>        |
| 15 El gobernante manda porque es elegido por el súbdito.                     | 15 <i>El súbdito no puede resistir al elegido por la nacion.</i>            |
| 16 La nacion manda por naturaleza.   | 16 <i>Por naturaleza es imposible que la multitud mande.</i>                |
| 17 Mandará por diputados.  | 17 <i>Los diputados serán elegidos por una pequeña fraccion del pueblo.</i> |
| 18 La nacion hará la ley.  | 18 <i>Mas no podrá ponerse</i>  |

- |     |  |  |
|-----|--|--|
|     |  | <i>de acuerdo con los<br/>diputados.</i>   |
| 19. | Los diputados son il-<br>luminados por las dis-<br>cusiones.                                 | 19. <i>Pero se ven obligados<br/>á votar con su par-<br/>tido.</i>                                       |
| 20  | La ley votada expresa<br>la voluntad de la na-<br>cion.                                      | 20 <i>Pero una calentura ó<br/>el sueño de un dipu-<br/>tado, puede hacernos<br/>perder la votacion.</i> |
| 21  | La ley votada obliga.  | 21. <i>Pero el pueblo es ár-<br/>bitro supremo de la<br/>ley.</i>  |
| 22  | La Constitucion funda-<br>mental, sancionada<br>por voluntad del pue-<br>blo, es inmortal.   | 22 <i>Queriéndolo el pueblo,<br/>puede cambiarla á<br/>su voluntad.</i>                                  |
| 23  | La ley debe tender al<br>bien público.   | 23 <i>El bien público es el in-<br/>terés de la mayoría.</i>   |
| 24  | Todo hombre debe bus-<br>car goces.  | 24 <i>Todo ciudadano debe<br/>sacrificarse por la<br/>pátria.</i>  |
| 25  | El poder soberano debe<br>estar dividido.  | 25 <i>Los poderes divididos<br/>deben unirse para<br/>gobernar.</i>                                      |
| 26  | Las Cámaras están li-<br>mitadas en sus atri-<br>buciones por el Rey<br>y por los ministros. | 26 <i>El Rey debe cambiar<br/>los ministros, si no<br/>acomoda á las Cá-<br/>maras.</i>                  |
| 27  | Las Cámaras son la ga-<br>rantia del pueblo.   | 27 <i>El pueblo lo forman los<br/>diputados.</i>   |
| 28  | Queremos ser italianos.  | 28 <i>Queremos hacernos<br/>franceses.</i>   |
| 29  | Queremos que la na-<br>cion gobierne.  | 29 <i>Pero queremos rehacer<br/>la nacion á nuestro<br/>modo.</i>  |
| 30  | Ninguno debe ser desti-<br>tuido de un empleo<br>por sus opiniones.                          | 30 <i>Mas á cosas nuevas,<br/>hombres nuevos.</i>  |

- |  |   |
|--|---|
| 31 Los ministros gobiernan la nación.  | 31 <i>La nación gobierna á los ministros.</i>   |
| 32 Los ministros deben contener á los facciosos.   | 32 <i>Los facciosos deben estar armados para resistir á los ministros, si estos quieren oprimirlos.</i>                           |
| 33 El ejército debe fraternizar con los ciudadanos.  | 33 <i>El ejército debe refrenar los desórdenes de los ciudadanos.</i>   |
| 34 El poder judicial es supremo é inviolable.  | 34 <i>Pero á los jueces deben sustituirse los jurados.</i>  |
| 35 En los Estados constitucionales la economía es segura, porque el ministro es responsable y los diputados intervienen. | 35 <i>Los Estados constitucionales tienen deudas inmensas, porque los ministros obtienen cuanto piden y no responden de nada.</i> |

La Nota está bien lejos de ser completa, mas nos parece suficiente para recordar lo ya dicho á nuestros lectores, y para demostrar que no en balde ni sin fundamento habíamos acusado de contradictorios á los modernos Gobiernos representativos, ó sea, á los que viven bajo la influencia del principio heterodoxo, de la independencia de la razón.

## § II.

### *Aplicacion de las doctrinas al orden natural.*

1.504. INDEPENDENCIA DE LA RAZON Y ADEL AL GOCE; he aquí los dos principios supremos reguladores de la conducta del hombre, cuando este, separándose del gran todo cósmico en



que le colocó como parte nobilísima la Providencia, tiende á separarse y hacerse único centro de sí mismo y del universo. Esta, que fué la locura del apóstata Lutero, transmitida bajo diferentes formas á todos sus modernos herederos y á sus teorías religiosas y civiles, produjo lógicamente en la sociedad moderna el trastorno ya explicado, y que brevemente estamos recopilando aquí.

1,505. El primer paso dado hacia la revolución fué el desquiciamiento universal de todo el antiguo edificio, y por consecuencia, de todas las sociedades que habían existido ordenadamente hasta entonces, ligadas por vínculos de derecho.

Esta demolición universal originábase naturalmente, así del amor al goce, como de la independencia de la razón.

El amor á los goces solía ser anatematizado en las sociedades antiguas por algunos, que le tildaban de injusto, ilegítimo y tiránico, por cuya razón se hacía digno del exterminio y desaparición á que se le condenaba. Pues, ¿qué sociedad ha existido jamás sobre la tierra en que el ánsia insaciable de todas las pasiones desenfrenadas no tropiece con más tormentos que placeres?

1,506. Y en la sociedad donde no se sofoca el insaciable fuego de las pasiones, ¿de quién será la culpa? interrogaba la razón independiente; ¿de quién sino de la autoridad, que manteniendo el orden, comprime las pasiones con su poder y hasta con la fuerza? Rohada la autoridad á quien la poseo, y dada libertad á todo género de pasiones para manifestar sus propios deseos, é impuesto al nuevo gobernante el deber de secundarlos, aparecerá una nueva era social, una época de goce universal. Porque ¿quién impide, ó quién se atreverá á prohibir á la sociedad el procurarse todos estos goces, sino la pusilanimidad, ó la ignorancia de los asociados; ignorantes si no conocen su independencia nativa y su irresistible poderío, ó cobardes si, conociéndola, no usan de su derecho para labrarse su felicidad propia y la de los demás?

1,507. Este raciocinio, al cual nada puede replicarse, supuestos los dos principios supremos del error heterodoxo aplicado á las varias clases de sociedades, produjo aquellas des-

trucciones que comenzaron contra la Iglesia con la piqueta de la democracia presbiteriana, y llegaron hasta el exterminio, no solo de la familia con el divorcio de los cónyuges y contumacia de los hijos, sino hasta la destrucción del individuo con el suicidio. Las pasiones, principalmente las de los grandes y príncipes, habituados á luchar de hecho contra el Vicario de Cristo en las largas disputas de la Edad media, cambiaron merced á las doctrinas del apóstata de Wittenberg, de contiendas de hecho, en luchas de derecho, é hirieron y despedazaron á la sociedad católica. Los grandes, herederos del orgullo señorial de la Edad media, gozaron al ver humillado el poderío de los Césares y abolida aquella monarquía católica, astro luminosísimo que parecía eclipsar á los astros menores: y así como los electores del imperio aspiraban á destruir el poder del César, así los barones de los demás Estados trataron de conquistar la independencia de sus monarcas, sustituyendo al poder de uno solo, el poder de la aristocracia. Las tentativas de los grandes encendieron las ambiciones de la clase media, y esta á su vez irritó las pasiones de la plebe. Con este sacudimiento retendió toda la sociedad, organizada con el trabajo de diez siglos por el principio católico de autoridad.

1,508. Pero ¿quién podría contener el ímpetu del principio contrario, á fin de que no arrastrase los elementos todos sociales, y alcanzase su desbordamiento al organismo de todos los Estados, aboliendo los derechos de las provincias, sucesivamente reunidas bajo diferentes condiciones; de los municipios, obrando variamente según la inmensa variedad de los intereses locales; de las familias, unidas en estrechos lazos de tradicional existencia, y que ligaban á los individuos en complicadísimas combinaciones? Una vez admitido que ningún derecho tiene vigor, á no ser aceptado por la razón independiente y por la libre voluntad del individuo; una vez supuesto que si á un cerebro sofisticado se le ocurre predicar un nuevo principio de peregrina moral, y trata de transmitirlo á una turba ignorante, aquel principio, convertido en opinión pública, llega á ser dogma social; la demolición de todos estos edificios sociales halagaba igualmente al amor propio de los individuos,

quienes no notaban que al desatar los lazos que los unían á las pequeñas sociedades, perdían su apoyo y tutela contra la opresión y orgullo de los gobernantes, pues destruida la resistencia de aquel organismo subordinado, no tenían en cuenta que de allí adelante deberían combatir, sin ayuda alguna, toda aquella masa compacta de súbditos rebeldes, obligados todos por la igualdad niveladora á tener un mismo interés, esto es, á derribar el trono del único gobernante.

1,309. Nada permaneció en pié del organismo natural de la sociedad. Mas con todo, los estúpidos no repararon que ellos mismos minaban la tierra que pisaban al exigir de la naturaleza lo que no concede al hombre, esto es, felicidad sin mezcla alguna de dolor; libertad absoluta, sin freno alguno. Los gobernantes que no querían el estorbo de una justa y templada resistencia en las autoridades subordinadas, vieron-se privados de la ventaja de gobernar por medio de estas á las muchedumbres. Las muchedumbres, por el contrario, que no querían el estorbo de gobernantes secundarios, que inmediatamente las reprimían, se privaron, derribándoles, de todo estorbo contra la opresión de los gobernantes supremos.

1,310. A la demolición universal de las varias sociedades y de sus autoridades inmediatas, siguió, como era de esperar, la abolición de las administraciones especiales y de sus posesiones y derechos; y después de haber maldonado mil veces de las confiscaciones, fué todo confiscado en favor del Estado: los bienes de la sociedad católica, los de la familia reinante, los de la provincia y los de los municipios, fueron absorbidos bajo el título de bienes nacionales; y mientras estamos aguardando que el comunismo haga otro tanto con todas las riquezas privadas, la masa siempre creciente de los impuestos conduce en sustancia al mismo término, á la absorción de los capitales y sudores de todos los ciudadanos por el Erario público.

Esto es lo que explicamos en los dos capítulos en que se trató de la demolición social y administrativa.

1,311. A la demolición debía suceder la reconstrucción del nuevo edificio social; al cual debiendo resultar de la libre



eleccion de hombres llamados *plenamente libres*, y por lo tanto no ligados con ningun vinculo anterior, sino más bien creadores de un nuevo derecho, de una nueva justicia, no pudo producir sino una agregacion de muchos partidos militantes que luchan entre sí; siendo, como es natural, á todos los hombres el congregarse por sus intereses, cuando no están vinculados por ningun deber.

Ahora bien, los intereses constituyen naturalmente los partidos, como quiera que se fundan en materia esencialmente divisible y limitada; todo lo contrario que los deberes, los cuales resultan del orden universal, que liga en unidad armónica á todos los individuos por desiguales que sean entre sí.

Destruídos, pues, los antiguos deberes, y reducido al miserable interés el único lazo social, resultará que cuantos sean los intereses y sus varias fracciones, otras tantas serán los partidos y las fracciones de partidos; lo cual no es ni más ni menos que la conformidad en la doctrina de Hobbes, segun el cual, la sociedad humana está naturalmente en guerra, de cada uno contra todos; convertida en paz por una convencion dictada á cada cual por su interes privado.

1,512. Mas esta convencion, ¿cómo se hace? Los modernos han visto la imposibilidad de llevar á los Parlamentos veinte ó treinta millones de independientes, y hanse visto precisados á recurrir á determinado número de *ficciones legales*, que han puesto á salvo las fórmulas de sus teorías.

Con un espadon en mano, que dió envidia á la Durlindana de Ariosto, dividieron por medio al género humano, encadenando todas las *independencias femeninas*, y gran parte de las masculinas, que fueron tambien excluidas del Gobierno.

*Fingieron* despues que para las independencias que quedaban, fuese lo mismo gobernar que elegir gobernante; y que mientras es esclavo aquel y obedece á una ley formada en el cerebro de otro hombre, debia llamarse libre, cuando el gobernante sale por casualidad de la urra, como los números de la lotería.

1,515. De esta forma no fué difícil dar libertad á todo el

género humano, dejándolo todo en manos de la suerte. Mas como la pobre humanidad no es tan torpe que crea lo mismo dirigirse por cuenta propia que servir al capricho de la fortuna, se *flagió*, publicó y sancionó que los diputados representaban á todos los demás ciudadanos; de modo que estos hacían su voluntad cuando hiciesen la de los diputados. Mas como ciertos entendimientos sutiles y caprichosos no se adaptaban bien á recibir como verdad esta última acción legal, y manifestaban haber llegado á ser esclavos de los diputados, y haber cambiado de cencerros y no de pastores, los *modernos* les respondían: «¿No sois, por ventura, libres para reunirlos, para imprimir y publicar vuestros pensamientos, para conquistar la opinión pública, para hacer representaciones y elevar peticiones?»

Si con tantos medios conseguís atraer á los demás á vuestro partido, ¿de qué podeis quejaros? Si no lo conseguís, la culpa será vuestra y no de la libertad; y por lo tanto, bien os está el servir, ya que no sois capaces de mandar: *la libertad es de quien se la toma*.

Obedeced, pues, á los vencedores que tienen la mayoría á su favor, y consolaos con que se os conceda la libertad de emprender nuevas batallas.

1,314. Esta natural condición de la sociedad reconstruida sobre los fundamentos de las modernas teorías, nos explica bien claramente cuál es el origen de tantas discordias, malediciencias y odios implacables, que han hecho desaparecer de las modernas sociedades todas las dulzuras de la reciproca confianza, hasta en la intimidad de la vida doméstica, reduciendo el número de los amigos y haciendo surgir entre hermanos y aun entre esposos, el germen de contiendas políticas que alcanza luego á toda clase de relaciones sociales.

1,315. Demolida la antigua sociedad basada sobre los fundamentos sólidos de la familia y del municipio; reducida la multitud á átomos elementales y homogéneos de puras individualidades todas iguales; impulsada por distintos intereses á reunirse en otras tantas facciones manifestas ó en sectas secretas, debía hallarse un medio de gobernar, que ordenase

los individuos y los partidos, sin vincular la libertad de las pasiones.

En efecto; este medio fué dividir entre muchos la autoridad, á fin de que si uno de los gobernantes repugnase á una pasión cualquiera, esta pudiese apelar á otra fracción de la autoridad suprema; y así se tendría un *Gobierno que no gobierna, sino que es gobernado*.

Admitido el axioma, más que medianamente ridículo y contradictorio, EL REY REINA Y NO GOBIERNA (1), se dividió la autoridad abstracta, que flotaba por el aire, entre las mieblas de los tres poderes, legislativo, ejecutivo y judicial, y se anduvieron buscando todas las combinaciones posibles para hacer que los expresados poderes *gobernaran y no gobernaran*.

1.516. El primero de los expedientes seguidos fué el de hacerlas reelegir periódicamente, á fin de que cada vez que una pasión estuviese algún tanto oprimida, pudiese arrojar el yugo con el sacudimiento de una nueva elección. Pero como este expediente seguido ponía en grave peligro la existencia de todas las leyes, se imaginó y creó una ley fundamental, declarada *inviolable* por la voluntad nacional. Mas esta voluntad nacional, ¿es por ventura ménos *movible* que la de los individuos? Ni la razón ni la experiencia le han concedido hasta ahora tal preferencia, ni atribuido mayor constancia. La ley fundamental fué, pues, otra ficción; la Constitución vino á ser una perpétua modificación, y la sociedad vióse también movida por la incesante oscilación de los partidos que subían al poder, y por los caprichos de la fortuna, que sacaba de la urna, ya esta, ya aquella ley, merced al favor de las intrigas, que preparan en secreto lo que los charlatanes proclaman en público. Esto decíamos en sustancia en los capítulos acerca del *Poder legislativo* (1).

(1) *Reinar* viene de *reino*; reino de regir, que significa gobernar. Así que el famoso aforismo equivale á este otro: *El rey gobierna y no gobierna*, á no ser que *reinar* signifique divertirse desde la mañana á la tarde, repartiendo los millones de la *lista civil*.

(1) Véase en este tomo el capítulo que trata acerca del *Poder legislativo*.



«Cada una de nuestras leyes, continúan los citados autores, contiene, por término medio, sobre 50 artículos, lo cual da una suma de 4.068,500 disposiciones legislativas; sin comprender aquí las leyes, ordenanzas, edictos, declaraciones, etc., anteriores á 1789, y que están aun en vigor, las cuales forman dos volúmenes en 8.º, y todo lo demás que se ha publicado desde 1845 hasta el día.

1,517. Ahora bien: ¿cómo es posible que semejante forma de Gobierno, tan négia y repugnante al sentido comun y á la naturaleza, haya podido mantenerse en pie durante diez y ocho años bajo Luis Felipe? A esto hemos ya respondido en los capítulos sobre el *poder ejecutivo*, el cual puede decirse que es siempre el que gobierna; porque si no obtiene de la Cámara lo que quiere, ó dimite el ministerio, ó disuelve la Cámara. Seguro como está mientras vive de su omnipotencia, con la cual no solo puede obrar á su modo, sino crear tambien la justicia para sus obras, si logra conquistar la mayoría de los votos, el ministerio está *obligado* á ser corruptor y despótico si quiere hacer, segun lo entiende, el bien del país.

Y decimos *obligado*, porque aquí cabalmente radica el mal de las sociedades modernas, y la fuerza mayor de los argumen-

---

Añadiremos aquí, en testimonio de la mutabilidad y multiplicidad de leyes, la estadística siguiente de las promulgadas en Francia sobre imprenta, libros, etc., extraídas de la *Opinion*, 24 de Octubre de 1851.

De una estadística publicada por los Sres. Duboy y Jacob, en su *Código manual de imprenta*, resulta que en Francia se han publicado sobre esta materia, desde el año 1789 á 1845, 81,566 leyes, decretos y ordenanzas, en esta forma:

- 5,402 durante la Asamblea constituyente.
- 14,054 durante la Convencion nacional.
- 2,049 por el Directorio.
- 3,846 por el Consulado.
- 40,254 por el Imperio.
- 841 por Luis XVIII (del 4 de Abril de 1814 al 9 de Mayo de 1815).
- 510 durante los Cien días, por el Gobierno provisional.
- 17,812 por Luis XVIII (del 23 de Junio de 1815 en adelante).
- 17,801 por Carlos X.
- 40,951 por Luis Felipe; no contando 17,922 ordenanzas dadas después de 1830, que se refieren á intereses privados.

tos con que las censuramos. En todos tiempos hubo en las sociedades maldades y malvados, ambiciosos y oprimidos.

Mas cuando la maldad y la opresion nacen sólo de las pasiones, el culpable, libre como es para dominarlas con la razon, apenas comienza á reflexionar, comienza á enmendarse. Por el contrario, en las modernas sociedades, como los principios mismos y las teorías son la raíz del mal, cuanto más se razona, tanto más se vé uno obligado á oprimir á la sociedad; y vice-versa, cuanto más oprimida está la sociedad, tanto más lógicos aparecen los opresores. Asi pues, más lógicos que los moderados indecisos, son los protestantes resueltos; más que los protestantes, los racionalistas, y más que estos, los comunistas ateos de la escuela de Proudhon.

De donde resulta en la práctica una importantísima aunque tristísima consecuencia; y es, que la caridad católica debe compadecerse de los errores de los gobernantes, *quia nesciunt quod faciunt*, estando poseídos de los malvados principios que ofuscan á tantos entendimientos; y por el contrario, debe ahominar y declarar infames los falsos principios y á sus magistrados sustentadores, porque son la fuente de toda corrupcion.

Mas el extravío mismo de los ánimos originado por ellos, produce en la práctica el sentimiento opuesto; y los miserables oprimidos gritan con todas sus fuerzas contra los ministros y otros opresores de hecho, que aplican los principios, patrocinando entre tanto como *puro delito de opinion*, como paladín más bien de la sociedad, la libertad de falsear los principios y propagar los errores.

Esto es como si el envenenado maltratase al criado que le sirvió el veneno, y elogiase al médico que se le recetó. Tal es la consecuencia del error trasformado en dogma; obliga á los mas racionales á prevaricar más; obliga á los ministros á ser despóticos y sanguinarios.

1.348. Y á fin de corromper primero á los electores, y despues á los diputados, el Gobierno tiene en su mano toda la riqueza nacional, y los mismos diputados que él debe comprar son los censores de los presupuestos con cuyos ingresos los compra. A fin también de poder tiranizar á

quien no sea venal, el Gobierno cuenta con la fuerza militar del ejército, contrarestada por la de la milicia nacional. De este modo quien desea la conservación del orden material y externo, se apoya en las bayonetas del ejército. Si algunos hallan harto incómodo para sus pasiones este yugo, tienen el derecho de desenvainar la espada nacional: sin embargo, el Gobierno podrá arrancársela de la mano disolviendo la milicia por insubordinada; pero luego dejará á las pasiones el derecho de resucitarla tan pronto como tengan fuerza para ello. Si la milicia se subleva y vence, habrá salvado á la patria; pero si sucumbe será culpable de rebelión.

4,519. Con tales condiciones es claro que el poder ejecutivo es un verdadero despota, provisto de toda fuerza, y sujeto al propio tiempo á todos los perances de los antiguos tiranos, siempre omnipotentes en todo cuanto querían hasta que un puñal venia á contener ó castigar sus excesos. Este puñal, para los tiranos ministeriales más conforme con la suavidad de costumbres de nuestros tiempos, es lo que se llama crisis ministerial, destinada á poner término á los triunfos de un partido, cuando la enormidad de sus arbitrariedades ha llegado á fatigar la paciencia de todos los demás partidos que aunque contrarios entre sí, se conjuran y coaligan por el interés único de abatir el despotismo dominante. Entonces comienza para la nación una era nueva, cámbiase el sistema de política, la marcha de la administración, el personal de empleados, y el grito de á cosas nuevas, hombres nuevos, se pone en desconcierto la sociedad entera, desde las supremas alturas del Dios Estado, hasta las ínfimas de los estancieros y periodistas; y quedan en pié solamente aquellos seres venales que sirven con igual conciencia, esto es, sin conciencia alguna, á todos los partidos, y están prontos lo mismo á prestar juramentos que á violarlos.

Los servicios de esta clase de hombres, encuentran una recompensa casi segura, pero expuesta á los rigores de la fortuna, y á las destituciones, por de contado, de los nuevos despotas; lo cual basta, para que puestos los destinos de la nación en semejante turba mercenaria, sea por sí solo me-



die eficazísimo de esparcir la vilexa de la corrupcion, y extinguir, no solo la Religion y la conciencia, sino el pudor y la honradez.

1,320. Entre tantas ruinas suele acaecer mantenerse ileso y sin mancha el honor de los magistrados, en el ánimo de los cuales influyen menos los errores modernos, porque la materia propia del cargo de aquellos, está menos predispuesta á sufrir el contagio. Llamados á sentenciar con conciencia *independiente*, de conformidad con la *ley positiva*, acerca de *intereses materiales*, entre litigantes *iguales*, los magistrados han podido oir los axiomas de *independencia*, de *legalidad*, de *interes*, y de *igualdad*, sin que sus funciones hayan recibido dafio notable de la influencia de aquellas doctrinas. Mas precisamente por esto fué necesario que los liberales imaginassen un medio de eximir del miedo á los tribunales á los promotores de sus designios. En auxilio de esta idea vinieron la inviolabilidad del ciudadano, la suavidad de las prisiones, la abolicion de la pena capital y de otros suplicios graves ó infamantes; y disminuida de este modo la pena quedó el delito menos refrenado. Para conseguir, si posible fuese, la abolicion completa de las penas, ya mitigadas, empezóse á ponderar como ley universal de justicia el *Jurado*, mediante cuya institucion el pueblo, ó sea el partido que se proporcione una ficticia ó aparente mayoría, viene á ser juez en los tribunales (principalmente políticos) como antes llegó á ser legislador en las Cámaras y gobernador en el ministerio.

1,321. Asi vemos puestos por obra en la sociedad, y en todas sus partes más íntegras y esenciales, los *grandes principios* de la reforma heterodoxa, *INDEPENDENCIA* por la cual cada uno tiene derecho á gobernar, y *FELICIDAD PÚBLICA* con la cual tiene á su vez todo ciudadano derecho á gozar.

De qué manera entrambos pretendidos derechos han llegado á convertirse en hecho, la Europa entera lo sabe por experiencia mucho mas de lo que necesitaba para su propio desengaño. He aquí por qué este tratado, comenzado á escribir por nosotros cuando florecian por todas partes las Constituciones, apenas llegue ahora á tiempo de esparcir algunas flores sobre

el ataúd en que son llevadas á la tumba. Los políticos modernos han querido poner por obra lo que repugna á la naturaleza: una criatura que no dependa del Criador, una satisfaccion universal de las pasiones, que no choque con todas las pasiones rivales. Empresa tan loca y contradictoria no es maravilla que se la haya llevado el diablo, y todavia continúa este experimento tan desatinado en Bélgica y en el Piemonte: no es necesario gran discurso para prever su mal éxito, si estas naciones no tornan á los buenos principios; basta, en verdad, tener ojos y oídos, para ver y oír el estrepitoso bamboleo de aquellos dos edificios.

### §. III.

#### *Aplicacion al orden moral.*

1.322. Hasta aqui hemos presentado como en una cámara oscura el vasto campo de la sociedad material perturbado por los principios heterodoxos. Pero el lector no tendria de esto cabal idea, si no llamásemos su atencion á mas altas regiones, describiéndole la atmósfera moral.

Contemplémosla, pues, ahora nublada, oscura, tormentosa, tal cual la puso la heterodoxia cuando intentó hacer triunfar aquellos dos malhadados principios, *derecho á la independencia y furor por el goce*.

Indicamos de corrido sus consecuencias en los cinco órdenes, religioso, moral, civil, administrativo y político; y la memoria del lector, su esperiencia, su reflexion sobre los hechos, me excusan de toda otra demostracion, y de molestarle con excesivas repeticiones y citas de lo ya dicho.

1.323. En primer lugar ¿qué será en semejante sociedad del espíritu religioso? Es inútil divagar; si los principios son protestantes, la sociedad seguirá el espíritu irreligioso de los protestantes, como quiera que el espíritu social no es otra cosa

sino la expresion uniforme de las inteligencias y de las voluntades asociadas, bajo la accion de uno ó mas principios adoptados por todos.

El espíritu religioso de las sociedades modernas será, pues, el mismo que estamos viendo entre los protestantes; y quien desee una confirmacion de este hecho, le basta leer la historia del protestantismo durante el siglo XIV en Alemania (1), comparándola con la del liberalismo del XIX en Italia. Ante todo, discusion universal acerca de toda creencia inveterada; de aquí el escepticismo y el indiferentismo que esparcen un frio de muerte sobre los ánimos de los católicos vacitantes. En el calor de las discusiones, irreverencia á los Prelados, y luego á la Iglesia toda, mendigando entre tanto el favor de los Principes con hipócrita exagerada humillacion. Asegurados así los Principes sobre el que creen firmísimo trono, aunque sin el apoyo de la Iglesia, predicase la libertad de conciencia, y despues la separacion entre la Iglesia y el Estado. A este se ofrecen ricos despojos, excitándolo á usurpar los bienes materiales, los derechos legislativos y judiciales, la ensenanza y la educacion de la juventud, la division de las diócesis y de las parroquias, los reglamentos para las solemnidades y los ritos, la censura de los libros, de los predicadores y de los religiosos. Así se prepara el camino á la creacion de una iglesia nacional, ó por mejor decir, la iglesia nacional está formada de hecho, y falta sólo que se publique de derecho. Tal fué, poco mas ó menos, la marcha del protestantismo en un principio; y donde no fué contenida por la reaccion, tal fué la marcha de las sociedades regeneradas en 1848. Sino que la reforma alemana necesitó nada ménos que tres siglos para llegar á la incredulidad volterriana; mientras que Italia no tendrá necesidad de tanto, habiendo ya recorrido los anillos todos de la cadena lógica de consecuencias; y hé aquí por qué nosotros hemos visto en un mismo instante todas estas sucesivas elucubraciones de los ce-

---

(1) Para conocer este espíritu sirve admirablemente la profunda y verídica *Historia del Concilio de Trento* del Cardenal Pallavicino.



rebros más ó ménos progresistas de la sociedad italiana, desde el liberal satírico como Erasmo hasta el lacrimoso moderado como Melanton, desde el adulador del poder como Lutero, hasta el republicano fogoso como Zuinglio y el demagogo faribundo como Utrico.

Unos están ahora en el primer escalon, reverentes con la Iglesia, pero enemigos del Papa; otros, apóstatas de la Iglesia, pero admiradores del Evangelio; y otros liberalizadores del Evangelio, pero dechado ó por lo ménos predicadores de una moral severa; y así se pasa de mano en mano, hasta las orgías nocturnas del baile angélico, y los antros sanguinarios del hombre bestia, que aguza los dientes para lanzarse á devorar al género humano.

Que tal es la tendencia del protestantismo lo reconoce hoy todo el mundo, católicos é impíos, (excepto ciertos moderados estúpidos ó hipócritas, que al cabo son despreciados y hasta malditos por todos:) los católicos tiemblan y procuran contener el torrente; y la impiedad es goza y ensalza el raciocinio lógico para llegar de un salto al profundo del abismo. Aquel Presbítero renegado, que bajo el nombre de Antonio Franchi, ha censurado poco há la filosofía de las escuelas italianas, dirige sus inventivas contra los viejos protestantes con la misma energía con que combate á los católicos, porque *librando, dice, el alma de la tiranía del Papa, la entregaron á manos de un Rey, de un consistorio, de un ministro, de un pastor; resultado que no valia seguramente la pena de poner en convulsion á Europa é inundarla de sangre. Al contrario el socialismo, tendiendo á desenvolver el elemento liberal de la reforma..... fué el verdadero maestro del mundo moderno... creó la nueva filosofía de Descartes, de Voltaire, de Hegel, de Straus, etc., etc.* (1) De aquí concluye aduciendo numerosas conclusiones de católicos, protestantes é incrédulos, todos los cuales reconocen con Montalembert que hoy *no hay medio*, que es preciso elegir entre el *catolicismo* y el *socialismo* (2).

(1) Introducción, pág. LXVIII.

(2) Id., pág. LXX.

Este último grado se nos presenta por ahora en perspectiva de tremendo porvenir, cuyo germen está desenvolviéndose bajo la tierra. Mas la libre discusión, la independencia que de ella germina, la libertad de la impiedad, la interdicción de toda pública influencia de la Iglesia, son hoy una conquista para los países liberalizados inclusa Italia, y forman la atmósfera religiosa que aquellas gentes respiran.

1.324. Tal será el espíritu religioso bajo los principios modernos. Y la moral, ¿cómo germinará de las instituciones políticas heterodoxas? Si el bien político es en las doctrinas modernas aquel bien supremo que debe ser producido por los esfuerzos de todos los ciudadanos, todo otro interés quedará subordinado al bien político, como medio de alcanzar el fin último; y como el fin último merece cualquier sacrificio, cada uno estará dispuesto á sacrificar ante aquel idolo que su cerebro le presenta como el bien de la nación, la religion, la conciencia, los afectos, creyendo hacerse por ello un héroe. Mas como los bienes públicos podrán ser tantos como los cerebros independientes, la discordia universal penetrará hasta el umbral doméstico, dividiendo en partidos la familia, y los opuestos partidos emplearán sin escrúpulo dos medios principales de promover sus propios intereses: la sospecha para precaverse de las emboscadas, y la maledicencia para debilitar al adversario. Y como éste no puede considerarse debilitado sino cuando está perdido en la pública opinion, la maledicencia pública, comida tan agradable á la malignidad humana, no sólo vendrá á parecer lícita, sino obligatoria como acto de patriotismo. Tal es el espíritu que nace de la independencia; y así aquellos que no cesan de declamar contra el espionaje, se tendrán por hombres honrados al publicar aun los más vergonzosos secretos de sus adversarios políticos.

El frenesi por los gozes acostumbrará al pueblo á mirar como un deber el enriquecerse, como una felicidad el mando, como un derecho el aspirar á él. Y como son pocos los que arriban á la cumbre de tal felicidad, los pequeños se arrancarán de las manos las migajas que caen de la mesa de los grandes, y compensarán con la venta del propio sufragio la

privacion en que viven de mayor fortuna. Asi, discordia, sospecha y maledicencia, interés, egoismo y venalidad, serán en el pueblo la moral que vivifique aquellas instituciones.

1,525. ¿Y cuales serán los sentimientos motores del orden civil? El orden civil subsiste por obra de la ley, la ley se observa por el respeto que inspira, su observancia conduce á la tranquilidad en el orden, por el cual todas las clases de ciudadanos, aunque desiguales, atendiendo á sus especiales profesiones, concurren armónicamente al bien comun. Esta tranquilidad en el orden, que armoniza las desigualdades, no sólo está perdida en la sociedad moderna, sino que está vituperada como pusilanimidad y reprobada como ilegalidad. Todos son iguales, todos ciudadanos, todos gobernantes: y un gobernante faltaria á su deber si no se esfuerza por gobernar. He aquí, pues, en el pueblo la mania política, y sacrificados á la política los dias de trabajo, ora empleados en los ejercicios de la Guardia nacional, ora en los viajes y banquetes de las elecciones, ora en las tabernas y en los clubs donde se emborrachan con vino y con periódicos. ¿Será esto oportuno para inspirar amor á la propia profesion, asiduidad en ejercerla, economía en la distribucion de sus productos para sustento de la familia?

En este su perpétuo politiquear aprenderá poco á poco el vulgo iluminado á aquilatar el mérito de sus legisladores, el valor de los partidos que hacen las leyes, los medios de deshacerlas, la eficacia de la conspiracion pública ó secreta, la impotencia de los gobernantes si él quiere resistir; en suma, adquirirá la conciencia de su propia soberania y de su propia fuerza. ¿Y es esta una buena direccion para predisponer los ánimos á la observancia de la ley? ¿Da aquella ley que hoy ó mañana puedo yo esperar destruir legitimamente, solo con saber tramar con destreza una conjuracion, ó vocear por las plazas como un furibundo! Para hacer menos incierta la observancia de la ley y de un simulacro de orden, no quedará sino un medio: infundir en el pueblo un mismo modo de pensar, lo cual se obtiene con el monopolio de la instrucción universitaria y periodística. Esta tiranía de los entendimientos, como adquiera apariencias de necesidad, pasa por legitima en



cuanto es legal; y los grandes encomiadores de la libertad del pensamiento que refusan á la Iglesia el derecho de imponernos dogmas de fé, doblan la cerviz al yugo que prescribe jurar el libre cambio bajo la fé de Cobden, ó la intuición del *Ente creante* revelado por Gioberti. Pueblo desligado de la ley y del orden, Gobierno tirano de la instruccion y de la educacion; hé aqui el espíritu que anima al orden civil.

1,526. Pasemos al administrativo. El espíritu que le gobierna puede reducirse al epicureismo en su principio, al comunismo en la ejecucion, á la dilapidacion en el resultado. El principio de la administracion es, que el hombre debe esforzarse por gozar, y siendo las riquezas medio de goce, debe esforzarse por enriquecerse. Por lo cual, la mania del placer y la sed del oro son el alma de la administracion, con aquel embrutecimiento, con aquel olvido de todo sentimiento generoso que naturalmente debe seguirse en lo universal.

Si tales disposiciones se hallasen solo en el gobernante, lo convertirian en uno de aquellos tiranos asiáticos, á cuyo Erario pasaba, en forma de oro y joyas, el sudor de las naciones exterminadas. Mas los Gobiernos á la moderna tienen por Soberano al pueblo, el cual exprimido hasta la sangre con empréstitos é imposiciones, se cree con derecho de atrapar cuanto puede y chupar al que le estruja. De aqui nace en él aquella opinion habitual de que el Erario es cosa de los ciudadanos y que cada uno tiene derecho á tomar de él lo poco que pueda; de donde resulta la canonizacion del contrabando, la mania de los sueldos enormes, de las pensiones acumuladas, de los fraudes de los empleados del fisco, hábitos muy propios para formar almas viles y venales.

Las cuales como estan prontas á darse en mercancia, obligan al Gobierno á aumentar los tributos para comprarlas. De donde resulta que la mania de enriquecerse pasa del individuo al público, de los súbditos al Gobierno: y así, creciendo en la proporcion en que la sociedad supera al individuo, y apareciendo el bien público más justo que el propio interés, adquiere aquellas dimensiones colosales que dan fin con la fortuna pública y preparan su bancarota. La grandeza de las naciones,

el esplendor de las artes, la venalidad de los electores, de los diputados, de los periodistas, la destitucion de los *hombres viejos*, el enriquecimiento de los nuevos, la multiplicacion de los empleos por multiplicarse los favoritos, la compra de espías para vigilar en lo interior, la compra de adhesiones para crearse un nombre en el exterior; todo viene á ser lícito, laudable, obligatorio bajo el especioso pretexto de *proceer al bien público*, y asegurar el Estado. De aqui es finalmente que el espíritu de la administracion puede reducirse en los particulares y en el público á atrapar lo que se pueda para enriquecerse; y á gastar sin miramiento para gozar.

1,327. La política, pues, de pueblos semejantes es por sí misma evidente. Destituídos de toda persuasion capaz de regir la conciencia, necesariamente han de vivir en una perpétua desconfianza, así en las relaciones interiores como en las internacionales. Por dentro la desconfianza reciproca entre súbditos y gobernantes, encenderá en los primeros el deseo de garantías, en los segundos acrecentará la necesidad del ejército, en todos dejará siempre en duda la duracion del Gobierno y hasta del Estatuto.

La desconfianza respecto á las naciones vecinas, fomentada con la posibilidad de trastornos ministeriales ó sociales, si el pueblo se rige por un Estatuto, con la aversion y diversidad de principios si por monarquía, obligará á esa *paz armada*, bajo cuyo peso gemimos despues de tantos lustros sin esperanza de alivio, hasta que á la desconfianza racional no sustituya nuevamente la racional unidad de la conciencia católica.

Tal es el cuadro moral de una sociedad á la moderna, cuya verdad no necesita otro comprobante que una mirada á los hechos y al miserable espectáculo representado á la vista de toda Europa. Los hechos no son mas que una manifestacion de aquel espíritu, como el espíritu no es más que una consecuencia de los principios heterodoxos: *independencia y placer*. Aceptados estos principios, necesariamente se ha de formar con su mismo temple el espíritu social: formado este espíritu, los hechos se han de seguir naturalmente en aquella forma. Así, pues, por más torpe y deforme que sea aquel espíritu, turba-



da y sin ventura la sociedad; la culpa, hablando propiamente, no es tanto de los hombres cuanto de las doctrinas; ó, para expresarlo más exactamente, la culpa de los hombres no está tanto en los hechos que practican como en las doctrinas que abrazan. Por esta razón, cuanto dura la obstinación en seguirlos, otro tanto durará el caer de precipicio en precipicio hasta el completo desarrollo de los más detestables excesos y las más dolorosas llagas.

1,528. Piénsese los entendimientos perspicaces y meditabundos, y no solo los que viven en la trabajosa lucha de los Parlamentos y los pueblos ya constituidos según la libertad heterodoxa, sino aquellos también que en los Gobiernos absolutos son bastante simples para esperar que prevalezcan los principios de *independencia de la Iglesia* y del *bien público material*, lisonjeándose de detener los pueblos en aquella pendiente antes de que lleguen al otro abismo de independencia de los gobernantes y comunidad de bienes materiales. Si su egoísmo está tan alto que se diga á sí mismo: «pongamos dique al torrente mientras vivimos, y luego desbórdese sobre nuestra tumba y sobre nuestros hijos,» quizá lo logren, aunque con trabajo, en medio de tal excitación de pasiones y tal rapidez en la ejecución. Mas si confían en la violencia que hacen á la lógica de un pueblo católico, introduciéndole el principio heterodoxo cuando toca á los gobernantes, y desechándolo cuando emancipa á los súbditos, ¡oh! ¿en verdad que no lo consideran bien y han perdido el conocimiento de su siglo y de la sociedad en que viven! ¿Y no oyen, por ventura, cuán alto resuena el grito de los novadores que van predicando que la justicia y el Evangelio son solo para el pueblo, y la razón de Estado y el ateísmo para los gobernantes? O estos son católicos, y convienen en ser católicos enteramente con la Iglesia y con el Papa; ó son independientes, y en su independencia serán seguidos y perseguidos por aquella muchedumbre á quien ellos mismos conceden el derecho de envidiar su poder, como ellos envidian á la Iglesia.



## §. IV.

*Consecuencias prácticas.*

1,329. Compendiadas nuestras doctrinas, falta tan solo que deduzcamos las consecuencias prácticas, cuyo fin nos hemos propuesto al emprender la publicación del *Exámen crítico* del Gobierno representativo: consecuencias que no podrán recusarse por aquellos lectores nuestros que se hayan penetrado sólidamente del manifiesto fin á que tienden aquellas.

Pero como sería temeridad en nosotros el augurarlo, ¿se nos imputará á soberbia la esperanza de haber convencido á aquellos de la falsedad de los principios sobre que se apoyan los modernos políticos, y sobre las desastrosas consecuencias que debe surgir y surgirán efectivamente, y en especial, si nuestro discurso hubiera estado basado, como á nosotros nos parece, no sobre pura repetición de aserciones, sino sobre sólido concierto de argumentos? ¡Oh, sí! ciertamente. Después de tan largo discurrir, con pensamiento seguido con bondad extremada por nuestros lectores, no se achacará á temeridad el creerlos convencidos y persuadidos de que un Gobierno, fundado en la independencia de la razón privada y en la canonización de los intereses, constituido en motor de todas las acciones humanas, debe necesariamente vacilar siempre, formar la desventura de los pueblos y caer al fin.

1,330. ¿Cuál sería la más completa y universal consecuencia práctica de tales principios? No hay quien pueda dejar de verla; «hagamos cuantos esfuerzos podamos á fin de abatir los dos principios heterodoxos, y habrémos preparado el camino á la felicidad pública. Y como quiera que su abolición no pueda detenerse sino por medio del Catolicismo, que cautiva los entendimientos en obsequio á la fe, é inmoló los intereses en holocausto á la caridad; la resolución práctica pues, de quien esté vivamente convencido de nuestras doctrinas, se

reduce en último resultado á esta fórmula: «hagamos todos cuanto podamos para que cualquiera que sean las formas políticas de la sociedad en que vivimos, esta sociedad sea iluminada por la fé, animada por la caridad y conducida por la Iglesia católica.» Si así procedemos, seremos felices; si por camino opuesto, desgraciados. Hé aquí el fin á que desde el principio van dirigidas nuestras miras, como anunciamos en los preliminares de este tratado (1), al terminar la Introducción, de la cual rogamos al lector que recuerde al menos la última parte. Allí verá reunidas en compendio las demás consecuencias prácticas, que de la universal poco há formulada se derivan espontáneamente y que ahora vamos á desenvolver más explícitamente.

1.551. En primer lugar, no habrá quien deje de ver que hemos hecho, no el proceso, sino la apología de todo recto gobierno representativo, por lo mismo que hemos limpiado á los malos de la carcoma y gusanos, que los roen y trabajan. Clamen, pues, los libertinos contra la imprenta clerical, asegurando que estamos en guerra con los Estatutos, y que suspiramos por el despotismo y las cadenas; nosotros responderemos con la frente muy alta, y sin temor de recibir un mentía, que los enemigos del Estatuto son aquellos que lo han falseado con la apostasia, y lo han infamado con las persecuciones á la iglesia. En apoyo nuestro invocaremos el testimonio de un periódico nada sospechoso, que tiene fé en la futura victoria de las opiniones constitucionales, y tiene también por seguro que la monarquía constitucional es la única forma de gobierno que puede convenir, salvo algunas excepciones... en favor de las repúblicas existentes, á la vieja Europa (2). La Pátria, que así hablaba, no pretendía seguramente hacer la guerra á los Estatutos; y sin embargo, esta Pátria es la misma que á trueque de desagradar, interroga formalmente: *¿quién es el hombre de buena fé que puede negar que la causa fundamental de la caída del gobierno constitucional en*

(1) V. Introducción.

(2) La Pátria, 10 de Setiembre de 1852.



*Roma, Toscana y Nápoles mismo, son las exageraciones de los mismos constitucionales, ora verdaderas, ora fingidos? Esto que asegura con franqueza el periodista constitucional, nosotros lo hemos puesto al desnudo, demostrando con razones y hechos evidentes, palpables. ¿Quién es, por lo tanto, el defensor? ¿El que propina el veneno, el que clava la saeta en las entrañas, ó el que la estrae y suministra el antídoto? Tal ha sido nuestro propósito en la presente obra; y hemos logrado con ella, gracias á Dios, no pequeño fruto en muchos, que francamente se han confesado vencidos por la evidencia de los razonamientos; y principiando algunos á leerlos con independencia de liberales, cerraron el libro con docilidad de católicos.*

1,532. Y si hubiésemos conseguido igualmente persuadir á aquellos hombres honestos á quienes los crimenes constitucionales hicieron aborrecer todos los Gobiernos representativos, habríamos prestado á los Estatutos el mayor de los servicios, haciendo que puedan volver á comparecer entre cristianos con el carácter de los bautizados, limpios de la infamia protestante y volteriana, y que entre las varias opiniones acerca de la mejor forma de Gobierno, la constitucional pudiese ser hoy defendida por los buenos católicos, sin temor de aprobar con tal conducta las blasfemias de la *Gaceta del Pueblo*, los destierros de los Obispos, ni el saqueo de los conventos.

1,533. Esto no quiere decir que todo aquel que no gobierna con Estatuto, gobierne como déspota; que todo Príncipe esté obligado á escribir una carta constitucional, y que todos los súbditos tengan derecho á exigir al monarca la firma y el juramento. Lo contrario es precisamente lo cierto; y si los Estatutos pueden ser legítimos, no son, sin embargo, necesarios; quien dolosamente trata de introducirlos donde no existen, es tan traidor á su patria como el que tratase de abolirlos donde legítimamente rigen.

Esta es la doctrina católica defendida por nosotros; la cual, aunque no participa del fanatismo de aquellos liberales, que proclaman que la Constitución es la única forma posible, el único Gobierno justo, la única panacea social; es, no obs-



tante, la única que presta á estos Gobiernos el apoyo seguro de una conciencia católica, tanto más firme, donde dichos Gobiernos son legítimos, cuanto más reverente con toda otra legítima autoridad. Las exageraciones de esos fanáticos á quienes combatimos, no sólo han perjudicado á la causa por ser falsas é insostenibles, sino que obligan á sus defensores mismos á mostrarse cobardes é hipócritas, arrastrándose unas veces entre el polvo á los pies de traidores poderosos, después de haber perorado teatralmente contra los traidores débiles.

1,534. En cuanto á nosotros, habiendo reconocido al propio tiempo que la posibilidad de Gobiernos representativos legítimos, los muchos vicios y la heterodoxia de los que surgieron á impulsos de una facción en 1848, hemos demostrado con esto mismo cuán inicua y absurda sea la acusación de deslealtad contra un Príncipe que libra á sus subditos de la tiranía volteriana intentada por aquellos desgraciados, que después de haber arrancado, Dios sabe con qué mentiras, un juramento, creen haber conquistado el derecho de encadenar, usufructuar y enajenar los intereses, la libertad, las personas, los hijos, la religion y la conciencia de naciones enteras.

Estaríamos frescos si una Providencia madrastra hubiera entregado á los pueblos á merced de un puñado de charlatanes, que cercando el Palacio real y sofocando con sus ahullidos las bases del verdadero pueblo, gritase: *¡el pueblo somos nosotros, el pueblo quiere una Constitución, el pueblo es soberano!*

Si hubiesen tenido al menos la precaucion de reverenciar lo que es sagrado é inviolable, aun entre los mismos pueblos bárbaros, esto es, la conciencia, el Sacerdote, el altar, podría quizá titubear todo hombre prudente antes de pronunciar la nulidad de aquel juramento. Mas trasladada la impiedad á la política, ó mejor dicho, fundada la política sobre la impiedad, ¿cómo osan invocar por vengador de sus blasfemias al Omnipotente, á fin de que proteja con sus rayos la guerra que sacrilegamente le promueven? ¿No recuerdan esos malvados que

los escolásticos, citados por ellos como maestros de rebelion, concedian el derecho de insurreccion, cuando el Principe se declaraba opresor y enemigo de la Religion de sus súbditos?

Pues bien, si esto se permitia al súbdito, quebrantando el juramento que le ligaba á un Rey legitimo, y nuestros adversarios aceptan esta doctrina para defender su felonía, ¿cómo no se avergüenzan de tenerse ellos por más inviolables que el Monarca, aun en el acto de hollar al pueblo y de destruir sus templos? Vea el lector cómo el vituperio esparcido por los constitucionales sobre sus instituciones representativas, con la heterodoxia de que las animaron, es la más bella justificación que podemos aducir en defensa de aquel acto, con el cual muchos Principes Italianos sacudieron el yugo de los abogados liberales y reivindicaron para los pueblos la libertad de su conciencia, la reverencia á la Religion, la inviolabilidad, en fin, de todos sus derechos, que vacilan apenas resaca en los pueblos el horrendo grito de independencia individual. Hé aquí la segunda consecuencia práctica que en el ya citado lugar de los preliminares hicimos derivar de estas doctrinas.

§. 335. ¡Luego serán culpables aquellos gobernantes á quienes la religion del juramento liga tanto que despues de un trienio de trabajos y de angustias no se atreven todavia á violar lo pactado!

Esta consecuencia no se deduce siquiera de nuestras premisas; antes bien (y esta es la tercera consecuencia práctica allí apuntada), habiendo demostrado nosotros que el mal no está en las instituciones, sino en el espíritu introducido en ellas; cuyo espíritu puede separarse de las mismas cuando se quiera; un Principe católico que no se atreve á revocar sus concesiones, no solo aprenderia de nuestras doctrinas á conocer la llaga y el peligro de un pueblo, sino que hallará que nosotros le hemos abierto el camino para dar nuevas órdenes de sanidad y de robustez. Expliquemos más claramente el enlace de estas consecuencias con nuestras premisas, ya que algunos de nuestros lectores, sin advertirlo, pueden juzgar que habiendo llamado insubistentes á los gobiernos fundados en la heterodoxia, hemos anunciado con esto que ha llegado

el último día de las formas representativas en el Piamonte y en Bélgica, que aun duran, desafiando impertérritas á los argumentos de razon con que la naturaleza las combate, apoyadas en medios políticos de fuerza y astucia con que esperan vencer la naturaleza de las cosas.

1.356. No nos toca examinar las razones políticas, de las cuales nos confesamos muy ajenos, y que son por otra parte tan impotentes para luchar constantemente contra los argumentos de la naturaleza, como seductoras para producir, aun á despecho de esta, triunfos efímeros, apoyados en el cálculo de los partidos, en la falacia de los sofismas y en la fuerza de las bayonetas.

Estos argumentos, que sostienen en Friburgo á un Gobierno opresor, repudiado solemnemente por el voto legítimo de casi todos los legítimos dispensadores de la autoridad, podrían sustentar mucho mejor aquellas Constituciones durante meses ó años, siendo como son legítimas, ó estando legitimadas por su origen, por tratados ó por el consentimiento de las partes interesadas. Mas como nadie ha llegado á creer eterno al Gobierno de Friburgo contra el cual clama el pueblo entero sostenido por derechos innegables, y amparado por la conciencia católica; del mismo modo ningún hombre de buen sentido podrá persuadirse á que duren largo tiempo, si no se sigue otra marcha, aquellos dos citados Gobiernos, que parece haberse propuesto hacer de todo punto imposible en Bélgica y en el Piamonte, una sociedad católica, como la requiere el genio nacional de ambos pueblos, y hasta la misma ley fundamental en el Piamonte. Podrá defenderse con gendarmes, legalizarse con negociaciones, alimentarse con despojos de la Iglesia, con los sueldos de los magistrados destituidos, y quizás aun, si los perseguidores así lo quieren, con la sangre de generosos católicos, que arrastran hoy sin temor los insultos de la *Gaceta del Pueblo*, confederada con las cárceles y las multas. Con estos argumentos se sostuvo durante tres siglos el absurdo y adúltero Júpiter en el Capitolio; con estos argumentos se sostuvieron por mas de dos siglos, los 59 artículos del adúltero Enrique escritos con la sangre de los católicos en los patibulos de Lón-



dres y en los desolados campos de Irlanda; con estos argumentos, podrá también sostenerse una Constitución justa, contradicha por una práctica tiránica. Pero el absurdo y la contradicción, repugnan demasiado á la razón humana, para que esa vida sea eterna, y eterna la opresión de un pueblo católico. Ninguna fuerza, pues, de razones políticas podrá luchar largo tiempo contra la naturaleza, para sostener lo que la naturaleza condena. De donde se deduce, que es de todo punto inútil el que nos detengamos á examinar las esperanzas políticas de aquellos Estatutos, sin perder por esto el deseado fruto de este exámen de los Gobiernos representativos, bastándonos á este propósito el considerar las probabilidades de lo porvenir desde el punto de vista que la filosofía nos sugiere.

1.537. Ahora bien; ¿qué dice la filosofía? ¿Bajo qué condiciones podrían aquellos dos pueblos asegurar y purgar sus nuevas instituciones? Es claro, que de lo dicho hasta aquí resulta que deben ser radicalmente dos estas condiciones, como son dos los principios primitivos de la ruina. Podrán subsistir los Estatutos de Bélgica y del Piamonte, si logran estirpar de los entendimientos y de las instituciones la independencia del individuo, sustituyéndola con el principio de obediencia; y si logran estirpar de los corazones el interés utilitario, reemplazándolo con el espíritu de sacrificio. A cuyo propósito recuerdo la bellísima observación del ilustre marqués de Valdegamas, según el cual, la salvación de las sociedades modernas depende de dos grandes corporaciones: el sacerdocio y la milicia; porque ambas están animadas del espíritu de obediencia á la disciplina, y de sacrificio al bien público. Esto que el eminente publicista español asegura de las citadas instituciones, puede decirse en general de toda la sociedad. Si la sociedad está desquiciada, porque ninguno sabe obedecer ni sacrificarse, se salvará, si vuelve á honrar la obediencia y el sacrificio.

1.538. Mas la sociedad, y particularmente las dos sociedades de Bélgica y el Piamonte, tienen el poder de resucitar este doble espíritu? No es necesario ser tan místico, para saber que la obediencia y el sacrificio son el espíritu del catolicismo, como el orgullo y la volapuesidad forman el espíritu

del paganismo tanto antiguo como nuevo. Preguntar, pues, si Bélgica y el Piamonte pueden necesitar este doble espíritu, significa tanto como preguntar, si podrán resucitar el catolicismo. A cuya pregunta podríamos dar una respuesta dolorosa, y es, que si bien el hombre puede perder por sí mismo los dones celestiales, no puede recobrarlos por sí, si no supiésemos que en aquella gente, gracias a Dios, no solo está vivo, sino que tal vez enervorizado por las persecuciones el espíritu católico. He aquí por qué no sería la obra de aquellos Gobiernos la de hacer revivir a un muerto, sino la de vencer los obstáculos que quitan al vivo la libertad de acción.

1,539. Estos obstáculos se evitan en las sociedades civiles de diferente manera que en la Iglesia. Esta, teniendo como tiene, el derecho primeramente sobre el individuo y sobre la conciencia inmediatamente, y después mediatamente sobre las muchedumbres que de los individuos se forman, dirige a estos sus primeros cuidados, informándolos con la fe y con la caridad en obsequio de la razón y en sacrificio de los intereses. La sociedad pública al contrario, no teniendo acción sobre la conciencia del individuo, sino mediante las instituciones sociales, debe excluir de estas todo elemento de heterodoxia, si quiere que el espíritu católico se desenvuelva con plena libertad.

1,540. Para esta empresa se hallaría el Piamonte en mejores condiciones que Bélgica, por el origen mismo de sus respectivos Estatutos. El primero nació de la voluntad católica de un Monarca legítimamente absoluto, y que por consecuencia pudo escribir al frente de aquel Estatuto, que el supremo deber de los gobernantes no menos que de los súbditos, es la inviolabilidad del catolicismo; pero el Estatuto belga, nacido del forzado consorcio de los intereses católicos con los intereses de los liberales, conspirando los unos y los otros a librarse del protestantismo holandés, debió fundarse sobre una absoluta libertad, la cual es, como dice el Sr. Parisis, el único deseo de la Iglesia en los gobiernos no católicos. En el Piamonte el artículo primero de la ley fundamental, el único que fué escrito de puño y letra del legislador, como aquel a quien

todos los otros debieran subordinarse, es precisamente la inviolabilidad de la Religión Católica, Apostólica, ROMANA. En tal estado, pretender, como quieren algunos leguleyos, que la sujeción al Pontífice Romano y a todos los Cánones de la Iglesia no pueda conciliarse con el pleno desenvolvimiento de la ley misma, es doctrina tan ilegal en el orden político, como impía en el religioso. El restablecimiento, pues, del catolicismo en el Piamonte no solo es fácil, lógicamente hablando, sino que es necesario, hablando legalmente; y apenas la Providencia conceda á aquel pueblo infeliz un ministerio que quiera cumplir lealmente el Estatuto de Carlos Alberto con una Cámara no volteriana, ni *moderada*, sino francamente legal y católica; el catolicismo deberá recobrar, en fuerza misma del Estatuto, sus religiosas influencias, y abolir por consecuencia la independencia intelectual en todo lo que reniega esta de la fé, y la moral católica, reavivando las antiguas ideas de reverencia á la autoridad legítima y de sacrificio al bien público. Entonces no hay quien no vea cómo saldría con esto el gobierno representativo.

1.541. Persuadido el clero, tanto en el Piamonte como en Bélgica, á que de la cooperación de los electores católicos debe depender el espíritu del Parlamento, y del espíritu del Parlamento el Gobierno de la nación, no solo no pondría obstáculos al cumplimiento de este deber, sino que lo enervorizaría excitando á las conciencias católicas, sin temor de ser acusado de coacción ó seducción. Los electores á su vez comprenderían que en la elección de diputado debían atender, no al triunfo de un partido, y mucho menos al precio de sus sufragios, sino á la probidad del diputado que busque únicamente el orden y la justicia. Los diputados, libres con estos mismos sentimientos, de la torpe esclavitud de las facciones y de las esperanzas de recompensas y de carteras, dejarían á un lado el interés propio, y pondrían los intereses de sus comitentes en aquel grado de importancia que les ha designado la justicia católica, posponiéndolos siempre al primero de todos los bienes sociales, que es el completo triunfo del orden y del derecho, magníficamente expresa-



do en aquellas palabras del Redentor: *Quærit primum regnum Dei et iustitiam ejus.*

Con tales diputados, sería fácil, suponiendo idéntica voluntad en el Senado, marchar de acuerdo en los proyectos de ley, fácil su ejecución á los ministros, y fácil á todos el arrancar á la mayoría sus votos cuando la mayoría no pudiera declararse contra la conciencia pública, ni la conciencia pública, dirigida por los supremos Pastores, revelarse contra el catolicismo. Tendría, pues, la ley principios ciertos de justicia, y no podría ser mañana obligatorio, lo que ayer fué injusto; ni el cambio de un ministro ó de un presidente obligaría á cambiar los empleados ó el ministerio, sabiendo bien estos, que si la conciencia católica no puede transigir cuando se trata de dogma ó de moral, puede muy bien, y aun debe obedecer, cuando la autoridad exige un sacrificio en los intereses, cualquiera que sea la persona que legitimamente manda. Ministros y empleados de todas clases, volviendo á los antiguos sentimientos de desinterés y de amor á la patria, no buscarían en el empleo el lucro; antes bien, se espantarían de la carga con la cual podrían disminuirse los sueldos, y con esto los atractivos de la ambición y el déficit del Erario; doble enfermedad que infesta la sociedad desde que el utilitarismo heterodoxo la desencadenó contra las pasiones hambrientas; y la ambición comenzó á gritar que aun los mendigos tienen derecho á gobernar; y añadió el orgullo que es repugante que quien gobierna viva modestamente; y concluyó la avaricia, que quien tiene derecho á gobernar, debía enriquecerse en el gobierno. Así la ambición fomenta la avaricia, y esta se hace luego ministra de la ambición.

Restituidos entre tanto á los derechos naturales de la familia y del municipio el antiguo vigor y reverencia, y restaurada la confianza en el Gobierno central, este podría dejar á las distintas agrupaciones locales cierta nacional autonomía, sin temor de ser por ellos contrariado; y aun estos mismos llegarían bien pronto á mirar en el Gobierno central un ordenador que los protegiera, no un árbitro que los tiranizara. El padre católico, al educar sus hijos, como el ciudadano al manifestar su

pensamiento, podría seguir su propia conciencia, sin otro freno, que aquel que voluntariamente se impusiera por la fe y moral católicas, legítimamente declaradas por aquella autoridad, en cuyas manos se depositan hasta los mas profundos secretos de la conciencia.

1.342. Que en una sociedad tal, el Gobierno representativo pueda afirmarse y prosperar, ¿quién podrá negarlo? Podrá alguno echarme en cara que he trazado aquí una novela, la cual no podrá realizarse interin los hombres no se trasformen en ángeles, y los Estatutos muertos en aquella vivísima ley de gracia que penetra el frágil barro de la corrompida descendencia de Adán, y mientras impone el precepto, da la fuerza para cumplirlo.

Y si me argumentase de este modo alguno de los *oscurantistas retrógrados*, que hacen la guerra al Estatuto, poco me cuidaría de mi defensa, dejándola a cargo de los católicos liberales. Mas si el ataque procediera de aquellos que quieren sostener el Estatuto hostilizando al catolicismo: ¿cómo! les respondería ¿negais la posibilidad de esta sociedad tan feliz bajo la influencia del catolicismo, cuyo espíritu es todo obediencia y amor, y despues lo colocais bajo la influencia y auspicios del principio heterodoxo, que es todo *independencia ó interés*? ¿No veis que si lo que yo digo es una novela, lo que vosotros decís es un absurdo? ¿qué, si mis esperanzas son exageradas, las vuestras son contradictorias?

1.343. Pero lo cierto es que sin andarse en novelas ni confiar en milagros, podemos asegurar que los principios poco ó mucho, influyen siempre en la conducta de la muchedumbre como he dicho antes; y si no producen todo su efecto natural por la mala disposición de la materia á que se aplican, nunca fallan del todo si esta materia no está enteramente mal preparada como lo estaria para nuestro caso un pueblo decididamente volteriano y epicúreo. Para confirmar nuestra respuesta levantan la voz todos los documentos de la historia.

1.344. Al mostrarnos recelosos de los utópicos y optimistas que sueñan con un pueblo de héroes católicos, no caigamos en la novela de los pesimistas que sueñan con un pueblo

católico compuesto de demonios; con un pueblo que abraza un principio de perfección suma, y obra luego al revés del principio que abrazó. Esta última novela sería tanto peor que la primera, cuanto es peor abandonar toda esperanza de bien y caer en la inercia, que confiar demasiado y ver en parte frustradas las esperanzas.

Un Gobierno representativo, bajo las influencias católicas, no abrirá de nuevo al pueblo aquel edén prometido por los utopistas, quienes sin duda no recuerdan que á su puerta resplandecía la inexorable espada del ángel vengador; mas podrá conseguir en parte con la ayuda de la conciencia aquellas mejoras racionales, que de su estudiado organismo se prometen estúpidamente los heterodoxos por pura fuerza del interés; y si con la división de los poderes viese debilitada la benéfica energía de la unidad política, podría suplirse con la unidad moral de la fe y de la conciencia católica, mientras la división de los poderes, y sobre todo la representación de las necesidades, podría hacer que el Gobierno fuese mas activo y solícito en conocer y satisfacer los deseos de la nación.

1,345. ¿Qué os parece, lectores? ¿No hallais demostrado, que una vez reprimida la verdadera causa de la corrupción social, como queda explicado, los principes constitucionales hallarian abierto el camino para llegar á una verdadera regeneracion social?

La aurora de esperanza que pareció brillar un momento en el Piemonte no nos promete hasta ahora un solo día sereno. Mas si los diputados, senadores y ministros, tuvieran en cuenta los verdaderos sentimientos del Piemonte y con los argumentos con que les demostramos la justicia, intentaran un movimiento católico y terminaran la iniciada guerra que sus antecesores hicieron á la Iglesia, aun quizás podrían sanear sus infestadas instituciones, y llenándolas de vitalidad católica podrían trasmitirlas, con cuanta gloria para ellos! incólumes y florecientes á las generaciones venideras, dando fin á toda lucha contra los ciudadanos católicos, contra las naciones vecinas, contra la Iglesia inmortal de Cristo, contra la misma naturaleza invencible; lucha



para la cual se necesitaban mas fuerzas que las de Encelado ó Briareo.

1,346. Hemos cumplido así las promesas con que iniciamos los preliminares de este tratado, mostrando á los *liberales católicos* dónde están los infames escollos en que pueden encallar sus naves, é incitando á los *hipócritas*, á llamarse protestantes sin máscara.

1,347. Para cumplir plenamente nuestra palabra, falta solo inferir de nuestras teorías que la Iglesia vituperada como *adversa á la libertad civil*, solamente es adversa á la *maldad protestante*. Pero, á decir verdad, esto no necesita un tratado especial, porque es de por sí evidente, ya por la universal benevolencia con que son abrazados por la Iglesia todos los pueblos, ya por la encarnizada guerra que les hacen todos los liberales. Estos declaran imposible que las Constituciones sean católicas con el Papa: ¡podremos maravillarnos, por ventura, de que el Papa no pueda ser católico con las Constituciones? Nosotros, por el contrario, hemos demostrado que la heterodoxia es la plaga y la peste de las Constituciones; luego las Constituciones, por sí, pueden ser gratas al Papa como cualquier otro Gobierno.

Estas son las consecuencias prácticas de cuanto hemos expuesto en nuestro *Exámen crítico del gobierno representativo*. Consecuencias que no han de quedar ociosas en estas páginas, sino que penetrando por el entendimiento en la parte más vital y enérgica de los corazones italianos, han de llegar á levantar la antigua unidad de conciencia y de política verdaderamente católica.

1,348. Anímase nuestra esperanza al ver la cortesía con que la flor y nata de los ingenios italianos nos ha acompañado en nuestro fatigoso viaje; cortesía á la cual rendimos aquí nuestra más profunda gratitud. Pero confortase, además, aquella esperanza por el significativo silencio con que nuestros adversarios han dejado caminar por toda Italia nuestras doctrinas, por mas que hayan sido invitados por nosotros á *respondernos lealmente*.

En una discusión tan larga, con toda desnudez, con toda la

audacia del asalto, nuestros argumentos han recorrido, no solo Italia sino la Europa entera, y nuestros adversarios han visto caer aquella divinidad en que idolatraban sin osar jamás, no ya empuñar una arma para herirnos, pero ni siquiera levantar la mano para rascarse la cabeza. Unas cuantas injurias de *L'Opinione*, que alteraba puerilmente el nombre del autor; tal ó cual calumnia del *Risorgimento* ó del *Statuto*, que nos imputaban doctrinas muy ajenas á nosotros; ciertas invectivas del *Corriere Mercantile*, que se burlaba de los *aquelarres de los Jesuitas*, siempre *terribles para el Piemonte*; hé aquí la única réplica de los adversarios á nuestros argumentos; mientras que por todas partes el estrepitoso derrumbamiento de las profanadas aulas parlamentarias y la disolucion de las desarmadas milicias nacionales atestiguaban con el hecho la verdad de nuestras teorías. Un solo periódico aventuró tímidamente la amenaza de combatirnos en adelante; pero en su misma intimacion manifestó la desconfianza en su propia causa, protestando que no quería entrar en una discusion categórica, y encerrándose en aquellas regiones indeterminadas, en que la falta de bulto hace tan fácil el evitar el golpe. Y sin embargo, esta misma respuesta no llegó á verificarse, y el *Cimento* escribió, y murió, y resucitó, sin haber acudido jamás al duelo con que nos amenazaba.

1.349. Hemos observado todo esto, no por mezquina satisfaccion de amor propio, que sería por cierto triste recompensa de tan largo trabajo, sino porque nuestros lectores se conformen mas y mas en las sentencias á que tan buen rostro han puesto, viendo cuán impotentes son nuestros adversarios para combatirlos, cuando en combatirlos tenían tan gran interés. Y si bien se mira, la amenaza del *Cimento* nos favorece aun más que el silencio de los otros; porque el silencio universal podría hacer creer al ménos á la gente sencilla que nuestros adversarios no nos habian leído, ó que no lea importaban nada nuestros escritos; pero la tanfarronada del *Cimento* prueba que nos ha leído, que siente la necesidad de contestarnos; pero que al mismo tiempo conoce la imposibilidad de hacerlo.

Escritas estas palabras, vino á ofrecernos nuevos y mas gallardos argumentos, el reciente opúsculo del esclarecido y católico Montalembert, publicado expresamente en defensa de los gobiernos representativos, y oportunísimo para demostrar lo que muchas veces hemos protestado, á saber, que nosotros somos contrarios á la heterodoxia de los liberales, no á las formas representativas. ¿En qué se funda el conde de Montalembert para justificar estos gobiernos? Precisamente en las mismas razones con que nosotros intentamos descubrir y vituperar la heterodoxia que en ellos se ha querido introducir; con esta sola diferencia: que escribiendo él contra los que se burlan de los gobiernos representativos en general, despliega toda su fuerza mostrando que esta forma de gobierno es por sí buena, sino que está falsa por haberse abolido toda la antigua tradicion; y nosotros, por el contrario, escribiendo contra aquellos que proclaman como única una forma que por sí es buena y la proclaman precisamente porque ha abolido todo elemento tradicional, hemos debido principalmente insistir sobre los vicios con que esta abolicion infundió instituciones por sí no reprobables. Exceptuada esta diversidad de ataque, derivada de la diversa posicion de los adversarios, nosotros vemos en Montalembert, si no identidad, ciertamente gran semejanza de sus sentimientos y los nuestros, en cuanto él como nosotros, declara que no juzga que el gobierno representativo es panacea universal (y hasta no lo juzga conveniente en Italia); que el sufragio universal, lejos de ser un derecho de los pueblos, es el mayor peligro de la libertad; que la revolucion no se vence solo con providencias políticas, sino combatiendo el racionalismo con la libre accion de la verdad y del bien; que todo vituperio es poco para aquellos farsantes representativos que con sus injurias á la Iglesia destruyen tanto á la Iglesia, como á la Italia y á la libertad; que la revolucion de Julio pervirtió la Constitucion francesa, menoscabando el principio de autoridad, y por consiguiente la verdadera libertad; que la Inglaterra es fuerte, porque ha salvado su aristocracia, respetado los derechos antiguos, y se ha rodeado de sentimientos de sabiduria y de de-



recho, sin los cuales no puede subsistir el gobierno parlamentario; que lo que forma la fuerza y duracion del Gobierno inglés, es precisamente lo que este Gobierno ha conservado de la Edad Media; que Austria puede tener un Gobierno templado sin régimen representativo, porque conserva la tradicion de sus antiguas provincias; que el haberla destruido en Francia, fué un delito y un error el no haberla restablecido en 1814; que la imposibilidad de garantías naturales nace del desengranamiento universal de la sociedad por el individualismo protestante; que cuando este espíritu penetra en un Gobierno, sea de Camaras ó absoluto, siempre la Iglesia será perseguida; que el espíritu con que nacieron y crecieron las garantías políticas de la Edad Media, fué el catolicismo; que en aquella edad, clero, nobleza, municipios, gremios, privilegios y usanzas tradicionales eran los contrapesos de la autoridad, que hacian imposible el absolutismo. Y por cierto que para probar esta proposicion, cita un hecho que confirma admirablemente la fuerza de tales temperamentos, comparada con las garantías á la moderna. Un edicto de Luis XIV despojaba á una antigua cofradia de la administracion de sus rentas: reclaman los cofrades, entablan un pleito, y dos veces lo ganan contra dos Reyes absolutos. Por el contrario, en el Piemonte dos cofradias son despojadas, reclaman, y los ministros responsables las dejan gritar sin hacerlas caso.

Así discurre aquel católico y valeroso publicista, tan aficionado á las Constituciones y tan experimentado en conocer sus prendas y defectos. Añadid al valor de quien así habla el silencio de los periodistas piemonteses y las amenazas del Camento, que amaga sin dar, y vereis si hemos tenido razon de reconocer en esta especie de sufragio un testimonio evidente en favor de estas páginas que se han paseado como invulnerables bajo las baterias enemigas.

No es nuestro el mérito de esta victoria, sino de la causa por nosotros defendida; no es valor de ingenio ó de pluma, sino toda fuerza de la verdad. Y cuanto mas impotentes se muestren nuestros impugnadores en combatir nuestro escrito,

tanto mas habremos conseguido nuestro intento, que no es otro que el triunfo de la verdad.

1,550. Recibidla con cariño, amados lectores, recibid esta Verdad, hija esplendorosa del cielo; y si os habeis penetrado vivamente de cuan imposible es fundar una sociedad sin la fé de una autoridad celestial y sin el desinterés de una caridad católica, convertios vosotros mismos en apóstoles de estas importantísimas verdades: y confesaos culpables de haber hecho traición á la patria, á la religion, y á la Iglesia, si por ruindad de respetos humanos, os absteneis de publicar una doctrina de que depende la existencia de la patria, de la sociedad y de la Iglesia.

FIN DE LA OBRA.

# INDICE.

## PARTE SEGUNDA.

### APLICACION PRÁCTICA DE LOS PRINCIPIOS TEÓRICOS DE LOS GOBIERNOS LIBERALES.

|  |      |
|--|------|
| CAP. I. <i>Introducción y dicción.</i> .....   | 5    |
| 673. Mirada retrospectiva.—674. Opinión del <i>Fynall</i> .—<br>675. verdadera en parte.—676. yerra contraponiendo<br><i>feudal à representativo</i> .—677. Explicación interesada<br>de ambos vocablos.—678. Rectificación del primero.<br>—679. Una cosa es el principio y otra el vicio.—680.<br>Rectificación del segundo.—681. análoga al Catolicismo.<br>—682. Liberalismo heterodoxo.—683. División de<br>las presentes aplicaciones. |      |
| CAP. II. <i>La nación liberalizada.</i> .....  | 23   |
| § I. <i>Aclárase la proposición.</i> .....   | bid. |
| 684. División.—685. Se previene un engaño.—686. El<br>protestantismo no representa con verdad lo útil.—<br>687. resulta ya de lo dicho.—688. División de la prueba<br>nueva.   |      |
| § II. <i>Abolición del organismo natural.</i> .....  | 26   |
| 689. Anuncio del principio utilitario.—690. disolu-<br>ción que consigue.—691. Manía de poderes políticos.—<br>692. Propagación de la disolución.—693. confirmada<br>por el hecho.—694. à pesar del peligro y del daño.—<br>695. Irracionalidad de quien no lo preve.—696. Hor-  |      |



|           |   |       |
|-----------|---|-------|
|           | ror heterodoxo hacia la asociacion católica,—697, á despacho del estatuto,—698. Horror á todo vinculo de derecho,—699. Disuelve la familia—700, y hasta al individuo.   |       |
| III.      | <i>Abolicion de la unidad moral</i> .....   | 41    |
|           | 701. No representa la unidad moral—702, como lo haría el Catolicismo,—703, porque es moralmente uno,—704. Ejemplo de representacion en el bautismo,—705, falseada sacrilegamente por el rito protestante,—706, mucho más en la sociedad protestante,—707, donde uno supone muchos,—708, sin saber lo que piensan,—709, sin poderlo racionalmente sostener,—710, haciendo leyes al acaso—711, que no representan la nacion,—712, muy dividida en sus intentos,—713, tal vez contrarios,—714, Esta casualidad es notoria,—715. Epilogo de la no representacion moral. |       |
| § IV.     | <i>Organismo ficticio</i> .....   | 59    |
|           | 716. Necesidad de nuevo organismo,—717, desechada toda memoria de lo antiguo,—718, sustituida con partidos políticos—719, que luchan perpétuamente,—720, ó con sectas secretas—721, funestísimas,—722, justificadas por el principio,—723, y por lo tanto, inexpugnables.   |       |
| § V.      | <i>A cosas nuevas, hombres nuevos</i> .....   | 6     |
|           | 724. Este aforismo—725, es consecuencia necesaria,—726, su iniquidad,—727, fundada en la centralizacion,—728, acariciada por la heterodoxia,—729, compele á dilapidar—730, con gastos perpétuos,—731. Objecion.—732. Respuesta.—733. En las revueltas antiguas sobrevivía el principio de orden.  |       |
| § VI.     | <i>Conclusión</i> .....   | 78    |
|           | 734. La representacion moderna no representa—735, encierra la triple mentira de sujeto, de delegacion y de objeto,—736. Nace en fuerza de las instituciones.—737. Por eso no puede dañar,—738, si no neutralizada por el Catolicismo,—739, que podría quitarla su malicia,—740, entendiéndose con verdad—741, y aplicándose lealmente.  |       |
| CAP. III. | <i>La legislatura</i> .....   | 87    |
| § I.      | <i>Epilogo del capítulo precedente y proposicion</i> .....  | Ibid. |
|           | 742. Epilogo.—743. Proposicion,   |       |

|        |   |     |
|--------|---|-----|
| § II.  | <i>La ley.</i> .....  | 88  |
|        | 744. Es el objeto de los legisladores—745. que ordenan segun la razon—746. un fin.—747. al cual debe proporcionarse.—748. Este fin es la felicidad—749. que ha de conseguirse con la justicia—750. del orden exterior.—751. por otra del supremo gobernante.—752. Condiciones de toda ley.—753. Objeto del legislador.—754. Problema del publicista.—755. Formar legisladores sin ideas sistematicas.   |     |
| § III. | <i>El organismo legislativo con relacion á la utilidad.</i> ...   | 92  |
|        | 758. Supongo destruida toda autoridad.—757. El legislador debe conocer la necesidad.—758. Corresponde á los necesitados el advertírselo.—759. Bien sostenidos.—760. como un dia entre los católicos.—761. pero preservados de los excesos.—761. La Constitucion no es siempre necesaria para advertir las necesidades.—763; pudiendo los Principes oír las voces del pueblo por medio de empleados no elegidos por el vulgo.—764 y estos faltar á su deber. |     |
| § IV.  | <i>Organismo legislativo en orden al bien conveniente.</i> ...  | 102 |
|        | 765. El enfermo no es el médico—766. La ley debe convenir á la enfermedad social—767. y á la sociedad enferma.—768. El vulgo llamado á este menester por los aulistas—769 es incapaz—770.—Para conocer la conveniente se requiere ciencia y experiencia—771. dotes que pocos tienen—772. Cómo se han de formar y ser apreciados—773.—Descuido de los liberales en esta materia.   |     |
| § V.   | <i>Organismo legislativo en orden al bien honesto.</i> .....  | 110 |
|        | 774. La honestidad es requisito previo—775. Debe ser representada por quien es competente para conocerla—776. Digan lo que quieran los liberales—777 Para los católicos la Iglesia es la competente—778. institucion orgánica—779. Reguladora de la moral pública.  |     |
| VI.    | <i>Coordinacion de los órganos.</i> .....   | 115 |
|        | 780. Distincion de los órganos.—781. se repite por el objeto de la funcion.—782. entre los católicos solo la Iglesia de seguridad.—783. por naturaleza el politico no debe juzgar de lo honesto.—784. la Iglesia acusada injustamente.—785. independencia nuestra en  |     |

|   |     |
|---|-----|
| las funciones:—786. concentradas en el Príncipe:—787. Distribucion proporcionada de los actos legislativo:—788. iniciativa:—789. discusion:—790. sancion:—791. unidad armónica:—792. dónde ha de buscarse:—793. no es imposible:—794. absurda distribucion liberal:—795. la nuestra está fundada en la naturaleza.  |     |
| § VII. <i>Prueba histórica del organismo explicado</i> .....  | 128 |
| 796. Objecion:—797. respuesta primera: no somos sistematicos:—798. leyenda: explicamos la historia:—799. los Obispos en el Parlamento:—800. los nobles y los peritos:—801. los comunes:—802. ábice á la obra de la naturaleza.  |     |
| § VIII. <i>Organismo legislativo á la moderna</i> .....   | 137 |
| 803. La reforma destructora de la nacion:—804. se debe con la igualdad:—805. destruir el organismo legislativo:—806. el clero especialmente:—807. el organismo abolido de representacion:—808. transformado en mecanismo puramente material:—809. el organismo nace de los partidos:—810. animado por intereses facciosos:—811. así se consigue mayoría tiránica:—812. las mas veces contraria á los católicos:—813. engañosas apariencias del sistema moderado:—814. luz que proporciona á la nacion:—815. falseada por el periodismo:—816. enmascarada por los partidos:—817. conjurados para engañarla:—818. libertad y orden que proporcionase:—819. aun con gobernantes honrados:—820. prueba histórica:—821. causas del favor de que gozan las teorías modernas:—822. conclusion. |     |
| <i>Apéndice. Explicaciones dadas á un anónimo</i> .....   | 150 |
| 823. Su primera dificultad:—824. dificultad segunda:—825. tercera:—826. cuarta:—827. quinta.  |     |
| CAP. IV. <i>Poder ejecutivo</i> .....   | 157 |
| § I. <i>Preliminares</i> .....  | ib. |
| 828. Sumario:—829. principios heterodoxos intelectual y moral:—830. su aplicacion por la suerte:—831 y por la obra de demolicion:—832. y de reconstruccion orgánica:—833. los representantes:—834. representan intereses de partido:—835. division.   |     |
| § II. <i>Poder de los gobernantes</i> .....   | 161 |



836. Hecha la ley—837. debe hacerse cumplir.—  
—838. Análisis de la ejecución católica —839. Se ne-  
cesita un punto inmóvil—840. que falta completa-  
mente a los liberales:—841. supuesto que el Rey no  
es *motor*.—842. los ministros no son *inamovibles*.—  
843. efectos de tal organismo:—843. gobierna bien  
quien se sienta fuerte:—843. el gobernante liberal  
se sienta precario—846. y sin fuerza moral.—847.  
La debilidad moral engendra el despotismo.—848.  
irritado por la resistencia—849. parcial, porque es  
faccioso.—850. Se tiraniza el entendimiento del pue-  
blo:—851. se monopoliza la enseñanza.—852. Epílo-  
go.—853. Reto a quien quiera combatirnos con la his-  
toria—854. ó con la razón:—855. se previene una ob-  
jeción.—856. Entre hombres no hay gobierno per-  
fecto.

§ III. *Confirmado lo dicho por los hechos*..... 179

837. Primer hecho: el discurso de Buoncompagni  
en la Academia italiana.—858. segundo hecho: un pre-  
ludio de Molegari: Tercero, confesión del *Risorgimento*.

§ IV. *Docilidad de los gobernados*..... 246

839. Eficacia de las instituciones.—860. Las católicas  
suavizan al pueblo.—861. Las modernas le predicán  
Igualdad é independencia desde niño.—862. La igual-  
dad católica.—863. corregida por la subordinación.—  
864. cuán diversa es de la ambición sugerida por los  
principios modernos.—865. Otros elementos que se  
oponen a la obediencia moderna.—866. Aversión—  
867. Espíritu de partido.—868. Interés frustrado.—  
869. Experimento.—870. Nace de la fuerza de la na-  
taleza:—871. no superable por patriotismo; pero  
corregido algún tanto por flaqueza humana.

§ V. *El Estado y la patria*..... 328

872. Recuerdo del problema —873. Ideas antiguas.—  
874. Uno es Estado y otro Patria.—875. La hetero-  
doxia sustituye a esta con aquel.—876. La distinción  
nominal—877. acorde con la filología—877. Patria vien-  
de de *Padre*—879. Por naturaleza concélese al Común  
—880. su progreso.—881. —como prueba la histo-  
ria.—882. El espíritu católico extiende la patria—  
883. Indemnamente.—884. El naturalismo torna a

|  |       |
|--|-------|
| restringirla—885. peor que el paganismo.—886. Primero, porque renegando de la fé—887. debe renegar de la naturaleza.—888. Segundo, porque odia la verdad que el paganismo desconocía únicamente.—889. Demolió, pues, la patria real.—890. aborrecida tal vez por los liberales.—891. solo adoradores del propio partido.   |       |
| <i>El Estado</i> .....   | 239   |
| 892. Última caída de la patria.—893. El Estado—894. muy diverso de la patria.—895. Que es el Estado.—896. Mecanismo incomprensible—897. sin afecciones.—898. incapaz de excitarlas—899. sin justicia ni equidad.—900. ni fiados al agradecimiento.—901. Indiferencia de los súbditos hacia él.—902. Interesado, parcial, opresivo.—903.—Incitador de tumultos y revueltas.—904. Heretodoxo.—905. Conclusion—906.—El patriotismo en el Clero. |       |
| CAP. V. <i>La administración en sus teorías</i> .....  | 253   |
| § I. <i>Preliminares</i> .....   | Ibid. |
| 907. Diferencia entre administración y Gobierno.—908. recuérdase el Gobi. no liberal—909 y sus consecuencias.—910. La administración se guía por la ciencia.—911. digan lo que quieran los utilitarios modernos.   |       |
| § II. <i>La riqueza, según el principio utilitario</i> .....   | 257   |
| 912. La economía á la moderna—913. está fundada en el error de que la felicidad es la suma de placeres.—914. De donde se sigue la racional insaciabilidad de placeres.—915. y por consecuencia, la obligación de enriquecerse.—916. El hecho confirma las teorías.—917. De la idea de riqueza—918. pasamos á la ciencia económica.—919. Rectitud lógica de los utilitarios.—920. Prevista por Aristóteles.—921. no comprendida por Simondi.  |       |
| § III. <i>La riqueza, según el principio filosófico</i> .....  | 263   |
| 922. Idea de la riqueza en la filosofía del orden.—923. El orden es bien y felicidad del hombre en la tierra.—924. Pruébese con el hecho.—925. no habiendo proporción entre orden y riqueza.—926. La riqueza es medio de sustento.—927. No es deber aumentarla por sí.—928. Idea genérica de ciencia eco-  |       |

nómicas: regula el uso en la producción.—929. Objec-  
ción. El amor del orden no basta á quien trabaja.—  
930. Respuesta. Quien ama el orden, no es insensible  
á la necesidad.—931. Pero la toma por indicio del  
deber.

§ IV. *La riqueza, según la idea católica*..... 270

932. Principios dogmáticos: expiación y redención.  
—933. La idea de expiación se destaca del delito.—  
934. según resulta de la historia.—935. y conforta en  
la fatiga.—936. igualando á los ricos con los pobres.  
—937. Establece las justas bases del valor.—938.  
falsadas por los economistas utilitarios.—939. cor-  
regidos por la caridad católica.—940. El ejemplo del  
Redentor, invocado por los filántropos, tiene su ver-  
dadera fuerza entre los católicos.—941. por los impul-  
sos de la caridad.—942. que hace espontáneo el pre-  
cepto económico.—943. y la armonía entre el rico y el  
pobre.—944. con la unidad de conciencia pública—  
945. y la omnipotencia de la gracia.—946. Ma-  
ravillas de esta obra.—947. debidas al compen-  
so de sus dogmas ó impulsos.—948. Impotencia  
de los heterodoxos para la nivelación.—949. No se en-  
mienda al comunista, si no se enmienda el rico.—950.  
No se enmienda el rico sin influencias católicas.—  
951. No serán sociales estas influencias si no se hon-  
ra la pobreza.—952. No se honrará si se avilece la  
limosna, la humildad y el monarquismo.—953. Tercer  
sección.

CAP. VI. *La administración en la práctica*..... 297

§ I. *Economía social de la moderna*..... Ibid.

954. Idea moderna de la sociedad.—955. vive de egoísmo  
y de antigodismo.—956. Torpezas de estos principios—  
957. aplicados á la sociedad.—958. Son adoptados has-  
ta por los hombres de bien.—959. Siguen de ellos la  
legitimidad del peculado.—960. Sentir deber de na-  
turalidad felicitarse.—961. aun por los oficiales subor-  
dinados.—962. aun por el pueblo soberano.—963. con  
la opresión de los miserables.—964. Aparente parado-  
ja: mayor tiranía es hacer felices á muchos que á uno  
solo.—965. Tiranía mas estensa y duradera.—966. Los  
hombres transformados en cosas.—967. aun á los ojos



de ciertos católicos.—968. Epílogo. 969. Volvamos á la economía católica.—970. División de los párrafos siguientes.

- § II. *Economía en la demolición, ó sea, despojo universal.* 296  
 971. La economía corresponde á la demolición.—972. Procedo paso á paso.—973. y así lo va recorriendo todo.—974. Demolición de la Iglesia.—975. Economía que le corresponde.—976. bajo diversos aspectos.—977. Demolición de la monarquía: lista civil.—978. Demolición de las provincias.—979. Centralismo económico.—980. Una palabra sustituida á la justicia.—981. Demolición del municipio.—982. y de la familia.—983. Abolición de los fideicomisos.—984. Liberalismo de la economía pública en la familia.—985. El error antropológico.—986. nos lleva al comunismo.—987. en sus varios grados.—988. Prueba de hecho: contraste económico entre el Piemonte y Nápoles.
- § III. *Aristocracia de partido.* 310  
 989. La sociedad á la moderna ó agregación de partidador.—990. Verdadero duelo social.—991. hijo de la independencia salvaje.—992. Su pricuca es el *ex nihilo*—993. de donde nace la perpetuidad de la miseria.—994. para los católicos.—995. irremparable.—996. De aquí el pauperismo.—997. Mendicidad en la abundancia creciente por el trabajo.—998. perpetuamente 999. se consolida bajo las constituciones.
- § IV. *El pauperismo hijo legítimo de la independencia heterodoma.* 326  
 1,000. Prueba de hecho.—1,001. Estadística de los mendigos.—1,002. considerada en la industria.—1,003. y en relación á tres siglos.—1,004. lo cual explica el pauperismo inglés.—1,005. Prueba de razón.—1,006. Repudiando el catolicismo.—1,007. que produce fatiga y sacrificio.—1,008. é introduciendo el epicurelismo.—1,009. el pueblo queda condenado á la penuria.—1,010. en fuerza de los principios económicos.—1,011. Penuria que crece cuanto mas crece la fatiga.—1,012. Aumento colosal de las riquezas privadas.—1,013. vanamente vituperado por los utilitarios.—1,014. lógicamente incoherentes.—1,015. Esta economía quiere introducirse en Italia.—1,016. y reducir los italianos

á la esclavitud—1,017. y los Principes á eccedonar ó temblar.

|   |     |
|---|-----|
| § V. <i>Presupuesto constitucional. — La economía en las elecciones.</i> .....  | 313 |
| 1,018. La elección se dirige al triunfo—1,019. luego debe comprarse—1,020 por necesidad y deber—1,021. un escrúpulo.—1,022. Venalidad pública.—1,023. Gravita sobre la bolsa del pueblo.—1,024. Consecuencia de la corrección pública.  |     |
| <i>La economía la las leyes de hacienda.</i> .....  | 319 |
| 1,025. Seguridad de los ministros que proponen los impuestos.—1,026. Objeto con que los piden. 1,027. Grandeza no moral—1,028. sino material y variable.—1,029 Se acomodan los impuestos á los deseos, no los deseos á los impuestos.—1,030. daños que de aquí resultan segun la Constitución—1,031. que abolida la caridad natural y la munificencia—1,032. contra los empleados en mercenarios.—1,033. Confiare al Estado toda propiedad—1,034. lo hace naturalmente pródigo—1,035. sin medida ni responsabilidad.—1,036. El diputado desconoce á sus comitentes y sus intereses—1,037. y hace ciudadelanos audaces en pedir—1,038. y establece el principio del comunismo—1,039. Sus consecuencias contrarias á la probidad. |     |
| § VI. <i>Confusion.</i> .....   | 351 |
| 1040. Principio económico aplicado á la sociedad.—1041. produce hambre—1042. en los ricos y pobres.—1043. El Estado da y pide á todos;—1044. camina á la bancarrota;—1045. censura de la <i>Miscelánea</i> ;—1046. no justificable ni en teoría.—1047. ni en historia.—1048. ni en aritmética.—1049. Nota justificativa.—1050. Recuérdase el estado de la cuestion para uso de los refutadores.   |     |
| CAP. VII. <i>La fuerza armada en las Constituciones modernas.</i> .....   | 361 |
| § I. <i>Preliminares.</i> .....   | 1b. |
| 1051. La fuerza es necesaria en la sociedad.—1052. no bastando la persuasión.—1053. digan lo que quieran las teorías liberales.—1054. La fuerza social es armada, orgánica, una—1055. y por lo tanto ejército permanente, perfectible.—1056. como sus perfecti-   |     |

- bles todas las instituciones.—1057. División.
- § II. *Dispendioso despotismo creado por la libertad*. . . . . 364
1058. Respuesta antigua al primer problema.—1059. Respuesta moderna.—1060. censurada por Romagnosi.—1061. y de hecho por la Asamblea francesa.—1062. Antilogía de los constitucionales—1063. inutilidad y despotismo de su responsabilidad.—1064. de pura apariencia.—1065. Absolutismo de los ministros armados.—1066. justificado por el *Risorgimento*.—1067. Presume que las reclamaciones son maldad o ilusión.—1068. Respuesta inconcluyente.—1069. Termina con la fuerza.—1070. y así debe hacer.—1071. aunque negando sus principios.—1072. Este despotismo es caro:—1073. primero por el fin á que tiende.—1074. racional, legal y eficazmente:—1075. segundo por el organismo en que se encarna.—1076. Prueba histórica.—1077. El gasto del ejército es inevitable:—1078. vanidad de los Congresos de la paz:—1079. sus tentativas son sospechosas.—1080. Límite utilitario de la justicia.—1081. calculado por Montesquieu.—1082. Necesidad de las quintas:—1083. parto de la *libertad*.—1084. ensalzada por los liberales.—1085. como engrandecimiento de los individuos.—1086. Rustiquez de los aldeanos.—1087. único medio de buen ejército.—1088. El instinto natural basta el número del ejército.—1089. en una sociedad bien ordenada.—1090.—Es libre la elección de profesión.—1091. excepto las necesidades extraordinarias.—1092. La necesidad heterodoxa de inmenso ejército.—1093. Crece bajo las constituciones por razones de orden civil—1094. y político.—1095. ó internacional.—1096. Pretexto de la nacionalidad.—1097. Dios pagano de grandezas.—1098. sostenida por las asambleas parlamentarias.—1099. nos vuelven á la idea de los bárbaros.
- § III. *La milicia ciudadana*. . . . . 395
1100. La fuerza armada—1101. es absurda en el sistema moderno.—1102. sino se la contrapone la milicia ciudadana:—1103. debilidad de tal contrapeso:—1104. fácil de eludir:—1105. insuficiente contra el ejército.—1106. gravoso á la población.—1107. Contradicción inherente á la institución:—1108. su inutili-



lidad;—1109. su peligro—1110. como fuerza deliberante.—1111. Epílogo—1112. Estos inconvenientes nacen del gobierno liberal.—1113. no del católico.—1114. porque nacen del principio heterodoxo.

- § IV. *Conclusion*.....  
 1,115. Despotismo natural de la fuerza—1,116. su coste.—1,117. su destino.—1,118. Censura de Rossmagnosi contra tales instituciones.

CAP. VIII. *El poder judicial en las constituciones modernas.* 409

- § I. *Consideraciones generales.*..... Ibid.

1,119. Los tribunales poco dañados por los errores modernos.—1,120. en las varias reformas.—1,121. razón de tal fenómeno.—1,122. Diferencia esencial entre el orden civil y el político.—1,123. Capacidad del vulgo en tales materias.—1,124. Mayor dificultad de engañarlo.—1,125.—Prueba de hechos comparados.—1,126. Confirma que el vicio de la sociedad moderna es la heterodoxia.—1,127. Necesidad de ponerlo en claro.

- § II. *Independencia.—Inamovilidad*..... 416

1,128. Importancia de este privilegio.—1,129. Aforismo en que se apoya.—1,130. El sistema demagógico parece que emancipa los juicios.—1,131. Engaño de tales aparos clar.—1,132. Toda justicia emana del ordenador único—1,133. y supremo.—1,134. siempre fue así.—1,135. Los modernos nada han añadido sino el error.—1,136. Esto parece fácil.—1,137. porque hace al Soberano impotente—1,138. en perjuicio de la sociedad.—1,139. La verdadera independencia de los tribunales—1,140. está sólo en el Catolicismo.—1,141. como demuestran los hechos.—1,142. cuando los Gobiernos son fuertes.—1,143. Epílogo.

- § III. *El jurado.—Origen del jurado.*..... 429

1,144. Antilogía de sus promovedores.—1,145. Espíritu de nuestro tratado.—1,146. Idea del jurado.—1,147. Principios de su justicia.—1,148. Competencia.—1,149. Pericia.—1,150. Probabilidad de orígenes históricos.—1,151. esclarecidos por los eruditos.—1,152. olvidados por los liberales.—1,153. Su absurdo, primero en los Países.—1,154. segundo, en el derecho de escoger.—1,155. tercero, en su fundamento, el pacto

- social:—1,156. cuarto, en su raíz, la independencia individual.—1,157. *Nación-magistrado*.—1,158. análoga á la *nación-legislador*.—1,159. representada y no representada.—1,160. Único tribunal competente.—1,161. Vuelvo á la rusticidad de los arbitros.—1,162. Otras extranezas de Savestre.—1,163. Concluye de lo particular á lo universal.—1,164. Supone al hombre incapaz de juzgar.—1,165. Ridícula arrogancia en afirmarlo y confirmarlo.—1,166. Ridicula de la última consecuencia.
- Razon del favor de que goza el jurado*. . . . . 439
- 1,167. Razones secretas.—1,168. Facilidad de corrupcion y derecho de recusar—1,169 cómo lo á los rebeldes.—1,170. aunque lo disimulen.—1,171. Epilogo.
- §. IV. *Publicidad de las discusiones en los juicios*. . . . . 443
- 1,172. Nuestra imparcialidad.—1,173. Razones en favor de la publicidad.—1,174. 1.<sup>a</sup> Toda la sociedad está en peligro.—1,175. está defendida por la conciencia del magistrado.—1,176. 2.<sup>a</sup> Peligra la libertad no defendida por la voluntad general.—1,177. Esta voluntad no es soberana.—1,178. 3.<sup>a</sup> Falta la responsabilidad faltando la publicidad.—1,179. 4.<sup>a</sup> La justicia viene del pueblo.—1,180. El pueblo estaria obligado á examinar todos los procesos.—1,181. 5.<sup>a</sup> Decoro del magistrado.—1,182. 6.<sup>a</sup> Publicidad del ejemplo.—1,183. 7.<sup>a</sup> Magestad de los juicios.—1,184. 8.<sup>a</sup> Necesidad de conocer los inocentes y los culpables.—1,185. pero tambien es preciso defender la forma de los ciudadanos.—1,186. Imprudencia de quien se apoya en la soberania popular.—1,187. La publicidad favorable á los intrigantes.—1,188. Cautela con que debe propinarse.—1,189. Ventajas que podrian resultar de aqui: 1.<sup>a</sup> Unidad social.—1,190. 2.<sup>a</sup> Proclama al público.—1,191. 3.<sup>a</sup> Persuasion.—1,192. con tal de que sea posible.—1,193. 4.<sup>a</sup> Soberania del gobierno y eficacia.—1,194. Diversidad del juicio civil y político.—1,195. El súbdito no es juez de derecho.—1,196. Suponerlo tal, daña á la causa de los liberales.—1,197. Epilogo.—Ventajas de la publicidad.—1,198. sus daños.—1,199. su principio.

|  |     |
|--|-----|
| § V. <i>Levedad en general</i> .....   | 455 |
| 1,200. División.—1,201. Distíngase la suavidad genérica de la benignidad de las penas.—1,202. La suavidad es según la naturaleza, 1. <sup>o</sup> racional.—1,203. 2. <sup>o</sup> Sensitiva.—1,204. 3. <sup>o</sup> Material.—1,205. coordinadas en el catolicismo.—1,206. Suavidad, dote absoluta.—1,207. Blandura de pena, dote relativa.—1,208. Influencias mitigadoras.—1,209. Del catolicismo.—1,210. que junta el horror al delito con la piedad para el delincuente.—1,211. tratando de enmendarlo y de salvarlo.—1,212. justifica las costumbres sociales.—1,213. Influencias mitigadoras de la heterodoxia.—1,214. suprime la idea de culpa.—1,215. y por lo tanto de castigo.—1,216. El epicureísmo.—1,217. suprime la pena que desagrada al reo.—1,218. y á los que gozan.—1,219. La benignidad de la pena atribuida á los filántropos.—1,220. por su charlatanería.—1,221. Epílogo. |     |
| <i>La levedad de los Gobiernos representativos</i> .....   | 470 |
| 1,222. Aplicación á los Gobiernos representativos.—1,223. Mitigan la pena, porque se supone que el culpado la consiente.—1,224. Digresión sobre la detención.—1,225. Las cárceles en el Catolicismo.—1,226. Mitiga las penas por orgullo de ciudadanos.—1,227. Reminiscencia romana.—1,228. Las mitiga por equidad de partido.—1,229. por su interés.—1,230. compensado con la fureza tumultuaria.—1,231. no infamar á los tribunales.—1,232. Estos aumentan la blandura de las penas.—1,233. porque conocen su impotencia.—1,234. por equidad.—1,235. porque la ley es inexorable.—1,236. Epílogo.  |     |
| § VI. <i>El fuero único</i> .....  | 480 |
| 1,237. Oportunidad.—1,238. División.   |     |
| <i>Razones genéricas de la multiplicidad de fueros</i> ....  | 484 |
| 1,239. Elementos del juicio moral.—1,240. aplicados á resolver el problema.—1,241. Elemento de derecho.—1,242. Parece que reprocha la multiplicidad de tribunales.—1,243. Primero, porque el ordenador es uno.—1,244. Segundo, porque los ciudadanos son iguales.—1,245. Abstracción de quien así discurre.—1,246. Confunde los oficios de juez y de legislador.—  |     |



|  |     |
|--|-----|
| 1,247. Proporción de los tribunales con las varias clases.—1,248. reconocida en la práctica.—1,249. Doble su presupuesto erróneo.—1,250. El ordenador único no excluye ordenadores secundarios: Primero, porque el ordenador es uno.—1,251. y puede haber diversos <i>Razones especiales en pro del fuero eclesiástico</i> .....   | 189 |
| 1,252.—Segundo: Existen dos órdenes supremos de publicidad, y por consiguiente dos fueros.—1,253. admitidos hasta por los herejes.—1,254. y racionalistas.—1,255. El civil no puede usurpar el religioso.—1,256. teniendo fin diverso.—1,257. Impotencia espiritual de los seglares.—1,258. Epilog.—1,259. La unidad de tribunales no puede sostenerse como dogma absoluto.—1,260. ¿Puede fundarse en la historia?—1,261. Nace históricamente de la independencia heterodoxa que demolíó la sociedad y persiguió la Iglesia.—1,262. Los liberales deben promoverla despoticamente.—1,263. Verdad parcial enseñada por ellos. |     |
| <i>Abolición del Fuero en los gobiernos representativos</i> .....  | 497 |
| 1264. Si los Gobiernos representativos son ortodoxos, no repugnan el fuero eclesiástico.—1265. Lo repugnan si son heterodoxos por independencia de la razón.—1266. por la soberanía del pueblo.—1267. por los partidos políticos.—1268. Hipocresía en suprimir la multiplicidad de tribunales.—1269. conservándola para todo, menos para la Iglesia.—1270. contradicción de los liberales.—1271. é injusticia.—1272.—Conclusión.   |     |
| CAP. IX. <i>Resumen de las doctrinas expuestas en el examen de los gobiernos representativos</i> .....   | 505 |
| § I. <i>Doctrinas universales que sirven de base á las constituciones modernas</i> .....   | 16. |
| 1273. Se recuerda la división del tratado.—1274. Preocupación.—1275. Verdadero estado de la cuestión.—1276. No se agita entre serviles y liberales.—1277. Los católicos no son serviles.—1278. los adversarios quieren organizar el derecho de la fuerza.—1279. nosotros sostenet la fuerza del derecho.—1280. Quien tolera la opresion no la aprueba.—1281. Ultimo término de la cuestión.—1282. Las constituciones modernas no se parecen á las de la Edad   |     |

media.—1283. Se funda en la independencia.—1284. porque abolida la conciencia apela á la opinión.—1285. La opinion pública quiere libertad de las opiniones privadas en la palabra, en la prensa y en la asociacion.—1286. Queda, pues, abolida el catolicismo, vínculo de conciencia.—1287. y luego la autoridad civil.—1288. Subrogandole al sufragio universal.—1289. Resumen de los principios nacionales.—1290. Principios morales.—1291. El bien y el placer.—1292. primero, porque es subjetivo;—1293. segundo, porque el hombre no está corrompido.—1294. Furor y derecho de enriquecerse.—1295. El interés de la ley.—1296. y crea una justicia convencional.—1297. Raíz y ocasion de este error.—1298. El contrapelo sustituido á la confianza.—1299. De aquí la division de poderes.—1300. *Objecion.* Los principios universales no tienen fuerza en el pueblo.—1301. Se responde distinguiendo.—1302. Es natural al hombre comprender lo abstracto en lo concreto.—1303. luego el pueblo obra segun los principios que admite.

§ II. *Aplicacion de las doctrinas al orden material.*..... 525

1,304. Independencia y delito.—1,305. rompe todo vínculo social.—1,306. y derriban toda autoridad.—1,307. En toda sociedad eclesiástica y civil.—1,308. municipal y doméstica.—1,309. Necesidad de esta demolicion.—1,310. Confiscacion correspondiente.—1,311. La sociedad se reconstruya en partidos.—1,312. Ficciones legales para reconstruir el Gobierno.—1,313. Casualidad de las leyes.—1,314. Discordia social.—1,315. Division de poderes.—1,316. Movilidad del Gobierno.—1,317. Su despotismo con las personas.—1,318. con las haciendas y con la fuerza.—1,319. Perpetuo combate de este Gobierno.—1,320. Inocuidad de la magistratura.—1,321. Este Gobierno no puede durar.

§ III. *Aplicacion al orden moral.*..... 536

1,322. Division.—1,323. Consecuencias del espíritu religioso.—1,324. moral y social.—1,325. Espíritu ciudadano.—1,326. Espíritu de economis.—1,327. Espíritu de la política.—1,328. comun á las sociedades liberalizadas aun monárquicas.

|   |     |
|---|-----|
| IV. <i>Consecuencias prácticas.</i> .....   | 541 |
| 1,329. Creemos haber demostrado nuestros principios:—1,330. sus consecuencias universales.—1,334. primero, consecuencia especial: enemigos de la Constitución los liberales:—1,331. apologistas los católicos.—1,333. pero no exclusivos:—1,334. segundo, iniquidad y vileza de quien los acusa:—1,335. tercero, justificación de los príncipes constitucionales.—1,336. Impotencia de la política contra la naturaleza.—1,337. Condiciones impuestas por la naturaleza á la duración de un Gobierno—1,338. se encierran en el Catolicismo.—1,339. Modo de resumirlo:—1,340. necesidad de hacerlo revivir en el Estatuto del Piamonte.—1,341. Efectos que se obtendrían:—1,342. su parte al menos.—1,343. como resulta de los hechos.—1,344. Los principios influyen en la conducta.—1,345. Aplicaciones á Bélgica y al Piamonte:—1,346. cuarto y quinto, consecuencia á los liberales sinceros y á los hipócritas:—1,347. sexto, la Iglesia no es contraria á la libertad.—1,348. Silencio de los adversarios:—1,349. que comprueba nuestras doctrinas.—1,350. Conclusión. |     |



# EL PENSAMIENTO ESPAÑOL

DIARIO CATÓLICO, APOSTÓLICO, ROMANO,

DIRIGIDO POR D. FRANCISCO NAVARRO VILLOSLADA.

---

Redacción y Administración, Pelayo, 38 y 40.—Madrid

---

## EDICION GRANDE.

Sale todas las tardes y publica todas las noticias de España y del extranjero hasta las cinco de la tarde. EL PENSAMIENTO ESPAÑOL ha recibido repetidas bendiciones de Nuestro Santísimo Padre Pío IX, y la aprobación de muchos Reverendísimos Prelados del reino.

En esta edición se publican constantemente dos series de obras: científica la una y recreativa la otra, y ambas en forma de libro. Como obra científica, se ha dado a luz el incomparable EXÁMEN CRÍTICO DEL GOBIERNO REPRESENTATIVO DEL P. TAPARELLI, en el cual este publicista condecorado examina a la luz de la filosofía católica los gobiernos a la moderna.

Como obras de recreo, EL PENSAMIENTO ESPAÑOL, correspondiendo a su título, está publicando una

## BIBLIOTECA RECREATIVA.

biblioteca que, en pequeños volúmenes, comprenderá todos los escritos en prosa y verso de nuestros mejores hablistas, que a su castiza y elegante diction reúnan el interés necesario en un libro de entretenimiento y una moralidad completa, en términos que, sin peligro alguno, puedan ponerse por el padre más escrupuloso en manos de sus hijos.

La edición grande de EL PENSAMIENTO cuesta en provincias: 20 reales al mes y 60 por trimestre en casa de los comisionados, y 19 reales al mes y 54 por trimestre en la Administración.

A los suscriptores de provincias a esta edición, se les está REGALANDO este año la Revista, que más adelante se anuncia.

## EDICION ECONOMICA.

Desde 1.º de Enero de 1867, se publican en esta edición las noticias del día, incluidas las oficiales que salen en la Gaceta por la mañana. Con estas condiciones no hay un periódico más barato

y de tanta lectura en Madrid.—Precio de suscripción: 24 rs. por trimestre en casa de los comisionados, y 22 haciéndose la suscripción en la Administración del periódico.

## REVISTA SEMANAL

Se publica todos los sábados desde el 3 de Enero de 1867, en 4.º prolongado, casi folio, con sumarios parciales, y un copioso índice general al fin de cada tomo.

El periódico diario satisface la necesidad del día, la curiosidad del día, la instrucción del día; pero luego, si el tamaño es grande, se tira, ó se pierde, pues es difícil de manejar, y estorba hasta encuadrado en un estante. Después de satisfacer la curiosidad y necesidad diarias, queda el deseo de conservar algo para estudiarlo despacio ó para consultarlo cuando la ocasión se ofrezca; y este deseo se cumple con la Revista, que se guarda y se encuaderna, y por medio de los índices llega á ser, como la nuestra, una enciclopedia religioso-política, un diccionario manual de sucesos y del movimiento religioso y político contemporáneo.

Pero hay personas, y son muchas, particularmente entre el Clero, que no tienen media de suscribirse á un periódico diario, ni tiempo siquiera de leerlo, aunque sea en la Edición Económica, y que sienten la necesidad de estar al corriente de lo que pasa por el mundo, de los acontecimientos, polémicas y documentos notables. Pues bien; para esta clase de personas es la Revista sola, ó sea la Edición SEMANAL de EL PENSAMIENTO, cuyo precio está al alcance de todas las fortunas.

Contiene esta edición los artículos de fondo mas notables que publica EL PENSAMIENTO durante la semana, resumen crítico de las noticias del extranjero, noticias de España, la parte oficial mas interesante de la Gaceta, documentos de la Santa Sede, los mas notables del Episcopado en todo el Orbe católico y de los gobiernos extranjeros, discursos parlamentarios, artículos bibliográficos, exámenes ó censura de obras nuevas, favorables ó adversas á la doctrina de la Iglesia, variedades, etc.

Cada número de esta Revista contiene 16 páginas; de suerte, que á fin de cada año se puede formar un tomo de 800 á 900 páginas, en 4.º prolongado, casi folio, con sus índices correspondientes.

Esta Revista cuesta 12 rs. por trimestre y 48 rs. por un año.

Hay ejemplares para servir las suscripciones que se piden desde 1.º de Enero próximo pasado.

## PUNTOS DE SUSCRICION

EN PROVINCIAS

### Á EL PENSAMIENTO ESPAÑOL,

Agramunt, D. Antonio Sanuy.—Alcanor, D. Ignacio Chavalera.—Alcoy, D. José Martí.—Algeciras, D. Rafael de Muro.—Alicante, D. José Marcell.—Alhama, Antonio María Espejo.—Almendralejo, D. Juan Alvarez Pejón.—Almería, Mariano Alvarez.—Aranda de

*Duero*, D. Agustín Olalla.—*Árvalo*, D. J. Antonio Gómez.—*Astorga*, D. José Martínez Bailina.—*Avila*, D. Cipriano M. Sánchez; Santiago, número 4.—*Avila*, D. Bernardo R. de Valle.—*Bañeza*, D. Félix Mata.—*Bardastro*, D. Gerónimo Corrales.—*Barcelona*, Viuda de D. Jaime Sabidana.—*Banante*, D. Eusebio Fidalgo Bermejo.—*Beláunz*, don José María García.—*Bilbao*, señora viuda de Delmas.—*Burgo de Osma*, D. Juan Martirena.—*Burgos*, D. Sergio Villanueva.—*Cáceres*, D. José Valiente.—*Cádiz*, Sres. Verdugo Morillas y compañía y D. Eduardo Gautier.—*Calaborra*, don Crescentio Lumbreras.—*Calatayud*, D. Mariano Martínez Alasa.—*Cardona*, D. Pedro Llambés.—*Carrion*, D. Laureano Fernández Morino.—*Cartagena*, D. Benito Moreno García.—*Castellón de la Plana*, D. Martín Masótegui.—*Cieza*, D. Juan M. Martín.—*Ciudad Real*, Viuda de Gallego.—*Ciudad-Rodrigo*, D. Salomé M. Pérez.—*Comillas*, don Ramon Fernandez.—*Córdoba*, D. Rafael Arroyo y D. Francisco Lozano.—*Coruña*, D. José de Lago, Luchana, número 29.—*Coria*, D. Joaquín Echavarrí.—*Durango*, D. Francisco de Ozollo.—*Ecija*, D. Juan Benítez.—*Estella*, D. Melchor Zanzutren.—*Ferrol*, D. Nicasio Taxonera.—*Figueras*, D. José Fernandez Magariños.—*Fuencalientes*, D. Lorenzo García. Gaudio, D. Agustín Albero.—*Garroñillas*, D. Dionisio Crespo.—*Gerona*, D. Francisco Palahi.—*Gijón*, D. Lorenzo M. Díez.—*Granada*, José María Zamora.—*Graus*, D. José Lluís.—*Guadix*, D. José de Castro.—*Guanica*, D. Nicolás Barba.—*Guadalajara*, D. Juan Gualberto Notario.—*Haro*, D. José López Ayala.—*Hijar*, D. Pedro Pablo Dasset.—*Huesca*, viuda de Navarro.—*Jaca*, D. Miguel Oliver.—*Jaén*, D. Manuel Sagrista.—*Jerez de la Frontera*, D. José Bueno.—*Jerez de los Caballeros*, D. José Giles.—*La Guardia de Alarcón*, D. Celestino Lapaspunta.—*Lebrija*, D. Francisco J. Salazar.—*Lérida*, D. Francisco Fontanals.—*Lerma*, D. Anselmo Merino.—*Logroño*, D. Domingo Ruiz.—*Lugo*, Viuda de Pujol y hermano.—*Mahón*, D. Domingo Orlita.—*Málaga*, D. Francisco Moya.—*Mayorga*, D. José de la Huerta.—*Medina del Campo*, D. Juan Herrero Velasco.—*Montilla*, D. Antonio Conde.—*Mondedero*, Viuda de Delgado.—*Morella*, D. Salvador Rocafort.—*Motril*, D. A. Ballesteros.—*Nájera*, D. Eusebio Carrasco.—*Olot*, D. José Boig de Paralta.—*Onteniente*, D. José María Caballero.—*Orduna*, don Perfecto J. Breton.—*Orense*, D. J. Ramon Pérez.—*Orihuela*, don Pedro Berrueta y Puebla.—*Oviedo*, D. Ramon Casilluel y D. Rafael Fernandez.—*Osorno*, D. Ventura Pereda.—*Padron*, D. José María Senane.—*Palencia*, D. Gerónimo Camazon, y Gutierrez 6



hijos.—Palma, D. Felipe Guasp y D. Juan Colomer.—Pontevedra, D. Augusto Escarpiz de Lorenzana.—Pamplona D. José Labastida Erasm y D. Regina Vescansa.—Plasencia, D. Isidro Pis.—Puentearnas, D. Domingo Antonio Gonzalez.—Poles, D. Francisco Buix.—Puente la Reina, D. Luis Aranegui.—Puerto de Santa Maria, D. José Valderrama.—Ronda, D. Rafael Gutierrez.—Rosa, don Pedro Molner.—Rua de Valdeorras, D. Agustín Rodríguez.—Ripoll, D. Mariano Boixaderas.—Salamanca, señores hijos de Blanco y D. Federico Calama.—San Clemente D. Matías Arrivas.—San Ildefonso, D. Juan Aldrelet.—Sanlúcar, D. Inocencio de Oña.—San Sebastián, D. Ignacio Ramon Baroja.—San Mateo, D. Juan Bautista Vilagrana.—San Fernando, D. José Aldon.—Santander, D. Manuel María Ramon y D. Fabian Hernandez.—Santiago, don Bernardo Escribano.—Santo Domingo de la Calzada, D. Eulogio Regidor.—Segorbe, D. José Bayo.—Segovia, D. Eugenio Alejandra.—Sevilla, don José Manuel Diaz.—Sigüenza, D. Baltasar Pardo.—Sizante, don Pedro Blanco Alvarez.—Solsona, D. Pedro Sant.—Soria, D. Francisco Perez Rioja.—Sort, D. Pedro Pajol.—Tafalla, D. Pedro Rodríguez.—Talavera, D. Angel Sanchez de Castro.—Tarazona, D. Gregorio Frances.—Tarragona, D. Eduardo Garcia.—Tórreaga, D. Ramon Canal.—Terral, D. Joaquín Alad y D. Domingo Fuertes.—Tolosa, D. Severiano, Lopez Pando.—Torre de los Guzmanes, D. Luis Perez Fuertes.—Toro, D. Alejandro Tejedor.—Tresp, D. Ambrosio Perez.—Trujillo, D. Antonio Gomez Holguin.—Tudela, D. Ramon de Lizaso.—Tuy, D. J. Nolasco Rodriguez.—Tortosa, D. Miguel de los Santos Campa.—Urgel, D. Antonio Campañó.—Valencia, viuda de D. José Badal y don Pascual Agustí.—Valladolid, señores hijos de Rodríguez, D. J. Nuevo y D. Juan de la Cuesta.—Vergara, D. José Ibarra.—Viana, D. Manuel Navarrete.—Vich, Señores Solar, hermanos.—Vigo, D. José Huber.—Villamanan, D. Pedro Montiel.—Vinaroz, D. José Oliver.—Vitoria, D. Bernardino Robles.—Vizcaya, D. Fidel Salgueiro Noguerol.—Velez Malaga, Señor D. José Lasa de la Vega.—Zafra, D. Gregorio Mier.—Zamora, D. Carlos Turiso Lopez.—Zaragoza, Señora viuda de Heredia.

NOTA. El PENSAMIENTO ESPAÑOL no responde de cantidades que se entreguen en pago de suscripciones a otras personas de las contenidas en la lista precedente. Los suscritores, pues, deben tenerla presente para saber a quien entregan el importe de las respectivas renovaciones.

